

Juaní Hernández

Sizigía



Juani Hernández

Sizigia

Saga de Los Lagos
III

Copyright © 2014 Juani Hernández
Todos los derechos reservados.
Ilustración de cubierta: GinebraCamelot
Mapas y planos interiores: Juani Hernández
Ilustraciones interiores: Emi Adán
Imprimido por CreateSpace
ISBN: 1500957267
ISBN-13: 9781500957261

A todos los románticos

Viva i romantici
viva quelli che anche se
innamorati piace perdersi
e dietro mille storie
per poi riprendersi

Modà

Índice

[Mapa de los Reinos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Epílogo](#)

[El Universo de la saga](#)

[Agradecimientos](#)

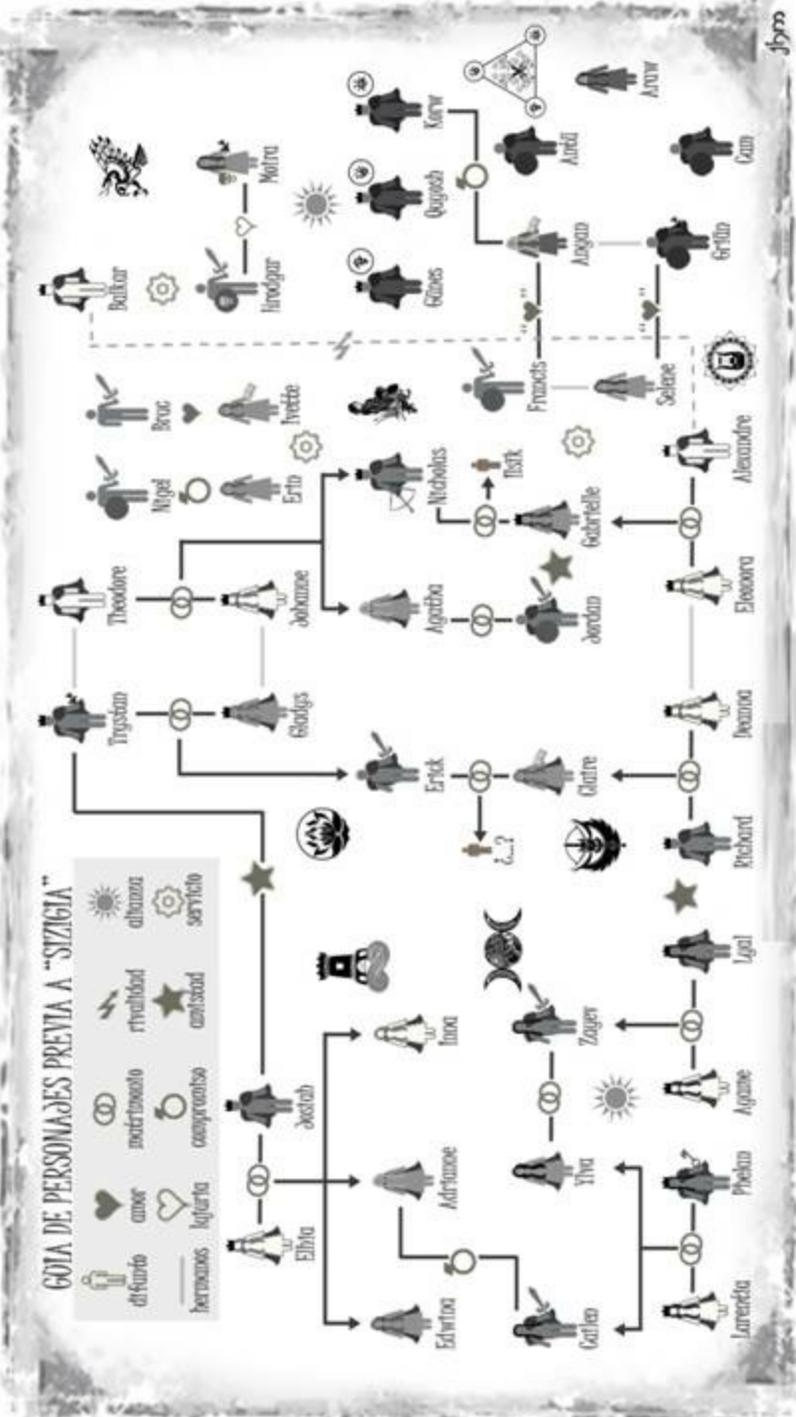
[Otros títulos](#)

[Sobre la autora](#)

Mapa de los Reinos

GOYA DE PERSONAJES PREVIA A "SIZIGIA"

	de ficción		amor		matrimonio		rivalidad		alianza
	juicio		ligar		compromiso		ambición		servicio



Capítulo 1



Jordan y Erick se reunieron aquella mañana en el Torreón Sur, tal y como hacían desde que Nicholas desapareció. La primera tarea que abordaban era la de organizar las partidas de hombres y las zonas de búsqueda, no podían dejar ni un palmo de aquel vasto territorio sin revisar, cada recodo del camino, cada cueva, cada lago... Gabrielle no lo sabía, pero habían encomendado a algunos guardias la cruda tarea de buscar el cuerpo sin vida del rey en las aguas de los innumerables lagos del reino. Que Nicholas hubiera muerto era una posibilidad que tenían que aceptar, sobre todo con el paso de los días, por lo que al inicio de cada jornada despedían a los hombres con el corazón en un puño, manteniéndose a la espera de noticias que nunca llegaban.

Ya era el cuarto día que observaban, desde el gran ventanal del torreón, a los hombres desfilan por la vía principal hasta atravesar la gran muralla y reemprender la búsqueda.

—¿Dónde demonios estará? —murmuró Erick por lo bajo, descorazonado—. No puedo quitarme de la cabeza la imagen de Nicholas, tirado en una cuneta, inconsciente o peor... muerto.

—No lo digas, Erick —rezongó Jordan a su lado—. No hace falta clamar a Deati su presencia. La Señora de la Muerte ya lleva a cabo su infame labor sin necesidad de acicatearla con nuestro pesimismo.

—Pero es que los hombres ya no saben dónde buscar, Jordan.

Erick se giró apoyándose en el alféizar y cruzándose de brazos.

—Si hoy no tenemos noticias tuyas, mandaré una partida de hombres a Asbath para que comience allí la batida.

—¿Crees que haya podido llegar tan lejos, a pie? —preguntó incrédulo, mirándolo sorprendido.

—No lo sé —resopló, atormentado por la duda—. Y llámalo corazonada o simple preocupación, pero tengo un mal presentimiento que se me anuda aquí. —Se restregó el centro del pecho con la palma de la mano, en un gesto brusco, desesperado.

—¿Sobre qué? —preguntó Erick con cautela.

—¿Y si no fue un accidente?

Erick se irguió y dejó caer los brazos mientras apretaba los puños contra los costados de los muslos.

—Son sólo conjeturas —se apresuró Jordan a decir al ver su repentino cambio de actitud—. Y yo soy desconfiado por naturaleza. No es más que una sensación.

—Pues yo he aprendido que no debemos pasar por alto esas sensaciones tuyas —apuntó con gravedad, y Jordan asintió con cierto pesar porque no le faltaba razón—. Si al atardecer no tenemos noticias de Nicholas, habrá que considerarlo.

—De acuerdo —concordó Jordan—. Pero queda todo un día por delante, así que, por ahora, ocupémonos del resto de asuntos.



Para Moira el tiempo parecía haberse detenido en esa cochambrosa cabaña, aquello sí que era una sorpresa... y tuvo que reprimir el gozo que la situación le producía. No porque fuera a cambiar sus planes, confiaba en que todo saliese según lo había planificado, pero cualquier sufrimiento de Nicholas era regocijo para ella, y seguro lo sería también para Hrodgar cuando tuviese conocimiento de ello a través del cuervo que le enviaría en cuanto consolara a aquel pobre hombre desvalido y sin memoria en que se había convertido el Rey Nicholas.

—Por piedad, señora —le insistió él con justificada inquietud.

Entonces, Moira tomó una silla y se sentó al lado del camastro

donde él reposaba, adoptando su bien estudiada pose antes de hablar.

—Primero de todo, tranquilizaos —le pidió con voz reconfortante—. Habéis estado cuatro días inconsciente y estáis muy débil.

—¿Cuatro días? —preguntó confundido, mientras se llevaba la mano al intenso dolor que pulsaba en su cabeza.

—Cuidado —le advirtió ella, tratando de que no se tocara la venda que le cubría la herida, aunque no lo consiguió, y Nicholas cerró los ojos al sentir que una fuerte punzada lo traspasaba como un rayo fulminante.

Cuando los volvió a abrir, Moira vio cómo le lanzaba un ruego con la mirada... ¡Demonios, aquello era tan gratificante...!

—Sois el Rey Nicholas de los Lagos y Asbath, Majestad —le dijo por fin, y Nicholas palideció más aún de lo que su débil estado le provocaba.

—¿Rey?

Su expresión se endureció al igual que su tono de voz, incluso su porte parecía haber cambiado. Era como si, aun sin recordar quién era, su espíritu de rey se hiciese presente. Moira tuvo que reconocer que se sintió un tanto cohibida ante tamaña transformación, pues había pasado de ser un hombre desamparado, al soberano que era, exudando nobleza y solemnidad.

—¿Y por qué estoy aquí? ¿Qué ha pasado? —preguntó ahora con seriedad, incorporándose ligeramente, con sumo cuidado.

—No lo sé, Majestad —respondió con gesto inocente—. Os encontré inconsciente a orillas de un lago, cerca de aquí. Sangrabais profusamente por la herida de la cabeza, y vuestro castillo está tan alejado que mi primer impulso fue traeros a mi cabaña y atenderos, confiando en que pronto despertaríais. Y, sin embargo...

—Han pasado cuatro días —susurró consciente de lo que aquello suponía—. ¿Y nadie ha venido en mi busca? —La miró receloso.

—Esta cabaña es difícil de localizar tan interna en el bosque como está —lamentó—. Y no quería dejaros solo en vuestro estado, indefenso frente al posible ataque de algún animal o, peor aún, algún saqueador. Y gracias a los Dioses que no lo hice, pues habríais podido despertar en la soledad de esta cabaña y sumido en la confusión al no

recordar nada de vuestro pasado. Porque, no recordáis nada, ¿verdad?
—tanteó, insegura, expectante.

—Me temo que no. —Se palpó cuidadosamente las sienes—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Moira, Majestad.

—Moira, te estoy infinitamente agradecido por haberme salvado la vida —le concedió finalmente—, pero habrá alguien buscándome... —titubeó—, imagino que tendré familia —dijo a modo de pregunta.

Aquella mujer de aspecto humilde era su único nexo con la realidad en esos momentos y cualquier información que pudiera darle era muy valiosa.

—Estáis casado con la Reina Gabrielle —le respondió ella con una lánguida sonrisa.

—Ca... casado.

Por insólito que pareciera, aquello fue lo que más le conmocionó, más que saberse herido y perdido en una recóndita cabaña en el bosque, o soberano de no uno, sino de dos reinos desconocidos para él.

Lo que realmente le hizo estremecerse de pies a cabeza fue saber que tenía una esposa, y esa sacudida se vio avivada por la imagen de una mujer que se filtró en sus más que confusos pensamientos: aquella joven de ojos grises, piel clara y cabello oscuro como la noche que había visto en sus sueños. Volvía a recordarla ahora, su llanto, rogando porque su amor regresara a ella... Tal vez esa mujer no fuera su esposa, pero alguien lo era y bien podría compartir el mismo sufrimiento que aquella deidad de sus sueños.

—Debo regresar —anunció de forma repentina.

—Pero, Majestad, estáis demasiado débil —le rebatió ella con toda la amabilidad que le fue posible reunir.

—No te preocupes.

Hizo ademán de levantarse, pero le fallaron las piernas, exagerando ella su intento de ayuda.

—¿Lo veis? —recalcó, tratando de no sonar brusca—. Apenas he sido capaz de daros algo de caldo estos días —añadió, sosegando aún más el tono.

No contaba con tanta obstinación. El paso siguiente en el plan era, ahora que había despertado, que ella saliese de la cabaña en busca de ayuda, de Douglas en realidad, quien se encargaría de dar aviso al castillo mientras ella se volcaba en él, en cuidarlo para ganarse su confianza y agradecimiento, lo que sin duda serviría para sus planes. Pero así...

—¿Cómo me trajiste hasta aquí? —preguntó él entonces astutamente.

—Cuento con una pequeña carreta —respondió ella, maldiciendo para sus adentros.

—Bastará con que me ayudes a llegar hasta ella —la instó, deseando salir de ese lugar.

—Majestad...

—Te lo ruego —exhortó con ardor.

Moira supo que ese necio era capaz de arrastrarse con tal de llegar a la carreta. No estaría mal que así fuera, pensó con divertimento, pero debería renunciar a ese placer.

—Tratad de comer algo primero, mientras que yo proveo la carreta de paja y unas mantas.



Con la caída de ese otro día de búsqueda infructuosa, Francis sentía que le dolía cada uno de los huesos de su cuerpo, y el trote del caballo hacía que se le resintieran aún más.

Se había empeñado en realizar el viaje desde Adamón sin detenerse hasta Los Lagos, decidido a llegar allí lo más pronto posible. Arribaron justo la noche anterior, y antes de que llegase el momento de unirse a la búsqueda del rey al amanecer, consiguió dormir unas pocas horas que no le otorgaron descanso alguno.

No había podido dejar de pensar en Anyan desde que se separaron... todo le recordaba a ella. El verdor de los bosques le traía las esmeraldas de sus ojos y los rayos del sol eran los reflejos dorados

de sus cabellos. De noche, el brillo de las estrellas eran las lágrimas que Anyan había derramado por él... y las que él había derramado por ella.

El dolor que sentía oprimiéndole el pecho era mucho peor que el de sus huesos machacados. Le doblegaba el espíritu, el alma, y temía no volver a ser el hombre que creyó haber sido hasta que conoció a Anyan, ese hombre que se resquebrajó por dentro al verla por última vez, despidiéndolo desde aquella almena. Aún conservaba su broche con él, engarzado en la parte interior de su brigantina, cerca de su corazón, y había decidido que así sería hasta que se viera con fuerzas suficientes para intentar olvidarla.

Sin embargo, no creía que eso fuera a suceder jamás, como tampoco podría olvidar el perfume de sus cabellos o la suavidad de su piel desnuda contra la suya, el dulce temblor de su cuerpo mientras la amaba o el ardor de sus besos al entregársele. Nunca podría desprenderse de todo aquello, aunque, si era sincero consigo mismo, tampoco quería hacerlo.

Se dirigió con el resto de los hombres a las caballerizas, y ya aguardaba allí para hacerse cargo de su montura uno de los mozos, que lo miró entristecido al suponer que no habían encontrado al rey.

Otro día más sin noticias tuyas. Faltaba poco para que cayera la noche, y con ella, la llegada del último grupo que había salido en su busca y que iba dirigido por Nigel. Después de eso, habría que aguardar al día siguiente para continuar y volver a adentrarse en aquellos bosques que habían recorrido una y otra vez sin hallar pista alguna.

—¡Francis! —Notó repentinamente una mano sobre su hombro que lo obligaba a detenerse.

Un tanto aturdido se giró para encontrarse con Jordan, quien lo observaba con el ceño fruncido.

—Te estoy llamando desde que entraste en los establos.

—No te había visto —dijo sin prestarle mucha atención, aún perdido en sus pensamientos.

—¿Qué te sucede? —preguntó extrañado.

—¿Te parece poco lo que sucede? —respondió con un tono

demasiado brusco y del que rápidamente se arrepintió—. Discúlpame. —Lo miró con culpabilidad—. La impotencia que siento por no poder encontrar al Rey Nicholas... me sobrepasa.

—Lo comprendo. —Jordan palmeó su hombro—. Y te diría que a todos nos sucede lo mismo, pero me temo que no es el caso.

—No te entiendo. —Se encogió de hombros con gesto sincero sin saber a qué se refería.

—Sé lo que te preocupa como Capitán de la Guardia de Asbath, pero esperaba que fuese mi amigo el que me contase lo que le sucede.

Francis se tomó un instante mientras sopesaba su respuesta, pero optó por darle la espalda y comenzar a atravesar el Patio de Armas en dirección al castillo.

—Estoy ocupado. —Dio así la conversación por finalizada—. Debo informarle a la Reina Gabrielle de que...

Jordan dio un par de rápidas zancadas y se puso frente a él, cortándole el paso.

—La reina sabe perfectamente que, de haberlo hallado, ya estaría al tanto.

El joven capitán resopló, cruzándose de brazos, sabiéndose sin escapatoria, y Jordan vio en su postura encorvada y esos brazos apretados contra el pecho un mecanismo inconsciente de defensa.

—Sabes que puedes confiar en mí —lo acicateó—. Es por aquella mujer de rubios cabellos que pertenecía a la Corte de los Reyes de Hæe, ¿verdad?

Jordan observó cómo, finalmente, los brazos de Francis caían laxos a sus costados mientras apoyaba su espalda contra uno de los postes de entrenamiento. Su reserva de hacía un segundo se había transformado en derrota, y Francis sacudió la cabeza gacha varias veces a modo de afirmación.

—¿No te corresponde? —preguntó Jordan, habiendo comprendido que iba a tener que hurgar para poder sacarle alguna palabra, pero, al parecer, había acertado al lanzar tal suposición, pues vio que reaccionaba y levantaba su rostro hacia él.

—Me tortura precisamente el hecho de que sí lo hace —respondió con tanta tristeza en su voz que Jordan casi pudo sentir como propio

el sufrimiento de su amigo.

—No lo comprendo.

—Ni yo tampoco —negó, con los ojos llenos de una melancolía infinita—. Hubiera preferido que no me amase —admitió—, me habría dado un motivo para arrancarla de mi corazón, incluso para odiarla si eso me hubiera ayudado a paliar este dolor que no me deja respirar. Pero ella me ama, Jordan, como ninguna otra mujer me amará jamás.

Su mirada reflejaba el mismo pesar que esa declaración tan sincera que sorprendió a Jordan profundamente.

—Reniego de ti como amigo si no le pediste que viniera contigo —bromeó, aunque fuese lo menos apropiado, poniéndole una mano en el hombro.

—Claro que lo hice, ¿por quién me tomas? —Sí que se rió, aunque su risa sonó triste—. Y de hecho la culpabilicé por no amarme al darme su negativa.

—Y entonces, ¿cómo estás tan seguro de que sí te ama? No entiendo...

Francis se limitó a entregarle una mirada llena de significado y que a Jordan le bastó.

—Divino Bhut, Francis... —exclamó dando un paso atrás.

—Llevo ese amor clavado en las entrañas. —Apretó los puños con el pesar transformado en rabia, deambulando unos pasos, perdido—. Me entregó su alma y su cuerpo, tomando los míos sin piedad, dejándome incompleto y sin la posibilidad de poder recuperar la parte de mi ser que me arrebató.

Jordan vio cómo los ojos de su amigo se velaban con un brillo acuoso de sufrimiento y desesperación, pero volvió a enfrentarlo, no quería que huyera.

—¿Y qué razón te dio entonces para no querer venir contigo?

—Te la puedo recitar palabra por palabra si quieres.

Y rescató de su mente aquella letanía que se le había quedado grabada como a fuego.

—“Tu amor no puede salvarme de mi destino —comenzó a recitarle con voz balbuceante—. El precio que estoy pagando por amarte es

muy alto, pero acabo de descubrir que no me importará hacerlo por ti. Por eso, nada de lo que hagas o digas hará que abandone este castillo. Nada.”

Tuvo que tomar aire para aliviar el dolor que le producía haberlo dicho en voz alta, mientras Jordan lo observaba perplejo.

—Amigo mío, te ruego que si ves algo de luz en esas palabras, me lo digas sin dilación.

—Algo le impide unirse a ti y cree que lo mejor para los dos es que estéis separados —le dijo, sorprendido de que realmente no lo comprendiera.

—Eso ya lo sé —concordó, aunque su voz delataba su desesperación—. Sé que hay algo que la frena y la obliga a alejarse de mí, pero ¿el qué?

—¿Y qué más da? —Sacudió Jordan las manos con incredulidad—. ¿Qué demonios importa, Francis? Lo que importa es que está equivocada y tú eres el único que puede hacérselo ver. Amigo mío, sólo la Señora de la Muerte tendría el poder de separaros y, aun así, se la puede burlar, y tú has sido testigo de ello.

Francis sabía a lo que se refería. Sería imposible olvidar cómo Nicholas había arrancado a Gabrielle de las garras de Deati, aunque desgraciadamente, ahora...

—¡Jordan! ¡Francis!

Ambos se giraron hacia aquella voz que gritaba sus nombres con insistencia y vieron cómo Bruc corría hacia ellos con el rictus desencajado, sin parar de agitar los brazos y señalando tras de sí.

—¡Es el rey! ¡El rey!

Capítulo 2



Nicholas trató de incorporarse en la parte trasera de la carreta que se detenía frente a una larga escalinata de piedra, y que se alzaba hasta la entrada del castillo, pero esa extenuante debilidad no se lo ponía fácil, así que tuvo que esforzarse una segunda vez para conseguirlo. Algo en su interior le hacía sentirse avergonzado al presentarse en semejante estado ante su familia, aunque, en realidad, era su incapacidad para recordar lo que le provocaba esa sensación de inseguridad y frustración.

Ya sabía que tenía una esposa e imaginaba que sus padres habrían muerto si él era el soberano, pero ¿tendría hermanos? ¿Y qué sentiría por ellos? Se vio en la tesitura de tener que mostrar apego hacia unas personas que le eran del todo desconocidas, sin saber realmente cuál debía ser su actitud para con ellos, y la incertidumbre se tornó en desesperanza e inquietud. ¿Y si jamás lograba recordarlos o recordar quién era él? Porque un hombre que se desconoce a sí mismo, difícilmente podría gobernar. ¿Sería un rey magnánimo y querido por su pueblo o más bien era un déspota odiado por sus súbditos?

Por lo pronto, aquel labriego que se habían encontrado nada más acceder por el portón de la muralla, lo miró lleno de una alegría que se le antojó genuina y una emoción que le hizo correr por delante de ellos para advertir a los habitantes del castillo de su presencia. Incluso ahora, se escuchaba un animado bullicio proveniente de uno de los extremos de aquella plaza al aproximarse lo que parecía todo un

regimiento de guardias, mientras que tras ellos hacían su aparición los aldeanos que los habían visto recorrer la vía principal.

Sin embargo, lo que mantuvo a su alma en vilo fueron las voces procedentes del interior del castillo, voces que clamaban por él. Lo primero que vio, apresurándose en bajar aquella escalinata, fue a una mujer y a un hombre de edad madura, seguidos de otro de cabellos cobrizos que parecía tener la misma edad que él, y a una bella joven de largos cabellos rubios. Un gran alivio lo invadió al comprobar que había felicidad en sus rostros sonrientes y llenos de lágrimas. Y entonces la vio...

Tras ellos descendía, con premura, una mujer joven, de pelo oscuro y largo hasta la cintura y cuya belleza era tal que cualquier hombre, estuviese o no en su sano juicio, se habría visto atrapado por su encanto. Aunque no fue la delicada hermosura de su rostro lo que más le conmovió, sino su rostro en sí.

Esa bella mujer que repetía su nombre, sin cesar, era aquella hada de sus sueños, y en los pocos instantes que se sucedieron hasta que todos llegaron hasta él, su deseo por recuperar la identidad perdida se transformó en un ferviente anhelo de que ella resultase ser su esposa.

—¡Nicholas! —volvió a gritar ella, bañado su precioso rostro en lágrimas. En cuanto estuvo a su alcance, se empinó por encima del borde de la carreta para rodearlo con sus brazos y estrecharlo con vehemencia—. Mi amor..., mi amor...

—Entonces, ¿sois vos mi esposa? —expresó aquel deseo en voz alta sin apenas darse cuenta, pero aquellas palabras tan lógicas para él, carecían de sentido para ella. Se separó un poco y lo miró con extrañeza.

—¿Cómo? —inquirió, girando después su rostro hacia el caballero de mayor edad—. Trystan...

—Tranquila, Gabrielle —trató de sosegarla—. Nicholas, ¿es posible que no nos recuerdes? —demandó con voz calma.

Aun así, Nicholas no pudo evitar sentirse profundamente mortificado y se alejó de Gabrielle, asintiendo cabizbajo.

—¡Nicholas! —exclamó de pronto otro hombre que acudía corriendo en compañía de dos guardias, pero la joven de cabellos

rubios salió a su encuentro y se lanzó a sus brazos, con ojos llorosos.

—Mi hermano no nos reconoce.

—¿Qué?

Nicholas se encogió en su lado de la carreta, lleno de desasosiego y culpabilidad ante una situación que lo desbordaba y que hacía su vulnerabilidad aún más patente.

—Será mejor que nos calmemos —intervino Gladys, haciéndose cargo de la creciente confusión—. Nicholas necesita atenciones y descanso.

—¿Tú lo encontraste? —le preguntó Trystan a Moira, quien aguardaba impaciente a que repararan en ella. “Puñado de mentecatos...”

—Sí, Majestad —asintió con simulada humildad, bajando de la carreta—. Lo hallé hace cuatro días en el bosque y he tratado de cuidar de él lo mejor que he sabido.

Trystan lanzó un vistazo, receloso, al vendaje que cubría la cabeza de Nicholas y después hacia Moira.

—¿Por qué no nos acompañas y nos cuentas lo sucedido? —le pidió finalmente.

Les hizo una seña a Erick y Jordan quienes, bajo la atenta mirada de Gabrielle, hicieron descender a Nicholas de la carreta. Luego tomaron sus brazos para pasarlos por encima de sus hombros y comenzaron a ayudarlo a subir los escalones. Nicholas sentía los miembros tan pesados que apenas podía hacerlo, incluso necesitó de un esfuerzo sobrehumano para mantener la cabeza erguida y no dejarse arrastrar como si fuera un fardo inerte.

—¡El rey ha vuelto! —Escuchó de pronto a su espalda, y la plaza, en la que ya no cabía ni un alfiler, se alzó en un vítor común. Aquello calmó otra de sus inquietudes; al parecer era un soberano apreciado por su gente y eso le insufló las fuerzas necesarias para seguir caminando.

—Gabrielle, acomódalo en vuestra recámara mientras Moira me pone al tanto de lo acontecido —le pidió a la joven—. Iré dentro de un momento para revisarlo —añadió, instando a la mujer para que lo acompañara al salón. Una vez allí, le indicó con la mano uno de los

butacones—. Toma asiento.

Moira tuvo la prudencia de aguardar a que él lo hiciera primero, preparada para recitar su papel que había adquirido mucho menos protagonismo en toda aquella escena de lo que planeó en un principio. Dadas las circunstancias, suponía que la gratitud de Nicholas tendría la solidez de un puñado de monedas que no le serviría en absoluto para sus propósitos.

—En primer lugar —habló, por fin, Trystan tras lo que había sido un exhaustivo estudio de la humilde y casi harapienta apariencia de Moira—, quiero agradecerle que le hayas salvado la vida a mi sobrino.

—Cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar, Majestad. —Inclinó ella la cabeza con sumisión.

—Dudo que cualquiera ponga un vendaje con semejante maestría —le rebatió él, echándose hacia atrás contra el respaldo, satisfecho por su respuesta—. ¿Dónde aprendiste a hacerlo?

—Mi abuela era una curandera. —Jugó la primera carta que, bien sabía, era peligrosa lanzarle a Trystan.

—¿Tú también lo eres? —preguntó con suspicacia.

—No, no —negó categóricamente, irguiéndose un tanto preocupada—. No heredé don alguno, sólo el interés por las propiedades benévolas de algunas plantas, y nada comparado con vuestros conocimientos dado que, como por todos es sabido, sois el Rey Sanador —se expresó con prudencia—. Pero, ciertamente, pensaba ganarme la vida vendiendo ungüentos y brebajes y, con un poco de suerte, establecerme en la zona.

—Vienes de otro reino —supuso, y se inclinó hacia adelante levemente para retomar la tarea de estudiarla.

—No, Majestad. Provengo de una de las aldeas más al sur del reino y que se vio arrasada en las últimas inundaciones.

—Ya recuerdo. —Asintió pesaroso con la cabeza.

—Perdí todo lo que tenía. —El rostro de Moira adquirió el semblante más afligido que pudo encontrar en su repertorio—. A mi esposo, la casa en la que vivíamos... —Exhaló un suspiro tembloroso—. Decidí venir aquí y probar suerte ya que había escuchado el rumor de que las aldeas más cercanas al castillo

comenzaban a prosperar rápidamente.

—¿Y has hallado esa suerte?

—Aún no lo sé, pues no llegaba a mi destino cuando encontré al Rey Nicholas cerca de un lago, sin sentido y con una gran herida en la cabeza. —Se señaló a sí misma en la zona que Nicholas tenía dañada—. Había hecho noche en una cabaña abandonada y oculta en el bosque que no estaba demasiado alejada y, dada la gran distancia hasta este castillo, creí que lo más conveniente era llevarlo hasta allí y tratar de moverlo lo menos posible. Ha estado inconsciente todo este tiempo y he tratado de alimentarlo como buenamente he podido y, aunque sé que debería haber advertido a alguien, no quería dejarlo solo en ese estado, indefenso ante cualquier peligro.

Trystan hizo una mueca, meditando sobre lo que Moira acababa de relatarle, así que contuvo la respiración. No le importó que se apreciase su inquietud, al contrario, posiblemente la ayudaría.

—Entiendo —dijo él finalmente—. A pesar de todo, lo más importante es que le has salvado la vida, así que considero justo que permanezcas en el castillo hasta que mi sobrino decida cómo mostrarte su agradecimiento.

—Soy yo la que está agradecida, Majestad —respondió con fingidas lágrimas en los ojos, arrodillándose frente a él para coger su mano y besarla.

Él le sonrió antes de levantarse y se dispuso a salir del salón mientras Moira reprimía una náusea y ocultaba una sonrisa de satisfacción...

La entrada al castillo supuso para Nicholas el preámbulo hacia un universo desconocido. Ya había caído la noche, así que aquellos corredores de piedra por los que lo llevaban estaban iluminados con antorchas ancladas a la pared y que le otorgaban cierta calidez a esos fríos muros cenicientos.

Tras lo que le pareció una eternidad, llegaron a una recámara cuya puerta ya estaba abierta. Moira había procurado que su pollino fuera lo más tranquilo posible, deteniéndose cada tanto para que sus huesos descansaran del traqueteo del camino, pero había sido algo inevitable que afectase a su depauperado cuerpo. Así que, después del viaje tan

largo que había recorrido en aquella carreta, agradeció el lecho mullido en el que los dos jóvenes lo depositaron.

Tanto ellos como las dos mujeres se colocaron a los pies de la cama, mientras su hermosa esposa le acomodaba las almohadas detrás de su espalda con gesto afligido. Al cabo de unos instantes, entró aquel hombre que respondía al nombre de Trystan, portando un pequeño baúl en sus manos y que dejó en la mesita cercana, en compañía de una joven en avanzado estado de gestación, que se abrazó al hombre de cabellos cobrizos, con semblante triste. Luego, la mujer de mayor edad se acercó a Trystan, y Gabrielle se sentó en el borde de la cama, casi a sus pies.

—Revisemos esa herida —dijo él entonces, llevando sus manos hacia el vendaje de su cabeza, pero Nicholas, de modo inconsciente, hizo ademán de apartarse, desconfiando.

Rápidamente, esa desconfianza se tornó en confusión y culpa. Esas personas no habían hecho más que mostrar su preocupación por él, pero Trystan alzó las manos, retirándose un paso para tranquilizarlo, y decidió esperar un poco hasta intentar revisarlo de nuevo.

—¿Podrías decirme qué es lo que recuerdas? —le preguntó calmadamente.

Nicholas suspiró hondamente antes de responder, en un último intento de alcanzar milagrosamente la memoria perdida.

—Nada —respondió, finalmente, con pesar mientras se detenía una por una en todas esas caras que lo miraban con esperanza, como si su rostro fuera a ser el elegido que le hiciera salir de las tinieblas.

—No fuerces tu mente —le recomendó Trystan.

Pero él continuaba escudriñando en cada uno de sus rasgos, tratando de encontrar algo familiar en ellos. Necesitaba saber quiénes eran esas personas que lo miraban con cariño, y el tipo de afecto que le unía a ellos.

Sobre todo se detuvo en el rostro de Gabrielle. De todos ellos, era a su esposa a la que más deseaba reconocer, queriendo averiguar así si el fuerte palpitar que golpeaba en ese instante su pecho era reflejo del sentimiento que le unía a ella y que vivía en él, aunque no se acordase de ella, o si simplemente era fruto de la impotencia y la confusión.

—¿No... me recuerdas? —le preguntó ella entonces con cautela.

—Me temo que no —respondió con gran pesadumbre.

Ella se llevó la mano a la boca, ahogando un sollozo que consiguió contener, a excepción de unas lágrimas que escaparon hacia sus mejillas.

—Ella es tu esposa y se llama Gabrielle —le dijo Trystan.

Nicholas fijó su mirada aún más en ella...

“Sí, mi esposa.”

—Tenéis un bebé de pocas semanas llamado Ilsik, y que duerme plácidamente en la otra recámara. —Lo vio señalar una puerta, al fondo de la habitación, que estaba abierta.

—¿Tenemos un hijo? —le preguntó Nicholas a una acongojada Gabrielle, quien se limitó a asentir. Seguía allí sentada, a los pies de la cama y con los brazos encogidos contra su regazo.

Nicholas cerró los ojos y negó con culpabilidad.

—No lo recuerdo tampoco.

—No debes angustiarte —trató de sosegarlo Trystan.

—Estás entre gente que te quiere. —Lo miró con dulzura la mujer que estaba a su lado—. Me llamo Gladys, y soy tu tía y la esposa de Trystan. —Acarició con suavidad maternal su mejilla—. Él es nuestro hijo Erick y ella es Claire, su esposa. —Señaló a la pareja y mirando a los que quedaban por presentar, dijo—: ella es tu hermana Agatha y él su esposo, Jordan.

—Mi hermana —susurró, dirigiendo su mirada hacia ella, y de nuevo hacia todos los demás, sin hallar la mínima luz que condujese su memoria hasta ellos.

Pero cuando vio que sus rostros volvían a iluminarse, invadidos otra vez por la esperanza de que los hubiera reconocido, cerró los ojos y bajó el rostro, negando con la cabeza lleno de pesar.

—Creo que, por el momento, ya hemos saciado tu curiosidad más que suficiente. —Le sonrió Trystan—. Aunque debería darte un dato más. Tengo un amplio conocimiento acerca de las Artes Curativas, así que me gustaría revisar tu herida.

—Está bien —consintió al fin, y ya no sólo por aquella información con la que trataba de tranquilizarlo, sino que era su voz lo que le

inspiraba confianza.

Trystan, con mucho cuidado y ayudado por Gladys, retiró la venda que cubría una gran herida situada por encima de la sien izquierda. Un murmullo de inquietud se alzó en la habitación por parte de las jóvenes, pero Trystan les lanzó una mirada que las instaba a sosegar. La herida comenzaba a cicatrizar y, a pesar de su mal aspecto, no había signos de infección.

—Moira ha hecho un buen trabajo —tuvo que reconocer.

—¿Dónde está? —preguntó Nicholas con gesto culpable al haberse olvidado de ella.

—Le he pedido que permanezca en el castillo —le informó Trystan.

—Gracias. Se ha portado muy bien conmigo y no sé cómo agradecerle que...

—No te inquietes. —Apretó su mano Gladys—. Procuraré que se sienta cómoda aquí, mientras que tú decides qué hacer.

—Deberías tomarte en serio lo de mantenerte tranquilo —le recomendó su tío, volviendo a cubrir su herida con una venda limpia—. Tu pérdida de memoria se debe al golpe que has recibido y es muy probable que sólo sea cuestión de tiempo que vuelvas a recordar.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con impaciencia.

Trystan rió quedamente y el tenso ambiente que reinaba en la estancia, se relajó.

—Habrás perdido la memoria, pero sigues siendo el mismo. Tan mal paciente como de costumbre.

Nicholas exhaló pesadamente. Gladys le había aclarado quiénes eran ellos, pero no le había explicado quién era él.

—Ahora deberías descansar —añadió Trystan—, así que será mejor que nos retiremos —se dirigió ahora a los demás.

Todos asintieron con la intención de obedecerle y uno por uno se fueron despidiendo de él, ya fuera con una mirada o una palabra cariñosa, pero de pronto vio que Gabrielle también se levantaba de la cama, y no pudo evitar sobresaltarse.

—¿Vos también os marcháis, mi señora?

Gabrielle dejó escapar un lastimoso quejido mientras las lágrimas

retornaban a sus ojos, aunque ella trataba de enjugarlas rápidamente con sus manos. Y Nicholas sintió una punzada de culpabilidad en su pecho al causarle tal tristeza, mas sin saber qué la provocaba, si sus palabras o...

—Al principio de conocernos, me llamabas así —le explicó ella por fin, acercándose a él lentamente.

—Lamento mucho haberos disgustado —dijo él cabizbajo—. No sé qué me ha impulsado a llamaros de ese modo.

—No me disgusta. —Gabrielle no pudo hacer otra cosa más que sonreír—. Ya en aquel entonces te amaba.

—Y... —titubeó ante aquella tibieza que invadía su interior—, ¿aún lo seguís haciendo?

Gabrielle no contestó. Alargó una mano, con movimientos cautelosos hacia él, hacia su rostro, temiendo que no aceptase de buen grado la caricia de la mujer desconocida en la que se había convertido, pero Nicholas esperaba esa caricia, deseoso de descubrir qué sentiría ante su contacto.

Una estremecedora calidez pareció expandirse hasta su pecho desde aquellos suaves dedos que tocaban su rostro con sobrecogedora ternura. Tal vez Gabrielle había sido borrada de su mente, pero algo en su corazón la reconocía como parte de él. Cerró los ojos un instante y se embriagó de aquella paz que le otorgaba con tan pequeño gesto.

—Discúlpame —se lamentó ahora ella, apartando su mano de él, como si quemara—. He de hacerme a la idea de que para ti es como si me vieras por primera vez.

—No lo es —dijo de pronto, aunque se arrepintió antes de terminar de hacerlo.

—¿No lo es?

—Yo... —vaciló ante el riesgo de parecer un demente—. Yo os he visto en un sueño —murmuró inseguro.

—¿En un sueño? —lo incitó ella a continuar, buscando sus ojos con los suyos, y Nicholas reparó por primera vez en que su mirada era de plata brillante, como lo había sido en su ensoñación.

—Eran vuestros mismos ojos, vuestro mismo cabello, vuestro mismo rostro..., aunque estaba bañado en lágrimas, que ahora

entiendo eran por mi culpa. —Suspiró abatido—. Mas en vuestro llanto seguía luciendo hermosa, con vuestro pelo negro cayendo sobre un precioso vestido celeste, vaporoso... casi etéreo y que os otorgaba un halo divino, a la vez que mágico, como una Oona recién salida de una bella fantasía.

—Oona —musitó ella con el corazón encogido y las lágrimas recorriendo de nuevo sus mejillas, provocando que ocultara su rostro de él y le diera la espalda, y Nicholas se dio cuenta al instante de su grave error.

Tal vez hubo un tiempo en el que él le profesaba un amor infinito e indestructible a su esposa, tal vez..., pero, ahora, ese sentimiento, si bien pudiera no haber desaparecido, permanecía aletargado en algún lugar remoto de su interior, impidiéndole corresponderla del modo que ella esperaba y merecía.

—Lo siento, mi señora, no tengo derecho a hablaros así —se disculpó de inmediato, irguiéndose en el lecho—. Vos seguís viendo a vuestro esposo en mí, mientras que...

—Yo no soy más que un anhelo, una ilusión de lo que desearías que fuera —concluyó ella, haciéndose eco de sus pensamientos.

—Trystan dijo que era cuestión de tiempo —le recordó a modo de consuelo y ella se giró hacia él, con esa mirada en sus ojos de plata que le decía que el consuelo no era tal.

—Y mientras tanto te tendré tan cerca y a la vez tan distante —lamentó ella después con tristeza—. Lo siento, ahora soy yo la que no debería haberse expresado así. —Bajó la vista hacia sus manos cuyos dedos jugueteaban, inquietos.

Nicholas sintió deseos de tomar su barbilla y alzar su rostro, acariciar la suavidad de su piel y enjugar sus lágrimas, pero se contuvo al no sentirse con el derecho de echar a volar de nuevo las esperanzas de la joven, aunque tampoco pudo ocultar su propia lucha interna y la impotencia que ella pareció saber leer en sus ojos.

—Mi señora —murmuró, bajando su vista, mortificado—, yo...

—Permíteme que te cuente algo —dijo, captando toda la atención de Nicholas con su cambio de actitud, pues incluso había dado un paso hacia él—. Cuando nos casamos —comenzó a decirle con un sosiego

que no había visto en ella hasta ahora—, no éramos más que un par de desconocidos llevados a un matrimonio pactado.

Nicholas hizo ademán de decir algo, pero Gabrielle alzó una de sus manos como una petición para que la dejase continuar. Luego, se sentó en el lateral de la cama, necesitando la cercanía de su esposo.

—Aún pudiendo haberlo hecho, nunca me exigiste más atenciones de las que yo estaba dispuesta a brindarte, ni hiciste valer tus derechos como esposo contra mis deseos, ni en nuestra noche de bodas ni en las noches siguientes. Y no sólo me concediste mi propio espacio, que jamás te permitiste invadir. —Señaló entonces aquella puerta al fondo de la estancia antes de continuar—, sino que me obsequiaste con el único presente que tenía valor para mí en aquellos entonces: todo tu tiempo —declaró, no pudiendo ocultar él su asombro—. Tiempo para aceptarte como esposo, tiempo para permitirte que me amaras... y tiempo para que yo llegase a amarte.

Una dulce y leve sonrisa se dibujó en labios de Gabrielle al recordar aquellos tiempos, y que le hizo a Nicholas imaginar la belleza de aquel recuerdo. Habría dado la mitad de su vida por poder disfrutar de él.

—Eso mismo es lo que te concederé yo ahora —le anunció ella—. No exigiré caricias que sé que no estarías dispuesto a ofrecerme, ni afectos que serían poco menos que forzados por tu parte, ni te buscaré como esposo mientras tú no me consideres tu esposa. Volveré a ocupar esa recámara hasta que tú decidas lo contrario. —Le sonrió con sincera resignación—. Así que, os deseo buena noche, mi señor.

Con una última sonrisa, Gabrielle se dirigió hacia aquella puerta y desapareció, cerrándola tras de sí. Nicholas debería haberse sentido liberado, agradecido como mínimo por la generosa comprensión y sorprendente renuncia de su esposa. ¡Su esposa!

Y un punzante resquemor en su interior le hizo preguntarse si no habría de lamentar el hecho de permitirle que dejara de actuar como tal.

Capítulo 3



Anyan no acudió a desayunar con ellos. Sentado a la mesa, Griän le había preguntado a una de las doncellas que solían servirles y ésta le informó de que su hermana se sentía indispuesta, razón por la que no los acompañaba. Griän se apresuró en decirles a los demás que con seguridad no sería nada de importancia, pero que la dejaría descansar para acercarse a su recámara más tarde y comprobar cómo se encontraba.

Sin embargo, él ya sabía de su indisposición y lo que la causaba, pero su única intención al idear aquella pantomima era disuadir a sus compañeros de realizarle alguna visita a Anyan y evitar así posibles suspicacias.

Tenía que hacer algo para sacarla de aquel estado de melancolía en el que parecía haberse sumido. Esa mañana, cuando acudió a su recámara para que bajara con él a desayunar, la mujer que vio no parecía más que una sombra de lo que Anyan era. Con suerte había dormido algunas horas en todos aquellos días, o comido, lo que quedaba patente en su semblante, en su cuerpo, en su espíritu ahora languidecido. Unas profundas sombras violáceas rodeaban sus ojos verde esmeralda que habían perdido su brillo, su cabello del color del sol era ahora ceniciento, como niveas eran sus mejillas otrora sonrosadas, incluso podía adivinar bajo sus ropajes que su cuerpo había perdido parte de su lozanía. Y todo aquello en cuestión de unos días.

Aún recordaba su expresión cuando le preguntó qué le sucedía, parecía temerosa de contestar, de su reacción al oír su posible

respuesta. Por eso dudó, se tomó unos segundos y le respondió, finalmente, que algo le debió sentar mal la noche anterior y que no había podido dormir.

Mentía y lo sabía. Su desmejorado aspecto no era consecuencia de una noche de insomnio, sino de varias, y podía situar perfectamente la primera en que había comenzado aquel declive, porque era la misma en la que él sintió cómo se creaba un gran vacío en su pecho.

Selene.

No quería recordar su nombre, pues en cuanto le venía a la mente, ese vacío se colmaba de una aflicción que lo llenaba de furia. Jamás se había sentido así, era una tortura que lo colmaba de impotencia y, por ende, de frustración, pues nunca nada escapaba a su control de esa forma.

Lo peor eran las noches, cuando se tumbaba en su lecho. Parecía que su dulce olor a flores blancas no fuera a irse nunca, y no importaba que les pidiese a las doncellas que cambiaran sus sábanas a diario; seguía estando ahí. Pero aquel tormento noche tras noche, no era lo único que lo martirizaba, porque su recuerdo también lo hacía, día tras día. Y entonces, la rabia volvía a cegar lo porque no era capaz de arrancársela de allá donde fuera que permanecía arraigada.

¡Maldita fuera!

Entendía a su hermana, y tal vez nunca se lo diría a Anyan, pero ése era el motivo por el que no la presionaba, por el que no la obligaba a actuar como lo que era: la doncella virgen y digna que albergaría en su vientre al futuro Rey del Amanecer. Sabía que su tristeza era debida a la marcha del Capitán Francis, y necesitaba algún tiempo para deshacerse de esos sentimientos que no tenían cabida en sus vidas y que estaban vetados para ambos hermanos, sobre todo para ella. Y del mismo modo, ambos eran conscientes de aquella certeza. Por eso, más pronto que tarde, deberían dejar atrás aquella debilidad que amenazaba con destrozarles, y sobreponerse para volver a ser lo que eran: La Elegida y su Preceptor, y cumplir con su destino.

Aquella convicción pareció levantarle un poco el ánimo y decidió que, eso mismo, tal vez le ayudase a su hermana. No en vano Anyan esperó toda su vida para ser la que gozase de aquel privilegio, de

aquel honor. Se había preparado e instruido, él mismo se encargaba de guiarla de modo riguroso, y no sólo era versada en todas las artes, sino que poseía una destreza con las armas propia de un guerrero, así como un conocimiento de los poderes curativos y dañinos de las hierbas y las plantas que más de una curandera desearía para sí.

Eso mismo la ayudaría a cumplir con su principal cometido, pues, haciendo uso de ellas, se estaba asegurando de que su cuerpo sería fértil para recibir la semilla del Rey Korw cuando la tomase en el próximo Solsticio de Verano, dentro de unas semanas. Sí, aquellos eran argumentos de peso y, sin duda, Anyan entraría en razón, y cuanto antes, mejor.

Redujo el ritmo al tomar su desayuno, queriendo que el resto acabase antes que él para quedarse solo en la mesa, y después le pidió a una doncella que apartase algo de comida para Anyan, pero indicándole que lo llevase a su recámara, no a la de su hermana. No quería deambular por todo el castillo con una bandeja como si de un sirviente se tratase, pero tampoco quería que otra persona se encargara de ello y la distancia entre las dos recámaras no era excesiva. Además, antes de ir a ver a su hermana quería ir a otro lugar, al único jardín que había en ese castillo, y ése era el motivo por el que quería quedarse solo. No era muy común en él ese tipo de expediciones y menos para coger flores, aunque sólo fuera una, pero se le había ocurrido que a Anyan le gustaban las margaritas y, tal vez, ese detalle podría animarla aunque fuese un poco.

Abandonó el comedor y salió al exterior por uno de los accesos secundarios. Recordaba haber visto el jardín el día que fue en busca de Selene para advertirle sobre Antü, así que se dirigió hacia la muralla a través de uno de los arrabales. Iba a entrar en un callejón cuando le pareció oír su nombre en una conversación mantenida entre un hombre y una mujer, y su intuición le hizo detenerse antes de ser visto para así poder escuchar. Toda su cautela se tornó en desconcierto, ya no al percatarse de que así era, sino al darse cuenta de que aquella pareja no eran ni más ni menos que Araw y Antü.

Se escondió en el hueco de una puerta, tras una de sus jambas, oculto en la pequeña sombra que proyectaba la piedra sobre la

madera y aguardó.

—Finalmente, no ha servido de nada —parecía quejarse Araw.

—Yo creo que lo pasamos bien, ¿no? —le rebatía Antü con voz pastosa.

—Ya sabes lo que quiero decir —espetó ella con impaciencia—. ¿Seguro que ni te lo ha insinuado? ¿O a Cam?

—Griän no yació con esa muchacha, con Selene —le insistió—. No habría tardado ni un minuto en echármelo en cara, ya que yo no hice más que alardear de lo buena que era en el lecho. Y a Cam tampoco se lo ha insinuado siquiera.

—Maldita sea —farfulló Araw—. Y ahora esa fulana se ha marchado y yo he perdido la oportunidad de hundirla en el barro como la ramera que es. Que el Demonio Oscuro se la lleve, ¡nuestro plan era perfecto! Estoy segura de que Griän nos vio llamándome tú *palomita* —dijo con desdén—, con ese apestoso vestido que acabo de darle a mi sirvienta, y que espero que queme pronto, debería haber pensado que era ella —masculló furiosa—. Tú ya habías alimentado su vanidad lo suficiente como para enfurecerlo y el siguiente paso debería haber sido que la hiciera suya, que la mancillara, que la forzara si hubiera sido necesario. ¡Maldición! —volvió a imprecicar—. Se me hacía la boca agua sólo de pensar en esta posibilidad, porque no solamente la hubiera podido denigrar frente a todos, acusándola de ser una furcia, sino que habría sufrido el dolor físico al haber sido contra su voluntad.

—En verdad eres perversa. —Antü había comenzado a reír y Griän sintió cómo le hervía la sangre y le golpeaba violentamente contra las sienes. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no salir y matarlos a los dos con sus manos desnudas—. Lo que no entiendo es por qué elegiste a Griän —le confesó entonces Antü a Araw—. Yo habría jugado ese papel muy gustoso —añadió con tono malicioso, acercándose con mirada sugerente, aunque ella lo apartó de un empujón, con total desinterés.

—Nadie me rechaza y no paga las consecuencias por ello —alegó ella desafiante—. No sólo lo habría humillado por haber caído tan bajo al fornicar con una simple criada, habiendo tenido la posibilidad de

yacer con una mujer como yo, sino que el Capitán Francis hubiera sido debidamente informado sobre la deshonra de su hermana. Estoy segura de que habría tomado cartas en el asunto, con el consecuente escarmiento para Griän antes de deshacerse del capitán.

—Podría haber sido él el muerto —le advirtió Antü.

—Podría, podría, podría... —repitió, subiendo cada vez más la voz y sacudiendo las manos—. Al final todo se ha ido al demonio, porque esa desgraciada se ha marchado sin que yo haya podido vengarme de ella por haberme ridiculizado delante de todos vosotros.

Griän no quiso escuchar más. Ya no era necesario ni podía soportarlo por más tiempo, aunque en vez de salir de su escondite y girar en aquella esquina para descargar toda la furia que sentía sobre ellos, corrió en dirección contraria y volvió a encaminarse hacia el castillo. Tenía todo el tiempo del mundo para hacerles pagar y, sin embargo, no sabía si tendría el suficiente para evitar que...

Hubiera podido pedirle ayuda a Anyan, pues una mujer llamaría muchísimo menos la atención en aquella zona del castillo, pero no podía perder tiempo en explicarle y tratar de convencerla para que lo hiciera.

Por suerte, la mayoría de sirvientas estaban aún ocupadas con los últimos retazos del desayuno o disponiendo las recámaras de sus señores, pero lo difícil sería encontrar la habitación de aquella doncella. Llegó al ala de la servidumbre y comenzó a revisarlas una por una. Tal y como supuso, sus ocupantes estaban atendiendo sus quehaceres, pero, aunque aquello le daba la libertad de buscar detenidamente, en ninguna lo encontró. Tal vez ya había llegado tarde y, con cada una de las estancias revisadas sin éxito, un mayor desasosiego comenzaba a oprimirle el pecho.

Casi había perdido la esperanza cuando irrumpió en una de las minúsculas habitaciones y lo vio extendido encima del jergón: el vestido verde de Selene que Araw había utilizado para poner en marcha aquella blasfemia. Con una única zancada y estirando el brazo, llegó hasta el camastro y dio un tirón para hacerse con la prenda, que hizo un ovillo alrededor de su brazo, tras lo que salió corriendo de allí.

No paró hasta llegar a sus aposentos. Cerró la puerta con pestillo para evitar que lo sorprendiesen y fue hasta su lecho, donde extendió el vestido. Se sentó en la cama y comenzó a revisarlo detenidamente, costura a costura, pliegue a pliegue, cerciorándose con inmenso alivio de que estaba en perfectas condiciones. No se había dado cuenta de lo agitado que estaba hasta que notó el temblor de sus manos cuando las alargó para volver a cogerlo y llevarlo hacia su rostro. Aspiró profundamente, y el aroma de Selene lo llenó. A pesar del tiempo transcurrido y de haber estado en contacto con el infame cuerpo de Araw, su esencia seguía intacta y volvió a aspirar ese perfume de flores blancas una y otra vez, deseando que le nublara el entendimiento, de tal forma que creyese que Selene seguía estando allí, que nunca se había marchado.

Fue entonces cuando aquel vacío en su interior se llenó de una congoja incontenible. Sus hombros se empezaron a sacudir y comenzó a vibrarle el pecho, mientras un lamento le cerraba la garganta y los ojos. El llanto estalló con un quejido que le salió del alma y el único consuelo que encontró fue apretar aquel vestido contra su regazo.

Era un niño la última vez que lloró. Su padre le había enseñado, a fuerza de golpes, que no debía hacerlo, que era el emblema de las mujeres y la deshonra de los hombres, y él acababa de convertirse en la de todo Häe.

¿Qué maldito embrujo era ése que lo había transformado de tal modo, arrojándolo al fango y sumiéndolo en la vergüenza? ¿Qué oscuro sortilegio habían lanzado contra él que provocaba que toda su existencia hubiera quedado a merced de una mujer?

Sabía muy bien la respuesta, pero es que no era posible, no para ellos... y se había empeñado una y otra vez en negarlo, en enfurecerse ante la mera posibilidad, en convencerse de que todo volvería a la normalidad ahora que ella había desaparecido de su vida.

Nunca, jamás desaparecería. Ya no tenía fuerzas para seguir rechazando la verdad: que esa mujer se había clavado tan profundamente en su corazón que ningún poder, celestial o terrenal, podría arrancarla de allí. Y lo ocupaba todo, eso era lo que más le aterrorizaba, todas sus creencias, su fe, hasta sus sueños habían

quedado relegados a un rincón oscuro donde ya carecían de importancia. Se descubrió deseoso de coger su caballo y cabalgar sin descanso hasta hallarla allá donde estuviera, simplemente por verla sonreír, y habría dado su vida por saber cómo poder compensarla por todo el daño que le hizo.

Que la Noche Oscura se tragase a esos dos traidores que un día se hicieron llamar sus amigos. Araw moriría de la satisfacción si supiera que su maquiavélico plan salió mejor de lo que esperaba, ya que no sólo poseyó a Selene, arrebatándole su inocencia, sino que se había enamorado de él. Y para colmo de todos los males, sucedió lo inconcebible: él también se había enamorado de ella. Si se hubiera dado cuenta antes, si hubiera sido capaz de aceptarlo...

Tal vez lo sucedido entre ellos no hubiera cambiado en absoluto. Ese amor que él se empeñó en confundir con el más primario y básico deseo era tan intenso que tarde o temprano la habría hecho suya. Mas, los últimos momentos compartidos con ella sí hubieran sido diferentes, pues habría valorado la entrega absoluta e incondicional de Selene tal y como se merecía... ¡Ella se lo merecía todo! Y él, en cambio...

Que el Cielo le ayudase si podía comprender de qué ocultas y desconocidas cualidades era poseedor para que ella le profesase su amor, hasta el punto de haberle entregado lo más preciado que poseía una mujer. Él no era más que un miserable que, ante sus ojos, se había mostrado únicamente como un bellaco, un hombre sin corazón, así que era totalmente irracional e inverosímil que ella pudiese albergar cualquier tipo de sentimiento hacia él que no fuera el odio.

Se secó las lágrimas con la manga de su oscura túnica y se levantó, acercándose a uno de sus baúles, en el que guardaba sus mejores y más elegantes ropajes. Se arrodilló y extrajo todas las prendas, tras lo que, con sumo cuidado, plegó el vestido de Selene y lo colocó en el fondo, volviendo a llenar el baúl con sus ropas.

Ahora entendía lo que decían los libros prohibidos sobre el amor, describiéndolo como un sentimiento tan poderoso que era capaz de arrasar con reinos enteros, y ciertamente era tan devastador que le aterraba. Porque él no era más que un simple hombre, tan ingenuo y

estúpido que había pecado de vanidad al creerse inmune, y a salvo, de semejante poder, tal y como se empeñaban en inculcarles en Hãe, ya desde la cuna.

Volvió a su lecho y se tumbó con la vista fija en el techo. La apremiante visita a Anyan había dejado de tener importancia. Si, tal y como sospechaba, Anyan se había enamorado del Capitán Francis, no habría motivos o razones suficientes que la incitasen a cumplir con sus deberes, máxime cuando todos la conducían a un mismo destino: la muerte.

Capítulo 4



La claridad del amanecer lo despertó. Se sintió confundido hasta que recorrió la estancia con la mirada y recordó dónde estaba. Más calmado, se desperezó y le alegró darse cuenta de que ya no sentía los músculos tan entumecidos como el día anterior.

Una única noche en aquella cama suave y mullida había sido como un bálsamo reparador, y debía agradecer el tónico que le ofreció Trystan en la cena, pues los pinchazos en la herida eran mucho menos intensos. Erin se llamaba la muchacha que acudió a llevarle la bandeja con alimentos. Le contó que era la prometida de Nigel, el Capitán de la Guardia y, aunque se mostraba cohibida, le dio la sensación de que tenían una relación cordial. Tras ella llegaron Trystan y Gladys para ayudarle con la cena, y tuvo que reconocer que se sintió desilusionado al verlos a ellos en lugar de a Gabrielle, aunque podía entender la ausencia de su esposa tras la conversación que habían mantenido con anterioridad.

Su esposa... Apenas podía creer que Gabrielle era su esposa. No comprendía por qué, pero se sentía afortunado de que fuera ella. Tal vez estaba sugestionado por aquel sueño envuelto en magia que aún rondaba por su mente, pero una extraña emoción en forma de cosquilleo revoloteaba en su interior. Si al menos pudiera recordarla, recordar el sentimiento que lo unía a ella...

El llanto de un bebé se escuchó al otro lado de la puerta, en la recámara que ocupaba Gabrielle. Sin duda sería su hijo, Ilsik, si su

memoria no volvía a fallarle. El llanto se hizo más intenso y sonrió como un bobo al pensar que tenía unos buenos pulmones... ¿Aún no lo conocía y ya sentía orgullo de padre? Al momento, distinguió la voz de Gabrielle. No alcanzaba a entender lo que le decía, pero, al instante, la escuchó cantar. Tal vez fuera sólo una nana, pero para él fue como un canto de sirena que lo impulsaba a abandonar esa cama y lo obligaba a acudir a su llamada.

Seguramente no habían transcurrido más que unos minutos, pero a él se le antojaron horas hasta que pudo controlar el mareo y recorrer la docena de pasos que lo separaban de la puerta. Sin embargo, creyó que no lo conseguiría debido a su debilidad y se sorprendió al comprobar que, si bien le faltaban fuerzas, algo había recuperado, gracias a las horas de descanso. Cuando la alcanzó, llamó a la puerta y la voz de Gabrielle se detuvo. Con seguridad sabía que era él, pero, aun así, se tomó algunos segundos en contestarle y permitirle pasar.

Cuando Nicholas abrió, tuvo que apoyarse en el marco de la puerta. Primero, porque aquella simple tarea de caminar hasta allí lo había dejado exhausto y, segundo, porque no esperaba encontrarla de aquel modo. Estaba sentada en la cama. Debía haberse despertado hacía poco, aún estaba en camisón, con su negro cabello suelto y un tanto revuelto, haciendo contraste con la blancura del tejido y de su piel, pues la abertura delantera de la prenda dejaba a la vista parte de sus senos. Tenía el bebé entre sus brazos y estaba amamantándolo, y aquello le pareció la imagen más llena de ternura que podría ver jamás en toda su vida.

—Siento haberos molestado, mi señora —dijo cuando recuperó el habla.

—No... no interrumpís —titubeó un tanto azorada—. Pero creo que no deberíais estar levantado en vuestras condiciones.

Nicholas había comenzado a caminar hacia un butacón situado cerca de la cama y, cuando vio la intención de Gabrielle de levantarse a ayudarlo, se lo impidió alargando su mano.

—No deberíais forzaros tanto —le aconsejó ella, volviendo a colocar a Ilsik en su pecho—. Vuestro tío es muy estricto en cuanto a sus indicaciones.



—Sé que llegué anoche, pero siento como si llevara siglos en esa cama —se quejó.

Gabrielle contuvo una sonrisa y él supuso que era porque le resultaba familiar aquella actitud en él. De pronto, la vio desviar la mirada hacia el bebé que había empezado a mover los brazos con inquietud.

—Espera —comenzó a decirle a Ilsik, separándolo de su cuerpo—. Tranquilo, ya sé que lo has echado de menos —añadió cuando a Nicholas le pareció escuchar un pequeño gruñido de impaciencia. Entonces, Gabrielle se puso de pie, acomodándose con una de sus manos el camisón para cubrirse y, no sin cautela, se acercó a él—. ¿Os importa? —preguntó, estirando levemente los brazos con la clara intención de ofrecerle al niño.

Nicholas vaciló, pero se descubrió incapaz de negarse, así que extendió los suyos con torpeza. Estaba a punto de decirle que no sabía cómo hacerlo cuando sintió el cuerpecito de su hijo acoplándose a la perfección en el arco de sus brazos, y ya no fue capaz de decir nada.

En un gesto de inseguridad, alzó un instante el rostro hacia Gabrielle, quien permanecía frente a él, y ella sonrió, diciéndole con sus ojos plateados que lo estaba sosteniendo perfectamente.

Era un bebé precioso. No recordaba si habría visto algún otro en su vida, pero le parecía perfecto. Había comenzado a gesticular y a levantar las manos hacia el rostro de Nicholas, así que se inclinó sobre él para permitir que su diminuta manita se posara en su mejilla.

—Hola —susurró lleno de emoción y sintiéndose ridículo al instante, al hablarle a un bebé que apenas tendría unas semanas de vida y que difícilmente podría comprenderle, pero habría jurado que una leve sonrisa se dibujaba en los labios de su hijo y que un brillo especial iluminaba su mirada gris—. Es hermoso. Tiene vuestros ojos —dijo sin apenas darse cuenta.

—Pero será gallardo y apuesto como su padre —le concedió ella, y Nicholas alzó la mirada hacia su esposa, sintiendo un pellizco de orgullo al saber lo que Gabrielle opinaba sobre él.

—Así que aquí estás —resonó la voz de Trystan desde el quicio de la puerta por la que había entrado Nicholas. Estaba de brazos cruzados, apoyado contra la pared y con expresión nada amistosa.

—Ya os dije que era muy estricto —le susurró Gabrielle a Nicholas con tono travieso, recuperando a Ilsik de entre sus brazos rápidamente.

—Vuelve a la cama, jovencito —le ordenó mientras caminaba hacia él con la firme idea de ayudarlo.

—¿Jovencito? —Nicholas frunció el ceño.

—Recuérdame que, en otra ocasión, te cuente sobre aquella vez que, con seis años, tuve que recolocarte un hueso roto por no guardar el debido reposo —lo sermoneó, tomando uno de sus brazos y pasándoselo por encima del hombro para ayudarlo a volver a su cama—. Eres peor que entonces.

Nicholas guardó silencio y se dejó guiar, no sin antes girar un momento la cabeza hacia la recámara de Gabrielle quien los observó durante unos instantes, justo antes de cerrar la puerta.

—Con cuidado —le indicó Trystan, ayudándole a recostarse y a apoyar la espalda en el cabecero de la cama—. ¿Cómo te sientes?

Mucho mejor, supongo, si te has atrevido a levantarte.

—Sí. —Hizo una mueca ante su tono reprobatorio—. Me duele menos la cabeza.

—Te daré un poco más de tónico cuando desayunes y esta noche te cambiaré la venda —le indicó, sentándose en el borde del lecho, cerca de él.

—Pero sigo sin recordar nada —se lamentó, claramente mortificado.

—Puede que necesites más tiempo —intentó tranquilizarlo—. La zona de la herida aún está muy inflamada y es posible que eso esté afectando a tu memoria.

—Ya —masculló—, pero mientras tanto...

Dejó caer la cabeza sobre el cabecero y exhaló profusamente.

—Sé que es complicado. —Trystan colocó la mano sobre su hombro con gesto paternal—. Pero aquí estás a salvo, rodeado de gente que te quiere.

—Y que se supone que yo también quiero, pero a la que, en realidad, no sé cómo debo tratar —añadió con palabras apresuradas.

—Te refieres sobre todo a Gabrielle, ¿no?

Nicholas no contestó, pero a Trystan no le hizo falta que lo hiciera.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó—. En mí puedes confiar, siempre lo has hecho —añadió al notar su reticencia.

El joven lo miró, sopesando sus palabras. Para su memoria, conocía a ese hombre hacía menos de un día, pero algo en su interior le decía que sí podía confiar plenamente en él.

—Yo... cuando miro a Gabrielle —empezó a decirle, reflejada su lucha interna en su voz—, siento que algo muy fuerte y profundo nos une, pero no consigo distinguir si esa sensación obedece a que influye en mí el hecho de saber que es mi esposa o a que realmente existe ese vínculo entre nosotros.

Nicholas resopló, como si decirlo en voz alta le complicase aún más las cosas. La situación escapaba a su entendimiento y lo contrariaba profundamente. De pronto, escuchó a Trystan reír por lo bajo, y lo miró inquisitivo.

—Una vez descubriste que dejarte llevar era el camino que te conduciría hasta Gabrielle y, tal vez, deberías volver a hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —Se cruzó de brazos, poniéndose a la defensiva.

—¿Qué sientes ahora cuando piensas en ella? —preguntó sin tapujos—. No me voy a escandalizar —añadió al percibir el aumento de su recelo.

—Es muy hermosa —dijo al fin—. Siento deseos de estar junto a ella.

—Ya —asintió Trystan, fingiendo una mueca reprobatoria—. No hace falta que lo jures. —Lo señaló, recordándole su reciente imprudencia.

—Pero no sé si es correcto —continuó él, ignorando su reproche—. No sé qué espera de mí, ni cómo debo comportarme con ella, y yo no quiero incomodarla. No soy el hombre que la desposó.

—En eso te equivocas —le rebatió—. Aunque hayas perdido la memoria, sigues siendo Nicholas, tu esencia sigue viva en ti, igual que la de Gabrielle. Tu corazón la reconoce, la ama, porque el amor no es un asunto de la razón. Sin embargo, tu mente la rechaza, como rechaza todo lo desconocido, y ahí es cuando ambas partes entran en conflicto.

—No lo sé —reconoció, exhalando pesadamente—. Sólo sé que me siento atraído hacia ella —dijo en un arranque de sinceridad.

—Es un buen comienzo —respondió Trystan con sonrisa pícara y luego rió al ver un gran desconcierto en el rostro de su sobrino—. Por los Dioses del Kratvah, Nicholas, es tu esposa —le recordó—, ¿acaso es un delito desearla?

—Pero ¿no debería amarla primero?

Trystan se inclinó sobre él, con actitud confidente.

—¿Y quién te dice que no lo estás haciendo ya?

Capítulo 5



Cuando Gabrielle terminó de vestirse, cogió a Ilsik en brazos y salió de la recámara. Hubiera deseado ir hasta la habitación de Nicholas, pero Trystan seguía con él, así que no lo consideró oportuno, aunque debía reconocer que, de haber estado solo, tampoco habría entrado, incapaz de decidirse sobre cómo debía comportarse con él.

Había sido una tonta. Su única intención al haberle hecho aquella propuesta a Nicholas era la de darle ese tiempo y ese espacio que podría necesitar para acostumbrarse al hecho de que tenía una esposa y, aunque en su momento le pareció una buena idea, tras haberlo visto hacía unos minutos, se dio cuenta de que aquello había sido una soberana estupidez.

Divina Vetsa, cuánto lo amaba... Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no correr hacia él y suplicarle que la abrazara y la besara y, sin embargo, le había hablado de *vos*, como si fuera un completo extraño.

Con un apretado nudo en la garganta, caminó hacia la habitación de Claire y Erick, pues necesitaba hablar con alguien que le diera su opinión sobre aquel desastre en el que se había convertido su vida. Esperaba que Claire no hubiera acudido al comedor aún, pues era relativamente pronto y, por otro lado, imaginaba que Erick ya se habría marchado. Desde la desaparición de Nicholas, solía reunirse con Jordan para tratar los asuntos urgentes del día antes del desayuno y, aunque Nicholas ya estaba de regreso, debía recuperarse primero y, luego, retomar sus deberes como rey.

—Claire, ¿puedo pasar? —preguntó tras llamar a la puerta.

—Claro, Gabrielle.

Cuando entró, comprobó que su prima no estaba sola. Selene se encontraba con ella, ayudándola a vestirse. El embarazo de Claire estaba bastante avanzado y las tareas más sencillas comenzaban a ser complicadas de realizar.

—Hola, Selene —la saludó Gabrielle con alegría—. Veo que ya estás mejor —apuntó mientras se sentaba en la cama, acostando a Ilsik cerca de ella.

—Fue sólo una indisposición —le restó importancia, centrando su atención en el vestido de la princesa.

—Tu hermano no dice lo mismo —la contradijo Claire, buscando su mirada huidiza—. Ayer me contó que incluso estuviste inconsciente varios días y que de no haber sido por... —Se tomó unos segundos para hacer memoria—, Lady Anyan y Lord Griän, no habría sabido qué hacer para salvarte la vida.

—Francis exagera —repuso con rapidez, casi cortante, mientras bajaba el rostro hasta casi tocarse el pecho con la barbilla para ocultar su sonrojo—. Por favor, sentaos para que pueda acomodar vuestro cabello —trató así de desviar la atención de ella.

—¿Y por qué me da la sensación de que hay algo más? —Gabrielle le hizo saber que a ella no le había pasado desapercibido el detalle.

En cierto modo, a Selene no le sorprendió, pues aun siendo una simple sirvienta, Gabrielle siempre la había considerado como una amiga, su confidente en muchas ocasiones, y la conocía lo suficiente como para darse cuenta de que ocultaba algo.

—No es nada —insistió mientras comenzaba a peinar el cabello de Claire con gran dedicación. Sin embargo, ella se giró y comenzó a escudriñar en su rostro.

—Ya sé que no tienes tanta confianza conmigo como con Gabrielle, así que comprendo que no quieras responder.

—No es eso, Alteza. —Selene alzó su rostro, alarmada—. Es sólo que me avergüenza pensar en ello, y mucho más contárselo a alguien.

Ahora las alarmadas fueron Gabrielle y Claire, tomándola ésta última del brazo y llevándola hasta la cama, para sentarla al lado de

su prima. Ella, sin embargo, prefería la silla, así que la colocó de frente a las dos y se sentó, mostrando gran interés. Pero Selene se mostraba claramente mortificada y, de repente, tanto Gabrielle como Claire se sintieron culpables, como si la estuvieran empujando a hacer algo que realmente no quería hacer.

—No te angusties. —Le apretó la reina la mano de modo cariñoso—. Perdona nuestra curiosidad malsana, pero nuestra intención es buena. Sí alguna vez necesitas hablar de ello, cuenta con nosotras.

—Os lo agradezco, Majestad. —La animó su muestra de afecto—. Pero no me creo capaz de hacerlo, me siento tan avergonzada...

—Otra vez esa palabra —apostilló Claire un tanto suspicaz—. ¿Es que has matado a alguien? —bromeó, queriendo añadir un tono de humor, y funcionó, pues las tres se echaron a reír, destensando un tanto el ambiente.

—Te has sonrojado cuando Claire nombró a Lord Griän —recordó Gabrielle—. Y ahora lo vuelves a hacer —añadió, señalándola con una risita traviesa.

Selene abrió la boca con espanto y se llevó las manos a las mejillas.

—Fin del misterio. —Claire le hizo una mueca a su prima reprochándole que lo hubiera descubierto tan pronto—. Bueno, comprendo que puedas sentirte así —dijo con un tono más serio ahora—. Enamorarse de un noble es algo delicado.

—No te olvides de Jordan —le recalcó Gabrielle mientras jugaba con los deditos de Ilsik.

—Pero éste no es el caso —se apresuró en aclarar Selene con voz queda—. El mío no es un amor correspondido —añadió pesarosa.

—Oh, lo siento mucho —se lamentó Gabrielle sinceramente.

—Así que no debéis preocuparos —trató de mostrarse optimista—. No es más que cuestión de tiempo.

Gabrielle resopló repentinamente, llevando las manos a su regazo.

—Odio esa letanía...

—Prima... —Esta vez fue Claire quien se inclinó ligeramente para alcanzar la mano de Gabrielle y apretarla cariñosamente—. ¿Nicholas sigue sin recordar nada?

Ella negó con la cabeza.

—Y yo no sé cómo actuar mientras tanto.

—No te entiendo. —Claire la miró extrañada, volviendo a erguirse.

—Poneos en su situación por un segundo —pidió ella a ambas mujeres—. Tras darse cuenta de que ha perdido la memoria, descubre que tiene una esposa a la que no conoce y por la que no siente nada.

—Gabrielle, no digas eso. —Alargó el brazo y le acarició la mejilla, y hasta ese instante, Gabrielle no se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Estos días me sentí morir al pensar que jamás volvería a verlo y ahora que por fin ha regresado... —Gabrielle dejó que las lágrimas vagaran libremente por su rostro—. Es desesperante tener al amor de tu vida durmiendo en la habitación de al lado, ahí, tan cerca, pero más lejos que nunca, sin derecho alguno a poder tocarlo, a poder amarlo.

—Pero lo tienes —argumentó Claire con ardor y tomándole ambas manos—. Sigue siendo tu esposo.

—No para el corazón de Nicholas.

—Nicholas ha perdido la memoria, pero no le han arrancado el corazón —respondió Claire—. ¿Y qué significa eso de la recámara de al lado?

—Decidí volver a mis antiguos aposentos —les contó, soltándose del agarre de su prima al sentirse avergonzada—. Le ofrecí tiempo para... —vaciló y a las lágrimas las acompañó un sollozo ahogado—. Me muero por estar cerca de él, pero prefiero mantenerme alejada. Cuando lo tengo enfrente, apenas puedo reprimir los deseos de besarlo, y me contengo sabiendo que no debo hacerlo. Yo... no soy más que una extraña para él.

—Tal vez ahora sí —se atrevió Selene a intervenir—. Pero Su Alteza está en lo cierto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gabrielle con la voz entrecortada.

—A que su corazón sigue siendo el mismo —agregó con una sonrisa esperanzadora—. Su Majestad os ama con toda su alma, aunque no lo recuerde y, si se enamoró de vos una vez, podría volver a hacerlo.

Gabrielle se tragó un sollozo y miró a la doncella con incredulidad.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Que reconquistes a Nicholas —contestó Claire por ella, habiendo comprendido a dónde iba a parar el discurso de Selene.

Gabrielle enmudeció, mirando a ambas mujeres, atónita.

—No podéis hablar en serio —consiguió decir mientras se secaba las lágrimas.

—Por amor a los Dioses, Gabrielle, no nos mires así —se defendió Claire—. No es ninguna aberración lo que te estamos proponiendo. ¡Nicholas es tu esposo!

—Pero no sería correcto —dudaba ella, mordiéndose el labio en un acto reflejo—, le prometí que le daría tiempo, que no le exigiría nada.

—Y nadie te pide lo contrario —concordó su prima—. Pero no entiendo por qué debes alejarte de él como si padeciera la lepra. Acércate poco a poco —le aconsejó—. No creo que sea ningún pecado que seas amable con él, que trates de agradarle.

Gabrielle guardó silencio unos segundos y las otras dos mujeres supieron que estaba considerando sus palabras.

—¿Y si le incomoda mi presencia?

—Tal vez le incomode vuestra ausencia —sentenció Selene con tono travieso a modo de acicate.

Gabrielle hizo una mueca de incredulidad pero siguió meditando, hasta que en sus labios se dibujó una suave sonrisa.

—Llevarle el desayuno podría pasar por una simple muestra de amabilidad, ¿no? —propuso Gabrielle con un repentino brillo pícaro en los ojos.

—Sabes, este castillo está lleno de gente que se puede encargar de Ilsik —la alentó Claire que ya se había puesto en pie para tomar al bebé en brazos—. Pero no te olvides de contárnoslo todo después. —Sonrió queriéndole dar el último empujón.

—Entonces... —Gabrielle se levantó, estrujándose las manos con nerviosismo—, iré a la cocina y...

—Anda, ve.

—Buena suerte, Majestad —le deseó Selene mientras ya abría la puerta. Les sonrió a ambas con la intención de infundirse a sí misma valor, y se marchó.

Se dirigió con premura a la zona de servicio, rogando para llegar a

tiempo y que nadie hubiera decidido ya ir a llevarle el desayuno a Nicholas. La noche anterior, antes de la cena, le había confiado sus temores a Gladys, quien se mostró comprensiva y se ofreció a encargarse de él, pero Gabrielle concluyó que Claire y Selene tenían razón y que esa tarea le correspondía a ella, como su esposa que era.

De pronto, una idea acudió a su mente y lamentó no disponer de más tiempo para llevarla a cabo. A punto estaba de desecharla cuando se encontró a una doncella que se dirigía hacia las habitaciones para comenzar a ordenarlas, y la muchacha recibió solícita una pequeña tarea que, sin duda, ayudaría a Gabrielle a que fuera posible. Al retomar su camino, una sonrisa se dibujó en sus labios ante la expectativa de disfrutar de un momento junto a Nicholas, y al que ella misma había decidido renunciar por cuenta propia la noche anterior. Entusiasmada, y con todas sus esperanzas puestas en ello, entró a la cocina.

Se asombró al verla tan poblada. No sólo estaban Ivette y Erin, como de costumbre, sino que se encontraban Gladys y Agatha y, lo que más le sorprendió, la mujer que había encontrado a Nicholas, Moira, estaba ocupada en los fogones, aunque hizo una profunda reverencia al verla.

—Buenos días —las saludó Gabrielle con ánimos renovados.

—Buenos días, Majestad —respondió Moira con gesto solemne—. Espero que no os importe mi atrevimiento, pero puesto que el Rey Trystan me permitió anoche permanecer en el castillo dado lo complicado de mi situación, he sentido la necesidad de agradecer su cortesía y ser de utilidad, así que me he tomado la libertad de venir a la cocina a echarles una mano a las muchachas.

—Trystan me contó que lo perdió todo en las últimas inundaciones —comenzó a explicarle Gladys a Gabrielle, colocándose a su lado—. Arrasó con su casa y, por desgracia, le arrebató a su esposo.

—Cuánto lo lamento —dijo ella, y Moira asintió agradecida, con su bien ensayada expresión afligida como una máscara sobre su rostro—. Imagino que Su Majestad querrá agradecerte personalmente tu providencial ayuda cuando tenga oportunidad de hacerlo, pero mientras tanto, puedes permanecer en este castillo como huésped.

—No, Majestad —negó ella con humildad—. Soy una mujer trabajadora y no forma parte de mi naturaleza permanecer ociosa. Se me da bien cocinar, así que, si no es inconveniente —recitó con voz melosa—, quisiera colaborar aquí, en la cocina.

—Toda ayuda es buena —concedió Gabrielle tras mirar a las dos doncellas quienes asentían de modo sutil, haciéndole saber así de su conformidad—. Si es tu deseo, por mí no hay ningún impedimento.

—Gracias, Majestad. —Moirá volvió a hacer una reverencia mientras pensaba para sus adentros que acabaría con calambres en las piernas de tanto inclinarse.

—¿Necesitabais algo? —le habló ahora Erin, sonriéndole servil.

—Venía a por el desayuno de Su Majestad —dijo con calma, convenciéndose de que aquello era lo más natural del mundo.

—¿Deseáis también el vuestro? —quiso saber la doncella, a lo que Gabrielle asintió.

—¿Dónde está Frederick? —le preguntó entonces a Agatha, quien, sentada a la mesa, saboreaba con claro placer lo que a Gabrielle le pareció una simple tisana.

—Con Jordan y Erick. Debe estar en contacto con asuntos de estado desde bien pequeño —recitó con voz grave, imitando la de su esposo. Luego dio otro sorbo y gimió con deleite—. Este té de hierbas sabe a gloria, Moira.

—Favor que me hacéis, Alteza. —Sonrió ella, tratando de ocultar de la expresión de su rostro la profunda satisfacción que sentía por lo fácil que estaba resultando todo.

—Me alegro de que hayas cambiado de opinión —susurró de pronto Gladys, aunque sólo para oídos de Gabrielle.

—No es tanto así... —quiso explicarle, pero Gladys le hizo un gesto de que no era necesaria explicación alguna.

—Éste es el tónico que debe tomar Nicholas —le indicó mientras le sonreía como si supiera algo que ella no. Luego lo depositó sobre la bandeja que Ivette estaba terminando de preparar y que luego le alcanzó amablemente.

Gabrielle abandonó la cocina convencida de que tanto recelo por su parte era infundado. Lo más lógico del mundo era encargarse del

bienestar de su esposo, y eso era lo que iba a hacer, a pesar de la absurda promesa que le había hecho a Nicholas la noche anterior. En realidad, no iba a faltar a su palabra, pues no pretendía exigirle nada, al contrario, ella le ofrecería sus cuidados y atenciones, y esperaba que Nicholas los aceptase de buen grado.

Cuando entró en el corredor que llegaba a sus aposentos, la doncella la esperaba en la puerta, sonriente y satisfecha por haber realizado a tiempo la tarea que le había encomendado Su Majestad. Sin embargo, en cuanto la vio aparecer portando la pesada bandeja, su rostro se tornó serio y se acercó a ella, extendiendo sus manos con la intención de asistirla.

—No te preocupes —rechazó Gabrielle cortésmente su ayuda.

—¿Y qué hago con...?

—Déjalo en la bandeja —respondió, sabiendo lo que iba a preguntarle—. Es perfecto —añadió—, y no sabes cuánto te lo agradezco.

—Es un placer, Majestad —contestó ella, halagada—. Permitidme que os abra la puerta.

La doncella llamó levemente con los nudillos y al momento escucharon la voz de Nicholas invitándola a pasar.

Ciertamente, él no esperaba que fuera Gabrielle la que estuviese tras la puerta, y a ella no le quedó ninguna duda al ver su asombro mientras se inclinaba hacia adelante en la cama, como si necesitara un mejor ángulo de visión para cerciorarse de que era su esposa.

—Espero que no os importe compartir el desayuno conmigo —dijo ella con una sonrisa que trataba de ocultar el temor a que él rechazase su ofrecimiento.

—Sería todo un placer —repuso aún sorprendido, y a Gabrielle le dio un vuelco el corazón del gozo—. ¿Y nuestro hijo?

Gabrielle no pudo evitar que una tierna emoción la embargase al oírlo referirse a Ilsik de ese modo.

—Ahora mismo, en el comedor, hay una veintena de brazos amorosos disputándosele y que se encargarán de él de maravilla —le aclaró con voz animada al ver que, de momento, su plan iba bien—. Él acabará rendido con tanta muestra de cariño y se dormirá hasta

dentro de unas tres horas, cuando el hambre lo despierte y, entonces, reclame mi atención.

Nicholas no pudo evitar sonreír ante tan atropellada explicación en la que Gabrielle no se había detenido ni a tomar aliento. Luego vio con agrado que colocaba la bandeja en la cama, cerca de sus piernas, para después sentarse frente a él, con total naturalidad.

—Éste es el tónico que debéis tomar —señaló ella, acercándose.

Nicholas hizo una mueca y pellizó un poco de pan dulce para metérselo en la boca en cuanto hubo bebido aquel líquido endemoniado. Gabrielle no pudo reprimirse y se echó a reír.

—No hace falta que me digáis que soy muy mal paciente. —Torció el gesto—. Anoche ya lo hizo mi tío.

—Disculpadme. —Se tapó un momento los labios para detener su risa—. Pero no es lo que pensáis. Me alegra comprobar que, aunque no recordéis nada, seguís siendo el mismo —añadió con lo que a Nicholas le pareció la mirada más dulce que podría existir.

—Ojalá tengáis razón. —Suspiró pesadamente, y a Gabrielle le pareció ver un brillo de preocupación en sus ojos.

—¿Qué os inquieta? —preguntó, aún sin estar segura de que él quisiera compartir el motivo de su desasosiego con ella. Sus manos reprimían los deseos de tocarlo y consolarlo, así que las apretó contra su regazo.

—Estoy deseando salir de esta cama —empezó a decir sin necesidad de acicate alguno—, y cuando lo haga, pretendo volver a mis obligaciones tan pronto como sea posible, aunque...

Nicholas bajó la mirada y Gabrielle temió estar forzando las cosas, porque él se removió, incómodo, inseguro, hasta que...

—Yo... —titubeó como si intentase encontrar las palabras adecuadas—. ¿Qué tipo de rey era?

Gabrielle lo miró sorprendida, pero la cabeza gacha de su esposo le hablaba de un temor genuino, por lo que no se permitió vacilar.

—Un rey justo y benevolente —dijo con seguridad—. Nuestro pueblo os quiere y os respeta porque, a la hora de gobernar, anteponeis siempre su bienestar a todo lo demás.

—¿Y si ahora les fallase? —demandó, alzando su rostro, en el que se

reflejaba su profunda preocupación—. Acabáis de decirme que parezco el mismo a pesar de mi falta de memoria, pero ¿y si no es así?

—Debéis tener confianza. —Trató de animarle con una sonrisa—. Ser rey forma parte de vos, y estoy segura de que desempeñaréis vuestras funciones a la perfección.

—Tenéis demasiada fe en mí. —Apartó la vista, abrumado.

—No es fe —negó ella seriamente—, es una certeza. Desde que os conocí, deposité mis esperanzas y mi confianza en vos, y jamás me habéis decepcionado.

Nicholas enmudeció ante el ardor de su declaración, ante la devoción que apreció en esos ojos grises que lo miraban con intensidad. Se dijo que no podía defraudarla, no se lo merecía, y él jamás se lo perdonaría si algo así sucedía. Sin embargo...

—¿Puedo pedir os un favor? —le preguntó angustiado.

—Lo que sea —asintió ella firmemente.

—Manteneos cerca de mí para que yo no yerre el camino —le pidió con la misma intensidad con la que ella lo había defendido hacía un momento.

Gabrielle sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero las reprimió con todas sus fuerzas. Aquél era uno de esos momentos en los que Nicholas necesitaba a su reina, como en más de una ocasión le había dicho.

—Será un honor, mi señor —respondió, tratando de contener la emoción.

Y Nicholas sintió que le transmitía tal fortaleza que hasta le pareció que podría ser invencible, capaz de superar cualquier adversidad a la que tuviera que enfrentarse, siempre y cuando Gabrielle estuviese a su lado. ¿Ya antes de perder la memoria creería que tener a Gabrielle como esposa era una bendición?

—Sin embargo, antes de eso, deberíais recuperar os —agregó Gabrielle con dulzura—. ¿No tenéis hambre? —Le señaló el desayuno, y fue entonces cuando él se percató de aquel pequeño bouquet formado por una rosa blanca rodeada de diminutas violetas, y que descansaba encima de un par de libros.

—¿Y esto? —preguntó llevándose el pequeño ramo a la nariz. Cerró

los ojos para disfrutar de su aroma y vio a Gabrielle con los ojos de su mente, como si esas flores formaran parte de ella.

—He estado pensando... —Se mordió el labio un tanto insegura—. Creo que una buena forma de enfrentarnos a lo que ha sido vuestra vida hasta ahora es acercarnos a cosas que fueron importantes, especiales para vos.

—Entiendo —asintió, complacido con su intención de ayudarlo—. Entonces... —Hizo girar el bouquet entre sus dedos.

—Son mis flores preferidas —le confesó—, y plantasteis un pequeño jardín para mí lleno de ellas como regalo de bodas.

—¿Yo mismo? —demandó con incredulidad, y ella afirmó con la cabeza mientras le sonreía, aún ilusionada por ello, aunque hubiera pasado tanto tiempo.

Nicholas le respondió con otra amplia sonrisa. No reconocía en sí mismo esa pasión por la jardinería, pero se descubrió capaz de hacer cualquier cosa con tal de recibir otra mirada como ésa, una que conseguía estremecer todo su interior.

—¿Y esos libros? —mostró su curiosidad, aunque no esperó a que respondiera y los tomó para comprobar los títulos.

Razón de amor decía uno y *Los cuatro Reinos*, el otro.

—Si necesitáis relajarnos y disfrutar de un momento tranquilo, os decantáis por la poesía. —Señaló el tomo más pequeño—. Éste es vuestro libro favorito. Sin embargo, sentís especial predilección por la novela épica, así que os he traído también este otro. Tal vez... —quiso planteárselo con cautela—, os moleste el dolor de cabeza o puede que os sintáis muy cansado como para leer, así que si alguna vez os apetece, yo podría hacerlo para vos en voz alta.

—¿Haríais eso por mí? —inquirió sorprendido.

—Escoged —le pidió con entusiasmo mientras extendía los dos libros frente a él.

Nicholas señaló el volumen más fino y Gabrielle hizo un gesto de conformidad, apoyando su elección. Se inclinó para dejar *Los cuatro Reinos* encima de la mesilla cercana a la cama, y ya dirigía su mano hacia el otro libro que había dejado sobre el lecho cuando Nicholas la interceptó a mitad camino y la apretó gentilmente entre sus dedos.

—Gracias —le susurró con calidez.

—No tiene importancia —murmuró ella, azorada por aquella tibieza que le transmitía su voz y ese tacto que tanto extrañaba.

—Y en cambio sí la tiene —le rebatió él con suavidad—, mucho más de lo que imagináis.

Entonces, llevó la mano de Gabrielle que aún sostenía entre la suya hasta sus labios y le besó la palma. Gabrielle sintió que retrocedía en el tiempo, a la época en la que ambos se amaban sin atreverse a confesarlo, aquélla en la que cada detalle, cada palabra, cada leve caricia era una dulce ilusión llena de deseos de felicidad. Aquel simple y casto beso abrió las puertas de la esperanza de par en par, y la cálida mirada de aquellos ojos azules le prometía sueños a cumplir, para los dos... juntos.

Una vez que el rubor de sus mejillas se enfrió, y tras asegurarse de que podía dominar el temblor de su voz, Gabrielle abrió el libro y comenzó a leer.

Capítulo 6



Esa mañana, Nicholas tenía el firme propósito de levantarse de aquella cama. Habían transcurrido tres días desde que regresó y en los que, entre todos, habían tratado de que se familiarizase con lo que fue su vida hasta entonces y con el funcionamiento del reino y de aquel castillo, pero consideraba que ya iba siendo el momento de hacerse cargo él mismo de sus responsabilidades.

Huelga decir que, en todo ese tiempo, tanto Jordan como su primo Erick, lo habían resuelto todo a la perfección, así que no podía evitar sentir cierto temor a no ser capaz de estar a la altura de las circunstancias, no en vano, sus decisiones podían afectar a las personas que vivían bajo su corona.

Se alzó de la cama con lentitud y prudencia, ambas innecesarias por lo que pudo apreciar en sus músculos ágiles, y se dirigió a uno de los baúles apoyados contra la pared, hallando sus ropas dentro. Le fue grato descubrir que no eran en absoluto ostentosas. Tal vez había dos o tres túnicas un poco más vistosas que supuso utilizaría en actos más solemnes, pero, por lo general, eran ropajes más bien sobrios. Ahora que se detenía a pensarlo, tampoco había visto grandes lujos en el atuendo de su esposa, eran tejidos bonitos, eso sí, pero sencillos, al igual que tampoco la vio portando grandes y espléndidas joyas. ¿Sería que ella compartía su mismo desinterés por la fastuosidad o era debido a que no había determinado el obsequiarla con ese tipo de lujosos detalles que solían agrandar a las mujeres? Con ese pensamiento aún rondándole, rebuscó en el baúl y, finalmente, se

decantó por una túnica color tierra con calzas a juego que creyó bastante apropiadas, pero se disponía a desnudarse cuando llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar, mi señor?

Fue escuchar la voz de Gabrielle y sentir unos deseos estúpidos de sonreír. Tuvo que aclararse la voz antes de contestar.

—Adelante.

—¿Qué hacéis levantado? —Cerró su esposa la puerta y caminó hacia él con un reproche en el rostro.

—¿Dónde está Ilsik? —preguntó, sin embargo, evadiendo el tema.

—Con vuestra tía. No creo que debáis levantaros sin que os lo indique Trystan —retomó la cuestión para desagrado de Nicholas.

—Nadie va a impedir que salga de estos aposentos —le advirtió con forzada severidad—, ni siquiera él.

Gabrielle tuvo que contener una sonrisa. Ciertamente le maravillaba que su esposo hubiera resistido tantos días de reposo. Aun así, iba a sugerirle que volviese a la cama hasta que acudiese Trystan a revisarle la herida, pero su vista se detuvo en el baúl abierto.

—Mi intención es firme —le anunció él, haciéndole entender a qué se refería al sostener sus ropas en la mano.

Gabrielle hizo ademán de tomarlas tal y como le dictaba la costumbre, pero dadas las circunstancias, imaginó que no debía hacerlo, así que comenzó a caminar de nuevo hacia la puerta.

—Siendo así, os dejaré solo.

—Esperad —exclamó él en lo que había sido un claro impulso—. Yo..., normalmente lo hacíais.

Ella se giró, inclinando la cabeza, sin terminar de entender.

—¿Os retirabais mientras me desvestía?

¿Por qué Gabrielle no pudo evitar sonrojarse profundamente si no era más que su esposo quien le hacía tal demanda?

—No —respondió en un susurro, apartando la mirada un segundo—. En realidad, solía ayudaros a desvestiros, y a vestiros después.

Nicholas lo sopesó un instante y, con expresión insondable, extendió su brazo, ofreciéndole a Gabrielle la túnica, con manifiesta

indicación.

Gabrielle no dudó en aceptarlo, pero igualmente se acercó a él con cierto recelo. No temía a su esposo, nunca lo había hecho, pero sí temía su cercanía. Lejos de calmarse, sus deseos por él iban en aumento cada día, extrañaba sus besos y caricias, su calor... y la visión y el tacto de su cuerpo desnudo no iba a hacer sino acrecentarlos. Se esforzó en templar su anhelo y, habiendo depositado la prenda sobre el baúl, comenzó a quitarle la camisa de dormir.

Nicholas había separado los brazos, facilitándole la tarea, aunque, en realidad, temía hacer algún movimiento en falso y echarlo todo a perder. Pero fue cuando su esposa se inclinó para despojarlo de los calzones cuando se convenció de que todo aquello había sido una idea nefasta.

No le costó darse cuenta de que ella estaba siendo cautelosa, al igual que respetuosa, tratando de tocarle lo menos posible y en los lugares menos comprometidos, y, sin embargo, el efecto estaba siendo devastador igualmente. Sabía ya que las manos de Gabrielle eran suaves y cálidas, pero en ese mismo instante sentía sus dedos como un reguero de fuego recorriéndole la pantorrilla mientras Gabrielle lo desproveía de la prenda. Y aquel brillo que apreció en su mirada de plata le hizo arder... Fue sólo un instante, pues su esposa se esforzó por apartar los ojos de su desnudez, pero fue inevitable leer en ellos su deseo por él. Y aquél, que bien sabía Nicholas sentía por ella, se multiplicó hasta hacerse dolorosamente visible en su cuerpo.

Agradeció que Gabrielle se apresurase en ponerle las calzas y que no hiciera ni el más mínimo comentario o insinuación alguna, pero el brillante arrebol de sus mejillas hablaba por sí solo. Una pregunta asomó de pronto a su mente torturándolo con rapidez, pero aguardó a que Gabrielle terminase de colocarle la túnica, sintiéndose así menos expuesto para formularla.

—¿Cómo era nuestra intimidad?

El rubor de Gabrielle se iluminó aún más mientras lo miraba atónita, con la boca entreabierta por la sorpresa y la falta de aire.

—Mi señor... —titubeó, llevándose una mano al pecho, azorada por la inesperada cuestión.

—No pretendía ser grosero —se excusó él, reprimiendo los deseos de ir hacia ella—, pero necesito saber si... —Trató de buscar palabras apropiadas—, si era amable con vos. Según me dijisteis, no os reclamé en nuestra noche de bodas.

—Jamás me forzasteis —le confirmó ella no sin esfuerzo—. Desde la primera vez, nuestra entrega siempre fue un acto de amor, y así espero que siga siendo.

—Creo que no os entiendo —dijo, frunciendo el ceño.

—¿Puedo hablaros con total franqueza? —demandó, recuperando poco a poco la compostura.

—¿Alguna vez os lo he impedido? —preguntó alarmado.

—Al contrario —se apresuró a aclararle—. Más bien me alentáis a ello.

Nicholas no pudo evitar sentirse aliviado. Alargó la mano hacia el lecho, con cautela, invitándola con un gesto a sentarse. Ella accedió, así que él la imitó, guardando una distancia prudencial entre ellos para mantener a raya esa turbación que le producía su cercanía.

—Hablad sin temor, mi señora —le pidió.

Gabrielle asintió, aunque tomó aire antes de decidirse a confesar lo que le atormentaba desde su regreso.

—No puedo negar que os extraño sobremanera, y no hablo únicamente de mi corazón, también de mi cuerpo —le dijo un tanto avergonzada al pronunciar aquella declaración tan íntima, y que claramente sorprendió a Nicholas—. Pero mi deseo no es mayor que el amor que siento, y no quisiera entregarme a vos sin saber que es correspondido, aun a riesgo de contravenir las leyes maritales.

—No creo que deba haber más leyes maritales que las que los propios esposos convengan en su lecho —le respondió, recitando lo que su corazón le impulsó a decir.

Ella le sonrió dulcemente en respuesta, pero la expresión de Nicholas se tornó sombría en cambio.

—¿Podréis esperarme? —le preguntó con temor—. Ojala yo pudiera...

Gabrielle se inclinó levemente y tomó una de sus manos entre las suyas.

—Toda la vida, mi señor.

Nicholas se vio lleno de una repentina e infinita alegría mientras unos deseos irrefrenables de estrecharla entre sus brazos y sentirla se apoderaban de él, y que apenas pudo reprimir. En vez de eso, alzó las manos de Gabrielle que aún sostenían la suya y se las besó.

“¿Acaso Trystan tendría razón? ¿Acaso esa ardiente emoción que recorría sus venas, ese deseo de fundir su cuerpo con el de su esposa podría ser fruto del amor que ya sentía por ella?”

El sonido de una puerta al abrirse los sorprendió, haciendo que dieran un respingo. Cuando Trystan se dio cuenta de la situación, lamentó a ver arruinado con su presencia aquella atmósfera idílica, pero se obligó a aseverar el gesto.

—Me excusaría por mi intrusión, pero, en realidad, no esperaba interrumpir nada dado que mi sobrino debería estar guardando reposo —le sermoneó con una mirada de reproche.

Obligado a recuperar la compostura de forma tan abrupta, Nicholas torció el gesto y se puso en pie con visible malestar.

—¿Qué se necesita para implantar una nueva ley que limite los días de reposo del aquí aludido? —Miró a su esposa que trataba de ocultar la diversión que la situación le producía.

—¿Puedo revisaros al menos, Majestad? —pronunció Trystan con exagerada solemnidad, acercándose a él.

—No seas cruel —intercedió Gabrielle a favor de su esposo—. Sabes que ha rebasado su límite —añadió mientras instaba a Nicholas a volver a sentarse en la cama, levantándose ella para dejarles espacio.

—Está bien —refunfuñó Trystan mientras se acomodaba frente a su sobrino—. Pero nada de esfuerzos innecesarios. Tu actividad física de hoy se limitará a un par de paseos por los jardines y poco más —le advirtió alzando un dedo, a lo que él asintió.

—Entonces, ¿querríais bajar a desayunar con nosotros? —le preguntó Gabrielle directamente a Nicholas con una sonrisa esperanzada.

—¿Puedo? —le cuestionó el joven a Trystan con gesto lastimero, quien no pudo evitar reírse.

—Eres incorregible.

—En ese caso, mientras Trystan termina de revisaros, voy a dar aviso a las doncellas para que preparen vuestro puesto en la mesa —anunció con entusiasmo, el mismo con el que se marchó de la recámara, escuchándosela por el corredor mientras canturreaba una melodía.

—Adoró el espíritu de tu esposa. —Le sonrió Trystan, comenzando a retirarle la venda.

—Y yo creo que empiezo a adorarla a ella.

Trystan asintió con aprobación ante tal confesión mientras su sonrisa se hacía aún más amplia. Sin embargo, su sobrino no levantó la cabeza cuando terminó de revisarle la herida, así que aguardó pacientemente a que le hiciera partícipe de su inquietud.

—¿Cómo sabré que es amor esto que siento por ella? —preguntó mortificado.

Entonces, Trystan colocó una mano sobre su hombro y lo instó a mirarlo.

—Cuando sientas que si estás durante un segundo más sin abrazarla... te explotará el corazón.

Capítulo 7



La alegría con la que todos lo recibieron en la mesa fue abrumadora. En sus días de reposo, ya había conocido a toda su familia y los amigos que se hospedaban en el castillo y, a pesar de que seguía sin recordarlos, sí podía sentir la calidez de su afecto sincero.

Con una sonrisa en los labios, todos aguardaban en pie a que ocupara su lugar en la mesa que, para su agrado, estaba contiguo al de Gabrielle, aunque entre los dos se situaba la cunita que ocupaba Ilsik. Nicholas tomó asiento no sin antes hacerle una carantoña a su hijo, quien balbuceó alegre.

—Sospecho que mi padre se está volviendo blando —bromeó Erick una vez se hubieron sentado todos y comenzaron a desayunar—. ¿Sólo tres días de reposo? —Chasqueó la lengua varias veces—. Es impropio de él.

—No le des ideas que aún podría arrepentirse —le advirtió Nicholas.

—Lo haré si desoyes mis indicaciones —le recordó Trystan—. No creo que haya riesgo de que Jordan y Erick hundan el reino por atender tus asuntos un día más —añadió, fingiendo un tono de gravedad.

—¿Estás seguro? —le siguió el juego, poniendo cara de espanto—. Aunque mi esposa dice que están realizando una labor excelente, y si ella lo dice, para mí es ley.

Gabrielle sonrió halagada mientras todos reían maravillados ante el buen humor de Nicholas a pesar de las circunstancias, pero ninguno

podía evitar sentir cierto pesar por lo que le ocurría.

—En cualquier caso —dijo ahora más serio—, no quiero eludir por mucho más tiempo mis obligaciones, así que espero seguir contando con vuestra ayuda para retomarlas a pesar de que ni siquiera recuerde cuáles son —añadió con una mezcla de tristeza e impotencia.

—Debes ser paciente —le aconsejó Trystan—. Nadie te apremia para que vuelvas a recordar.

—Soy yo mismo —admitió—. Y, a pesar de que soy consciente de que no puedo chasquear los dedos y volver a recordar como por arte de magia, sí puedo procurar que todo vuelva a la normalidad lo antes posible. —Se dirigió entonces hacia Cailen y Adrienne que se sentaban juntos en uno de los extremos de la mesa—. Mi esposa me ha puesto al corriente de la situación y creo que vuestro matrimonio no admite demora.

—Yo opino lo mismo —respondió Cailen, recibiendo un codazo de Zayev.

—Contrólate un poco, ¿quieres? —bromeó, provocando que todos rieran, excepto Adrienne que bajó el rostro avergonzada.

—Y tú me lo dices cuando casi consigues que mi hermana se case sin dote —le recordó con tono pícaro, intentando avergonzarlo, así que Zayev alzó las manos en señal de rendición—. Lógicamente deseo casarme cuanto antes con Adrienne. —Alargó su mano para tomar la de la princesa—. Pero no podemos olvidar que, para el Rey Josiah, esa unión ya tuvo lugar hace días.

—No tiene forma de saber que no es así —apuntó su hermana Ylva.

—Pero yo no quiero hacer peligrar la honorabilidad de Adrienne por más tiempo —le rebatió.

—Todos aquí podemos atestiguar que jamás le faltaste —apuntó Trystan—. Pero tienes toda la razón, como también sé que comprendes que las circunstancias no eran las más apropiadas para celebrar una boda.

—Por supuesto —afirmó Cailen firmemente—. Por eso he pensado que, si supone un gran trastorno que se celebren aquí los esponsales, deberíamos regresar a Tarsus. —Miró hacia su hermana y a Adrienne,

quien asentía conforme con él. Sin embargo, una contrariada exclamación se alzó en la mesa.

—¡Ni lo pienses siquiera! —le replicó Gabrielle.

—Yo tampoco estoy de acuerdo —la secundó Nicholas—. Ya me encuentro bien y mi falta de memoria no supone ningún impedimento para que tenga lugar la ceremonia.

—Y no es necesario discutirlo más —intervino ahora Gladys—. Somos expertas en preparar matrimonios apresurados, así que en cuanto lleguen Phelan, Lyal y Richard festejaremos vuestra unión.

—Pues dejadme que os diga que ayer recibí una misiva de mi padre —habló ahora Claire—. Iba a dar un rodeo hasta los Territorios Gealach para reunirse con Phelan y Lyal, y así hacer el viaje hasta aquí juntos —les explicó—. Imagino que llegarán en unos días.

—¡Qué buena noticia! —exclamó su suegra, uniéndose a su alegría el resto de los presentes, aunque sus voces se vieron interrumpidas por la repentina e inesperada llegada de Francis.

—Ruego me disculpéis —se excusó, claramente abochornado por aquella intrusión mientras hacía una profunda reverencia.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó Nicholas sin saber con certeza si debía preocuparse.

—No, Majestad —respondió deteniéndose frente al rey, con porte erguido—, pero una pareja de jóvenes se encuentra en la entrada, rogando porque les concedáis una audiencia. He intentado hacerles entender que no era el momento más oportuno, pero me han asegurado que no se marcharán de aquí hasta que Sus Majestades los hayan recibido.

Nicholas sintió interés ante la insistencia de esa pareja que acudía a él, aunque también cierto temor al tener que enfrentarse a su deber como rey de forma tan inminente.

—¿Y te han explicado el motivo?

—Me temo que no, Majestad. Sólo me han referido que era una cuestión de vida o muerte.

Nicholas no consideró necesario escuchar más ni tampoco dijo palabra alguna; se limitó a asentir, mensaje que Francis entendió a la perfección, saliendo del comedor con la intención de acatar su orden

muda.

Entonces miró hacia su esposa, aunque no tuvo tiempo de mostrarle en forma alguna su inquietud, pues Gabrielle le sonreía en un gesto de complicidad y confianza.

—Os ruego que nos disculpéis —dijo ella entonces poniéndose en pie, y apenas lo hacía él cuando su esposa se posicionó a su lado, alzando su mano en demanda de la suya para acompañarlo.

Nicholas sonrió. Ciertamente, había esperado esa respuesta por parte de Gabrielle, su apoyo incondicional tal y como ella le había prometido.

—Permitidme que os acompañe —les pidió de pronto Trystan—. Podría servirlos de ayuda en caso de tratarse de algún asunto que Gabrielle desconozca.

—Por supuesto, tío. —Nicholas no dudó en aceptar—. Gracias.

Trystan alargó el brazo instándolos a caminar frente a él. De hecho, al llegar al Salón del Trono, él se mantuvo apartado, con la intención de intervenir sólo en caso de ser necesario, y Nicholas y Gabrielle apenas se habían acomodado cuando escucharon pasos acercándose. Efectivamente, Francis venía escoltando a una pareja y, aun siendo ambos sumamente jóvenes, lo que más les sorprendió fue su aspecto, sobre todo el de la muchacha.

Llevaba un vestido claro, de un tejido modesto, atado con un cordón trenzado a la cintura, con algunos bordados de un tono similar en la zona del busto, y sus largos cabellos castaños caían libres sobre su espalda, sin más adorno que una corona de flores silvestres que rodeaba su cabeza. Cualquiera podía llegar a la conclusión inequívoca de que era una novia, aunque la expresión de su rostro dijese que no era la más dichosa, tal y como debía ser.

El hombre, por su parte, también vestía de modo humilde, posiblemente aquel jubón era el de los domingos y, por el modo protector con el que apretaba a la mujer contra sí, no era difícil imaginar que compartían algún tipo de afecto. Su semblante era igual de sombrío que el de ella y, en cuanto estuvieron frente a Nicholas y Gabrielle, ambos se separaron y se hincaron de rodillas, mas no en la acostumbrada genuflexión que denota respeto, sino como si fueran a

lanzar una plegaria.

Nicholas, sintiéndose incómodo, miró hacia Gabrielle quien también daba muestras de no sentirse conforme con aquella conducta.

—Levantaos —les pidió entonces él—. Somos reyes, no dioses.

—Es lo propio —habló el joven, aunque sin alzar la mirada—. Nuestras súplicas van dirigidas a Vuestras Majestades.

—Si nos vais a pedir el mismísimo Kratvah, ni con una súplica os lo podríamos procurar —respondió con tono cordial—. En cambio, si es algo que está a nuestro alcance, con una simple petición bastará, así que poneos en pie.

La joven le lanzó una mirada vacilante al hombre, quien asintió, tras lo que ambos se pusieron en pie.

—Y ahora, mirádonos de frente, explicadnos el motivo de vuestra visita —les requirió Nicholas.

La pareja volvió a buscarse los ojos con timidez antes de que él se decidiera a hablar.

—Mi nombre es John y mi prometida... —vaciló—, mi esposa se llama Sabeline. —Hizo la muchacha una leve reverencia—. Vivimos en Durstan, un feudo situado cerca de la frontera con Meissen. —Miró entonces hacia Trystan, consciente de que él era el soberano del reino vecino, e inclinó la cabeza en señal de respeto—. Allí, yo me encargo de una pequeña granja que mi padre me dejó en herencia antes de morir —prosiguió—, y Sabeline se dedicaba a cuidar del suyo hasta que falleció hace unos días.

—Sentimos mucho tu pérdida —intervino Gabrielle desde su trono, sorprendiendo a la muchacha, quien asintió agradecida—. Proseguid, por favor.

—Sabeline y yo nos amamos desde niños —siguió narrándoles John—, pero de modo inocente ya que nunca consideramos el casarnos puesto que Sabeline no quería abandonar a su padre en su delicado estado salud. Pero Deati, Señora de la Muerte, ha dispuesto llamarlo a su lado demasiado pronto y, dado que Sabeline no tiene familia alguna, decidimos hacer realidad nuestro sueño de niñez y casarnos. Ayer acudimos al Anciano de la aldea para que bendijera la unión y nuestros amigos quisieron acompañarnos. Somos gente

humilde pero bien avenida y todos colaboraron con viandas y bebidas para aviar el banquete.

La alegría en la expresión del joven al referirles sobre aquella celebración desapareció y se tornó en angustia, por lo que era fácil suponer que algo había llegado para romper con la paz de aquella reunión.

—Y de pronto, irrumpió en la fiesta Lord Durstan... —John hizo una cautelosa pausa—, reclamando el derecho de pernada.

Nicholas miró a Gabrielle con asombro mientras ella lo miraba espantada.

—¿Cómo? —le susurró lleno de incredulidad—. ¿Es posible que se permitan en este reino estas prácticas poco menos que salvajes?

—No tengo conocimiento de ello —lamentó Gabrielle, atónita.

—¿Durante cuánto tiempo se ha permitido en mi reino semejante barbarie disfrazada de costumbre? —agregó ahora en voz alta, girando su rostro hacia Trystan—. ¿Y por qué?

—Tal vez porque tu padre, mi hermano, era un tanto permisivo en ese aspecto —le respondió, haciéndose palpable en su tono que estaba tan indignado como él.

Nicholas sintió una gran impotencia al no encontrar más que un vacío en su mente al tratar de buscar algún recuerdo que le iluminase sobre ese asunto, así que desistió. Decidió que poco le importaba si su padre había dictado o no ley alguna al respecto, pues en vista de lo acontecido, si así había sido, no todos sus súbditos se habían dado por aludidos.

—¿Qué sucedió entonces? —quiso saber, y John tuvo que tomarse unos segundos antes de proseguir, pues no había esperado tal condescendencia por parte del soberano.

—A riesgo de ser castigado o de perder la propia vida, me enfrenté a él —le explicó—. Debía defender a mi esposa, evitar a toda costa que abusara de ella, que la vejase de forma impune, simplemente para satisfacer su propio... capricho —dijo, obligándose a ser cauto—. Supe que no habría forma humana de impedir sus propósitos a no ser que lo matase, cayendo sobre mí todo el peso de la ley y dejando a Sabeline desamparada.

El joven estiró la mano para apretar la de su esposa quien mantenía la mirada gacha, profundamente avergonzada a la vez que angustiada.

—Tomé a Sabeline y conseguimos escapar, llevándonos el caballo de nuestro señor —continuó, afligido por la culpabilidad de sus actos—. Todos en este reino son sabedores de vuestra benevolencia y generosidad, y estaba tan desesperado que sólo se me ocurrió acudir a vos y apelar a vuestra misericordia.

—¿Quiere eso decir que habéis venido cabalgando desde allí? —preguntó ahora Gabrielle con estupor.

John asintió.

—Toda la noche, Majestad. Nos hemos detenido solamente para lo indispensable, pues sentíamos los pasos de Lord Durstan muy cerca, sobre nosotros.

Y como si aquellas palabras hubiesen servido para invocarlo, unos pasos que se acercaban retumbaron desde el corredor. La figura de un hombre entrado en canas y recio, aunque no muy bien parecido, irrumpió en el Salón del Trono. La riqueza de sus ropajes reflejaba su condición de noble, a pesar de su aspecto mugriento debido al polvo del camino.

—¡Os he dicho que os detengáis, Lord Durstan! —gritaba Francis a sus espaldas, tratando en vano de impedirle el paso.

—¡Así que aquí estás, gusano! —Avanzó amenazante hacia John quien, al igual que Sabeline, lo miró aterrado. Sin embargo, Francis logró darle alcance antes que él a ellos, obligándolo a detenerse y mantenerse alejado de la pareja, a pesar de su reticencia.

—Lord Durstan —exclamó Nicholas en voz alta, tratando de dominar la rabia que le producía aquella intrusión tan irrespetuosa—. Espero que tengas un buen motivo para irrumpir así en mi casa, sin hacerte anunciar primero.

—Vengo persiguiendo a este criminal —se justificó él, señalando al joven de modo desdeñoso y sin expresar disculpa alguna por su comportamiento.

—Ésa es una acusación muy grave —le advirtió Nicholas con dureza, clavando los dedos en los brazos de su sitial—, y me

corresponde a mí dar la última palabra sobre eso, ¿no te parece?

Lord Durstan se mantuvo frente a él en silencio, tenso y contrariado, y Nicholas observó la escena tan cargada de ironía. Ninguno de aquellos dos hombres había esperado la forma de proceder de su soberano para con ellos; John esperaba mayor severidad y Lord Durstan mayor desidia en su forma de gobernar.

—Lord Durstan, hazme el favor de explicarme por qué motivo el ciudadano John es un criminal —le pidió, haciendo notar su malestar y que el lord parecía tener intención de ignorar.

—Reclamé el derecho de pernada sobre su esposa y no sólo se negó, sino que me atacó y luego robó mi caballo para no sé qué endiablada intención, dado que ha venido hasta aquí a disturbaros —alegó con los puños apretados y la mandíbula tensa.

—John no ha venido a molestarme —le contradijo Nicholas, en cambio—. Ha solicitado una audiencia y ha sido recibido, cosa que tú no has hecho, entrando en mi casa así, avasallando hasta a mi capitán —le reclamó, señalando a un furibundo Francis que observaba desde atrás—. Por otro lado, John se ha mostrado muy respetuoso a la hora de ilustrarme sobre el motivo por el que se ha visto obligado a viajar hasta aquí durante toda la noche con su esposa, respeto que no he observado en ti dado que aún aguardo a que le hagas la pertinente venia a tus soberanos —bramó, sintiendo que su paciencia comenzaba a llegar al límite.

—Disculpádmeme, Majestad —dijo un tanto sorprendido, viéndose obligado a realizar la exigida genuflexión, aunque su actitud petulante no varió en lo absoluto—. Mi indignación es tal que...

—Y, en cuanto al derecho de pernada —prosiguió Nicholas, ignorándolo—, es una práctica que queda totalmente vetada desde este preciso instante.

—¿Cómo? —exclamó Durstan, más ofendido que otra cosa.

—¿Desde cuándo se le cuestiona una orden a tu rey? —gritó Nicholas, golpeando el brazo de su trono.

—Pero vuestro padre consintió en concedernos esa deferencia a los señores feudales —le rebatió él, aunque con voz temblorosa—, en concepto de pago por permitir la celebración del matrimonio.

—¿Y quién te ha dado esa libertad de decidir sobre esos menesteres? —intervino ahora Gabrielle quien ya no pudo mantenerse al margen.

—Majestad, siendo extranjera como sois —comenzó a decir Durstan—, no alcanzáis a comprender las costumbres de este reino. Los asuntos de hombres, los resuelven los hombres.

—Y tus continuos atrevimientos están acabando con mi paciencia —se levantó Nicholas, reprimiendo los deseos de caminar hasta él y golpearlo. A duras penas se contuvo, aunque se colocó delante de Gabrielle, dejándose llevar por un repentino e inesperado instinto protector—. Osa volver a dirigirte a tu soberana de un modo tan irrespetuoso y antes de que acabe el día, tu cuerpo penderá del cuello, colgado del primer árbol que encuentre. Y por los Dioses que lo haré yo mismo —sentenció mientras trataba de sofocar aquella rabia cegadora.

—Majestad —murmuró Durstan con la faz lívida y una genuina preocupación—. No era mi intención molestar a Sus Majestades, a mi reina —añadió, bajando la vista y la voz como primera y notable muestra de humildad en toda aquella conversación—. Mi única pretensión era apuntarle a Su Majestad cómo solía gobernar vuestro difunto padre.

—Sí, difunto, cierto es. Y para que no te quede la más mínima duda, te diré que me importa muy poco su deferencia para contigo —prosiguió Nicholas, con el rostro enrojecido por la ira—. Yo soy el rey, ante los Dioses y ante los hombres, y si decido vetar el derecho a pernada so pena de muerte —pronunció las palabras con marcada lentitud—, tú no eres quién para cuestionar mi proceder.

—Sí, Majestad. —Volvió a bajar la mirada, con la expresión de un perro escarmentado.

—Pero sobre todo —Nicholas avanzó un paso hacia él, con mirada amenazante—, le debes obediencia a tu reina, cuya potestad es tan legítima como la mía o incluso más, pues veo con sus ojos y hablo por su boca —agregó con la mandíbula crispada.

Durstan alzó el rostro, mirándolo boquiabierto y con los ojos de par en par al oír los términos en los que se refería a Gabrielle.

—Y si piensas que el agravio hacia tu reina va a quedar impune, estás muy equivocado. —Alzó un dedo, advirtiéndole—. Voy a observarte muy de cerca, y como tenga conocimiento de algún comportamiento tiránico hacia los habitantes de tu feudo, no tardarás en saber de mí. —Miró de reojo a John y Sabeline haciéndole saber que se refería especialmente a ellos—. Te aconsejo que moderes tus gastos si no quieres que el nivel de tus arcas peligre, pues la próxima recaudación de los tributos no va a ser tan beneficiosa como acostumbra a ser. Sabe que mis alguaciles no tardarán en visitar el feudo para poner en orden las recaudaciones y tus libros de cuentas.

—Pero, Majestad...

—¿Acaso tienes algo que objetar? —exclamó, apretando los puños.

—No, Majestad. —Volvió a bajar la vista—. Sólo me preguntaba cuál sería el castigo que pensáis disponer para este campesino, dado que me robó el caballo.

Nicholas se tomó unos segundos para sosegar y considerar su demanda.

—Lo justo es justo —murmuró, mirando a un atemorizado John—. ¿Dónde está el caballo? —le preguntó ahora a Francis.

—En las caballerizas, Majestad. Se le está proveyendo de comida y agua.

—Entonces, visto que el animal está en perfectas condiciones, considero el acto de John como un simple préstamo, así que dictamino que abonará a Lord Durstan una moneda de oro como pago, ¿estás de acuerdo? —preguntó al muchacho quien se apresuró a negar con la cabeza, desesperado.

—No poseo semejante fortuna —lamentó.

Entonces, Nicholas le hizo una seña a Francis quien sacó una moneda de su propia bolsa y se la entregó a John. Sabiendo que no debía cuestionar el proceder de su rey, se dirigió a Lord Durstan y le alargó la moneda.

—Siento haber tomado el caballo sin vuestro permiso, Milord.

Durstan lo miró de hito en hito, leyéndose en su rostro el profundo desprecio que sentía por aquel hombre que consideraba tan inferior y que lo había puesto en contra de su rey. Y aquella disculpa no hacía

otra cosa que fomentar sus deseos de pisotearlo como al insecto que era.

—Es un pago mucho más generoso de lo que te mereces, así que toma esa moneda y acepta sus excusas —lo retó Nicholas, sin embargo.

—Sí, Majestad —obedeció a regañadientes.

—Y te prevengo de que cualquier represalia en contra de John o Sabeline hará que mis advertencias se conviertan en hechos —insistió con gesto severo—. No voy a perderte de vista. Ahora, retírate.

Durstan supo que aquello era una causa perdida y, si no quería empeorar las cosas, lo mejor era dejar el asunto correr.

—Sí, Majestad. —Se inclinó pronunciadamente con toda la intención de despedirse. Apretó los dientes reprimiendo los deseos de maldecir a John con la mirada y se retiró.

Cuando hubo desaparecido, la joven pareja de recién casados no pudo evitar lanzarse uno en brazos del otro, llenos de felicidad, aunque pronto se separaron procurando guardar las formas.

—Os estaremos eternamente agradecidos, Majestades, y si no es abusar aún más de vuestra bondad, os rogaría que me otorgaseis un tiempo prudencial para reunir dicha cantidad de dinero y así devolvéroslo —pidió.

—Tomadlo como una compensación por la angustia a causa de lo ocurrido —dijo Gabrielle, expresando la misma opinión que compartía su esposo—. Y no dudes en acudir a nosotros en el caso de que Lord Durstan decida desoír nuestro mandato. Ahora, nos complacería mucho si os acercarais hasta la cocina donde podéis comer y descansar como es debido antes de partir hacia vuestro hogar.

—Además, el Capitán Francis os facilitará dos monturas —añadió Nicholas—. Considerarlo nuestro regalo de bodas —se apresuró a añadir visto que John pretendía negarse.

La mirada de los jóvenes se iluminó, incapaces de creer su suerte.

—Sí, Majestad. Gracias, Majestad —decían ambos de forma atropellada mientras se iban alejando, caminando de espaldas hacia la puerta, reverencia tras reverencia.

Detrás de ellos, y tras inclinarse a modo de despedida, se marchó

Francis para así acompañarlos. Fue entonces cuando Nicholas notó que sus músculos por fin se relajaban. Se giró para sentarse en su trono, exhausto debido a la tensión, y su mirada se topó directamente con la de Gabrielle, pudiendo leer en sus ojos cierto asombro, a la vez que expectación. Pero antes de acomodarse en el sitial vio satisfacción en el rostro de Trystan.

Se derrumbó sobre el asiento y suspiró. Su primer día de vuelta a sus quehaceres como soberano estaba resultando más extenuante de lo esperado... a la par que revelador.

Capítulo 8



Ya estaban todos sentados a la mesa, a excepción de los tres reyes, por lo que los criados aguardaban su llegada para empezar a servir la cena.

Anyan apuró el vaso de hidromiel. Aquella bebida siempre caldeaba sus mejillas y su ánimo, y serviría para paliar, o disimular al menos, su palidez y aflicción. Además, sentía la mirada indagadora de su hermano sobre ella y necesitaba tener las manos ocupadas para controlar la incomodidad que le producía.

De pronto, el silencio se alzó en el comedor cuando los tres reyes aparecieron, girándose todos los presentes hacia ellos para recibir alguna mirada o gesto de reconocimiento por parte de sus soberanos. Así lo hicieron Günes y Quyosh, mas no Korw que no apartó la vista de la mesa que ocupaban Anyan y los demás, aunque más bien, tenía los ojos fijos en ella. La joven no pudo menos que mantenerle la mirada, recibiendo por parte del rey una señal casi imperceptible que le hizo con la cabeza para que se acercara a ellos.

Anyan tragó saliva y asintió, poniéndose de pie, imitándola Griän con la intención de acompañarla como su Preceptor que era. Sin embargo, una mirada reprobatoria por parte de Korw lo hizo volver a sentarse; Anyan debía ir sola.

Los soberanos ya habían tomado asiento en sus respectivos puestos cuando ella comenzó a abrirse paso entre las mesas y, al llegar hasta ellos, se posicionó frente a Korw, aunque hizo una profunda reverencia para mostrarle sus respetos a los tres. Para entonces, el murmullo se alzaba de nuevo en el comedor volviendo todos su

atención a la cena que ya se estaba sirviendo.

—Acércate. —No le pidió, más bien le exigió.

La joven, entre temerosa y resignada, rodeó la mesa y se acercó al sitio del soberano, girando él su cuerpo para poder hablarle directamente.

—Lady Anyan —pronunció Korw con voz monótona—. Te hemos echado en falta estos días.

—Me sentía indispuesta, Majestad. —Bajó el rostro a modo de disculpa.

—Nada grave, espero —apuntó receloso.

—El clima frío de las Tierras Altas no me sienta bien —mintió en un susurro, apretando los puños entre los pliegues de su vestido a causa del nerviosismo.

—Confiemos en que el Astro Sol nos permita volver a Hæe lo antes posible —la tanteó.

—Yo también lo deseo, Majestad. —Alzó la barbilla, tratando de parecer lo más convincente posible—. Eso significaría que hemos cumplido con nuestro cometido, rompiendo por fin la profecía.

En el rostro del soberano se dibujó una sonrisa sardónica mientras asentía. Luego, agitó los dedos repetidas veces, indicándole que se inclinase. Anyan titubeó pero obedeció. Con cautela, fue acercando su rostro al del soberano, aunque no debía hacerlo tan rápido como él deseaba, pues con impaciencia, alzó la mano y le apesó las mejillas entre los dedos. Ella no pudo evitar un respingo a causa de la impresión y la dureza de su agarre.

—Espero que no hayas olvidado cuál es tu verdadero cometido —masculló él, tensando la mandíbula.

—Por supuesto que no, Majestad —respondió a duras penas, pues Korw seguía martirizando sus mejillas.

Una sonrisa endiablada asomó ahora a los labios masculinos. Entonces, repentinamente, tiró del rostro de Anyan y atrapó los suyos en un beso rudo y violento, que castigaba. Anyan cerró los ojos con fuerza y permitió aquel asalto... No tenía más remedio que tragarse las náuseas que le producía aquella boca tosca, brusca... y que no era la de Francis.

De pronto, el silencio volvió a inundar la estancia, provocando que Korw la soltase de un empujón, alejándola un par de pasos de él y buscando después con la mirada el motivo de aquel mutismo.

No tardó en hallarlo: Lord Hrodgar entraba en aquellos instantes en el comedor, caminando directamente hacia ellos.

—Buenas noches. —Hizo una leve reverencia, inclinándose sólo lo justo y necesario.

Korw le lanzó una mirada a Anyan que la instaba a retirarse y ella obedeció con rapidez, deseando alejarse de allí.

—Buenas noches, Hrodgar —lo saludó Quyosh—. ¿Gustas acompañarnos a cenar?

—Gracias, pero no quiero disturbaros —quiso ocultar sus pocos deseos de permanecer allí—. Únicamente quería haceros saber que he recibido un cuervo de Lady Moira.

—Noticias al fin —exclamó Günes, alzando sus manos impregnadas en grasa de venado.

—¿Algo de lo que nos debemos preocupar? —Quyosh lo estudió con la mirada.

—Al contrario —repuso él con tono y postura distendida—. Nos confirma que ya ha conseguido entrar en el castillo de Los Lagos, y haciendo rápidos avances.

—Ciertamente son buenas nuevas —decidió Korw mientras con desidia rodaba la muñeca para hacer girar el vino en el interior de la copa que sostenía en su mano.

“¿Buenas nuevas?”

Hrodgar blasfemó para sus adentros pero alargó los labios en una mueca que pretendía ser una sonrisa. Estaba harto de rendirles pleitesía a esos tres monigotes.

“Paciencia”, se dijo. Muy pronto, a quien le rendirían pleitesía, a quien le rogarían por su vida... sería a él.



Moira sabía con certeza que Agatha acudiría a la cocina en busca de su tisana.

Desde el primer día que le dio a probar aquel brebaje sabía que así sería. Deseaba utilizar sus pócimas para otros menesteres como envenenar a todos y cada uno de los habitantes de aquel castillo, un poco de acónito bastaría para acabar con todos ellos, pero ¿dónde quedaría el placer sin una muerte lenta y dolorosa y llena de sufrimiento? El veneno era un destino demasiado benévolo para aquellos malditos.

Aún recordaba cuando horas atrás, Nicholas la había hecho llamar al comedor para hablar sobre su situación en el castillo. Moira había emanado tal dosis de dulce empalagamiento acompañado de una bien estudiada humilde gratitud, que no iba a poder probar el azúcar en meses. Resopló. Si todo iba bien, lo que iba a degustar dentro de poco sería el sabor de la venganza.

Se cercioró de que había fuego encendido en uno de los fogones, pero dejó el caldero a un lado, sobre la bancada. Luego, con gesto hastiado, tomó un cesto lleno de vainas de guisantes y se acercó a la mesa donde se sentó y comenzó a desgranarlos, lentamente, con la única intención de darle credibilidad a aquella pantomima. Incluso en un gesto aparentemente generoso pero perfectamente premeditado, había alentado a las muchachas a tomarse un descanso al aire libre, procurando que así ese encuentro fuese a solas.

No le hizo falta esperar mucho. Al cabo de unos minutos escuchó unos pasos que se acercaban a la cocina y que, sin duda, serían de Agatha. Moira reprimió una sonrisa y se concentró en aquella tediosa labor.

—Buenas noches, Moira —la saludó al entrar con aquella sonrisa en su bella y odiosa cara que le producía náuseas.

—Buenas noches, Alteza. —Moira soltó las legumbres y se apresuró a erguirse, inclinando la cabeza.

—Excelencia —le aclaró con sonsonete, como si no fuera la primera vez que se lo dijera.

—Creo que, para todos en el reino, vos siempre seréis la Princesa de los Lagos —recitó con la intención de alabarla.

Agatha sonrió complacida y se sentó en una de las sillas, justo frente a ella.

—¿Me agasajarías con una de tus tisanas?

Moira se mostró halagada, a la vez que sorprendida.

—Deberéis aguardar unos minutos —se lamentó—. No hay agua hervida. ¿Queréis que os la acerque a vuestra recámara cuando esté lista? —se aventuró a riesgo de malograr la ocasión.

—No me importa esperar aquí —respondió con una condescendencia que a Moira le asqueó. Sin embargo, con una sonrisa de complacencia, se levantó y colocó el caldero en el fogón.

—¿Ciertamente te sientes bien aquí? —le preguntó Agatha de pronto, sorprendiéndole su interés por una simple criada.

—Perfectamente, Excelencia —se apresuró en responder—. Su Majestad ha sido muy generoso al permitirme permanecer aquí.

—Mi hermano, sin embargo, opina que le has negado toda posibilidad de agradecerte como es debido que le hayas salvado la vida —le discutió ella, recordándole de nuevo el desagradable momento en el que Nicholas la había hecho llamar.

Moira la miró con una bien preparada cara de espanto mientras volvía a sentarse a la mesa.

—No era mi intención ofenderlo en modo alguno —alegó con preocupación—. La casita que me ofrecía en el arrabal superaba cualquier expectativa que pudiera tener en esta vida. —De pronto su mirada se llenó de pesar—. Pero vengo huyendo de una soledad que volvería a torturarme, hallándome sola en esa casa, aunque fuera preciosa y mía.

—Lo siento. No pretendía entristecerte.

—Es una pena que llevaré toda mi vida conmigo. —Moira se enjugó una lágrima inexistente—. Vos que sois esposa y madre podréis entenderme.

—Imagino que ya sabes que no soy una verdadera madre. —La mirada de Agatha se tornó sombría.

—Disculpad mi torpeza —se excusó—. Me temo que ahora soy yo la que os ha entristecido a vos.

—No es tal cosa —la tranquilizó, jugueteando en un gesto despreocupado con una de las vainas vacías—. Agradezco a la Divina Vetsa que haya puesto en mis brazos a Frederick, y a pesar de que

haya transcurrido tan poco tiempo, ya lo siento como mío, aunque...

—Todavía sois joven —la alentó Moira, retomando la tediosa labor de desgranar legumbres—. Y os habéis casado hace pocos meses. Sé de casos en los que es el propio anhelo el que retrasa la concepción porque, bueno, yo imagino que vos...

Moira se mordió el labio, con expresión arrepentida y avergonzada.

—Perdonad mi impertinencia, Excelencia —dijo entonces, y volvió su atención a los guisantes.

—Te disculpas y ni siquiera has dicho una palabra —apuntó con diversión—. Somos mujeres, así que pregunta sin pudor.

Moira sonrió agradecida por un lado y satisfecha por otro. Contraer nupcias con un plebeyo como Jordan era una mala influencia para Agatha, a la vez que una ventaja para ella, pues la princesa descendía a las bajas esferas muy alegremente y con facilidad.

—Os agradezco la deferencia —dijo con un bien fingido orgullo—. Sólo me preguntaba si tendríais vuestro período con regularidad.

—¿Regularidad? —preguntó Agatha.

—Un ciclo lunar —aclaró.

—Pues la verdad es que no —respondió con preocupación, recordando aquella vez que Jordan la había encontrado en la tina, presa de un ataque de nervios. Hacía dos lunas que no tenía su período y, habiendo transcurrido tanto tiempo, había empezado a creer con ilusión que había quedado encinta—. ¿Crees que eso influye en que no pueda engendrar?

—Ciertamente no lo creo —mintió, inspirándole en cambio un total convencimiento—. ¿Cuándo estuvisteis indispuesta por última vez? —se atrevió a preguntar puesto que ya parecían amigas del alma.

—Hará un par de semanas —contestó tras hacer memoria.

—Ay, vuestra tisana —exclamó Moira de repente, con un aspaviento casi exagerado.

Se levantó de la mesa y se dirigió al fogón mientras el regocijo luchaba por salir a sus labios. Tomó uno de los saquitos de lino que solía utilizar para hacer las tisanas y, además de la mezcla de semillas y hojas secas que a Agatha tanto le agradaba, sacó uno de los botecitos que ocultaba en el bolsillo de su mandil y, con mucho disimulo, echó

un par de pellizcos de su contenido. Luego, se dio la vuelta y, con una sonrisa de ingenua complicidad, llevó la jarrita de greda hasta la mesa.

—Disfrutad de la tisana y relajaos —le aconsejó—. Sangre en la enagua de una mujer, hijos por doquier —citó—, así que no desesperéis.

Agatha sonrió, queriendo convencerse de que tenía razón y se llevó la tisana a los labios, lanzando un leve gemido al gozar de su sabor.

Entonces, Moira se tensó... *Jordan*... aunque comenzó a ocuparse de los guisantes para que Agatha no se percatase de ello. ¿Sería posible que todo se solucionase esa misma noche?

Tomó un pequeño cuenco con unos cuantos granos y los llevó a la bancada, con la única excusa de acercarse al fogón. Sin que Agatha se percatase, preparó la mezcla de hierbas en otro de los saquitos de lino, aunque, en esta ocasión, la combinación de sus ingredientes era completamente distinta. Y aguardó. No tardó mucho tiempo en escuchar unos fuertes y largos pasos acercándose a la cocina.

—Hola, Princesa mía. —Oyó a sus espaldas, siendo ese el momento en el que decidió voltearse para encontrarse a Jordan que besaba levemente los labios de su mujer—. Hola, Moira —la saludó, obligándose ella a inclinar su cabeza—. Creí que Frederick estaría contigo. Ya es tarde —se dirigió de nuevo a su esposa.

—Ylva y Adrienne querían prepararlo para dormir —le contó—, así que vine a pedirle a Moira una de sus tisanas.

—Ya veo —repuso pensativo mientras observaba la greda a medio beber.

—¿Os apetece una para acompañar a vuestra esposa? —preguntó Moira en modo totalmente servicial y cruzando los dedos mentalmente para que accediese.

—¿Por qué no? —respondió y ni tiempo tuvo de sentarse antes de tener en sus manos una pequeña jarrita llena del humeante líquido que Moira le ofrecía.

Contuvo el aliento cuando Jordan se la llevó a sus labios y dio el primer sorbo. Luego la alejó un momento, estudiándola y asintiendo con conformidad, tras lo que volvió a dar otro sorbo, esta vez mucho

más largo.

Entonces, su expresión se tornó ceñuda y dejó la greda en la mesa, con la mirada ausente y perdida, como si hubiese olvidado para qué había ido hasta allí. Y de pronto, sus ojos se posaron en su esposa, abriéndose de par en par como si no la hubiese visto hasta ese instante. Tragó saliva. Se inclinó sobre ella y le susurró algo al oído que, aunque Moira no pudo escuchar, le bastó con observar el profundo carmesí que brotó en las mejillas de Agatha para adivinar de qué se trataba.

Jordan tiró del brazo de su mujer y la llevó casi a rastras por el corredor con imperiosa urgencia...

Y Moira se obligó a contar hasta diez, tras lo que dejó escapar una péfida risotada que resonó en la cocina.

Capítulo 9



Jordan sostuvo el rostro de su esposa contra el lecho, poseyendo su boca y su cuerpo con deleite mientras ella se retorció contra él, clavando sus dedos en su espalda, elevando sus caderas, exigiéndole más.

Volvió a hundirse en ella, despacio, profundamente... intensamente... y sentía cómo su calidez lo atrapaba en una espiral de pasión que le hacía perder el control. No quería, no podía... Necesitaba embriagarse de todas esas sensaciones que Agatha provocaba en él, emociones tan vívidas que lo aturdían, que lo enloquecían de tal forma que parecían producto de un embrujo. Agatha era capaz de hechizarlo con el simple hecho de mirarlo...

Aún no podía entender qué sucedió en aquella cocina. Estaba hablando con ella cuando, de pronto, una necesidad imperiosa e ineludible de hacerla suya lo dominó. Y aquel deseo no había hecho más que acrecentarse mientras tiraba de ella camino a la recámara, y su mente comenzaba a recrearse en la idea de acariciar su piel desnuda y saborearla por entero.

—Pero, Jordan...

Él se detuvo, pero únicamente para arrastrarla detrás de una de las columnas, aprisionándola entre la piedra y su cuerpo. La besó como si hiciera siglos que no probaba sus labios, como si hubiera estado sediento, necesitado de su sabor y la calidez de su aliento. Y Agatha hundió las manos en su cabello y lo acercó más a ella, alimentando aquel repentino fuego que emanaba desde sus bocas, recorriéndolos

por dentro.

—Te necesito, Agatha —murmuró entre besos—. Necesito tenerte, perderme en ti.

—Jordan... —gimió ella traspasada por aquella ardiente confesión.

Se separó de ella y sostuvo su rostro entre las palmas de las manos, mordiéndose el labio inferior con fuerza, reprimiendo los deseos de devorarla a ella. Luego enredó los dedos con los suyos y tiró de ella, retomando el camino hacia la habitación.

—Jordan... Ylva y Adrienne están dentro —se vio obligada a recordarle al ir aproximándose a la puerta, y Jordan exhaló un bufido, pasándose nerviosamente la mano por los cabellos.

Se giró a mirarla con cierta impaciencia, aunque tomó aire profundamente, intentado sosegar. Luego abrió la puerta con lentitud para entrar en la recámara del mismo modo.

Las dos princesas se percataron de su llegada al instante y se asomaron desde la pequeña estancia anexa donde solía dormir Frederick. Caminaban hacia ellos, pero Jordan fue hacia la cómoda, comenzando a jugar con el cepillo de Agatha, tratando de disimular su ansiedad.

—Ya se ha dormido —les anunció entonces Ylva con una sonrisa.

—Es un regalo de los Dioses —añadió Adrienne, enternecida.

—Muchas gracias a las dos. —Escuchó decir a Agatha, y Jordan comprobó con alivio que ambas mujeres se dirigían ya hacia la salida.

—Buenas noches —se despidieron, pero él sólo atinó a asentir con la cabeza.

Apenas terminaba de cerrarse la puerta cuando ya había alcanzado a Agatha con un par de zancadas y buscaba su boca, con tal ímpetu que la espalda de su esposa acabó contra la pared mientras él la aprisionaba con su cuerpo. Su beso era desesperado, codicioso y tal vez brusco, pero no parecía ser suficiente... Necesitaba más.

—Agatha...

Aquel instinto primitivo de posesión derivó en un ardor que amenazaba con consumirlo, con hacerlo perecer. La tomó de ambas piernas y las separó, alzándola para que le rodeara las caderas que quedaron enredadas entre su vestido, y presionando su masculinidad

contra su mismo centro.

Agatha jadeó mientras él hundía su boca en su delicado cuello y mordisqueaba la piel sensible bajo la oreja, donde casi podía degustar su acelerado pulso.

—Jordan...

Y él temía abocarse al camino de la demencia y la desesperación, presa de ese incontrolable frenesí. Aunque de pronto, ella tomó su rostro y le obligó a mirarla.

—Agatha... Yo...

Anhelos entremezclados con tormento asomaban a su oscura mirada ardiente.

—Tómame, Jordan —le pidió ella, contagiada por su pasión.
—Hazme el amor. Ahora.

Jordan dejó escapar un gruñido gutural mientras aquellas palabras inflamaban aún más su deseo. Pareciera que iba a traspasar sus propios límites pero, sin embargo, necesitaba...

Se deshizo de la prisión de sus piernas dejándola apoyada contra la pared, separándose ligeramente de ella, apenas medio paso.

—Desnúdate —le rogó con voz ronca. —Necesito tu piel cálida en mis manos, y en mi boca...

Y Agatha sintió ese eco reverberar en su interior, estremeciendo hasta el último rincón de su ser. Obedeció sin pensar, con manos temblorosas debido a la anticipación y a los ardientes tizones en los que se habían convertido los ojos de su esposo y que amenazaban con hacerla arder con sólo mirarla.

Su vestido no tardó en acabar en el suelo, y para cuando le siguió la enagua, Jordan terminaba de deshacerse de sus propias ropas. Estando ya ambos desnudos, se arrodilló frente a ella y, agarrándola por la cintura, la arqueó hacia él, alcanzando con su boca uno de sus pechos. Agatha tuvo que sostenerse de los anchos hombros de su esposo para no caer debido a la repentina debilidad que le provocó en las piernas aquella súbita ola de placer. Y Jordan sabía que no estaba siendo delicado. Trataba por todos los medios de controlarse, no quería dañarla, pero necesitaba intoxicarse de ella, emborracharse del sabor de su piel y del sonido de sus gemidos ahogados a causa del

placer que le producían sus caricias, y que acrecentaba aún más sus propias ansias de poseerla.

—Agatha... he de tenerte —murmuró contra la sonrosada piel de sus pechos.

Ella le agarró el fuerte mentón y le hizo levantar el rostro para clavar los ojos en los suyos.

—¿Y a qué estás esperando? —recitó con voz sensual, y él ya no dijo nada más. Se puso en pie y la alzó en brazos, conduciéndola hacia el lecho.

No demoró en cumplir su promesa. Jordan se recreó en la dulzura de su piel mientras sus manos la colmaban de caricias tortuosas, que prendían aún más el deseo que los invadía. Alcanzó su feminidad y hundió sus dedos en la húmeda tersura de su placer que clamaba por él, y Agatha gimió asaltada por aquella esperada caricia, alzando las caderas, yendo en su busca.

Pero si aquello no era suficiente para él, tampoco lo era para Agatha. Clavando en él esa mirada velada por la pasión arrolladora a la que Jordan la arrastraba, separó los muslos en una clara invitación. Y aunque él no se hizo de rogar, tan desesperado como estaba por fundirse en su cuerpo, Agatha alzó sus manos para ir a su encuentro y atraerlo hasta ella, dirigiéndolo hasta su interior.

Sendos gemidos se entremezclaron en sus bocas cuando por fin se unieron sus cuerpos. El contacto era puro fuego, carne ardiente deseosa de caricias, exigente, pero a la vez generosa, pues emanaba puro y profundo amor.

—Te amo, Agatha —murmuró, apretando la mandíbula—, y eres mía, toda mía —añadió con entera satisfacción.

—Sí, Jordan, tuya —respondió apretándose contra él, ladeando el rostro hacia las sábanas con los ojos cerrados, abandonándose a la gloriosa sensación de sentirse completa, llena de él.

La suave piel de su cuello expuesto fue como néctar tentador que Jordan buscó con su boca, dulce y embriagador, como la calidez del terciopelo de ese cuerpo divino que lo envolvía, que lo atrapaba en su interior, que lo reclamaba.

—Pero yo no podría ser de nadie más —susurró de pronto en su

oído—. Necesito ser tuyo, saberme de ti. Para siempre.

—Para siempre... —repitió ella en una plegaria.

—Sí, mi princesa. Sí, mi diosa... para siempre.

La condena que acompañó a aquel veredicto vino en forma de llamaradas de placer que los atrapó a ambos sin compasión. Jordan perdió el control de su cuerpo y sus sentidos, que sólo respondían a la tarea de complacer a Agatha, de llevarla a los confines del éxtasis, mientras se dejaba arrastrar por el frenesí del suyo propio y que penetraba en sus huesos como un vendaval arrollador.

Y Agatha temió deshacerse entre sus brazos, que aquel placer tan indescriptible la redujese a cenizas candentes al percibir la simiente de su esposo inundando como cálida ola su interior.

Se sintió más viva que nunca, más amada... más mujer... Y una inconmensurable dicha le prendió el corazón.



Nicholas estaba tan fatigado que apenas pudo llegar por su propio pie hasta sus aposentos, pero intentó por todos los medios que Trystan no se diera cuenta de ello al acudir a revisarlo minutos después. Era capaz de prohibirle levantarse al día siguiente y no quería arriesgar su recién obtenida libertad.

Ya estaba recostado cuando su tío llegó, y a pesar de que trató de actuar con normalidad y reprimir las muecas de dolor que le producía el simple hecho de sentarse en la cama, Trystan lo miró con desaprobación mientras tomaba asiento frente a él.

—No trates de hacerte el fuerte conmigo, muchacho. Debes estar exhausto —le dijo mientras le retiraba la venda, haciéndole ver así que sus esfuerzos habían sido en vano.

—He tratado de cumplir con tus indicaciones —se defendió, retándolo con la mirada.

—Lo sé —le concedió, girándole ligeramente la cara para que le dejara ver la herida—. Igual que sé que un rey no puede evitar serlo.

Estoy muy orgulloso por tu forma de actuar ante el conflicto que trajo esa pareja al castillo esta mañana. —Le palmeó el hombro, satisfecho también por el aspecto de su lesión.

—Me alegra no haberte decepcionado. —Suspiró con pesar, frunciendo los labios a causa del dolor que su tío le provocaba, involuntariamente, al colocarle el nuevo vendaje.

—Pues no lo parece dada tu seriedad. ¿Qué te preocupa?

—¿Además de no saber si alguna vez recordaré quién soy? —dijo, haciendo inmediatamente después un guiño para quitarle crédito a sus propias palabras.

Trystan, habiendo finalizado, comenzó a limpiarse las manos con un paño y luego se inclinó para dejarlo encima de la mesita.

—Tal vez te preocupa el gran apasionamiento con el que has defendido a Gabrielle —lo tanteó, y Nicholas lo miró asombrado.

—Lo crees excesivo, ¿verdad?

—¿Lo crees tú? —preguntó con recelo.

—Tal vez, pero aún no me he parado a pensar en ello —reconoció, negando con la cabeza—. Me preocupa más el motivo que lo causó. —Guardó silencio un instante, en busca de las palabras adecuadas—. De repente sentí que la burda falacia de ese lord podía transformarse en un ataque real hacia Gabrielle, aunque lo más turbador de todo fue que esa sensación no me resultó desconocida. Sentí como si realmente hubiera habido un tiempo en el que una mortal amenaza hubiera pendido sobre Gabrielle —agregó conmovido, inseguro—. ¿Alguna vez fue así?

Trystan, sin embargo, lo miró con interés, tras lo que asintió, sonriente.

—¿Y eso te hace feliz? —preguntó Nicholas, confuso, molesto al ver su reacción.

—Claro que no —rió—. Me maravilla la situación, que la tensión del momento haya hecho aflorar a tu mente emociones ya vividas. Es una buena señal de tu recuperación y...

—¡Al demonio con eso! —le rebatió con impaciencia—. Gabrielle en peligro... ¿cuándo? —inquirió, convirtiéndose sus manos en apretados puños—. ¿Y quién? Porque si aún sigue vivo...

—Tranquilo —le pidió viéndolo tan alterado—. No deberías exponer tu mente a más emociones.

—Tío... —Apretó la mandíbula en un gesto de exigencia.

—Está bien —accedió, sabiendo que Nicholas no desistiría—. Pero sólo te contaré lo sucedido a grandes rasgos —le advirtió, alzando su dedo, y aunque su sobrino se removió disconforme, finalmente asintió con la cabeza—. Hace poco menos de un año secuestraron a tu esposa.

Nicholas iba a replicar, pero Trystan lo hizo callar extendiendo su mano.

—Los artífices de tal vileza cayeron bajo vuestras espadas —lo tranquilizó—. Y por fortuna, Gabrielle apenas recuerda nada, así que te rogaría que no sacases el tema a relucir. Justo después de rescatarla supe de su embarazo y no sé qué habría sido de ella y del bebé si hubiera recordado detalladamente semejante atrocidad.

—Si no quieres que le pregunte a ella entonces dímelo tú —le pidió visiblemente angustiado, ansioso por saber, y aunque Trystan dudó unos instantes, decidió proseguir.

—La habían metido en una fosa —dijo, trayendo a la memoria tan doloroso recuerdo, y Nicholas no pudo reprimir un gemido de estupor—. Yo no estaba presente en el momento del rescate, pero Erick me contó que apenas tenía el tamaño de una tumba, y allí habría muerto si no hubierais llegado a tiempo.

—Dioses del Kratvah... —Nicholas apretó tanto los puños que los nudillos se blanquearon.

—Gracias a que la tenían narcotizada, ella no recuerda nada, apenas unos retazos —continuó Trystan—. Y, aunque debido a su tozudez accedí a ponerla al corriente de lo sucedido, en una ocasión me narraste que te sorprendía el modo en que lo había superado, y que no te hablaba de ello. Por eso...

—Me hago cargo —espetó, claramente afectado por los hechos que acababa de referirle... y por la punzante desazón que empezaba a corroerle el pecho.

Entonces, Trystan le dio una fraternal palmada en el brazo y le sonrió, tratando de aligerar el momento.

—Lo que experimentaste esta mañana es un avance —le repitió

poniéndose ya en pie—, y lo que más te conviene ahora es descansar.

Su sobrino asintió, aunque su mirada perdida evidenciaba su falta de atención.

—Por cierto, Nicholas —exclamó Trystan ya desde la puerta, alzando la voz para volver a captar su interés—, nunca es excesivo cuando se trata de defender a las personas que más nos importan.

Y Nicholas lo vio cerrar la puerta mientras esas últimas palabras revoloteaban en su mente con insistencia.

¿Pretendía darle a entender que Gabrielle le importaba?
¿Importarle?

Guiado por un repentino impulso, bajó de la cama y caminó hacia la pequeña puerta del fondo que separaba las dos recámaras tras lo que llamó, aunque abrió sin aguardar a que su esposa le respondiese.

—¿Os sucede algo, mí señor? —preguntó Gabrielle que se hallaba en camisón frente a él, completamente sorprendida por su actitud.

Nicholas la miró unos segundos, incapaz de decir nada. Luego, avanzó los pocos pasos que lo separaban de ella y, tirando de su mano, la acercó hasta su pecho y la estrechó fuertemente entre sus brazos.

Capítulo 10



El castillo era un hormiguero de sirvientas descontroladas, yendo de aquí para allá, asfixiadas con las innumerables tareas a realizar para la preparación de aquel opíparo festín, aunque no por la amplia variedad de viandas a servir, sino por la cantidad de comensales. Moira puso los ojos en blanco. Sólo a esa familia le podía parecer adecuado aprovechar el matrimonio de la nueva parejita para celebrar también el regreso del Rey Nicholas... ¡Con toda la plebe! Ciertamente eran una deshonra para la nobleza y a la vez su verdugo, pues con comportamientos como ése, lo único que conseguían era lapidarla. ¿Comer y beber codo con codo con el populacho? Esa chusma debía besar los pies de su soberano, no chocar su copa con la suya.

Pero Moira no tenía más remedio que hacer de tripas corazón y contribuir en aquella pantomima. Había estado toda la mañana enclaustrada en la cocina, sin parar de guisar, obedeciendo las órdenes de Ivette y Erin, tragándose los deseos de verter unas gotas de néctar de adelfa en su comida y fulminarlas. Eran tan sosas que daban náuseas, siempre con una sonrisa en la boca y tan voluntariosas a la hora de obedecer todo aquello que se les pidiese. Por su culpa, Moira acababa rendida cada noche. Le dolían las mejillas de tanto sonreír y las rodillas de tanta reverencia y, además, debía esmerarse a fondo en sus tareas para no quedar en ridículo ante aquellas dos.

Por fortuna, aunque sólo fuera por aquella tarde, el trabajo de la cocina había concluido y ahora se dirigía hacia el torreón de las habitaciones reales, dispuesta a llevar a cabo una tarea que esperaba

resultase mucho más satisfactoria. Al llegar a la recámara que Agatha compartía con Jordan, llamó.

—Adelante. —La escuchó decir—. ¡Ah! Hola, Moira.

Por el tono de su voz, dedujo que se había contagiado del nerviosismo previo a aquella celebración.

—¿Querías algo?

—En realidad venía a preguntaros eso mismo, Alteza —dijo con aquel tono meloso que cada vez se le daba mejor—. Tal vez pueda ayudaros con Frederick o...

—Pasa —la apremió, notando Moira su cara de alivio—. Jordan acaba de llevarse a Frederick, así que aún no he empezado a vestirme.

—¿Es éste el vestido que luciréis esta noche? —Se acercó a la cama mientras contemplaba con fingida admiración un vestido horrible de un color verde sapo.

—Sí —respondió Agatha que ya se estaba desnudando.

—Es un color perfecto para vos —mintió con una gran sonrisa.

Lo tomó y caminó hacia ella con la única intención de ayudarle a ponérselo. Por suerte, Agatha se dejó hacer. Con toda la paciencia del mundo, Moira empezó a pasar los cordones que le ajustaban la parte delantera del vestido, desde el pecho hasta la cintura, lugar donde se concentró su atención. Conteniendo la respiración, se arrodilló frente a Agatha, pretendiendo alisar algunas arrugas en la falda, mientras su otra mano presionaba contra el abdomen, levemente y unos breves instantes, pero lo suficiente para sentir cómo una chispa, en forma de corriente, entraba por la palma de su mano y le recorría el brazo con tal violencia que tuvo que retirarla.

—¿Estás bien? —preguntó Agatha con extrañeza.

—He estado revolviendo ollas todo el día y el brazo se resiente —se excusó ella, poniéndose en pie—. Pero no es una queja —se apresuró a añadir—, estoy encantada de poder formar parte de esta celebración.

—Espero que la disfrutes —le deseó Agatha.

—Claro que sí —aseguró Moira.

Y ésa era la única cosa cierta en toda aquella conversación, el placer con el que Moira festejaría. Qué extraño era el destino. Nunca

creyó que podría llegar el día en el que bebiese a la salud de Agatha y, mucho menos, a la de la criatura que ya crecía en su vientre.



El horizonte comenzaba a teñirse con aquella peculiar gama de cálidos colores propios del anochecer, desde el anaranjado de un melocotón maduro al rosado de las mejillas ruborizadas de una doncella. Era una belleza que nunca se había permitido apreciar por ser el momento que precedía a aquella oscuridad que su pueblo se esforzaba en evitar, ya que sus sombras acogían a todos aquellos demonios que los amenazaban.

Ahora, con tristeza, venía a su mente aquella vez en la que Francis le había mostrado su incredulidad hacia sus temores, como si fueran los propios de un niño pequeño. Pero si él hubiera sabido, si hubiera sospechado siquiera las creencias que dominaban sus vidas y que eran tan diferentes a las suyas...

El Astro Sol era su fuente de vida. Les obsequiaba con abundantes cosechas, ríos rebosantes de peces y bosques en los que poder cazar. Y puestos a retribuirle la concesión de aquellos bienes tan preciados, ¿qué mejor que honrarle con la propia vida? Su luz era la que alimentaba su alma, la que hacía que corriese la sangre por sus venas, ¿tan grave era derramarla como ofrenda para agradecer su generosidad? ¿No era su motivo tan legítimo como el de un guardia que no dudaba en derramar la sangre de un enemigo por proteger a su rey?

Pero lo que parecía un razonamiento lógico, escapaba al entendimiento del resto del mundo, así que era imposible apelar a su comprensión. Era más sencillo ocultar su forma de vida a ojos ajenos y dejar creer a Francis que sus miedos eran debilidades de mujer asustadiza, sin que sospechase siquiera que la figura de la Luna era en realidad el peor de sus demonios, y que el nombre de su querida hermana, Selene, señalaba a uno de sus súbditos, el más cruel y malvado, vilmente oculto tras la figura de una bella mujer.

El reinado de la Aviesa Luna les privaba de su mayor tesoro, la luz del Sol, llenándolo todo de una fría oscuridad y cubriéndolo de sombras impenetrables que desfiguraban la realidad, enturbiándola y manipulándola a su voluntad con el único propósito de aplastarlos. Por eso, los actos más terribles se daban siempre de noche: los raptos de niños; las violaciones a mujeres indefensas; los asaltos a incautos viajeros; los asesinatos de inocentes gentes...

Anyan suspiró. Ahora, en la soledad de aquella almena desde la que lo vio partir, se veía sobrecogida por otra gran verdad: Francis le había dado los besos más dulces en esa oscuridad y, como siempre cuando pensaba en él, esa fe por la que había nacido, en la que había crecido y para la que debía morir, se desmoronaba como aquella que llamaban la flor de los deseos que se deshacía con un simple soplo.

De pronto, la Luna no era más que una gran perla en aquel inmenso océano azul profundo en el que se convertía el cielo, salpicado de miles de lágrimas, brillantes y engarzadas cuales piedras preciosas, desapareciendo aquel Ejército del Mal que, para ellos, formaban las estrellas. Y aquellos horribles sucesos no eran más que el fruto, la consecuencia de la naturaleza maligna de los seres humanos y que hombres como Francis se habían impuesto la tarea de erradicar. Era todo tan distinto visto desde sus ojos... tan esperanzador..., con un bello horizonte con miles de sueños que cumplir.

Pero ella estaba atrapada en aquel mundo que se tornaba cada vez más desconocido, más extraño conforme iban pasando los días. Algo había cambiado en ella y sabía que era gracias a Francis, a su amor por él. Le había hecho comprender que la vida podía obsequiarla con mucho más que aquel frío Altar de los Sacrificios al que estaba destinada, y aquel maravilloso amor que se tenían era buena prueba de ello.

Desgraciadamente, no había sido suficiente; a la hora de la verdad, aquellas cadenas que la ataban habían resultado demasiado pesadas. Más que gustosa hubiera escapado con Francis, por supuesto, hubiera huido con él sin echar la vista atrás, pero fue más poderoso el temor a que su destino pudiera alcanzarlos allá donde fueran, atrapando también a Francis y conduciéndolo a la muerte que a ella ya la

esperaba. Había sido una cobarde, sí, pero estaba segura de que alejarlo era la única posibilidad de mantenerlo a salvo.

Y, sin embargo, algo había sucedido. Algo cambió la noche que Francis se marchó.

Creyó en un principio que el motivo era aquello que llamaban melancolía y que, ahora sabía, era esa desesperación que la ahogaba en deseos de volver a verlo. Pero esa tristeza no hizo otra cosa que languidecerla. Había algo más, algo que iba creciendo en su interior y que iba más allá de un sentimiento o sensación; algo físico, tangible y hermoso como un milagro y que la llenaba de una fuerza incontenible.

Posó una mano sobre su abdomen. Debía haberlo sabido. Ésa era la finalidad de aquellas tisanas que tomaba, la de asegurar su fertilidad cuando Korw, su Rey del Amanecer, la tomase en el ya muy próximo Solsticio de Verano, tal y como marcaba la tradición. Para eso estaba destinada, ésa era la misión que el Astro Sol le había encomendado: debía engendrar al próximo rey. Y, en cambio, llevaba en su vientre al hijo de quien debían considerar su enemigo y que ella, sin embargo, contra todo lo permitido, amaba con todo su ser.

La Anyan que salió de Hæ se habría sentido desdichada, sucia e indigna por haber faltado al juramento que pronunció en aquel ritual que marcó el rumbo del resto de su corta vida. Empero la Anyan que contemplaba aquel anochecer tenía unos deseos incontenibles de coger el primer caballo e ir en busca de Francis, para compartir con él esa felicidad tan inmensa que la llenaba y que le daba el valor suficiente para luchar junto a él, contra todo y contra todos.

—Lástima que no pueda leer tu mente y averiguar así el motivo de esa sonrisa.

Anyan se sobresaltó al escuchar la voz del Rey Korw cerca de ella.

—Majestad —dijo girándose para hacer una delicada reverencia mientras trataba de recobrar la compostura.

—¿Y bien? —insistió Korw con gesto severo, situándose frente a ella—. Cualquiera diría que estás disfrutando del ocaso —añadió con tono reprobatorio.

—Por supuesto que no, Majestad. —Se abrazó, frotándose los brazos, como si sintiese escalofríos—. Sólo pensaba en la paz de

nuestras tierras, en sus paisajes.

—No pretenderás vislumbrarlos desde aquí —replicó Korw sin suavizar el rictus—. Y, por si no te habías percatado de ello, es muy tarde para que estés aquí, sola.

—Confiaba en que hoy recibiríamos noticias de Lady Moira. No sabemos nada desde que llegó al castillo del Rey Nicholas —siguió ella excusándose, sin demasiado éxito, pensó al ver un gesto escéptico en la expresión del soberano—. Me preocupa que su silencio se deba a que el plan no marcha como debiera.

—¿Preocupada, dices? —preguntó él con recelo, a lo que ella asintió—. Y a mí me encantaría creerte, Anyan, pero tengo serias dudas sobre ello.

—¿A qué os referís, Majestad? —replicó, mostrándose ofendida.

Entonces Korw comenzó a aproximarse a ella, con lentitud mas con decisión, con una mueca que rozaba lo cruel en su boca y un brillo amenazador en sus ojos. Ciertamente, si pretendía intimidarla, lo consiguió. Anyan empezó a retroceder con claro temor, hasta que su espalda dio contra el muro de la almena, quedando atrapada entre el rojo sillar y el cuerpo de Korw.

—Has cambiado, Anyan —habló el soberano en un susurro ronco y oscuro—. Aunque no me preocupa tu reciente y estúpida costumbre de soltarte el cabello —Tomó un mechón que enmarcaba su rostro para luego soltarlo con brusquedad—, como tampoco tus ausencias, o tu extraño comportamiento de estos últimos días. Lo que me perturba es aquello que lo causa.

—Majestad, yo no...

—Sé que has pasado mucho tiempo con ese capitán —la cortó, haciendo un mohín lleno de repugnancia—, demasiado diría yo.

—Era simple curiosidad sobre la forma de vida de esta gente —pronunció, fingiendo desprecio.

—¿Y esa curiosidad implicaba cercanía? —inquirió—. Porque eso es lo que me atormenta, no saber cuánto se ha acercado ese guardia a ti —añadió, aproximando su rostro al de ella—. Dime, ¿ha osado tocarte? —farfulló, cubriendo totalmente el cuerpo de Anyan con el suyo, tanto que la joven podía sentir contra ella la dureza de sus

músculos.

—No, Majestad —negó ella enérgicamente.

—¿Ha osado besarte? —continuó, asaltando de pronto su boca en un beso agresivo, exigente y que paralizó a Anyan por completo—. ¿Ha osado poseerte?

Anyan sintió pavor cuando notó la mano masculina deslizándose por su cadera, arrastrándola sobre su vestido hasta llegar a su intimidad.

Jamás.

Aun sabiendo que sería suya, Korw nunca se atrevió a abordarla de ese modo, limitándose su relación a escasas y muy breves conversaciones. Y sin embargo, el beso de la otra noche... y ahora...

El temor hizo que Anyan quisiera zafarse, librarse de él de un empujón, pero era su rey al fin y al cabo, ¿cómo hacerlo sin que tal falta de respeto la llevase a una muerte inminente?

—Por favor, Majestad —se limitó a decir con voz trémula.

Pero Korw comenzó a reírse con hastío y, aunque no se retiró, sí apartó su mano de entre sus piernas, pero sólo para tomar su rostro con rudeza, apretando sus mejillas entre sus dedos.

—Sabe en este preciso momento que nada de eso me importa —dijo, volviendo a endurecer sus facciones, oscureciéndose su mirada debido a la furia—. Vas a ser mía de igual modo para que te posea a mi antojo. Y, por tu bien, espero que seas pura cuando lo haga porque, de lo contrario, recibirás mi semilla, albergarás a mi hijo en tu vientre y, finalmente, lo parirás, pero no habrá ningún altar esperándote para que culmines tu cometido, ofreciendo tu vida al Astro Sol. No. —Apretó las mandíbulas con fiereza—. Te despellejaré como a una alimaña, arrancándote la piel tira a tira, en mitad de la plaza, frente a todos, para que contemplen tu vergüenza y tu traición. Y no habrá fuego sagrado que consuma tu cuerpo cuando hayas muerto —le advirtió—. Lanzaré tus restos a los perros para que te hagan desaparecer.

Cuando Korw la soltó, Anyan apenas podía respirar mientras su cuerpo temblaba como una hoja, pero sacó fuerzas de flaqueza y se recompuso rápidamente, dispuesta a hacer frente a la situación. Así

que alzó la barbilla y apretó los labios en una fina línea, haciendo notar su gran malestar por la desconfianza demostrada.

—Me insultáis, Majestad —replicó con firmeza—. Reconozco haberme sentido atraída por los valores tan ridículos y vanos por los que se rige la conciencia de toda esta gente, pero no creo ser merecedora de semejantes acusaciones —protestó rotundamente y aun a riesgo de excederse, continuó—: Toda mi vida he deseado ser la Elegida, es para lo que nací, por lo que vivo, y no hay nada ni nadie que vaya a impedirme alcanzar mi destino.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. —Sonrió satisfecho—. No me equivoqué cuando me empeñé en que fueras tú. —Volvió a acercarse su rostro al suyo—. Y déjame decirte que ese pequeño anticipo de hacer un momento hace que desee con mayor intensidad la llegada del próximo Solsticio de Verano.

—Ahora me honráis con vuestras palabras, Majestad —recitó ella, fingiendo con una sugerente sonrisa que le halagaba su insinuación.

Y debió ser convincente porque, por fin, Korw retrocedió un paso, aunque la miraba de pies a cabeza, con ojos hambrientos.

Anyan le sostuvo la mirada, dejando que siguiera desnudándola con ella, y esperando.

—Deberías entrar —le ordenó entonces.

—Sí, Majestad —obedeció, haciendo una profunda reverencia, tras lo que se dirigió al castillo, con caminar sosegado y la barbilla alzada, orgullosa de despertar el deseo en su rey.

Pero apenas si pudo contener las náuseas antes de llegar a su habitación. Mojó un paño de lino en el aguamanil y comenzó a restregarlo por su boca, queriendo borrar de sus labios aquella sensación repulsiva que le entumecía todo el cuerpo. Pero lo peor de todo fue el miedo, uno al que no se había enfrentado jamás.

Por primera vez en toda su vida, Anyan no quería morir.

Capítulo 11



—Serás ese rayo de sol que me despertará cada mañana, el que me impulse a respirar y por el que viviré.

—Yo quiero que seas la última estrella que vea cada noche, la que me guarde y vele por mí.

Con las manos enlazadas por aquella cinta de seda, Cailen se acercó a Adrienne con lentitud mientras los cubría el silencio contenido de los asistentes que luchaba por romperse. Se inclinó sobre ella con esa misma calma hasta que sus bocas quedaron tan cerca que sólo un suspiro habría podido atravesar el espacio que quedaba entre ellos.

—Te amaré siempre —le susurró, siendo entonces cuando cubrió su boca con la suya en un beso ardiente y deseado que provocó el estallido de los aplausos de todos los presentes.

Fue una ceremonia muy romántica, con miradas llenas de amor y sonrisas nerviosas, y en la que Nicholas deseó en cada segundo, con todas sus fuerzas, poder recordar el día en que desposó a Gabrielle.

Seguía sin recordar nada y tampoco volvió a tener ningún tipo de sensación como aquella vez en que Lord Durstan había visitado el castillo. Su mente seguía igual de vacía conforme pasaban los días, aumentando con ello su inquietud. Tampoco mejoraba su estado de ánimo el percibir las frecuentes miradas de algunos de los presentes sobre él, aunque no tardó en darse cuenta de que no era curiosidad malsana lo que los impulsaba a observarlo, sino genuino interés, como ya le habían demostrado el día anterior. Sorprendentemente para él,

decenas de súbditos solicitaron audiencia simplemente para mostrarle su alegría por su regreso y darle la bienvenida, tanto así que los propios Cailen y Adrienne le propusieron la posibilidad de aprovechar la celebración de sus esponsales para festejar con el pueblo su regreso.

Por ese motivo, tras haber finalizado la ceremonia que los había convertido en legítimos esposos, los recién casados, en compañía de todos los asistentes a su matrimonio, se dirigieron a la plaza donde se solía instalar el mercado, para iniciar el gran banquete en el que podrían participar todos los que así lo quisiesen.

Los usuales puestos que solían agolparse formando estrechas calles plagadas de gente habían desaparecido, cediendo su lugar a decenas de mesas que se dispusieron de tal forma que rodeaban un gran espacio central destinado al entretenimiento. Muchos pueblerinos, animados por el ambiente jocosos y el hidromiel, mostraron sus dotes como malabaristas y juglares, pero pronto comenzaron a sonar los instrumentos musicales, convirtiéndose el jolgorio en un gran baile.

Los primeros en su mesa en animarse a unirse a la danza fueron Adrienne y Cailen que, con sus miradas iluminadas por la ilusión, giraban sin parar con las manos entrelazadas. Les siguieron Agatha y Jordan, imitándoles después Ylva y Zayev, siendo entonces cuando la inquietud volvió a invadir a Nicholas, aunque de forma muy distinta.

Ya hacía dos noches de su irrupción en la recámara de Gabrielle, cuando se dejó llevar por aquellos deseos irrefrenables de abrazarla. Su cuerpo era tan menudo, parecía tan frágil... pero aun así la estrechó con fuerza, sintiendo la forma tan maravillosa en que su delicada figura se fundía contra él. No habría querido soltarla nunca, mas la confusión y el remordimiento, que hicieron su aparición demasiado pronto, le obligaron a alejarse de ella. Ni siquiera tuvo valor para explicarle por qué había actuado así, ya que ni él mismo lo sabía realmente, por lo que consideró la huída hacia su recámara como la mejor opción.

Gabrielle, por su parte, tampoco había sacado el tema a relucir en ese tiempo, si bien era cierto que se seguía mostrando tan atenta como

siempre, sonriente y afable, aunque Nicholas podía imaginar su expectación y su turbación, la misma que sentía él. Porque anhelaba estar a su lado, poder tenerla así de cerca de nuevo, pero Gabrielle, desde un principio, le había puesto el amor como condición y él no estaba seguro de poder ofrecérselo. Sin embargo, sus deseos seguían torturándolo, necesitaba abrazarla, tocarla y gozar de la sobrecogedora sensación que le producía su contacto.

Se giró para mirarla y la descubrió hablando con Claire, riendo más bien, y supuso que la exultante alegría de su esposa se debía al vaso de hidromiel que sostenía en su mano. Justo en ese momento, Erick pasaba por detrás de él dirigiéndose al otro lado, donde se sentaban Gladys y Trystan. Extendió la mano hacia su madre y ella la tomó, dejándose llevar hacia donde sonaba la música. Entonces Trystan, viéndose solo, se acercó y se sentó junto a él.

—Claire no tiene deseos de bailar y yo tampoco soy muy aficionado —aclaró su curiosidad—, y, verdaderamente, disfruto más contemplándolos desde aquí. —Sacudió la cabeza en su dirección—. A Gabrielle, sin embargo, le encanta.

—¿Sí?

—Adora las celebraciones —añadió Trystan con una sonrisa.

Ambos se giraron para observarla justo en el momento en el que estiraba su mano para alcanzar una jarra... de jugo de grosellas. Trystan rió por lo bajo al percatarse del asombro que aquello producía en Nicholas.

—Ya deberías saber que la alegría de tu esposa forma parte de ella misma, de su naturaleza.

—Y, por el contrario, sé tan poco de ella —lamentó.

—Pero aun así, la amas.

Ahora fue Nicholas quien buscó la jarra de hidromiel, aunque Trystan se la arrebató de las manos.

—No necesitas de esto. Ya te dije en su día que sólo necesitabas...

—Dejarme llevar, ya lo sé —refunfuñó su sobrino, y Trystan no pudo evitar comenzar a reír—. ¿Tan ridículo te parezco? —Resopló contrariado.

—Todo lo contrario. —Trystan palmeó su espalda—. Pero no creo

que te refrene un posible rechazo por parte de tu esposa cuando sabes con certeza que ella te ama. —Lo miró con curiosidad—. Por lo que deduzco que la razón es que no confías en tus propios sentimientos.

—Temo no ser lo que ella espera —admitió.

—Y yo temo que sigas perdiendo el tiempo en vano —le rebatió Trystan—. No quiero sonar cruel, pero ¿y si nunca recuperases la memoria?

Nicholas chasqueó la lengua.

—Hijo, lo que quiero decir es que ya es tiempo de crear nuevos recuerdos, felices a ser posible.

El joven rey mantuvo silencio unos instantes. Luego, como si lo hubiera impulsado un resorte, se puso en pie y se inclinó hacia su esposa, quien dio un respingo al sentir su aliento cerca de su cara.

—¿Aceptaríais bailar conmigo?

Gabrielle no podía ocultar su sorpresa, pero accedió, tomando la mano que ofrecía.

Conforme se acercaban a la plaza, el gentío iba abriéndoles paso, alzando sus voces con júbilo al ver que sus reyes se unían a ellos. Fue entonces cuando a Nicholas le vino a la mente un pequeño detalle: no recordaba ninguna de aquellas danzas, y Gabrielle debió percatarse de ello porque, con una sonrisa traviesa en los labios se acercó a él y, tirando de su túnica, le hizo inclinarse hasta quedar a su altura.

—Podéis tratar de imitar a los demás hombres —le susurró—, pero bastará con que os dejéis llevar.

Estuvo a punto de protestar. ¿Acaso todos se habían puesto de acuerdo para aleccionarle con el mismo sermón? Mas aquel escalofrío que le recorrió la espalda cuando sintió el aliento de Gabrielle en su oído le dejó sin habla. Tal vez dejarse llevar no iba a ser tan difícil después de todo.

Optó por tomar el primer consejo que le diera su esposa, así que miró a los hombres cercanos a él, y no fue muy difícil imitarles, pues permanecían estáticos, con una pierna más adelantada que la otra, una mano en la espalda y la otra por delante, rodeando la cintura, la postura propia de quien está a punto de realizar una reverencia, así que adoptó la misma pose y aguardó, como hacían ellos, aunque con

mayor expectación al desconocer qué vendría después. Además, notó que Erick había vuelto a la mesa en compañía de Gladys, quien se sentaba cerca de Claire. Ambas mujeres empezaron a cuchichear con una sonrisa maliciosa en los labios, provocando únicamente que su recelo aumentase.

Pero entonces vio cómo una muchacha le alcanzaba una pandereta a Gabrielle y, con una sonrisa que le parecía de lo más seductora, se colocó frente a él. Con su mano libre tomó el bajo de su vestido y la subió hasta la cintura, lo que hacía que la enagua quedase a la vista.

A punto estaba de discrepar frente a aquel comportamiento cuando se percató de que todas las mujeres hacían lo mismo, incluso algunas habían ido más allá, subiendo también la enagua y dejando al descubierto parte de su pierna. Nicholas comenzaba a tener una ligera sospecha sobre la idiosincrasia de aquella danza, y que se vio confirmada cuando la música empezó a sonar.

Siguiendo el ritmo, Gabrielle empezó a mover sus caderas en lo que parecía un ligero vaivén mientras golpeaba suavemente la pandereta contra ella, aunque el ritmo no tardó en elevarse, momento en el que Gabrielle comenzó a girar a su alrededor.

Nicholas continuó en su misión de emular a sus compañeros quienes aguantaban estoicamente lo que, claramente, era una poco menos que sutil seducción. Porque a los contoneos de sus cinturas había que añadir las miradas ardientes y las sonrisas atrayentes. Sin embargo, ninguno se movía, y no porque no lo desearan, pues en sus ojos se leía fácilmente sus deseos de interactuar de un modo más directo con sus parejas.

Ya se preguntaba Nicholas si en alguna ocasión sería así cuando sonó lo que parecía el coro de aquella tocata. Entonces, los hombres comenzaron a dar palmas al son de la melodía lo que provocó que las mujeres comenzasen a bailar delante de ellos, tan cerca que bastaba que alargasen una mano para poder tocarlas, lo que conllevaba que dejasen de aplaudir y, por tanto, que la mujer volviese a alejarse. Sólo los más rápidos obtenían su recompensa y, si tenían la presteza de agarrarlas, no sólo podían abrazarlas, sino que también podían besarlas si la dama en cuestión lo permitía.

Nicholas sentía los nervios a flor de piel. Hacía sólo unos momentos se había deleitado con la idea de volver a abrazar a Gabrielle, y ahora se le presentaba la ocasión perfecta. Aunque, en realidad, acababa de perderla, pues el coro había terminado y él lo desperdició viendo el proceder del resto de hombres. Pero, bien aprendida la lección, esperaba con impaciencia el siguiente estribillo.

Mientras tanto, Gabrielle seguía bailando a su alrededor, a una distancia prudencial para que Nicholas no pudiera tocarla ni aun alargando el brazo, pero sin escatimar en sonrisas y miradas sugerentes. Y si bien era cierto que él no recordaba nada sobre ella, Gabrielle debía conocerlo muy bien, pues sabía perfectamente cómo sonreír, cómo mirar y cómo bailar para seducirlo. Sus ojos brillaban de un modo especial, como no lo habían hecho hasta entonces; esa figura tan menuda que había estrechado entre sus brazos ahora desprendía puro fuego y esa sonrisa... Cuando Gabrielle lo miró a través de las pestañas mientras se mordía el labio inferior sintió que se le derretían los huesos.

Apretó los puños tratando de controlarse hasta que arribó el coro. Sin perder ni un instante, comenzó a aplaudir al ritmo de la música y Gabrielle se acercó a él. Nicholas hizo un primer intento de atraparla pero falló, y ella rió complacida mientras se alejaba de él.

Aquello no iba a ser tan fácil como él pensaba... El anhelo de atraparla lo aturdía, turbándole los sentidos. Si quería sorprender a Gabrielle debía jugar su mismo juego y debía hacerlo rápido, si no quería volver a perder la oportunidad.

Comenzó de nuevo a aplaudir y Gabrielle no tardó en estar frente a él, iniciando de nuevo aquel juego de seducción que Nicholas no sólo ignoró si no que, más bien, imitó. Clavó sus ojos en los suyos, con intensidad, atravesándola con la mirada, y no tardó en percibir su turbación. Podía leerla perfectamente en sus ojos, aunque la intención de Nicholas era que ella leyese en él, que viese cuánto la deseaba, cuánto la adoraba, cuánto la amaba... El azoramiento de Gabrielle iba en aumento, tanto que sus movimientos dejaron de ser sinuosos, hipnotizada como estaba por el embrujo de sus ojos, momento que Nicholas aprovechó para atraparla.

Gabrielle apenas hizo ademán de alejarse, ni siquiera lo había visto venir, y no se percató de lo sucedido hasta que no sintió las manos de Nicholas cerradas como garras alrededor de su cintura. Entonces, Gabrielle comenzó a reírse, conforme con su derrota, dispuesta a comenzar el juego otra vez.

Sin embargo, cuando hizo el amago de soltarse de su agarre, Nicholas no cedió, sino que la acercó más a él, rodeándola por completo entre sus brazos. La sonrisa de Gabrielle desapareció de pronto y su mirada se tornó lánguida y brillante. Un deseo escondido en lo más profundo luchaba por aflorar, pero la pequeña sombra que cruzó su mirada le hablaba a Nicholas de su lucha por mantenerlo confinado en su interior.

Afianzando su agarre con uno de sus brazos, alzó su otra mano hasta su rostro y la dejó caer sobre su mejilla. Su piel era suave y sonrosada ahora a causa de la caricia no esperada, y Nicholas deslizó el pulgar por sus labios entreabiertos que le gritaban aquel anhelo que él ansiaba calmar.

La besó suavemente aunque sin vacilar, queriendo acariciar plenamente la tersura de su piel, lentamente. Pero Gabrielle dejó escapar un suspiro que él atrapó con su boca, y se perdió. Deslizó su mano desde su mejilla hasta su nuca y atrapó sus labios entre los suyos con ansia, hundiéndose en la miel que emanaba su boca, la más dulce que jamás podría probar.

Lo desconcertaba, lo embriagaba, lo subyugaba hasta tal punto que temió perder la voluntad. Su único nexa con la realidad eran los labios de Gabrielle que bailaban al son de los suyos, las curvas de su cuerpo que se apretaban contra sus músculos y sus dedos contra su pecho, cerrándose con fuerza alrededor de su túnica, como si temiese caer en el abismo en cualquier momento. Pero Nicholas jamás la soltaría. Aunque tuviera que hacerlo al verse interrumpido su beso por los aplausos y vítores de sus compañeros de danza al haber finalizado aquel baile, Nicholas sentía su corazón prendido del suyo por un lazo que su amnesia sólo había podido enmascarar... pero no romper.

A pesar de que habían pasado varias horas, sus labios aún acusaban la ausencia de los de Gabrielle, aunque sí perduraba su

sabor en ellos, lo que acrecentaba aún más su añoranza y su necesidad. Fue un momento demasiado corto, efímero comparado con la intensidad de ese anhelo que ahora lo mantenía despierto en la oscura soledad de su recámara mientras rememoraba una y otra vez ese beso que derribaba todas sus barreras. Supo que el deseo que sentía por su esposa era poderoso, pero el amor que había despertado en él era inmenso...

Recordó con impotencia lo sucedido después... Aún no habían llegado a la mesa al terminar la danza cuando su mente comenzaba ya a elucubrar sobre el momento idóneo para confesárselo. Tal vez cuando regresasen hacia el castillo podrían hacerlo a solas, iluminados únicamente por la luz de la luna que creaba la atmósfera idónea para abrirle su corazón.

Pero su hijo se adelantó a sus deseos y comenzó a llorar casi en el momento en que se sentaban a la mesa. Gabrielle decidió marchar al castillo, a la tranquilidad de sus aposentos con la intención de amamantarlo y volver a la fiesta cuando Ilsik se hubiese calmado, pero ya no regresó, y él no podía deshacerse de aquella desazón que le impediría obtener sosiego mientras no hablase con ella.

Se sentó en el borde de la cama y clavó los codos en sus piernas, dejando descansar la cabeza sobre las palmas de sus manos. Un dolor intenso comenzaba a golpearle en la sien, notando cómo le palpitaba en la herida casi sanada, aunque lo que lo atenazaba era aquel nudo punzante en el corazón, como si el riesgo de que lo atravesara fuera mayor conforme iban pasando los minutos que, por otro lado, corrían lentos, demasiado despacio para su impaciencia.

¡Por todos los Dioses...! ¿Es que no iba a ser capaz de aguardar hasta el día siguiente...?

Era la enésima vez que Gabrielle se levantaba a comprobar cómo estaba Ilsik, quien seguía durmiendo plácidamente. De hecho, apenas se había movido desde que lo había metido en su cuna tras terminar de amamantarlo. Sabía que le había dicho a Nicholas que volvería a la fiesta después de acostarlo, incluso una doncella se ofreció a quedarse con él, velándolo, pero Gabrielle se excusó alegando un terrible dolor de cabeza causada por todo el hidromiel que realmente no había

bebido.

Le dio un último vistazo tras el cual volvió al lecho, a su vigilia, pues no había sido capaz de conciliar el sueño ni un minuto. Todavía le ardía la piel de los labios a causa de ese beso, pero al igual que seguía estremeciéndose al recordarlo, también le hacía sentirse desdichada.

Se arrepentía de haber bailado de ese modo para él pero, en aquel momento, se dejó llevar por la alegría de la festividad y, por qué no, le pareció divertido desafiar a Nicholas en aquella danza de seducción que, al fin y al cabo, no era más que un juego.

Pero, finalmente, la seducida resultó ser ella y había salido perdiendo. Era una ingenua, una estúpida, y aún se preguntaba qué había intentado probar. Debía reconocer que el abrazo que Nicholas le diera unas noches atrás tuvo mucho que ver, resultó esperanzador y, desde luego, mucho más revelador que ese beso que lo único que dejaba de manifiesto era que su esposo la deseaba, como podría desear a toda mujer sobre la faz de la Tierra. Y sin embargo, amarla...

Un ruido en la recámara de Nicholas la hizo incorporarse en el lecho, alarmada y, pasados unos instantes, lo vio abrir la puerta cuidadosamente y dirigirse hasta ella. Sólo vestía un calzón largo hasta las rodillas, iba descalzo y con el pelo enmarañado, y la luz de la luna incidía en su pecho descubierto, su piel vestida únicamente por sus numerosas cicatrices forjadas en la batalla. Y, si bien nunca había sido excesivamente musculoso, estaba bien formado y se apreciaba que el reposo y los buenos cuidados de esos días le estaban haciendo recuperarse rápidamente. Y su rostro... aquella luz argéntea embellecía sus facciones masculinas a pesar de presentarse tensas y casi severas, aliviándose durante unos momentos cuando pasó cerca de la cuna de Ilsik.

Gabrielle era consciente del tipo de conversación que iban a mantener y no creía estar preparada para ello. Se revolvió en el lecho cuando Nicholas se sentó frente a ella.

—Mi señor...

Él la cortó, posando dos dedos sobre su boca.

—Nicholas —le susurró él en lo que era una petición.

Entonces, apartó los dedos de sus labios y aguardó por ella, y aunque Gabrielle no entendía muy bien el fin de todo aquello, accedió.

—Nicholas...

La besó con impetuosidad y vehemencia, las palabras ya vendrían después, pero en ese instante debía saciar esa necesidad casi primaria que tenía de ella.

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que estaba siendo injusto y cruel con Gabrielle, pues, aunque ella correspondió a su beso, el leve temblor de sus labios le hablaba de inseguridad y desconfianza. Se apartó de ella ligeramente, pero fue suficiente para percibir un brillo de tristeza en sus ojos.

—No te confundas —le pidió mientras rodeaba sus mejillas con ambas manos—. No pienses que el deseo es lo único que me ha traído hasta aquí. Es algo mucho más profundo lo que me ha hecho irrumpir en tu recámara esta noche. Sí —añadió, viendo su intención de protestar—, te deseo hasta la desesperación, pero hace unas horas mientras te besaba frente a todos, he entendido que lo más importante para mí sois mi hijo y tú, Gabrielle, ni coronas, ni reinos, ni siquiera el no poder recuperar la memoria, sólo el empeño de hacerte feliz cada día, de vivir para ti, de morir por ti si es necesario. Porque te amo.

Ella se cubrió la boca con una mano, tratando de acallar un sollozo.

—Cualquier cosa, Gabrielle —continuó él, enjugando suavemente una lágrima en su mejilla—, pídemme cualquier cosa y lo haré, incluso marcharme en este mismo instante si eso es lo que desees.

—No —exclamó con voz ahogada—, no quiero que vuelvas a separarte de mí.

Y guiada por un impulso, se arrojó en sus brazos y él la estrechó con fuerza.

—Gabrielle, tienes que creerme. Lo que siento por ti es tan intenso que me aterra.

—Tú me enseñaste que no debía temer cuando se trataba de amarnos. —Se apartó para mirarlo.

—Pero sí temo —susurró, lleno de pesar—. Temó no ser el hombre del que te enamoraste.

—En cambio, sí lo eres —le rebatió, aunque él insistía, negando con la cabeza.

—No puedes estar segura de eso y temo decepcionarte, no saber darte lo que esperas de mí.

Entonces, Nicholas se apartó, negando con la cabeza y Gabrielle, tratando de hacerle cambiar de opinión, fue quien lo besó en esta ocasión.

Nicholas debería haberlo sabido, debía haber sabido que, detrás de esa mirada de ángel, se escondía una mujer apasionada y ardiente capaz de anular su voluntad.

—No espero nada más que lo que quieras darme —le aseguró ella buscando su mirada.

—Quiero dártelo todo —dijo casi con furia.

—¿Y qué te detiene entonces?

—Que busques en mis besos y en mis caricias al hombre que una vez fui —respondió mortificado.

—Pero...

Nicholas tomó su rostro y la obligó a mirarlo fijamente.

—Quiero amarte, demostrarte esto que siento y que me quema por dentro, darme a ti por entero, pero como el hombre que soy ahora.

Entonces, Gabrielle tomó las manos de un confundido Nicholas, que ahora se aferraban a sus mejillas, y las alejó de ella. Luego, sin titubeo alguno, tomó el borde del camisón y se lo quitó por encima de la cabeza, quedando desnuda frente a él.

Nicholas sintió que el aliento se le escapaba del cuerpo. Con ese gesto, Gabrielle se le estaba entregando por completo, sin reservas, y él comenzaba a dudar de si era merecedor de un ser tan puro y divino como lo era su esposa. Y, además, era tan hermosa...

Su pelo negro caía largo sobre su regazo, pero su piel era pálida y delicada, y la luz mortecina de la luna la envolvía en un halo mágico, casi sobrenatural, evocando a las ninfas de las leyendas que embrujaban a cualquiera que osara mirarlas. A él, Gabrielle lo había embrujado sin remisión y sin que pudiera lamentarlo de forma alguna, pues podría contemplarla toda la vida sin ningún pesar. Aunque para ella no parecía ser tan gratificante esa idea pues

Nicholas comenzó a vislumbrar cierta incomodidad en su mirada huidiza, incluso comenzó a cruzar los brazos para cubrir su desnudez.

—No me niegues la dicha de observar tu belleza —le pidió dulcemente, apartándole los brazos.

—Mi cuerpo tampoco es el que era —murmuró ella con cierto pudor, refiriéndose sin duda a su reciente maternidad.

Nicholas, en cambio, disentía, seguro de que no hacía más que embellecerla. Las curvas que ya había intuido cada vez que la estrechó entre sus brazos eran aún más hermosas.

—Veneraré tu cuerpo simplemente porque es el tuyo —le respondió él en un susurro que parecía una caricia, y ella sonrió complacida con sus palabras y con aquella mirada que la abrasaba por el deseo.

Nicholas siguió contemplándola, impregnándose de ella, acariciándola primero con los ojos, pero recorriéndola poco después con sus manos. Su piel era suave y tersa, y respondía a sus caricias con calidez, recibiendo, respondiéndole, sintiendo cómo Gabrielle le obsequiaba con el contacto de sus dedos sobre su piel. Cuando Nicholas fue conocedor de sus propias cicatrices, no pudo evitar preguntarse la impresión que causarían en Gabrielle, y la respuesta estaba siendo del todo inesperada. Las cincelaba con las yemas de sus dedos, completamente fascinada, y las recorría con esmero, especialmente aquella con forma almendrada situada cerca de su hombro derecho. Incluso se inclinó y depositó en ella un suave beso que a él lo hizo estremecerse de pies a cabeza.

Nicholas no pudo contenerse por más tiempo y tuvo que satisfacer la necesidad de abrazarla, de sentir su piel contra su piel mientras su boca buscaba la suya, el dulce sabor de su saliva y su aliento mezclándose con el suyo. El cuerpo laxo de Gabrielle se dejó llevar por su pasión y se fundió en su abrazo, respondiendo a su beso, abandonándose a su voluntad. Y cuando Nicholas acarició sus labios con su lengua, Gabrielle le dio el acceso para permitirle deleitarse con la suya. Su beso era ardiente, mas la distancia entre ellos excesiva, así que Nicholas la alzó, sentándola después a horcajadas encima de sus muslos. El roce de sus intimidades fue inevitable, mas deseado, y a

pesar de la barrera que suponía su calzón, el deseo era tal que tuvo que controlarse para no estallar allí mismo. No le bastaría con un encuentro breve y precipitado, y tampoco era lo que Gabrielle se merecía. Le ofreció dárselo todo y eso era lo que pretendía hacer.

La tumbó en la cama, le alzó los brazos hasta unir sus manos por encima de la cabeza, y con su mirada le dio a entender que era ahí donde debían permanecer.

Gabrielle quiso protestar, pero Nicholas se las sostuvo fuertemente mientras la acallaba con un beso arrebatador que la hizo desistir con facilidad. ¿Acaso podía hacer lo contrario? La mente de su esposo bien podría estar obnubilada por la amnesia, pero su cuerpo recordaba perfectamente cómo y dónde acariciarla para hacerla enloquecer. Y, a pesar de que ansiaba romper esa cadena invisible y tocarlo, se contuvo, dejando que su boca y sus manos viajasen a su antojo por su piel. Gimió al sentir la caricia de su lengua y sus dientes en su cuello, allí donde el pulso golpeaba con más fuerza, pero luego notó el tacto de sus dedos recorriendo sus senos, deteniéndose en sus ya tensas cimas para atormentarlas aún más y endurecerlas cuales guijarros, provocando que se retorciese contra las sábanas.

—Nicholas...

La oyó susurrar su nombre y creyó que iba enloquecer. Dioses del Kratvah... era el sonido más tentador que pudiera escuchar, atrayente y seductor. Y, aunque no le permitía tocarlo todavía, la calidez de su voz penetrando en sus oídos sacudía todo su interior, despertando todos sus sentidos a la pasión como lo haría la más incitante de las caricias.

Volvió a su boca y la tomó en un beso ardiente y siguió torturándola con sus caricias, haciéndola anhelar más y dispuesto a satisfacerla por completo, aunque primero satisfaría sus propios deseos, dejando a su boca vagar por cada rincón de su piel.

Con su lengua comenzó a dibujar cada una de las líneas de su cuello, las clavículas, para seguir bajando por el valle de sus pechos. Mientras su mano seguía acariciando uno de sus senos, su boca fijó su atención en el otro y comenzó a delinear lentamente su redondez con la punta de su lengua hasta llegar a su cima, que rodeó, mordisqueó y

lamió mientras Gabrielle gemía, retorciéndose en busca de más. Entonces, Nicholas leyó sus intenciones y, adelantándose a ellas, estiró una de sus manos para apretar las suyas que luchaban por soltarse, impidiéndoselo.

—Quiero tocarte —le suplicó ella.

—Y yo quiero disfrutar de ti un poco más —le respondió con voz ronca mientras clavaba su mirada en la suya, sin dejar de acariciarla—. Déjame adorarte.

Gabrielle creyó que iba a desfallecer por la anticipación mientras él la devoraba con los ojos, absorbiendo cada uno de sus gestos, sus estremecimientos cuando su mano abandonó su pecho y comenzó a descender por su cintura, llegando después a la curva de su cadera. Tomó una de sus piernas y las separó ligeramente, acariciando la parte interna de sus muslos lentamente, primero uno y luego otro. Gabrielle jadeaba, expectante y su cuerpo se arqueó instintivamente al sentir cómo sus dedos se deslizaban en la humedad de su intimidad.

Era suave como pétalos de rosa y cálida, pero aquellas caricias no eran suficientes para Nicholas, ni remotamente y, aunque en un principio vaciló al no saber el grado de complicidad que había compartido con su esposa en el pasado, decidió dejarse llevar por sus instintos y entregarle hasta sus deseos más profundos, todo, tal y como le había prometido.

Por fin soltó las manos de Gabrielle de su tenso agarre con la única intención de liberar sus propios movimientos, y cuando Gabrielle vio aquella mirada que clamaba su permiso y la chispa ardiente en los ojos de su esposo, supo lo que iba a suceder...

Lo que sintió cuando su lengua cálida y húmeda alcanzó su intimidad fue como un rayo fulminante que la atravesó desencadenando un placer indescriptible, cegador, y hundió los dedos en las ondas de su cabello, deseando que no terminase nunca. Y Nicholas seguía deleitándose sin premura alguna en cada uno de los pliegues de su carne, acariciándolos con su lengua, amando con su boca hasta el último rincón de su femineidad, deseando perderse en ella.

—Dioses... Gabrielle, eres tan dulce... como un delicioso néctar en

mis labios —le susurró saboreándola una vez más.

—Nicholas, por favor —gimió ella sin poder soportarlo más y él ya no se hizo esperar, habiendo rebasado su propio límite.

—Sí, amor —recitó mientras comenzaba a trepar por su cuerpo—. Sí, mi amor. Sé que me necesitas, pero créeme cuando te digo que yo te necesito a ti aún más.

La respuesta de Gabrielle fue tomar su rostro y buscar su boca con la suya, su lengua con la suya, y cuando Nicholas se apartó no sin esfuerzo, la escuchó gemir con una disconformidad que se tornó en expectación al notar que guiaba sus manos hasta el cordón de su calzón. Con los dedos entorpecidos por la pasión y el deseo, Gabrielle desató el nudo y le ayudó a deshacerse de la prenda mientras su mirada azul ardía, devorándola.

Asaltó su boca mientras cubría su cuerpo con el suyo, buscándose mutuamente y así, con sus bocas unidas, las manos entrelazadas y sus piernas enredadas, Nicholas penetró en el húmedo terciopelo de su intimidad, fundiéndose en ella, y Gabrielle se abrió para él como una flor en busca de su sol, recibéndolo y alimentándose de él.

—Te amo, Gabrielle —le decía al oído una y otra vez, perdiéndose en el sinuoso vaivén de sus caderas—. Te amo tanto.

Y Gabrielle apenas era capaz de contener el aire en sus pulmones, sintiendo cómo su interior se contraía para rodearlo, para abrazarlo, tan llena de él, plena.

El éxtasis les sorprendió con rapidez a ambos, tanto que se habían extrañado sus cuerpos... y los empujó al abismo en una caída vertiginosa. Se sostuvieron uno en brazos del otro mientras aquella espiral ardiente los consumía, lenta e intensamente.

Aún con los últimos vestigios de su clímax palpitando en sus centros aunados, Nicholas buscó los ojos de su esposa, que lo miraba estremecida.

—El destino me ha unido a ti para siempre, Gabrielle. Si tuviera que perder la memoria mil veces, mil veces volvería a enamorarme de ti.

Capítulo 12



Tras amamantarlo, Gabrielle volvió a dejar a Ilsik en su cuna mientras la luna iluminaba suavemente su cuerpecito. Aunque dormía, frunció levemente la boquita, queriendo dejar de manifiesto que no estaba conforme con tener que dejar los brazos de mamá. Pero el mundo de los sueños clamaba por él, donde miles de aventuras le esperaban para ser vividas. Gabrielle lo miró unos instantes con una sonrisa en los labios, y de pronto sintió que Nicholas se colocaba tras ella antes de pasarle un brazo por delante de los hombros, haciendo que se apoyase contra su pecho.

—Siento haberte despertado —le susurró ella.

—No me habría perdido esto por nada del mundo. —Le besó la parte superior de la cabeza—. Acabo de presenciar una muestra del más profundo amor que pueda existir en este mundo.

Gabrielle se giró hacia él y le rodeó el cuello con los brazos.

—A ti también te amo profundamente. —Le sonrió, y él besó esa sonrisa que siempre lo cautivaba.

—Volvamos a la cama —le susurró, a lo que Gabrielle asintió—. ¿Volverá a despertarse pronto?

—Normalmente ya no vuelve a tener hambre hasta el alba —le explicó.

—Buen chico. —Sonrió Nicholas—. Sabe que debe dejar descansar a mamá. Ven.

Nicholas se tumbó en el lecho y colocó a Gabrielle cerca de él, y ella se acomodó entre sus brazos. Sintió cómo los dedos de Nicholas

comenzaban a deslizarse por su espalda y el fuerte palpar de su corazón contra su mejilla.

Tumbada sobre él, ambos cuerpos desnudos, la calidez de la piel de Nicholas la abrazaba, rescatándola de la infelicidad vivida en las últimas semanas. Empezó a acariciarlo, sus brazos, su torso, aquellas cicatrices que marcaban su magnífico cuerpo, mientras el latido de su corazón seguía arrullándola como si fuera una canción de cuna, encandilándola como lo haría la más bella canción de amor y que creyó que nunca más volvería a escuchar. Y su voz...

—Deberías dormir, Gabrielle.

Su voz le llegaba a lo más profundo... le abrazaba el alma...

—No quisiera dormir —murmuró ella—. Hubo momentos en los que creí que no volveríamos a estar así.

Se apretó más contra él y suspiró. El miedo de perderlo seguía estando ahí, presente, pero moría poco a poco, sintiéndose capaz de combatirlo al verse envuelta en todo el amor que Nicholas le había profesado en las últimas horas.

Y ella seguía tocándolo para no perder ese vínculo con él, como si nunca fuera a estar lo bastante cerca, como si al dejar de acariciarlo fuera a desaparecer. Y Nicholas parecía de pronto capaz de leer su mente, pues la estrechó fuertemente entre sus brazos.

—Siento mucho el sufrimiento por el que te he hecho pasar —le susurró—. Necesito borrarlo de tu alma y que vuelvas a ser feliz.

Gabrielle alzó la mirada.

—Ya soy feliz —le aseguró.

—¿Y por qué tu voz tiembla, entonces? Tienes miedo —afirmó.

—No puedo evitarlo —lamentó—. Jamás he tenido tanto miedo en toda mi vida, ni siquiera aquella vez que me secuestraron. Casi ni lo recuerdo. Pero estuve muy consciente los días que estuviste desaparecido, y creí que iba a perder la cordura a causa del dolor.

Nicholas la mantuvo entre sus brazos. Era la primera vez que Gabrielle le hablaba de su secuestro, pero el rápido cambio de tema dejó patente que no quería seguir haciéndolo.

—Creo que no soy todo lo fuerte que debería ser —añadió ella entonces con voz queda.

—Olvidas que has soportado el regreso de un esposo amnésico, al que ni siquiera te atrevías a acercarte. —Le acarició el cabello con ternura—. Mi pobre amor, todo lo que has debido de sufrir... Pero no digas que no eres fuerte. Si algo te arrancase de mis brazos no creo que pudiera seguir adelante.

—Deberías hacerlo, por Ilsik —le rebatió firmemente—. Él es quien me ha mantenido en pie todo este tiempo. Y la certeza de que estabas vivo —agregó.

—¿Y cómo así? —preguntó entre curioso y conmovido.

—Porque, de lo contrario, mi corazón habría dejado de latir —respondió con una seguridad de la que después se avergonzó—. Pensarás que es una tontería —murmuró, ocultando su rostro, pero Nicholas le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—No sé cuán grande era mi amor por ti antes de mi accidente, pero sí sé cuán intenso es hoy —le dijo con voz grave y penetrante—. Y del mismo modo sé que mi corazón sólo late porque lo hace el tuyo.

Capturó sus dulces labios en un beso arrebatado mientras Gabrielle se desmoronaba sobre él, estremecida por la fuerza de esas palabras que nunca osó creer escuchar.

—Te amo tanto, Gabrielle —declaró mientras la volvía a acoger entre sus brazos—. Creo que ya empecé a amarte aquella vez que te adentraste en mis sueños.

—¿De verdad soñaste conmigo?

—Estabas en el jardín —comenzó a narrarle, depositando un dulce beso en su cabello—, y llevabas un vestido celeste.

Gabrielle alzó su mirada dándole a entender que ese vestido existía, entendiendo él su gesto.

—Lucías hermosa —prosiguió mientras delineaba suavemente la línea de su rostro con las yemas de los dedos—, con ese vestido vaporoso y tu pelo negro cayendo sobre tu pecho, tentadora y prohibida como una deidad pagana. —Hizo una pausa, acariciando ahora uno de sus oscuros mechones—. Pero llorabas, clamando porque tu amor volviera a tu lado. Y yo estaba tan cerca que podía ver cómo caían esas lágrimas, mas, sin embargo, algo me impedía moverme y llegar hasta a ti, consolarte y decirte que estaba de nuevo

contigo —recitó con la misma impotencia que lo asaltó entonces—. Porque yo no te conocía, pero mi corazón sí, y sabía que era a mí a quien esperabas, incluso podía evocar en mis labios el sabor de los tuyos, aunque no te había besado nunca, o eso creía yo. —Buscó los ojos de Gabrielle—. Cuando me desperté, tu imagen seguía grabada en mi mente, como a fuego y, en cuanto Moira me contó que tenía esposa, pensé en ti, en que, tal vez, eras tú, hasta que te vi cuando llegué al castillo y comencé a desearlo fervientemente. Deseaba tanto amarte que ese mismo anhelo era el que me impedía ver el amor que empezaba a despertar en mí. Y mientras tanto, tú seguías siendo infeliz.

—Disculpa mi reacción —se excusó ella, entristecida—. Todo volvió a desmoronarse a mi alrededor, pues, aunque habías vuelto, seguías lejano a mí.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó él con ternura, sosteniendo su barbilla—. ¿Acaso deberías haber reaccionado de otra forma? Fui yo quien no debió permitirte que tomaras la decisión de alejarte de mí.

—Creí que era lo mejor para ti.

—No lo era y gracias a los Dioses que cambiaste de parecer —negó él—. ¿O es que no veías la sonrisa de tonto que asomaba a mis labios en cuanto te veía?

—No —respondió ella con una risita.

—No te creo —rió él a su vez, pellizcándole la nariz cariñosamente—. Me quedaba embelesado, observándote cuando me leías, hipnotizado por el sonido de tu voz. Ha sido hermoso volver a enamorarme de ti... —Suspiró—, si es que alguna vez he dejado de estarlo realmente. Y por eso no puedo evitar preguntarme si era igual de hermoso antes de...

—Sí —respondió ella con firmeza—. Tu amor es tierno, dulce, amable, sabe escuchar, comprender y perdonar. Mas se torna fiero y apasionado al refugiarnos en la intimidad de estas cuatro paredes. Eres capaz de entregarme el corazón con un simple beso o todo tu ser cuando me haces el amor. Nicholas... —Gabrielle tomó su rostro entre sus manos—. Eres mucho más de lo que siempre soñé encontrar.

—Y tú lo eres para mí —musitó con un nudo en el pecho que casi

no le dejaba respirar.

Los labios de Gabrielle encontraron los suyos, y Nicholas cerró los ojos con fuerza, tembloroso, mientras sentía que los párpados comenzaban a arderle. Pero los dedos de Gabrielle comenzaron a enjugar con suavidad aquellas lágrimas dulces.

—Me atormenta no poder recuperar la memoria —dijo una vez que sus labios lo abandonaron—. Hay muchos momentos que me gustaría recordar, rescatarlos de mi memoria rota y poder evocarlos cuantas veces quiera. Lo que sentí cuando te vi por vez primera, cuando mis labios se posaron por fin en los tuyos, cuando te hice mía...

Gabrielle acarició su rostro mientras el pesar que le provocaba no poder mitigar su pena se agitaba dentro de ella.

—Yo puedo ser tu memoria —susurró mientras Nicholas le besaba la palma de la mano.

—¿Puedes? —preguntó conmovido con su candidez.

—Déjame intentarlo —le pidió con una sonrisa, a lo que él asintió sonriente—. A ver... —Alzó la mirada, pensativa—. Te prendaste de mí la primera vez que me tuviste frente a tus ojos —Trató de pronunciar sus mismas palabras—, y cuando te viste en los míos supiste que harías cualquier cosa por hacerme feliz, incluso alejarte de mí.

Nicholas la miró sorprendido, no porque no creyese que hubiera sido así, sino porque algo en su interior le confirmaba que así era.

—Por eso no te tomé en nuestra noche de bodas. —Frunció el ceño, recordando las palabras de Gabrielle el día que regresó al castillo.

—Tengo las palabras que me dijiste tan grabadas en mi mente que podría recitártelas —añadió con un tizne de emoción en su voz—. Pero te diré que no deseabas satisfacer las necesidades de tu cuerpo, si no las de tu alma y, aunque no podías esperar que te amara, sí confiabas en que mi corazón te aceptase como esposo antes de entregarme a ti.

—Te veo reflejada en esas palabras. —Nicholas acarició su mejilla.

—Tú me diste tiempo para conocerte, con la esperanza de que llegara a amarte —asintió mientras cruzaba las manos sobre su torso y

apoyaba en ellas su barbilla, y Nicholas la observó, con falso recelo.

—Así que, del mismo modo, tú querías esperar para asegurarte de que me tenías a tus pies —bromeó, y Gabrielle rompió a reír, aunque se calló rápidamente y miró hacia la cuna, asegurándose de no haber despertado a Ilsik.

—Dicho así suena horrible.

Nicholas rió por lo bajo.

—Reconoce que no has hecho otra cosa que tratar de conquistarme desde que volví —añadió, y Gabrielle hizo ademán de defenderse, pero él la detuvo con un gesto—. No creo que te atrevas a negarlo, pues a los hechos me remito. ¿O necesitas que te recuerde la forma en la que has bailado para mí esta noche? —apuntó él, y a pesar de la oscuridad, pudo percibir el sonrojo en las mejillas de su esposa que empezaba a morderse el labio claramente avergonzada—. ¿Acaso es apropiado que la reina seduzca a su esposo delante de todos sus súbditos? —concluyó con una sonrisa torcida en los labios.

—¡No es eso! —exclamó ella con los ojos muy abiertos—, pero es que yo... tú... tú eres... —empezó Gabrielle a balbucear, y Nicholas la tomó de los hombros y la tumbó en la cama, colocándose sobre ella. Con la cercanía, Gabrielle pudo leer una mezcla de pasión y veneración en sus ojos que los hacía brillar.

—No puedes negar que me hayas seducido —dijo él con la voz ronca y la mirada clavada en la suya—. El vaivén de tus caderas dictaba los latidos de mi corazón mientras atabas mi voluntad con tu mirada. —Comenzó a acariciar su mejilla hasta llegar a sus labios—. Sentía que moriría si no besaba tu boca, sonrosada y dulce.

Gabrielle apenas alcanzaba a respirar.

—No puedes ignorar el efecto devastador que un solo beso tuyo puede tener sobre mí —le oyó susurrar mientras comenzaba a acercarse lentamente su boca a la Gabrielle, pero sin llegar a tocarla—. Y tampoco debes hacerlo, ¿acaso no soy tu esposo? —continuó mientras la torturaba con su cercanía, con la calidez de su aliento, incluso se humedeció los labios, provocándola, haciéndola desear esa caricia sobre los suyos.

Gabrielle sabía que aquello era un baile de seducción, como aquel

que ella había iniciado en la plaza. Pero, aunque fue él quien ganó esa batalla embrujándola con aquella ardiente mirada, ella también podía subyugarlo con una simple palabra.

—Nicholas —le susurró en lo que casi parecía un gemido, con la voz prendida por el deseo que había despertado en ella y los párpados entrecerrados, pero desprendiendo brillantes llamas de su mirada violácea.

Nicholas cerró los ojos un instante y suspiró. ¿Era posible que el simple hecho de que pronunciara su nombre lo traspasara hasta dejarlo sin aliento ni voluntad? Y la pequeña sonrisa que asomó a aquellos labios tan apetecibles y sensuales, le hicieron rendirse ante lo evidente.

—Sí, para mi fortuna, me tienes a tu merced —murmuró mientras clavaba la mirada en sus labios—. Me rindo ante vos, mi Reina, me declaro vuestro humilde servidor, y vuestros deseos son órdenes para mí. Decidme, ¿qué deseáis?

—Ámame como si nunca más pudieras hacerlo.

El torbellino de deseo que comenzó a arremolinarse en el interior de Nicholas casi le hace desfallecer. Capturó los labios de Gabrielle en un beso febril y enloquecido mientras se hundía en su cálida humedad, tan profundamente que hizo que el cuerpo de Gabrielle se arqueara contra él, traspasada por el placer.

Seguramente Gabrielle recordaba a la perfección la primera vez que habían hecho el amor, pero Nicholas se iba a encargar de grabar esa noche en su mismísima alma.

No podría olvidarla jamás.

Capítulo 13



Hace demasiado calor. Abro los ojos y por la ventana veo la luz de la luna. Es noche cerrada pero es imposible dormir con este bochorno, se nota que el verano está en puertas. Decido retirar las sábanas pero advierto de pronto que estoy destapado. Las calzas, pienso, pero palpo mis piernas y me doy cuenta de que han desaparecido... ¿Cuándo? Me incorporo, como si mi tacto no fuera lo suficiente para convencerme, y veo mis piernas desnudas, llenas de las marcas que dejaron las tablillas que ayudaron a mis huesos a soldarse, y compruebo que, efectivamente, estoy desnudo, completamente. Confuso, sin recordar en qué momento de la noche me he despojado de mis ropas, vuelvo a tumbarme. Entonces me giro y te veo.

—Maldita seas —te increpo, con el corazón que se me sale por la boca por la impresión.

Me sonríes con malicia. Estás tumbada, apoyada sobre un costado, mirándome con diversión, y desnuda, como yo. Tu largo y rizado pelo color de fuego es lo único que cubre escasamente tu desnudez.

—¿Qué demonios haces aquí? —exijo saber—. Se supone que no ibas a abandonar el castillo hasta que Claire diera a luz. ¡Vas a echar a perder todo el plan! —me exaspero viendo tu nula reacción, hasta que una sonrisa sardónica se dibuja en tu boca y entonces me doy cuenta de lo que sucede—. No es más que un maldito sueño, ¿verdad?

—¿Acaso te has vuelto un romántico en mi ausencia? —Comienzas a reírte.

—Una ilusión, entonces.

—Creía que tenías mis poderes en mejor consideración. Además —siseas, comenzando a reptar por la cama, acercándote a mí—, si fuera una de esas ilusiones incorpóreas, ¿crees que podría hacer esto?

Alargas tu mano y rodeas mi miembro con tus dedos, y yo me sacudo de pies a cabeza. Aún no entiendo cómo es posible, pero tampoco estoy en disposición de hacerlo. Bajas la vista para observar mi rigidez y compruebas con lasciva satisfacción el resultado de tus caricias, mientras yo creo que soy capaz de matar a alguien como se te ocurra desaparecer en este momento. Sin embargo, el tacto de tus dedos sigue ahí, aferrándose a mi alrededor y, sin liberarme, te colocas a horcajadas, me montas y te empalas profundamente sobre mí, haciéndome tu presa.

Boqueo en busca de aire, pero atrapas mis labios en un beso ardiente y húmedo mientras tus caderas se balancean en vaivén sinuoso. Entonces te yergues, apoyas tus manos en mis muslos y te arqueas hacia atrás, otorgándome una espléndida visión de tu cuerpo. Tus pechos se agitan al son de tu galope, tu vientre plano se agita y tu intimidad me devora despiadadamente. Tus ojos están clavados en los míos, desafiantes y hambrientos, y tu boca se entreabre en una mueca sensual y lujuriosa.

Mis dedos rodean tu cintura queriendo controlar tus movimientos, pero no me lo permites, pocas veces consientes, y me las colocas sobre tus pechos, redondos, perfectos para mis manos, y yo pellizco levemente esas cimas puntiagudas que reaccionan a mi tortura endureciéndose. Gimes y yo sonrío. Parece que esta va a ser una de esas ocasiones en las que soy yo quien termina dominando nuestro juego. Porque cierras los ojos, te relames los labios y alzas tus manos hasta tu cabeza mientras continúas gimiendo, extraviada en el placer que te entrega mi cuerpo.

Pero entonces, tu cintura se retuerce y tus caderas comienzan a describir sinuosos círculos, mientras tus paredes se cierran fuertemente en torno a mí. Me abrazas, me rodeas, me oprimes y cuanto más te estrechas, más me clavo en ti, más rígido, más profundo. Siento que mi miembro palpita contra tu prisión, maldita seas, así que coloco una de mis manos entre tus pechos y empujo,

haciendo que te arquees un poco más, dejando a mi alcance ese brote de tu carne que se conecta directamente con tu placer.

Llevo mi otra mano hasta tu boca y meto dos dedos. Los lames y yo palpito una vez más, así que cierro los ojos, pero sólo me trae la imagen de tu lengua sobre mi longitud, que intento ahuyentar. Deslizo mis dedos suavizados con tu saliva hasta tu intimidad y alcanzó ese pequeño y turgente capullo que se inflama con mi tacto. Gritas, te sacudes, y grito yo también, pero insisto con mis caricias y siento que mis dedos se inundan con la humedad de tu cuerpo que parece desangrarse mientras yo sigo perdido en tu profundidad.

Estallamos, los dos. Nuestros éxtasis se liberan, se estrellan. Pero te ciñes duramente, no pararás hasta que te lo entregue todo, así que elevo mi cadera para ir a tu encuentro, voraz, virulento, intenso, tanto que siento que me desgarró, me resquebrajo y me diluyo en tu interior.

El clímax nos mantiene unidos mientras se va evaporando poco a poco, hasta desaparecer. Entonces te retiras con expresión saciada y una sonrisa de labios llenos en tu rostro.

—¿Todavía crees que es una ilusión? —Vuelves a tumbarte a mi lado, apoyada sobre tu codo.

—Lo que sí no creí nunca es que tu poder tuviera tal alcance. —Me obligo a reconocer.

—Y no lo tenía —respondes vanidosa mientras jugueteas con uno de los rizos de tu cabello—. He descubierto gratamente que el ánimo de venganza lo magnifica. La hierba de los dioses ha hecho su parte, pero no ha sido fácil de lograr. Posiblemente mañana la fiebre me impida moverme.

—Entonces, espero que haya valido la pena. —Ahora el vanidoso soy yo, y tú me fulminas con la mirada.

—No tendría necesidad si me mantuvieses informada.

—No hay nada de lo que informarte —respondo con gesto aburrido.

—¿Y los reyes no sospechan nada? —preguntas con recelo, y yo niego enérgicamente con la cabeza.

—Aunque no hacen más que hablar del próximo Solsticio de Verano y eso que aún faltan semanas.

—Entiendo —asientes.

—Pues yo no.

—Déjame preguntarte algo —reclamas mi atención—. ¿Qué relación crees que hay entre los reyes?

—¿Que están dementes? —Alzo las cejas.

—Günes es el padre de Quyosh quien, a su vez, es el padre de Korw.

Te miro francamente sorprendido.

—Y en el próximo Solsticio, Korw engendrará al próximo rey. Cuando Günes muera, Quyosh pasará a ocupar su lugar como Rey del Atardecer, Korw tomará el lugar de Quyosh y su hijo, finalmente, será el nuevo Rey del Amanecer.

—Parece un cantar de juglares —chasqueó la lengua con hastío.

—Es una tradición que se remonta a sus ancestros, con quienes comparten la línea de sangre y el poder de la telepatía. Y la tradición dicta que las futuras generaciones se engendren la víspera del día más largo, en el Solsticio de Verano, el único momento del año en el que el reinado del Sol es más duradero.

—¿Y si no fuera niño? —demando con curiosidad.

—Tanto la niña, como su madre, morirán.

—Trágica y convenientemente —apunto, mordaz—. ¿Y quién es la afortunada? —pregunto con sorna.

—Anyan.

Lanzo una sonora carcajada.

—Así que tienen reinas después de todo.

—Aunque sea un varón, Anyan morirá en cuanto dé a luz —me corriges, en cambio—. Ni siquiera podrá amamantar a su hijo y dudo que le permitan verlo, excepto en el momento en el que lo para. El Altar Sagrado la estará esperando y luego quemarán su cuerpo hasta reducirlo a cenizas.

—¿Y también beberán su sangre? —Hago una mueca de repugnancia.

—Con seguridad —asientes—. La sangre suele acompañar sus ritos. De hecho, antes de que la unión entre Korw y Anyan tenga lugar, probablemente deberán rendirle pleitesía a su dios, el Sol, para lo que

escogerán a alguna virgen de entre sus cortesanas y la sacrificarán —dices con desinterés.

—Será un espectáculo interesante. —Alargo mi mano y comienzo a acariciar la curva de tu cintura.

—Pues tal vez no tengas la fortuna de disfrutar de él —me recuerdas—. Puede que Claire dé a luz antes de la próxima luna nueva... —recitas impostando tu voz, como cuando hablas de tus brujerías.

—Y los Hæe no aguardarían más tiempo para realizar el ritual que rompa la profecía —acabo la frase por ti. Sé que alimento tu vanidad al hacer notar que te presto demasiada atención, pero prefiero no quedar como un estúpido.

—Por lo que para el Solsticio de Verano, ya estarían todos muertos —añades sin embargo. Tú y tu condenada obstinación de decir siempre la última palabra.

—Sería una pena.

Escucho una divertida carcajada.

—Seguro que cambias de opinión cuando te conviertas en dueño y señor de Hæe.

Y la sonrisa ufana de mi boca te da la razón.

—Aunque ver morir a Agatha puede que también sea un espectáculo inolvidable. —Haces una pausa llena de dramatismo—. Y a su hijo.

—Así que lo has conseguido. —No puedo evitar sentir cierto orgullo mientras me sonrías.

—¿Lo dudabas? —Alzas la barbilla con soberbia.

—Entonces sólo falta el último paso, que Claire dé a luz —concluyo pensativo—. Seguro que conoces algún truco para adelantar ese parto. Podríamos aprovechar esa luna nueva.

—El ansia te corroe. —Me miras a través de tus pestañas—. Pero no es motivo suficiente para justificar una posible complicación en el parto. Te recuerdo que necesitan a la niña viva —remarcas con tono afilado.

—Si es que es una niña —lo pongo en duda simplemente para provocarte.

—Tan cierto como que esta noche hay luna llena. —Diriges tu mirada hacia la ventana y yo te imito.

Y claro que hay luna llena, una luna tan enorme que ocupa todo el cielo y que, de pronto, empieza a brillar tanto que, cegado, me veo obligado a cerrar los ojos para protegerlos...

Cuando Hrodgar abrió los ojos aún no había amanecido. Con un sobresalto, se incorporó sentándose en la cama, cayéndose la colcha que lo cubría al suelo. Entonces miró a su alrededor y el lecho estaba vacío, no había ni rastro de Moira, pero sentía los músculos entumecidos y el deseo y la lujuria aún vibraban en él.

—Demonio de mujer —masculló mientras se giraba en la cama y hundía el rostro en la almohada.

Fue entonces cuando sintió el cálido perfume de Moira inundando la habitación.

Capítulo 14



Cailen observó a su esposa desde la cama. Estaba sentada frente a la cómoda, cepillando enérgicamente su dorado cabello. Desde su posición, podía ver reflejado en el espejo su hermoso rostro, aunque su expresión no era tan feliz como debería ser. Sus ojos brillaban y no de la dicha que él esperaba, sino por el desencanto que él mismo había provocado en ella.

Se levantó, se colocó las primeras calzas que encontró y se acercó a ella. Pensó en sentarse a su lado, pero no soportaría su rechazo, que no quisiera ni mirarlo a la cara, así que se sentó junto a ella, pero de espaldas al espejo.

—Te pediría perdón una y mil veces, mas sé que no surtirá efecto en ti —murmuró cabizbajo.

—Hay que pedir perdón cuando se está arrepentido, y tú no lo estás.

La voz de Adrienne sonó triste, y Cailen nunca lo hubiera creído, pero preferiría que estuviese enfadada. De ser así, podrían discutir para poder solucionar aquello. Y sin embargo, ¿cómo enmendar una decepción?

—Tienes razón —admitió—. No me arrepiento de lo que he hecho, aunque sí del cómo.

—De cualquier modo no te lo habría permitido —aseveró, áspera y tajante.

—Lo sé —asintió Cailen, con la mirada perdida hacia ese amanecer que debería haber marcado el inicio feliz de sus nuevas vidas—. Y por

eso no te lo dije en su día.

—Así que has esperado para destrozar el día más hermoso de toda mi vida —le reprochó dolida, y Cailen tuvo el impulso de girarse a abrazarla y rogarle su perdón una vez más. Sin embargo, apretó los puños con fuerza para ahogar aquel deseo.

—Hemos compartido una noche maravillosa —comenzó a decirle entonces—, y hacerte el amor ha sido como tocar el cielo con las manos, no he vivido jamás una dicha igual. Pero cuando me he despertado y te he visto entre mis brazos, me he sentido como un miserable por habértelo ocultado y no quería que comenzásemos nuestra vida juntos a la sombra de una mentira.

—Ni siquiera esperaste a ser mi esposo para manejar mi vida a tu voluntad. Justo de lo que venía huyendo cuando escapé de mi reino.

Cailen cerró los ojos. Aquello dolía. No había rencor en sus palabras, sino resignación y mucha desilusión.

—Mi única voluntad es la de darte una vida feliz, aunque ahora no lo creas.

Adrianne dejó el cepillo en la cómoda y miró hacia el espejo. Las amplias espaldas de Cailen ocupaban casi todo el reflejo, pero sus hombros estaban caídos y la cabeza gacha. Sintió deseos de alargar la mano hacia su largo cabello negro, empero el sabor a traición aún invadía su boca.

—No puedes culparme de eso.

Cailen exhaló profusamente.

—No, no puedo —admitió sin vacilar—. Del mismo modo que tú no puedes dudar de mi amor por ti, Adrianne. Lo que he hecho, ha sido por ti y, si me dejaras explicártelo, así mismo lo entenderías tú.

Adrianne se tomó unos segundos antes de contestar.

—Adelante.

Cailen sintió cómo el nudo que le atenazaba las entrañas se destensaba levemente.

—Te ruego que me permitas antes hacerte una pregunta, pero debes responderme con total sinceridad.

Esta vez su esposa no contestó, aunque fue ese mismo silencio lo que le alentó a seguir.

—¿No crees que haber huido de tu hogar, sin apenas ropa y sin escolta que pudiera defenderte en un trayecto tan largo, fue un verdadero despropósito?

Desde su posición, Cailen no podía ver a su esposa, aunque sí sintió que lo miraba de reojo.

—Sé sincera, por favor —insistió.

—Sí —afirmó rotunda y cortante.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Tú bien sabes que estaba desesperada —exclamó dolida.

—Lo sé —asintió él—, y te amo lo suficiente para justificar así tu ausencia de juicio.

—No entiendo adónde quieres llegar —espetó ofendida.

—A que entiendas que la desesperación puede llevarnos a cometer los actos más absurdos, incluso arrastrar con nosotros a los seres que más amamos.

—¿Y eso le da a mi padre derecho a venderme como si fuera una vulgar...?

Cailen se volteó y tapó cuidadosamente la boca de su esposa.

—No lo digas, ni lo pienses siquiera —murmuró mortificado.

Bajo su tacto, Cailen sintió cómo le temblaban los labios a su mujer y sus ojos brillaban, presos de la congoja. Liberó su boca, mas no para apartarse de ella, sino para estrecharla fuertemente entre sus brazos. Y ella se dejó consolar. Amaba a Cailen, su corazón no podía negarlo, aunque la ira hablara por ella, y no había nada en el mundo que pudiera reconfortarla como lo hacía él.

—Piensa en nuestra vida, juntos, amor mío. —Cailen le susurró al oído—. Una vida llena de amor, felicidad, llena de hijos... nuestra familia. —Suspiró—. Sin embargo, nunca sería una vida plena para ti. Siempre habría una parte oscura de tu pasado acechándote. —Comenzó a acariciar su cabello con ternura—. Escucharás sobre tu hermana, sabrás de la muerte de tu padre... —Cailen notó que Adrienne se sobresaltaba levemente—. Y siempre te preguntarás qué habría pasado si lo hubieras visto una vez más; pensarás en las palabras que le habrías dicho y en las que habrías esperado de él. —El sobresalto de Adrienne se tornó en un tímido llanto y Cailen la apretó

más contra él—. Sé que amas a tu padre, de no ser así no te habrías sentido tan traicionada. Pero bastaría una sola palabra suya para que lo olvidaras todo: Perdón.

Adrianne alzó el rostro y lo miró. Sus mejillas estaban bañadas por las lágrimas que Cailen enjugó cariñosamente.

—La última vez que nos vimos no lo hizo —le recordó.

—Te habías escapado —apuntó él—. Y cuando llegó aquí, no sólo no regresaste con él, sino que le hicimos creer que nos habíamos casado.

—¿Y crees que ahora sería diferente? —le preguntó con un ligero tono de esperanza que ella trataba de contener.

Cailen sonrió y le acarició la mejilla.

—Habrá que esperar para saberlo, pero creo que vale la pena el intento.

—¿Qué decía la misiva que le enviaste? —quiso saber finalmente.

—Sólo que las puertas de tu reino —dijo señalándola—, están abiertas para él. En los términos en los que venga, si viene, ya es cosa suya.

—No vendrá —musitó Adrianne con aire pesimista—. Y si lo hace, será para reprocharme no ser la hija que él esperaba.

Cailen volvió a estrecharla entre sus brazos, deseando que su calor pudiera mitigar su tristeza.

—Entonces, podrás ser capaz de cerrar ese capítulo de tu vida al haber hecho todo lo que estaba en tu mano —la alentó él—. En cambio, puede que te pida un perdón sincero, y no sólo habrías recuperado a tu padre, sino que estarías en posición de poder ayudarle.

—¿Y poner en peligro tu reino? Nunca —exclamó ella.

—No vamos a poner el reino en peligro —la disuadió él—. Ylva me mataría.

Adrianne no pudo evitar reír ante el pensamiento de que su cuñada sería muy capaz de hacerlo.

—Gracias al Cielo, vuelves a sonreír. —Cailen acarició la sonrisa de sus labios, aunque ésta desapareció al instante para dar paso a un gesto de arrepentimiento y culpabilidad.

—Cailen, yo...

Los labios de su esposo atraparon sus palabras, silenciándolas.

—Buenos días, esposa mía. ¿Qué tal has dormido? —recitó risueño y, aunque estuvo a punto de protestar, Adrienne sonrió mientras el corazón se le llenaba de dicha ante el hombre tan maravilloso que era su esposo.

—Puede que a mi padre no le interese mi perdón —dijo ahora con gran sosiego—, mas yo siempre le estaré agradecida, pues sus malos actos fueron los que me hicieron escapar, guiándome directamente hacia tus brazos —añadió con una amplia sonrisa.

—¿Significa eso que me has perdonado? —preguntó él con una incertidumbre difícil de ocultar.

Adrienne se mordió el labio, esquivando su mirada.

—Soy yo la que no debería haber reaccionado así.

—Ni yo debería haberte ocultado que le había mandado esa misiva a tu padre —lamentó—. Se supone que hoy es el comienzo de nuestra nueva vida y no era precisamente así como me lo imaginaba.

—¿Y cómo te lo imaginabas? —preguntó coqueta.

Cailen la miró con ese deseo que sólo ella podía provocar y que llegaba a desbordarlo, y no necesito darle ninguna otra respuesta.

Se levantó del banco y alargó su mano hacia ella, esperando a que la aceptara. Adrienne no dudó ni un instante y, cuando se puso de pie, se dejó llevar por su marido que la conducía hasta el lecho, sin apartar la mirada de ella ni un segundo, tras lo que la tomó en brazos y la tumbó en la cama. Adrienne estiró sus manos para tomar su rostro, pero él ya iba en busca de su boca mientras la cubría con todo su cuerpo.

—¿De verdad ha sido maravilloso para ti también? —susurró su esposa con ingenuidad.

Cailen sonrió y acarició sus labios con las yemas de los dedos.

—Es lo que pienso demostrarte ahora mismo —murmuró con la mirada incendiada antes de volver a devorar su boca.

Toda una vida no bastaría para mostrarle todo el amor que colmaba su interior pero, al menos, esa leve pincelada le serviría para esbozar un nuevo y espléndido amanecer para los dos.



Los nacientes rayos de sol entibiaron el rostro de Anyan. Miró por la ventana, pero no encontró el acostumbrado sosiego que le entregaba la luz de un nuevo día.

Tras su encuentro con Korw, apenas conciliaba el sueño por las noches, y cada vez que cerraba los ojos, imágenes de su muerte invadían su mente.

Sentía la frialdad de la piedra en su espalda y el tacto suave del lienzo blanco sobre su cuerpo desnudo. El cielo estaba encarnado con el fruto del ocaso y el silencio se levantaba a su alrededor. Sólo un sonido osaba a quebrarlo, el silbido de la daga de Korw que caía sobre ella y le atravesaba el corazón. Y mientras su vida se escapaba de su cuerpo, un grito de desesperación desgarraba la garganta de Francis y le daba a Anyan la terrible certeza de que lo había presenciado todo.

Mas, si bien esos sueños no eran más que presagios de su consabida muerte, se transformaban en mortales pesadillas cuando aquel puñal se enterraba en el pecho de Francis. El escenario era el mismo: la gran tabla de mármol negro y bordes labrados que conformaba el gran altar triangular y su cuerpo cubierto por un lienzo blanco, pero la sangre que salpicaba de rojo su albura era de Francis, y el grito desgarrado que rompía el ocaso era el de Anyan. Lo veía morir mientras alguien la agarraba de los hombros, paralizándola, obligándola a presenciar la escena con terror.

No había podido evitarlo. Tal era el desconsuelo que aquel mal sueño confirió a su alma que se había levantado en plena noche para rescatar del lugar donde la tenía escondida la camisa de Francis. Luego, la colocó sobre la almohada y apoyó la mejilla en ella.

Su olor aún impregnado, la abrazaba y le daba un consuelo fatuo, sí, pero que sosegaba su alma como ni tan siquiera la luz del Sol había conseguido. Pero la vigilia fue ineludible y comenzaba a sentir la ausencia de descanso en su cuerpo. Y, de repente, la asaltó una náusea.

No era que le sorprendiese, al contrario, las tisanas que estaba tomando le estaban ayudando a controlar los vómitos, pero seguía teniendo la boca pastosa y un pesado vacío en el estómago.

Se irguió levemente de la cama tratando de alcanzar la jarra de agua de encima de la mesita, pero estaba vacía, al igual que el aguamanil, así que se hizo el ánimo y se levantó, tras lo que cogió la jarra y salió en busca de un poco de agua.

Apenas había recorrido un par de corredores cuando paró en seco; el insomnio le nublabla el entendimiento. Y ya no porque anduviera por aquel castillo en camisón, obviando las mínimas normas de decoro, sino porque había cometido una terrible imprudencia. Giró sobre sus talones y, con pasos apresurados, se encaminó hacia su recámara.

Entraba en el corredor que llevaba a su alcoba cuando vio a Araw que permanecía frente a la puerta con actitud vacilante. Sus peores temores estaban a un paso de confirmarse, pero los cubrió tras una inocente sonrisa.

—¡Buenos días, Araw! —exclamó desde la lejanía, disuadiendo así a la joven de entrar en la recámara.

Araw dio un respingo y Anyan se apresuró en disculparse.

—Es que no esperaba encontrarte aquí fuera —se justificó Araw—. ¿De dónde vienes así? —No evadió mostrarle su desacuerdo.

—¿Puedes creerte que en todo este vasto castillo no hay ni una sola criada que me traiga un poco de agua? —respondió indignada, rogando para que Araw no se diese cuenta de que el recipiente seguía vacío.

—Me disgusta la ausencia de Lady Moira. —Araw se congració con ella—. Al menos se preocupaba de aleccionar a su servidumbre en cuanto a este tipo de cosas. En cambio, milord... —Comenzó a negar con la cabeza.

—Bueno, si no te importa voy a vestirme —la cortó, deseando que aquella conversación finalizase ya—. De lo contrario, llegaré tarde al desayuno.

—Precisamente a eso venía —exclamó Araw con una sonrisa forzada que hizo la desazón de Anyan aún más intensa—. Pero veo

que aún no estás lista. Si quieres...

—Adelántate tú —le pidió con una amplia sonrisa difícil de contradecir—. Y guárdame uno de esos panecillos de manzana.

—Está bien —concordó Araw no muy convencida, aunque a Anyan no le importó. Sin dedicarle ni una sola mirada más, entró en su habitación.

El corazón volvió a latirle cuando vio la camisa de Francis encima de la cama, sobre la almohada, donde ella la había dejado. Era un descuido imperdonable. Alguien podría haberla descubierto, tal vez una sirvienta o la propia Araw si no hubiera llegado a tiempo de evitar que entrase en su busca.

Tomó la camisa y la apretó contra su regazo, hundiendo su rostro en ella. Aspiró su aroma por última vez y besó el tejido en un gesto de disculpa por volver a profanar así algo tan sagrado para ella. Pero era lo mejor.

Movió la pequeña cómoda frente a la ventana y se agachó en busca de aquella baldosa de piedra que estaba suelta. Al levantarla, sacó un trozo de lienzo del pequeño agujero que quedó al descubierto y, tras doblar la camisa cuidadosamente, la envolvió con él. Luego, depositó el hatillo en aquel agujero y devolvió la piedra a su sitio.

Debería haber acomodado inmediatamente la cómoda pero, sin embargo, Anyan permaneció arrodillada allí, frente a aquella piedra. Y lloró, por aquel amor que acababa de enterrar y por aquel niño que nunca conocería a su padre.

Capítulo 15



Estaban todos sentados a la mesa cuando los vieron llegar. Gabrielle caminaba cerca de su esposo, quien portaba en brazos a un despierto Ilsik, y a la pareja no les pudo pasar desapercibida la expectación que se respiraba en el comedor y que era más que comprensible. Todos habían sido testigos de lo sucedido la noche anterior durante el baile y lo más lógico era que se preguntaran qué ocurrió tras ese beso.

Ambos dieron los buenos días y se dirigieron a sus respectivos puestos. Nicholas depositó a Ilsik en la cunita de madera dispuesta cerca de Gabrielle y luego le retiró la silla a su esposa para que se sentara, tras lo que lo hizo él. Mas decidido a darles la respuesta que esperaban, Nicholas tomó el rostro de su mujer con delicadeza y besó sus labios, despacio, con ternura, pero con intensidad y, aunque Gabrielle no pudo evitar sorprenderse, no dudó ni un instante en corresponder su beso, hundiendo sus dedos en su túnica.

Los vítores por parte de su familia no se dejaron esperar.

—¿Queréis que os dejemos solos? —Se escuchó la voz de Jordan sobre las demás.

—A este paso, Ilsik va a tener un hermanito pronto. —Lo siguió Erick.

—¿Ves? Te dije que debíamos pedir que nos trajesen el desayuno a la recámara —le comentó Nicholas a su esposa con tono divertido.

—¿Y guardaros esta dicha para vosotros solitos? —se quejó Agatha mientras miraba a su hermano, enternecida.

—Sí, soy muy feliz —afirmó Nicholas con una sonrisa, apretando la mano a Gabrielle sobre la mesa—. Me he enamorado de mi esposa, otra vez, y eso no puede significar más que, ya sea en esta vida o en otra, Gabrielle y yo estamos destinados a estar juntos.

—Qué bonito —murmuró Gladys al borde de las lágrimas.

—Y quisiera añadir que no debéis preocuparos por mi amnesia —dijo, provocando la sorpresa en todos—. Necesitaba recordar para saber qué sentía por Gabrielle, pero lo que siento por ella ahora no lo cambio por el mejor de los pasados.

Esta vez fue Gabrielle quien se acercó a su esposo y lo besó dulcemente.

—Te amo —le susurró cuando se separó de él.

—Erin, llévate la miel que ya vamos servidos de dulce —exclamó Jordan, burlón.

—¿Acaso sientes envidia? —lo provocó Nicholas.

—¿Yo? —preguntó con aire de superioridad. Entonces tomó a una desprevenida Agatha por la nuca y le dio un beso tan arrebatador que dejó a su esposa completamente aturdida.

—¿Queréis que dejemos el torneo para otro día? —se mofó Zayev—. Os veo un tanto sensibleros a todos como para medir vuestras fuerzas en la liza.

—¿Antepones una lucha a un momento compartido con tu esposa? —ironizó Erick.

—Soy yo la que prefiere que aplaque su espíritu belicoso —apuntó Ylva—. Después vuelve a mí manso como un corderito. —Se señaló con un dedo la palma de su otra mano—. Aquí, justo donde lo quiero.

La carcajada fue general, incluso el aludido rió puesto que su esposa tenía razón. Y, además, estaba falto de acción por lo que esperaba con ansias ese torneo, aunque fuera amistoso.

Cuando acabaron de desayunar, todos acudieron a la plaza donde se realizara la cena la noche anterior. Era asombroso cómo aquel lugar volvió a cambiar su aspecto en tan pocas horas. Donde estuviera la mesa principal, ahora habían colocado un tablado donde se sentaría la familia real mientras los que acudían a disfrutar del espectáculo se agolpaban alrededor de lo que era el palenque.

Aunque, lo que más llamaba la atención, era la gran baqueta colocada en el extremo contrario de la plaza. Un largo tablón recorría la estructura de parte a parte aunque no era excesivamente ancho, así que habría que tener un buen sentido del equilibrio para no caer. Durante el recorrido, desde la estructura de la parte superior había suspendidas una especie de molinillos de los que colgaban unas grandes bolas macizas forradas de cuero y que giraban con ayuda de mecanismos y engranajes.

Sin embargo, lo más impresionante del artefacto eran los grandes péndulos en forma de afiladas cuchillas que oscilaban de modo peligroso y letal. Para tranquilidad de todos, y dado que el ánimo era el de festejar y que nadie saliera mal parado, había unos trajes de cuero rellenos de borra que amortiguarían las posibles caídas de los intrépidos participantes que decidieran recorrerla y los golpes que pudieran recibir.

Nada más acceder la familia real a la plaza, los ciudadanos comenzaron a aplaudir y ovacionar a sus reyes y, en cuanto Nicholas y Gabrielle hicieron un consabido gesto, el torneo se dio por iniciado. La plaza la comprendían varias lizas para abarcar las distintas modalidades del torneo: desde la lucha con espadas corteses hasta el estafermo y, dado que no había tanta presencia de nobles como la última vez cuando se celebraron los juegos con motivo de los esponsales de los reyes, tanto la guardia como los ciudadanos con arrojo y valentía podían participar. Por otro lado, se anunciaron golosos premios para los ganadores, así que muchos se animaron.

—Echo en falta la justa —comentó de pronto Adrienne, provocando que Jordan comenzase a reír y que Agatha la mirase con desaprobación.

—Creí que empezábamos a ser amigas —le dijo con fingido reproche.

—Y yo creo que no entiendo qué sucede —alegó Cailen.

Jordan paró de reír para contestarle a su amigo.

—La última vez que tu esposa estuvo aquí fue en la boda de Nicholas y Gabrielle —le informó, divertido—. Gracias a sus buenas artes —exageró el tono, señalando a Adrienne, quien miraba a su

esposo con una inocencia difícil de creer—, se las ingenió para que me batiera con aquel maldito de Hrodgar que se había disfrazado de noble, y consiguiendo, además, que Agatha consintiera en besar al vencedor.

Jordan alzó las cejas repetidas veces contestándole así con su gesto a la que, con seguridad, sería la siguiente pregunta de Cailen.

—¿Y la besaste? —demandó con gran interés mientras Agatha bufaba.

—¿Te imaginas lo que habría supuesto que un simple guardia, como lo era yo entonces, la besase frente a todos? —añadió con suficiencia—. Pero ella no podía rechazarme ya que, tras el desafío de Adrienne, no podía echarse atrás, así que... —se detuvo para hacerse el interesante— la rechacé yo, besando únicamente su mano y dejándola allí, desolada y muerta de amor por mí.

—Serás fanfarrón —exclamó su esposa—. Eras tú quien moría de amor por mí.

Jordan la agarró por la cintura y la apretó contra él.

—Tienes toda la razón. —Sonrió, tras lo que la besó con pasión—. Pero no puedes negar que ahí comenzó nuestra historia de amor, y por eso...

El joven soltó ligeramente a su esposa, lo justo para poder inclinarse hacia Adrienne y besar su mejilla.

—Gracias —le dijo con una amplia sonrisa.

Adrienne no pudo evitar sonrojarse mientras se acariciaba el rostro. Además, Cailen la miraba con un extraño e inmerecido orgullo.

—No las merezco —negó ella rotundamente—. Lo que hice fue fruto de mi injustificada envidia hacia Agatha y con la única intención de dejarla en evidencia frente a todos, por lo que no tiene ningún mérito —se sinceró—. Más bien debería pedirlos perdón a los dos.

Tanto la pareja como su esposo la miraron sorprendidos, pero Cailen no tardó en reaccionar y la tomó entre sus brazos para besarla.

—Tal vez tengas razón y no amerites ningún reconocimiento por lo que hiciste, pero tu gesto de ahora te honra sobradamente como para enmendar aquello —le dijo Agatha con total sinceridad.

—Y no puedes negar que fue terriblemente divertido —se mofó

Jordan, quien recibió un palmazo por parte de su mujer.

—Yo, imprimiéndole al momento un poco de solemnidad y tú, con tus bufonadas —le reprendió ella.

—Mujer, estamos aquí para disfrutar, ¿no? —La apretó contra él y Agatha se rindió ante lo evidente, asintiendo con una sonrisa—. Y, para abrir boca, venzamos a esa baqueta —exclamó, mientras le hacía una señal a Zayev, Erick y Nicholas. Luego se acercó, a Trystan, Richard, Phelan y Lyal, quienes disfrutaban del espectáculo y de unas copas vino—. ¿Alguno de vuestra generación se anima?

Trystan negó con desinterés, pero Richard lo miró ceñudo.

—¿Nos estás llamando viejos, mancebo?

—¿Acaso quieres que te demos un escarmiento delante de tus súbditos, marquesito? —lo secundó Lyal.

—Haya paz. —Jordan alzó los brazos en señal de rendición—. Vosotros quedaros aquí regodeándoos en vuestras hazañas, mientras nosotros forjamos las nuestras —apuntilló antes de irse.

—Será pendenciero —sentenció Phelan, conteniendo la risa.

Pero Jordan ya se había unido al resto de sus amigos y se dirigían hacia la baqueta entre risas y gestos de camaradería.

El primero en intentarlo fue el propio Jordan, y aunque pasó el primer molinete de bolas, la plataforma giratoria que lo llevaría hasta el siguiente tramo de la baqueta le jugó una mala pasada y dio con sus posaderas en la arena.

Resopló furioso cuando todos comenzaron a reír, pero su enfado pasó pronto al ver que todos sus compañeros caían uno detrás de otro.

Zayev y Cailen eran de espíritu impetuoso y les desquiciaba tener que contener sus movimientos para avanzar al ritmo que marcaba la baqueta, así que ninguno sobrepasó el primer molinete.

Erick, por su parte, pecaba de rápido y eso hizo que calculase mal sus movimientos y una de aquellas cuchillas le golpease de pleno, derribándolo. Claire se levantó sobresaltada, pero, por suerte, Erick llevaba aquel traje protector que le evitó un buen corte en el brazo. Se levantó al instante y dirigió la vista hacia su esposa, diciéndole con gestos y miradas que estaba bien.

El último en intentarlo fue Nicholas. Su temple y el dominio sobre

su cuerpo se hicieron notar al instante. Le resultó fácil pasar el primer molinete y la plataforma giratoria, incluso le fue sencillo reconocer la cadencia de las hojas pendulares y consiguió superar aquel tramo, pero la siguiente plataforma, además de ser giratoria, oscilaba de arriba abajo y aquello fue demasiado para su convaleciente cabeza por lo que no pudo evitar perder el equilibrio y caer.

—A esta endemoniada no hay quien la venza —exclamó Jordan mientras ayudaba a su cuñado a levantarse y quitarse la protección—. ¿Quién será el siguiente? —preguntó a las masas. Muchos hombres estaban rodeando la escena, observándolos, pero cruzados de brazos, lo que dejaba de manifiesto que no estaban por la labor—. ¡Tú! —exclamó de repente, yendo directamente hacia Francis.

—¿Te has vuelto loco? —rió el joven capitán—. Tengo en gran estima mi trasero como para que acabe apaleado como el tuyo.

—¿El Capitán de Asbath es un cobarde? —lo retó en respuesta, y diciéndolo en voz alta para que la provocación aún surtiera más efecto.

Francis frunció el gesto, aunque lo miraba divertido, tras lo que accedió a que le colocaran el traje de protección. Entonces vio cómo su hermana Selene en compañía de otras mujeres se abría paso entre la muchedumbre para ponerse en primera fila.

—Demuéstrales lo que vales, hermanito. —Le guiñó el ojo, y Francis suspiró preguntándose cómo había acabado allí arriba.

Sacudió un poco los hombros, lleno de incomodidad, producida por aquel caluroso traje que apenas le dejaba moverse pero, aun así, el primer molinete no fue difícil y tras él tuvo que enfrentarse a la plataforma giratoria.

Se dijo que necesitaba, al menos, superar aquella parte. Aventajar a Jordan le daría un motivo para mofarse de él en respuesta a su desafío y atemperaría su derrota cuando, sin duda, cayese. Sin embargo, calculó mal y a punto estuvo de caer, aunque, finalmente, pudo mantener el equilibrio. Dejó que la plataforma diese otra vuelta entera para recuperar el ritmo y alcanzó el otro lado.

—¿Qué os parece, Excelencia? —preguntó en tono burlón.

—La fuerza se te va por la boca —respondió Jordan tras soltar una

sonora carcajada—, y más vale que las reservas para soportar la caída.

Francis ya no contestó, pues comenzó a concentrarse en el ritmo de las cuchillas. Se dijo que no cometería el mismo error que Erick y aguardó pacientemente hasta que controló la cadencia oscilante de la primera. La esquivó, así que hizo lo mismo una por una, despacio, con infinita paciencia, sin importarle si tardaba todo el día en atravesar aquel bosque de filos. Aunque, por otro lado, contrariamente a lo esperado, la lentitud de aquel ejercicio no lo hacía aburrido para nadie, sino que iba aumentando el interés de los asistentes y la tensión en el ambiente.

Una exclamación sorda se alzó en la plaza cuando superó la última cuchilla, aunque muchos comenzaron a chistar para volver a reclamar silencio. Entonces, Francis saltó a la última plataforma. Se situó en el centro con las piernas separadas y la vista fija en un punto para controlar el mareo y dejó que la plataforma diese una vuelta completa, pero la combinación de la rotación con la oscilación vertical era difícil de asimilar. Cuando terminó esa primera vuelta supo que no podría dar otra segunda sin claudicar frente al vértigo y que sería ahora o nunca, por lo que, en cuanto divisó el otro lado, dio un salto y acabó justo en el otro extremo, en el final de la baqueta.

El fragor estalló a su alrededor ante aquella hazaña superada, incluso había quien aguardaba impacientemente que los hombres terminaran de ayudarlo a deshacerse de la protección para homenajearle como era debido. Pero antes de que aquello ocurriese, una joven que estaba en compañía de Selene corrió a su encuentro y lo besó sonoramente en los labios. La muchacha salió corriendo, ocultando su sonrisa tras sus manos mientras los silbidos y las carcajadas llenaban la plaza. Hasta hubo quien le golpeó en la espalda, laureándolo, como si aquella hubiera sido la mayor de las dos proezas.

Francis no tuvo más remedio que aguantar el tipo y sonreír, pero Jordan sabía de su incomodidad y se apresuró a sacarlo de allí. Le rodeó los hombros con un brazo en gesto amistoso y lo llevó hasta la reina. Gabrielle aguardaba de pie, sin poder ocultar el orgullo que le inspiraba aquel joven que conocía desde la infancia y por el que sentía

un entrañable afecto.

Francis se detuvo a sus pies y se arrodilló, bajando la cabeza, y Gabrielle le colocó una corona de laurel. Cuando el joven se irguió, ella le dio dos cariñosos besos en las mejillas y una pequeña bolsa con monedas de oro a modo de premio. Francis se inclinó levemente a modo de agradecimiento, se giró a saludar a la multitud y salió huyendo de allí. Aunque no pudo ir muy lejos, pues su hermana salió a su encuentro.

—Hermano, ¿estás molesto por lo que ha hecho Ofelia?

Francis la tomó del brazo y salieron de la plaza. No tenía ningún deseo de mantener aquella conversación frente a todo el mundo y convertirse en la comidilla. Entonces, Selene le señaló una pequeña escalinata a la entrada de un callejón y se sentaron allí.

—Mientras corrías la baqueta, me ha confesado que le agradas —le contó—, pero ¿cómo iba yo a suponer que te iba a besar en los labios delante de todo el mundo? —se excusó, y Francis le dijo con un gesto que aquello no era culpa suya—. ¿Acaso le has dado tú pie a ello? —preguntó Selene con curiosidad.

—¡Pero si apenas la conozco! —respondió él, asombrado—. La veo únicamente cuando te acompaña a traer la comida al cuartel de guardia —le explicó—, y ya sabes que me he mostrado amable, nada más, pero de ahí a darle pie...

—No te agrada, ¿verdad? —cuestionó, aunque sabía la respuesta que Francis, igualmente, le dio con una desagradable mueca.

—Sabes que en mi corazón ya hay escrito un nombre —susurró con la mirada perdida—. Y no hay mujer en el mundo que lo pueda borrar. Voy a ir en su busca —dijo de repente.

—¿Cómo? —exclamó Selene—. Pero si me dijiste que se había negado a venir contigo. ¿Crees que esta vez será distinto?

—Lo será porque, esta vez, no será ella la que decida.

—¿Estás seguro de que Lady Anyan te ama? —quiso saber.

—¿Amas tú a Lord Griän? —preguntó a su vez, y vio cómo su hermana enrojecía profundamente.

—No sé por qué sacas ese tema. Ya te dije que no puede ser. —Apretó los labios, sobreponiéndose.

—También me dijiste que tu corazón sanaría —le recordó—. Y no es así por lo que veo. Sólo me preocupo por ti, hermana.

—Sé que pronto estaré bien —le aseguró ella.

—¿Y por qué estás tan segura? —Se mostró curioso—. ¿Tal vez seas tú la que ya ha puesto sus ojos en algún buen mozo que te ayude a olvidarlo? —bromeó mientras le golpeaba cariñosamente con el brazo.

Sin embargo, no recibió la respuesta que esperaba por parte de su hermana. En circunstancias normales, Selene le habría tirado del pelo o, al menos, se habría reído. En cambio, mantuvo la cabeza gacha mientras un suspiro se le escapaba de la garganta. Francis se acercó más a ella y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—¿Qué sucede? —le preguntó con dulzura—. Sabes que en mí puedes confiar.

—Y yo nunca quise decepcionarte —apuntó ella mientras las lágrimas comenzaban a recorrer sus mejillas.

Francis le tomó la barbilla y le obligó a mirarle.

—Tú nunca me decepcionarías —le aseguró, enjugando sus lágrimas—. Siempre te querré, pase lo que pase.

Selene ahogó un sollozo y se lanzó a los brazos de su hermano.

—Me estás asustando —le advirtió él—. Dime lo que pasa, por favor.

—Pasa que nunca podré arrancarlo de mi memoria —lamentó ella—. Puede que el tiempo me ayude a dejar de amarlo, a sacarlo de mi corazón, pero su imagen seguirá siempre ahí, conmigo, y jamás podré olvidar que un día se cruzó en mi camino.

Francis la tomó de los hombros y la sacudió levemente, incitándola a que le dijera claramente lo que estaba pasando.

—Estoy encinta —murmuró, cerrando los ojos para no enfrentar la mirada de su hermano.

Francis, por su parte, no estaba en condiciones de mirarla de forma alguna, apenas si podía pestañear. Un torbellino de emociones contradictoras que empezaban a batallar en su pecho le impedía reaccionar. Y él temía decantarse por un bando o por otro porque, a pesar de todo, adoraba a su hermana y no se perdonaría ser injusto

con ella.

—Sólo dime una cosa —le pidió él con la mandíbula tensa—. Y te ruego por la memoria de nuestros padres que me digas la verdad.

Selene asintió con expresión insegura, temerosa.

—¿Lord Griän te forzó?

Ella negó con la cabeza de forma insistente.

—Me entregué a él porque le amaba, le amo —añadió entre sollozos—, y porque creí que él...

Francis la abrazó con fuerza sin permitirle continuar, y Selene se derrumbó ante el cariño de su hermano que le acariciaba el cabello y la mecía suavemente, buscando que se calmase.

—Sé que hay hierbas que pueden malograr un embarazo —susurró ella.

Francis la apartó de súbito y la miró aterrado.

—Pero yo quiero a este bebé —añadió para tranquilidad de su hermano—. Yo lo engendré con amor y mi amor tendrá siempre, aunque nunca tenga el de su padre.

—Tal vez deberías decírselo.

—¡Jamás! —exclamó exaltada—. Ahora soy yo la que te pide que me jures ante la memoria de nuestros padres que jamás se lo mencionarás. Cuando vayas en busca de Lady Anyan...

—¿Cómo crees que voy a dejarte ahora? —inquirió él con cierta indignación.

—Tienes que hacer tu vida —le pidió mientras le tomaba ambas manos—. Yo soy dueña de mis actos y esclava de sus consecuencias, mas no tú.

—No puedo dejarte ahora —negó él—. ¿Qué va a ser de ti? No puedes criar a tu hijo sola.

—Hay muchas mujeres en este mundo que crían solas a sus hijos —apuntó con seguridad—. Si no me supiese capaz de hacerlo, haría uso de las hierbas.

Francis exhaló pesadamente, tras lo que volvió a abrazar a su hermana y ella se dejó acunar, pegada a su pecho.

—Vas a ser una madre maravillosa —dijo con total certeza.

—Y yo sé que vendrás a vernos siempre que puedas —murmuró

ella contra su jubón, ahogando sin mucho éxito un sollozo.

Francis asintió con su cabeza mientras su corazón negaba. Jamás pensó que la vida fuera a ser tan cruel como para colocarlo en tamaña tesitura.



En su recámara, Claire ayudaba a Erick a sacarse la túnica con extremo cuidado. Había terminado el torneo que se alargó hasta la hora de la comida por lo que, de modo improvisado, los asistentes sacaron las borriquetas y los tableros de madera y aquella plaza estuvo pronto dispuesta para un banquete. Además, comenzaron a traer viandas de sus propias casas, así que se compartió comida, bebida y risas, todo en un ambiente de total hermandad y fraternidad.

A media tarde, los ánimos aún seguían elevados, pero Claire comenzó a sentirse fatigada, así que decidió volver al castillo para echarse un rato antes de la cena. Así se lo dijo a Erick, aunque él no dudó en disculparse con su familia para acompañarla.

—Yo puedo ir sola —le aseguró—. Velar mi sueño no es, en comparación, nada divertido.

—Te equivocas —negó mientras ya se alejaban de la plaza—. Además, que no pienso quedarme sentado de vigía —añadió con aire pícaro.

—Pero si ya te dije que quiero descansar un rato —se quejó sin poder creer lo que estaba insinuando.

Erick estalló a reír.

—Mira que eres mal pensada. —Le pellizcó la nariz—. Pienso tumbarme a tu lado y ver cómo está nuestra hija.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —preguntó divertida.

—Es fascinante sentirla golpear contra mi mano —dijo risueño mientras colocaba la palma contra su abdomen.

—¿Lo notas? —preguntó Claire sonriente al sentir que la criatura se movía.

—Va a ser una niña muy despabilada —asintió, besando su frente.

Cuando llegaron a su recámara, fue Erick quien comenzó a quitarle

el vestido.

—Te sentirás más fresca sólo con la enagua —le aconsejó, pero cuando alzó el brazo para levantar el vestido, sintió una punzada que le atravesó el brazo.

—Así que estabas bien, ¿no? —le amonestó ella con gesto severo. Se despojó del vestido ella misma y luego comenzó a quitarle cuidadosamente la túnica a su esposo—. Déjame que te mire.

—Estoy bien —le aseguró, pero cuando Claire le quitó la camisa, el hematoma que le recorría el brazo decía lo contrario.

—Deberíamos avisar a tu padre —le propuso mientras revisaba el golpe.

Erick negó con la cabeza, aunque se le escapó más de una mueca de dolor durante la exploración de su esposa.

—Un poco de tu linimento de laurel seguro que me lo calmará enseguida —sugirió él en cambio—. Y el ratito de descanso me vendrá bien. Después se lo comentaré a mi padre —añadió, viendo que Claire no accedía.

—Está bien —consintió finalmente.

—Pero déjame que te ayude primero a tumbarte —le pidió, dándole un suave beso en los labios—. No quiero que estés de pie más tiempo del necesario.

Claire volvió a asentir y se dejó asistir por su marido. Ciertamente, cada día se sentía más pesada, apenas tenía la ligereza suficiente como para subir a la cama y, a pesar del golpe en el brazo, Erick la levantó en volandas y la dejó delicadamente en el lecho.

—¿Te sientes bien? —le preguntó cariñosamente.

—Sólo es un poco de cansancio —le aseguró ella, aunque, de pronto, su rictus se contrajo en una mueca espantosa.

—¿Qué te pasa? —inquirió Erick, sobresaltado.

Pero Claire no pudo contestar. Un dolor intenso le atravesaba el bajo vientre, dejándola sin aliento y su única reacción fue incorporarse ligeramente para llevarse las manos a la fuente de aquel dolor, como si así pudiera mitigarlo.

—¡Claire! —gritó Erick con la voz impregnada en pánico.

Y ella pronto pudo saber a qué se debía el temor de su marido.

Sintió cómo la humedad empapaba sus manos, y las alzó... Por ellas corría el rojo intenso de su propia sangre.

Capítulo 16



Mientras la sangre goteaba de sus manos, Claire sentía un soplo de aire gélido recorrer sus entrañas. No... No estaba bien. Aquella sangre era señal de que su bebé no estaba bien.

—¡Erick! —gritó, pero su esposo apenas podía oírla pues ya salía al pasillo en busca de auxilio.

—¡Necesito ayuda! —Escuchaba su voz retumbar en el corredor—. ¡Que alguien traiga al Rey Trystan! ¡La Princesa Claire está sangrando!

Entonces, Claire bajó la mirada hacia sus piernas y vio cómo la blanca enagua estaba bañada en sangre.

—¡Erick! —volvió a llamarlo, con la voz rota.

—¡Maldita sea! —Lo escuchó blasfemar de camino a la recámara—. Mi padre aún debe estar en el torneo.

La imagen de las ropas inmaculadas de su esposa teñidas de rojo le trajo a la memoria recuerdos no muy lejanos de cuando Claire estuvo a punto de perder a la criatura, y aquel terror lacerante volvía ahora con renovados bríos. Se acercó a una cómoda y sacó unos paños para limpiarla, tratando de mantener las manos ocupadas y no enloquecer en el proceso. Se acercaba a ella cuando la vio encogerse en una mueca de inmenso dolor mientras se sostenía el vientre.

—¡Claire!

—El bebé ya viene —pronunció como pudo mientras apretaba los dientes y buscaba la mano de su marido para que la amparase—. ¡Me duele mucho! —gritó de nuevo al verse atravesada por otro latigazo de dolor.

—Tienes que aguantar, mi amor —le pidió Erick con la voz rota, apartándole el pelo de la frente ya perlada en sudor—. Tú eres fuerte.

—¡No voy a resistirlo! —Negó ella con la cabeza mientras grandes lágrimas recorrían sus mejillas—. ¡Y el niño tampoco está bien!

—No digas eso —le pidió él con desesperación—. Mi padre ya estará en camino —la alentó él, pero Claire se sacudió.

—¡Sal en su busca!

—¡Alteza! —Se oyó la voz de Ivette en el umbral.

—¿Dónde está mi padre? —inquirió Erick con impaciencia.

—Erin ya ha ido a por él. Llegarán en cualquier momento —le aseguró con confianza, pero su mirada se posó en la ropa ensangrentada de Claire y su semblante calmado se tensó—. Voy a buscar agua hervida y más sábanas limpias.

Cuando la doncella se retiraba, tropezó con Trystan que llegaba a la carrera en ese preciso instante.

—¿Qué sucede, hijo? —le preguntó, pero cuando vio a Claire en la cama, centró toda su atención en ella—. ¿Tienes dolores? —quiso saber acudiendo a su lado, y ella asintió con la cabeza, apretando los labios—. Escúchame porque esto es importante. Tendrás unos deseos irrefrenables de empujar. No lo hagas.

—Papá, ¿cómo está? —le cuestionó Erick, restregándose las manos con nerviosismo mientras veía a su padre palparle el abdomen.

—Será mejor que salgas —le indicó su padre.

—¡No puedes pedirme que me vaya sin decirme al menos qué pasa! —exigió su hijo.

—Tu esposa ha roto aguas, pero no me gusta que haya tanta sangre —le dijo lo más calmado que pudo.

—La niña...

—¿Habéis notado sus movimientos últimamente?

—¡Sí! —exclamó él cómo si esa respuesta fuera su salvación—. Hace muy pocos minutos, cuando veníamos para acá, la noté golpear contra mi mano.

—Bien —asintió Trystan con cierto alivio—. Ahora, sal y espera a que lleguen los demás. Cuando lo haga tu madre le dices que entre, necesitaré su ayuda.

—¿No puedo ayudarte yo? —quiso Erick hacer un último intento, pero su padre negó con la cabeza, por lo que desistió, abandonando la habitación.

—Trystan, dime la verdad —le pidió Claire entre lágrimas en cuanto estuvieron solos.

—Imagino que sabes que hay complicaciones —lamentó él.

—Sí, y no quiero que me engañes —le suplicó.

—Está bien —suspiró, pesaroso—. Tal y como le he dicho a Erick, ya has roto aguas, pero esta sangre me dice que el bebé está sufriendo de algún modo. Tal vez viene con alguna vuelta de cordón.

—Hay algo más —sentenció Claire—. Puedo leerlo en tus ojos.

—No sé cuándo ha sido —respondió, mortificado al no poder encontrar una explicación—. La última vez que te revisé estaba bien colocado, pero ahora... ahora el bebé viene de nalgas —exhaló profusamente—. Y si además, tiene el cordón enrollado al cuello, tal y como imagino... —Se esforzó para que no se le quebrase la voz—. Temo que no sobreviva al parto.

Erick no hacía más que caminar a lo largo del corredor con los nervios crispados, bajo la mirada preocupada del resto de su familia. En cuanto se había dado a conocer la noticia de que Claire estaba de parto, la celebración se había dado por terminada, según le había contado Richard, por lo que los ciudadanos volvieron a sus casas y ellos al castillo. Y ahora estaban todos allí, abarrotando aquel corredor, a la espera de noticias.

—No es necesario que aguardéis aquí —dijo haciéndose cargo al tener que permanecer todos de pie.

—No vamos a movernos de aquí —le aseguró Richard.

—Esta espera es cosa de todos —le advirtió Gabrielle.

—Pero puede durar horas —replicó él.

—Por lo que propongo que nos instalemos en la recámara contigua a la vuestra —añadió Jordan—. Está desocupada y unos cuantos taburetes y poltronas harán que estemos más cómodos.

—Y las sirvientas pueden traer algo de comer y de beber. —Agatha secundó a su esposo—. Podría ser una noche muy larga.

—Yo no tengo hambre —replicó Erick.

—Nadie tiene hambre —apuntó Zayev—, pero creo que tu familia tiene razón.

Finalmente, Erick accedió, por lo que la estancia contigua a la que compartía con Claire se convirtió en una sala de espera improvisada. Sin embargo, la puerta estaba abierta por lo que podían ver las carreras arriba y abajo de las doncellas que portaban más agua y sábanas.

—¿Qué estará pasando? —farfulló con mayor intranquilidad—. Al menos, mi padre podría decirme qué sucede, ya que no me permite estar presente.

—Si considera que es lo mejor, por algo será —apuntó Gabrielle—. Sé que no sirve de consuelo, pero debes tener paciencia.

—Ahí dentro está mi hija —le recordó Richard que compartía su misma inquietud—. Pero tu padre sabe lo que hace.

Justo en ese instante, Trystan entró en la recámara. Tenía las manos manchadas de sangre, la frente sudada y la mirada vidriosa.

—Papá, ¿Claire...? —Erick apenas se atrevía a preguntar por miedo a la respuesta, como si así pudiera ahuyentarla.

—De momento está bien, los dos —añadió Trystan al ver la incertidumbre en el rostro de su hijo—. Pero el bebé viene de nalgas y yo no sé si...

De pronto, todos los presentes se agolparon en torno a ellos.

—Yo he oído de una práctica mediante la cual se le hace un corte en el abdomen a la parturienta y se saca al bebé —intervino Ylva.

—Se llama cesárea —asintió Trystan—, pero es muy peligrosa —agregó rápidamente—. De hecho, yo nunca la he practicado, pero me consta que las probabilidades de que la madre sobreviva son casi inexistentes.

Erick tomó a su padre de la pechera de la túnica y apretó los puños en una súplica.

—¿Y el bebé? —preguntó lo que todos querían saber.

—No sé si el riesgo valdría la pena —admitió lleno de pesar—. No sé si el hecho de abrir a Claire signifique que el bebé sobreviva. En realidad, puede que ya no...

—No lo digas —le rogó su hijo apretando las mandíbulas—. Hasta

que no lo sepas con certeza, no lo digas.

—Te entiendo, hijo, pero tengo la obligación de preguntártelo —le advirtió—. Si tuviera que elegir...

—¿Se lo has preguntado a Claire? —quiso saber, aunque en el fondo de su corazón sabía perfectamente cuál sería la respuesta de su mujer.

—Quiere que salve al bebé —le confirmó.

Erick cerró los ojos mientras su mundo entero se tambaleaba bajo sus pies. Él hubiera deseado con todas sus fuerzas salvarla a ella, pero Claire jamás se lo perdonaría. Seguirían juntos, pero su amor se iría desquebrajando por el recuerdo de ese hijo que nunca nació, y ella se habría distanciado de él al culpabilizarlo de tomar una decisión contraria a la suya.

Acabaría perdiéndola de todos modos, ya fuera en la vida o en la muerte.

Sin embargo, si salvaba al bebé, algo del amor que los había unido viviría en su hijo y no sólo Claire lo creía; él debía admitir que también lo pensaba. Además, su mujer lo conocía muy bien. El dolor por su pérdida lo destrozaría, pero el recuerdo de su esposa y el hecho de que su hijo necesitara de él lo obligarían a sobreponerse. Le partía el alma tener que tomar esa decisión pero, en realidad, Claire ya había decidido por los dos.

—¿Puedo verla? —preguntó, reteniendo un sollozo.

Trystan asintió y Erick corrió a su encuentro. En cuanto abandonó la habitación, el llanto contenido estalló en aquella recámara.

Cuando Erick entró en la habitación ya estaba oscureciendo, por lo que su madre había comenzado a colocar velas encendidas alrededor de Claire. Su luz mortecina le devolvía una imagen de su esposa mucho más pálida que de costumbre, pero él se esforzó en esbozar una sonrisa, aunque apenas lo consiguió. Caminó hasta la cama y se arrodilló a su lado, tras lo que besó sus labios trémulos.

—Amor mío —susurró, tratando de contener las lágrimas.

—Tu padre ya te...

—Sí —la cortó, queriendo que reservara sus fuerzas—. Y también sé que va a hacer todo lo posible por salvaros a las dos. —Miró a su

padre quien asentía, aunque no tuviera certeza alguna.

—¿Pero también te ha dicho que, si algo sucediese, tiene que salvarla a ella? —demandó Claire, y Erick creyó que se le rompía el alma, pues era la primera vez que su esposa hablaba de su hijo en femenino—. Por favor, Erick, tiene que ser ella.

—Ya lo sé —asintió él, bajando la mirada. Le temblaban los labios y las lágrimas ya hacía rato que no dejaban de brotar—. Pero te lo ruego, Claire, lucha, no te des por vencida. Te necesito a mi lado, nuestra hija te necesita.

—Yo... yo no quiero morir, Erick —ahogó un quejido—. Quiero sostener a nuestra hija entre mis brazos, verla crecer, contigo, juntos.

Erick se enjugó las lágrimas de un manotazo.

—Entonces, ¡vive! —le ordenó con ardor—. Os estaré esperando a las dos en la recámara de al lado.

Claire asintió mientras un pequeño brillo de esperanza se abría paso en sus ojos. Alzó su mano y Erick la tomó, inclinándose sobre ella para besarla. Un pensamiento oscuro cruzó su mente: tal vez era la última vez que besase su boca. Pero Erick se deshizo de aquel mal agüero y presionó un poco más los labios de su esposa. Todavía eran dulces, todavía eran los de su Claire, y ése era el único pensamiento que tenía cabida en ese instante.

Cuando ya se dirigía a la salida, su padre le lanzó una mirada llena de significado.

—Sé que harás todo lo que está en tu mano —le aseguró su hijo, ayudándolo así a acallar su culpabilidad.

Entonces, Gladys acudió a su encuentro y besó a su hijo en la mejilla.

Erick se giró por última vez antes de salir de la habitación. Reunió toda la fuerza de voluntad que pudo y le sonrió a su esposa. Luego, cerró la puerta tras de sí y se derrumbó de rodillas en el corredor.

Capítulo 17



Cuando se llevaron la segunda olla de agua hirviendo de la cocina, Moira comenzó a sospechar que algo iba mal. Al principio creyó que tanta actividad se debía a la cena que se estaba dando en la plaza tras el torneo y a la que ella no asistió, por supuesto. De hecho, agradeció haber abusado la noche anterior de la hierba de los dioses para contactar a Hrodgar, pues tal y como sabía, la fiebre la acució de madrugada y aún se resistía a abandonarla al mediodía, de modo que pudo eludir con facilidad aquella celebración. Pero se alargaba demasiado y llegó un momento en el que las cuatro paredes de su cuarto parecían querer echársele encima, por lo que se acercó a la cocina.

—¿Ya estás mejor? —le preguntó Erin que acababa de entrar.

—Sí, gracias —respondió, ocultando su hastío e inventándose la mejor sonrisa que pudo—. ¿Qué sucede? —preguntó al ver que se movía frenéticamente entre los fogones.

—¿Es que no te has enterado? —la interrogó la criada claramente asombrada mientras llenaba otra olla de agua y la ponía al fuego.

—Con este dolor de cabeza que tengo... —Se echó la mano a la frente para hacerlo más creíble—. Apenas me acabo de atrever a salir de mi cuarto.

—La Princesa Claire se ha puesto de parto —le informó entonces y Moira reprimió una sonrisa triunfal—. Pero el bebé viene de nalgas y parece ser que hay que abrirle la barriga para sacarlo —prosiguió horrorizada, y el entusiasmo de Moira se fue al infierno.

¿Iban a hacerle una cesárea? Abrir a Claire en canal la mataría y no garantizaba la supervivencia de la niña y, entonces, adiós a sus planes de venganza y de conquistar Häe.

—¿Dónde está? —inquirió con impaciencia.

—En su recámara —respondió Erin—. El Rey Trystan no quiere ser molestado —le advirtió en voz alta cuando la vio escapar de la cocina, pero Moira la ignoró por completo. No había tiempo para explicaciones.

Corrió tanto como pudo a través de las galerías y corredores de aquel castillo. Su estancia allí la ponía en situaciones de lo más desagradables, pues jamás imaginó que iba a perder el resuello por llegar a tiempo de salvar a aquella bobalicona cuando, en realidad, lo que deseaba era prenderle fuego a ese castillo y dejarlo arder con todos sus habitantes dentro.

Al llegar al corredor que daba a la habitación de Claire y Erick, vio cómo éste último salía de la recámara y se desplomaba en el suelo de piedra. Maldición. ¡Había llegado tarde! Aun así no se detuvo y apenas lo esquivó sin derribarlo antes de llegar a la entrada.

—¿Moira?

Pero ella no lo escuchaba y llamó a la puerta con premura sin dejar que le contestaran para entrar. Cuando lo hubo hecho, pudo comprobar con gran alivio que la princesa aún vivía y que el rey no había comenzado con aquella carnicería.

—¡Majestad! —exclamó, tratando de llamar la atención de Trystan para que se detuviese y no cortase a Claire con aquella lanceta que sostenía en su mano.

Por su parte, la reina Gladys se dirigía hacia Claire con un paño blanco doblado, humedecido, supuso, con alguna sustancia para adormecerla.

—¿Qué es lo que quieres? —le reprochó Trystan su intromisión—. Creí haberle dejado claro a Erin que no quería interrupciones de ningún tipo.

—Deteneos, por favor —insistió ella, tragándose las ganas de cortarle la lengua por tratarla como a una simple sirvienta—. Hay un modo para salvarlos a los dos.

—El niño viene de nalgas —le dijo con impaciencia, aunque, ciertamente, no tenía por qué darle ninguna explicación.

—Lo sé, pero puedo ayudarla —pronunció con total convencimiento y lo suficientemente alto como para que Erick y parte de su familia irrumpieran en la habitación.

—¿Qué dices? —La tomó el príncipe por los brazos y la sacudió, advirtiéndole así que fuera cautelosa a la hora de jugar con sus esperanzas.

—Moira... ¿Qué...? —Claire alzó el rostro hacia la mujer con un ruego en la mirada.

—Lo he hecho en más de una ocasión —respondió con seguridad, girándose hacia ella.

—Pero ¿qué exactamente? —preguntó Richard con desconfianza y un total desconocimiento sobre lo que decía.

Entonces, Moira se soltó del agarre de Erick y se aproximó al lecho donde una pálida Claire seguía mirándola con esperanza infinita.

—¿Me permitís que os palpe?

Y Claire asintió repetidas veces instándola a hacerlo con premura.

Cuando Moira colocó ambas manos en el abdomen de Claire, tuvo que morderse la lengua para no maldecir en voz alta. La niña no sólo estaba de nalgas, sino que tenía el cordón enrollado en el cuello de tal forma que, de seguir así, podría afectar al ritmo de su corazón y provocar su muerte. Justo en ese instante a Claire la atravesó otra contracción, expulsando más líquido de la bolsa mientras se retorcía de dolor. Entre las aguas y la sangre observó restos de meconio, lo que confirmaba el sufrimiento del bebé, así que había que hacer algo cuanto antes.

—Puedo darle la vuelta al bebé —anunció de repente, haciendo que un gran murmullo de expectación e incredulidad se alzara en la habitación.

—¿Cómo? —intervino Trystan con total escepticismo.

—Presionando en su abdomen, con mis manos —comenzó a explicarle—. Sólo necesito un poco de aceite tibio y que todo el mundo, excepto sus Majestades —hizo referencia a él y su esposa—, salga de esta habitación.

—¡Sí, Trystan! —exclamó Claire alzando la cabeza y apretando los labios a causa del dolor—. Lo que sea...

Porque la joven estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de vivir, de que sobreviviera su hijo. Gladys le tomó la mano tratando de calmarla y de disimular su propia angustia al girarse hacia su esposo.

—Pero yo jamás había escuchado algo así —le rebatió a Moira con recelo.

—Entonces es una suerte que yo esté aquí —respondió, tras lo que miró fijamente a Erick en busca de una respuesta.

—Erin, aceite tibio. ¡Ya! —le ordenó a la doncella que se asomaba tímidamente por la puerta a la espera de servir de ayuda—. Y todos nosotros, fuera —les indicó a los demás.

Erick volvió a acercarse a Claire para darle un cálido beso en los labios y susurrarle que todo iría bien, y ella le dedicó una sonrisa llena de esperanza y miedo. Mas, cuando el príncipe se irguió, clavó la mirada en Moira con una advertencia. A su padre podría perdonárselo todo pero a ella...

Sin más dilación, se dirigió a la puerta para salir y, de camino, agarró del brazo a Nicholas que observaba la escena completamente inmóvil, hipnotizado y con la mirada perdida, como si estuviera sumido en un profundo trance.

—¡Vamos! —lo acicateó, tirando de él con fuerza y abandonando por fin la habitación.

Moira se acercó a una olla de agua ya templada y sumergió las manos para lavárselas, tras lo que se acercó a Claire.

—Alteza, siento decíroslo, pero lo que voy a haceros no será agradable para vos —le advirtió—. Me encantaría adormeceros, pero después necesitaré toda vuestra fuerza y atención para que ayudéis a vuestro hijo a nacer en cuanto lo coloque.

—Está bien —asintió Claire, quien apretaba la mano de Gladys en busca de consuelo.

En ese instante llegó Erin y dejó el aceite en una mesita cerca de Moira, quien le hizo una seña para que se retirara. Luego, alzó la enagua de Claire dejando su vientre completamente al descubierto e introdujo las manos en el aceite para comenzar a embadurnar después

la base de su abdomen. Seguidamente, colocó sus dos palmas enfrentadas, una cerca del esternón y otra a la altura de su hueso púbico, localizando así la cabeza y los pies del bebé.

—Creo que tiene una vuelta de cordón —le avisó entonces Trystan, señalando la suciedad en la ropa de Claire.

—Yo también lo creo —mintió Moira, pues no lo creía, estaba completamente segura, pero también sabía hacia qué lado debía mover a la niña para que, al menos, no se enredase más—. Por eso deberé hacerlo lo más rápido posible, para que nazca cuanto antes. Por suerte, la criatura no es demasiado grande, por lo que queda suficiente espacio para moverla.

Entonces comenzó a masajear la barriga de Claire, quien echó la cabeza hacia atrás, reprimiendo un quejido de dolor. Moira la ignoró y siguió con la tarea, y mientras con la mano derecha presionaba el lateral de la cabeza de la niña hacia un lado, con la otra empujaba hacia el lado contrario, con movimientos rápidos y precisos y ayudada por la grasa del aceite que hacía que sus dedos resbalaran, restándole brusquedad a la maniobra y que le afectase así lo menos posible al bebé.

Trystan se acercó al borde de la cama, justo enfrente de Moira, con expresión atónita. Apenas habían pasado unos minutos y ya se podía apreciar cómo la cabeza del bebé iba cambiando de posición y, justo en ese instante, estaba colocado totalmente transversal. ¿Lo conseguiría después de todo?

—¡Moira! —gritó Claire asaltada por una contracción.

—Aunque no lo creáis, ese dolor es bienvenido, Alteza —sentenció la mujer—. Es señal de que vuestro cuerpo se está abriendo para darle paso a vuestro hijo y, cuanto más dilatada estéis, antes podremos sacarlo.

Mientras hablaba, Moira no paraba de masajear su vientre y sólo necesitó unos instantes para encajar al bebé en su sitio.

—¡Ya está! —anunció, colocándose a los pies de Claire y doblándole las rodillas para facilitarle la labor.

Sabía que el bebé no saldría por sí solo con aquel cordón impidiéndoselo, pero confiaba en que al menos asomara la cabeza, y

ella lo ayudaría a partir de ahí. Vio cómo Trystan le palpaba el vientre a su nuera para asegurarse del éxito de su proceder, tras lo que asintió con la cabeza, con una sonrisa en los labios y una latente incredulidad en los ojos.

—Aún no estás dilatada del todo, pero confiemos en que sea suficiente —le dijo ella mientras Claire asentía y en sus labios se dibujaba una adolorida sonrisa—. En cuanto llegue la próxima contracción, empuja.

—Respira profundamente mientras tanto —le aconsejó Gladys, aunque sólo pudo dar un par de bocanadas antes de que el dolor hiciera su aparición, solidificándole los pulmones.

—Empuja —le ordenó Moira quien presionaba sobre sus costillas, desde donde ahora estaban colocados los pies del bebé—. Un poco más.

—¡No voy a poder resistirlo! —lloriqueó Claire con las últimas oleadas dolorosas desvaneciéndose.

—¡Claro que sí! —le exigió Moira—. Tomad aire y tratad de calmaros —le aconsejó, a lo que ella asintió haciendo una mueca producto de la angustia.

—Maldita sea —farfulló Trystan de pronto al ver la situación—. Aún no está suficientemente dilatada.

Moira también lo sabía, pero la niña necesitaba salir ya. Su pulso comenzaba a disminuir y, de seguir así, todo el esfuerzo no habría servido para nada. De pronto, fue hacia el pequeño baúl con el instrumental de Trystan y buscó un pequeño palo de madera que supuso que tendría.

—¿Qué vas a hacer? —espetó él, al ver que se dirigía hacia su nuera.

—Ayudar a vuestro nieto a nacer —respondió con los labios apretados—. Morded esto, Alteza. Trataré de que todo esto dure lo menos posible, pero es la única forma de salvar a vuestro hijo.

Claire asintió resolutiva y le arrebató aquella madera de las manos y la colocó entre sus dientes, dispuesta a soportar todo el sufrimiento necesario con tal de que el bebé naciera sano y salvo. Entonces, Moira recuperó aquel escalpelo que antes fuera a utilizar Trystan y se inclinó

sobre las piernas Claire.

Trystan le sostuvo la mano con fuerza y la miró con dureza.

—Únicamente será un pequeño corte, lo suficiente para que salga la cabeza del niño —le explicó ella—. Serán sólo unos puntos que, con seguridad, no lamentará después —señaló a Claire.

—Trystan... por favor... —rogaba la princesa, notablemente agotada aunque sin deseos de rendirse.

Trystan, finalmente, accedió. Moira le hizo un gesto a Claire para que se preparase para lo que venía y comenzó a realizarle una pequeña incisión que le otorgaría los centímetros de amplitud suficientes para el diámetro de la cabeza. Claire gritó al tiempo que las muelas se aplastaban contra la madera en un esfuerzo tembloroso mientras sentía que la vida se le iba por entre las piernas.

—Resiste —le susurraba Gladys, quien le sujetaba la cabeza para evitar que se hiciera daño con alguna sacudida.

—Ya está. —Alzó Moira la mano que sostenía la lanceta para asegurarle que había terminado y quitándole la vara de la boca—. Pero no os derrumbéis ahora. Necesito que empujéis con todas vuestras fuerzas con la próxima contracción que, con un poco de suerte, será la última.

Claire asintió mientras jadeaba entre sudor y lágrimas y, la mueca de dolor que vino después, le dio la señal a Moira de que el momento había llegado.

—¡Ya veo la cabeza! —anunció Moira—. Pero necesito que dejéis de empujar.

—¿Qué pasa? —preguntó Claire con voz pastosa y sin aliento, pero Moira la ignoró.

—Ayudadme, Majestad. Sostenedle la cabeza.

Trystan obedeció y sujetó la cabeza del bebé. Y entonces lo vio. El cordón rodeaba por completo el cuello de la criatura y, presumiblemente, le impedía avanzar por el canal del parto.

—Gladys, ven aquí —le pidió a su esposa, imaginando lo que Moira pretendía hacer—. Sujétala.

Entonces miró a Moira y, quitándole el escalpelo, la instó a proseguir.

Necesitó apenas unos segundos. Con dedos maestros, Moira alcanzó el cordón umbilical y estiró de él, dándole a Trystan suficiente espacio para maniobrar. Mientras Moira presionaba el cordón con el pulgar y el índice de cada mano, Trystan hizo una incisión por en medio.

—Empuja con todas tus fuerzas —le ordenó a su nuera y ella obedeció, respondiendo con las pocas energías que pudo reunir en todo su cuerpo tras lo sufrido.

Pero fue suficiente. El bebé salió expulsado y Gladys lo recibió mientras Moira agarraba con fuerza la parte del cordón que estaba unido a él. Trystan, por su parte, se apresuró a hacerle un nudo, lo que le permitió a Moira soltarlo para poder cortar lo sobrante sin peligro.

—¡Trystan! —exclamó Claire con la voz rota, pero su suegro ya estaba agarrando al bebé por los pies para palmeaar sus nalgas y provocarle así el llanto que iniciase su respiración—. Es el sonido más bonito que he escuchado nunca —sollozó ella entonces, y aguardó con impaciencia a que Gladys cubriera su cuerpecito con un paño limpio y se lo entregara.

—Es una niña —le susurró entre lágrimas—. ¡Una niña, tal y como dijo Erick!

Moira sonrió divertida. ¿Acaso el principito tenía poderes premonitorios?

Cuando Trystan comenzó a preparar la aguja con el hilo para suturar a Claire, ella seguía presionando su abdomen para facilitarle la expulsión de la placenta y que así él comenzase cuanto antes con la tarea para evitar que se desangrase. No era que le importase su vida; los Hæe sólo necesitaban a la niña, pero sería mucho más fácil mantenerla con vida si era Claire quien la amamantaba.

—¡Papá! —exclamó de pronto Erick desde la puerta abierta, alertado con seguridad por el llanto de la niña.

—¡Erick! —gritó Claire quien apenas sentía la aguja de Trystan atravesándola. La felicidad de tener a su hija entre sus brazos y poder verla con sus propios ojos mitigaba cualquier dolor—. ¡Es una niña! —le anunció por fin, pero él ya se acercaba para besarla lleno de alivio y de todo el amor que sentía por ella.

El temor por haber estado a un paso de perderla, a ambas, aún le atenazaba el corazón y le parecía estar viviendo un sueño al contemplar a su esposa tan llena de vida cuando hacía tan poco tiempo que estuvo desahuciada. Pero Claire le sonreía, ya había rubor en sus mejillas y sus ojos brillaban de felicidad al ofrecerle a su hija para que la sostuviera en brazos.

—Es perfecta —dijo con orgullo—. Papá, ¿están bien? —preguntó sólo para asegurarse.

—A tu hija ya la has oído, ¿no? —respondió con orgullo—. Y Claire se recuperará muy pronto.

—Su Alteza debería tratar de amamantar al bebé y descansar —sugirió Moira, quien ya se lavaba las manos en una palangana.

Entonces, aún sujetando a la niña en brazos, Erick se acercó a ella con una expresión en su rostro de tal gratitud que a Moira le entraron ganas de reír por lo ridículo que se veía.

—Nunca olvidaré lo que has hecho hoy. —Le oyó decir mientras se mordía la lengua para no soltar una carcajada. Por supuesto que no lo olvidaría.

—Me alegro de haber podido ayudar —respondió con toda la humildad que pudo aparentar, aunque las adulaciones del príncipe se vieron interrumpidas por todo el séquito de familiares que entraba en la habitación para ver a la niña, por lo que aprovechó la confusión para escapar de allí. Esas muestras de afecto le daban náuseas y lo único que necesitaba era llegar cuanto antes a su recámara para mandarle su cuervo a Hrodgar y anunciarle que podía dar paso a la siguiente etapa de su plan.

—Es preciosa —murmuró Gabrielle, empujándose sobre Richard quien ahora sostenía sonriente a la niña en brazos—. ¿No te lo parece? —le preguntó a Nicholas quien aún parecía aturdido por alguna extraña razón.

—¿Cómo se va a llamar? —quiso saber Richard sin apartar la vista de la pequeña.

Entonces, Erick le hizo un guiño a su esposa quien le sonrió.

—Deanna —respondieron al unísono.

Y los ojos de Richard se llenaron de lágrimas y gratitud al saber que

su nieta llevaría el nombre de su adorada esposa.

Capítulo 18



Jordan caminaba por el corredor rumbo a sus aposentos con el torso pegado a la espalda de su esposa, envolviéndola con sus brazos por encima de su pecho mientras depositaba leves besos en su cabeza.

—No seas niño —le reprendió Agatha—. Vas a hacer que se enrede mi vestido entre nuestras piernas y caigamos de bruces —añadió con un toque de diversión.

—Mis fuertes brazos te sostendrían impidiéndote caer —se jactó él y ella lanzó una risotada.

—No me hagas reír que mis carcajadas podrían despertar a todo el reino —se burló.

—¿Ése es el respeto que muestras hacia tu esposo? —Jordan se hizo el dolido—. ¿O es que dudas de mi capacidad de protegerte y mi fortaleza para sostenerte?

Entonces, sin previo aviso, Agatha se detuvo haciendo que Jordan trastabillara, aunque fue capaz de guardar el equilibrio e impedir que ninguno de los dos cayese. El joven lanzó un improperio mientras su esposa se reía, alzando el tono cuando, al girarse, vio su gesto ceñudo.

—Pero será posible, mujer...

—Siempre puedo confiar en que estés ahí —le confesó, mirándolo llena de admiración y queriendo mostrarle todo el amor que sentía por él.

Entonces Jordan tomó el rostro de Agatha con ambas manos y la besó intensamente.

—Espero que siempre lo tengas grabado en la mente —le advirtió,

aunque ambos supieron que el significado de las palabras iba mucho más allá de la simple broma.

Su esposa asintió pero bajó la vista, así que Jordan cogió su mano y tiró de ella para apremiarla a llegar a su recámara. Una vez allí, le dieron las gracias a la doncella que se había ofrecido a cuidar de Frederick mientras aguardaban junto a Erick el alumbramiento de su hija, y Jordan la acompañó a la salida. Cuando hubo cerrado la puerta, apoyó en ella la espalda, mirando fijamente hacia su esposa.

—No pretendía hacerte un reproche —le dijo, sintiendo Agatha que aquella voz grave la estremecía por dentro.

—Pero sé que lo merezco —murmuró sin embargo, acercándose un instante a ver a su hijo que ya dormía, con la única intención de alejarse de su mirada intensa.

—Agatha...

Ella lo ignoró y caminó hacia la cama, pero él no iba a permitirle huir, así que la alcanzó. La tomó de los hombros y la apretó contra él, abrazándola cariñosamente y acercando su boca a su oído.

—No es tarea mía la de hacerte reproches —murmuró con calidez.

—Eso ya lo hago yo muy bien sola —lamentó ella, y Jordan la hizo girar para que lo mirara.

—No creo que tengas nada que reprocharte. —Le alzó la barbilla para que viera la sinceridad de sus ojos.

Sin embargo, ella se removió incómoda pero Jordan la atrapó, envolviendo su cintura con uno de sus brazos, apretándola fuertemente contra él.

—Ni siquiera lo pienses —le advirtió él con voz ronca—. No pienso dejarte escapar, ni de mis brazos ni de mi vida.

A Agatha se le anudó un suspiro en la garganta...

—Me haces muy feliz, mujer. Me llena de dicha despertar cada mañana y ver tu rostro sobre la almohada, junto al mío. —Le acarició la mejilla con la otra mano.

—¿A pesar de todo? —susurró ella con un deje de tristeza, apoyando las palmas en el poderoso torso de su esposo.

—¿A pesar de qué? —preguntó como si realmente le sorprendiera.

Mas Agatha inhaló profundamente, queriéndose dar valor para

decir por fin en voz alta lo que la atormentaba.

—A pesar de mi aflicción por no poderte dar un hijo —pronunció casi con premura y liberándose de aquel peso.

—Pero si ya tenemos un hijo —le recordó, señalando con un gesto de su cabeza la cuna donde dormía Frederick—. Sabes muy bien que no me importa que no lo haya engendrado yo, que no lo hayas parido tú; lo siento hijo mío desde que los Dioses lo depositaron en mis brazos.

Agatha sonrió levemente, la primera vez desde que iniciasen la conversación, aunque el pesar pronto se abrió paso y ella dejó caer la frente sobre el pecho de Jordan con resignación.

—Puedo entender que para ti pueda ser diferente... —Escuchó su voz potente reverberar contra su piel y notó sus brazos rodeándola completamente—, que necesites calmar ese deseo de sentir a un hijo tuyo en tu vientre, sobre todo esta noche tras el nacimiento de...

—No —lo cortó ella de pronto, alzando el rostro—. Y todo esto me aturde porque no sé si debo alegrarme o lamentarlo.

Jordan inclinó la cabeza y la observó un tanto inquieto. Le dio un dulce aunque corto beso y la tomó de ambas manos para acercarla a la cama. La sentó cerca de él, cadera contra cadera, enlazando el brazo en su cintura para otorgarle calidez y sosiego con su contacto, y aguardó a que hablase.

—Es cierto que me desesperaba el hecho de no poder darte un hijo —comenzó Agatha a decirle, siendo palpable su turbación en su voz insegura—. Tu corazón es inmenso, Jordan, tienes tanto amor para dar... He visto la forma en que te vuelcas con Frederick, cómo tu corazón de guerrero se enternece sin que te avergüences por ello, porque tú jamás considerarías una debilidad esas muestras de afecto.

—No creo que sea una debilidad mostrar mi amor por vosotros —se defendió él.

—Mi padre habría podido darte un buen sermón en cuanto a eso. —Le lanzó una mirada nostálgica—. Nos quería a Nicholas y a mí, yo lo sé, pero no porque nos lo dijera o nos lo demostrase.

—Pues yo no conozco otra forma —concluyó, encogiéndose de hombros.

—Es que yo tampoco creo que haya otra mejor. —Sonrió, posando la palma de su mano en su mejilla—. Eso lo he aprendido de ti; primero con Ilsik pero, sobre todo, con Frederick. —Tomó las manos de su esposo y las apretó contra su regazo—. Cuando Frederick llegó a nosotros, sabía que lo querrías, que le brindarías todo tu cariño y protección, pero temí que siempre hubiese una pequeña sombra al no ser nuestro.

Jordan iba a replicar, pero su esposa colocó sus dedos sobre su boca.

—Sé que no, estoy segura de ello —proclamó—, y estoy tan convencida porque a mí me sucede lo mismo.

Jordan alzó el rostro, pero aguardó a que continuara.

—Yo también creí, como tú bien has dicho, que necesitaría sentir crecer a un hijo mío en mi vientre para sentirme madre, pero no ha sido así —declaró con una dulce sonrisa—. De hecho, no creo que eso nos convierta en madres, sino cuidarlo, alimentarlo, protegerlo, observarlo crecer día a día, amarlo...

—Y con Frederick...

—Puedo experimentar todo eso y mucho más —aceptó con ternura—. Me encanta abrazarlo, besarlo, hacerlo reír... Una sonrisa suya hace que el corazón me lata el doble de rápido, pero un sollozo suyo puede detenerlo por el temor a que esté enfermo o se haya hecho daño.

—Todo eso lo comprendo, de hecho lo comparto —admitió Jordan, ceñudo—, pero escapa a mi entendimiento por qué deberías lamentarlo.

Agatha se frotó las manos con nerviosismo, buscando las palabras adecuadas.

—Tengo miedo de que, teniendo a Frederick, desaparezcan mis anhelos, esa necesidad casi vital en la que se había convertido ese hijo concebido por nosotros y que, como castigo, la Divina Vetsa ya no nos lo conceda nunca.

Bajó la vista, huyendo del escrutinio de su esposo, temiendo lo que pudiera pensar de ella. Posiblemente creía que era una estupidez. Pero de pronto sintió los brazos de Jordan rodeándola con ternura mientras depositaba un beso en su cabello, y una punzada de culpabilidad se

instaló en su pecho al haber pensado, aunque fuera sólo por un instante, que Jordan reaccionaría de otra forma al hacerle partícipe de sus temores. Su marido jamás se tomaba a la ligera cualquier cosa que tuviera que ver con ella y, por la misma razón, debería haber sabido que ahora no sería diferente.

—No creo que funcione así —le dijo, además, con delicadeza—. Durante meses has deseado un hijo con todas tus fuerzas, casi con desesperación, y la Señora de los Dioses no ha tenido a bien concedérselo —añadió como si no tuviera importancia—. Pero nos ha entregado a Frederick, un obsequio que nos hace felices y nos ha unido aún más, si eso era posible. Se merece todo el amor que podamos darle. —Su esposo se separó para acariciarle la barbilla con los nudillos—, y el amor no hay que lamentarlo.

—Tienes razón. —Le sonrió ella con el corazón lleno de esa dicha que sólo Jordan era capaz de darle con simples palabras—. Volcaré mi amor de madre en Frederick a la espera de esos hijos que algún día vendrán.

—Tal vez ya estés encinta y no lo sepas —bromeó Jordan, aunque su tono no impidió que Agatha sintiera un ligero vuelco en el corazón.

—Tal vez sí, y tal vez no —decidió seguirle el juego—. Pero creo que lo más sensato sería no desperdiciar ninguna oportunidad —afirmó con mirada seductora.

Subió las manos por su torso, yendo en busca de la piel de su pecho que la túnica dejaba al descubierto, y comenzó a acariciar el vello oscuro con la punta de los dedos, tentándolo.

Jordan gruñó. La alzó sosteniéndola de la cintura con ambas manos y le separó los muslos con el cuerpo, poniéndola a horcajadas sobre él.

—Mujer, creo que no eres consciente del poder que ejerces sobre mí —susurró, hundiendo su boca en la curva de su cuello y que Agatha arqueó para darle mayor acceso hasta su piel.

—Exageras —murmuró ella con voz sensual, sosteniéndole la cabeza para alargar aquella caricia.

Pero Jordan tomó sus caderas a la vez que él alzaba las suyas hacia ella para que comprendiese cómo esa afirmación se manifestaba en su anatomía aun a través de sus ropas, apretándola contra él y

provocando que el contacto de sus cuerpos los hiciera gemir a ambos. Agatha lo miró mientras se mordía el labio inferior en una clara muestra del recíproco deseo que su esposo despertaba en ella, aunque negaba con la cabeza.

—Más bien creo que tú no eres consciente de lo feliz que me haces a mí —le aseguró ella.

La respuesta de su esposo fue tumbarla sobre la cama, tras lo que él la cubrió con su cuerpo. Acercó su rostro al suyo y la miró fijamente.

—Ésa es la única tarea que me he impuesto cumplir y que realmente vale la pena —murmuró sobre sus labios.

—Yo siempre he creído que eres muy bueno en todo lo que haces. —Agatha le acarició la mejilla, bajando hasta su masculina boca.

—Por lo que entenderás que debo asegurarme —contestó en un tono que prometía mucho más que las palabras.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —preguntó ella, mirándolo de modo sugerente a través de sus largas pestañas.

Él se limitó a buscar sus labios con urgencia y pasión, incendiando el deseo que ya crepitaba en sus cuerpos con aquel beso que los dejó sin aliento. Al separarse, clavó su mirada ardiente en la suya y comenzó a acariciar su boca sonrosada con la punta de los dedos.

—Tengo un par de ideas en mente... y en ambas gritas mi nombre retorciéndote de placer —sentenció con voz grave, derritiéndola por dentro.

Agatha alzó el rostro, exigiendo su boca mientras él comenzaba a deshacerle los lazos del vestido, dispuesto a adorarla hasta quedar sin fuerzas... y cumplir su promesa hasta el final.



Anyan esperó pacientemente a que todos se retirasen a sus aposentos. No podía asegurar que aquello saliese bien, pero era lo único en lo que pensaba desde que viera a Araw esa misma mañana en la puerta de su recámara. En un principio, estuvo convencida de que su amiga no había llegado a entrar, y sin embargo, el temor a estar

equivocada no la abandonó en todo el día, torturándola.

Se acercó a la puerta y apoyó la oreja, tratando de captar algún sonido; incluso las sirvientas parecían haberse retirado ya. Así que abrió muy lentamente y, con una pequeña lámpara de aceite encendida en la mano, se encaminó hacia la recámara que ocupaba su hermano. Las habitaciones de los varones estaban en la planta superior por lo que avanzó con mucho sigilo para no advertir a nadie de su presencia y que esa reunión quedase en la más absoluta clandestinidad.

Cuando llegó a su puerta, llamó levemente con los nudillos y confió en que su hermano no se hubiera dormido aún y la escuchara. No fue así. No queriendo aguardar más tiempo del necesario en el corredor, probó suerte y trató de abrir la puerta y, para su fortuna, no estaba cerrada con llave. Cerró muy despacio tras de sí y colocó la lámpara en una mesita cercana, tras lo que se sentó en la cama.

—Griän. —Sacudió levemente su brazo.

Su hermano se removió y cuando se percató de que alguien observaba su sueño se sobresaltó en la cama. Anyan, por su parte, se apresuró a taponarle la boca mientras le hacía un gesto para que guardase silencio.

—¿Pretendes matarme del susto? —murmuró él todo lo bajo que pudo—. ¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó entre sorprendido y molesto.

—Necesito hablar contigo.

—¿Y no puedes esperar a mañana? —inquirió, sentándose en la cama—. ¿Tienes que presentarte aquí en plena madrugada?

—No es algo de lo que se pueda hablar en público —le advirtió—, ni tampoco quiero arriesgarme a quedar a merced de oídos indiscretos.

Griän la miró receloso, recostando la espalda en el cabecero de la cama.

—No me gusta nada el cariz que está tomando esta conversación —apuntó él.

—Te aseguro que va a empeorar —dijo a modo de aviso, uniendo sus manos en un puño sobre su regazo—. Pero no tengo nadie más a

quién recurrir.

El rictus de Griän se suavizó, aunque Anyan habría jurado que había cierta desilusión en sus ojos.

—Soy tu hermano. —Su voz apagada le confirmó sus sospechas—. ¿A quién más deberías recurrir?

En un gesto inusitado, Griän apretó sus manos con la suya, y Anyan suspiró llena de culpabilidad.

—No mereces esta carga que voy a compartir contigo —le aseguró bajando la vista hacia sus manos unidas—. Y hubiera intentado evitártelo por todos los medios, pero no sé qué hacer.

—Por lo pronto, empieza por contarme qué sucede.

Entonces, Anyan se levantó de la cama y se giró, dándose cierta intimidad para alzarse el vestido y buscar algo entre sus ropas. Cuando se dio la vuelta, Griän, quien adormilado aún no estaba seguro de si aquello era tan sólo un sueño muy vívido, comprobó que llevaba un hatillo de tela blanca en sus manos y que su hermana ya le ofrecía. Comprendió que sería más sencillo acatar su petición que preguntar, así que lo tomó y no le costó mucho esfuerzo darse cuenta de que aquello era una prenda de vestir, concretamente la camisa de un hombre.

—Es absurdo preguntar de quién es esto, ¿verdad? —Apretó tanto los labios que formaban sólo una línea.

—No pretendo que lo entiendas —se excusó ella, volviendo a sentarse frente a él—. Pero necesitas saber la verdad.

—Ya sé que albergas sentimientos hacia él —quiso ahorrarle el esfuerzo.

—No cualquier sentimiento. —Negó ella con la cabeza—. Amor.

Griän irguió los hombros y fijó la mirada en ella con cierto recelo.

—Sé que nuestros ancestros se encargaron de erradicar de nuestro pueblo ese sentimiento como si fuera una pandemia —apuntó ella con valentía—. Y creo entender por qué. Su sola intención fue la de robarnos lo único que nos haría luchar por nuestra vida, evitando así que nos negásemos a entregársela a ellos.

Griän se removió en la cama, pero se mantuvo en silencio, gesto que sorprendió a Anyan al no reprenderla, por lo que se atrevió a seguir.

—Nuestros Antiguos exterminaron el amor para poder tener control absoluto sobre nosotros —aventuró entonces—. Hombres y mujeres copulan sin temor a juicio alguno —pronunció con hastío—, adormeciéndoos el espíritu al haber satisfecho vuestro cuerpo. Y las que elegimos el celibato, creemos ciegamente en que la prosperidad de nuestra gente depende de nuestro sacrificio, de nuestra sangre derramada, cuando sólo sirve para satisfacer las ansias de su sabor, de su calor, por parte de aquellos que se hacen llamar nuestros soberanos y sin que nadie se atreva a cuestionarlo.

Anyan seguía esperando que su hermano la detuviese, que la increpara por atreverse a pronunciar en voz alta aquella blasfemia, mas, sin embargo, Griän calló. Porque él mismo había empezado a opinar exactamente igual no hacía mucho, desde que conociera a Selene.

Desde tiempos inmemoriales, con el fluir de los siglos, los hombres de su pueblo habían basado sus deseos en los instintos más básicos. Satisfechos esos deseos, el sentimiento romántico resultaba inservible si no era necesario para aplacar sus necesidades más bajas. Algunas mujeres elegían el mismo camino que los hombres y se encargaban de acallar esas pasiones sin que se las juzgase por ello, como sucedía en esas tierras tan lejanas a Hæe, sino que se consideraba algo normal, más bien imprescindible para que su forma de vida tuviera sentido; el amor ya no tenía cabida si los instintos carnales eran saciados.

Como consecuencia, esa unión carente de sentimientos que la aunase jamás implicaba un compromiso, a no ser que acaeciese que se engendrara un hijo; en ese caso, el hombre podía permanecer junto a la mujer si lo quería, pero tampoco implicaba fidelidad por ninguna de las partes. Y por extraño que pareciese, esa libertad no desembocaba en una promiscuidad sin límites, sino que había gestado un equilibrio que permitía el control de los soberanos sobre su pueblo, obteniendo así lo que necesitaban de ellos, de ellas más bien: su sacrificio, su vida... su sangre.

Y ahí residía el origen de todo.

Revestido en un halo de máxima solemnidad, orgullo y honor, muchas doncellas crecían esperando ser las elegidas que muriesen en

manos de sus reyes, y se esforzaban por dirigir sus pasos al servicio del Astro Sol y que con su sacrificio otorgase a su pueblo prosperidad y riqueza, por lo que debían mantenerse puras y alejadas de toda tentación para ser dignas de ese sacrificio de sangre.

¿Qué sucedería si una doncella se viese cortejada por un caballero y los deseos de compartir su vida con él hicieran que se negase a subir al Altar Sagrado? A esa doncella le seguiría otra, y otra, y nadie querría dar su vida para alimentar las ansias de sangre de sus reyes, que se escudaban en su dios Sol para disponer de sus vidas. El amor supondría el mayor medio de rebeldía, razón de más para no reconocer su existencia.

—Nadie tiene necesidad de morir aquí para que los campos den cosechas —apuntó Anyan con pasión, haciéndose eco del pensamiento de su hermano—. Ni he visto soberano alguno que beba la sangre de una virgen para asegurar la prosperidad de su pueblo. Francis me hablaba de sus reyes con orgullo, no con temor, y remarcaba todo su esfuerzo y empeño para el bienestar de su gente.

—Tal vez ese sentimiento que te une a Francis te ciega, impidiéndote ver la realidad. —Griän quiso mostrarse reticente a la par que cauteloso—. ¿Es posible que el amor sea lo único que los haga tan distintos a nosotros?

—Veo dudas en ti cuando creí que lo refutarías completamente, que incluso me mandarías callar —confesó, mirándolo recelosa, asombrada—. ¿Acaso tú también lo has sentido, hermano? —preguntó ahora esperanzada.

Entonces, Griän se levantó de la cama y caminó hasta su baúl. Sumida en la confusión, Anyan lo observó retirar toda su ropa hasta que sacó una prenda de color verde esmeralda, color nada propio del vestuario Häe. Luego se irguió y se dirigió de nuevo al lecho, aunque esta vez se sentó cerca de su hermana. Fue entonces cuando le alargó la prenda a Anyan, quien no tardó en comprender el significado de lo que le entregaba.

—Selene —murmuró, y le asombró sobremanera percibir el sufrimiento que crispaba las facciones masculinas.

—La tengo clavada en mi pecho como si fuera una maldita

enfermedad —pronunció él con repentina rabia y desesperación, apretando incluso los puños—. Cada mañana me levanto decidido a ir en su busca y cuando acaba el día, son tales los esfuerzos por controlar ese impulso, que rozo la extenuación. Y jamás hasta ahora me había planteado la finalidad de mi vida en este mundo, pero ahora no quiero esa vida si no la tengo conmigo.

—Griän... —susurró su hermana, afectada por su pesar—. ¿Por qué no vas tras ella?

Ahora fue ella quien buscó su mano que él mantenía en un puño crispado.

—¿Y qué podría ofrecerle? —Negó él con impotencia—. Un amor que yo mismo malogré.

Anyan lo miró extrañada.

—¿Por qué crees que enfermó? —le cuestionó con culpabilidad—. Herí tanto su alma que su cuerpo no fue capaz de soportarlo, ese cuerpo que fue mío, que me entregó sin reservas y del que yo disfruté a mi antojo, sin valorar lo que realmente me ofrecía.

Anyan acarició su mejilla, una muestra de cariño muy poco común entre ellos, pero que ahora surgía del modo más natural, y que hizo a Griän cerrar los ojos al entregarle un sosiego inesperado, mas bienvenido.

—¿Y aún te preguntas si te comprendo? —demandó su hermano con un hilo de voz—. Sé que no quieres morir.

Y Anyan cubrió su boca con sus manos para ahogar un sollozo.

—Una vez que has saboreado el amor de labios de Francis no quieres renunciar a tu vida, a la posibilidad de volver a tenerlo.

—No es sólo eso. —Sacudió la cabeza, dejando que las lágrimas corrieran por su rostro. Arriesgándose a ser víctima del juicio de su hermano, le tomó la mano y la llevó a su vientre—. Debo vivir por él.

Griän apretó la mandíbula en un arranque de furia por aquella deshonra y apartó la vista de ella, blasfemando por lo bajo. ¿Cómo había podido...? Mas, bien pensado, ¿quién era él para condenarla? Él también se había dejado atrapar por aquel sentimiento prohibido, traspasando el límite de su propia cordura.

—Que el Cielo te proteja, Anyan —lamentó entonces mientras

bajaba la vista hacia su mano que se cerraba sobre el vestido.

—No —le rebatió ella, sintiéndose libre gracias a aquella confesión a la vez que desesperada por la realidad que la rodeaba—. No hay nadie que pueda protegerme. El Solsticio de Verano se acerca.

Y Griän asintió con desánimo. Clavó los codos en sus muslos y apoyó la cabeza sobre sus manos unos instantes, meditabundo.

—Dentro de unas semanas, deberás entregarte a Korw —anunció él, alzando la vista al cielo, imprimiendo una solemnidad a ese hecho que realmente ya no sentía—. No sería difícil pretender que eres pura, yo mismo sé que hay remedios para fingirlo. Pero en cuanto des a luz, sabrá que no es hijo suyo al darse cuenta que no podrá conectar con la mente de ese niño, tal y como hacen los de su estirpe. —Tomó aire y se giró a mirarla—. Te matará, y no dudo que matará a la criatura también —sugirió afligido.

—Tal vez debería dejarme llevar por esos impulsos que tú silencias cada día e ir en busca de Francis —sentenció con voz temblorosa, aunque inclinándose hacia él con gesto firme.

—¿Y qué le vas a decir? —le discutió él—. Porque, ¿lo harás antes o después de que se celebre el ritual que evite que se cumpla la profecía y que destruirá su mundo? —añadió, esbozando una mueca sarcástica.

—No puedo permitir que eso ocurra —decidió ella con firmeza, irguiendo la postura.

—Trata de evitarlo y, tal vez, no vivas lo suficiente como para sentir a tu hijo en tu vientre —espetó con ironía, y la franqueza de su hermano dejó a Anyan helada.

—Pero tengo que impedirlo de algún modo —insistió ella, no queriendo dejarse vencer—. Necesito vivir, Griän —le suplicó—. Y no sé si dispongo de tanto tiempo como tú crees.

—¿Por qué? —preguntó ceñudo.

—He sorprendido a Araw esta mañana fuera de mis aposentos —comenzó así a explicarle lo sucedido y sus sospechas de que había descubierto la camisa de Francis.

—Que la Noche Oscura se trague a esa maldita —imprecó Griän, deambulando unos pasos por la habitación, sin poder ocultar la furia

que esa mujer provocaba en él—. Ella fue la culpable de lo que sucedió entre Selene y yo.

Anyan lo miró con extrañeza y Griän se vio obligado a narrarle lo sucedido y cómo ese vestido llegó a sus manos.

—Pero ¿por qué tal vileza? —preguntó Anyan, negando con total incredulidad.

—Tú fuiste testigo de sus nada amistosos enfrentamientos verbales —le recordó, volviéndose a sentar junto a ella—. Araw no puede permitir que una sirvienta la humille de ese modo, como tampoco ha podido soportar mi rechazo.

—¿La rechazaste?

—Algunas jornadas antes de llegar aquí se me ofreció y yo me negué. No me preguntes por qué —le pidió, agitando una mano, irritado—. Ni siquiera conocía a Selene por aquellos entonces, pero... —vaciló.

—Había algo que te decía que ella estaba cerca —concluyó Anyan por él con un tono de complicidad, y su hermano la observó unos instantes, tras lo que exhaló profundamente.

—No he podido yacer con ninguna mujer desde que la vi por primera vez cuando hicimos aquella parada en Asbath —le confesó con ojos vidriosos, atormentado—. Y no soy capaz ni siquiera de pensar en estar con otra que no sea ella.

Anyan sintió una ternura tan infinita que no pudo evitar acercarse y estrechar a su hermano entre sus brazos. Griän se apoyó en ella, descansó su mejilla sobre su hombro y disfrutó de esa caricia sobre su pelo y de esos suaves movimientos que parecían mecerlo tratando de darle consuelo.

—He llegado a la situación de tener que inventarme algún que otro encuentro con sirvientas del lugar y que poder relatarles a Antü y Cam —murmuró claramente avergonzado—. Y no es difícil mantener la mentira, pues siempre finjo no recordar su nombre y una falta de interés que apenas me permite recordar su cara.

Anyan suspiró y Griän supo cuánto lo lamentaba por él.

—¿Y qué hay de ti, Anyan? —Se separó un poco para mirarla—. Que Araw sepa la verdad es muy peligroso. Nuestro pueblo no sabrá

amar, pero sabe odiar.

—No creo que Araw me odie —respondió sorprendida.

—Pero, tal vez, a mí sí —apuntó con total certeza—. Puede que sea capaz de acusarte frente a los reyes con tal de vengarse de mí.

—No tiene pruebas. —Sacudió la cabeza.

—Sí existen, así que debería ocuparme yo de esto —razonó, quitándole la camisa de Francis que aún descansaba en su regazo. Y pudo sentir cómo su hermana se estremecía al hacerlo.

—No te deshagas de ella, te lo ruego —le suplicó Anyan, como si estuviera entregándole su mayor tesoro, y Griän podía entenderla perfectamente, porque esa misma desesperación la sintió él cuando creyó que el vestido de Selene había sido pasto de las llamas.

—No podría —admitió, mirándola comprensivo, y comenzó a doblar las prendas en sendos ovillos—. Pero es mejor que no sepas lo que voy a hacer con ellos.

Anyan asintió repetidas veces mientras se enjugaba una lágrima con el dorso de la mano. Era muy duro, extremadamente difícil separarse de lo único tangible que la unía a Francis; era como si se estuviese separando de su propio corazón.

Pero Griän estrechó su mano, tratando de darle consuelo. Y nadie mejor que él para comprenderla, para encomendarle su posesión más preciada. Porque aquellas tierras lejanas le habían entregado el amor... y también un hermano.

Capítulo 19



Nicholas observó desde el butacón a su esposa mientras dormía. Ya era noche entrada cuando se hubieron retirado a su recámara a reposar tras lo acontecido a lo largo del día. Y había sido tanto... El torneo, la celebración que se alargó durante todo el día, el alumbramiento de Claire y...

Trató de contener un suspiro, pues no quería despertar a Gabrielle, al menos, no todavía. Quería disfrutar un poco más de aquella visión celestial en la que se transformaba su imagen ante sus ojos. Lucía tan hermosa. Su cabello negro caía de forma descuidada por la almohada y sobre su espalda, enmarcando aquel rostro de facciones armoniosas y bellas, delicadas, el más hermoso que jamás podría contemplar. Sonreía, aun dormida, sonreía, y él deseó ser el dueño y señor de sus sueños.

Seguramente lo era. Sabía que nadie había ocupado su corazón más que él, y la dicha que sentía por ello era tan grande que apenas era capaz de contener los deseos de reír y gritar. Su dulce Gabrielle, su dulce, tierna e inocente Gabrielle.

La primera vez que la tuvo frente a sus ojos, hacía menos de un año, supo que el amor había llegado a aquel frío castillo. Su única preocupación hasta entonces no fue otra que la de mantener la unidad y la paz de su pueblo, pero desde aquel instante, la felicidad de aquella mujer de ojos grises pasó a ser primordial.

Era imposible no enamorarse perdidamente de ella. Lo cautivó con su ingenuidad, con su candidez, con esa dulzura que emanaba de su

voz, sus ojos, de todo su ser, y cuando supo de su amor por él, se sintió el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Sus sentimientos hacia él lo ennoblecían, lo fortalecían, lo hacían capaz de cualquier cosa, incluso de burlar a la muerte por ella. Y ella era tan leal que, aun creyendo que él le era infiel con Sybill, no se separó de su cama el tiempo que permaneció inconsciente por culpa de aquella flecha envenenada.

Nicholas se llevó una mano a su torso desnudo, hasta aquella cicatriz con forma almendrada. Había tantas cicatrices en su cuerpo... pero su esposa sentía tal devoción por él que parecía amarlas todas y cada una de ellas. Se estremeció al evocar la primera vez que Gabrielle las recorrió con las yemas de sus suaves dedos, la misma noche que la hizo suya, entregándole su cuerpo y su vida entera. Aquella muchacha dulce de ojos grises se tornaba en una mujer apasionada que lo subyugaba con la luz violácea de su mirada ardiente. Era su compañera, su amante y su reina, lo que jamás se habría atrevido a desear en su vida.

Pero ahí estaba, en su lecho, enamorada, fiel y entregada, tanto que confió en su regreso, aunque el paso de los días trataba de apagar en ella la llama de una esperanza a la que se aferraba con uñas y dientes, tanto que no fue capaz de separarse de él cuando, por fin, regresó, aunque sí lo intentó, cuando supo que no la recordaba.

Ahora mejor que nunca entendía por qué actuó así: él hizo lo mismo por ella cuando se casaron. Aunque apenas la conocía de unos cuantos días, la amaba ya con tanta intensidad que no habría podido soportar su rechazo, y prefería la distancia, la cautela, mientras deseaba con todas sus fuerzas que ella le correspondiera. Pero había estado equivocado. Por culpa de la amnesia, Nicholas no estuvo en posición de decírselo cuando ella decidió darle su espacio y ocupar la otra recámara, pero antaño la distancia que él puso entre ellos no hizo más que provocar malentendidos y lágrimas.

Pero no sabía por qué Gabrielle había cambiado de parecer, tampoco le importaba, sólo les agradecía a los Dioses que hubiera desistido de su idea de mantenerse alejada mientras él no la recordara. Qué dulce ese sobresalto que sentía cada vez que ella entraba a su

recámara, qué dulce palpitar de su corazón cada vez que notaba el roce de su mano y qué dulce zozobra sentir que volvía a caer en el embrujo de su amor. Y cuando por fin la hizo suya...

Estaba seguro de ello. Su mente no la recordaba, pero su cuerpo supo perfectamente cómo tocarla, dónde acariciarla, qué lugares de su cuerpo eran más sensibles a sus besos, gracias a que su corazón lo guiaba hacia ese amor aletargado, pero que siempre le profesó.

Nicholas se puso en pie y caminó hacia la cuna de su hijo que dormía plácidamente, y se llenó de orgullo al contemplar el bello fruto de su amor por Gabrielle. Confiaba en que ya no se despertara hasta el amanecer, permitiéndole mantener con tranquilidad aquella conversación con su madre. En un principio, se planteó hablar con ella por la mañana, pero estaba tan eufórico que no podía dormir, sería imposible, necesitaba compartir con ella esa dicha.

Se sentó en la cama y tocó levemente su rodilla, haciendo que la joven se sobresaltara.

—No pretendía asustarte —se excusó él.

—¿Ilsik? —preguntó ella en cambio, incorporándose en el lecho y estirando el cuello para ver la cuna.

—Sigue dormido —la calmó Nicholas, así que ella lo miró con extrañeza.

—Entonces, ¿qué sucede? —quiso saber—. Esta noche te he notado extraño, ¿estás bien?

Nicholas bajó la mirada y negó con la cabeza.

—¿Te duele la herida? —le cuestionó preocupada, alzando la mano con la intención de tocarla, aunque se contuvo—. Puedo darte un poco de tónico.

Gabrielle ya hacía ademán de levantarse, pero Nicholas se lo impidió.

—Lo que me sucede no se soluciona con un tónico —le dijo notablemente afligido, y Gabrielle se removió en la cama a causa de una repentina desazón.

—Nicholas, me estás asustando —murmuró ella con voz temblorosa—. ¿Qué tienes?

—Di más bien, qué no tengo —la corrigió, y ella guardó silencio,

tensa, esperando que continuase—. No tengo mi corazón.

Gabrielle abrió los ojos ampliamente. Lo que su esposo decía era una locura, pero, aun así, se dejó arrastrar por aquel sufrimiento que veía en sus ojos y apoyó la mano en su pecho. Y allí estaba, palpitando con fuerza contra sus dedos. ¿Acaso esperaba otra cosa?

—Pero ¿de qué hablas? —susurró, tratando de que el espanto que empezaba a invadirla no se hiciera patente. ¿Tal vez el golpe o la falta de memoria lo habían trastornado?—. Puedo sentirlo perfectamente —añadió sin embargo—. Dame tu mano —le pidió y se la colocó donde anteriormente estaba la suya.

—No me entiendes. —Negó él con la cabeza, zafándose de su agarre—. No te hablo de “este” corazón.

—¿Qué? —exclamó ella convencida de que su amado esposo había perdido la razón.

—¿Acaso lo has olvidado? —Se hizo el dolido—. Hace tiempo dejé mi corazón en tus manos, a tu cuidado, y jamás me lo devolviste.

Una lágrima comenzó a recorrer la mejilla de Gabrielle mientras sentía que el aliento escapaba de su pecho.

—Nicholas —consiguió susurrar.

—¿Lo recuerdas? —preguntó él con inocencia y emoción contenida.

Y claro que Gabrielle lo recordaba. Fue cuando Nicholas la rescató de manos del malvado Rey Balkar. Debían separarse de nuevo, y aquel gesto de su esposo la acompañó hasta su regreso y siempre permanecería en su memoria. Aunque eso no era lo extraordinario. Lo extraordinario era que él...

—¿Lo recuerdas tú? —se atrevió a preguntar, a pesar de que nadie había sido testigo de aquella escena. Así que el hecho de que Nicholas lo nombrara...—. ¿Lo recuerdas? —insistió ella mientras el llanto seguía anegando sus ojos.

Nicholas alzó su mano y enjugó aquellas lágrimas con sus dedos, con calma y sosiego mientras Gabrielle creía que le iba a estallar el corazón por la incertidumbre.

—No creí que los ángeles pudieran llorar. —Lo escuchó susurrar y otro recuerdo vino a su memoria y, con él, la confirmación de que la de su esposo había regresado. No pudo contenerse por más tiempo y

se lanzó a sus brazos—. Tranquila, vida mía —musitó sobre su cabello—. He vuelto —añadió como si supiera que ella necesitaba escucharlo. Pues, en realidad, Gabrielle lo necesitaba, necesitaba convencerse de que aquello no era un sueño producto de sus anhelos.

—Dime que lo recuerdas todo —le rogó, ahogando un sollozo.

—Todo —aseveró con rotundidad, y estrechándola con fuerza—. Cuando te vi por primera vez en la escalinata del castillo, cuando te desposé, nuestro primer beso de amor en el Torreón Sur, cuando acaricié la tersura de tu piel al hacerte mía.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó sin terminar de convencerse—. ¿Cómo?

—Ha sido gracias a tu prima Claire —comenzó a explicarle y Gabrielle se separó de él para mirarlo con una pregunta en sus ojos y que él se apresuró en satisfacer—. Cuando la he visto en la cama, rodeada de esas velas que la iluminaban, con sus ropas ensangrentadas y las manos apoyadas sobre las rodillas flexionadas y lista para dar a luz, he sentido que mis ojos se nublaban. Creía que iba a darme un vahído a causa del cansancio de la celebración, o del propio golpe que recibí en la cabeza. Por suerte, me he recuperado casi al instante, pero cuando he vuelto a mirar a Claire, no era ella a quien veía, sino a ti.

—¿A mí? —demandó Gabrielle, maravillada.

—Y yo estaba frente a ti, arrodillado a tus pies y recibiendo a nuestro hijo con mis propias manos —le narró lleno de emoción—. He tratado por todos los medios de agarrarme a lo que estaba seguro era un recuerdo, pero se ha esfumado al instante. —Cerró los ojos un momento y sintió la mano cálida de su esposa en su mejilla—. Me he sentido más perdido que nunca, desesperado —tuvo que reconocer—. Había tocado los hilos de mi memoria con los dedos, pero no era capaz de aferrarlos para no dejarlos escapar. Pero entonces tu imagen ha vuelto a inundar mi mente mientras leías a los pies de tu jardín con tu vientre abultado, albergando a nuestro hijo —añadió, reflejando su voz la misma calma sentida—. Después de eso, todo ha sido un fluir de imágenes sin orden ni concierto, recuerdos hermosos, conmovedores, pero también... —Tomó aire y lo expulsó con fuerza.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con temor.

—Que lo recuerdo todo. —Negó con la cabeza no queriendo asustarla—. Los momentos felices, pero también los amargos. Lo que sucedió con Sybill, cuando me envenenaron con aquella flecha, cuando te secuestraron y estuve a un paso de perderte —recordó, haciendo una mueca de dolor.

—No debes forzar tu mente —le pidió ella, tocando suavemente su herida casi sanada—. Puede dañarte.

—Al contrario. —Le sonrió él, acariciando su mejilla—. Los malos recuerdos hacen que valore lo afortunado que soy por tenerte —murmuró—, por todo lo que he compartido contigo y que jamás me había atrevido a ni a soñar.

—Me hace tan dichosa que te hayas recuperado —admitió sin reprimir los deseos de volver a abrazarlo, y envolviéndola él con su calor—. Sé cuánto te mortificaba tu amnesia y temía que no consiguieras ser feliz a pesar de tus esfuerzos.

—¿Es que tú te conformabas con un esposo amnésico? —bromeó ante su insólita confesión, aunque Gabrielle se separó ligeramente para clavar sus ojos en él.

—Sólo necesitaba tu amor, no que me recordases —apuntó con firmeza, y a Nicholas le dio un vuelco el corazón.

Estrechó su abrazo para acercarla más a él y comenzó a deslizar las yemas de los dedos por aquellos labios tan amados. Y Gabrielle ahogó un suspiro mientras veía la mirada de su esposo transformarse en caricia ardiente...

—¿Por eso tratabas de reconquistarme? —preguntó con voz profunda.

—Yo... yo no trataba de reconquistarte —replicó, aunque un leve titubeo la delataba.

—El periodo en el que tuve amnesia sigue muy presente en mi memoria —le aclaró con sonrisa torcida—, y ya admitiste que la otra noche pretendías hacerme enloquecer con la sensualidad de tu danza.

Gabrielle iba a replicar, pero Nicholas se lo impidió tapándole la boca con los dedos.

—Y sigo sin lamentarlo... Sin embargo, sí lamento el tiempo que

hemos perdido. —Se le oscureció la mirada, y su esposa se estremeció entre sus brazos—. Me siento como si no te hubiera besado en siglos y, aunque hemos hecho el amor, mi memoria renovada extraña tu cuerpo y tu sabor.

—Nicholas...

—Necesito hacerte mía —le confesó con ardor, y Gabrielle creía que iba a desfallecer a causa del repentino deseo que su esposo provocó en ella.

—¿Y qué te detiene? —preguntó, con los ojos entrecerrados, tentadores.

—Sólo espero el violeta de tus ojos —murmuró, deslizando el pulgar sobre sus labios.

Y ella exhaló un suspiro lleno de su propio anhelo.

—Te he extrañado tanto, Gabrielle —susurró ya sobre sus labios, mas buscando aquel brillo violáceo que lo deslumbró antes de devorarlos con ansia.

Ahogó un gemido al embriagarse de su sabor, acariciando aquella boca a placer. No necesitaba su memoria para reconocer los labios de su esposa, pero volvió a recorrerlos, saborearlos y grabárselos a fuego sobre la piel de su propia boca. Era un eufemismo decir que la extrañaba, en realidad estaba hambriento de ella, de su esencia y la tersura de su piel, de las curvas de su cuerpo y su aroma, de sus besos y caricias, de su pasión al amarlo... Y Gabrielle se rendía a su deseo porque era el mismo que la dominaba a ella.

Se deshicieron de la barrera de sus ropas antes de caer sobre la cama, mientras sus cuerpos, ávidos el uno del otro, se buscaban con desesperación, con una necesidad que amenazaba con aniquilarlos si no satisfacían ese afán apremiante de pertenecerse.

Una corriente de vida lo traspasó mientras se hundía en el cuerpo de su esposa, que lo envolvía en suave abrazo de satén. Por fin había regresado, había encontrado el camino a su hogar y que lo conducía directamente hacia el alma de Gabrielle, hacia aquel corazón que latía en su pecho... en compañía del suyo.

Capítulo 20



La noche avanzaba y, sin embargo, Erick no era capaz de conciliar el sueño, así que consumía el tiempo contemplando a su esposa dormida. Después del alumbramiento, las doncellas se esforzaron en cambiar las sábanas de la cama y en ponerle otro camisón limpio a Claire sin que tuviera que salir del lecho, incluso su madre le ordenó los cabellos para que descansase más cómoda, aunque Deanna le había reclamado su parte de alimento y arrumacos correspondientes antes de permitirle hacerlo.

Debía estar exhausta, pero, aun así, dormía plácidamente, hermosa, con las mejillas sonrosadas y una expresión de dulce dicha en su rostro. Él, sin embargo, aún sentía el corazón atenazado por el terror al haber estado a un paso de perderla, de perderlas a ambas.

De pronto, Deanna se removió en su cuna, lanzando un pequeño quejido y, como si hubiese sido el sonido de un trueno, Claire se despertó de súbito, guiada, sin lugar a dudas, por ese instinto maternal que une a una madre con su hijo hasta en el sueño más profundo.

—Tranquila. —La detuvo él cuando trató de incorporarse—, y recuéstate. Es el mejor momento para seguir las indicaciones de Gabrielle.

—Sí, sí —concordó ella volviendo a tumbarse, aunque colocándose de lado mientras Erick iba hasta la cuna para coger a la niña que comenzaba a sollozar—. Es que, durante un segundo, he olvidado dónde estaba. Sólo sabía que debía ir en busca de Deanna.

—Pues aquí estoy yo para ayudarte en ese menester —respondió

mientras colocaba a la niña en la cama, cerca de su pecho.

—Ciertamente, los consejos de mi prima están siendo muy útiles —murmuró Claire, aliviada, viendo que la niña comenzaba a mamar con energía—. Túmbate con nosotras, anda —le pidió entonces a su esposo que se dirigía a un butacón.

Erick, por su parte, no replicó. No le importaba reconocer que deseaba estar cerca de ellas tanto como fuera posible, así que accedió a la petición de Claire y se tumbó de costado frente a ella, dejando a la niña entre los dos. Entonces, comenzó a acariciarle la cabecita. Tenía el cabello muy fino y oscuro, lo había heredado de su madre, al igual que la piel clara, pero él seguía esperando que le llevase la contraria en todo y tratase siempre de salirse con la suya.

—¿Por qué sonríes? —Escuchó de pronto que le decía Claire.

—¿Estoy sonriendo? —preguntó, mirándola un tanto extrañado.

—Como un tonto —se burló su esposa.

—Creo que me he vuelto a enamorar —le respondió, bajando la vista hacia la niña, y Claire lanzó un resoplido de fingido malestar.

—¿Una vez satisfechos tus deseos de tener una hija, ya soy reemplazable?

—Jamás podría reemplazarte por nadie. —Se esbozó en sus labios una sonrisa torcida—. Y ése es básicamente el problema, porque necesito amaros a las dos.

Entonces Claire, escandalizada, posó levemente la mano sobre la oreja de la niña.

—Habrás visto, hacer alarde de tu liviandad frente a tu hija —murmuró en un tono duro y Erick no pudo evitar echarse a reír. Se inclinó cuidadosamente sobre ella y besó sus labios.

—Te amo inmensamente —le susurró, mientras Claire le acariciaba la mejilla.

—Y yo a ti —respondió—. Y soy tan dichosa... —añadió, colocando la mano delicadamente sobre el cuerpecito de su hija—. Aún no puedo creer que ya la tengamos aquí, con nosotros.

—Pues yo he tenido serias dudas —lamentó él.

—Pero Erick...

—Perdóname, no puedo evitarlo —se excusó—. En este preciso

instante, soy el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra, mas no será fácil olvidar que, hace tan sólo unas horas, creí que iba a morir de dolor al saber que era probable que os perdiera a las dos. Y aún siento muy vivo en mí el terror que he sentido al pensar que debía seguir mi camino solo, sin ti.

—Yo, lo siento tanto —susurró con pesar, posando de nuevo la mano en la mejilla de su esposo, quien la tomó para besarle los nudillos y sostenerla entre la suya.

—¿Qué tienes que sentir tú? —Negó él, esforzándose por sonreír.

—Tal vez fui una egoísta al insistir en que tu padre debía salvarla a ella en vez de a mí —le confesó al ser consciente de lo que significaba su decisión.

—Yo sé que no podría haber sido de otra manera —tuvo que admitir—. Te habrías sentido culpable toda la vida por haberla dejado morir y me habrías culpabilizado a mí por dejarte vivir sin ella.

—Veo que soy transparente para ti —dijo con tristeza.

—Yo espero serlo también —le respondió, colocándole un mechón tras la oreja—. No quiero que vuelvas a dudar de mi amor por ti.

—Yo fui la culpable de aquel malentendido —le recordó Claire, viendo que sacaba a colación su ataque de celos a causa de la presencia de la Princesa Adrienne.

—No —respondió Erick con rotundidad, apretando el puño en un arranque de rabia que pudo contener—. Debería haberte confiado mis sentimientos y no tomar decisiones erróneas en nombre de mi amor por ti.

Claire asintió, recolocando a Deanna en su pecho, pero observó a su esposo unos segundos, en silencio.

—¿Por qué estamos hablando de esto ahora? —le preguntó un tanto recelosa—. ¿Sucede algo?

—Sucede que no quiero perderte por nada del mundo —afirmó con pasión—. Esta noche he estado a un solo paso y únicamente sentía deseos de morir contigo.

—No podías hacer eso —murmuró Claire con dulzura—. Ella sólo te tendría a ti.

—Y yo sólo la tendría a ella, pero... no habría sido suficiente.

Claire vio que los ojos de su esposo se humedecían, reflejo de un dolor que lo mortificaba, rompiéndolo por dentro. Claire enjugó una de aquellas lágrimas que solitaria comenzó a recorrer su rostro y después tomó su mano y la llevó hasta su propia mejilla.

—Estoy aquí, Erick. —Presionó ahora un poco más—. Deja de sufrir, olvídale —le pidió—. Yo también me sentí perdida cuando te marchaste a Adamón en busca de Gabrielle. Podrías haber muerto en aquellas tierras, lejos de mí. —Giró su rostro un instante, para besarle la palma—. Pero entonces comprendí que ese miedo no te haría volver ni te libraría de los peligros a los que te enfrentarías, así que sólo me restaba tratar de ser fuerte y confiar en ti.

—¿Desde cuándo eres tan sabia? —bromeó él, aunque con mirada triste.

—Ahora que soy madre debo serlo —le siguió ella el juego—. Aunque ella no está muy interesada en mi sabiduría, pues se ha quedado dormida —apuntó con diversión.

Erick le sonrió y comenzó a incorporarse de la cama, con lentitud. Entonces, tomó con mucho cuidado a Deanna y la dejó en su cuna.

—Aprovecha que se ha dormido para descansar tú también —le sugirió a su esposa.

—Creo que descansaría mejor si te sintiese a mi lado —apuntó con gesto inocente, sugerencia que Erick no dudó en satisfacer. Aunque, una vez que se colocó frente a ella, no pudo reprimir el impulso de estrecharla entre sus brazos y besarla con intensidad—. ¿Por fin te has convencido de que me tienes aquí contigo? —preguntó ella cerca de sus labios.

—Ahora, sí.



Faltaba muy poco para el Solsticio de Verano, un tiempo muy breve en el que Anyan tendría que hacer frente a su destino... aunque no importaba cuándo fuera, pues ni en un millón de años podría aceptarlo... Mas debía disimular, mostrarse nerviosa, ansiosa por que

su piel desnuda recibiese los primeros rayos con los que el Astro Sol les obsequiase en el amanecer del solsticio, para bendecirla e iluminarla, justo antes de que Korw la tomase y vertiese su semilla en su interior.

Le repugnaba tanto la idea... Sólo pensar en que Korw pudiera tocarla, besarla... poseerla... le producía arcadas, y no precisamente a causa de su preñez. No sabía si sería capaz de disimular, de mostrarse solícita, complacida ante las caricias del soberano... tal vez si pensaba en Francis mientras... ¡No! Se sentiría aún más indigna si manchaba el más bello recuerdo que conservaba, el único de toda su vida. Pero se esforzaría en parecer satisfecha y halagada con las atenciones de Korw... y complaciente.

Que la Noche Oscura se la tragara de una vez... Si de igual modo iba a morir, ¿por qué alargar tanto esa agonía? Y si no tuviera la mínima esperanza de que aquello se solucionara de alguna forma, ella misma habría puesto fin a su vida.

Se hizo un ovillo en la cama, escondiendo el rostro contra la almohada que se tragó sus sollozos y abrazándose el abdomen. Su hijo debía vivir... aunque ella muriese, aquella criatura fruto de su amor por Francis debía vivir. Cada día ahogaba los deseos de ir a buscarlo, de advertirle acerca de lo que estaba sucediendo, mas ¿cómo hacerlo con Moira en aquel castillo? ¿Y cómo huir de Adamón, siendo ella quien era? Incluso Griän, como su Preceptor, estaba atado de pies y manos, y no había nadie más en todo ese reino en quien confiar.

De pronto, alzó su rostro hacia la ventana mientras una punzada dolorosa le cruzaba el pecho ante una realidad en la que no se había detenido a pensar hasta ese instante, justo cuando la alborada comenzaba a enrojecer el horizonte suavemente... ¡Cómo era tan ilusa! Tal vez, todo sería en vano. Restaban justo catorce días para el solsticio, lo que significaba...

—Anyan. —Se escuchó de súbito un susurro tras la puerta, y la joven se apresuró a abrirle la puerta a su hermano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en voz baja, mas notablemente nerviosa, asomándose al pasillo para cerciorarse de que nadie lo había seguido antes de cerrar la puerta.

—Sólo quiero saber si estás lista para lo que viene —apuntó ceñudo, y ella lo miró estática, colocando una mano en su abdomen y la otra en la garganta, y reprimiendo un sollozo.

—Tal era mi afán de ocultarle al Rey del Amanecer mi estado que olvidé lo obvio: que posiblemente esta criatura no sobreviva al día de hoy —recitó con el rostro empapado en lágrimas—. Griän... —musitó—, el Ritual de Purificación.

—Tranquila —le dijo él al verla palidecer, pero Anyan sentía que sus piernas no la sostenían, así que se dejó caer en la cama, sentándose su hermano a su lado—. Yo me encargaré de que nada te suceda.

—Pero ¿cómo? —inquirió ella con una mirada a medio camino entre la incredulidad y la esperanza.

—Prepararé dos brebajes —respondió con rotundidad—: Un Elixir Catártico para el rey y un cocimiento completamente inocuo para ti.

—Eso es muy arriesgado. —Negó Anyan.

—¿Prefieres arriesgarte a que tu bebé muera a causa de las hierbas de ese brebaje, Anyan? —espetó un tanto molesto—. Sabes perfectamente de qué está compuesto. No en vano su misión es la de purificar, y no sólo el alma, sino también el cuerpo.

—Tienes razón —musitó ella, sorbiendo sus lágrimas—. Pero...

—Obviamente no entrarás en trance como el Rey Korw. —Agitó una mano con nerviosismo, queriendo seguir con su explicación—, pero bastará con que pongas los ojos en blanco y sacudas tu cuerpo, que trates de imitar su reacción. ¿Podrás hacerlo?

Anyan asintió con la cabeza repetidas veces. Su hermano iba a correr un gran riesgo por ella, así que no podía fallarle ni a él, ni a la criatura que llevaba en su vientre.

Cuando Griän se convenció de su respuesta, dio un resoplido de conformidad, e iba a levantarse de la cama cuando lo pensó mejor. Se inclinó sobre ella y la estrechó entre sus brazos. Fue poco más de un segundo, Anyan apenas tuvo tiempo de corresponderle, pero de igual modo le entibió el corazón.

Cuando su hermano se retiró, Anyan sintió que fuerzas renovadas la invadían. Con una sonrisa en los labios, se puso en pie y se acercó a la ventana, y tres figuras masculinas se desdibujaban en el patio

exterior, caminando, sin lugar a dudas, hacia el Patio de Armas, donde se realizaría el ritual. Uno de aquellos hombres dirigió la mirada hacia ella, Korw, y Anyan se esforzó para que su sonrisa fuera deslumbrante y encantadora, e inclinó levemente la cabeza a modo de saludo.

Korw desvió la mirada de ella y apretó los puños, tratando de que la rabia de sus pensamientos se transformase en otro sentimiento de igual e intensa naturaleza: la lujuria. No quería que la conexión de sus mentes lo delatara, no podían saber de su recelo, pues aún dudando de la inocencia de Anyan, Korw deseaba someterla a sus deseos a cualquier precio... Sí, la disfrutaría, la dominaría, la obligaría a darle placer de las formas más insospechadas...

—Contrólate, ¿quieres? —farfulló su abuelo, tensando la mandíbula.

—Déjalo, padre. —Sonrió Quyosh, dibujándose una mueca libidinosa en su rostro—. Sangre joven corre por sus venas.

—Al contrario que por las mías —recitó Günes en tono lastimero.

—Ya hemos hablado de eso —espetó su hijo, disminuyendo el paso unos segundos—. Nunca se han realizado sacrificios en el Ritual de Purificación. Es de los pocos ritos que no se centran en el Astro Sol, y lo sabes —le recordó.

—Sí, lo sé —masculló, furibundo—. Pero estoy sediento —sentenció con los dientes apretados—. Viajar primero hasta Los Lagos y, luego, hasta aquí, ha hecho mella en mis energías que ya no son las de un jovencito. —Miró de soslayo a su nieto.

—¿Por qué no satisfaces tu sed con alguna sirvienta incauta? —le propuso Korw con sonrisa ladina.

Günes no pudo evitar relamerse... la boca se le hacía agua...

—¿Vas a deshacerte tú del cadáver? —escupió de pronto Quyosh, que miraba con profunda desaprobación primero a su hijo y luego a su padre—. Ahora más que nunca debemos guardar las apariencias —le recordó con dureza, dirigiendo la vista a su alrededor con cautela—, tanto para nuestra gente como para la de Hrodgar. No podemos matar a sus mujeres por más sedientos que estemos. Su desaparición les haría desconfiar indudablemente de nosotros, que no somos más que unos extraños —razonó—. Y, por otra parte, incluir de

manera tan inusitada un sacrificio en el ritual podría despertar suspicacias en nuestra gente. El estar fuera de Hãe los vuelve desconfiados, los noto intranquilos... al igual que a vosotros.

—Son las ansias de que todo termine —se excusó Korw, y Günes asintió, secundándolo, aunque Quyosh los miró con el ceño fruncido durante unos instantes.

—Apuremos el paso —dijo entonces—. Pronto asomarán los rayos del Astro Sol por encima de las almenas.

Cuando llegaron al Patio de Armas, tanto la Corte como la servidumbre Hãe, al igual que Hrodgar y algunos de sus siervos en actitud curiosa, se agolpaban bordeando el patio, en cuyo centro se erigían dos plataformas de madera cuya superficie superior estaba cuidadosamente recubierta de mullida lana.

El silencio se hizo al instante cuando el gentío vio a los soberanos quienes, con paso solemne, se dirigían hacia el lugar donde se realizaría el ritual. En esta ocasión, como una excepción y porque así lo demandaba el rito, quien encabezaba la marcha era Korw, caminando en el centro, flanqueado por su padre y su abuelo.

Apenas llegaban a las plataformas cuando Anyan hizo su aparición, con porte erguido y orgulloso, enfundada en la acostumbrada y negra capa Hãe, y seguida a pocos pasos por Griän, quien portaba una bandeja con sendos recipientes.

La joven cruzó la plaza sabiéndose el centro de atención de todos los presentes, de los soberanos y, sobre todo, de Korw, que parecía querer descifrar su alma con su mirada inquisitiva. Pero ella sonreía, alzaba la barbilla mirando hacia el frente con seguridad, sintiéndose poderosa, o tratando de aparentarlo al menos, y no apartó la mirada del rey ni un segundo.

Al llegar a las plataformas se colocó frente a él y le dedicó una profunda reverencia, permaneciendo arrodillada a sus pies hasta que él lo creyó oportuno, alargando la mano para ayudarla a erguirse. Entonces, tanto Quyosh como Günes se acercaron al joven y lo despojaron de la capa que también lo cubría por completo, y bajo la que no vestía ropaje alguno. Y, mientras tanto, Araw se acercaba a Anyan para hacer lo mismo, dejándola también desnuda frente al

soberano, frente a todos.

Anyan se sintió expuesta, avergonzada, sucia... Y ya no sólo por las miradas que le dedicaban los presentes, sino por la de Korw que se la estaba comiendo con los ojos. Lo veía regocijarse, recreándose en la visión de su cuerpo desnudo, y en sus pupilas crepitaba el deseo lascivo e impuro que lo dominaba... no como las de Francis, en las que siempre brilló la devoción, la adoración hacia ella.

Sintió deseos de escapar, de salir corriendo, mas, en cambio, irguió los hombros y la postura, mostrándose ante él con su actitud procaz y su mirada de complacencia, y una leve sonrisa de satisfacción se asomó al semblante del soberano.

A los pocos instantes, los rayos del sol invadieron aquella plaza, siendo ésa la señal que marcara el inicio del ritual.

Los acompañaron a sus respectivas plataformas y los ayudaron a subir a ellas. Ya sentados, Griän les alcanzó los brebajes, y el tenue brillo que Anyan adivinó en sus ojos le dijo que no debía temer. Bebió todo el contenido de aquel suave e inofensivo cocimiento de escaramujo, hasta la última gota, al igual que lo hacía Korw, y ambos se tumbaron sobre la esponjosa superficie, aguardando que la poción hiciera su efecto.

Korw fue el primero en sacudirse, ahogando un gemido que bien parecía un lamento venido del Inframundo y, viendo los espasmos que agitaban su cuerpo, era fácil comprender lo doloroso de aquel trance... Y entonces Anyan echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito al cielo, arqueando su espalda y moviendo brazos y piernas de forma errática, al igual que el rostro de un lado al otro, como si hubiera estado poseída por el más terrible de los demonios.

Nadie podría sospechar lo cuidadosa que estaba siendo al apenas comprometer su abdomen a semejantes sacudidas, agradeciendo que la lana hiciera su labor a la perfección y absorbiera la violencia de sus movimientos. Cerraba los puños, encogía los dedos de los pies y apretaba los párpados, todo para fingir aquel trance en el que debía estar sumergida. Y entonces, dejó de escuchar los gemidos de Korw y, con disimulo, lanzó su mirada hacia él, viendo que caía rendido sobre la plataforma, con el cuerpo laxo, empapado en sudor y los ojos

cerrados... parecía inconsciente. Así que ella alargó la pantomima un par de segundos más y se detuvo de súbito, dejando caer su cuerpo sobre la plataforma, como si le hubieran arrebatado la vida repentinamente.

Se percató de que el silencio reinaba en aquella plaza, y no sabía si para bien o para mal. ¿Habrían creído su actuación? ¿Los habría engañado? ¿Aquel silencio era fruto de la solemnidad del rito o de que estaban a punto de desenmascararla...? Pero ella no tenía más opción que mantener los párpados cerrados, aguardando...

Günes y Quyosh acudieron a asistir a Korw quien, en efecto, había perdido el sentido. Ambos soberanos lo cubrieron con su capa, pero dejaron que fueran Antü y Cam quienes se hicieran cargo de su cuerpo inerte para trasladarlo a sus aposentos, mientras Anyan...

Ella seguía con los ojos cerrados, concentrándose en que se mantuvieran así, al igual que su cuerpo en estado laxo. Y el temor se apoderó de ella al no saber quién cubría su cuerpo ni reconocer los brazos que la alzaban y la trasladaban hacia un destino desconocido.

El sonido de los pasos se hizo más grave, y la luz era más tenue a través de sus párpados, pero seguía sin indicios del lugar al que la llevaban. ¿Tal vez ante los soberanos o a las mazmorras a la espera de que los reyes decidieran su sino?

Mas, de pronto, escuchó el sonido de una puerta al cerrarse, y su espalda recibió el frescor de unas sábanas mientras un lecho mullido acogía su cuerpo que trataba de ahuyentar la tensión y el miedo mientras un suave tejido la cubría.

—Anyan... —Escuchó entonces, reconociendo al instante la voz de su hermano.

Ella abrió los ojos y lo miró con una angustiosa duda en la mirada, y Griän se limitó a asentir, sonriendo levemente.

Anyan se irguió y se abrazó a su hermano, rogando consuelo y cobijo, y él la refugió en su regazo, acariciando su cabello y su espalda, y consolando aquel llanto desgarrador, producto del miedo y la desesperación.

Capítulo 21



Nicholas aguardó en la cama mientras Gabrielle revoloteaba por la habitación. Apoyó la espalda en la cabecera de la cama y colocó una de las manos en su nuca, sin poder evitar que una sonrisa asomase a sus labios.

—Ya lo tengo —anunció de pronto su esposa con voz risueña, mientras se acercaba a él con una de sus túnicas de gala entre las manos—. El Rey Nicholas ha vuelto, así que debes vestirme para la ocasión.

Entonces, alargó una de sus finas manos y Nicholas obedeció su gesto levantándose de la cama y yendo hacia ella. Al instante, tras darle un ligero beso en los labios, Gabrielle abordó la labor de vestirlo. Era insólito cómo aquella tarea tan cotidiana podía ser tan gratificante para ambos, aunque la explicación era bastante sencilla: A Gabrielle le encantaba cuidar de Nicholas, y a él sus atenciones le hacían sentirse amado.

Nicholas observó en silencio sus movimientos precisos mas cuidadosos, aunque la expresión de su rostro le decía que algo le rondaba por la mente.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó, curioso.

Gabrielle sacudió la cabeza y sonrió al sentirse descubierta.

—Me preguntaba si también recordabas tu accidente —le explicó.

—Pues no me había parado a pensar en ello —reconoció—, pero ahora que lo mencionas, sí lo recuerdo y no deja de ser extraño.

Gabrielle lo miró de reojo y supo por su silencio que estaba

recreando aquel momento en su mente. Sin tratar de interrumpirlo, tiró de él gentilmente y lo llevó hasta la cama, donde lo instó a sentarse. Entonces ella se arrodilló a sus pies y comenzó a ponerle las botas. Cuando hubo terminado, cruzó los brazos encima de sus rodillas y apoyó la barbilla en las manos, elevando la mirada hacia él, aguardando.

—Yo no me caí del caballo. —Lo oyó susurrar de pronto con la mirada extraviada—. Perdí una pieza a la que acababa de dispararle una de mis flechas y me empeñé en ir tras ella. Pero yo no me caí de la montura, el caballo fue el que cayó, como si hubiera metido una pata en un agujero o hubiera tropezado con algo. Luego, desperté en la cabaña de Moira.

—Suerte que ella te encontró. —Gabrielle lanzó un suspiro de alivio.

—Sí —respondió él, aunque seguía ausente.

—¿Qué sucede? —Irguió ella el rostro.

Nicholas parpadeó un par de veces y, finalmente, la miró.

—Algo no está bien —murmuró con tono grave—. Yo estaba pendiente de que no se me escapase aquel ciervo y era fácil pasar por alto un agujero en el camino, pero un caballo mira por donde pisa.

—¿Qué insinúas? —Gabrielle alzó la voz una octava.

—Nada, nada —le aseguró con una sonrisa, tratando de no alarmarla—. Es muy posible que, entre la maleza y las hojas caídas, el animal tampoco lo haya visto —le explicó, acariciando su mejilla.

—Se te ha pasado por la mente que lo provocó alguien, ¿verdad? —temió ella.

—¿Ves? He regresado completamente —apuntó con tono desenfadado—. Cautela es mi segundo nombre. —Le pellizcó la nariz con gesto juguetón—. Estamos en tiempos de paz y no tenemos enemigos, al menos no declarados, así que tranquila.

Gabrielle asintió y dejó que la mano de su esposo se deslizase hasta su nuca para tirar de ella y acercarla a él y poder besar sus labios dulcemente. Pero, de pronto, Ilsik comenzó a llorar demandando su ración de mimos y alimento.

—Ya voy —recitó Gabrielle con voz cantarina—. Mira que eres

impaciente.

—Y exigente —añadió Nicholas, acercándose con ella a la cuna al querer ser él quien lo tomase.

Entonces, Ilsik alzó sus pequeñas manos hacia el rostro de su padre y lanzó una risita.

—Parece ser que también siente que has vuelto —murmuró Gabrielle.

—Lo que sí sé es que es demasiado inteligente. —Sonrió Nicholas llenó de orgullo—. Será un gran rey.

—Como lo eres tú.

El momento de reconocimiento pasó, pues Ilsik comenzó a quejarse de nuevo.

—Está bien. —Gabrielle lo tomó de brazos de Nicholas y se dirigió a la cama para amamantarlo.

—Si no te importa, voy al torreón a hacer un par de cosas que he recordado que dejé pendientes —le dijo.

—Pero vendrás a desayunar, ¿no? —le preguntó ella.

—Claro que sí —le aseguró él.

Antes de marcharse, se acercó ella y depositó un cálido beso en sus labios. Gabrielle lo vio irse, dedicándole una sonrisa cuando él se giró a mirarla antes de cerrar la puerta, mas su sonrisa se esfumó cuando esa suposición gestada de la nada en aquella recámara invadió su mente.

Nicholas no era de los que se tomaba ese tipo de cosas a la ligera y estaba completamente segura de que tampoco lo hacía en esa ocasión, aunque hubiera tratado de convencerla de lo contrario. Ilsik debió notar su inquietud porque empezó a agitarse, y Gabrielle comenzó a mecerlo para calmarlo. Ojalá las palabras que Nicholas había utilizado para tranquilizarla fueran ciertas y nada viniese a quebrar los tiempos de paz que corrían en el reino.



—¿Es normal que coma tan a menudo? —preguntó Erick quien, recostado al lado de su esposa, observaba maravillado mientras Claire amamantaba a su hija.

—Claro que sí —apuntó ella, divertida—, sobre todo al principio.

—Entonces, tú también debes alimentarte bien. —Le besó la frente en un gesto protector—. Y descansar todo lo que puedas.

—Sí, mi señor.

Erick hizo una mueca mostrando su desagrado.

—Sigue sin gustarme cómo suena eso —replicó, conteniendo la risa.

—Pues Gabrielle ha vuelto a llamar así a Nicholas tras su regreso —le contó.

Erick frunció el ceño con incredulidad, pero terminó dándose por vencido.

—Ciertamente, esos dos han sufrido demasiado —tuvo que admitir.

—Las cosas van mejorando —replicó Claire.

—Sí, pero nunca estarán bien del todo si Nicholas no recupera la memoria —discrepó él—. Jordan y yo podemos seguir ayudándole por un tiempo, pero sabes que algún día nosotros tendremos que regresar a Meissen, y Jordan, a Asbath.

—¿Crees que no podrá desempeñar sus funciones como rey correctamente? —Su esposa lo miró con asombro.

—Claro que sí —se apresuró en contestar al comprender que lo había malinterpretado—. Es sólo que puede necesitar nuestro apoyo. No puedo hacerme ni una mínima idea de la impotencia y desesperación que sentiría si no pudiera recordar mi vida, me sentiría perdido.

Claire asintió con la mirada ausente, pensando en las palabras de su esposo.

—En cualquier caso —prosiguió Erick, cambiando el tono a uno más animado—, aún falta algún tiempo para que eso suceda. Tú debes reponerte del todo y debemos celebrar el bautizo de nuestra pequeña.

—De nuestros pequeños. —Escucharon de pronto la voz de Gabrielle en el umbral de la puerta—. Estaba abierta —señaló,

excusando su intrusión.

—Habrá sido mi madre que vino a ver si se nos ofrecía algo —supuso Erick mientras le hacía una señal con la mano para que pasase.

—Yo venía a presentarle a Ilsik a su nueva prima. —Se acercó a ellos con el niño en sus brazos.

—Pues, viendo que quedas en buenas manos, voy al Torreón Sur a echarle una mano a Jordan antes del desayuno —decidió, haciéndole a Claire una seña, quien también recordó su reciente conversación.

—Ve, estaré bien. —Sonrió ella, antes de recibir un beso en los labios por parte de su esposo.

—Siendo así, te encontrarás con Nicholas —apuntó de pronto Gabrielle con desenfado, mientras se sentaba en la cama—. Parece ser que ha recordado que tenía algunos asuntos pendientes.

Erick, quien ya caminaba hacia la puerta, paró en seco. Entonces, se giró hacia Gabrielle con una expresión de infinito asombro en el rostro y una clara pregunta en la mirada.

Finalmente, Gabrielle asintió con una gran sonrisa en los labios.

—Tu esposa hizo que recuperara la memoria.

—¿Yo? —exclamó Claire, atónita.

—Cuando te vio lista para dar a luz. —Se giró hacia su prima—. Recordó el momento en el que él mismo recibió a nuestro hijo. Y, a partir de ahí, vino todo lo demás.

—Debo ir a verlo enseguida —decidió Erick con la dicha reflejada en su rostro.

Volvió sobre sus pasos para besar de nuevo a su esposa y se detuvo un instante para besar a Gabrielle en la frente.

—No sabes lo feliz que me hace esta noticia —añadió antes de salir a la carrera por la puerta.

Mientras tomaba el corredor, Erick alcanzó a escuchar las risas de las dos mujeres y ciertamente era lo propio, pues era un día para celebrar por muchísimas razones. Estaba tan distraído que se tropezó con dos doncellas que cuchicheaban alegremente y que estuvieron a punto de hacerlo caer.

—Disculpadnos, Alteza —se excusó una en nombre de las dos—,

pero es que hemos sabido que su Majestad...

—¡Ha recuperado la memoria! —finalizó la otra el atropellado anuncio.

—Ya lo sé —les informó él con hilaridad, imaginando que no tardaría en saberlo todo el castillo.

Cuando llegó al despacho de Nicholas, Jordan y él hablaban animadamente y, por la actitud de Jordan, supo que ya estaba enterado.

—A mí me lo ha dicho una doncella —le dijo con diversión cuando lo vio entrar—, ¿y a ti?

—Gabrielle —respondió casi sin aliento por la carrera. Entonces, se aproximó a su primo y lo abrazó con fuerza.

—Creo que mi amada esposa me ha negado la oportunidad de anunciárselo a alguien yo mismo —apuntó en lo que era una falsa queja. Aquello era típico de Gabrielle y no podría haber sido de otra forma.

—¿Y te sientes bien? —preguntó Erick, queriendo asegurarse—. ¿Mareos, algún vahído?

—Como nuevo. —Le sonrió.

—Y entonces, ¿qué diantres haces aquí? —Le golpeó Jordan amistosamente en el hombro—. Deberías estar celebrando.

Sin embargo, la expresión de Nicholas se tensó. Abrió uno de los cajones de su escribanía y sacó unos papeles.

—¿La nueva muralla? —preguntó su cuñado con extrañeza—. Desechamos esa idea por estar en tiempos de paz.

—He recuperado completamente la memoria, ¿recuerdas? —apuntó Nicholas en lo que debía haber sido una broma de no ser por su expresión seria.

—¿Qué pasa, Nicholas? —quiso saber su primo.

—Necesito preguntaros algo —repuso, notablemente inquieto—. ¿Encontrasteis mi caballo tras mi accidente?

Ambos hombres asintieron como respuesta.

—¿Estaba bien?

—Perfectamente —respondió Jordan.

—Entonces, descartada una posible rotura de una pata —murmuró

Nicholas para sí mismo, aunque ambos hombres lo escucharon y, conociéndole como lo conocían, aquello sólo podía significar que había una idea rondándole insistentemente la cabeza.

—¿Y se os ocurrió revisar los herrajes? —preguntó de pronto, como si la cuestión acabara de asaltarle la mente.

—El rey había desaparecido. —Jordan irguió la postura—. Fue lo primero que hice y no vi nada raro.

Nicholas asintió, distraído. Conociendo a Jordan, eso era de esperar.

—¿Qué diablos pasa? —se impacientó Erick.

—Yo no me caí del caballo —le respondió—, ambos caímos. ¿Había algún agujero o desnivel?

—No —volvió a responder Jordan—. Pero tampoco sabemos si, donde estaba el caballo, era donde habías caído tú. Tal vez, Moira vio algo raro cuando te encontró.

—Me he desviado hasta la cocina antes de venir aquí para preguntárselo y no ha sabido responderme —les narró, comenzando a deambular por la estancia—. Sólo que estaba cerca de un lago, sin rastro de alguien por los alrededores, ni amigo ni enemigo.

—¿Crees que fue un atentado? —formuló Erick la pregunta con total incredulidad tras su comentario, caminando hacia él para que se detuviera y le prestara atención—. Pero si corren tiempos de paz. Ningún reino se ha levantado contra ti.

—No hace falta irse tan lejos —apuntó Nicholas—. El nuevo sistema de recaudación está levantando ampollas entre mis señores feudales, habrá un gran descontento en más de un caso. ¿O habéis olvidado a Lord Durstan?

—Ese mequetrefe apareció después de tu accidente —le recordó Jordan, uniéndose a ellos con un par de zancadas.

—Lo sé, pero no quita que algo se esté gestando fuera de estas murallas —discrepó Nicholas, mirando a ambos—, por lo que debemos estar preparados. Quiero mandarles una misiva a Patrick y Steve para que vengán cuanto antes y me den personalmente un informe con todo lujo de detalles.

—De acuerdo —asintió Erick, palmeando su brazo, tratando de

infundirle confianza—, pero acaba de nacer mi hija y tú has recuperado la memoria. ¿No podrías dejar de lado esta repentina manía persecutoria y disfrutar de estos días de celebración?

Nicholas alzó una ceja, como si dudara en consentirle esa manera de hablarle, aunque falló estrepitosamente cuando vio por el rabillo del ojo cómo Jordan trataba de contener la risa.

—Deseo comenzar con la construcción de la segunda muralla en cuanto terminen los festejos por el nacimiento de nuestros hijos —dispuso Nicholas, sin embargo, intentando otorgarle severidad a su mandato hasta que Jordan rompió a reír, siguiéndole Erick y después él—. ¡Qué demonios! —exclamó, pasándoles los brazos a ambos por encima de los hombros—. Hasta entonces, que llueva vino en este reino.

Capítulo 22



Hrodgar alzó su copa vacía y una criada corrió a servirle más vino, y que él se bebió de un trago.

—¿Deseáis más, mi señor? —preguntó ella con descaro, haciéndole saber que le estaba ofreciendo algo más que bebida, aunque Hrodgar se limitó a fulminarla con la mirada y despacharla con un movimiento de su mano, centrando su mirada de nuevo en la liza.

Estaba tan aburrido... Aquel llamado Ritual de la Purificación resultó ser un fiasco, y él necesitaba alguna distracción mientras esperaba noticias de Moira, así que improvisó unos juegos, y una buena cantidad de dinero para el ganador fue el perfecto acicate para que algunos hombres se ofreciesen a luchar. Sin embargo, no tenía intención de perder a ningún guerrero, todos serían necesarios cuando marchasen hacia Häe para conquistar esas tierras, así que serían enfrentamientos cuerpo a cuerpo, sin arma alguna, y perdería el luchador que diese con la espalda en el suelo y no fuera capaz de levantarse a la cuenta de cinco.

No corría tanto la sangre como a él le hubiera gustado, pero algunos encuentros fueron bastante interesantes. Los observaba desde un butacón que hizo disponer en uno de los extremos de la liza, para controlarla en todo momento y claro, un odre de vino no podía faltar, como tampoco un puñado de doncellas rondándole en busca de sus favores.

Sin embargo, ninguna de ellas le despertaba ni el más mínimo interés, y ese pensamiento le hacía removerse en su sitial con irritante

incomodidad. Sabía que su apetito por las mujeres no había disminuido y no quería meditar en profundidad sobre el asunto, pero el problema residía en el plural de esa palabra: sólo tenía apetito por una mujer, una en concreto.

Empezaba a creer que había sido víctima de un embrujo de los suyos o de algún brebaje que le añadió en su comida sin que él se percatara de ello, pero algo debió hacerle porque, desde que se marchó, pensaba en ella más de lo necesario.

Sí, eso tenía que ser. Sólo unas noches atrás no había tenido reparo alguno en utilizar la hierba de los dioses para ir a su encuentro en aquel sueño tan vívido que estuvo percibiendo su perfume sobre él durante todo el día. Por lo tanto, no era de extrañar que hubiera querido fastidiarlo para que no fuera capaz de retozar con ninguna mujer durante su ausencia.

Maldita hechicera.

No pudo evitar preguntarse si todo iría tan bien como ella esperaba. Según Moira, el plan era muy sencillo. Llegado el momento, intoxicaría a todo el castillo con una de sus pociones que vertería en el agua. No sabía qué extrañas plantas utilizaría, pero no los dormiría inmediatamente, sino que, cuando esa noche se retirasen a descansar, ya no despertarían jamás. Ése sería el momento en el que aprovecharían para entrar al castillo y, como necesitaban que las mujeres amamantaran a los bebés para que llegasen con vida a Adamón, a ellas se les administraría un antídoto en cuanto las encerrasen en los carruajes, que estarían continuamente flanqueados por varios de sus hombres, evitando así cualquier intento de escapar por su parte, aunque, ciertamente, dudaba que lo intentasen. Tampoco corrían el riesgo de que algún ciudadano curioso se extrañase con el trasiego de aquellas carrozas, pues irían ataviados con ropajes Häe, como si fuera una mera visita de cortesía, aunque a deshoras.

Ésa, sin embargo, era la versión con la que contaban los Reyes de Häe, pensó Hrodgar con satisfacción, pues, en realidad, los habitantes de aquel castillo sí despertarían, pero varios días después, y estarían tan debilitados que necesitarían algunos días más para recuperarse y poder ir tras ellos. Porque él se aseguraría de que supieran quién era

el causante de aquella vileza; un simple guante Hæe olvidado convenientemente en un lugar a la vista los conduciría hacia Adamón, y él, gracias a las habilidades de Moira, podría adelantarse a su llegada y abandonar el reino con el suficiente sigilo como para que los Hæe no se diesen cuenta, ni sospechasen lo que se les venía encima. No sabía si para esos entonces las mujeres ya habrían muerto en aquel famoso ritual que parecía que no llegaría nunca, pero era lo que menos le importaba ya.

Su sed de venganza se había sofocado una vez que Moira le hizo ver la posibilidad real que la ocasión les ofrecía: un nuevo reino donde establecerse como dueño y señor y sin enemigos que amenazasen la tranquila y opulenta vida de la que iba a disfrutar. Cuando Nicholas y toda su estirpe llegasen a Adamón, rezumando odio por el secuestro y muerte de sus mujeres, destrozarían a los Hæe y volverían a sus respectivos reinos con las manos llenas de sangre a modo de resarcimiento y la expectativa de una vida tan miserable que apenas tendrían deseos de vivir.

Bien pensado, ésa era la culminación perfecta para su venganza personal y, por otra parte, sus espíritus estarían tan debilitados que no tendrían fuerzas para ir hasta un reino tan lejano como Hæe donde, supuestamente, ya no habitarían más que campesinos, sin saber que él reinaría sobre ellos.

Seguía regocijándose con aquel pensamiento cuando llamó su atención un pequeño destello en el cielo. Quiso apartar la vista, restándole importancia, pero aquel resplandor titiló haciéndose, finalmente, más brillante. Entonces, se puso de pie y aguardó a que aquel brillo se oscureciera y se convirtiera en un halo negro cruzando el horizonte. Alzó su antebrazo por encima de su cabeza y un cuervo negro como la noche se posó en él: el cuervo de Moira. Llevaba prendido de una de sus patas un pequeño pergamino enrollado, así que liberó al animal de él, con delicadeza, temiendo que Moira le cortase el cuello si le sucedía algo a su cuervo. Desenrolló el diminuto pliego y una gran sonrisa de complacencia se dibujó en su cara cuando leyó su contenido.

—¡Douglas! —llamó a su hombre de confianza quien observaba los

combates con gran interés—. Que lo lleven al torreón de los cuervos —le ordenó, alargándole la sombría ave—, y hazle saber a los reyes que deseo cenar con ellos, a solas —hizo hincapié para que estuviesen los cuatro solos en esa reunión—. Además, quiero que los hombres se vayan preparando para partir.

—¿Llegó la hora, mi señor? —preguntó como si necesitara asegurarse.

—Llegó la hora.

A los reyes, por supuesto, no dejó de extrañarles aquella insólita petición, pues casi nunca solían socializar con Lord Hrodgar, a no ser que hubiera algún asunto que tratar sobre el plan que llevaban entre manos, como sería ése el caso, así que advirtieron a su corte de que no cenarían con ellos, eligiendo una pequeña sala anexa para celebrar allí la reunión y que les proporcionaría algo más de intimidad.

Estaba finalizando de servir la cena una de las sirvientas cuando se presentó Hrodgar. Se había vestido para la ocasión, cosa que los reyes agradecieron, y cuando la muchacha se iba a retirar, él la cogió de la muñeca, deteniéndola.

—No queremos ser molestados —le advirtió—. Si necesitásemos algo, ya os haré llamar.

—Sí, mi señor.

Entonces, Hrodgar inclinó la cabeza levemente, saludando así a los soberanos y se sentó frente a ellos.

—¿Debemos entender que hay noticias, Lord Hrodgar? —Quyosh fue directo al asunto, evitando perder el tiempo con formalidades.

—En primer lugar, debo confirmaros que Agatha está encinta —les anunció y los tres reyes lo miraron con asombro y una leve admiración.

—Ciertamente era necesaria la intervención de Lady Moira —apuntó Günes, inclinándose ligeramente hacia adelante, mostrando interés.

—Sería excepcional que también estuviese acertada en cuanto al sexo del hijo no nacido de la Princesa Claire —añadió Korw, un poco más receloso.

—Ese niño ya no ostenta ese título —le rebatió Hrodgar con una

sonrisa de suficiencia—. La niña nació ayer.

—Una hembra, entonces. —Juntó Günes las palmas de las manos, suspirando de alivio.

—La virgen que necesitamos —habló ahora Quyosh.

—¿Cómo no va a serlo? —murmuró Hrodgar por lo bajo con cierta aprensión, centrando su atención en el venado de su plato.

—¿Os inquieta algo? —inquirió Korw con sequedad, soltando la carne sonoramente en el plato.

—Cuando pienso en una virgen, se me viene a la mente una doncella, hermosa y pura, no una recién nacida —le explicó, frunciendo el gesto.

—Para el ritual no importa ni su belleza ni su edad. —Lo miró el joven de arriba abajo—. Y su pureza es categóricamente indiscutible, por lo que es más que apropiada para el ritual.

Entonces, los tres soberanos compartieron miradas llenas de significado, y Hrodgar supo que estaban manteniendo una de esas conversaciones silenciosas para cualquier ser sobre la tierra, excepto para ellos.

—Nos consta que Lady Moira tiene un total conocimiento de los requerimientos del ritual que rompa la Profecía. —Günes pronunció con gravedad—. Sin embargo, vuestros reparos nos preocupan y hace que dudemos de vuestra persona.

Con el rictus endurecido debido a lo que para él era una ofensa, Hrodgar apoyó las manos en la mesa, se puso en pie y se inclinó levemente hacia delante, retándolos con la mirada.

—Cuatro personas son las necesarias para poder llevar a cabo con éxito el ritual —comenzó a recitar, manteniendo su pose desafiante—. Ilsik es el más importante, imprescindible —recalcó—, pero también necesitáis a la recién nacida, a Agatha y a Gladys, la esposa del Rey Trystan. Aunque deberían acompañarlos Claire y Gabrielle para que amamenten a los bebés y los mantengan con vida hasta llegado el momento. ¿Os satisface mi respuesta? —preguntó mordaz.

Los reyes, quienes habían dejado de comer, mantenían el rostro alzado hacia él sin apenas parpadear, maravillados con su explicación.

—Ampliamente —contestó Günes con actitud solemne.

—Pues creo que lo que voy a contaros aún os satisfará más —agregó con rudeza—. Hay una princesa Gealach en el castillo de Los Lagos.

Una exclamación se alzó en la sala por parte de los tres reyes, al unísono. Y otra vez, volvieron a adentrarse en una de sus conversaciones no verbales.

—*Una adoradora de la Luna* —susurró Günes en la mente de sus consanguíneos.

—*Sería el súmmum* —apuntó Quayosh igual de silencioso—. *El broche de oro para ese ritual que romperá la profecía y proclamará las fuerzas del Rey Sol por encima de las hordas tenebrosas señoreadas por la Aviesa Luna y consignadas por siempre a su reino de oscuridad.*

—*Tienes razón en todo lo que dices, Padre* —concordó Korw—, *pero, aun así, no puedo evitar preguntarme qué regusto dejará en mi lengua su sangre cuando la matemos.*

Hrodgar tomó asiento de nuevo mientras veía a Korw relamiéndose los labios, y tuvo que reprimir una carcajada; tanto secretismo, tanta telepatía, pero resultaban tan evidentes que se podía leer en ellos como en un maldito libro abierto, y lo que Hrodgar veía era su ávida y contranatural sed de sangre en la expresión ansiosa de sus rostros y la postura tensa de sus cuerpos. Finalmente, se vio obligado a carraspear para que volvieran a posar su atención sobre él.

—Por favor, centrémonos —dijo en tono burlón y los reyes recompusieron su pose, recobrando la solemnidad—. Tan sólo faltan varios días para la próxima luna nueva y no sé si estaréis listos para llevar a cabo el ritual dado que habéis centrado vuestros esfuerzos en la celebración de la llegada del próximo Solsticio.

—Lo decís como si os pareciera una frivolidad —objetó Korw con declarado malestar—. Para nosotros, la llegada del estío es muy importante, pero en esta ocasión es de máxima relevancia dado que engendraré al próximo rey —sentenció el joven soberano con soberbia.

—¿Me estáis dando la razón entonces? —ironizó Hrodgar—. Pues dejadme recordaros que tanto Agatha como Gladys se encuentran actualmente en Los Lagos mas de forma eventual, y es muy probable

que se marchen del reino en cuanto se celebre el bautismo de la recién nacida.

—¿Bautismo? —Quyosh frunció el ceño, dando a entender su desconocimiento.

—Nosotros también tenemos nuestros propios rituales —respondió Hrodgar con seriedad—, aunque es mucho menos pernicioso, pues nos limitamos a alzar a la criatura entre nuestras manos para pedir la bendición de los Dioses, no a traspasarle el pecho con una daga y beber su sangre.

—Os estáis extralimitando. —Günes alzó la barbilla, reforzando aquella señal de advertencia, y Hrodgar bien sabía que tenía razón, como también era cierto que lo suyo no era la diplomacia; Moira era la experta en ese campo y maldito fuera si él iba a hacer el intento.

—Y yo creo que no comprendéis que ésta es nuestra única oportunidad —se negó a darse por aludido—. No podemos esperar al próximo ciclo lunar para llevar a cabo el ritual, básicamente porque me rehúso a recorrer después reino por reino para secuestrar a las mujeres, arriesgándonos a que nos descubran. Hay que aprovechar que Moira está en ese castillo, ahora.

—Hacedlo pues —accedió Quyosh—. Podemos mantenerlas retenidas hasta que podamos celebrar el ritual como es debido.

—No —negó Hrodgar con rotundidad—. Conozco a esas mujeres; son capaces de negarse a comer para morir de inanición, y no creo que os sirvan muertas.

Günes resopló, tanto por su insolencia como por su apremio.

—Entonces, deberemos posponer los preparativos de la celebración de la llegada del Solsticio —decidió, y Korw golpeó con el puño el brazo de su sitial como respuesta.

—Si invertís ese mismo empeño en estar preparados para nuestra llegada, todo saldrá a la perfección —alegó Hrodgar con sonrisa sardónica y, antes de que los soberanos pudieran replicarle, se levantó, amenazando con marcharse. Estaba harto de ellos y de sus rituales estúpidos—. Pero no puedo evitar sentir que tengo yo más interés que Sus Majestades en que sea así, cuando el mío es menos que nulo —añadió, con una mueca de fingida contrariedad—. Si lo

preferís, el asunto muere aquí; no tengo más que mandarle un cuervo a Moira para que regrese y, a Sus Majestades, deseáros buen viaje de vuelta a Häe.

Los reyes compartieron miradas, esta vez fugaces, bajo el escrutinio implacable de Hrodgar.

—Para nosotros es de vital importancia —dijo entonces Quyosh—, y nos ofende sobremanera que opinéis lo contrario, pero, ciertamente, habíamos creído oportuno posponerlo hasta dentro de unas semanas, con otra luna nueva.

—Ha de ser ahora o nunca —sentenció.

—Pues sea.

—Bien —concordó Hrodgar esforzándose por ocultar su satisfacción—. Mañana mismo partiremos hacia Los Lagos, así que despedámonos aquí. Volveré en unos cuantos días, antes de la próxima luna nueva.

Capítulo 23



Entre la Corte Häe, el rumor de que Hrodgar tenía noticias sobre el Reino de Los Lagos se alzaba como la espuma, acompañado por un sinfín de especulaciones acerca de su contenido. Ciertamente, tenía que ser algo de relevancia cuando sólo consintió en reunirse con los tres soberanos en privado la noche anterior. Ya habían terminado de desayunar y todos seguían esperando a que los reyes se manifestaran y, aunque nadie quería ser el primero en mostrar su curiosidad, tampoco hicieron ademán de levantarse de sus respectivas mesas. Fue entonces cuando, con un gesto, los tres reyes les hicieron saber que querían que los acompañasen.

Acudieron a la antigua estancia que hacía las veces de Salón del Trono del Rey Balkar, aunque se habían colocado tres siales. Ellos tomaron asiento mientras la Corte, al completo, aguardaba frente a ellos, en pie. Anyan y Griän se buscaron instintivamente, como si buscasen su apoyo. Parte de sus corazones se hallaba en aquel reino que pretendían destruir, que debían destruir, y aún no podían decidir qué triunfaba en aquella lucha interna suya, si el corazón o el deber.

—Como todos habréis supuesto —comenzó a decir Quyosh—, Lord Hrodgar nos trajo buenas nuevas. Lady Moira le confirmó que la Princesa Agatha está encinta y, tal y como predijo, la Princesa Claire ha dado a luz una niña. Aunque no acaba ahí nuestra fortuna. También hemos sabido que en aquel castillo se encuentra una Princesa Gealach.

Un murmullo de regocijo se alzó entre los presentes mientras

Griän y Anyan compartían miradas cautelosas.

—Lord Hrodgar partió anoche mismo hacia el Reino de Los Lagos —continuó Günes—. Y en coordinación con Lady Moira, quien ha conseguido introducirse en su castillo haciéndose pasar por una humilde mujer y engañando a todos sus habitantes, han planeado perfectamente el secuestro de las mujeres y los niños.

—¿Cómo? —Se alzó una voz disconforme entre los presentes.

—¿Dudáis de su éxito? —preguntó Korw, buscando entre los rostros al dueño de esa voz anónima.

—Ni siquiera tenemos conocimiento de cómo van a llevar a cabo tal titánica tarea como para que podamos ponerlo en tela de juicio. —Se envalentonó entonces Cam.

—¿No es acaso la prolongación de nuestra forma de vida de tal importancia que deberíamos haber formado parte del plan activamente para defender nuestros intereses? —Antü secundó a su compañero y amigo.

—En todo el tiempo que hemos sido acogidos aquí, no hemos tenido motivos para dudar —apuntó Korw.

—Pues, mis disculpas, Majestad, pero yo aún no entiendo cuál es su interés —insistió Cam.

—Venganza y riquezas —pronunció Günes con rotundidad—. Nuestro reino es próspero y no mermará nuestros recursos el hecho de que compartamos con ellos algunos cofres de nuestro oro. —Hizo una pausa—. Y la muerte en aquel castillo calmará su sed de venganza por la de su rey.

—¿La muerte en ese castillo? —preguntó ahora Griän, alerta.

—Nosotros sólo precisamos de las mujeres y los niños —le recordó—. Pero anoche, Lord Hrodgar me confirmó que no quedará hombre o mujer, noble o sirviente, con vida, gracias a las habilidades de Lady Moira y sus brebajes letales.

Griän sintió una fría punzada en el pecho mientras notaba la mano de Anyan buscando la suya, aunque no pudo recibírsela muy a su pesar. No se atrevió a mirarla, no quería levantar sospecha alguna, pero imaginó que, al igual que él, le estaría costando un mundo mantener la compostura.

—Muy hábil ha de ser Lady Moira para que pueda controlar quién tiene acceso al veneno y quién no —tanteó él, con la única intención de saber más.

—Al parecer, el efecto de esa poción es mortífero mas no instantáneo, por lo que será suficiente administrar el antídoto pertinente —le explicó Quayosh, quien comenzaba a mostrarse contrariado por la insistencia de Griän—. ¿Ves alguna falla en su planificación?

—No, Majestad. —Se esforzó en dibujar una sonrisa de satisfacción—. Y, si Lord Hrodgar ya partió hacia Los Lagos, eso me hace pensar que su regreso es inminente.

—De hecho, ése es uno de los motivos por los que os hemos instado a reuniros con nosotros. —Fue ahora Korw quien habló—. Es cierto que restan pocas semanas para el Solsticio de Verano. —Dirigió su mirada directamente hacia Anyan—. Pero tras conversar con Lord Hrodgar, hemos llegado a la conclusión de que deberíamos postergar los preparativos de esa ceremonia y centrar todos nuestros esfuerzos en tener listo el Ritual de la Luna Nueva, el que destruirá al Hijo de la Sizigia y acabará así con la profecía que anuncia nuestra aniquilación.

Murmullos de preocupación recorrieron la sala dada la premura con la que deberían realizar aquella tarea, aunque, de súbito, se alzó el silencio cuando Araw comenzó a abrirse paso entre la muchedumbre y se colocó en primera fila, frente a los soberanos. Anyan no pudo controlarse en esta ocasión y buscó los ojos de su hermano... La posibilidad de que Araw fuera a delatarla era ahora una realidad.

—¿Se me permite hablar? —demandó, con una delicada reverencia.

Los soberanos compartieron miradas de asombro, pero consintieron su petición, asintiendo.

—Por todos es sabido que este Solsticio es único —comenzó ella a recitar con voz armoniosa—. No sólo celebraremos la supremacía del Reino del Sol, sino que habrá llegado por fin el momento en el que Su Majestad, el Rey Korw, deposite su semilla en La Elegida. —Miró hacia Anyan con disimulada perfidia—. Y engendre así al próximo Rey del Amanecer.

—Todo eso ya lo sabemos —intervino Korw con impaciencia, sin saber muy bien adónde quería llegar—. Como te habrás dado cuenta, tiempo es de lo que menos disponemos en estos momentos, así que di de una vez lo que tengas que decir o retírate.

—Tengo serias dudas sobre la idoneidad de La Elegida para ser merecedora de tal honor —pronunció con una seguridad casi insolente y que levantó el estupor entre todos los presentes.

—¿Cómo te atreves a lanzar tal calumnia? —se apresuró Griän a defender la honorabilidad de su hermana. Sabía que aquello era cierto, pero su silencio la habría condenado con rapidez.

—Explícate —le ordenó Quyosh, haciendo callar a Griän con un gesto brusco.

—Sospecho que Anyan ha yacido con el Capitán Francis. —Le sostuvo la mirada a la joven quien había palidecido.

—¿Sospechas? —ironizó Griän—. Lanzar una simple sospecha en público no hace más que dar muestras de la gran envidia que te corroe, al no contar con el favor de nuestros soberanos —la culpó.

—¿En qué te basas para lanzar tal acusación, Lady Araw? —Quyosh volvió a silenciarlo.

—Además de haberlos visto en actitud extremadamente cordial, sé que Anyan guarda una camisa del capitán en su recámara. Una camisa de hombre, blanca —afirmó, haciendo hincapié en esa palabra—, totalmente atípica en la oscura vestimenta masculina de los Häe.

—¿Y dónde está esa camisa? —preguntó de pronto Korw—. ¿Está en tu poder?

—No, Majestad —respondió Araw con rotundidad—. De ser así, habría sido difícil demostrar que la encontré en la habitación de Anyan —se justificó—. No me hice la enterada para no alertarla y que se deshiciera de ella.

—¿Deshacerme de qué? —comenzó Anyan a defenderse—. No hay ninguna camisa en mi recámara —siguió ella recitando su papel, aunque no sabía muy bien dónde le llevaría aquello. Era cierto que en su habitación no había ninguna camisa; la camisa de Francis la tenía Griän. ¿Y si la acusación de Araw acababa dirigiéndose hacia él?—.

¿Por qué haces esto, Araw? —continuó.

Araw la ignoró y mantuvo la mirada en sus soberanos, aguardando su decisión, rogando porque su plan resultase y vengarse, por fin, del maldito de Griän. La deshonra de su hermana sería la suya propia, y ¿en calidad de qué volvería a Häe?

—Majestades, ¿estáis dándole crédito a sus palabras? —demandó entonces Anyan.

—Si ciertamente son calumnias, no te importará que revisemos tu recámara —le propuso entonces Korw, para sorpresa de todos, incluidos Quyosh y Günes. Korw los miró, y Anyan supo que les estaba narrando que él mismo tenía sospechas, como no hacía mucho le hizo saber a ella misma.

—Por supuesto que no —respondió ella, dando gracias por haberse confiado a su hermano.

Sin más dilación, los reyes se pusieron en pie y pusieron rumbo a la torre donde se situaban las recámaras, indicándoles a Araw, Anyan y Griän que encabezaran aquella marcha. Toda la Corte caminó tras ellos mientras murmuraban; algunos confiaban en la honradez de la joven, pero otros se hacían eco de las palabras de Araw y admitían que no les complacía su cordialidad con aquel capitán extranjero.

Cuando llegaron al corredor que daba a las recámaras de las mujeres, y a pesar de su estrechez, la gente comenzó a aglutinarse alrededor de ellos, quienes se situaron frente a la puerta. La expresión de los reyes era seria dada la gravedad del asunto; Griän apretaba fuertemente los puños contra sus muslos, furioso con aquella mujer que les había arruinado la vida a Selene y a él y que ahora quería hacerle lo mismo a Anyan; Araw trataba de reprimir una sonrisa ladina de satisfacción, viendo que por fin podría vengarse de Griän; y por las mejillas de Anyan no hacía más que resbalar su llanto. Bien podría fingir dolor por semejante afrenta, aunque, en realidad, estaba muerta de miedo.

—Araw, tú que has levantado tal acusación, más vale que halles esa prenda que incrimine definitivamente a Lady Anyan —anunció Quyosh.

—Sí, Majestad —accedió ella con gesto respetuoso.

Sin ningún tipo de titubeó, Araw entró en la recámara de Anyan. Lo primero que hizo fue dirigirse a la cama, donde había encontrado aquella camisa. Comenzó a apartar las sábanas y la almohada, incluso tiró al suelo el colchón, tratando de buscar lo que no hallaba por ningún lado. Así que fue hacia su baúl; no hubo prenda que no volase de sus manos y acabara en el suelo, mientras su rostro comenzaba a crisparse al no hallar la prueba que hundiese a Anyan y Griän definitivamente. Finalmente, se dirigió a la cómoda. La vació por completo con resultado infructuoso, así que con un jadeo de furia, empujó el mueble y lo volcó, dejando al descubierto aquel adoquín suelto que Anyan utilizaba como escondrijo.

—Aquí está —murmuró en voz baja.

Se agachó y apartó aquella piedra, para encontrarlo vacío y, en un acceso de cólera, arrojó la piedra contra el muro.

—¿Dónde la has puesto? —Se puso de repente en pie, lanzándose contra Anyan, clavándole las uñas en los hombros, sacudiéndola—. Maldita, ¿dónde la has escondido?

—Yo no he escondido nada —se defendía Anyan entre lágrimas.

—Estaba ahí. —Araw entró de nuevo y les señaló a todos aquel agujero en el suelo a modo de escondite—. Estoy segura de que la escondías ahí —volvió a acusarla, aunque de repente, dirigió su mirada a Griän—. Tú, seguro que tú la tienes y eres cómplice de su deshonra.

—¿Cómo te atreves? —la enfrentó él.

—Revisemos también su recámara —le desafió llena de rabia—. Veamos si tengo razón.

—De acuerdo —respondió él sin dudar, y Anyan sintió que el corazón se le detenía.

Araw estaba tan fuera de sí que ni tuvo en cuenta la presencia de los reyes, dirigiéndose casi a la carrera a la planta superior, donde se situaban las recámaras de los hombres. Entró como un vendaval en aquella habitación y como tal fue la destrucción que dejó a su paso. No quedó ropa por revisar ni baúl por vaciar, sin hallar lo que buscaba mientras Anyan se estrujaba las manos con nerviosismo bajo el vestido, preguntándose dónde la había ocultado su hermano,

mientras que Griän imaginaba la forma más satisfactoria de acabar con aquella mujer, pues matarla con sus propias manos no sería suficiente.

—¿Estás satisfecha? —preguntó, sin embargo, tan calmado como fue capaz.

—No —exclamó—. Yo tuve esa camisa en mis manos. —Las extendió con impotencia—. Y cuando escuché pasos en el corredor, me apresuré a salir de la habitación y cerré la puerta. Estoy segura de que sospechaste y fuiste capaz de quemarla con tal de no verte descubierta —acusó de nuevo a Anyan—. Pero yo sé la verdad, y sé que no eres pura. Y cuando la poseáis, vos también lo sabréis —se atrevió a dirigirse al rey.

—¡Maldita! —La cogió Griän por el cuello—. ¿Cómo te atreves a...?

—Suéltala, Griän —bramó Korw—. Puede que esa condenada camisa no aparezca, que ni siquiera exista, pero yo también tengo dudas sobre la doncellez de tu hermana y ella bien lo sabe. —La señaló, caminando hacia ella.

—Y yo os aseguré que soy pura —exclamó ella entre lágrimas.

—Y yo no sé si creerte. —La tomó de los brazos—. Y esta incertidumbre me corroe de tal forma que sería capaz de poseerte aquí, frente a todos, para comprobar que es cierto.

—Basta, Korw —pronunció Günes con calma—. Acabemos ya con esto.

—Sabes que ya no importa si es cierto o no —le recordó Quyosh—. Simplemente, no podemos arriesgarnos y, en cuanto tuviste dudas, deberías habernos hecho partícipes de ellas.

—Pero mi hermana no merece tal deshonra —insistió Griän que veía la muerte pendiendo sobre la cabeza de Anyan—. Todos hemos actuado de forma extraña al vernos intoxicados por las costumbres de esta gente, pero eso no implica que Anyan le haya entregado su pureza al primer hombre que se le cruza por el camino, al enemigo sin ir más lejos. Y tampoco le daría crédito a las calumnias de esta mujer que sólo pretende vengarse de mí por haberla rechazado.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Korw, duramente.

—No, Majestad —mintió—. Lo único cierto es que tuve esa prenda en mis manos y que me maldigo por no haberla acusado en ese mismo instante.

—Eso es algo que realmente no entiendo. —Se acercó Günes a ella—. ¿Por qué has aguardado hasta este momento?

—Porque no quería hacer anuncio de tal vergüenza ante Lord Hrodgar —alegó ella—. Creí más oportuno que este asunto quedara entre nosotros.

—Es lo único sensato que has dicho en todo este tiempo —admitió él y, dicho esto, extrajo una daga de su cincho y le asestó una puñalada certera en el corazón.

La joven cayó al suelo fulminada, sin vida, pero nadie acudió a su auxilio, excepto Antü quien, con rabia contenida, alzó la vista hacia su soberano con una mirada que suplicaba un porqué. Günes lo ignoró. Se pasó la hoja de la daga llena de sangre por su lengua y la saboreó insistentemente, como si buscara algo concreto en su sabor.

—Hay verdad y mentira en sus palabras —lamentó— y, aunque no puedo discernir dónde termina una y empieza la otra, la semilla de la duda ya está sembrada.

—¿Y qué significa eso? —inquirió Griän, quien había creído por un momento que con la muerte de Araw desaparecía el peligro.

—Anyan ya no es apropiada para el cometido que fue escogida —sentenció Quyosh con voz firme.

—Pero eso no es justo —insistía Griän en defender su inocencia con tal de alargar su vida.

—La honraremos sacrificándola en el Ritual de la Luna Nueva —decidió Günes, y Anyan cayó sobre sus rodillas, sumida en el llanto.

Griän sabía bien el motivo, aunque el resto creyese que era por haberse visto deshonrada y pasar de ser La Elegida, la madre del próximo rey, a ser una simple Ofrecida. Pero la cruda realidad era que ahora le quedaban unos cuantos días de vida, no meses, como había creído; no podría sentir a su hijo crecer en su vientre ni lo vería nacer.

—Esta deshonra nos lacra a ambos —le dijo a ella, pero en alta voz para que lo oyeran todos—. Yo era tu Preceptor y no he debido cumplir con mi cometido convenientemente si esto ha sucedido.

Ahora, levántate y enfrenta con orgullo tu nuevo destino —le ordenó—. Demuestra así que no eres culpable.

Anyan miró con sorpresa a su hermano, pero le obedeció, enjugándose las lágrimas y recomponiéndose.

—Y dado que yo también he fallado —se dirigió directamente a los reyes—, ¿cuál será mi nuevo destino? —preguntó, arriesgándose a que decidieran deshacerse de él y lo atravesaran con un puñal del mismo modo que habían hecho con Araw.

—Tu tarea era guiar a Anyan hasta el lecho de Korw —le recordó Quyosh—. Pero ahora, como bien sabes, una vez es escogida una Ofrecida, se la aísla hasta el momento de su sacrificio.

—Despídete de tu hermana —le aconsejó Korw—. Y vuelve a Häe, exhibiendo ante todos tu luto. Cuando alguien te pregunte por ella, dirás que murió a causa de un lamentable accidente.

—Gracias, Majestad.

—No te confundas —le advirtió—, no es que quiera ocultar su deshonor, sino la mía. Para toda Häe, Anyan murió hoy —anunció a todos los presentes en voz alta—. Y si alguien se atreve a esparcir las palabras de Araw o narrar lo que ha acontecido hoy, realmente, correrá su misma suerte —sentenció.

Nadie dijo ni una palabra, nadie osaría, teniendo tan presente la muerte de Araw. Mientras tanto, Griän se quitaba su capa y se la volvía a colocar, pero dejando a la vista el reverso de la prenda, de un color rojo sangre... color muerte.

Encaró a su hermana y, aunque sentía unos deseos intensos de abrazarla, se contuvo; no quería que una insólita muestra de cariño los pudiera delatar.

—Hónranos con tu muerte —le dijo, como se les decía siempre a las doncellas antes de que las arrancaran de sus familias para recluirlas antes de sacrificarlas.

Anyan alzó la barbilla y se secó las lágrimas. Era inútil llorar si su sino ya estaba dictado, si ese sentimiento recién descubierto, y llamado esperanza, acababa de abandonarla.

—Que el Astro Sol te ilumine siempre —le deseó.

—Él nos guiará a ambos hacia nuestro nuevo destino —le

respondió Griän a modo de despedida.

Tras hacer la debida genuflexión, se abrió paso entre el gentío que cuchicheaba sin disimulo. Griän ni se inmutó, y salió del castillo para dirigirse hacia las caballerizas con decisión y temple. Al entrar, miró a su alrededor, asegurándose de que no había nadie y fue hacia su caballo. Le colocó la silla, el ronzal y revisó su espada y su carcaj de flechas, tras lo que se dirigió al fondo del cubil. Entonces, volvió a asegurarse de que estaba solo y comenzó a mover con rapidez las balas de paja que estaban allí colocadas. Debajo de todas ellas, estaba oculto un morral. Lo abrió y comprobó que en su interior seguían el vestido de Selene y la camisa de Francis, y suspiró pensando en el giro que habían dado sus vidas por su causa. Pero le había prometido a Anyan no deshacerse de ella.

Con la misma rapidez, volvió a ordenar las balas de paja y montó su caballo, colocándose el morral cruzado sobre su cuerpo. Salía de las caballerizas cuando vio que se dirigían hacia él Cam y Antü, éste último con el rostro aún enrojecido por la rabia. En otras circunstancias, Griän le habría explicado que el sentimiento que le unía a Araw era algo más que lujuria, buena prueba de ello era ese dolor que sentía, pero ya no tenía sentido hacerlo.

—No puedo creer que te hayan repudiado así —le dijo Cam cuando llegó a su altura, haciendo que detuviese el caballo—. Ni siquiera te han permitido presenciar el Ritual de la Luna Nueva.

—¿Qué esperabas tras lo que han descubierto Sus Majestades? —replicó Antü con disconformidad.

—No han descubierto nada, maldita sea —objetó Griän tratando de controlar la furia—. Vosotros bien sabéis que rechacé a Araw —les recordó—, y por eso quería vengarse de mí, pero no habéis sido capaces de desmentir sus palabras cuando lo ha negado. Tú —farfulló señalando a Cam—, porque no eres tan amigo mío como siempre has dicho ser. Y tú —espetó, mirando a Antü con desprecio—, porque no querías perder la oportunidad de fornicar con ella.

—Que La Noche Oscura te trague —lo maldijo, alzando los brazos para alcanzarlo, aunque Cam se lo impidió.

—Ya lo está haciendo —apuntó desdeñoso mientras trataba de

calmarlo—. Nada será igual cuando volvamos a Hæe —añadió con tono mordaz.

Griän lanzó una sonrisa sardónica como respuesta y azuzó su caballo. Ya no volvió la mirada atrás. Aún no se alzaba el Astro Sol hasta su cénit cuando comenzó a recorrer aquel Anillo de Desolación, dejando a sus espaldas las Tierras Altas de Adamón.

Capítulo 24



Pasaban las jornadas de espera sin noticias de Hrodgar, pero aún no despuntaba el alba de ese nuevo día cuando Moira se vio invadida por una sensación que le advertía que estuviera alerta. Corrió hacia la ventana; apenas se veía nada ahí afuera y, sin embargo, ella podía sentirlo. Salió de aquel cuartucho al que llamaban habitación y se dirigió hacia las escaleras, comenzando a subir, hasta la parte más alta de aquel torreón. En cuanto salió al exterior, extendió el brazo y su cuervo se posó en él, lanzando un graznido de reconocimiento. Tras acariciar su cabeza, Moira alcanzó una de sus patas y desenrolló el pequeño pergamino que portaba.

—Buen trabajo —le susurró, tras haberlo leído.

Sacó unos cuantos granos de maíz del bolsillo de su vestido y se los ofreció y, cuando hubo terminado de comerlos, Moira sacudió ligeramente su brazo y el cuervo alzó el vuelo.

Moira lo vio marchar con una sonrisa en los labios y entró a toda prisa; debía aprovechar las pocas horas que quedaban de oscuridad. Tomó el caldero de peltre que guardaba entre sus pertenencias y un cesto con todas las hierbas y sustancias que necesitaba para elaborar la poción y fue a la cocina.

Con el fogón a fuego vivo, comenzó a mezclar aquel brebaje, añadiendo sus componentes con precisión, obteniendo una sustancia de color y olor perfectos. Tras echar un poco de agua sobre lo que ya eran brasas, tomó la marmita y un pequeño cuenco y comenzó a verter la sustancia en cada tonel y jarra de agua que encontró, tanto en

la cocina como cerca de la entrada, en el Patio de Armas próximo al Cuartel de Guardia y, por último, arrojó el contenido que restaba en el pequeño pozo cercano a los jardines.

Aunque parecía que esa parte del plan ya estaba resuelta, volvió a entrar. Se sirvió un poco del agua envenenada y, antes de beber, extrajo una pequeña botella del bolsillo de su vestido y vertió unas cuantas gotas.

Lo olió y sonrió, tras lo que se bebió el agua de un trago; el antídoto era efectivo.

Ahora, por fin satisfecha con el resultado de su obra, decidió volver a su habitación, a dormir a rienda suelta un poco más.

Radiante y descansada, entró horas después en la cocina. Erin estaba echando algunas gotas de agua a una gran bola de masa que estaba trabajando sobre la mesa de la cocina para hornear pan, mientras Ivette rebajaba, también con agua, un jarro de leche recién ordeñada de forma que no resultara demasiado fuerte para los niños de la escuela, a quienes les llevaba siempre el desayuno cada mañana.

“Bien”, pensó, reprimiendo una sonrisa.

—Se te ve contenta —le dijo Erin de pronto.

—Claro que sí —atinó a responder—. La niña de la Princesa Claire nació sana.

—Gracias a ti —la interrumpió Ivette con un guiño.

—Y Su Majestad ha recuperado la memoria —añadió, dedicándole una de sus sonrisas ensayadas.

—Es algo digno de celebración, ¿no? —le respondió.

—¿Qué tal si esta noche hacemos una cena especial? —propuso Erin de repente—. Podríamos organizar el menú con los platos favoritos de la familia real.

—Sí —respondió Ivette—. Seguro que apreciarán el detalle y disfrutarán mucho del banquete.

—Claro —la secundó Moira—. Yo os ayudo a cocinar.

Sería todo un placer colaborar en la preparación de la que sería “la última cena”.



Erick volvió a levantar la copa de vino y propuso otro brindis... por enésima vez.

—¿Por qué brindamos ahora? —se rió Jordan—. Me tiene asombrado tu imaginación.

—Mira por dónde... voy a brindar por ti —dijo con diversión—. Porque eres el mejor amigo que un hombre puede tener.

—¿No dicen que el perro es el mejor amigo del hombre? —se burló Zayev por lo bajo.

—No lo sé —celebró Jordan su broma con una carcajada—. Pero lo que sí sé es que un buen amigo te impediría seguir bebiendo —añadió quitándole la copa de las manos.

—Acabo de relevarte de tu cargo —le anunció Erick entre las risas de sus familiares y que se silenciaron de súbito al ver llegar dos visitas inesperadas.

—¡Steve, Patrick! —exclamó Jordan, poniéndose en pie para saludar a sus amigos.

—Buenas noches. —Hicieron ellos una reverencia.

—No os esperábamos tan pronto —admitió Nicholas.

—Ya nos dirigíamos hacia aquí cuando interceptamos vuestro correo, Majestad —le informó Patrick.

—Acabamos de llegar —agregó Steve.

—Debéis estar agotados —intervino de pronto Moira, portando sendas jarritas de greda—. Bebed un poco de agua.

Los guardias obedecieron sin dudar, tan cansados como estaban tras el viaje.

—¿Cómo ha marchado todo? —se interesó Nicholas.

—Bien... —comenzó Patrick a decir, mirando de reojo a su compañero.

—Y eso es todo lo que necesitamos saber por ahora —los cortó un chisposo Erick—. Mañana, nos facilitáis un informe riguroso, pero hoy es día de celebración.

—En el Cuartel de Guardia hay una jarana semejante a ésta y

Francis se alegrará mucho de veros —les comentó Jordan con diversión—. Comed, bebed y descansad. Mañana será otro día.

—De acuerdo —respondieron ambos guardias sonrientes. Tras tan largo viaje, no les vendrían mal unas cuantas horas de distensión. Hicieron otra reverencia a modo de despedida.

—Pues yo me voy a descansar —dijo Claire cuando ambos hombres se hubieron marchado.

—Hoy es el primer día que te levantas y no deberías extralimitarte —concordó Trystan.

—Y yo creo que deberíamos retirarnos todos —anunció Nicholas—. La agenda de mañana se ha saturado sensiblemente con la llegada de Patrick y Steve —añadió, tomando la mano de su esposa para ayudarla a ponerse en pie.

Y esto fue suficiente para que todos los integrantes de aquella mesa se fueran retirando. Moira observó la escena desde la salida situada en el otro extremo. Ahora, no había más que esperar...

La luna menguante se alzaba en el cielo cuando Moira abandonó el castillo y continuó hasta cruzar la muralla. Sabía que podría haber mandado su cuervo a modo de aviso, pero había algo que la impulsaba a acudir ella misma al encuentro de los guerreros de Adamón. Así que siguió el camino sin detenerse, con la certeza de que sabría cuándo hacerlo.

De repente, se escuchó un sonido tras unos matorrales.

“Un animal”, pensó, pues sus habilidades alerta no le indicaban la presencia de un ser humano. Siguió caminando sin prestarle atención cuando, de súbito, algo tiró de ella sacándola del camino y que la arrojó al suelo detrás de los matorrales. No alcanzaba a ver quién era su atacante, pero no le importó para empezar a luchar, agitando brazos y piernas, aunque su fuerza no fue suficiente para evitar que la tumbase de espaldas y se colocase encima de ella.

Unos labios apresaron su boca, con ansia y brusquedad, mas su sabor tan conocido pronto le hizo abandonar su lucha.

—¿Hrodgar? —preguntó asombrada—. Pero ¿cómo...?

Entonces sintió el aroma de una ramita de romero cerca de su nariz.

—Eres un tramposo.

—Y tú una endemoniada bruja que disfruta empleando en mí sus malas artes —farfulló él, volviendo a asaltar su boca—. No sé cómo lo hiciste, pero no he podido arrancar tu maldita imagen de mi cabeza.

Moira prefirió hundir sus manos en su largo pelo rubio y presionar su boca contra la de él a decirle que aquello no era a causa de ningún conjuro o hechizo, y que ella tampoco había podido sacárselo del pensamiento.

Mordisqueó los labios masculinos y Hrodgar gruñó, llevando sus manos hacia sus pechos. Comenzó a presionarlos, a masajearlos y Moira jadeó.

—Esto es mucho mejor que tus malditos espejismos —murmuró Hrodgar, bajando su boca hasta su cuello.

Sus manos viajaron con rapidez hasta sus caderas y desde ahí comenzó a subir el vestido de Moira, dejando su intimidad al descubierto para él. Entonces forcejeó con sus propios ropajes, liberando así su excitación, que se hundió en su cuerpo en el tiempo que dura un latido.

Ambos ahogaron un gemido. Sus cuerpos se extrañaban, y no importaba que ellos no quisieran pronunciar palabras porque ya hablaban por sí mismos. Se buscaban, se torturaban, con movimientos rápidos y hambrientos, arrebatándoles la respiración y la máscara que los cubría con su acostumbrada impasibilidad. Moira lo rodeó con sus piernas y Hrodgar encorvó su espalda, hundiéndose más en ella.

Lo pretendieran o no, ambos gritaron sus nombres y el éxtasis los invadió, dejándolos sin aliento y extenuados.

—No te esperaba tan pronto —murmuró Moira con sonrisa pícaro mientras lo hacía tumbarse y se colocaba a horcajadas sobre él, sin permitirle que abandonara su cuerpo. Hrodgar lanzó una carcajada.

—Partimos en cuanto recibí tu cuervo —le dijo, tratando de dominar su voz al comenzar Moira a moverse sobre él.

—¿Y los reyes? —preguntó, y Hrodgar maldijo por lo bajo incapaz de hilar sus pensamientos coherentemente.

—Aguardan pacientes nuestra llegada —murmuró entre dientes, agarrando los muslos de Moira para que sus movimientos fueran más

profundos—. ¿Y la gente del castillo?

—Durmiendo como criaturas —respondió, incrementando el ritmo de sus caderas—. Con ese uniforme Hæe te ves incluso más ridículo que cuando te disfrazaste del tal Duque de Bogen.

—No es el mejor momento para reírte de mí —comenzó a enojarse.

—Sin embargo, yo creo que sí —rió ella, pues sabía que su cólera enardecía su pasión, y pronto lo lanzó al abismo, arrastrándola con él.

Cuando por fin el placer se extinguió, Moira se retiró y comenzó a recomponer su vestido, como si nada hubiera ocurrido.

—Deberíamos aprovechar las horas de oscuridad.

—Por supuesto —la imitó él—. Nuestros hombres no están lejos de aquí.

Entonces, lanzó un silbido y no tardaron en escucharse cascos de caballos yendo hacia a ellos. Vieron que Douglas se dirigía hacia ellos, tirando de las riendas de la montura de Hrodgar que le ofreció en cuanto estuvo a su alcance, y tras montar a Moira con él, pusieron rumbo al castillo.

Tal y como ella planeó, todos dormían profundamente, así que se apresuraron a tomar a sus víctimas. Entraron primero en la habitación de Erick y Claire, quienes dormían con la niña entre ellos. Moira les hizo una señal a dos de sus hombres y se las llevaron, dejando allí a Erick. Y lo mismo se hizo en la habitación de Nicholas, quien sujetaba entre sus brazos a Gabrielle. El efecto de la poción los había sumido a todos en un sueño muy profundo, así que no pudo darse cuenta del momento en el que le era arrebatada su esposa y su hijo de su lado.

Entonces, siguiendo un impulso, Moira se dirigió a la recámara de Agatha, y encontró a Hrodgar allí, espada en mano.

—Contrólate —le pidió.

—Permíteme la satisfacción de matarlo —masculló él, apretando los molares con fuerza.

—Si lo haces, no habrá sufrimiento para él —le recordó Moira—, y eso es lo que necesitas para resarcirte. Lo atravesarás con tu espada y no sentirás satisfacción alguna, pues habrá sido un final demasiado rápido.

Hrodgar envainó su espada, resoplando con furia contenida, y

tomó a Agatha entre sus brazos.

—No te quitaré la vida, Jordan de Asbath, pero sí lo que más amas —le dijo, a pesar de que sabía que no podía escucharlo—. Y yo disfrutaré de tu tormento al saber que no has podido impedir que te la arranque de tu propio lecho, de entre tus inútiles manos.

Lanzándole una última mirada de odio, abandonó la habitación y se dispuso a llevar a Agatha hasta uno de los carruajes. Fue entonces cuando vio que sus hombres traían a Gladys, a Ylva y a otra mujer que recordaba de la boda de Gabrielle y Nicholas: Adrianne, creía que era su nombre.

—¿Para qué queremos a ésta? —le preguntó a Moira, quien supervisaba la acomodación de las mujeres en las carrozas.

—Es la Princesa Adrianne de Gunnar —le informó.

—Lo sé.

—¿Qué crees que hará su familia cuando se entere de lo ocurrido? —añadió con sonrisa ladina.

Hrodgar lanzó una carcajada y la tomó por el cuello para acercarla a él y devorar su boca. Luego se quitó los guantes y se los dio a Douglas.

—Déjalos en los aposentos del Rey Nicholas.

—Sí, mi señor.

Hrodgar suspiró mirando el cielo estrellado y después dirigió la mirada a aquella plaza tan amplia como silenciosa.

—¿Cuánto tardarán en despertar?

—Tres días —le respondió ella.

—Pero entonces tendrán tiempo de llegar a Adamón y evitar el ritual —le replicó ceñudo.

—Tres días sin haberse alimentado —hizo hincapié en ello—. Estarán tan débiles que no serían capaces de mantenerse en pie y menos a lomos de un caballo. Además... —Se encogió ella de hombros mientras sonreía— en caso de que lo consiguieran, presentiré su llegada y podremos marcharnos antes de que nos descubran —le recordó—. Bastará con que tus hombres estén listos. Al fin y al cabo, el principal objetivo de todo esto es Hæe.

Hrodgar sonrió complacido. Aquella situación que podría haber

resultado un inconveniente, a él le provocaba un agradable cosquilleo, fruto de la emoción por el riesgo.

Abandonaron aquel castillo con la misma tranquilidad con la que lo habían saqueado, sin miedo alguno a ser descubiertos. Las carrozas y sus trajes vestían los colores e insignias de los Hãe, lo que favorecía que todas las miradas se dirigieran hacia Adamón si llegaban a tropezarse con algún viajero en el camino o algún aldeano curioso se asomaba por la ventana a observar aquella comitiva que se dirigía hacia el norte en la oscuridad de la noche.



Seguían pasando las horas, pero el amanecer no llegaba. Sus costumbres vivían en él desde su nacimiento, arraigadas, y el hecho de tener que pasar la noche al raso le impidió dormir, otra noche más. Se había apartado del camino, refugiándose tras un gran roble. Consiguió cazar una liebre e hizo una fogata para cocinarla, y para sentirse un poco más seguro. Sus demonios habitaban la noche, y la luz del fuego los mantenía alejados, por lo que eran unos expertos a la hora de manejar el pedernal. Cuando terminó de comer, se envolvió en su amplia capa y recostó la espalda contra el tronco del árbol, observando el chisporrotear de las llamas y alimentando el fuego para que no se apagase.

Pero, de pronto, escuchó cascos de caballos en la lejanía y corrió a apagar la hoguera. Se acercó sigilosamente al borde del camino y, oculto tras los arbustos, vislumbró, acercándose a lo lejos, hombres a caballo con vestimenta semejante a la suya; debían ser Lord Hrodgar y Lady Moira que volvían de Los Lagos e iban camino de Adamón.

Corrió hacia aquel roble que lo había mantenido oculto hasta entonces y volvió a acurrucarse tras él, apresurándose a sacar aquella ramita de romero fresco que llevaba entre sus ropas. No sabía bien cómo debía utilizarse, tal vez era suficiente con llevarla encima, pero aun así, la alzó por encima de su cabeza y cerró los ojos con fuerza, preso del miedo a ser descubierto allí, tan al sur, en lugar de haber

dirigido sus pasos hacia oriente, hacia Häe.

Mantuvo los párpados cerrados mientras se concentraba en los sonidos que recorrían aquel camino tras él, confiando en que ninguno se apreciase con más intensidad, señal de que alguien se acercaba a él. Durante varios minutos escuchó la cadencia constante de aquella marcha hasta que, poco a poco, se fue debilitando. Finalmente, no quedaron más que los habituales y temibles sonidos de un bosque sumido en las tinieblas, pero decidió aguardar unos cuantos minutos más.

Cuando se decidió a abandonar su escondite, en aquel camino no quedaba más que el polvo que habían levantado Lord Hrodgar y su séquito. Calculó que le llevaba algunas horas de ventaja más las que le restaban a él para llegar. Pero su trasiego iba siendo tranquilo y él, en cambio, iba a recorrer el camino que le quedaba al galope, aunque reventara a su caballo en el intento. Tenía que arribar a Los Lagos cuanto antes o no lo haría a tiempo.

Capítulo 25



Era casi mediodía cuando Griän cruzó la muralla y supo que, tal vez, no volvería a cruzar con vida ese portón carente de vigilancia. No sabía muy bien lo que iba a encontrar tras aquellos muros, pues desconocía por completo el alcance del veneno de Moira. Posiblemente, sólo había alcanzado a los habitantes del castillo y a la guardia...

De pronto, comenzó a escuchar lamentos provenientes de las pequeñas casas y, en su mayoría, eran voces de mujeres, teñidas de dolor, de duelo. Griän sintió como si le estrujasen el corazón; aquello sólo podía significar una cosa: que era demasiado tarde.

Espoleó su montura queriendo que se apresurara y llegar así cuanto antes, cuando una mujer le cortó el paso; literalmente se plantó frente al caballo, mientras llevaba un niño en brazos que no tendría más de cinco o seis años. Griän tiró fuertemente de las riendas para detener al animal y alejarlo de aquella mujer que corría el riesgo de acabar pisoteada bajo sus cascos, pero a la que no parecía importarle. Sólo lloraba y alzaba los brazos mostrándole al niño.

—Milord, por favor. —Se acercó más a él—. Apiadaos de mí y ayudad a mi hijo.

Griän vaciló. Poco podía hacer él si el niño estaba muerto y, además, estaba perdiendo un tiempo precioso en el que Selene podría correr su misma suerte.

—Piedad, Milord —sollozó ella.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó con impotencia.

—Ayudadme a despertarlo —le rogó—. Respira —exclamó,

alzando hacia él el cuerpo inerte del niño—, sé que respira, pero no consigo que abra los ojos.

Griän la miró con cautela, pero acabó desmontando. Imaginaba que el veneno de Moira los mataría lentamente, pero no que también los narcotizase, y ahora caía en la cuenta de que no sabía cuál era ese veneno. Pero aquella mujer tenía razón. Acercó el oído al pecho del niño y su corazón latía, aunque muy lentamente.

—Entremos —le dijo, tomando él a su hijo.

La mujer no perdió el tiempo y lo hizo pasar al interior de su casa, directamente a una estancia de aspecto humilde que hacía las veces de cocina y salón, y que contaba con una pequeña puerta que daba paso a un único dormitorio. Griän decidió colocar al niño en la mesa que dominaba la sala y comenzó a deambular por la cocina.

—Necesito té —le pidió—. Y tuesta pan.

La mujer lo miró atónita y sin obedecerle.

—Tu hijo ha sido envenenado —exclamó mientras comenzaba a buscar los ingredientes por sí mismo.

—¿Qué?

—¿Prefieres que te explique el cómo o utilizo mejor ese tiempo en tratar de salvarlo? —La miró malhumorado.

Eso pareció hacerla reaccionar y se dirigió a la alacena. Sacó algo de pan y luego también le alargó unas hojas de té.

—Además de esto, necesito magnesia —le dijo, temiendo que no contase con aquel ingrediente fundamental.

—Sí, Milord. —Sacó rápidamente un botecito de un armario—. El Rey Trystan me trató una dolencia intestinal y aún conservo lo que me sobró.

—Muy oportuno por ambas partes —murmuró mientras aplastaba las hojas de té para hacer la tisana de forma más rápida—. ¿Tu hijo ha bebido agua en algún sitio donde tú no? —quiso saber.

—Tal vez en el castillo, va allí a la escuela —le explicó mientras se retorció las manos del nerviosismo.

—Ven aquí, mujer, y observa —le ordenó Griän entonces, obedeciendo ella—. Es una parte de té muy fuerte, una parte de magnesia y dos partes de polvillo de pan quemado.

Ella comenzó a asentir, aunque no entendía muy bien el porqué de todo aquello. Griän sirvió un poco en un vaso y se lo entregó.

—Házselo beber a tu hijo —le pidió mientras él vertía el resto en una botellita y lo guardaba en el interior de su túnica.

Aquella mujer no se lo pensó dos veces y, con premura, se dirigió a su hijo y le levantó la cabeza para intentar que tragase la mayor cantidad posible de aquel brebaje. En cuanto se lo hubo tomado todo, el niño comenzó a agitarse y a intentar abrir los ojos.

—¡Hijo! —exclamaba aquella mujer abrazando a su pequeño que, definitivamente, comenzaba a reaccionar.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Griän, pero pronto se dio la vuelta y se dispuso a marcharse.

—Esperad, Milord —lo detuvo la mujer—. ¿Cómo puedo pagároslo? No tengo riquezas, pero...

—Haz llegar a todos tus vecinos la receta que te he dado del antídoto —le pidió—. He oído lamentos de camino aquí.

—Gracias, Milord. Gracias —le respondió mientras comprobaba que su hijo ya la miraba.

Griän salió de la casa y volvió a montar, esperando no tener que unirse a esos lamentos. Al menos, había una esperanza; si el antídoto había surtido efecto en aquel niño, confiaba en poder salvarlos a todos. Aunque, cuando dejó el caballo frente a la escalinata de entrada al castillo, no fue directo a los aposentos reales, sino que se encaminó a la zona donde descansaba la servidumbre. Y lo sentía por esas doncellas que reposaban inertes en sus camastros, víctimas de aquel veneno, pero no podía perder más el tiempo, tenía que salvarla a ella primero.

Cuando por fin la encontró, las lágrimas en sus ojos apenas le permitían verla. Parecía dormir plácidamente y, sin embargo, estaba pálida y con expresión afligida. Se arrodilló cerca de su camastro y apoyó la mejilla en su pecho. Respiraba, sí, respiraba. Se limpió las lágrimas de un manotazo y sacó la botellita con el antídoto y le levantó ligeramente la cabeza para hacer que el líquido cayera en su boca. La reacción fue tan rápida como lo había sido con el niño: Selene comenzó a agitarse y, poco a poco, comenzó a abrir los ojos.

—Gracias al Cielo que estás viva —sollozó él, incapaz de controlar las lágrimas de felicidad por verla otra vez... y viva, además.

—¿Griän? —exclamó ella de súbito, tratando de sentarse en el camastro—. Pero ¿qué haces...?

Griän no pudo resistirse más y la abrazó. Sabía que ella no se lo impedía por estar aún aturdida debido al veneno, pero no le importó ni su rechazo, ni su odio, ni el motivo por el que él había irrumpido en sus vidas; necesitaba sentirla lo más cerca posible y llenarse de ese aroma de flores blancas que aún lo atormentaba en sueños. Cuando se apartó, Selene lo miraba confundida, aunque su confusión pronto pasó a indignación.

—¿Qué hacéis aquí, Milord? —inquirió con voz seca.

Griän resopló con resignación. Debía lidiar con aquello, pero ahora no era el momento.

—Sólo necesitas saber que habéis sido envenenados —le explicó.

—¿Qué disparate es ése? —Intentó ella incorporarse, pero se tambaleó, obligándola Griän a volverse a sentar.

—Me encantaría pasarme el día discutiendo contigo, pero tiempo es con lo que menos contamos —dijo con impaciencia—. En cuanto te sientas mejor, trata de despertar a los demás y verás que no lo conseguirás. Para entonces, espero que sigas mi consejo y les suministres esto.

—¿Qué es? —preguntó ella, tomando la botellita con recelo.

—Un antídoto —le respondió, enumerándole los ingredientes de la receta, tal y como hizo anteriormente con aquella mujer—. Quien despierte, que siga ayudando a los demás, no hay tiempo que perder.

—Pero...

—Y te pediría que le dijese a tu hermano que se reuniera conmigo y con Su Majestad. Porque Francis se encuentra en el castillo, ¿no? —demandó con temor.

Selene asintió con la cabeza, aún sin comprender, ni siquiera creer lo que estaba sucediendo. Pero era Griän el que la observaba ahora desde el quicio de la puerta.

—Te rogaría que estuvieses presente —añadió, mirándola con pesar—. Tú también mereces la verdad.

Dicho esto, Griän corrió hacia la cocina. Había gastado todo el antídoto con Selene, así que necesitaba elaborar más y en mayor cantidad. Se dirigió después a la torre donde estaban los aposentos de la familia real y no tardó en encontrar la recámara de Nicholas. La puerta estaba abierta de par en par y le llamó la atención encontrar unos guantes como los suyos encima de su cama. No le dio más importancia y los dejó en la cómoda. Luego, suspiró hondo, tratando de prepararse para lo que venía.

—Majestad, Majestad —dijo tras haberle dado el antídoto.

Nicholas comenzó a agitar las manos y a mirar a su alrededor, como si no supiera dónde estaba.

—¿Quién sois? ¿Y qué hacéis en mi recámara? —exclamó mientras trataba de incorporarse sin éxito.

—Calmaos, Majestad. Soy Lord Griän de Häe.

Nicholas frunció el ceño, como si quisiera hacer memoria, y fue entonces cuando miró al otro lado de la cama y la encontró vacía.

—¿Dónde está mi esposa? —le reclamó duramente mientras lo tomaba por el cuello de la túnica—. ¿Y mi hijo?

Nicholas trató de levantarse al comprobar que la cuna también estaba vacía, pero la debilidad que sintió en las piernas hizo que se derrumbara en la cama.

—Os ruego que os calméis —le pidió Griän, ayudándolo a sentarse.

—¿Me pedís que me calme cuando mi esposa y mi hijo han desaparecido?

—Os garantizo que están bien —le aseguró.

—¿Y vos cómo podéis saberlo? —inquirió encolerizado.

—Porque van camino de Adamón y no sólo vuestra esposa —añadió—, sino todas las mujeres de vuestra familia.

—¿De qué demonios estáis hablando? —gritó sumiéndose en la desesperación.

No entendía nada. Recordaba haberse quedado dormido con Gabrielle en sus brazos para despertar en una cama vacía y con un lord extranjero que le aseguraba que habían secuestrado a su esposa... ¿Y por qué diablos no podía ponerse en pie?

—Os han envenenado —le dijo al ver que quería volver a levantarse—. A todo el castillo, incluso a parte de vuestros súbditos, pero ya he hecho circular el antídoto y espero que podamos salvarlos a todos.

—Pero... ¿salvarlos de qué? Necesito ir en busca de mi esposa, maldita sea —imprecó ante esa sensación tan conocida de profunda agonía y que ya sintió cuando aquel infame de Hrodgar se la arrebató de su lado.

—Podréis hacerlo en cuanto os explique a lo que os estáis enfrentando —le informó él—. No tomará mucho tiempo, lo necesario para que os sintáis mejor y podáis preparar vuestra partida. Os repito que vuestra familia está bien.

A Nicholas no le tranquilizó volver a escuchar aquello. Se sentía impotente, aquella debilidad apenas le permitía ponerse en pie, pero sentía la necesidad imperiosa de coger el primer caballo que encontrase e ir en busca de Gabrielle. Sin embargo, Griän tenía razón en varias cosas: necesitaba recuperarse de los efectos de aquel veneno y reunir toda la información que pudiese para enfrentarse a aquellos malditos y matarlos uno a uno hasta dar con Gabrielle y su hijo.

—Majestad, no hay tiempo que perder —dijo entonces Griän—. Hay que suministrar el antídoto a todos si queremos salvarlos.

—Pero...

—He dado indicaciones de elaborar más a una de vuestras doncellas —le aclaró—. Mientras tanto, Majestad, os pido encarecidamente que reunáis a vuestros familiares en el Salón del Trono, pues mi explicación también les atañe a ellos.

De pronto, Selene irrumpió en la habitación con una jarra de greda y un vaso en la mano, aunque se detuvo al instante al encontrar a Griän allí. Bajó la mirada, avergonzada por no haberle creído y por sentir aquella emoción indebida al verlo, al saberlo tan cerca de ella. Entonces, aun sin levantar los ojos del suelo, sintió los de Griän recorriéndola y el ruido de sus pasos acercándose hacia ella.

—Gracias. —Oyó que le susurraba llegando ya a la puerta, mientras aquel estremecimiento seguía vibrando en su interior.

Capítulo 26



Minuto a minuto, la vida volvió a aquel castillo, al igual que se vio invadido por la angustia y la desesperación, pues la noticia del rapto de las mujeres y niños de la familia real se extendió a la velocidad del rayo. Los hombres, devastados por la aflicción y la ira, se fueron reuniendo en el Salón del Trono donde todos aguardaban, tal y como pidió Griän.

Se dispusieron butacones para ellos, pero era tal la impaciencia y la inquietud que ninguno quiso tomar asiento. Permanecieron de pie, frotándose las manos con nerviosismo y compartiendo miradas recelosas.

—¿Qué demonios está pasando, Nicholas? —inquirió Erick con el rictus crispado.

—No necesitamos explicaciones de nadie —espetó Zayev en cambio, deambulando de un lado para otro—. Si nuestras mujeres están retenidas en el Reino de Adamón, debemos partir ya en su busca.

—Aguarda —le pidió Nicholas con impaciencia—. Presiento que la información que nos entregará Lord Griän es de vital importancia.

—¿Y puede saberse quién es ese lord? —demandó Richard de malas maneras.

—Yo, Majestad. —Se escuchó de pronto la voz de Griän que acababa de entrar al salón y caminaba hacia ellos—. Soy Lord Griän de Häe.

—¿Häe? —preguntó Lyal con estupor—. ¿Has dicho de Häe?

—¿Qué...? —iba a intervenir Nicholas, pero Zayev, siguiendo la orden muda que le diera su padre con la mirada, se aproximó a Griän con dos simples zancadas y apresó con fiereza uno de sus brazos. Arrancó con violencia el brazalete de cuero que cubría su muñeca y dejó a la vista una singular efigie que portaba tatuada en su piel: Tres soles de distintas tonalidades y formando un triángulo perfecto.

Nicholas lo miró extrañado; no era la primera vez que veía ese símbolo. Recordaba haberlo visto en aquel documento que les entregasen los Reyes de Häe y que los reconocía como los fundadores del Reino de Adamón.

—Sois un Devorador de Sangre —anunció Lyal con una mueca de asco—. Un vil asesino.

—¿Qué? —bramó Nicholas, alzándose en la estancia una exclamación de espanto y repulsión.

—¡No! —gritó Griän quien, sintiendo por primera vez en toda su vida vergüenza de sus orígenes, cayó de rodillas, cabizbajo.

No era así como quería que Selene se enterase de su verdadera identidad. En ese momento, podía sentir sobre él su mirada, censurándolo, sin duda despreciándolo, y ni fuerzas tuvo de recuperar su brazo del duro agarre de Zayev.

—¿Veis esto? —Le oyó gritar entonces—. Es el símbolo de su reino —continuó—. Tres estrellas que representan los tres estadios del sol en el firmamento. Éste —dijo, señalando el de más a la derecha y de un color anaranjado—, es el sol al amanecer, joven y cálido. Este otro —apuntó ahora hacia el situado más arriba y de color amarillento—, es el de mediodía, brillante y cegador, y el color del tercero es rojizo, como el sol cuando es absorbido por el ocaso. Y su disposición, como el de los otros dos orbes, responde a la posición del sol en el cielo, formando entre sí un triángulo —concluyó, soltando con violencia el brazo de Griän—. Tres soles representados por tres reyes que se hacen llamar Adoradores del Sol, y que no son más que tres hombres ávidos de sangre y adeptos a los sacrificios humanos —sentenció con gran desprecio en su voz.

Un murmullo de condena y repulsión se alzó en la estancia.



—Los tres Reyes de Hæ —susurró Trystan mientras todos se miraban entre sí.

—Y, ¿cómo sabes tanto sobre ellos si no los has visto nunca? —preguntó entonces Erick, quien no salía de su asombro, como todos los demás.

—El libro que os mostré en vuestra última visita también habla sobre su abominable civilización.

—¿Te refieres al de la profecía? —exclamó Nicholas con profunda incredulidad.

Zayev asintió y miró a Griän de reojo.

—Estáis aquí por la Profecía que anuncia el Fin de los Días, ¿verdad?

Griän seguía de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo, pero, en cierto punto, tomó aire y se puso en pie, encarando directamente a

Zayev.

—Puede que mi forma de vida os cause repulsión, pero yo no sabía que existía algo distinto, hasta ahora —pronunció con las mandíbulas tensas—. Nuestras vidas se concibieron bajo esas creencias y nunca me planteé discutir su legitimidad, aunque tampoco se me hubiera permitido. Y puede que nuestra doctrina os resulte infame, pero ¿se debe aceptar la existencia de los Dioses del Kratvah simplemente porque lo dicen vuestros Escritos Antiguos?

—¿Es que acaso sabéis algo sobre eso? —debatía Phelan con desprecio.

—Dada mi condición, se me dio acceso a ciertos libros antes de viajar hasta aquí —le informó.

—¿Y qué condición es ésa? —preguntó Nicholas.

—Soy el Preceptor de La Elegida —dijo mirando a Zayev, quien seguro sabía de qué le estaba hablando—, de mi hermana Anyan.

Y Francis dio un paso al frente al escuchar su nombre.

—¿Por qué no lo explicáis todo desde el principio? —intervino Jordan al percatarse de aquel detalle.

—Y aprovechad para convencerme de que no he de atravesaros con mi espada —lo amenazó Zayev, siendo ahora Selene la que diera un respingo, aunque corrió a ocultarse tras su hermano.

Griän se limitó a asentir y tomar aire profundamente antes de hablar. Sabía que su destino estaba en sus manos, pero tampoco serviría de nada mentir.

—Todo lo que habéis dicho es cierto —comenzó Griän a decir—. Nuestro mundo es muy distinto al vuestro, pues nos hallamos sumidos en la oscuridad, cubiertos por un manto de superstición y temor arraigado en nosotros desde nuestra cuna. Nuestros reyes dominan nuestras vidas y ellos deciden nuestro destino de tal modo que nadie se ha atrevido jamás a cuestionarlo, porque vivimos reclusos en ese mundo que nuestra realeza ha creado a su conveniencia.

—Oigo un montón de palabras, pero no escucho nada que me aclare esto —dijo Richard con impaciencia.

—Aseguran que su linaje les hace más cercanos a nuestro dios, el

Sol. —Griän alzó la voz, harto de que le cuestionasen y más seguro a cada segundo de que aquello era inútil—, al igual que aseguran que debe alimentarse a través de ellos. Con nuestra sangre —escupió la palabra.

—¿Cómo? —preguntó Trystan sin comprender.

—Tal y como os imagináis, Majestad. —Y le hizo una seña a Zayev para que recordase sus palabras al referirse a su pueblo—. Con el sacrificio de doncellas vírgenes.

—Entonces, vos... —Nicholas ni siquiera se atrevía a formular aquella monstruosa pregunta.

—No, Majestad. —Lanzó una sonrisa triste—. Nosotros nos limitamos a entregarles alegremente a nuestras mujeres y ser lo bastante estúpidos como para creer que nos honran por ello.

—¿Estáis queriendo decir que os utilizan y no os dais ni cuenta? —se mofó Cailen, sacudiendo una mano en un gesto desdeñoso.

—¿Acaso alguien nos hizo ver que lo estaban haciendo? —le cuestionó él en cambio, con cierta dureza en su mirada y su voz.

—Cailen. —Trystan llamó su atención—. La ignorancia del pueblo es el poder de los gobernantes.

—Sólo a la Corte se nos permite leer y escribir, y saber hacer uso de las armas —añadió Griän—. Y tal y como he dicho antes, necesitábamos saber más cosas sobre vosotros antes de venir aquí, por lo que se nos dio acceso a los Libros Prohibidos.

—Pero también dijiste que se debía a que eres el Preceptor de tu hermana —intervino Francis por primera vez al no poder resistir por más tiempo no saber cuál era el papel de Anyan en toda la historia.

—Majestad —se dirigió a Nicholas, sin embargo—. ¿Jamás os habéis preguntado por qué no hay reinas en Häe?

—En realidad, sí —respondió, recordando aquella visita de tiempo atrás y la inquietud de Gabrielle—. Nos llamó la atención no sólo que fuesen tres soberanos, sino que no les acompañase ninguna reina.

—Pero imagino que también os percatasteis de sus diferentes edades, pues, tal y como ha explicado Su Alteza, representan los tres estadios del sol —le explicó—. Algún día, el Rey Günes, también llamado del Atardecer, porque representa el ocaso, morirá, y su hijo

Quyosh ocupará su lugar, a la vez que Korw, ostentará el título de su padre, el Rey del Mediodía.

—¿Y quién sería el tercer rey? —quiso saber Jordan, quien hacía un gran esfuerzo por tratar de concentrarse en aquella historia que podía darle pistas sobre el rapto de Agatha.

—El hijo que engendre el Rey Korw tras depositar su semilla en el vientre de La Elegida —respondió, mirando a Francis abiertamente.

—Anyan —murmuró Francis, y Griän comenzó a reír con gran amargura.

—¿Quieres saber cuál habría sido su destino? —Se acercó un paso hacia él—. Dentro de unas semanas, en el próximo Solsticio de Verano, debería haberle entregado su pureza al Rey Korw y brindarle su matriz para alojar a su heredero, por lo que debía ser fértil con la ayuda de las virtudes de ciertas plantas medicinales.

Francis quiso hablar, pero Griän sacudió secamente su mano y se lo impidió.

—Desde que se convirtió en La Elegida, en el pasado Solsticio de Invierno, yo —prosiguió, alzando la voz y palmeando su pecho— me he encargado de instruirla para que poseyera todas las cualidades necesarias y que su hijo habría tomado de ella mientras crecía en su vientre. Tras nueve meses, al llegar la siguiente primavera, lo habría parido... pero se lo habrían arrebatado de los brazos sin haberle visto el rostro siquiera, y después, tras conducirla hasta el Altar Sagrado, nuestros soberanos la habrían atravesado con sus dagas dándole muerte y gozando después de su sangre.

En la sala se escuchó un murmullo de desaprobación e incredulidad, mientras Francis apretaba los puños y miraba a Griän lleno de rabia e impotencia.

—¿Crees que eso es horrible? —siguió, dirigiéndose a él con tono mordaz—. Pues te equivocas. Lo peor de todo es que mi hermana se creía poseedora del mayor honor al que una doncella puede aspirar en nuestro pueblo, y deseaba cumplir su destino con todas las fuerzas de su ser. Y yo, por mi parte, la miraba con orgullo, deseando caminar con la frente bien alta al conducirla hasta el lecho del Rey Korw.

En el rostro de Francis se dibujó una mueca de hastío, mas no dijo

nada.

—Pero tuvisteis que llegar vosotros. —Los señaló a él y a su hermana con mirada afligida—, y os empeñasteis en demostrarnos que nuestro mundo era una farsa, un mundo en el que no se nos permite amar, Francis. Y, sin embargo...

Desvió la vista hacia Selene quien se apoyaba contra su hermano, pálida e incapaz de mirarlo a los ojos. Griän suspiró abatido.

—Pero alguien puso en duda su honra —decidió proseguir, y vio entonces cómo Francis se tensaba—. Lady Araw —respondió así su pregunta silenciosa—. Tanto vuestros dioses como el mío saben que tenía motivos para querer matar a esa mujer con mis propias manos, pero fue el Rey Günes quien lo hizo por haber lanzado aquella sospecha, aunque el mal ya estaba hecho y mi hermana resultó marcada.

—¿Dónde está Anyan? —le preguntó con ansiedad.

—Recluida en una mazmorra, a la espera de ser sacrificada en el Ritual de la Luna Nueva, con el resto de vuestra familia —se dirigió ahora a los demás hombres.

—¡Sois un bastardo! —Lo alcanzó Nicholas dándole un puñetazo que lo derribó tirándolo al suelo.

Erick y Jordan lo sujetaron, evitando que se lanzara contra el joven que seguía sentado en el suelo, limpiándose la sangre de la comisura de los labios con el dorso de la mano y sin intención alguna de defenderse.

—Vuestra familia vive —le repitió Griän—, los necesitan vivos hasta la próxima luna nueva, y quedan suficientes días para que organicéis adecuadamente su rescate.

—Pero ¿por qué? —le gritó, desesperado—. ¿Por qué mi familia?

—Vuestro heredero es el Hijo de la Sizigia —le anunció ya en pie, pero aquello no sirvió para que Nicholas se calmara.

—Es hijo mío y de Gabrielle, no de un maldito eclipse. ¡Y no quiero volver a escuchar que sus rasgos son debido a que el sol y la luna se reflejan en él! —Miró ahora a Zayev quien empezaba, finalmente, a prestarle atención a Griän.

—¿Y quién decidió su nombre? —insistió el joven.

Nicholas resopló, negando con la cabeza.

—¿Recuerdas todo lo que te narré? —le dijo entonces Zayev, y Nicholas lo fulminó con la mirada.

—¿Ahora estás de su parte? —le reprochó duramente.

—Por supuesto que no —se defendió con brío—. Pero todo cobra sentido. Entiende que no importa lo que tú creas; ellos creen que tu hijo es aquél que viene a destruir el mundo. Por lo que...

—Debe morir —pronunció Nicholas aquellas palabras que le licuaban las entrañas.

—Pero ¿y nuestras mujeres? —preguntó Erick, apesadumbrado.

—Según la profecía, el Fin de los Días vendrá dado por la destrucción del Reino del Sol primero, y el de la Luna después —les explicó Griän—. Que el ritual se celebre en luna nueva, no es una casualidad. —Miró de nuevo a Zayev y el joven cerró los ojos y dejó caer la cabeza, como si aquella nueva realidad le hubiera golpeado fuertemente. Entonces, alzó la manga de su túnica y les mostró al resto el tatuaje que todos los guerreros Gealach llevaban en el brazo izquierdo: una luna redonda, plena, con una media luna a cada lado.

—La Diosa Luna —susurró Lyal, comprendiendo—. Vuestro demonio —le espetó a Griän al ver que hacía una mueca al escuchar ese nombre, aunque no tuvo más remedio que asentir.

Los demás hombres, sin embargo, los miraban impacientes y enojados.

—En tiempos de Nuestros Ancestros —comenzó a explicarles Phelan—, la Diosa Luna era representada por tres mujeres y que correspondía a sus tres fases; la Luna en Cuarto Creciente era una niña, una doncella, pura; la Luna Llena era una mujer también llena, de vida, es decir, encinta; y la Luna en Cuarto Menguante era una mujer adulta, que ya ha vivido, que ha deambulado por las dos fases anteriores.

—La cuarta fase, la Luna Nueva —habló ahora Griän—, representa con su ausencia su muerte, un lapso de tiempo donde prepararse para volver a resurgir.

—Como un vacío de poder, una debilidad que aprovechar para, no sólo acabar con la profecía, sino con el Reino de la Luna y que el del

Sol prevalezca por siempre —añadió Cailen.

—Pero...

—Es muy fácil, Erick —lo cortó Zayev, bruscamente—. Deanna, tu hija, representa el cuarto creciente; Agatha, la luna llena; y Gladys, el cuarto menguante.

—¡Hijo de una mala madre! —bramó Erick, yendo hacia Griän con las manos empuñadas y el rictus crispado, y Zayev, junto con Jordan, tuvieron que hacer grandes esfuerzos para sostenerlo y que no atacase al lord—. ¡No es más que una criatura! —gritó tratando de zafarse de su agarre—. Sólo una mente sádica y retorcida osaría...

—Erick... —lo llamó su primo, acercándose a él para apoyar la palma en su hombro, tratando de infundirle calma. Y el príncipe bajó los brazos, rendido, soltándolo sus amigos al saber que ya no había peligro—. Recuerda que nuestros hijos están en las mejores manos porque... ¿nuestras mujeres...? —comenzó a formular la pregunta mirando directamente a Griän.

—Tal y como imagináis, la Reina Gabrielle y la Princesa Claire son necesarias para que amamenten a los niños y poder mantenerlos así con vida hasta el momento del ritual —les confirmó a ambos con sincero pesar.

—Divino Bhut —murmuró Nicholas con el corazón adolorido por el sufrimiento. Le había vuelto a fallar a Gabrielle y también a su hijo, y ahora se veían envueltos en aquella trama que parecía extraída de una mortal leyenda pagana.

—Y mi hija es una Princesa Gealach —añadió Phelan de pronto, mirando con los ojos enrojecidos a Griän, quien asintió—. Los llamados Adoradores de la Luna por nuestros antepasados y una hereje para los vuestros.

—No podríais haberlo explicado mejor, Majestad —apuntó con seriedad.

—¿Y a Adrienne? —preguntó de súbito Cailen—. ¿Por qué se han llevado a mi esposa?

—No lo sé, Alteza —respondió, sorprendido—. No tenía conocimiento alguno acerca de ella —lamentó—. Su rapto no formaba parte del plan.

—Un plan que ha fracasado estrepitosamente, pues mi esposa no está encinta —masculló Jordan, iracundo.

—Os equivocáis, Excelencia, vuestra esposa está en estado de buena esperanza —le aseguró, rotundamente.

—¡Mentís! —lo encaró, enfurecido.

—¡No ha salido mentira alguna de mi boca desde que entré a este castillo! —se defendió Griän con ardor.

—¿Y cómo podéis mantener esa afirmación, entonces? —le exigió saber.

—Porque Lady Moira se encargó personalmente de ello. Ése era su cometido.

—¿Lady Moira? ¿Quién es ella? —preguntaron todos, confusos.

—No os referiréis a la mujer que me ayudó cuando tuve ese accidente en el bosque, ¿verdad? —apuntó Nicholas.

—Ella provocó ese accidente —le corrigió—. Necesitaba alejar a vuestros guardias de Adamón y una excusa para entrar al castillo. Después de asegurarse de que vuestra hermana concebía y de que naciera la niña, alertó a Lord Hrodgar para continuar con el plan.

De pronto, se alzó una exclamación generalizada en la sala que se vio ahogada por el bramido de Jordan.

—¿Qué nombre habéis dicho? —Se acercó a él, tomándolo de la pechera de la túnica y acercando su rostro al suyo con mirada amenazadora.

—Lord Hrodgar sobrevivió —le confirmó Griän sin amedrentarse.

—No es posible —masculló, soltándolo de súbito y apretando tanto las mandíbulas que le temblaban—. Yo lo vi caer, vi su cuerpo maltrecho estrellarse contra el suelo lleno de su sangre.

—Todos en la Fortaleza Roja aseguran que Lady Moira se lo arrancó de sus garras a la Diosa Deati.

—¡No volváis a darles un tratamiento de nobleza a esos malnacidos! —espetó Nicholas con inquina—. Son gente despreciable, unos simples asesinos sanguinarios, por lo que no me extraña que hayan hecho buenas migas con vuestros soberanos.

—¿Qué os une a ellos? —preguntó ahora Erick con igual dureza—. No es difícil deducir que en el Reino de Adamón jamás han morado

vuestros antepasados.

—Estáis en lo cierto, Alteza —admitió—. Ellos fueron los que nos informaron del nacimiento del niño y nos propusieron un plan para romper la profecía —le explicó Griän—. Reclamando Adamón, estaríamos más cerca.

—¿Y qué interés pueden tener ellos? —Jordan lo puso en duda—. Si lo que Hrodgar quería era vengarse, simplemente nos habría matado. Aquí hay algo más. —Se giró hacia Nicholas quien cavilaba sobre sus palabras.

—Nuestros soberanos les entregarán parte de sus riquezas —apuntó Griän, y entonces Jordan tensó la postura, mirando hacia él.

—Hrodgar jamás se conformaría con una parte —sentenció.

—No os entiendo. —Negó Griän con la cabeza.

—¿Cuál era el plan exactamente? —quiso saber Zayev.

—Lady Moi... Moira —rectificó—, vertió en el día de ayer un veneno en vuestra agua, uno con efecto muy lento, pero mortal. Una vez que os hubierais retirado a descansar, ya no despertaríais jamás. De esa forma, Hrodgar tendría completa libertad para introducirse en el castillo y llevarse así a las mujeres, a quienes se les habría suministrado un antídoto en cuanto hubiesen estado en su poder y al resto... —Hizo una pausa al no poder evitar mirar hacia Selene—, se os habría dejado morir.

—No habríamos muerto —intervino Trystan de pronto.

—¿Perdón?

Entonces, Trystan tomó una jarra de agua que él mismo había colocado en una mesa cercana y se acercó al joven.

—He creído entender que sabéis de plantas —dijo poniéndose frente a él.

Griän asintió, aunque no entendía lo que pretendía hacer con aquella agua contaminada. Entonces vio que Trystan se mojaba los dedos con el agua y se los pasaba por debajo de las pestañas inferiores de uno de sus ojos. Su pupila se dilató considerablemente.

—Belladona —murmuró, comprendiendo.

—Y algo más, creo que datura —añadió Trystan—. Nos habría inducido a un sueño de varias jornadas, pero habríamos recuperado la

consciencia. Aunque vuestro antídoto ha sido muy eficaz y bastará con verterlo en el agua contaminada para que sea potable nuevamente.

—No logro comprenderlo —reconoció el joven, confuso—. Hrodgar nos aseguró que todos moriríais.

—De lo que se aseguró es de engañaros —se mofó Jordan—. En cuanto nos hubiésemos repuesto, habríamos ido hasta Adamón y os habríamos aniquilado uno a uno.

—Si creíais que Hrodgar estaba muerto, ¿cómo hubierais sabido que debíais dirigir hacia allí vuestros pasos? —quiso rebatirle, pero Nicholas alzó una de sus manos que portaba unos guantes propios del vestuario Hæe y que Griän no tardó en reconocer.

—Los encontré en mi alcoba —le dijo—, y no creo que sean vuestros. —Hizo un gesto para señalar los que él portaba entremetidos en su cincho—. Y mientras nosotros les quitamos un estorbo del camino al deshacernos de vosotros, ellos invadirían Hæe. Creí entender en vuestra anterior visita que vuestro reino no posee un gran ejército.

“Ninguno”, diría Griän si hubiera podido articular palabra. Prácticamente la Corte al completo se hallaba en Adamón. De pronto, comprendió lo irónico de todo aquello. Los reyes habían viajado hasta tan lejanas tierras para romper la profecía que anunciaba la destrucción de su mundo cuando ellos mismos se habían forjado ese mismo destino.

—No creo que hubierais corrido tras ellos cuando hubieran abandonado Adamón antes de que llegásemos nosotros —ironizó Zayev cruzándose de brazos—. Imagino que os habrían mantenido ocupados mientras matabais a nuestras mujeres, para salir huyendo lo antes posible y no verse sorprendidos por nuestra llegada.

Y entonces, Griän entendió la pieza que le faltaba para comprender todo aquel retorcido plan.

—Sabrán perfectamente cuándo llegareis —anunció Griän con altivez, sabiendo que había cierta baza que podía utilizar para seguir vivo un poco más—. Moira es una hechicera.

—¿Una hechicera? —exclamó Trystan, comprendiendo así que

hubiesen utilizado tantas veces los poderes nocivos de las plantas en su contra. La cicuta en la flecha de Nicholas, la adormidera en el secuestro de Gabrielle, y más de una ocasión en la que no habrían tenido conocimiento de ello.

—Sabía que vuestro hijo sería una mujer —Griän le dijo a Erick, haciéndose eco de los pensamientos de Trystan—, e hizo uso de sus tónicos para que consiguierais dejar en estado a vuestra esposa —se dirigió ahora a Jordan.

Sentimientos encontrados invadieron al joven. La dicha que sentía al saber que Agatha le daría por fin el hijo que ambos tanto anhelaban colisionó con la amargura de saber que se la habían arrebatado de su lado para siempre si no hacían algo por remediarlo.

—En toda esta historia, aún sigo sin comprender qué hacéis vos aquí —le cuestionó al lord—. Dudo que hayáis sufrido un repentino ataque de principios y deseéis evitar el despiadado crimen que vuestros soberanos pretenden cometer.

—Tal vez así sea —le respondió al sentir esos remordimientos corroyéndole la piel—. No pretendo perder el tiempo intentando demostraros algo que jamás creeríais. Pero decidme, ¿creéis en el amor?

Jordan lo miró con recelo.

—¿Qué si no el amor hacia vuestra esposa os empuja a devastar un reino entero con tal de recuperarla? —añadió Griän.

—He creído escuchar que vuestra gente no es capaz de amar.

—Eso mismo pensaba yo —admitió lamentándolo—. Pero el amor hacia una mujer me ha enfrentado a una realidad en la que me encuentro perdido —añadió mientras dirigía su vista hacia Selene, mirándola con intensidad abrumadora.

—¿Y con tu gesto pretendes recuperarla? —preguntó Cailen con sorna.

—No puedo recuperarla porque nunca fue mía para poder perderla —le respondió, sin importarle el hecho de admitirlo frente a todos. Tal vez nadie lo comprendía, su silencio y sus gestos de extrañeza así se lo decían, pero Selene sabía que esas palabras eran para ella.

—Entonces... —Nicholas lo instó a continuar.

—Lo único que tengo en este maldito mundo es a mi hermana Anyan —dijo, tratando de tragarse unas traidoras lágrimas que pretendían escapar de sus ojos—. Y ella no quiere morir.

En ese instante, Griän hizo un gesto con la mano para pedirles que aguardasen y fue hasta la puerta, adentrándose unos pasos en el corredor. Cuando volvió a entrar, portaba consigo un morral y caminó hasta que se colocó frente a Francis. Entonces lo abrió y sacó su camisa, la que había llevado a Anyan a una más que probable muerte anticipada. Francis la tomó y lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—No es mi amor lo que me ha traído aquí —anunció Griän—, sino el que mi hermana siente por ti y por el hijo que lleva en su vientre, tu hijo.

Traspasado por tan inesperada noticia, Francis cayó de rodillas mientras ocultaba su rostro en la camisa, ahogando un sollozo.

—Anyan nunca quiso aceptar el amor que le ofrecías —le dijo—. Siempre luchó contra él porque sabía que no había ningún amor en este mundo que aceptase nuestra verdad y mucho menos que la perdonase, y por eso no le importaba morir.

Francis giró su rostro y miró a Jordan. Por fin las últimas palabras que le dijera al despedirse cobraban sentido.

—Pero al sentir ese nuevo amor por el ser que crece en su vientre, todo cambió. —Griän cerró los ojos, al no poder evitar ya las lágrimas que enjugó con rapidez mientras instaba a Francis a que se pusiera en pie, cogiéndolo del brazo—. Tienes que salvarla, Francis. Si de verdad sentiste algo por ella, no la dejes morir. Sé que mi palabra y mi honor no significan nada para ti, pero te juro por mi vida que nunca más sabrás, sabréis —rectificó, mirando a Selene—, nada más de nosotros. Desapareceremos para siempre de vuestras vidas.

—¿Y cómo sabemos que todo esto no es más que una farsa que nos lleve directos a una trampa? —inquirió Erick a viva voz—. Nada me impide mataros aquí mismo y dejar de perder el tiempo para ir en busca de mi esposa y mi hija.

—Estáis en lo cierto —respondió Griän cabizbajo, derrotado.

Entonces, introdujo la mano por la abertura de su capa, haciendo

que los hombres se alarmaran, desenvainando incluso los más rápidos sus espadas. Griän alargó su mano y les rogó calma, tras lo que extrajo un pequeño ramillete de romero.

—Esto bloquea la capacidad de percepción de Moira. Debéis llevarlo todos. —Caminó con prudencia hacia Nicholas y le alargó el ramillete—. No podrá percibir vuestra presencia en la lejanía por lo que, si sois lo suficientemente sigilosos, no sabrán que estáis ahí hasta que os tengan enfrente.

Nicholas miró a su tío, confiando en sus conocimientos, quien asintió.

—Contándonos esto, nos estáis entregando vuestra última baza —apuntó Jordan.

—¿No os importa que aniquilemos a vuestros compatriotas? —añadió Cailen con desprecio.

—Yo no tengo patria, Alteza —le corrigió—. Al deshonar a Anyan, me han repudiado también a mí, aunque no siento reconocer que no me importa. —Se encogió de hombros—. Nada me espera en Hãe y hay muy pocas cosas que me aten a este mundo. Pero una vez conocí la dicha y eso es mucho más de lo que esperaba llevarme conmigo en la hora de mi muerte. Si debe ser ahora, sea. Sólo os ruego que no abandonéis a mi hermana en aquella mazmorra.

—Seréis vos mismo quien la saque de allí —anunció Nicholas, y todos lo miraron con una mezcla de asombro y estupor.

—¡No, Nicholas! —exclamó Erick.

—¿Te has vuelto loco? —le reprochó Jordan.

—No puedes confiar en él —le advirtió Zayev—. ¡Es una trampa!

—Es un hombre desesperado, ¿no lo veis? —Nicholas señaló a Griän, quien aguantaba la respiración al sentir cercana la posibilidad de salvar a su hermana—. Y, en cuanto a que puede ser una trampa, ¿qué nos importa? ¿Es que no acudiríamos al rescate de nuestras mujeres e hijos de igual modo, aunque supiésemos que la mismísima Deati en persona nos aguarda a las puertas de Adamón?

Todos guardaron silencio mientras se miraban entre sí, comprendiendo que tenía razón. Entonces, Griän caminó hacia Nicholas y, bajo la mirada recelosa de los allí presentes, extrajo con

sumo cuidado su espada y una daga y las colocó a sus pies, tras lo que se arrodilló, clavando una rodilla en el suelo.

—Éstas y mi arco son mis únicas armas, y que yo os entrego —pronunció con alta voz, mas con la cabeza gacha.

—Levantaos, empuñadlas con orgullo y luchad a mi lado —le pidió él, y Griän alzó la barbilla con la mirada rebotante de agradecimiento.

—¿Qué está pasando aquí? —Escucharon de pronto una voz que procedía del corredor.

—Josiah... —murmuró entonces Trystan, y su amigo corrió hacia él.

—Trystan, ¿es cierto que se han llevado a mi niña? —le preguntó agarrándolo por los brazos y con sincero gesto compungido.

—Me temo que así es. —Dio Cailen un paso adelante.

—Pero ¿quién? ¿Por qué? —comenzó a decir, rodeando su propio cuerpo con sus brazos, encogido, como si se viese atacado por un dolor fulminante.

Entonces, sacó de entre sus ropas un pliego de papel y que Cailen reconoció como la misiva que le enviara hacía unos días.

—Yo... la recibí —murmuró con la mirada perdida, apretando la carta en su puño—. Lo siento tanto —lanzó un repentino sollozo.

Cailen terminó de acercarse a él y le puso una mano en el hombro, reconfortándolo. Desde la última vez que le viera, el rey parecía haber envejecido al menos diez años.

—Amo a vuestra hija con todo mi corazón y por ese amor sé que volveréis a verla. Os juro, Majestad, que mataré a quien haya osado ponerle un solo dedo encima.

—Y yo te estaré eternamente agradecido, muchacho.

—Amigo mío, pareces muy fatigado —observó Trystan—. Deberías aguardar aquí con Richard, Lyal y Phelan.

Richard estuvo a punto de rechistar, pero le vino a la memoria aquella vez en la que habían vivido una situación similar, cuando raptaron a Gabrielle.

—Sé que en esta ocasión es distinto —dijo Erick, leyendo sus pensamientos en la expresión de su cara—, pero igual que salimos victoriosos en aquella ocasión, también venceremos en esta.

—Protegeremos el castillo hasta que regreséis —aceptó Richard, a

pesar de las miradas de inconformidad de sus amigos—. Nos las traerán de vuelta —les aseguró.

—Pues no perdamos más tiempo —exclamó Nicholas.

Dio un par de pasos cuando se detuvo y se volvió hacia Griän.

—Espero no tener que arrepentirme —le advirtió.

—No lo haréis —respondió con la postura erguida y la barbilla alzada.

Nicholas emprendió la marcha hacia la puerta, imitándole los demás hombres, quienes le lanzaron miradas hostiles a Griän debido a una desconfianza de la que se sabía merecedor. Tomó sus armas y su morral y se lo echó al hombro. Francis estaba terminando de despedirse de su hermana cuando pasaba por su lado, y el capitán le lanzó una significativa mirada para luego mirar a Selene de reojo antes de seguir a los demás.

—Espera. —Griän agarró entonces a la joven del brazo impidiendo que se fuera, y ella dio tirón queriendo soltarse de su agarre, como si le quemase la piel—. Sólo será un segundo —le aseguró él, tras lo que comenzó a buscar en su morral hasta sacar su vestido y entregárselo.

Selene lo miró con los ojos llenos de lágrimas, sosteniendo en sus manos el símbolo de aquella noche que cambió su vida para siempre. Y él quería explicarle tantas cosas... Decirle que Araw fue la culpable de aquella infamia; que la rabia lo poseyó al creer que ella se había entregado a otro hombre porque la sentía como suya; y que habría dado la vida por volver atrás en el tiempo y cambiar el modo en el que sucedió todo, habiéndose transformado los celos y sus ansias de poseerla en dulzura y suavidad... La habría amado tal y como ella se merecía... Sin embargo, no tenía tiempo para eso y tampoco creía que ella estuviera dispuesta a escucharlo, mas no podía dejarla marchar, así sin más.

—Tal vez no lo creas, pero el único momento de dicha del que he disfrutado en toda mi vida fue cuando me hiciste tuyo, Selene. Siempre seré tuyo.

Dijo todo esto sin acercarse, sin tocarla, sin dejarse llevar por esos deseos de estrecharla entre sus brazos y besarla. Dijo todo eso, y se marchó, sin permitir que ella dijera una palabra, sin querer escuchar

su desprecio hacia él.

Y Selene lo vio alejarse con un sollozo anudado en la garganta. Colocó una mano sobre su abdomen y suspiró.

—No te atrevas a morir.

Capítulo 27



Selene estaba en la cocina intentando darle a Frederick un cuenco de pan remojado en leche. El pequeño aún estaba un poco atontado por culpa del veneno, así que no resultaba una tarea fácil.

Nada resultaba fácil ese día.

Tras la marcha de los hombres hacia Adamón, la servidumbre, bajo la supervisión de los reyes Richard, Phelan, Lyal y Josiah, corrió a cumplir con las indicaciones del Rey Trystan y, tras comprobar que se les suministró el antídoto a todos, comenzaron a reunir en mitad de la plaza los alimentos que se hubiesen podido elaborar con agua contaminada para quemarlos en una hoguera y que así no hubiera peligro de que alguien volviese a intoxicarse. La propia Erin, hacía unos minutos, había tomado todo lo que cocinó el día anterior y se lo llevó. Por suerte, el antídoto que Griän les procurase no sólo había sido efectivo con todos los afectados, sino que, vertiéndolo en los pozos, contrarrestaba el efecto del veneno de Moira, anulándolo.

Griän...

Aún retenía en la memoria su imagen, allí, en mitad de la Sala del Trono, humillándose y rogando ayuda... un Griän completamente distinto al que conoció una vez. Es más, de no haber estado presente, si alguien le hubiera relatado lo ocurrido, jamás habría podido creerlo. Pero ahora lo entendía, ahora comprendía por qué se había enamorado de él.

Siempre lo supo. Sabía que bajo esa fachada de soberbia, arrogancia y orgullo propios de su alta alcurnia, se escondía un

corazón capaz de sentir bondad y amor, como el que demostró sentir por su hermana Anyan. Mucho debía quererla para haber acudido allí a confesar las verdaderas intenciones de su gente, aun a riesgo de no salir vivo de ese castillo...

Le dio un escalofrío de sólo pensarlo... ¿Cómo podía alguien disfrutar de beber sangre humana? Era un sacrilegio, una aberración propia de bárbaros de la que, gracias a los Dioses, Griän había renegado. Se preguntó si aquel arrepentimiento llegaba a tiempo de salvar su alma que, tal vez, se había perdido, ennegrecida por aquellas creencias malignas. Sea como fuere, ella creyó en él, en sus palabras o, al menos, en las que a sus intenciones se referían.

Siempre seré tuyo.

Eso fue lo último que le dijo antes de marcharse y no sabía si agradecerse o maldecirlo. Prefería saberlo un bellaco para olvidarlo así con más facilidad, pero, sin embargo, se había mostrado avergonzado, humilde, declarando su amor por ella frente a todos, y sintiendo ella que lo amaba más que nunca... Desdichado amor que jamás podría ser. Esperaba con toda su alma que terminase aquella contienda sano y salvo, mas aún siguiendo con vida, su destino era vivir sus vidas separados, pues él continuaba siendo un noble y ella... una simple criada.

De pronto, como si hubiese intuido su tristeza, Frederick comenzó a llorar y Selene lo sostuvo contra su pecho, consolándolo. Pobre criatura. Hacía sólo unas semanas había perdido a sus padres biológicos, y ahora...

No. Se negó a creer que ese niño pudiera volver a quedar huérfano y, entonces, se llevó una mano al vientre. Su hijo también tenía derecho a conocer a su padre, en el caso de que Griän quisiera verlo alguna vez. No lo sabía. Si se hubiera tratado del Griän que casi la arrolla con su caballo, con seguridad lo habría repudiado. Pero el Griän que vio horas atrás, frente a ella, era un hombre completamente distinto que, tal vez, aceptaría su existencia.

No era mucho. Aquella incertidumbre apenas era una esperanza, mas con ese "tal vez" debería conformarse hasta su regreso.



Al caer la noche, Nicholas propuso hacer un alto en el camino. Hrodgar les llevaba casi un día de ventaja, así que era imposible alcanzarlos. Hacer el intento habría supuesto reventar a los caballos por el esfuerzo, y ellos mismos tampoco habrían llegado en condiciones de enfrentar una batalla, y necesitaba ahorrar fuerzas. En esta ocasión, se iba a asegurar de no dejar a nadie vivo de aquel maldito reino y no sólo ellos: los Hæe también caerían.

Buscó a Griän con la mirada. Durante toda la jornada se mantuvo al margen, dentro del grupo, pero alejado al mismo tiempo, sin hablar con nadie y con la mirada fija en el camino. Ahora, tras proveer a su caballo de comida y agua, había hecho una pequeña hoguera donde se asaba una pequeña ave y se hallaba sentado frente al fuego, enfundándose en su oscura capa.

Imaginaba que su actitud se debía a que sabía que no era el momento para confraternizar con nadie. Las miradas llenas de inquina del resto de hombres caían sobre él, y el propio Nicholas temía que su presencia provocase algún altercado. Al fin y al cabo, era por culpa de su gente por lo que estaban en semejante situación. Si debía ser sincero, él mismo hubiera querido matarlo cuando les narró lo ocurrido, pero pronto se dio cuenta de que Griän no era culpable de sus orígenes y, como él bien había dicho, tampoco conocía otro modo de vivir. Tal vez, en esta ocasión, sí tuviera cabida aquel dicho que rezaba “errar es de humanos, rectificar es de sabios” y lamentase realmente lo sucedido. Incluso de no ser así, aunque sólo se viera movido por el deseo egoísta de que le ayudasen a rescatar a su hermana, tampoco le habría importado, pues con su confesión, las posibilidades de salvar a sus mujeres e hijos eran potencialmente mayores.

Y en cambio, no, Nicholas no creía estar errado. Ese hombre acudió en busca de su ayuda, pero también a ponerlos sobre aviso, pues dudaba de que no hubiera sido capaz de rescatar a su hermana él

mismo. Y, por otra parte, sabía que albergaba sentimientos hacia Selene, la hermana de Francis, y no sería una sorpresa que su decisión de ir hasta allí también tuviera que ver con ella. Ciertamente, aquel hombre era un misterio y, quizás, habría menos recelos en el campamento si supieran algo más de él, sus verdaderas intenciones, sus verdaderos motivos.

De pronto, Zayev dio un resoplido mientras lanzaba un pesado tronco a la hoguera, alrededor de la que ellos estaban sentados.

—Me pongo enfermo sólo de tenerlo enfrente. —Le lanzó una mirada de odio a Griän.

—Tal vez no deberías juzgarlo tan duramente —replicó Nicholas.

—No puedes decirlo en serio —objetó el príncipe por lo bajo—. Sus soberanos pretenden matar a nuestras mujeres y beber su sangre —le recordó.

—Tú lo has dicho, sus reyes, no él.

Zayev volvió a resoplar y se cruzó de brazos.

—Tal vez, todo lo que dijo es verdad —propuso Francis con voz queda. El rey tuvo la deferencia de invitarlos a él y a Nigel a compartir su vino y su fuego, pero eso no significaba que pecase de imprudente.

—No eres objetivo. —Fue Jordan quien le reprochó—. Puede que sólo pretenda manipularte al hablarte de Anyan.

—Entonces, nos está manipulando a todos —intervino ahora Trystan—, pues también nos habló de la suerte que correrán nuestras mujeres e hijos.

—A mí, ciertamente, me gustaría saber si cuando peleemos contra su gente, tengo que cuidar mis espaldas de él —apuntó Erick.

—Invítalo a acompañarnos —le pidió de pronto Nicholas a Francis.

—¿Cómo? —exclamó Cailen—. ¿Vas a dejarte convencer por su cháchara?

—¿Qué te hace desconfiar: sus palabras o su cuna? —inquirió Nicholas, mordaz.

Cailen lo miró iracundo.

—Nicholas tiene razón —lo secundó Trystan—. Sus orígenes me hacen desconfiar tanto o más que a vosotros, y hace que me pregunte

cómo se puede renunciar a todas las creencias de un día para otro, pero eso, únicamente puede responderlo él.

Zayev dejó caer la cabeza y resopló pesadamente, declarando un periodo de tregua, así que Nicholas le hizo una señal con la cabeza a Francis, quien se levantó dispuesto a obedecer.

Griän seguía solo, sentando en aquella hoguera, abrazándose el cuerpo y envuelto en aquella larga y oscura capa. Tenía la mirada perdida, aunque dirigida hacia la hoguera. Debía estar muy sumido en sus pensamientos, pues se sobresaltó cuando Francis llegó hasta él, alzando su mirada cautelosa hacia el capitán.

—El Rey Nicholas desea que nos acompañéis.

Ahora su mirada se tornó en incredulidad.

—¿Rehusáis? —preguntó molesto.

—Por supuesto que no —repuso incorporándose—. Únicamente me ha extrañado lo insólito de su petición.

—No todos los soberanos son como los Reyes de Häe —dijo, aunque sin intención de importunarle.

Alargó su mano incitándole a dirigirse hacia el lugar donde estaban reunidos, pero Griän se detuvo en cuanto vio que caminaba detrás de él.

—No creo ser merecedor de ninguna cortesía, Francis.

Y dicho esto, fue él quien se colocó detrás y le permitió que lo guiara. A ninguno de los reunidos alrededor de aquella hoguera le pasó desapercibido ese detalle, pero nadie hizo comentario alguno.

—Gracias por vuestra invitación. —Se inclinó levemente el recién llegado.

Francis volvió a sentarse en el lugar que ocupaba en los troncos que habían acomodado a modo de asientos, y Jordan se movió para hacerle sitio a Griän entre él y Francis. Erick, por su parte, le ofreció un vaso de vino que él aceptó.

—Gracias, Alteza —respondió, apresurándose a beber y ocultar así su apuro y su vergüenza.

—Espero ser yo quien os dé las gracias en el caso de que vuestra información nos ayude —tanteó Erick.

—Yo también lo espero —repuso con resignación—. Mi único

deseo es que todo salga bien.

—Pues a mí me gustaría saber qué significa “bien” para vos —ironizó Zayev, y Griän alzó el rostro, alerta.

Algunos hombres lo miraron de forma reprobatoria, pero él se mostró impasible.

—No soy un hipócrita —se jactó de ello—. No puedo fingir que confío en vos. Llegasteis a estas tierras con la firme intención de raptar a nuestras mujeres y satisfacer así los deseos de sangre de vuestros reyes.

—La Profecía del Fin de los Días nos trajo aquí —exclamó, corrigiéndolo.

—Entonces, me estáis dando la razón.

—¡No! —repuso contrariado—. Me refiero a que, hasta hace bien poco, estaba convencido de que era una causa justa, la única forma de salvarnos.

—¿Y ya no lo estáis? —inquirió ahora Cailen con una mueca de incredulidad cruzando su cara.

—Por la forma de decirlo pareciera que ya no lo creéis, aunque me cuesta darle crédito —pronunció Zayev con su usual acritud.

—El sol es el mismo tanto en mi reino como en el vuestro. —Lo miró iracundo. Todo su mundo se había desmoronado a su alrededor y ya no estaba para ironías—. De creerlo todavía, os exigiría a punta de espada que me agradecieseis que mi hermana derrame su sangre, pierda su vida por el beneficio de vuestras malditas cosechas —espetó con rabia—. Soy un hombre sin patria, sin amigos, sin dios y sin esperanzas, Alteza, blanco del odio de la única mujer que me ha hecho sentir que estoy vivo en toda mi existencia, mientras que vos sois un príncipe heredero, con vuestras tierras, vuestros dioses misericordiosos y una devota esposa que os ama, rodeado de vuestra familia y amigos para cubriros las espaldas. Lo único que me queda en este mundo es mi hermana, y yo debo confiar en que me ayudaréis a salvarla, en que no me clavaréis un cuchillo por la espalda en cuanto me dé la vuelta. ¿Debo confiar? Porque tal vez sea yo quien deba cuidarme de vos.

—Aquí todos nos cubrimos las espaldas los unos a los otros, y

ahora vos sois uno de los nuestros —sentenció Nicholas con severidad, tras lo que le lanzó una mirada a Zayev, una demanda más bien, asintiendo él como respuesta—. Os aseguro que no debéis temer. En cambio, sí os pido que entendáis que no es fácil para nosotros aceptarlo.

Griän suspiró mientras asentía, comprendiendo su actitud.

—Para nosotros tampoco fue fácil. Fue muy duro. —Recorrió después con la mirada todos los rostros que comenzaban a observarlo con gran interés—. Fue duro darse cuenta de que habíamos estado viviendo una vida falsa, que todo lo que creíamos no eran más que las maquinaciones de una monarquía decadente que ha sobrevivido a lo largo de los siglos a base de supersticiones, tradiciones y unas creencias que nos subyugaban, nos anulaban —declaró con rabia—. No han sido más que parásitos, disponiendo de las vidas de nuestras mujeres a su merced, bebiendo su sangre y convenciéndonos de que la fertilidad de nuestros campos dependía de ello.

—Es una aberración —murmuró Jordan por lo bajo.

—Sí, ahora lo sé —concordó Griän, sin embargo.

—Pero ¿por qué ahora? —mostró abiertamente Cailen su desconfianza—. ¿Todo esto es por Selene? —agregó con cierto toque de desdén, lo que impulsó a Griän a ponerse en pie.

—No os atreváis a faltarla. —Lo señaló con un dedo a modo de advertencia—. Que yo la ame no la hace indigna de vuestro respeto. No pienso consentirlo.

—Igual que tú tampoco consentirías que alguien le faltase el respeto a Adrienne, ¿verdad, Cailen? —alegó Nicholas con perspicacia, haciéndole una seña a Griän para que volviera a tomar asiento.

—No pretendía ofenderla —se disculpó entonces Cailen—. Es únicamente que no os comprendo.

—¿Y creéis que yo sí? —Sonrió con tristeza—. ¿Sabéis qué fue lo último que me pidió, que me exigió mi padre en su lecho de muerte? Que convirtiera a Anyan en una Elegida, pues para ello había nacido.

—Como si la vida fuera inservible... —Negó Trystan con la cabeza, apenado.

—Os equivocáis —le contradijo el joven—. Siempre se nos dijo que entregarla traería mayor prosperidad, tiempos de bonanza a nuestra gente, y nosotros lo creímos. Hasta que llegamos aquí y comprendimos que... —Suspiró—, que tal vez la vida nos deparaba algo más. Y de pronto, todo cambió.

—Así, ¿de la noche a la mañana? —preguntó Erick.

—¿Cuánto tiempo tardasteis vos en daros cuenta de que amabais a vuestra esposa? —le cuestionó él en cambio—. ¿Cuánto tiempo tuvo que pasar para que ella se transformara en todo vuestro mundo? Pues yo tardé demasiado, al igual que Anyan.

—Debería habérmelo dicho —murmuró Francis por lo bajo, mortificado.

—Al igual que yo debería haberle dicho a Selene que la amaba —reconoció con pesar—. Pero fui un cobarde y no quise creer que la vida me estaba brindando una oportunidad.

Sintió que una lágrima recorría su mejilla, pero ni se molestó en secarla. Estaba cansado, exhausto por aquel vaivén de emociones que se arremolinaban en su interior y que trataba de dominar. Era por refrenar sus sentimientos que había perdido a Selene, y no quería perder a Anyan también.

—Fue Anyan la que me abrió los ojos —comenzó a decir, con la mirada perdida mientras rememoraba aquella noche—. “Nadie tiene necesidad de morir aquí para que los campos den cosechas, ni he visto soberano alguno que beba la sangre de una virgen para asegurar la prosperidad de su pueblo”, me dijo y yo no pude mandarle a callar porque sabía que tenía razón. Y sí —afirmó, mirando a Cailen con dureza—, fue por Selene que dejé de creer.

Griän se arrebujó en su capa y volvió la vista al fuego, mientras dejaba sus palabras fluir, libres.

—Sé que la fatalidad puede arrebatarnos a los seres queridos —prosiguió—, pero en nuestro caso, la fatalidad es el simple capricho de un rey que señala con el dedo a una doncella porque desea gozar del sabor de su sangre. Y es cierto que, tiempo atrás, yo mismo habría conducido a mi hermana hacia su sacrificio mortal, pero al igual que ella ya no desea morir, yo tampoco quiero que muera, porque es mi

hermana y la quiero. —Tomó aire—. Y si fuera Selene la que estuviese camino de Adamón, yo me moriría de dolor, un dolor del que una ancestral profecía no puede haceros merecedores. Ya no.

—Y el Rey Korw se encaprichó de Anyan —concluyó Francis, recordando las miradas del soberano hacia la joven.

—Me imagino que sí —admitió, encogiéndose de hombros—. Pero ella me confesó que no deseaba cumplir con su destino, no deseaba morir, quería venir en tu busca y pedirte ayuda. Sin embargo, yo vine a recordarle el motivo de nuestra presencia aquí, desalentándola, pues no habría perdón ni para ella ni para mí si los reyes llevaban a cabo su plan. Debíamos evitarlo.

—¿Cómo? —preguntó Zayev, mordaz.

—No lo sabíamos —no dudó en reconocer—. Aun perteneciendo a la Corte, mi hermana y yo no somos más que simples peones en este gran tablero de ajedrez al que nuestros soberanos nos obligan a jugar. Venir a advertiros, con Moira en el castillo era imposible, además de que abandonar Adamón sin motivo habría levantado sospechas y, sabiendo lo que ahora sé, en cuanto Hrodgar hubiera presentido que había algo extraño, habría alertado a Moira y habría llevado a cabo ella misma su revancha en nombre de Hrodgar y os habría matado.

—Alertarla, ¿cómo? —intervino por primera vez Nigel.

—Por medio de unos cuervos, a los que les ata un pequeño pergamino en la pata —les explicó.

—Extraordinario —murmuró Trystan, cavilando sobre aquella idea que no dejaba de ser tan sorprendente como efectiva, por lo que habían comprobado.

—Podrías haberlos envenenado a todos, tal y como Moira ha hecho con nosotros —apuntó Jordan.

—Tal vez nos consideraréis de su misma calaña, pero no compartimos sus mismos instintos aniquiladores —se excusó Griän—. Y es cierto que mi rol ha hecho que Anyan y yo conozcamos las propiedades de ciertas plantas, pero nunca al nivel de una hechicera como Moira.

—Pero supisteis qué antídoto utilizar para ayudarnos —apuntó Trystan.

—En realidad, no lo sabía. —Lo sacó de su error—. Recordad que yo creí que Moira os había suministrado algún tipo de veneno mortal.

—Entonces...

—A la sustancia que elaboré la llamamos antídoto universal —le aclaró—. Probé y tuve suerte, eso es todo. Además, hay que tener en cuenta que tampoco era un veneno mortal como Moira nos hizo creer.

De pronto, Griän comenzó a negar con la cabeza, como si estuviera inmerso en un recuerdo horrible.

—Creí que teníamos más tiempo —confesó con la mirada ausente—. No imaginábamos que la Princesa Claire daría a luz tan pronto ni que vuestra esposa engendraría enseguida. —Miró a Jordan—. De hecho, nuestros esfuerzos los estábamos dedicando a preparar la llegada del Solsticio de Verano.

—Cuando vuestra hermana...

—Sí. —Griän cortó a Francis, ahorrándole el tener que decirlo—. Pero una mañana nos reunieron a todos y nuestros soberanos nos comunicaron que Hrodgar ya había partido hacia Los Lagos y que el Ritual de la Luna Nueva era inminente. Aunque lo peor fue cuando nos narraron que la idea de Moira era acabar con vuestras vidas, con la de todos. —Volvió a mirar a Francis—. Sin ni siquiera posar mis ojos en ella, pude sentir la desesperación de mi hermana, porque era la misma que sentía yo al pensar que...

Griän se restregó con fuerza la cara con las manos, como si quisiera borrar de su memoria aquella sensación. Jamás volvería a tener a Selene entre sus brazos, pero creerla muerta equivalía a un dolor mortífero, más que cualquiera de los venenos de Moira.

—Las pocas esperanzas que tenía se desvanecieron —continuó segundos después—. Hrodgar me llevaba muchas horas de ventaja y yo no tenía excusa para abandonar el castillo, y menos estando un acontecimiento tan importante en puertas. Pero en ese momento, estando aún reunidos, fue cuando Araw dio un paso al frente y proclamó sus sospechas ante todos.

—Aunque no eran sospechas —dijo Francis en un lamento, y Griän se giró hacia él.

Le sorprendía que a Francis no le importara tratar de ese tema en

presencia de todos, de hecho, no le incomodaba mostrarle que quería saber de ella, y él rogaba por que aquel interés siguiera siendo amor, a pesar de todo lo sucedido.

—Espero que entiendas que Anyan tuvo que negarte —le pidió—. Hubiera supuesto su muerte, en ese mismo instante, y yo mismo la defendí con fervor, aun sabiendo que fue tu mujer y que tu semilla crecía en su vientre. Por suerte, esa noche en que me lo confesó todo, también me trajo esa camisa que te devolví y, por fortuna, la escondí a buen recaudo, junto con el vestido de tu hermana.

—¿Por qué lo teníais vos? —preguntó con interés.

—Esa historia será mejor que te la refiera ella —se negó a poner el honor de Selene en entredicho—. El caso es que lo escondí junto con tu camisa y eso nos salvó, porque esa endemoniada mujer sabía dónde Anyan la escondía. Aun sin hallarla siguió acusándola, y eso hizo que los reyes tomaran la determinación de repudiarla y, a mí, me ordenaron volver a Häe a exhibir los colores de nuestro luto. —Señaló con rabia la parte roja del reverso de su capa—. Me dejaron marchar a condición de fingir que Anyan había muerto debido a un lamentable accidente. Y ésa fue la pequeña luz que divisé en el horizonte, la que me obligó a dirigir mis pasos hacia el sur y no hacia oriente, sin ni haberme atrevido a abrazar a mi hermana al despedirnos, temeroso de que pudieran darse cuenta de nuestro cambio debido a ese inusitado gesto en nosotros.

—Puede que lo sucedido fuese primordial para que hayáis tenido la oportunidad de llegar hasta nosotros —apuntó Nicholas de forma acertada.

—Además... me dijisteis que está bien —dijo Francis con temor.

—Anyan no puede seguir con vida —lamentó—. Sería la vergüenza del Rey Korw por lo que también será sacrificada con las mujeres, según ellos, para otorgarle mayor fuerza al Astro Sol en su nuevo reinado.

—Aunque podríais haberla salvado —objetó Nicholas—. Si todo lo que nos habéis contado es cierto, habríais hecho el intento de salvarla, pero no lo hicisteis.

Griän mantuvo silencio durante unos segundos, con la cabeza

gacha, como si le avergonzara lo que iba a decir.

—Yo no quería abandonar a Anyan, es sólo que... —Tomó aire, con gesto mortificado—. Ella va a estar bien, la necesitan viva —dijo como si necesitara convencerse a sí mismo más que a los demás—. Y yo... Que el efecto del brebaje de Moira no fuese instantáneo me daba algo de tiempo... y yo necesitaba ayuda.

—Entonces, nos hubierais despertado en cuanto llegasteis al castillo —apuntó Nicholas sagaz, y Griän alzó su rostro hacia él con culpabilidad—. Pero no fue a nosotros, quienes podíamos prestaros auxilio, a los que socorristeis primero.

—Yo... Si me disculpáis, Majestad, me retiro. Necesito algo más de leña para avivar mi hoguera y quisiera descansar.

Entonces, Griän se puso en pie y con una ligera reverencia, se despidió de todos y se marchó.

—Que me aspen si entiendo a este hombre —masculló Zayev entre dientes.

—Quien no lo entiende es él mismo —apuntó Nicholas, asintiendo como si él sí lo comprendiera, y Zayev dirigió todo su interés hacia él—. Hasta este momento, no era consciente de que tuvo que elegir. Es cierto que podría haber ayudado a Anyan, pero su corazón le exigió algo completamente diferente.

—A quien primero buscó fue a Selene —intervino entonces Francis con expresión grave.

—Entonces, es cierto que la ama —tuvo que admitir Zayev, aunque eso hiciera a Griän un poco más humano.

—Yo creo sinceramente que todo lo que nos contó fue con la intención de ayudarnos —añadió Erick, y Jordan asintió con la cabeza, mostrándose de acuerdo.

—Pero ahora cree que por salvar a Selene y por ayudarnos a recuperar a nuestras mujeres, él ha sacrificado a Anyan —añadió éste último, provocando que Francis se levantara de súbito.

—Nadie va a ser sacrificado —espetó con furia, aunque su mirada languideció en una disculpa a los pocos segundos.

Antes de que Jordan pudiera decir nada, Francis se dio la vuelta y se fue. Tomó un pellejo de agua que alguien había colgado de la rama

de un árbol y caminó hacia Griän. El joven avivaba el fuego con la esperanza de que alejara a sus demonios nocturnos cuando lo vio acercarse.

—Os traigo esto por si os diera sed. —Le alargó el pellejo. Griän lo aceptó, agradeciéndoselo, aunque no entendía que se hubiera molestado en traérselo—. Salvaré a Anyan —prometió cerrando los puños—. No sé qué será de nosotros después de lo sucedido, pero no pienso dejarla morir.

Dicho esto, se marchó. Y, aunque Griän no pudo decírselo, le estaría eternamente agradecido, pues el pensar que había sacrificado a Anyan por el amor que sentía por Selene... acababa de convertirse en su tormento.

Capítulo 28



Aquello debía ser una pesadilla. Cerraba los ojos y se decía que, cuando volviera a abrirlos, estaría acurrucada en los brazos de Nicholas, en el refugio de su lecho. Mas cuando separaba los párpados, únicamente encontraba penumbra, una oscuridad que apenas le dejaba ver sus propias manos.

Pronto se percató de que se encontraba en una carroza en movimiento, y que Ilsik estaba con ella. El llanto de su hijo fue lo que le hizo darse cuenta de que no importaba las veces que cerrara los ojos; cada vez que los abriera, seguirían retenidos en aquella oscuridad donde los mantenían prisioneros. Porque ella había golpeado aquellas ventanas ciegas que no dejaban pasar la luz del sol, igual que trataba de abrir las portezuelas, sin éxito. Y llamó a Nicholas. Lo llamó hasta que se le rompió la voz, y nunca obtuvo respuesta.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que su prisión rodante se detuvo y alguien abrió la puerta. La luz del sol la cegó, pero vio una mano que la instaba a bajar. Decenas de hombres rodeaban lo que, ciertamente, era una carroza, pero no sólo una, sino cuatro, todas ellas con las ventanas ciegas como la suya, aunque no descendió nadie de ellas.

Estuvo tentada a gritar, llamar la atención de quienes fueran que estuviesen encerrados, como ella, pero se vio rodeada de decenas de hombres enfundados en una vestimenta oscura que le resultaba familiar y con largas y disuasorias espadas. Así que tampoco le habló

al hombre que la había ayudado a descender, preguntarle quiénes eran y qué querían de ella. Su captor, sin embargo, señaló con un gesto de su cabeza unos matorrales al borde del camino y Gabrielle captó el mensaje. Miró recelosa que se acercaba al carruaje, aunque su intención era la de dejar un par de cuencos con lo que parecía comida y agua, así que decidió obedecer. No sabía dónde estaba, adónde se dirigían, ni quién la mantenía retenida, pero se dijo que, si les seguía el juego, tendría más posibilidades de vivir, dándole más tiempo a Nicholas para encontrarlos. Porque sabía que Nicholas iba a encontrarlos.

Al entrar en la carroza, volvieron a encerrarla y pasaron unos minutos hasta que volvió a moverse. Se obligó a comer, tenía que alimentarse para poder amamantar a Ilsik, a quien le bastó la protección de sus brazos para tranquilizarse. A ella, el traqueteo del camino la hizo dormirse, y cuando abrió los ojos se sobresaltó, con la esperanza de haber vencido a ese mal sueño, pero seguía estando sumida en aquella oscuridad que la mantenía prisionera. Y las lágrimas brotaban sin cesar preguntándose dónde estaba Nicholas y por qué no iba en su busca. Él debía haberse ya dado cuenta de su ausencia. Era de noche cuando la arrancaron de sus brazos y ahora ya era de día. ¿Por qué tardaba tanto?

Encerrada allí, el tiempo dejó de tener dimensión alguna. No supo si pasaron dos, tres días o una semana; los únicos momentos en los que tenía contacto con la realidad eran cuando le permitían ir a los matorrales para aliviarse y le daban de comer. Pero estaba aterrorizada al desconocer cuál sería su suerte y la de su hijo.

Sin embargo, en una de aquellas contadas paradas, comenzó a escuchar voces a su alrededor. Asustada, tomó a Ilsik en sus brazos, quien también se inquietó, por lo que comenzó a mecerlo. De pronto, la puerta se abrió y volvió a aparecer una mano que la instaba a descender, así que lo hizo. Pero en esta ocasión, no se hallaban en mitad de un camino, sino al pie de un castillo, más que eso, parecía una fortaleza, con los sillares de sus muros de un rojizo sangre que hizo que se le helase la suya al sospechar dónde estaba.

—¡Gabrielle! —Escuchó de pronto tras ella y, al darse la vuelta,

pudo comprobar quiénes eran sus compañeras de reclusión. Una a una iban bajando del resto de carrozas: Agatha, Ylva, Adrienne, Gladys y Claire, quien sostenía en sus brazos a la pequeña Deanna. Agatha era la que había gritado su nombre y corría hacia ella, y siguiéndola todas las demás con la intención de reunirse y abrazarse, en busca de un consuelo difícil de obtener.

—¿Dónde estamos? —preguntó Adrienne con las lágrimas corriéndoles por las mejillas.

—¿Y por qué nos han traído hasta aquí? —le siguió Ylva.

—Creo que estamos en la Fortaleza Roja —murmuró Gabrielle con temor, como si el decirlo en voz alta lo hiciese real.

—¿En Adamón? —preguntó Claire.

—Vaya, vaya. —Escucharon detrás de ellas una voz femenina que todas reconocerían sin dudar.

—¡Moira! —exclamó Gabrielle con una sonrisa al ver una cara conocida. Tal vez ella podría darles razón de qué hacían allí.

De hecho, comenzaba a dirigir sus pasos hacia la mujer cuando Claire la cogió por el brazo. Y todas las esperanzas se convirtieron en el más profundo terror al ver quién se acercaba a Moira para tomarla de la cintura y darle un lascivo beso.

—¡Maldito bastardo! —gritó de pronto Agatha con el rostro desencajado por la furia y la incredulidad, y Gladys necesitó la ayuda de Ylva para evitar que se lanzase contra él—. ¡Deberías estar muerto! ¡Jordan te mató!

Hrodgar soltó una desagradable carcajada y la miró con una sonrisa sardónica en su rostro.

—Ni siquiera voy a dignificar tus palabras contestándote. —Se fue acercando a ella, hasta que alzó su mano y le apretó el rostro entre sus dedos, con dureza—. Pero sabe que disfrutaré viéndote morir.

—Los Reyes de Hæe esperan. —Sonó la voz de Moira tras él, haciendo que la soltara violentamente.

—Y tú eres una perra ingrata —la atacó Agatha—. Así agradeces que mi hermano te diera un techo.

Moira miró a Hrodgar y ambos rompieron a reír.

—Déjalas que sigan soñando. —Su tono rezumaba sarcasmo—.

Pronto sabrán lo que les espera.

Tras pronunciar tan enigmáticas palabras, Hrodgar les hizo una seña a sus hombres quienes las obligaron a caminar delante de ellos y seguir así los pasos de Hrodgar y Moira. Las guiaron hasta el interior de la fortaleza, adentrándose en ella hasta lo que debía ser el Salón del Trono, aunque tres sitiales se situaban frente a ellas; los Reyes de Hæe las observaban acercarse con sonrisas de satisfacción y rebosantes de perversidad.

Ahora fue cuando Gabrielle identificó los uniformes de sus guardianes: eran los ropajes propios de los Hæe y, sin embargo, seguía sin comprender por qué las habían hecho viajar hasta allí, separándolas de sus esposos de una forma tan insólita e inaudita.

—Majestades —habló Gabrielle, inclinando levemente la cabeza. Al fin y al cabo, ella era también soberana y no debía postrarse ante quienes la habían afrentado—. Espero que podáis proporcionarnos una explicación convincente a semejante abuso —les exigió—. Creí que vuestra visita a mi patria concluyó en buenos términos.

Entonces, Quyosh dio un paso hacia ella. Tenía las mandíbulas tensas y la mirada llena de un desprecio que a Gabrielle le hizo temblar, aunque trató de no amedrentarse.

—Mujer —escupió la palabra—, no te está permitido dirigirte a mí sin mi consentimiento.

Y dicho esto, alzó su mano de forma amenazadora, y a Gabrielle se le detuvo el corazón durante un instante. Cerró los ojos y apretó a Ilsik contra su pecho, esperando sentir aquel golpe contra su cara, aunque, afortunadamente, no llegó. Abrió los ojos lentamente y vio que Günes le sujetaba con fuerza la muñeca, dibujándose una mueca de contrariedad en sus labios, aunque lo que la hizo estremecerse, fue ver su mirada fija en su hijo, al que ella apretó con más fuerza.

—Ella es inservible —le murmuró—, pero él no.

Quyosh se deshizo del agarre de Günes y asintió, así que comenzó a deambular alrededor de las mujeres, deteniéndose unos segundos en Gladys, luego centró su atención en Deanna y, por último, en Agatha, quien soportó estoicamente su mirada escrutadora.

—¿Estáis completamente segura, Milady? —Se giró hacia Moira—.

Espero que lo pesado del viaje no traiga nefastas consecuencias.

Entonces, Moira se separó de Hrodgar y caminó hacia ellos. Sin ningún tipo de reparo, colocó su mano sobre el abdomen de Agatha que trató de apartarse, alejarse de su contacto.

—Sigue preñada —sentenció con firmeza.

—¿Qué? —Se creó un nudo en la garganta de Agatha que apenas la dejaba respirar mientras miraba a las otras mujeres, como si quisiera asegurarse de que habían escuchado lo mismo que ella, y debía ser así porque la incredulidad se reflejaba en sus miradas.

—Enhorabuena. —Se dibujó una mueca desagradable con forma de sonrisa en los labios de Quyosh—. Lástima que vuestro hijo no vea la luz. ¿O no es una lástima después de todo? —Miró a los otros dos reyes, comenzando los tres a reír con su ocurrencia.

Agatha se tocó el vientre. ¿Sería cierto? Pero no se atrevió a decir nada, y Quyosh continuó su peregrinaje alrededor de las mujeres. A Ylva la estudió desde lejos, como si temiera tocarla, o le afectara su cercanía, pero a Adrienne la miró muy de cerca, con el ceño fruncido, casi contrariado.

—¿Quién es ésta? —preguntó con desprecio.

—La Princesa Adrienne de Gunnar —respondió Hrodgar, mirando de reojo a Moira—. Estaba de visita en el castillo de Los Lagos y creí que sería una lástima desperdiciar su sangre real —enfaticó esta última parte, y la mirada de Quyosh se iluminó.

Sacó una pequeña daga de su cincho y cogió con fuerza la mano de Adrienne. Ella, asustada, trató de zafarse, pero un feroz gruñido proveniente de la garganta de Quyosh la paralizó. Entonces, él le giró la mano, poniéndole la palma hacia arriba y hundió la punta de la daga, haciéndola sangrar. Adrienne lanzó un grito, presa del dolor y el horror, pero Quyosh rió de satisfacción. Alzó la punta de la daga por el que corría la sangre de Adrienne y la saboreó con su lengua.

—Es exquisita. —Se giró hacia sus congéneres—. Será una buena ofrenda.

El terror se apoderó de las mujeres que corrieron a abrazarse en una búsqueda pueril y absurda de protección y que ofreció un momento de divertimento a los soberanos.

—Estúpidas ingenuas. —Se carcajeó Korw—. Tanto que me enferman. Lleváoslas de aquí y que las provean de abundante comida y agua.

Los mismos hombres que las condujeran hasta allí, las empujaron obligándolas a salir de la sala. Las guiaron por corredores alumbrados pobremente con algunas antorchas, hasta que volvieron a salir al exterior, al Patio de Armas. Pero contrario a lo que era de esperar, no estaba ocupado por hombres entrenando en la liza, ni por los usuales mecanismos y artilugios con los que los guardias suelen ejercitarse. En el centro de aquel amplio espacio, se hallaba una gran losa de una piedra oscura colocada a modo de altar mientras otras tres losas, situadas de la misma forma, se disponían alrededor de éste formando un triángulo.

La escena era insólita, a la vez que escalofriante, por lo que ninguna de ellas se atrevió a formular en voz alta la pregunta que les rondaba a todas por la cabeza. Se mantuvieron unidas, temerosas de pararse a pensar qué estaban haciendo allí por el miedo a saber la respuesta, y siguieron caminando hasta que llegaron a una puerta por la que las obligaron a entrar.

Dentro, la luz apenas estaba presente y los muros de piedra filtraban la humedad que caía sonoramente en el suelo y, además, el hedor era irrespirable. No les hizo falta dar más de dos pasos para darse cuenta de que se encontraban en las mazmorras; las iban a encerrar como animales. El guardia que caminaba delante de ellas se detuvo en una de aquellas celdas que parecía bastante amplia, y fue inevitable albergar la esperanza de que compartiesen aquel encierro juntas. Mantuvieron silencio hasta que el guardia cerró la puerta de la celda con un pesado candado y, una vez que estuvieron solas, corrieron a ver a Adrienne.

—¿Estás bien? —le preguntó Gladys, quien rompía el bajo de su enagua para arrancar una tira de tejido y colocársela a la joven alrededor de su mano, cubriendo su herida.

—No es nada —respondió ella con un leve sollozo.

—¿Y tú estás bien, Agatha? —demandó Gabrielle con cautela.

—Aún no sé si creerlo —dijo con voz temblorosa—. ¿Será posible?

—Lo es siendo Moira una hechicera, tal y como ha resultado ser —dijo Gladys y todas la miraron sorprendida.

—¿Una hechicera? —exclamó Ylva—. ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Ha habido muchos detalles a los que no presté importancia en su día, pero al ver que tocaba a Agatha en el vientre...

De pronto, el chirrido ensordecedor de los goznes de la puerta exterior llamó su atención, agradeciendo el instante de luz clara que les proporcionó durante el corto tiempo que estuvo abierta. Entonces, escucharon pasos acercándose y supusieron que era alguna doncella que venía a traerles comida y agua, hasta que una gran carcajada resonó en aquellos fríos muros.

—No os podéis imaginar lo feliz que me hace volver a veros.

—Sybill... —susurró Gabrielle mientras un escalofrío la paralizaba.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —espetó Agatha, acercándose a los barrotes—. Sácanos de aquí.

—Vos ya no sois quién para ordenarme nada —respondió la antigua sirvienta con una sonrisa ladina en los labios—. Y, bueno, como se suele decir, vuestros enemigos son mis amigos —añadió—. Aunque nunca imaginé que iba a recibir tan pronta recompensa tras haberme expulsado tan injustamente del castillo.

—¡Pretendías yacer con mi esposo! —estalló Gabrielle, por fin, que aún no había terminado de asimilar aquella inconcebible situación.

—Seguís siendo una mosquita muerta. —La miró ella de arriba abajo con infinito desprecio—. Si me lo hubierais dejado a mí, no habría tenido bríos suficientes para preñaros y vos no hubierais parido ese maldito niño que tiene la culpa de todo —sentenció con voz dura—. Nicholas no fue para mí, pero nunca más será vuestro. Ahora está muerto, vos lo habéis matado.

—¿De qué hablas? —gritó, haciendo que Ilsik comenzara a llorar.

—Moira se aseguró de matar a todos en ese castillo. —Hubo un destello de tristeza en su mirada, como si realmente lo lamentara, aunque fue durante un fugaz segundo—. Y vuestros esposos han corrido la misma suerte. Todos.

—¡Maldita zorra embustera! —la insultó Agatha, acercándose a los

barrotes y sacando uno de sus brazos a través de ellos con la intención de alcanzarla.

—Más os valdría controlar vuestro carácter —se burló la doncella—. Al fin y al cabo, soy yo quien vendrá a daros de comer. —Alzó levemente la bandeja que portaba en sus manos—. Y me han ordenado expresamente que os mantenga a todas con vida, porque bien saben los Dioses que con mucho gusto arrojaría vuestra comida a los cerdos.

Se desplazó unos cuantos pasos a lo largo de aquella reja y se agachó para abrir una pequeña portezuela situada en la parte inferior y, tras introducir los cuencos con alimento y agua, la volvió a cerrar.

Agatha, con el rictus crispado por la furia, se agarraba de los barrotes con ambas manos tan fuertemente que tenía los nudillos blancos, fulminando con la mirada a la sirvienta quien sonreía, disfrutando claramente de la situación. Satisfecha, caminó hasta situarse frente a Gabrielle, que apretaba a Ilsik contra su pecho mientras las lágrimas recorrían sus mejillas.

—No os aflijáis, Majestad —dijo con sonrisa mordaz—. Dentro de muy poco, todas os reuniréis con vuestros esposos. Desearía ser yo quien os atravesase con un puñal hasta daros muerte, pero disfrutaré contemplando tan grandioso momento.

Una desagradable risotada estalló en la garganta de Sybill mientras se daba la vuelta para marcharse, dejando a todas las mujeres pendidas de las oscuras garras de la incertidumbre y la desesperación.

—Tiene que ser mentira. —Claire fue la primera en romper aquel silencio sepulcral—. ¡Tiene que ser mentira! —gritó como si el negarlo con todas sus fuerzas lo convirtiese en un vil embuste.

Deanna comenzó a llorar y ella la apretó contra su pecho y trató de calmarla mientras intentaba controlar su propio llanto.

—No llores, mi vida. Tu padre no está muerto —lloraba—. Tu padre no está muerto.

Claire cayó de rodillas y Gabrielle se arrodilló, junto a ella, abrazándola.

—No debes creer en sus palabras —le pidió, aunque tampoco podía contener sus lágrimas—. Esa mujer nos está haciendo víctimas

de su odio, pero Nicholas está vivo. Mi corazón me dice que está vivo.

—Lo siento muchísimo.

De pronto, una voz femenina resonó en la lejanía llamando la atención de las mujeres, quienes comenzaron a mirar a su alrededor tratando de encontrar su origen.

—De verdad, lo lamento. —Volvió a sonar aquella voz lastimera, y esta vez sí pudieron apreciar de dónde provenía aquel sonido.

Juntas se movieron hacia el otro extremo de la celda, donde más oscuro estaba y, a unos cuantos metros de ellas, vieron a una mujer hecha un ovillo en el suelo y que parecía estar llorando. Cuando casi estuvieron a su altura, Gabrielle vio su rostro y sintió que le resultaba familiar, pero pronto esa idea quedó en un segundo plano al ver en su pálido semblante la tristeza más profunda que jamás hubiera podido contemplar.

—¿Quién sois? —preguntó Gladys.

—Me llamo Anyan —respondió en un susurro apenas audible—. Y me temo que todo lo que ha dicho esa sirvienta... es cierto.

Capítulo 29



—¡No! —gritó Gabrielle, con el corazón atezado por el dolor y el miedo más profundo. No podía creerlo, Nicholas no podía estar muerto—. ¡Mentís! —añadió con la voz rota. Todo debía ser un embuste ideado por Sybill y esa mujer que ahora recordaba que formaba parte de la Corte de los Hæe, por lo que debía ser igual de mezquina que ellos.

Entonces, la vio incorporarse lentamente, parecía que no tuviera fuerzas ni para respirar, quedando sentada contra aquel frío muro, y abrazándose las rodillas como si sintiera su mismo miedo, su mismo dolor.

—Daría mi vida por estar equivocada, Majestad —murmuró, y Gabrielle se cubrió la boca con una mano, tratando de ahogar los sollozos y las náuseas. De hecho, tuvo que dejar a Ilsik en un pequeño pesebre lleno de paja, que habían dispuesto para él y Deanna, porque temía que le fallasen las fuerzas.

—¿Cómo os atrevéis a lanzar semejante infundio? —Esta vez fue Agatha quien la increpó mientras asistía a Gabrielle.

—El destino de vuestros hombres era morir —respondió con inconmensurable pesar, así lo reflejaban las abundantes lágrimas que corrían por sus mejillas—, y yo no he sido lo suficientemente valiente como para tratar de impedirlo.

—¿De qué estáis hablando? —le cuestionó ahora Ylva.

Y así fue cómo Anyan comenzó a relatarles todo lo acontecido desde que partiera de Hæe semanas atrás, todo, incluso la forma en

que su vida y su muerte influían en sus destinos. Les narró cómo el amor por un hombre la hizo despertar duramente de una vida falsa, y la forma tan cruel en que sus esperanzas se desvanecieron cuando la encerraron en esa mazmorra, separándola de su hermano.

Aquellas mujeres la escuchaban sin querer perderse detalle alguno, el que pudiera devolverle la vida a sus esposos, y sin poder asimilar aquella abominación mediante la cual un hombre disfrutaba gozando de la sangre de otro, la de ellas. Anyan no dudó en ponerlas al tanto del papel que ellas jugaban en toda esa escena mientras la miraban horrorizadas.

—Eso no es posible —susurró Adrienne, blanca como la cera.

—¿Vos sois la Princesa Gealach? —razonó Anyan, viendo la piel dorada y el cabello oscuro de Ylva, y la joven asintió—. Entonces sabréis que lo que digo es cierto. Vos tenéis pleno conocimiento de la rivalidad de nuestras deidades en tiempos de nuestros ancestros y cómo la profecía las vinculó para siempre.

—Nicholas dice que esa profecía no es más que una patraña. —Gabrielle habló en presente, porque hacerlo en pasado sería admitir que estaba muerto y eso no lo haría hasta que viera su cuerpo sin vida con sus propios ojos.

—Yo soy la prueba viva de que para los Reyes de Hæ no lo es —le recordó Anyan.

—¿Y porque ellos lo crean nosotras debemos morir? —inquirió Adrienne—. ¿Y vos? —La señaló con el dedo en un gesto acusatorio—. ¿Acaso no nos estáis contando todo esto para acallar vuestra conciencia?

—Así es —admitió ella humildemente—. La Anyan que salió de Hæ estaba dispuesta a morir, y creía que vuestra muerte era necesaria para la supervivencia de nuestro pueblo. Pero ahora me avergüenza esa mujer que fui un día, no haberme preocupado del dolor que íbamos a causar, al igual que no haber comprendido que el amor no debe sacrificarse, que hay que luchar por él.

—¿Y a qué se ha debido tal inconcebible cambio? —demandó Agatha con burlesca incredulidad.

—Estoy encinta, Alteza, igual que vos —le confesó, a la vez que le

confirmaba las palabras de Moira de apenas una hora antes.

Agatha volvió a llevarse las manos al abdomen y la impotencia la llenó, al mismo tiempo que la rabia. Tanto que deseaba un hijo y no iba a vivir para tenerlo entre sus brazos. Y, aunque le costase reconocerlo, podía entender que Anyan ya no quisiera morir, que el engendrar a su hijo la hubiera transformado en alguien con sentimientos, que no continuase siendo la cáscara en forma de mujer que era antes, vacía de todo e inservible.

—Debería habérselo dicho a Francis —murmuró Anyan, atormentada—. Debería haberle contado la verdad y todo esto se habría evitado. —Seguía hablando, pero con la mirada ausente y meciéndose ligeramente, adelante y atrás—. Pero no lo sabía, no lo veía, no creía que la vida era valiosa, y no sólo no me importaba la mía, sino tampoco la vuestra. Hasta que...

Un repentino sollozo le quebró la garganta y ya no pudo seguir hablando. Ocultó la cara entre las rodillas y lloró, hasta que su cuerpo, exhausto, se rindió y volvió a hacerse un ovillo en el suelo, cubriéndose de culpabilidad y arrepentimiento.

—Tranquilizaos. —Se sentó Gladys a su lado y la ayudó a incorporarse—. De poco sirve lamentarse.

—Pero es que ahora están todos muertos —dijo en un gemido.

—¡No volváis a pronunciar esas palabras nunca más! —le exigió Claire—. ¿Acaso habéis visto el cuerpo sin vida de mi esposo?

—Es lo que se nos dijo —murmuró ella, sin luchar, únicamente tratando de informarle acerca de lo que sabía—. Que se iba a envenenar a todo el mundo en aquel castillo, pero que el veneno tenía un efecto lo suficientemente lento como para poder suministraros a vosotras un antídoto.

—¿Y si alguien les suministró el antídoto a ellos? —exclamó Gabrielle con la mirada brillante, al haber hallado por fin aquella esperanza a la que aferrarse.

—¿Quién? —preguntó Anyan con incredulidad—. No pueden socorrerse los unos a los otros estando todos inconscientes.

—Vuestro hermano. —Fue Claire ahora la que se negó a darse por vencida.

—Imposible. Mi hermano estará muy lejos, camino de Hæe —respondió con voz monótona.

—Pero si está realmente enamorado de Selene, tal y como decís, tal vez haya decidido intentar salvarla, y con ella, a los demás —le habló Gladys, y Anyan alzó la mirada hacia la soberana. Una pequeña luz de esperanza asomó a sus ojos, pero de pronto comenzó a negar con la cabeza.

—Francis no puede morir sin saber que llevo en mi vientre a su hijo.

Y de súbito, volvieron a quejarse los goznes de la puerta exterior, con un chirriar afilado y penetrante, tras la que apareció Sybill, con sonrisa triunfal y que desapareció al ver que los platos de comida que les había llevado anteriormente seguían intactos.

—Creo que no me habéis entendido cuando he dicho que soy yo la que debe suministraros la comida —pronunció con seguridad y actitud altiva.

—¿Vas a darnos tú de comer? —se mofó Agatha—. Entra aquí a hacerlo si te atreves —sentenció ahora con dureza.

La criada, sin embargo, lanzó una desagradable risotada.

—No sé si tenéis conocimiento de la naturaleza violenta de los guardias de Lord Hrodgar. —Se dibujó una sonrisa ladina en su rostro—. Y a mí se me ha ordenado manteneros con vida, pero nada me impide llamar a los dos que están ahí fuera vigilando la puerta y permitidles divertirse un rato con vos.

—Juro que voy a arrancarte tu lengua viperina. —Agatha apretó los labios y los puños.

—No os veo comer, Princesa —añadió con retintín—. Tal vez vuestro esposo, el plebeyo, no da la talla como hombre y preferís probar con uno de verdad.

Agatha bufó, pero no tuvo más remedio que agacharse a por uno de los cuencos que contenían algo parecido a un guiso. Clavó sus ojos en la criada y volvió a levantarse, tras lo que comenzó a comer, sin apartar su fulminante mirada de ella.

—Eso está mejor. —Sonrió con suficiencia—. ¿Y para el resto, qué va a ser? —preguntó divertida por la situación.

Todas las mujeres se miraron entre sí y, aunque les hubiera encantado llevarle la contraria a aquella criada insolente y deslenguada, obedecer era mejor que la opción de los guardias. Todas alcanzaron una de aquellas gredas y comenzaron a comer, bajo el escrutinio de Sybill. Todas menos Anyan, que ni siquiera se movió.

—Comed un poco —la animó Gladys, acercándole uno de los cuencos.

—No os preocupéis por ella —le ordenó sin embargo Sybill—. Lo que le suceda no es asunto mío. Dishonró al Rey Korw y será sacrificada por ello, pero si muere antes, se ahorrará el tener que volver a mirarla a la cara.

—Así que ya habéis encontrado otro rey al que ofreceréis —sugirió Agatha, llenas sus palabras de sarcasmo.

—No me provoquéis, Alteza. —Frunció los labios y le lanzó una mirada envenenada—. Aún puedo llamar a los guardias.

—Voy a matarte con mis propias manos —masculló con la voz impregnada en ira.

Sybill se limitó a echarse a reír.

—¿Y cómo pensáis salir de aquí para llevar a cabo tan atemorizante amenaza? —se burló—. Porque creo que tendríais que tener en cuenta un minúsculo detalle: vos estáis al otro lado de los barrotes.

Agatha iba a replicar, pero Sybill la acalló sacudiendo sus manos.

—¿Sabéis qué? Me aburrís —espetó con hastío. Con un dedo señaló las gredas y les indicó que las colocaran en la bandeja. Cuando ellas obedecieron, abrió la pequeña portezuela de la parte inferior y la cogió—. Hasta esta noche —se despidió, haciendo una profunda y burlesca reverencia.

Aún se reía cuando salió al Patio de Armas, aunque su sonrisa se esfumó de su cara al encontrarse de frente con Moira. Esta vez, la reverencia sí fue respetuosa.

—¿Te estás divirtiendo? —Oyó que le preguntaba cuando aún tenía la cabeza gacha.

Sybill se irguió de súbito con una excusa en el rostro mientras boqueaba, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Tranquila. —Sonrió Moira con diversión—. Ciertamente espero que lo hagas.

—Sí, Milady, sí que estoy disfrutando —admitió, reprimiendo un soplo de alivio.

—Estás verdaderamente resentida —supuso, aunque la miraba de arriba abajo, suspicaz.

—Por supuesto que lo estoy. —Alzó ella la barbilla.

—Ya recuerdo, el Rey Nicholas te metió en su cama. —Agitó su mano como si el tema no le interesase, cosa que así era.

—Y luego me despachó delante de su mujercita —apuntó incisiva, a modo de recordatorio.

—La suerte que tienes es que, aquí, Lord Hrodgar no va a pedirte que te metas en su cama —le dijo, aunque por el tono de voz, Sybill sabía que era una advertencia—. Y no le daría tiempo a renegar de ti porque yo os mataría a ambos. —Así la advertencia se convirtió en amenaza.

—Jamás osaría, Lady Moira. —Bajó su mirada con humildad—. Os estoy muy agradecida por lo que estáis haciendo por mí.

“Claro”, pensó Moira, “cuando llegaste aquí no tenías dónde caerte muerta.”

—Tranquila, veo que estás cumpliendo muy bien con tus funciones. —Señaló las gredas vacías.

—Sí, Milady —respondió ella con orgullo.

—Sigue así y, tal vez, te permitiré asistir al ritual.

La mirada de Sybill se iluminó y Moira pudo leer con claridad la naturaleza vil de la mujer, hecho que le satisfizo. Entonces, la criada se arrodilló y cogió una de sus manos para besársela, divirtiéndose a Moira en demasía.

—Venga, muchacha, sigue con lo tuyo —le ordenó, así que Sybill se levantó y se marchó de allí con premura.

—Realmente estás gozando con esto. —Escuchó la voz de Hrodgar tras ella.

—Yo no tengo la culpa de que ella se muestre tan servil —ironizó Moira.

—Seguro —se rió él—. ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó,

queriendo cambiar de tema. No quería darle a entender a Moira que la había escuchado advertirle a Sybill que no se acercase a él, y menos que se diese cuenta de cuánto le afectaba esa ráfaga de posesividad que la había llevado a hacerlo. Si no existieran ciertas normas de comportamiento y decoro, la habría hecho suya allí mismo.

—Quería ver cómo van los preparativos —dijo ella entonces devolviéndolo a la realidad.

—La verdad es que es espeluznante. No tiene nada que ver con el rito de hace unos días —reconoció él, y Moira no pudo menos que asentir.

Se fijaron en algunos sirvientes de los Reyes Hæe que estaban arrodillados encima de aquella gran piedra triangular, mientras trabajaban en ella con un cincel y un martillo. Elaboraban acanaladuras con forma de filigranas y volutas que recorrían toda la superficie, hasta llegar a cada uno de sus tres vértices, donde otros tres hombres trataban de fijar unos recipientes dorados en sus puntas.

—Es para recoger la sangre —respondió Moira en voz alta a la pregunta que Hrodgar se planteaba en silencio—. Esos pequeños canales en la piedra la dirigirán hacia cada uno de los recipientes.

—Aún no me entra en la cabeza que esta gente sea tan simple como para creer que el sol se alimenta de su sangre a través de esos tres farsantes que se aprovechan de su ignorancia. —Puso de manifiesto su incredulidad.

—No hables tan alto —le pidió ella—. Lo que crean no es de nuestra incumbencia. Lo importante es que estemos preparados cuando tengamos que salir de aquí.

—Mis hombres están dispuestos y alerta —le aseguró—. Por lo que podríamos irnos ya y no arriesgarnos.

En ese momento, otro sirviente se acercó al altar portando un gran hato de maromas que dejó en el suelo y un puñado de argollas que empezó a clavar en el altar, concretamente en cada uno de los tres lados y en el centro. Después, comenzó a pasar a través de ellas los cabos de cuerda, y tanto Moira como Hrodgar comprendieron entonces cuál era su finalidad.

Aquello no era lo usual; lo usual era que Las Ofrecidas acudieran

al lugar del sacrificio por su propio pie y que recibieran la muerte con aceptación, pero no era el caso. Las mujeres lucharían, forcejearían para escapar de su destino por lo que debían inmovilizarlas de algún modo: atándolas. Moira cayó en la cuenta de que no podían narcotizarlas, cosa que sería lo más cómodo y sencillo, pues los Reyes se intoxicarían con su sangre. Además, tenía que reconocer que aquellas cuerdas transformaban el ritual en algo mucho más interesante, y lo mismo debía estar pensando Hrodgar al apreciar un brillo maligno en sus ojos y una sonrisa que se esbozaba levemente en sus labios.

—Dudo que quieras perderte el espectáculo —lo tanteó.

—Debo admitir que gozaría al ver a Agatha retorcerse, atada a esas cuerdas mientras uno de los Reyes Hæe sostenga una daga en alto, sobre su corazón.

Moira soltó una carcajada ante tan esperada respuesta.

—Pues no te prives —le sugirió—. Además, esos imbéciles de Los Lagos ni siquiera se habrán despertado aún.

—Y, de haberlo hecho, tú sabrías si se acercan, ¿no? —quiso cerciorarse.

—Absolutamente —sentenció Moira mirándolo fijamente, y Hrodgar asintió con una sonrisa de reconocimiento en los labios—. Ya sólo quedan dos días para la luna nueva —dijo entonces, volviendo la mirada al altar.

—Voy a pedirles a los hombres que vuelvan a despejar la salida desde la cripta.

Moira lo miró asombrada. Le hizo un gesto inclinando su cabeza para que la siguiera y él obedeció. Deseaba hablar en privado con él sobre ese asunto. ¿En qué estaba pensando? Poco después de recuperar el sentido, lo primero que Hrodgar ordenó fue que obstruyesen aquella entrada, hasta entonces desconocida para ellos, y que Nicholas utilizó para alcanzarlos y masacrarlos. No era buena idea liberar aquella entrada.

Una vez que llegaron a sus aposentos, Moira cerró la puerta con llave y encaró a Hrodgar, esperando una explicación que justificase aquel absurdo.

—Es la puerta de escape idónea —comenzó entonces él a decirle—. No podemos salir por el portón principal, sin más.

—Continúa —le exigió ella, nada convencida.

—Recuerda que son nuestros guardias los que custodian la entrada a las mazmorras —prosiguió— y, desde ahí, continuaremos directo hacia la cripta. Saldremos al exterior al pie de las Tierras Altas, donde aguardaremos hasta que Nicholas y los suyos acaben con los Hæe.

—¿Prefieres esperar a partir inmediatamente después? —se extrañó ella.

—El Anillo de Desolación es perfecto para descubrir si alguien se acerca, pero es igualmente difícil ocultarse a la hora de alejarse —le recordó—. Somos demasiados como para quedar cubiertos bajo las tinieblas de la noche, máxime cuando por nuestras almenas también hay miembros de la corte Hæe deambulando, vigilando, con la intención de asegurarse de que el ritual se lleva a cabo sin contratiempo alguno.

—Tal vez, ése sería el momento idóneo —se le ocurrió a Moira de súbito—. Ninguno de ellos, por mayor sentido del deber que tenga, querrá renunciar a presenciar un ritual que llevan siglos esperando realizar.

—Puede que tengas razón —concordó él—. Podríamos aprovechar el preciso momento en que se esté llevando a cabo el ritual para que nuestros hombres comiencen a abandonar la fortaleza.

Moira frunció el ceño, claramente en desacuerdo.

—En cuanto finalice el espectáculo, abandonaré la escena —añadió él con tono travieso.

—Hace unos minutos dijiste algo sobre no arriesgarnos —apuntó ella, cruzándose de brazos.

—Y tú me has asegurado que tienes bajo control cualquier visita no deseada —replicó, torciendo la sonrisa y acercándose paso a paso a ella.

—Eres un temerario. —Negaba ella con la cabeza, aunque una sutil sonrisa se dibujaba en sus labios conforme Hrodgar se iba acercando.

—Sí —rubricó él—, pero eso ya lo sabías.

Rodeó con ambas manos su cintura para tirar de ella y reclamó su

boca.

Capítulo 30



Cuando el paisaje comenzó a presentarse más agreste, Nicholas decidió hacer un alto en el camino. Empezaba a oscurecer y aquel bosque frondoso y casi impenetrable que precedía al Anillo de Desolación podía convertirse en un laberinto mortal, por lo que era más prudente esperar.

Una vez se detuvieron, vio que Jordan lanzaba uno de sus silbidos al aire y todos los hombres se dispusieron a comprobar que aún portaban consigo la ramita de romero, cosa que Nicholas también hizo. Desde que salieran de Los Lagos, realizaban aquel ejercicio con asiduidad, asegurándose así de que nadie la hubiese perdido de entre sus ropajes. Ese simple detalle podía marcar la diferencia entre poder llevar a cabo su misión o morir en el intento.

Descendió del caballo y lo ató a un árbol, tras lo que lo proveyó de comida y agua. Apenas estaba terminando cuando pudo apreciar que los hombres comenzaban a montar las tiendas y a hacer hogueras para asar las piezas que fueron cazando por el camino, y reuniéndose alrededor del fuego, al igual que ellos. En esta ocasión, ya habían contado con Griän quien, desde la conversación que tuvieron un par de noches atrás, parecía haberse ganado la confianza de todos. Nicholas se acercó a la hoguera y se sentó en el espacio libre que había entre Erick y Jordan.

—Otra vez aquí —murmuró Zayev, poniéndole voz al pensamiento que ocupaba las mentes de la mayoría de los que estaban

allí sentados.

—Sí —lamentó Nicholas—, pero, sin duda, debemos considerar nuestra experiencia como una ventaja.

—¿Quieres decir con eso que deberíamos usar las mismas tácticas que la vez anterior? —quiso saber Erick.

Su primo iba a hablar, pero Griän se lo impidió con un gesto de su mano.

—¿Os referís a acceder a través de la cripta?

—¿Cómo sabéis eso? —inquirió Jordan, sorprendido.

—Hrodgar nos narró ese episodio no hace mucho —le explicó—. De hecho, en cuanto pudo hablar para hacerlo, dio la orden de que tapiaran aquella entrada.

—Maldita sea —farfulló el otro joven como respuesta.

—Tal vez podríamos volver a abrirla —propuso Cailen.

—Es muy arriesgado. —Negó Nicholas con la cabeza—. Alguien podría estar vigilándola.

—Mañana iré a comprobarlo —se ofreció Jordan—. Debemos considerarlo como una posible ventaja —añadió mirando a Nicholas, insistiendo—. Tienen acceso directo a las mazmorras, y por ende, a nuestras mujeres.

—Tiene razón —lo secundó Zayev.

—Sí, sí —lo cortó Nicholas con cierta impaciencia—, pero no es eso únicamente a lo que me estaba refiriendo.

—¿A qué, entonces? —preguntó Erick, frunciendo el ceño, pero Nicholas no contestó, cavilando algo que ocupaba su mente—. ¡Nicholas! —Su primo le llamó la atención.

—No importa —respondió, agitando su mano, queriendo restarle importancia.

—Dilo de una vez —le instó Erick en cambio.

—En aquella ocasión hubo luna nueva —espetó, con los labios apretados.

Todos compartieron miradas de extrañeza y cuando iban a dirigirlas a él demandando una explicación, Nicholas se puso en pie, como impulsado por un resorte.

—Estoy exhausto. —Puso como inverosímil excusa—. Buenas

noches.

Y sin esperar a que alguien le contestase o lo detuviese, se retiró a la soledad de su tienda.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, vio que los hombres ya estaban preparados para partir. Era más tarde de lo que imaginaba, aunque no debía extrañarse tampoco porque apenas había pegado ojo al haber sido invadida su mente por aquella idea.

—Ya era hora. —Escuchó a Erick que se acercaba a él.

—Buenos días a ti también —respondió apretándose las sienes, sintiendo un fuerte dolor de cabeza golpeando contra ellas.

—¿Qué demonios te pasó anoche? —le preguntó cruzándose de brazos, un claro signo de que, en esta ocasión, no iba rendirse hasta obtener su respuesta.

—¿Dónde están los demás? —quiso saber él en cambio.

—No me cambies de tema —le replicó Erick a modo de advertencia.

—Es sólo que prefiero decirlo una única vez —le aclaró—. Es algo que nos incumbe a todos.

Erick frunció el ceño, estudiándolo durante unos segundos.

—Jordan aún no regresa de inspeccionar la entrada a la cripta —le informó entonces—. Estamos esperando a que vuelva para retomar la marcha.

—Diles a los hombres que desensillen los caballos —le dijo sin embargo, y Erick no podía estar más sorprendido con sus palabras.

—Pero...

—Está llegando Jordan. —Escucharon de repente a Francis.

Erick, no obstante, le sostenía la mirada a su primo, a la espera de una explicación a su petición, aunque Nicholas no se inmutó.

—Cuando lo hayas hecho, reúne a los demás. Os espero aquí, en mi tienda. —Y sin añadir nada más, dio media vuelta y volvió a entrar.

No tuvo que esperar mucho tiempo hasta que acudieron a su encuentro. Había mandado apartar el jergón y disponer algunos troncos en su lugar para que todos pudieran tomar asiento, cosa que hicieron tras un gesto de Nicholas.

—¿Qué sucede? —preguntó Erick con impaciencia.

—Antes, me gustaría escuchar el informe de Jordan —dispuso de modo inamovible.

Jordan miró a Erick y luego a los otros seis hombres, un tanto confundido por la actitud tajante de Nicholas, pero decidió no cuestionar qué estaba sucediendo.

—No he podido acercarme mucho porque había tres hombres vigilando el lugar. —Los hombres comenzaron a removerse, pero él alzó una mano, pidiéndoles silencio—. La entrada está abierta.

—Magnífico —exclamó Cailen.

—Si la entrada está abierta de nuevo es porque Hrodgar pretende escapar por ahí —supuso Nicholas.

—Entonces debemos hacerlo cuanto antes para que no se nos escape esa sabandija —los animó Zayev—. Nos encargamos de esos tres mequetrefes y entramos a la fortaleza desde la cripta.

—No creo que sea una buena idea —objetó Nicholas—. La estrechez de la cripta y del acceso desde las mazmorras hasta el patio hará que no seamos muchos los que podamos salir al exterior antes de que se den cuenta de nuestra presencia —puntualizó—. Basta que un puñado de los hombres de Hrodgar se ponga alrededor de la puerta para que nos empiecen a exterminar a todos.

—Tiene razón —lo apoyó Jordan—. La vez anterior, sólo utilizamos esa entrada para despejar un poco el camino y poder dar acceso al resto de hombres a través de uno de los portones.

—Lo recuerdo perfectamente —contestó Zayev un poco molesto por aquella charla. Sabía bien lo que había sucedido porque él estuvo allí.

—Entonces recordarás qué fue lo que nos dio la ventaja definitiva —lo probó Nicholas, y el joven arrugó el ceño, pensativo—. Había luna nueva.

—Eso mismo dijiste anoche —hizo memoria Erick. De hecho, fue después de decir aquello que Nicholas salió huyendo como alma que lleva el diablo—. ¿A qué te estás refiriendo?

—A que, en esta ocasión, si queremos tener alguna posibilidad de triunfar, deberíamos contar con esa misma ventaja.

—¡No! —Fue Cailen quien replicó ahora, tan alterado que hasta se puso en pie.

—No podemos aguardar tanto tiempo —lo secundó Zayev igual de agitado que su amigo y cuñado, levantándose a su vez.

—Es arriesgar demasiado —intervino también Trystan, aunque de forma más sosegada, haciendo un gesto con las manos para que ambos hombres se sentaran de nuevo.

—¿Estamos a unas cuantas horas de nuestras mujeres y pretendes que aguardemos a mañana por la noche? —le recriminó ahora Erick.

—¡Basta! —Nicholas exigió silencio mientras sentía que la ira lo invadía—. ¿Qué creéis que sucederá si atacamos esta misma noche? No podremos dar un paso dentro de ese maldito anillo yermo sin que nos descubran y nos maten.

—¿Y pretendes dejarlas ahí otro día más? —espetó Jordan—. Merecen que arriesguemos nuestras vidas por ellas.

—No las estaremos arriesgando —le contradijo Nicholas—, las estaremos regalando.

—El rey tiene razón —intervino por primera vez Griän—. Sé que siempre hay guardias en las almenas, pero nuestros soberanos también han dispuesto algunos de nuestros hombres como precaución, para asegurarse de que nada impida la realización del ritual.

—¿Lo veis? —insistió Nicholas—. Sería un suicidio.

—El que pueden cometer nuestras mujeres al creernos muertos —añadió su primo, y Nicholas lo cogió de la parte delantera de la túnica y lo sacudió.

—Jamás vuelvas a repetir eso que acabas de decir —pronunció, apretando los dientes mientras la ira chisporroteaba en los ojos.

—No niegues lo evidente —se defendió Erick en cambio, soltándose de su agarre—. Los Hæe creen que Moira nos ha asesinado con su veneno y así se lo habrán hecho saber a ellas, simplemente con la única intención de hacerlas sufrir.

—Maldita sea, Erick. ¿Crees que yo no quiero recuperar a mi esposa y a mi hijo? —le gritó—. ¿Crees que no se me desgarran el alma sabiéndolos en manos de esos bastardos? Cada vez que imagino lo

que Gabrielle puede estar sufriendo al pensar que estoy muerto, siento que se me va a detener el corazón —añadió, apretando los puños y reprimiendo unas lágrimas que no podía derramar—. Pero esas ansias no me impiden razonar.

—Hijo, Nicholas tiene razón. —Trystan miró también a los demás—. Debemos creer en la fortaleza de nuestras esposas, en que no se van a dejar vencer tan fácilmente. Es cierto que deben estar sumidas en la desesperación —admitió—, pero eso no significa que vayan a acabar con sus vidas. Puede que no hayan creído ni en sus palabras ni en nuestra muerte.

Erick le lanzó una mirada a mitad camino entre la incredulidad y la fe.

—Vamos, Erick. ¿Qué harías tú si fuera a la inversa? —preguntó, terminando así de empujarlo al camino de la esperanza.

—No la daría por muerta hasta que no viese sus restos con mis propios ojos —pronunció no sin cautela.

—Pues lo mismo creará Claire —le aseguró Trystan—. Así que no defraudemos su confianza en nosotros lanzándonos a un ataque impetuoso y destinado al más absoluto fracaso.

—Tú opinas como él —afirmó Zayev, haciendo una mueca de contrariedad.

—Ahora nos superan en número —le recordó Nicholas.

—Patrick y Steve se desviaron a Asbath en busca de refuerzos —quiso rebatirle.

—Razón de más para que aguardemos. Pero, aun así, no sabemos si llegarán a tiempo, por lo que no podemos desperdiciar ninguna ventaja.

—Y esa endemoniada luna nueva lo es —tuvo que admitir, lanzando un resoplido de derrota.

—Es irónico —murmuró Griän más para él que para los demás—. Nosotros siempre hemos temido a la oscuridad, siempre hemos huido de ella, y ahora se presenta como la más valiosa de las aliadas.

—¿Y cómo vamos a planificar el ataque, Majestad? —Francis dio por concluida la discusión, deseando entrar en una materia mucho más importante.

—Lord Griän, ¿sabéis exactamente cuándo se realizará el ritual?

—Al llegar la medianoche —respondió el joven.

—Eso nos debería dar un margen más que suficiente —murmuró Nicholas, pensativo—. Jordan, ¿hay algo que hayas visto que nos pueda ayudar o que debamos tener en cuenta?

—En realidad, sí —asintió—. Uno de aquellos hombres sostenía en su brazo un cuervo.

—Será el cuervo de Moira —apuntó Griän—. En cuanto nos acerquemos, lo soltará y acudirá en busca de Moira, alertándola de que sucede algo extraño.

—Entonces, deberemos encargarnos de él sin acercarnos —concluyó Erick—. Y tú eres el indicado para ello —se dirigió a su primo, y Griän lo miró con extrañeza—. Su puntería con el arco es inmejorable.

—Pero necesitaré tres arcos más —aclaró Nicholas—. No queremos ni graznidos ni gritos.

—Cuenta conmigo —se apresuró a ofrecerse Cailen.

—Y conmigo —lo secundó Erick.

—Yo seré el tercero —anunció Trystan, sorprendiendo a todos—. No me mires así, hijo, ¿o es que no confías en mi destreza con el arco?

—Al contrario. —Alzó ambas manos con gesto conciliador—. Eres mejor que yo —añadió para que no quedase duda—. Es sólo que siempre has preferido quedarte en la retaguardia, asistiendo a los heridos.

—Creí que así resultaría más útil —admitió—. Cuando fuisteis a rescatar a Gabrielle de su secuestro y organizasteis aquellas batidas de búsqueda, temí unirme a la equivocada y llegar tarde a la hora de asistirle —le recordó—, por eso preferí esperar vuestro regreso, aunque en más de una ocasión tuve que reprimir el impulso de coger un caballo e ir tras vosotros. Pero ahora... —Tomó aire—, ahora no puedo esperar para comprobar si tu madre... si todas están bien, con vida.

—Lo estarán. —Erick apretó su hombro—. Hace sólo un momento me dijiste que tenemos que confiar en ellas, ¿no?

Trystan dio una palmada en la mano de su hijo, agradeciéndole los

ánimos, y asintió.

—Entonces, ¿quieres que volvamos a proceder de la misma forma que la vez anterior? —preguntó Zayev un tanto impaciente.

—Sí —aseveró Nicholas con rotundidad—. Primero debemos llegar a la mujeres y sacarlas de allí. Un grupo de hombres se encargará de llevarlas de vuelta a Los Lagos.

—Me parece bien —concordó Jordan, aunque el resto también asentía con la cabeza.

—Sin embargo...

—¿Qué? —exclamó Erick.

—¿Dónde se va a realizar el ritual? —le preguntó a Griän, y el joven entendió cuál era la preocupación del rey.

—Me temo que en el Patio de Armas.

—Las mazmorras dan a ese patio —recordó Jordan.

—Sí. —Nicholas apretó los labios—. Así que sólo vamos a poder acceder para sacar a las mujeres.

—Algo es algo. —Suspiró Trystan.

—Y entonces, ¿qué pretendes? —preguntó Cailen—. ¿Que saquemos a las mujeres y nos vayamos, así sin más?

—No podemos hacer eso. —Miró entonces a Griän con una disculpa en los ojos y él negó con la cabeza.

—Si lo hacéis, no descansarán hasta conseguir lo que se han propuesto —le advirtió.

—Esos bastardos deben pagar por lo que han hecho —masculló Zayev—, pero ¿cómo vamos a entrar en esa fortaleza?

—Si salimos por la puerta de la mazmorra sería como entrar en la cueva del lobo —intervino Francis por primera vez.

—Entraremos por el portón principal —sentenció Griän entonces.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Nicholas sin comprender.

—Yo os daré acceso a la Fortaleza Roja.

—Eso es muy arriesgado —exclamó Francis.

—Les extrañará que haya vuelto, pero no tienen por qué sospechar nada —insistió.

—¿Para evitar nuestro suicidio, vais a suicidaros vos? —inquirió Nicholas, visiblemente contrariado.

—Escuchad, reconozco que al principio deseaba mataros con mis propias manos —dijo Zayev con tono exagerado, casi burlón—, pero ahora, hasta me caéis simpático. Sería una lástima que os dejarais matar.

—Seguro que hay otra manera —lo secundó Cailen.

—No la hay —negó él de modo rotundo—. Aunque la ausencia de luna os permita llegar hasta el foso, y aunque lo crucéis a nado, ¿cómo pensáis abrir el portón?

Todos los hombres se miraron entre sí, disconformes con aquel plan.

—Podríamos atar un gancho a una cuerda y lanzarlo hasta que se enganchara de algún sillar de la almena y trepar por el muro —propuso por fin Nigel.

—¿Y eso no es un suicidio? —apuntó Griän con sarcasmo—. El sonido del metal podría alertar a alguien y bastaría con lanzaros una flecha como recibimiento. No hay otra solución —decidió—. Algunos hombres me acompañarán y cruzarán el foso, colocándose cerca de la muralla y próximos al portón —comenzó a explicarles su idea—. En cuanto lo abran y bajen el puente levadizo, comenzaré a cruzarlo tras lo que me dejaré caer, simulando estar enfermo. Tanto si son guardias de Hrodgar como Häe, acudirán en mi auxilio, y será el momento para que, los hombres que hayan venido conmigo, se encarguen de ellos, con lo que tendréis vía libre para entrar en la fortaleza.

El silencio se alzó en aquella tienda. Nadie se atrevía a decir nada. Tenían que reconocer que era una buena idea, tal vez la única factible, pero aun así, podría ser muy arriesgado para Griän.

—Tal vez también os reciban con una flecha —habló Zayev finalmente.

—Lo más lógico entonces es que salgan a recoger mi cuerpo para presentárselo a los reyes con lo que podríais seguir igualmente con el plan —replicó con tranquilidad, como si hablar de su muerte no tuviera importancia—. En ambos casos salís ganando.

—No lo creo así —le rebatió Nicholas—. Y pareciera que no os importase vuestro destino, como si no tuvierais nada por lo que vivir, y es un error.

—Si conseguís salvar a Anyan, mi sacrificio habrá valido la pena.
—Bajó la mirada, lleno de pesar—. Mi hermana lo comprenderá.

—Pero la mía no —espetó Francis repentinamente—. Ella os ama y... —De pronto comenzó a negar con la cabeza, sumido en una gran impotencia—. Un juramento me obliga a callar, pero con vuestra astucia no os costará dilucidar por qué debéis regresar con vida.

Griän alzó la mirada, asombrado e incapaz de creer lo que estaba imaginando. Miró a Francis quien apretaba las mandíbulas, atado de pies y manos por aquella promesa. Luego recorrió el rostro de los demás hombres quienes estaban igual de intrigados que él.

—Desconocemos la naturaleza de dicho juramento —le aclaró Nicholas—, pero estoy seguro de que valdrá la pena vivir para descubrir de qué se trata —añadió, mirándolo con complicidad.

—Yo también lo creo, Majestad —respondió con una sonrisa en los labios, la primera sonrisa verdadera que habían visto en su rostro desde que lo conocían—. Confío en que los hombres que me acompañen sean buenos guerreros.

—Yo me encargaré de que sean los mejores —le aseguró él—. Ahora, planifiquémoslo todo bien. No puede quedar nada al azar.

Porque sus vidas y las de sus esposas estaban en juego mientras tenían la mayoría de las cartas en contra. La entrada a la cripta, la salida al patio, la imposibilidad de abrir algún portón desde dentro, y todo ello sin tener en cuenta que los superaban en número. A Nicholas sólo le reconfortaba el dulce recuerdo de Gabrielle y las ansias de volver a rodearla entre sus brazos, a ella y a su hijo. Así sería, aunque fuera lo último que hiciera en esa vida.

Capítulo 31



Aquella espera se estaba haciendo eterna. A apenas unas horas del anochecer, Nicholas sabía que la impaciencia estaba minando el ánimo de los guerreros, y también el temor a fracasar en tan crucial empresa, a ellos ocho en particular. La vida de los seres que más amaban dependía de su destreza y de ejecutar el plan con precisión. No podía haber errores, sobre todo a la hora de liberar la entrada a la cripta; si aquel cuervo alzaba el vuelo, estaban perdidos. Aunque no era únicamente la vida de esa ave lo que ponía en peligro su éxito, sino también su muerte.

En cierto punto, Griän hizo hincapié en lo unida que se hallaba Moira a aquel cuervo y, con ello, la posibilidad de que aquella mujer pudiera intuir que el ave había muerto. Todas las miradas habían recaído sobre Nicholas; debía herir al animal de tal modo que no pudiera levantar el vuelo, pero sin causarle la muerte. Fue inevitable que aquella responsabilidad cayese sobre sus hombros como una pesada losa.

Sin embargo, Jordan no tardó en aliviarla, alegando que de acabar accidentalmente con la vida de aquel cuervo, la liberación de las mujeres sería mucho más rápida que la reacción de Moira, además de que presentiría la muerte del animal, pero no su presencia, gracias al romero, por lo que sería muy probable que mandase a alguien a comprobar qué había sucedido en lugar de dar la alarma. Ciertamente, su alegato los tranquilizó a todos, incluso a él.

Nicholas aún se maravillaba de la actitud de Jordan a la hora de enfrentar una batalla. Con el día a día, había comprobado que era un

hombre de un excelente humor, afable, incluso bromista, pero en momentos como éste, Jordan se transformaba, convirtiéndose en un guerrero de precisión letal, entrenado para la lucha, osado y minucioso. Permaneció casi todo el día anterior agazapado en el bosque, en las cercanías de la entrada para controlar los cambios de guardia. Así supo que, justo al anochecer, tres hombres acudían a hacer el relevo por lo que, a partir de esa hora, nadie acudiría hasta la mañana siguiente, sin que se percatasen en la fortaleza de lo que había sucedido.

Nicholas, por su parte, también fue a inspeccionar el terreno, acompañado de Cailen, Erick y su tío Trystan. Habrían preferido tener un mejor ángulo y estar más cerca a la hora de llevar a cabo su parte del plan, o al menos poder hacerlo a plena luz del día, pero debían aguardar a que les hubieran servido la cena a las mujeres, para no alertar a sus captores de su desaparición.

Ciertamente lo tenían todo en contra, o casi, pues Steve y Patrick consiguieron reunir a los hombres a tiempo y ya habían engrosado las filas del ejército. Aun así, Nicholas no estaba del todo seguro de que fueran suficientes, ellos mismos lo sabían, pero a pesar de todo, estaban dispuestos a luchar. Dioses del Kratvah... Aquello podía convertirse en una verdadera masacre y no quería sacrificar más vidas, además de las de Hrodgar, Moira y todos los Hæe, esos malnacidos que acudieron a aquellas tierras para destrozar su mundo.

Ese pensamiento le hizo pensar en Lord Griän y no pudo evitar sentir lástima por él, por la forma en que su vida había cambiado en los últimos días. No dudaba de su lealtad. Si bien todo lo sucedido se podría haber evitado, era gracias a él que habían llegado a tiempo e iban a tener la posibilidad de salvar a sus mujeres. En cualquier caso, debió ser muy difícil para él renegar de su gente, de sus raíces, para ayudarlos a ellos, por muy enamorado que estuviera de Selene. Sin embargo, era muy valiente al ofrecerse a hacer de cebo para poder acceder a la fortaleza y merecía un justo reconocimiento.

Era consciente de que los demás en el campamento opinaban igual, aunque no fue así en los primeros días. Zayev y Cailen no fueron los únicos escépticos con respecto a él, pues sabía que muchos guardias

eran de su misma opinión, pero en esos momentos se encontraba conversando con los guerreros que lo asistirían en aquella argucia que había planificado para entrar en la fortaleza, ultimando los últimos detalles. Faltaba poco tiempo, pero transcurría tan lentamente...

Sus pensamientos volaron hacia Gabrielle, hacia el terror que debería estar sintiendo... Su amada esposa. No podía llevarse a engaño. La noticia de su supuesta muerte podría haber tenido en ella efectos devastadores, al igual que en todas las mujeres. Pero Gabrielle...

Era la segunda vez en menos de un año que se la arrancaban de su lado, y tenía serias dudas de ser el hombre adecuado para ella. Por todos los Dioses... Ni siquiera era un rey digno. ¿Iba a poder proteger a su pueblo si no era capaz de proteger a su propia esposa? La sensación de haberle fallado a Gabrielle iba en aumento conforme transcurrían los días, tanto que amenazaba con aplastarlo, y se preguntó si alguna vez podría otorgarle la felicidad que le prometió, la que merecía, y que parecía tan lejana.

—¿Dónde estás? —Escuchó a su primo murmurarle por detrás, justo cuando palmeaba su hombro. Nicholas no contestó, pero a Erick no le hizo falta—. Ojalá nuestras mentes fueran como el maldito cuervo de Moira para poder viajar hasta ellas.

—¿De verdad crees que están bien?

Erick resopló a su lado, pesaroso.

—Tienen que estarlo —decidió—. Cuando Balkar secuestró a Gabrielle, ¿qué te decía tu corazón? ¿Qué te dice ahora?

—Que está viva —aseveró.

—Lo mismo creo yo. —Asintió Erick con la mirada gacha—. Tal vez te parece ridículo, pero creo que si Claire no estuviera viva, mi corazón habría dejado de latir.

—Entonces, yo soy tan ridículo como tú —admitió—. Eso mismo creí en aquel entonces, y lo creo ahora.

—Tenemos que salvarlas, Nicholas. —Sonó desesperado, y Nicholas se giró a mirarlo para comprobar que así lo decía la expresión de su rostro.

—Lo haremos —sentenció—. Reuníos conmigo en la tienda.

Vamos a asegurarnos de que hemos memorizado el plan a la perfección.



Ya era noche cerrada cuando se encaminaron hacia las Tierras Altas. Lo deseable hubiera sido llevar a un buen grupo de hombres con ellos, tener un apoyo por si algo saliese mal, pero sería muy difícil pasar inadvertidos, y la seguridad de las mujeres peligraría. Por eso habían esperado a que hubiese oscurecido; esa oscuridad era su única aliada.

Aún quedaban algunos minutos a pie hasta llegar a la entrada de la cripta cuando Nicholas alzó su brazo, instando a sus compañeros a detenerse, tras lo que descabalaron. No querían advertir a los guardianes de su presencia por lo que ataron los caballos a algunos de aquellos árboles centinelas tan espesos que no permitían vislumbrar el nocturno firmamento, y continuar así a pie. Arco en mano, por si se topaban con alguna sorpresa desagradable, se encaminaron hacia el lugar, despacio, tratando por todos los medios de ser lo más sigilosos posible, y dado que Jordan era quien mejor conocía la zona, avanzó delante del grupo.

De pronto, hizo una seña y se detuvo; el resplandor de una fogata se desdibujaba entre los troncos y el joven se giró hacia sus compañeros con una mezcla de cautela y alivio en su rostro. No contaban con esa hoguera, aquellos hombres no la encendieron el día anterior, pero, tal vez, habían decidido hacerlo esa noche sin luna para poder iluminar sus propios rostros. Sin embargo, eso les obligaba a ser más cuidadosos, pues de igual modo había más posibilidades de ser descubiertos.

En esta ocasión, fueron Nicholas, Erick, Trystan y Cailen los que avanzaron primero, quedando Jordan, Zayev y Francis detrás; siete hombres del que dependía el futuro de sus mujeres. Pero todos estaban de acuerdo en que faltaba alguien en ese grupo: Griän.

El joven era consciente de que no podría estar presente en el momento en el que liberasen a su hermana, pues debía esperar, alerta, a que ellos le diesen la señal y seguir adelante con la siguiente etapa del plan. Sin embargo, cuando Francis se despidió de él, le aseguró que su hermana sabría de su coraje y que, gracias a él, ellas no habían perecido bajo la daga de los Reyes Hæe. Y el lord le agradeció el gesto, deseándoles la mejor de las suertes en aquella empresa y asegurándoles que se volverían a ver en el interior de la Fortaleza Roja. Y faltaba tan poco... El capitán vio que Zayev y Jordan se detenían, y él hizo lo mismo, aguardando a una distancia prudencial, mientras los otros cuatro hombres continuaban avanzando.

En un punto del trayecto, se separaron. Cada uno de ellos necesitaba de un lugar en el que resguardarse, pero con la precaución de poder tener una visión directa hacia sus objetivos. Cailen se escondió tras un árbol, imitándolo Nicholas, ocultándose tras un tronco cercano, aunque situado justo frente a aquellos hombres. Erick y Trystan por su parte, eligieron un mismo árbol al lado del de donde estaba Nicholas, pero permaneciendo juntos, uno de ellos en pie y el otro arrodillado.

Nicholas miró a un lado y a otro. Sus tres compañeros estaban compartiendo miradas y disimulados gestos con los que acordar el blanco de cada uno. Luego, los vio preparar sus arcos, a la espera. A partir de aquí, no podían hablar, ni hacerse señas, por lo que en cuanto escuchasen la flecha de Nicholas cortando el aire, dispararían sus arcos.

Nicholas colocó su mano izquierda en el mango del arco y con la otra tiró de la cuerda con fuerza y decisión. Escuchó el leve crujir de la madera y cómo los músculos tensos de su brazo izquierdo acusaban la resistencia del lomo a curvarse. Flexionó el brazo derecho y tiró hacia atrás, acercando su mano a su barbilla. Los dedos anclados en la cuerda, la vista fija en el objetivo y la sangre palpitándole en las sienes...

Había hecho ese mismo gesto infinidad de veces, era capaz de acertar a un ave alzando el vuelo, a un animal en plena carrera, pero nunca dependió de ello la vida de su mujer y su hijo.

Tomó aire, lenta y profundamente. El frío de la noche entró en sus pulmones y le templó ligeramente los nervios. Exhaló. Fijó el blanco en aquel cuervo, negro como la noche, que uno de aquellos guardianes sostenía sobre su brazo. Tenía el cuello estirado y movía la cabeza de un lado a otro, intranquilo, alerta, como si intuyese el peligro. Nicholas volvió a tomar aire, y lo mantuvo unos instantes en su pecho. Conforme lo soltaba, soltó también la cuerda y liberó la flecha.

Un silbido rasgó la noche, y un latido después, vio cómo otras tres flechas se estrellaban en sus objetivos de modo letal.

Los cuatro corrieron hacia la hoguera. Los tres guardianes estaban inmóviles, muertos, atravesados sus pechos por las certeras flechas, y el cuervo...

Trystan caminó hacia el ave, su pequeño cuerpo había sido lanzado a causa del impacto varios metros más allá. Lo cogió cuidadosamente entre sus manos mientras el animal emitía graznidos lastimeros, y observó aquella flecha que le traspasaba el ala, una herida que le impedía el vuelo pero que no era mortal.

—Eres infalible —felicitó a su sobrino, extendiendo sus manos y mostrándoles el cuervo herido mientras caminaba hacia ellos.

Nicholas sintió en ese instante como si un bloque de piedra hubiera estallado dentro de su pecho, liberándolo, permitiéndole respirar otra vez.

—Corta una tira de alguna de las túnicas —le pidió Trystan a su hijo y sin tiempo que perder, le ató al maltrecho cuervo el ala al cuerpo para que no se dañase más y lo metió en una pequeña jaula que había cerca de la hoguera—. Si sigue con vida cuando todo esto termine, lo llevaré conmigo para curar su herida —le explicó a Erick al ver que observaba su proceder con curiosidad.

—Pues estos están muertos —le confirmó Cailen, quien quiso asegurarse, revisando los cuerpos uno a uno.

Después lanzó un suave silbido que alertó al resto y que aparecieron pocos instantes después de entre la espesura del bosque.

—Sabía que no fallarías. —Jordan palmeó a Nicholas en el hombro mientras veía el resultado de lo acontecido a su alrededor.

—Pues yo no las tenía todas conmigo —admitió el joven rey con un resoplido.

—En fin, caballeros... —Zayev se acercó a ellos, con mirada confiada—. Vayamos a por nuestras mujeres.

Capítulo 32



Gabrielle caminaba en círculos sosteniendo a Ilsik en sus brazos, que no dejaba de lloriquear. Estaba intranquilo, como todas ellas, y pareciera que intuyese lo que estaba sucediendo, lo que iba a suceder. Ella no había dicho nada, de hecho, nadie hizo comentario alguno, pero sabían que ésa era la noche en que se realizaría el ritual y todas sentían que el tiempo se les acababa, pendiendo sobre ellas con una cuenta atrás mortal.

Caminó cerca de Anyan, quien estaba en un rincón, hecha un ovillo. Apenas tomó algún alimento en los días que llevaban encerradas, por lo que acusaba una gran debilidad. Gladys intentaba convencerla de que comiese algo, pues, de no hacerlo, podría dañar al bebé. Y Anyan la miraba en silencio, con resignación, reprimiendo los deseos de decirle que su hijo iba a morir tarde o temprano.

Adrienne parecía haberse resignado al igual que ella. No decía nada, pero sus ojos estaban siempre llenos de lágrimas y comía simplemente presionada por las amenazas de Sybill, quien disfrutaba viéndolas así. Agatha se le volvió a enfrentar en alguna otra ocasión, pero la criada parecía disfrutar con ello; lejos de importunarle los insultos que descargaba contra ella, la sirvienta se regodeaba al verlas prisioneras y gozaba intimidándolas, narrándoles la forma tan cruel en la que iban a morir.

“No vamos a morir”, se dijo Gabrielle por enésima vez en esos días, mientras seguía meciendo a Ilsik en su deambular por esa celda oscura. No sabía dónde buscar una esperanza a la que asirse, pero no

podía dejarse vencer. Debía convencerse de que Nicholas iba de camino a rescatarla, que tal vez habían tenido dificultades que les impidieron llegar antes... cualquier cosa, lo que fuera menos pensar que seguían encerradas en aquella mazmorra porque él había muerto. Aceptar aquello la enloquecería, la sumiría en la más absoluta desesperación, y no quería decepcionar a Nicholas, debía ser la mujer fuerte que ella siempre quiso ser para él.

Giró su rostro y vio a su prima, sentada en el suelo con Deanna en sus brazos, y acompañada por Ylva y Gladys. Ellas tampoco querían admitir la muerte de sus esposos, y trataban de mantener en alto sus espíritus, el de todas, intentando que no les abandonasen las esperanzas... y era tan fácil, era tan sencillo rendirse.

De pronto, la puerta de aquella mazmorra gimió, como siempre hacía cuando se abría, aunque, en esta ocasión, no entró la luz del sol, como de costumbre, ni siquiera la luz del ocaso; parecía noche cerrada.

—Disculpadme el retraso. —Escucharon la estridente voz de Sybill que se acercaba a ellas—. Era deseo de Sus Majestades que hoy gozaseis de una cena especial, dado que será la última —les explicó con sonrisa ladina—. Así que me he esmerado en la cocina. —Se agachó para pasarles la bandeja por la ranura—. Confío en que la espera haya valido la pena. —El sarcasmo de su voz envenenaba sus palabras—. Como yo también deseo valga la pena aguardar jornadas enteras a que llegue la medianoche de este día para veros morir.

Agatha se acercó a los barrotes y le escupió directo a la cara y el resto de mujeres la miraron entre satisfechas y temerosas; aquella humillación podría costarles muy caro. Sin embargo, Sybill extrajo un pañuelo de dentro de la manga de su vestido y se limpió, mientras sonreía ampliamente.

—La desesperación hace que os olvidéis de vuestros modales, ¿verdad, Alteza? —Alzó la barbilla con mirada altiva—. Pero dentro de unas horas, vuestra boca escupirá sangre, tras recibir esa puñalada que os atraviese el corazón. Disfrutaré viéndoos agonizar. Sobre todo, a vos. —Lanzó una mirada inyectada en veneno hacia Gabrielle.

—Reza porque Nicholas se apiade de ti cuando venga en mi busca.

—No se amedrentó ella sin embargo, pero la sirvienta lanzó una desagradable carcajada.

—Siempre supe que eráis una necia, una estúpida —espetó, insultándola sin recato alguno—. Vuestro esposo está muerto y vais a tardar muy poco en estarlo vos también. Ambos lo merecéis por haberme humillado de ese modo, y no dudéis de lo placentero que será veros morir, clamando por vuestro esposo muerto.

—Nicholas no está muerto —gritó Gabrielle, esforzándose por sonar convincente aun cuando sus lágrimas hiciesen parecer lo contrario. La sirvienta la miró de arriba abajo como si le tuviese lástima y dio media vuelta para irse—. ¿Me has oído? —quiso insistir Gabrielle mientras pegaba el rostro a los barrotes—. Nicholas vendrá a salvarme, ¡va a salvarme! —repitió inútilmente, porque Sybill ya había salido y cerrado la puerta tras de sí.

—Por supuesto que voy a salvarte. —Se escuchó de pronto una voz al otro lado de la mazmorra, y Gabrielle cayó sobre sus rodillas cuando vio que Nicholas caminaba hacia ella. Cuando llegó a su altura se detuvo y se arrodilló también, al otro lado de los barrotes—. Mírame, Gabrielle —le pidió al haber hundido ella su rostro en el cuerpecito de Ilsik, rebasada por el llanto y el sufrimiento contenido de aquellos días. Entonces, Nicholas introdujo una de sus manos por los barrotes y le tocó la mejilla, tratando de convencerla con su tacto de que era real.

Eso hizo a Gabrielle reaccionar, y ahogó un sollozo al levantar el rostro y ver a Nicholas frente a ella.

—Nicholas... —susurró sin que la voz acudiese a su garganta.

Nicholas la tomó por la nuca y la acercó a los barrotes, alcanzando a través de ellos sus labios con los suyos, en un beso tierno y suave, pero que les devolvía la vida a ambos. Mas se escucharon pasos al fondo de la mazmorra que hicieron que Gabrielle se sobresaltara.

—Tranquila —le dijo levantándose—, tranquilas todas —les pidió en un murmullo para no advertir a los guardias de su presencia—. No he venido solo.

Entonces, uno a uno, comenzaron a aparecer los seis hombres que habían ido a recuperar la parte de sus vidas que les fue arrebatada. Y

algunas de las mujeres corrieron hacia los barrotes para asegurarse de que el sufrimiento o que aquella escasa luz titilante de las antorchas no estuviera jugando con sus mentes y sus esperanzas.

—Jordan —susurró Agatha, apenas conteniendo el grito de emoción que luchaba por escapar de su garganta al verlo frente a ella. Su esposo le dedicó una amplia sonrisa llena de alivio, llena de todo su amor, mientras rebuscaba entre sus ropas una daga. Con maestría extraordinaria, jugueteó con la punta del cuchillo dentro de la cerradura del candado y se abrió casi al instante. Entonces, tiró de la puerta y atrapó a su esposa entre sus brazos, tirando de ella.

Sus labios se buscaron inmediatamente, ávidos el uno del otro.

—Jordan, yo...

—Lo sé —le confirmó acariciando suavemente su abdomen, lleno de felicidad, justo antes de volver a abrazarla—. Déjame sacarte de aquí.

Zayev y Cailen llegaron tras él y entraron a por sus esposas. Ylva corrió hacia los brazos de su esposo, pero Adrienne apenas pudo moverse al ver a Cailen frente a ella. Fue él quien le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hasta él, arrastrándola fuera de la celda.

—Claire... —Se escuchó el susurro de Erick tras ellos. Su padre lo acompañaba y Trystan no terminaba de poner un pie tras los barrotes cuando su esposa corrió a su encuentro.

—¿Estás bien, vida mía? —murmuró en su oído, cerrando los ojos a esas lágrimas que ardían tras sus párpados.

Gladys asintió resguardada en su pecho, apretándose contra él, mientras Trystan caminaba hacia la puerta de la celda para salir de allí, observando, de paso, a su alrededor, y asegurándose de que todas las mujeres se encontraban bien. Entonces, vio que Erick estaba consolando a una llorosa Claire, quien buscaba el contacto de su esposo, como si lo necesitara para creer que estaba allí, en carne y hueso.

—Lo sabía, sabía que estabas vivo —le repetía una y otra vez.

Erick se colocó a su hija en un brazo y pasó el otro por encima de su hombro, instándola a caminar con él para salir de la celda, y lo mismo hacía Nicholas con Ilsik y Gabrielle. La joven rodeaba la

cintura de su esposo con ambas manos, hundiendo su rostro contra su cuerpo, mientras se dejaba guiar por él.

Entonces, la mirada de Trystan se desvió hasta un rincón de la mazmorra, hacia donde se dirigía Francis.

—Anyan. —El joven capitán ahogó un gemido al verla allí, tirada, desmadejada en el suelo—. Anyan, mírame —le pedía con desesperación, arrodillándose a su lado y tomando su rostro entre sus manos, alarmado al ver que apenas podía abrir los ojos.

—Está débil —le dijo Gladys—. Apenas ha querido comer estos días.

—Mi amor, por favor, abre los ojos —le suplicó él—. Estoy aquí, he venido por ti.

—¿Francis? —musitó ella, alargando una mano hacia él.

Francis la tomó de los hombros y la atrajo hasta su pecho, rodeándola entre sus brazos.

—Déjame, Francis —alcanzó a decir ella—. No merezco que...

Bajó su rostro y buscó sus labios para besarla intensamente, notando cómo Anyan se estremecía entre sus brazos.

—Francis, debemos irnos. —Escuchó que le decía Jordan.

Así que el joven capitán tomó el cuerpo laxo de Anyan en brazos y se dirigió hacia el exterior, justo detrás de Jordan. Aunque no se detuvieron en la entrada de la cripta, sino que continuaron caminando por aquel bosque, alejándose todo lo rápido que pudieron del peligro, hasta llegar al lugar donde estaban atados los caballos. Sin perder más tiempo, montaron y siguieron avanzando, internándose más en el bosque hasta que, en cierto punto del camino, tomaron una pequeña senda que les condujo a un sendero más amplio, donde un grupo de guardias aguardaban con varias carrozas.

Trystan desmontó, ayudando a su esposa. Apenas había puesto Gladys los pies en el suelo cuando ya estaba buscando sus labios. El temor que sintió al creer que la perdía todavía le calaba hasta los huesos, y supo que el calor de su esposa sería lo único que lo haría desaparecer.

—Siento que hayamos tardado tanto —le susurró—, pero era la única forma de correr el mínimo riesgo.

—Pero nos dijeron que... vosotros... —Gladys no se atrevía ni a pronunciar aquella palabra por temor a romper el hechizo que le devolvía a su esposo con vida.

—Moira sólo nos adormeció con su veneno. —Negó con la cabeza.

—Pero no hubiéramos llegado a tiempo de rescataros si no fuera por Lord Griän —dijo Francis, mirando a Anyan, quien se apoyaba contra su pecho, sin apenas fuerzas para sostenerse en pie por ella misma.

—¿Mi hermano? —murmuró, alzando su rostro hacia él con incredulidad—. No quería creer en la posibilidad de que hubiera ido en vuestro auxilio. Pero él...

—Nos lo ha explicado todo —le confirmó, y la joven abrió los ojos ampliamente, sorprendida y también atemorizada—. Me dolió saber que me mentiste —admitió—, pero cuando te he visto tirada en el suelo de esa celda inmunda, creí que iba a morir allí mismo. —Le acarició con dulzura el rostro—. Tal vez sea un inconsciente, pero todo lo demás ha dejado de tener sentido. Sólo me importas tú y nuestro hijo.

Anyan se dejó caer sobre Francis quien la sostuvo, sintiendo cómo su delicado cuerpo convulsionaba preso del llanto.

—Por favor, Anyan, deja de llorar y mírame —le pidió, obedeciendo ella tras pasados unos segundos—. Te amo con toda el alma —declaró, sosteniendo sus mejillas entre sus manos—. Sólo necesito saber si, en todo este tiempo, cuando tú me...

Anyan no quiso dejarle terminar. Con las pocas energías que aún residían en su cuerpo, alzó su rostro y lo besó, y Francis se prendió de sus labios como un náufrago a una tabla de salvación. La rodeó entre sus brazos y la besó con pasión, con el corazón golpeando contra su pecho por la emoción propia de un amor correspondido.

—Aunque sé que no te merezco, no puedo evitar que mi corazón vibre de amor por ti —le confesó ella con mirada vidriosa.

—Déjalo pues, que así es como debe ser. —Le sonrió, emocionado—. Y, en cuanto a lo que mereces... ser feliz cada día de tu vida.

—Me basta con que me permitas estar a tu lado. —Apoyó su

mejilla contra su pecho.

—No concibo que estés en otro lugar que no sea conmigo. —La abrazó con fuerza—. Aunque ahora debo luchar para asegurarme de que nadie atentará contra nuestra tranquilidad.

Anyan asintió y suspiró hondamente.

—¿Dónde está mi hermano? —Casi no se atrevía a preguntar por miedo a que...

—Aguarda en las proximidades de uno de los portones —le respondió—. Él será quien nos dé acceso a la fortaleza.

—Ha demostrado una gran valentía —reconoció Zayev mientras abrazaba a su esposa, acariciando suavemente su cabello—. Sus propios actos de estos días han hecho que olvidemos vuestro pasado —tuvo que admitir—. Si él no hubiera llegado a despertarnos con el tiempo suficiente para venir a rescataros... No quiero ni imaginar lo que habréis sentido vosotras al...

—No lo digas —le pidió Ylva, apretándose contra él—. Aún no comprendo qué extraña fuerza me ha hecho convencerme de que estabas vivo.

—El amor inmenso que siento por ti —murmuró Zayev, bajando su rostro en busca de su boca. Sí, estaba viva, y el tacto de su piel le llenaba el alma de paz y felicidad.

—Yo no he sido tan fuerte —reconoció Adrienne, bajando su rostro, avergonzada, pero Cailen la rodeó fuertemente por la cintura, tomando su barbilla después para obligarle a mirarlo.

—Nadie te ha pedido que lo seas —quiso él tranquilizarla—. Y haré todo lo que esté en mi mano para darte abrigo, apoyo y la fuerza que puedas necesitar. Refúgiate en mí, amor mío. Te prometo que lucharé con todas mis fuerzas para estar siempre para ti, protegiéndote, amándote.

Ella alzó su mano y le acarició la mejilla, dándose cuenta el príncipe de que la tenía vendada.

—¿Qué es esto? —preguntó inquieto, tomándosela para verla de cerca.

—Sólo es un pequeño corte —le dijo ella, tratando de convencerlo con una sonrisa.

—¿Seguro que estás bien? —insistió, besándole la palma injuriada, y ella tembló ante la ternura de su esposo.

—¿Me amas? —demandó, mordiéndose el labio en un deje de ansiedad, llenando al joven de confusión.

—Con todo mi ser —respondió con ardor.

—Entonces, estoy mejor que bien —murmuró, arrastrando su mano hasta su largo cabello—. Te amo, Cailen.

Y él le respondió con apasionado beso que, sin embargo, a duras penas podía reflejar lo que sentía por ella. La abrazó con fuerza, necesitando el contacto de su piel para convencerse de que era real, que estaba allí con él. Aún sentía, todos lo sentían, el temor que los había acompañado todos esos días, aterrados ante la posibilidad de no llegar a tiempo, de no poder llegar hasta ellas, de no poder rescatarlas con vida. Pero lo estaban, estaban sanas y salvas, al igual que los bebés.

Erick no era capaz de apartar sus ojos de Claire y Deanna, de sostener a las dos entre sus brazos, de llenarlas de besos.

—Si alguien me hubiese dicho que estabais muertas, habría enloquecido del sufrimiento —admitió él—. Y, aunque haya habido más momentos en el que creías que estaba muerto en vez de vivo, tú te has mantenido firme, por ti y por Deanna.

—Estaba a punto de perder las esperanzas —le confesó ella—. Tal vez te parezca una locura, pero no podía dar crédito a esas palabras, no quería admitir que tú...

—No las repitas. —Posó sus dedos en sus labios para acallar sus palabras—. Lo importante es que las dos estéis bien y que puedo abrazaros de nuevo —murmuró tras lo que le dio un dulce beso en los labios, apretándola contra su pecho.

—¿Tú te sientes bien? —le preguntó Jordan a Agatha con una dulce sonrisa en sus labios.

—He tenido algunas náuseas —le confesó, sonrojándose levemente.

—Divina Vetsa... —Jordan la rodeó con fuerza entre sus brazos—. Sé que estamos viviendo un infierno ahora mismo, pero esta felicidad que siento está muy por encima de todo lo demás. —Le dio un breve

pero apasionado beso, uno que la estremeciera tanto como para hacerla comprender la emoción que lo invadía—. Vuelvo a tenerte entre mis brazos y en unos cuantos meses más me darás otro hijo. Estaría bien que fuera una niña, para tener la parejita.

Y Agatha le sonrió emocionada, hasta que volvió a buscar los labios de su esposo.

—Debes cuidarte hasta mi regreso, ¿entendido? —le pidió Jordan entre beso y beso.

—Todas debéis hacerlo, y no dudéis que volveremos a vuestro lado —murmuró Nicholas, mirándose en los ojos de su esposa—. Siento tanto lo que ha ocurrido...

Gabrielle lo besó con ternura, queriendo borrar de su mente esos pensamientos.

—No es culpa tuya. —Le sonrió, acariciándole la mejilla—. Era imposible imaginar lo que ha sucedido.

Nicholas suspiró agachando la mirada.

—Te amo, Nicholas. Pase lo que pase siempre te amaré. —Le oyó decir y él la abrazó emocionado, estremecido por escuchar de labios de Gabrielle lo que necesitaba para recuperar la paz.

—No más que yo a ti —le aseguró antes de atrapar sus labios con los suyos, sintiendo tras sus párpados cerrados las lágrimas que luchaban por escapar.

De pronto, Ilsik comenzó a balbucear.

—A ti también te quiero, pequeño. —Besó la frente de su hijo que parecía por fin conforme al recibir las atenciones de su padre—. Ahora eres el hombre de la casa, así que cuida de mamá —dijo sonriendo, enjugándose con rapidez los ojos.

Gabrielle lo miró sonriente y le pasó los dedos por las mejillas, terminando de secarle las lágrimas.

—No te preocupes por nosotros, estaremos bien —le dijo con convencimiento.

—Te prometo que no quedará piedra sobre piedra de este maldito reino —aseveró, tensando sus facciones—. Jamás volverán a perturbar nuestra felicidad.

Ahora fue Nicholas quien percibió una sombra cruzando la mirada

de su esposa.

—Sybill fue nuestra carcelera.

—¿Qué? —preguntó, haciendo una mueca a mitad camino entre el asombro y la furia.

Nicholas la abrazó con fuerza sin permitirle contestar. No le interesaba en absoluto saber cómo aquella sirvienta que tanto daño les hiciera una vez, llegó a ese reino, sino que Gabrielle hubiera estado de nuevo a su alcance para sufrir las consecuencias de su desprecio, de su inquina. Si su sufrimiento fue inmenso al tener que enfrentarse a la posibilidad de su muerte, esa mujer mezquina era capaz de haberlo convertido en la peor de las torturas. Y, sin embargo, su Gabrielle había sido capaz de encarar aquel trance con entereza, volviendo a sonreírle, como si nada de aquello hubiera ocurrido. Admiraba a su esposa, la fortaleza que se ocultaba en ese delicado cuerpo suyo que se abrazaba a él. Inclino su rostro hacia el suyo y tomó sus labios, tan dulces como solían ser, tan amados, tan necesarios para él.

—Debemos irnos. —Escuchó a Jordan—. Lord Griän estará listo.

Ese anuncio fue el prelude de un inminente momento con sabor agri dulce, para todos. La felicidad ocupaba sus corazones al compartir esos instantes en brazos de su ser amado, sabiéndolo con vida, pero la separación era forzosamente necesaria, y el peligro que iban a correr los hombres era innegable para esas mujeres que temían por sus vidas.

Se despidieron entre besos, abrazos y miles de promesas de sueños por cumplir. Los hombres acompañaron a las mujeres y las acomodaron en las carrozas que las llevarían de vuelta a la seguridad de Los Lagos, y una guarnición de guardias las escoltaría durante todo el viaje, asegurándoles a su rey y a todos los demás que velarían por la vida de las mujeres, arriesgando la suya propia si era necesario.

A pesar de tratar de sobrellevar aquel momento con valentía y fortaleza, fue inevitable que las lágrimas hicieran su aparición en aquella despedida, pero ellos juraron regresar con vida y ellas confiaban en su destreza como guerreros. Tras un último beso, una última caricia, una última palabra de amor, las mujeres partieron, y ellos sintieron que la mitad de su vida marchaba con ellas.

Apenas los carruajes desaparecieron en un recodo del sendero,

volvieron a los caballos y emprendieron el camino hacia el Anillo de Desolación, donde aguardaba el grupo de hombres que iría con ellos hacia otro de los portones, aguardando allí a que alguno de sus hombres abriera el portón permitiéndoles el paso, atacando así el interior de la Fortaleza Roja desde varios puntos.

Pero, para ello, Griän debía salir victorioso de aquel plan tan disparatado como temerario en el que tenía amplias posibilidades de morir.

El lord escuchó un lejano silbido en la noche y que le dio la señal que estaba esperando. Gran parte de la guardia lo había seguido a pie a través de aquellas tierras yermas, con sigilo, no queriendo que el ruido de sus pisadas advirtiese su presencia, la misma que la ausencia de luna ocultaba, y metros antes del foso se detuvieron a aguardar. Prácticamente contenían el aliento, temerosos de que alguno de los vigilantes de las almenas dirigiese su antorcha hacia la inmensidad de esa noche oscura, hacia ellos. Pero ninguno lo hizo, siendo ajenos a su presencia y al suceso que se estaba gestando a su alrededor, y cuando Griän oyó aquel silbido, supo que debía despedirse de la vida porque tal vez no tardaría en perderla.

Dos hombres avanzaron con él ahora, Patrick y Steve. Francis le aseguró que eran guerreros excepcionales, además de grandes amigos suyos, por lo que confiaba en ellos plenamente. Tras avanzar unos metros, vio que ambos se separaban de él, tratando de alejarse del portón sin temer así que el sonido de su chapoteo al cruzar el foso advirtiese a los vigilantes. Sabía que se introducirían lentamente en aquellas aguas y que avanzarían hasta llegar a la otra orilla del foso y ahí sí, con sus cuerpos pegados a la pared, se acercarían al portón principal, lejos de las miradas de los vigilantes, pero lo suficientemente cerca para poder asistir a Griän cuando llegase el momento.

Él, por su parte, se colocó frente a la entrada principal y tomó aire para infundirse valor, antes de tener que enfrentarse a su destino.

—¡Ah, del castillo! —gritó, alarmando a los dos guardias que estaban custodiando aquel portón. Por su aspecto, supo que eran guardias de Hrodgar. Debía andarse con tiento, pues su reacción

podía ser imprevisible, además de peligrosa.

—¿Quién anda ahí? —preguntó uno de ellos.

—Lord Griän de Häe —respondió él con firmeza. Aquellos hombres no tenían motivos para sospechar de él, ¿no?

Sin embargo, uno de ellos alargó un brazo en el que portaba una antorcha, tratando de distinguir en la oscuridad de la noche el rostro de aquel inesperado visitante.

Griän tragó saliva, y trató por todos los medios de no bajar la mirada hacia Patrick y Steve, pues aquello podría darles una excusa a los vigilantes para querer averiguar hacia dónde viajaban sus ojos y dar así con sus compañeros. Por el contrario, alzó la barbilla y los miró con altivez, como lo haría alguien de la nobleza Häe, y pareció funcionar, pues aquellos hombres, tras compartir miradas recelosas, decidieron abandonar sus puestos para abrirle el portón.

Griän contuvo el aliento mientras el puente levadizo iba descendiendo hasta detenerse casi a sus pies. Comenzó a cruzarlo mientras veía a los dos vigilantes avanzar desde el umbral del portón y él los miró confiado, seguro de su posición.

—Lord Griän —lo saludó uno de aquellos hombres, mas con la frente fruncida—. Nadie nos informó de un posible regreso por vuestra parte.

—Ha surgido un imprevisto que debo tratar inmediatamente con Sus Majestades —recitó con la seguridad que fue capaz de reunir, aunque aquellos hombres parecían igual de recelosos que momentos antes, cuando aún seguían en lo alto de las almenas—. Estoy seguro de que apreciarán que me conduzcáis hasta ellos —quiso insistir con sonrisa confiada, hasta que vio un brillo de metal de mano de uno de aquellos hombres y que le heló la sangre.

—Sí, pero no tenéis por qué hacerlo con vida —sentenció el vigilante, alzando un puñal por encima de su cabeza y cuya trayectoria iba directa hacia el corazón de Griän.

Capítulo 33



Griän sabía que iba a morir y que todo esfuerzo por evitarlo sería en vano, así que alzó la barbilla y esperó a que aquel puñal se estrellara contra su pecho... aunque, sorprendentemente, no lo hizo. En cambio, un brillo de metal recorrió la garganta de su atacante y otro voló por el aire, clavándose en la espalda de su acompañante, cayendo ambos, fulminados, sobre el puente, y sin que ni un mísero gemido escapase de sus bocas. Griän parpadeó repetidas veces mientras veía a aquellos hombres desplomarse frente a él, hasta que vio a Steve y Patrick tras ellos, éste último aún con el cuchillo ensangrentado en la mano, a la altura de la garganta.

—¿Estáis bien, Milord? —le preguntó.

—Sí, gracias —respondió cuando recuperó la voz—. Os debo la vida, a ambos.

—No las merece —habló ahora Steve, quien recuperaba su daga de la espalda del otro vigilante y revisaba ambos cuerpos en busca de sus armas—. Para eso estamos aquí.

—Bueno, y ahora...

—Vosotros debéis aguardar aquí con el resto de los hombres —les recordó Griän—. En cuanto yo abra el portón norte, Jordan os avisará para que el ataque sea a la vez desde los dos flancos. —Tomó aire—. Pero si pasados unos minutos no recibís señal alguna, significará que he fallado, que he muerto, así que debéis atacar y ser vosotros mismos quienes abráis ese portón.

—Milord, no debéis pensar que...

—¿Entendido? —Griän cortó a Patrick, queriendo que contemplasen seriamente aquella posibilidad.

—Entendido —concordó entonces Steve.

—Buena suerte —le deseó Patrick, y Griän asintió antes de colocarse la capucha de su oscura capa y cubrir así su rostro.

De hecho, ésa era una de las pocas ventajas con las que contaba. Por suerte, su acceso a la fortaleza había sido un éxito y nadie se extrañaría de ver a un Hæe deambulando por el lugar, máxime en puertas de celebrar el ritual. Sólo esperaba pasar desapercibido y que nadie se percatara de su identidad hasta que pudiera abrir el otro portón y dar paso a la otra facción, la dirigida por Nicholas.

Qué distinto era todo, qué distinta era la visión que tenía aquel soberano sobre la vida, un rey que era capaz de abandonar la comodidad de su trono para capitanear ese grupo de guerreros que darían la vida por él y por su reina, y convirtiéndose en uno más de ellos, compartiendo el pan, el vino, el fuego... y los miedos; un hombre al fin y al cabo. Y, sin embargo, el pueblo Hæe, durante generaciones, dio la vida por sus soberanos, a su capricho, sin finalidad alguna más que la de satisfacer sus macabros deseos de sangre.

Griän sintió una bola de náuseas en la garganta, pero sacudió la cabeza, quitando aquel pensamiento de su mente y que no le iba a servir para nada en aquella difícil empresa. Sin más dilación, se encaminó hacia el portón norte, para lo que debía cruzar el Patio de Armas, sin duda, la parte más peligrosa del recorrido.

Tomó la precaución de caminar siempre cobijándose en la penumbra, fuera del alcance de las antorchas y sin luna que iluminase sus pasos, mientras su rostro se ocultaba bajo la sombra que arrojaba la capucha sobre su faz. Sin embargo, sorprendentemente, apenas se tropezó con nadie. Supuso que todo el mundo estaría en el salón, disfrutando de la cena que se habría alargado a modo de celebración previa al ritual. No recordaba que estuviese prevista, pero no era de extrañar dado lo que significaba para los Reyes Hæe y su pueblo, al que él perteneció un día y que le resultaba tan ajeno ahora.

Aceleró el ritmo de sus pasos y entró en el Patio de Armas. La

majestuosidad de aquel altar lo hizo detenerse, inevitablemente, impactado. Era conocedor de la peculiar forma del Altar Sagrado, triangular, tres lados para tres reyes, pero que, sin embargo, solía albergar únicamente el cuerpo de una doncella a la que sacrificar. Empero en esta ocasión, su tamaño se había triplicado, pues no debía ser lecho mortal para una mujer, sino para tres, sin olvidar a un inocente niño con sólo unas semanas de vida y que había decidido venir al mundo en un momento demasiado singular. Por suerte, ese altar permanecería vacío y confió en que Nicholas y los demás hubieran encontrado a las mujeres aún con vida, entre ellas a su hermana.

Vislumbró el brillo metálico de las vasijas colocadas en los vértices del altar, dispuestos de tal forma que recogiesen la sangre vertida de los sacrificados y cuya misión no podrían cumplir, como tampoco esa plataforma formada por leña y paja y que debería haber hecho las veces de pira funeraria para los cuerpos sin vida fruto de aquel sacrificio.

Entonces, vio entre el altar y la pira unos postes con cuerdas y supo que ahí morirían el resto de mujeres: las madres de los bebés, la Princesa Gealach y aquella otra que tuvo la mala fortuna de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado... Tanto derramamiento de sangre gratuito, simplemente por el placer de matar. Aunque Griän pudo comprobar que había un quinto poste, al que habrían atado a su hermana para arrancarle la vida... le imploró a unos Dioses que no conocía y que tampoco tendrían conocimiento de su nimia existencia, que le hubiesen otorgado las fuerzas necesarias para seguir viva aún, a pesar de creerse abandonada por él en aquella mazmorra.

—Ya está todo dispuesto, Milord.

Griän se quedó petrificado al escuchar esa voz tras él. No se movió, apenas se atrevió a respirar mientras echaba su mente a andar...

Le había llamado "Milord", así que ese hombre no era de la Corte Häe, podía ser alguien de la servidumbre o de la de Hrodgar, pero para el caso daba lo mismo. Él era un noble, lo que le daba cierta ventaja, y que debía usar si quería seguir con vida.

—Yo no lo creo —dijo en cambio—. Bajo esos postes hacen falta vasijas para recoger la sangre —añadió con voz dura y tono furibundo, casi despectivo al referirse a un trabajo realizado en forma tan descuidada, y animando a su interlocutor a permanecer detrás de él, a no enfrentarlo al mostrarse tan molesto—. Es muy importante, sobre todo la de la Princesa Gealach, pues podría ser decisiva para el éxito del ritual.

—Tenéis razón, Milord —le respondió en voz baja, claramente afectado por la amonestación.

—Espero que no necesites de mi supervisión para realizar adecuadamente la tarea —lo tanteó.

—Por supuesto que no, Milord. —Pareció reaccionar—. Me encargaré de ello personalmente —agregó antes de retirarse.

Fue cuando, finalmente, escuchó los pasos alejarse de él que Griän pudo respirar con alivio, aunque le temblaban las manos y apenas le sostenían las piernas y, a pesar de llevar la gruesa capa encima, los escalofríos congelaban su cuerpo. Tenía que moverse, tenía que continuar, si no Patrick y Steve creerían que había fracasado, aunque estuvo a un solo paso.

Griän ya no se detuvo hasta llegar al portón norte. Si la gente con la que se cruzó lo reconoció o no, no le importó, sacó su puñal atento a cualquier posible ataque, y aceleró el paso, aunque, al aproximarse, volvió a sumergirse en las sombras. Confiaba en que, al igual que en el portón principal, la guardia se encontrase en las almenas, vigilando el exterior, por donde podría atacar el enemigo, quedando el acceso por su cara interior desprotegido.

Griän comprobó con alivio que así era y, cuando llegó al pie del portón, sin dilación alguna, cortó la cuerda que retenía el puente levadizo y comenzó a accionar el mecanismo que pusiera en marcha los engranajes que levantarían el rastrillo, dando vía libre a Nicholas y sus hombres. Debía ser rápido, pues corrían el riesgo de que los dos vigilantes que cuidaban aquel portón diesen la voz de alarma, pero, de pronto, vio caer sus cuerpos a sus pies, traspasados por sendas flechas; Nicholas lo había sido aún más.

A pesar del sobresalto, Griän no se detuvo. En cuanto el rastrillo se

alzó lo suficiente como para dejar pasar a un hombre, Griän escuchó un silbido sesgando el aire; comenzaba la invasión.



Nicholas sentía que estaba inmerso en una pesadilla, atrapado, obligado a vivirla una y otra vez. Tal y como sucedió cuando secuestraron a Gabrielle, esperaba frente a sus hombres a que la entrada a aquella fortaleza se abriese para adentrarse en el mismísimo Inframundo, sin saber si saldrían de él. El hecho de estar en inferioridad numérica seguía atormentándolo, aunque esperaba que los Häe no fuesen muy diestros en las armas y contar así con alguna ventaja en tan desigual contienda.

Escuchó a Jordan dar la señal que les indicara a Griän, Patrick y Steve que estaban dispuestos, a la espera de que ellos llevaran a cabo su parte del plan, y sabía que los minutos transcurrirían lentísimos a partir de aquel momento. Pero únicamente cabía esperar, rezar para que Griän estuviese detrás de ese portón cuando cayese sobre el foso, porque si eran Patrick o Steve, significaría que había muerto, y empezaba a tener a ese hombre en estima. Mantuvo la vista fija en aquel portón, concretamente en aquellos dos guardias que los vigilaban sin ser conscientes de ello. Permaneció atento, con su arco en la mano y las flechas listas en el carcaj, para deshacerse de ellos en el momento oportuno.

De pronto, tras él, comenzó a escuchar ciertos cuchicheos. Jordan lanzó una mirada por encima del hombro... ¿acaso se habían vuelto locos? Parte de su éxito dependía de lo sigilosos que pudieran llegar a ser y, de seguir así, más valía llamar ellos mismo a la puerta para anunciarse. Pero entonces, los hombres situados justo detrás de ellos comenzaron a separarse, dejando paso a algunos hombres a caballo que Nicholas no conocía.

—Que me aspen —murmuró entonces Jordan, y Nicholas lo miró exhortativo, comprendiendo por su sonrisa confiada que su cuñado sabía quiénes eran.

—Hrolf, Teekon —susurró a su lado Zayev, tratando de contener la voz, que no la emoción, pues lo desbordaba.

Tanto él como Cailen se acercaron a los recién llegados que ya desmontaban de sus caballos y los saludaron con un efusivo abrazo.

—Dejadme que os presente al Príncipe Hrolf de Mhoën y a Teekon, Príncipe de Sihan. —Fue Cailen quien hizo las presentaciones—. Además, Hrolf es el prometido de mi prima Accalia.

—Y Teekon, el de mi hermana Otsanda. —Zayev palmeó la espalda de su futuro cuñado.

Nicholas inclinó su rostro hacia los recién llegados, cuyos reinos ciertamente debían compartir ancestros y legado con Dagmar y Tarsus, pues no era difícil apreciar en ellos los mismos rasgos marcados de Zayev y Cailen, la piel trigueña, los ojos oscuros, y el cabello negro y largo, incluso peinaban los mechones cercanos a su rostro con aquellas trenzas, despejando así sus facciones.

—¿Qué hacéis aquí? —hizo Cailen la pregunta que toda la guarnición se estaba haciendo en esos instantes.

—Tu padre nos envió un emisario en cuanto partisteis —le explicó Teekon.

—Y llegar hasta aquí por el Paso de Teschen es relativamente rápido —apuntó Hrolf con cierta suficiencia, y ese dato fue el que Nicholas necesitó para recordar a aquel príncipe. Fue su reino quien había reclamado ayuda hacía años, dado que Balkar pretendía adueñarse de aquel paso situado entre los dos reinos y, por tanto, amenazar sus fronteras—. Ponemos nuestros ejércitos a vuestra disposición, Majestad.

—Os agradezco que hayáis acudido en nuestro auxilio —le dijo con total humildad.

—Dagmar y Tarsus son reinos hermanos —le aclaró Hrolf—, pero, además, vos nos brindasteis vuestro apoyo cuando también lo necesitamos —añadió.

—Temo que no fue el que hubiera deseado prestaros —respondió con pesar, dado que no pudo asistir en persona al coincidir con la muerte de su padre.

—Vuestra ayuda fue más que suficiente —replicó Hrolf—. Y, al igual que en aquella ocasión —se dirigió ahora a Jordan—, estamos a tus órdenes.

Jordan asintió profundamente honrado y agradecido.

—La mitad de vuestros hombres debería dirigirse hacia el otro portón, donde servirán de apoyo al resto de nuestro ejército —le indicó y tanto Hrolf como Teekon asintieron conformes, tras lo que montaron sus caballos.

—Yo os guiaré —intervino Cailen, montando tras Hrolf.

—Sed cautos —les pidió Zayev—, pero no dejéis que nadie abandone esa fortaleza con vida —sentenció, apretando las mandíbulas. Hrolf afirmó con un gesto de su cabeza y ambos guerreros se tomaron de las muñecas a modo de despedida.

Nicholas mantuvo su rostro girado en la dirección en la que aquel numeroso grupo de hombres se alejaba. Cuando el sonido de los cascos de sus caballos desapareció en la lejanía, Nicholas volvió a enderezarse, aunque resopló cabizbajo, embriagado por un alivio difícil de asimilar.

—Esto ha sido un golpe de suerte. —Escuchó a Trystan susurrar tras él.

—Más que eso —añadió Erick a su lado—. Puede que su llegada sea decisiva y...

El atronador sonido del puente levadizo cayendo frente a ellos los condujo, repentinamente, a la nueva realidad que se abría ante sus ojos. Aunque Nicholas se preguntaba quién estaría accionando el mecanismo para levantar el rastrillo, no había tiempo que perder. Llevó su brazo hacia atrás y tomó una flecha del carcaj mientras por el rabillo del ojo comprobaba que Trystan tomaba posiciones y hacía lo mismo, tal y como habían planeado. Casi al unísono, dispararon sus arcos acertando en los dos guardias que habían estado vigilando de modo infructuoso la negrura del Anillo de Desolación, cayendo ya sin vida desde lo alto de la almena. Fue entonces, cuando Griän se asomó a recibirlos, para alivio de todos, y Jordan lanzó un silbido al aire que le indicaría a Patrick y Steve que el lord había desempeñado con éxito su parte del plan y que tenían completo acceso a la Fortaleza Roja.

Los hombres comenzaron a avanzar a la carrera espadas en mano y se dirigieron hacia el interior. El rastrillo ya estaba prácticamente alzado y Griän lo aseguraba con una maroma para que no cayese

sobre ellos. Nicholas pudo apreciar la ansiedad de su mirada en el joven lord, pero vio que Francis se dirigía hacia él, sin duda para ponerle al corriente de lo sucedido con las mujeres, así que asintió en su dirección agradeciéndole su ayuda y continuó en dirección al castillo.

—¿Cómo...?

—Está bien. —Francis se apresuró a tranquilizarlo—. Va camino de Los Lagos con el resto de las mujeres.

El rictus tenso del joven se suavizó, incluso a Francis le pareció apreciar una leve sonrisa en sus labios, aunque el alivio que sentía era evidente.

—Le narré todo lo ocurrido —le dijo, sabiendo Griän claramente a qué se refería—. Estaba muy preocupada, pero también sé que está muy orgullosa de vos.

—No he hecho nada de lo que se pueda estar orgulloso —respondió él, cabizbajo—, al contrario, a lo largo de mi vida no he hecho más que cometer un error tras otro.

—Creo que lo que habéis hecho desde que abandonasteis este reino para acudir en nuestra ayuda, os conduce de modo acertado al camino de la expiación.

—Es muy tarde para eso —negó él—. Yo... te rogaría que le dijese a Anyan que deseo que encuentre la felicidad que se merece.

—Pareciera que os estáis despidiendo —lo tanteó.

—Es muy posible que no vuelva a ver otro amanecer. —Se encogió de hombros, como si no le importase, aunque Francis sabía que no era desidia, era la penitencia por el daño causado, como si su muerte fuera el único flagelo posible que purgase sus culpas. Y no lo era.

—¿Y qué debo decirle a mi hermana? —preguntó con fingida inocencia y provocando, con éxito, a Griän, quien levantó la cabeza para mirarlo con sorpresa—. La felicidad que ella merece sólo podéis proveérsela vos.

—Eso no es cierto. —Griän apretó la mandíbula, mortificado, incluso Francis habría jurado que eran lágrimas lo que iluminaban su mirada—. Jamás debí cruzarme en su camino.

—Creí que mis palabras de la otra noche os habían alentado a

averiguar si eso era o no cierto —le recordó él.

—Es mi propio aliento el que me abandona al pensar en la posibilidad de enfrentarla —reconoció apesadumbrado.

—O es que vuestro amor es una farsa —sugirió con declarada intención, y que tuvo el efecto esperado pues Griän dio un paso hacia él con expresión amenazante, aunque, al cabo de unos segundos, respiró hondo y volvió a separarse de él.

—Merezco que lo creas, al igual que ella —admitió derrotado—. Y que un mal rayo me parta si no es verdad que habría deseado que las cosas entre nosotros hubieran sido distintas, y que ya nada puedo hacer por remediarlas. Pero si bien es cierto que yo soy culpable de lo ocurrido, hay otro culpable que me guió hasta mi caída y pienso arrastrarlo conmigo. Aquí es donde nos separamos —le dio así a entender que atendería primero sus prioridades.

—Confío que por poco tiempo —respondió él.

Griän respondió con una leve sonrisa a su insistencia.

—Buena suerte, Francis —le dijo a modo de despedida y se alejó de él, abriéndose paso entre la hueste que se dirigía al interior de la fortaleza para, supuso, tomar algún acceso secundario y entrar de forma más inadvertida al castillo.

Ya se unía al resto de hombres para seguir su misma dirección cuando dirigió la mirada hacia el lugar por el que había desaparecido Lord Griän. Y de pronto, percibió una sombra que seguía sus pasos, y una capa oscura ondear en el gélido viento de la noche. Francis se detuvo en seco mientras un escalofrío de muerte lo recorría de pies a cabeza. Sin dudarlo ni un segundo, fue tras ellos.

Capítulo 34



Trystan se giró para volver a mirar a su hijo mientras se alejaba de él, y una punzada de incertidumbre le atravesó el corazón. Erick le sonreía, tratando de infundirle esa confianza que él no alcanzaba a tocar ni con la punta de los dedos, pero se alegró de llevarse esa última imagen de su hijo antes de separarse y enfrentar la lucha.

También Zayev se quedó atrás y al igual que Cailen, quien defendería el portón principal, él se encargaría con un grupo de hombres de que nadie escapase por aquella otra salida y que, concretamente, era la más cercana a las Tierras Altas y, por tanto, la que la mayoría escogería para poder ocultarse en aquellas escarpadas cumbres. Erick, por su parte, permanecería con sus hombres en el Patio de Armas, controlando a todos los guardias que pudieran acudir desde el Cuartel de Guardias o las inmediaciones y cortarles así el paso.

De hecho, ya comenzaban a darse los primeros enfrentamientos y el ruido del choque de las espadas comenzaba a llenar la zona exterior de aquel castillo, junto con los gritos y las voces de alarma. Los guardias y sirvientes ocupados en la labor de tener dispuesto aquel espeluznante escenario dominado por ese siniestro altar, trataban de defenderse o de escapar, mientras todos los vigilantes apostados en las almenas descendían las estrechas escaleras de piedra para tratar de acceder al interior y alertar a los habitantes del castillo que se hallaban completamente ajenos a lo que estaba sucediendo, y disfrutando de la que debían suponer era la mejor de las veladas.

Así pues, las barricas de vino y cerveza iban y venían, y frente a la mesa principal, una muchacha danzaba en honor a los anfitriones, al compás de la melodía que interpretaban algunos sirvientes con sus instrumentos. Sentado a esa mesa, Hrodgar bostezó, tomando otro sorbo de vino para ahogar el aburrimiento y deseó que el tiempo viajase más rápido para terminar con todo aquello de una buena vez. Por el contrario, los Reyes Hæe mostraban claros signos de estar disfrutando de aquella danza, aunque sus miradas viciosas le dejaban apreciar que desearían disfrutar de algo más aparte de las dotes para la danza de aquella mujer y que, insólitamente, poco tenía que ver con el deseo carnal.

Ese pensamiento le hizo mirar de reojo a Moira, y ésta le sonrió. Se la veía tranquila, relajada, así que se dijo que debería hacer lo mismo; si estuviera sucediendo algo extraño, ella sería la primera en saberlo. Sin embargo, eso no fue suficiente para calmar esa naciente inquietud que empezaba a hormiguearle en las manos. Sería lógico pensar que era la impaciencia por llevar a cabo, finalmente, su plan lo que le agitaba, y hubiera deseado que así fuera. En cambio, era perfectamente consciente de que la causa de su intranquilidad estaba a su lado, disfrutando de la velada.

Moira.

Maldita fuera. Estaba recostada contra el sitial, disfrutando de una copa de vino y con una sonrisa petulante en los labios, como si supiera que controlaba toda la situación... incluido a él. Nunca le importó demasiado, en realidad apenas le prestaba atención a ese hecho, pero últimamente le encolerizaba el poder que tenía sobre él. Nunca tuvo necesidad de buscar a otras mujeres, pues Moira era capaz de brindarle todo el placer que pudiera imaginar alcanzar, pero ¿por qué no podía ni siquiera pensar en la posibilidad de hacerlo? Aunque lo alarmante era la furia que lo invadía al imaginarla con alguien más que no fuera él, y sentía deseos de descuartizar a ese rival imaginario... ¿Rival? ¿Acaso le podían arrebatarse lo que no era suyo? Porque entre Moira y él había un vínculo, sí, pero no iba más allá de la lujuria, y no podía ser de otra manera.

¿Verdad?

Volvió a mirarla y su belleza salvaje lo hizo estremecerse. Conocía perfectamente las curvas de su cuerpo, la suavidad de su piel, y le bastaba cerrar los ojos para rememorar su perfume y su sabor. Se preguntó cuántas mujeres a lo largo de su vida lograron metérsele tan profundo, y la respuesta era muy sencilla: sólo ella.

Muchas veces se dijo que lo que la hacía diferente de las demás era un sentimiento de gratitud, a fin de cuentas ella lo salvó de una muerte segura, pero entonces otra pregunta asomaba a su mente: ¿por qué lo hizo? Dada la gravedad de sus heridas, Hrodgar era consciente de que estuvo desahuciado, que sólo un pacto con la mismísima Deati le habría devuelto la vida, y un escalofrío lo recorría al pensar que ella podría haberlo hecho... por él.

¿Por qué le satisfacía esa idea? ¿Por qué esa extraña sensación de posesión lo dominaba cuando la tenía cerca? ¿Qué maldito conjuro había lanzado sobre él para confundirlo de ese modo?

Resopló mientras dejaba caer la copa sobre la mesa presa de una rabia que no sabía de dónde surgía, pero se tensó al ver que Moira se inclinaba sobre él.

—¿Te aburre el espectáculo? —le dijo al oído y Hrodgar no pudo evitar temblar ante su proximidad. Se obligó, sin embargo, a permanecer impassible y responderle con el tono más monótono posible.

—Si tienes alguna propuesta para hacer un poco más interesante esta espera, soy todo oídos.

Percibió entonces el aliento de Moira aún más cerca de la piel de su cuello, tras lo que sintió sus dientes mordisqueándole ese punto tan malditamente sensible de debajo de la oreja y que calmó, después, con su lengua.

—¿Te parece esto más interesante? —susurró ella con esa voz sensual con la que conseguía hacerlo vibrar de pies a cabeza.

—Definitivamente —gimió, dominado sin remedio por ese repentino deseo que sólo Moira era capaz de despertar en él.

Se levantó y la tomó por el brazo, y prácticamente la arrastró con él. Los reyes ni se inmutaron ante tan súbita y extraña reacción, tan embelesados como estaban imaginándose, supuso Hrodgar, la forma

en que podría fluir la sangre de la muchacha directamente hacia sus bocas. Era repugnante hasta para él, pero se negó a que ese pensamiento ocupase su mente un segundo más y desvió sus ojos hacia Moira quien se mordía el labio con gesto travieso. La condujo hasta una de las puertas al fondo de la estancia y que daba a un solitario corredor y la cerró de golpe tras ellos, aplastando el cuerpo de Moira entre el suyo y la madera, provocando su risa.

—¿Y todo esto a causa del aburrimiento? —se mofó de él.

—Sabes perfectamente que no —masculló, molesto con su aparente diversión—. Deja de reírte de una maldita vez —le ordenó, atormentado, colocando uno de sus brazos atravesado sobre ella, a la altura de sus hombros. Bastaría alzarlo un poco para aprisionar su esbelto cuello y aplastarlo.

Moira dejó de reír, tornándose su expresión seria al instante, aunque no estaba asustada, pues no era precisamente miedo lo que Hrodgar inspiraba en ella. Aguardó en silencio, expectante, casi anhelando algo que... que no sabía qué demonios era. Y, sin embargo, ahí estaba esa indeseada emoción que le hacía temblar cuando los ojos de Hrodgar se clavaban en los de ella con ese extraño brillo. Pareciera que... Mas no era posible, no en ellos.

El rictus de Hrodgar se crispó. Fue a decir algo pero tragó saliva y, para sorpresa de Moira, apartó su brazo y apoyó su frente sobre la de ella mientras un suspiro mortificado escapaba de su boca.

—Dime que esto es un condenado hechizo tuyo. —Alzó la mirada hacia la de ella, suplicante.

¿Por qué le dolió tanto aquella acusación? ¿Por qué le dolía pensar que él sólo reconocería la posibilidad de estar con ella a causa del embrujo de algún hechizo y no por voluntad propia?

—¿Querías que lo fuera? —espetó molesta... ¿desilusionada?

—Sólo si pudiera darle así una explicación a... esto —respondió contrariado.

—En ese caso, tal vez el hechicero seas tú y me has mantenido engañada todo este tiempo —apuntó ella con dureza en sus palabras que sonaban a reproche. ¿Un reproche? ¿Acaso podía reprocharle algo?

—Moira...

Apartó la mirada de él. Maldición, ¿estaba a punto de llorar? Un repentino sentimiento de vergüenza la invadió debido a esa debilidad que acababa de asaltarla, allí, frente a Hrodgar, y trató de escapar. Pero Hrodgar la rodeó entre sus brazos y, aunque comenzó a forcejear, él se lo impidió.

—Déjame ir —le exigió Moira con rabia, por él, por querer burlarse, divertirse a su costa, y por ella, por ese incomprensible dolor en su pecho que no conseguía controlar—. ¡Suéltame! —le gritó, notando el escozor de su garganta y sus ojos por unas lágrimas que jamás debería osar derramar.

—No puedo dejarte ir —le respondió él en cambio y dándole a Moira el acicate necesario para atreverse a volver a mirarlo. Pudo distinguir entonces, con asombro, que compartían el mismo tormento—. No puedo pedirte que comprendas lo que escapa a mi propio entendimiento, pero no puedo dejarte ir, no puedo permitirte que te alejes de mí. Te quiero, conmigo. Siempre.

Moira cerró los ojos mientras sentía una lágrima resbalar por su mejilla y cómo esas palabras le entibiaban un corazón que no sabía que poseía, pero que ahora retumbaba enloquecido contra su pecho.

—Moira... Moira, di algo, maldita sea. —Apretó las mandíbulas con furia.

—Te amo, Hrodgar —susurró, aún con los ojos cerrados.

Los labios de Hrodgar se estrellaron contra los suyos en un beso desesperado y exigente y de un sabor completamente diferente a los que habían compartido hasta entonces. Ese beso no formaba parte de sus juegos carnales, no buscaba tentar, provocar el deseo o despertar la pasión entre ambos y unirse en busca de placer. En ese beso había necesidad, ruegos, miedos y un sentimiento al que jamás le quisieron dar crédito o voz, hasta ese instante.

—No sé qué diablos me has hecho para que te necesite así —murmuró él sin dejar de besarla—. Y sí, te amo de tal forma que hace que me desconozca, que no sepa quién soy.

—Yo sé quién eres —le dijo ella separándose de él y mirándole a los ojos—. ¿Te basta con eso?

—Me basta.

Moira le lanzó los brazos alrededor del cuello y lo atrajo hacia ella para que la besara, y Hrodgar la complació, rodeando su cintura entre los suyos, apretándola contra él. Por primera vez en su vida, imágenes de lo quisiera que fuese su futuro llenaban su mente y en todas estaba Moira junto a él. Era una sensación tan extraña, abrumadora y que, sorprendentemente, apenas dejaba espacio para nada más, ni siquiera para...

—Moira... —Se separó de ella y aferró su rostro con una de sus manos para que lo mirase fijamente—. Vámonos de aquí. Ahora.

—Pero...

—Por la cripta —continuó, aumentando su entusiasmo conforme iba hablando—, tal y como habíamos planeado. Tenemos el oro de los Hæe y lo demás... no necesitamos nada de esto —añadió, y la mirada de Moira se iluminó, como si hubiera estado esperando toda su vida esas palabras.

Ambos sonrieron con complicidad y Hrodgar la tomó de la mano, tirando de ella para recorrer juntos aquel corredor que los podía guiar hacia una nueva vida. Pero aquel nuevo comienzo se quebró abruptamente. Al fondo del pasillo vieron a Griän dirigiéndose a la escala que daba al torreón donde se alojaba la Corte Hæe.

—¿Qué demonios hace él aquí? —farfulló Hrodgar, pero el grito que escucharon a sus espaldas, tras la puerta que daba al Salón, les dio todas las respuestas.

Hrodgar vio terror en el rostro de Moira, y rabia, pues jamás hubiera podido prever lo que estaba ocurriendo. Ese maldito conocía todos sus secretos y los había traicionado, poniendo a Nicholas sobre aviso.

—Los Hæe debieron matarlo, no dejarlo marchar —le dijo él, queriendo que entendiera que no la culpaba—. Debemos irnos ya.

Moira asintió, pero antes de seguirlo, quiso cerciorarse por sí misma de lo que estaba sucediendo. Fue únicamente un segundo lo que se pudo asomar a través de la rendija que abrió de la puerta antes de que Hrodgar tirara de ella, aunque más que suficiente para darse cuenta de que el infierno rugía en aquella estancia, por lo que su

huída era ya pura supervivencia.

Porque una horda venida desde el mismísimo Inframundo no era comparable a la impetuosidad y fuerza con la que entraron, espada en mano, a aquella sala Nicholas, Trystan, Jordan y los hombres que les acompañaban. Sin embargo, en esta ocasión, a diferencia de la vez anterior, los secuaces de Hrodgar no tardaron en poner resistencia y tenían a mano sus armas y escudos. Sin embargo, lo que sucedía reafirmaba aún más la idea de Hrodgar y debían huir de allí, pues no hacerlo les costaría la vida.

—No están aquí. ¡Esos dos malditos no están!

Nicholas escuchó blasfemar a Jordan que estaba cerca de él, mientras alzaba su espada y se enfrentaba a su primer atacante, vencéndolo, pero con rapidez otro hombre se lanzó hacia él, y Nicholas alzó su arma para repeler su ataque. Dejándola caer con fuerza consiguió que su contrincante perdiera momentáneamente el equilibrio, y él aprovechó para atravesarlo con su filo. Entonces alzó la mirada hacia el fondo de la sala y la imagen más insólita se conjuró ante sus ojos. Los Reyes Hæe pretendían huir por las puertas del fondo de la sala, pero no había hombres escoltándolos, protegiendo su retirada, sino un grupo de mujeres. Eran tanto sirvientas como nobles, de la Corte, y se esforzaban por hacer una cadena humana entre ellos y los reyes, impidiéndoles avanzar y llegar hasta sus soberanos. La estupefacción que crearon fue tal que los hombres de Hrodgar se replegaron y mejoraron sus posiciones, amenazando la de Nicholas y los demás.

—Condenadas mujeres —masculló Jordan deshaciéndose de otro adversario.

—Se van a escapar —gritó Trystan quien, no sin esfuerzo, vencía a uno de aquellos bribones.

—Por encima de mi cadáver —sentenció Jordan—. Vamos. —Les indicó la puerta por la que habían entrado.

Tanto Nicholas como Trystan comprendieron que debían interceptarlos por otra vía, pues iba a ser muy difícil atravesar aquella muchedumbre que se interponía entre ellos. Siguieron a Jordan y salieron al exterior que comenzaba a convertirse en una batalla

campal. El fragor de las espadas al chocar era ensordecedor, carne desgarrada, miembros amputados y sangre por doquier.

Los tres corrieron hacia la parte posterior de la fortaleza mientras los distintos combates se iban sucediendo a su alrededor.

—Querrán escapar —les dijo Jordan, corriendo por delante de ellos.

—Las caballerizas...

—En aquella dirección. —Jordan le señaló a Nicholas—. Pero puede que accedan desde la puerta posterior o desde el patio de servicio de la cocina.

—¿Y tú adónde vas? —preguntó Trystan, viendo que se dirigía justo en sentido contrario a lo que acababa de indicarles.

—Yo voy a las mazmorras —les aclaró.

Nicholas y Trystan asintieron, sabían que tenía sus propios objetivos y que, esta vez, iba a resarcirse y no cometer el mismo error.

—Manteneos a salvo —les pidió antes de separarse de ellos, quienes con la mirada le desearon lo mismo.

Trystan y Nicholas también se desearon suerte mutuamente antes de separarse; debían seguir cada uno un camino si querían considerar aquellas dos posibilidades, confiando en evitar la huída de aquellos infames. Si alguno de los Reyes Hæe sobrevivía, también seguiría viva la amenaza sobre ellos, y no podían permitirlo.

Nicholas se había jurado a sí mismo que le procuraría a Gabrielle la felicidad que siempre deseó darle, desde el primer momento que la vio aquel anochecer de hacía casi un año cuando llegó al castillo, a su vida. Y, sin embargo...

Gabrielle no merecía aquella zozobra constante en la que prácticamente había vivido desde que lo conoció, y no se sentiría digno de volver a su lado si no podía ofrecerle cierta tranquilidad, sosiego.

La muerte de los Hæe era una condición indispensable para ello y, dispuesto a aniquilar aquella plaga, se encaminó hacia la cocina, yendo a su encuentro.

Capítulo 35



Francis dio gracias por conocer tan bien aquella fortaleza. Ciertamente había perdido a Griän y a aquella sombra que le perseguía, pero no le fue difícil suponer que se dirigía al torreón, donde se hallaban las habitaciones de los Häe. Las últimas palabras que le dijera antes de separarse le hacían pensar que alguien fue el causante de algún tipo de malentendido entre él y Selene, algo lo suficientemente grave como para malograr la posibilidad de estar juntos hasta el punto de querer renunciar al amor que sabía se profesaban el uno al otro, y Francis llegó a la conclusión de que ese alguien debía ser una persona muy cercana a Griän, pues no era difícil apreciar cuánto le afectaba esa traición.

Comenzaba a subir por una de aquellas escaleras de caracol, embebidas en el muro de piedra, cuando escuchó revuelo a sus espaldas; la batalla debía haber comenzado. Durante unos instantes se sintió culpable por no estar inmerso en la lucha, como si hubiera abandonado a sus compañeros, pero temía que esa sombra pérfida acabara con la vida de Griän y, siendo como era consciente de ello, no se perdonaría jamás el haberlo dejado a su suerte sin que hubiera sido advertido siquiera de otra nueva traición.

Sin embargo, otro sonido mucho más cercano le hizo detenerse, justo en la planta que estaba a punto de superar a través de aquella escalera. Descendió un par de escalones y se asomó con cautela al corredor y pudo averiguar de dónde surgía aquel ruido: de los aposentos de uno de los Reyes Häe.

No podía decir con seguridad a cuál de ellos pertenecía, pues era

cierto que no tuvo oportunidad de deambular por aquel corredor, pero fuera quien fuera de los tres, no iba a salir vivo de allí.

La espina de la culpabilidad se clavó más profundamente en su corazón, y rogó por que Griän fuera lo bastante hábil como para mantenerse con vida, pero su misión principal era acabar con los Häe, principalmente con sus soberanos, y ésa era una ocasión que no podía desperdiciar.

Siguió en la dirección de la que provenía aquel ruido de muebles al deslizarse por el suelo y llegó a una de las habitaciones cuya puerta estaba abierta. Francis apenas podía creer en su suerte cuando vio a Korw de rodillas ante un baúl abierto, rebosante de monedas de oro.

—Así que entre vuestras vilezas también se halla la avaricia —anunció Francis así su presencia, cruzándose de brazos mientras ocupaba con su figura erguida e intimidatoria todo el umbral de la puerta—. Allí donde vais no podréis llevaros nada con vos —añadió con sorna.

A pesar de lo denigrante de la postura en la que se hallaba, una sonrisa se dibujó en los labios de Korw al tener frente a él la oportunidad de resarcirse, destripando a aquel mequetrefe.

Que Anyan hubiera preferido a ese bastardo antes que a él... lo llenaba de una rabia incontenible y casi incomprensible, pues no creía sentir ningún tipo de afecto por esa mujer que sólo debería haber servido para parir al nuevo soberano. Sin embargo, se había recreado muchas veces en el pensamiento de poseerla, en cómo la sometería, cómo la subyugaría a sus exigencias, y que ella habría satisfecho llevada por los deseos de cumplir con su cometido, consintiéndolo todo con el único fin de engendrar a su hijo.

Pero aquel fante puso sus manos sobre ella, la hizo indigna de un rey como lo era él, y no podía permitir ese ultraje. A ella la había repudiado porque no le quedaba más remedio, porque tuvo que mantener las apariencias cuando sólo deseaba atarla a un poste y arrancarle la piel a tiras, dejándola expuesta a los rayos del sol del mediodía para que quemase su carne desollada. Pero ya no tenía por qué disimular, no había apariencias que guardar y él disfrutaría matando a aquel medio hombre que lo había ridiculizado frente a

toda la Corte Häe.

Con total calma, alargó el brazo hacia una espada con funda de oro y joyas que había en el suelo. Sabía que Francis quería matarlo, pero su absurdo sentido del honor le impediría matar a un hombre arrodillado y desarmado. Se puso en pie lentamente y se apoyó en la espada aún enfundada.

—Griän nos ha traicionado, ¿verdad? —quiso saber.

—No se puede traicionar en lo que no se cree —le respondió Francis, dando un paso hacia el interior de la recámara.

—Sandeces —escupió mirándolo con desprecio—. Griän nos ha sido leal toda su vida, hasta que llegó aquí y se mezcló con blasfemos como vosotros, envenenándolo con vuestras peroratas acerca de estúpidos dioses misericordiosos.

—Vos sois el de las peroratas, el de las sandeces, las que yo no he venido a escuchar —exclamó, rodeando con su mano la empuñadura de su espada, dispuesto a desenfundar—. Vuestra palabrería puede que doblegue a vuestros súbditos, pero no os salvará del filo de mi acero.

Korw soltó una carcajada, aunque desenfundó finalmente la espada que aún portaba en la mano.

—A estas alturas, imagino que Anyan estará muy lejos de aquí —dijo poniéndose en guardia—, pero te equivocas si piensas que voy permitir que disfrutes de la mujer que yo quise que estuviera destinada a mí.

—Vos no sois quién para decidir el destino de nadie, maldito bastardo —espetó Francis hastiado de tanta cháchara y, sosteniendo su mandoble con ambas manos, la alzó para lanzarse al ataque.

El violento encuentro de las espadas sirvió para que ambos contrincantes midiesen la fuerza de su contrario, y Francis supo que no debía dejarse engañar por aquella apariencia refinada de Korw y que casi rozaba lo ridículo. Su complexión no era tan fornida como la suya, pero había soportado su embate con facilidad y, sabiendo de su naturaleza ladina, no era de extrañar que se guardase un par de trucos sucios bajo la manga.

Lo empujó con su espada para separarlo de él y retomó la posición,

colocando su arma frente a él, a la espera de que Korw atacara. Lo miraba con desprecio, más que con odio, con asco, y Francis sabía que consideraba una ultrajante humillación tener que batirse con un plebeyo como él. Así que fue él quien atacó primero. Estaba decidido a manejar la intensidad del enfrentamiento, controlar el ritmo de los embates, marcaría las reglas del juego y Korw perdería. De hecho, pronto aquel hecho se reflejó en las facciones del soberano, ya que se crispaban con cada segundo que pasaba. Francis estaba dominando el combate, lo estaba dominando a él, y nadie había osado jamás hacerlo... hasta ese momento.

—¿Sabéis? He llegado a la conclusión de que lo que os humilló realmente fue que vuestra corona no resultase ser suficiente como para retener a Anyan —lo tanteó sin dejar que Korw avanzase ni un solo palmo de terreno. Tal vez la noble y vetusta cuna de la que tanto se jactaba sería su perdición.

—Cállate —masculló Korw, apretando las mandíbulas, y su rictus se transformó de tal modo que Francis no pudo reprimir una carcajada.

—Ciertamente creéis que el mundo debe estar a vuestros pies porque así lo dicta vuestra condición de soberano —se mofó, como si tuviera enfrente a la más ingenua de las criaturas, y escuchó a Korw gruñir.

—Te he dicho que te calles, malnacido —le gritó, enrojecido por una inmensa rabia que transformaba su mirada en la de un demente—. Sólo por osar hablarme así ya mereces la peor de las muertes.

—¿Y por qué no me matáis entonces? —lo provocó, asestando un fuerte golpe que Korw apenas pudo esquivar—. Qué raro que vuestra corona no posea el poder de fulminarme con un solo guiño vuestro.

—Morirás —sentenció Korw con los ojos inyectados en sangre a causa de la furia—. Os pudriréis en el infierno mientras yo doy caza a vuestra zorra, quien deseará estar muerta cuando caiga en mis manos.

—Jamás estará a vuestro alcance —exclamó Francis, furioso, reflejando esa furia en un duro embate.

Pero la maliciosa sonrisa de Korw le hizo arrepentirse al instante

de haberle dado una oportunidad de hostigarlo con sus provocaciones. Francis debía hacer oídos sordos a sus necias palabras, palabras que no podía permitir que le ofendieran como le ofendían a él, tan fácilmente, los insultos en sus aristocráticos oídos.

—Tal vez sea ella la que vuelva a mí cuando se dé cuenta de que necesita a un hombre de verdad —prosiguió Korw en su empeño de perturbarlo.

Sin embargo, Francis rompió a reír, mezclándose sus exageradas carcajadas con el tronar de los filos al chocar, y contrariando profundamente a Korw.

—¿Vos, un hombre de verdad? No sois más que un alfeñique con brillante corona —añadió, apretando los dientes y asestando una serie de embates rápidos y precisos que hicieron retroceder al soberano hasta el punto de dar con su espalda contra la pared.

Korw trató de protegerse atravesando la espada sobre su pecho, reteniendo la de Francis quien presionaba con fuerza, amedrentándolo también con la cercanía de su cuerpo, sintiendo el poder del final de la contienda, saboreando su triunfo.

Craso error.

Korw liberó una de sus manos de la empuñadura de su mandoble y lo llevó hasta el interior de su capa, rebuscando entre sus ropas y alcanzando su daga. Fue el leve rumor del tejido lo que alertó a Francis, quien dio un salto hacia atrás, tratando de esquivar el letal puñal que se paseó a lo largo de su cintura.

Afortunadamente, no fue más que un rasguño, pero Francis se encogió, abrazándose el abdomen, como si le hubiera infligido una herida mortal, tornándose, su hasta ahora rostro altivo, en una mueca de incontenible dolor.

Korw sonrió. Por fin tenía a ese maldito donde quería. Dio un paso hacia adelante, replegando su espada y buscando espacio de maniobra para echar así el codo hacia atrás y estirar luego el brazo con todas sus fuerzas para clavárselo a Francis en el abdomen. Pero el capitán esperaba esa respuesta, igual que sabía que la satisfacción de tenerlo por fin a su merced lo volvería confiado y descuidado. Francis desvió la trayectoria de la espada con su antebrazo, el mismo que ocultaba

momentos atrás una herida que apenas sangraba y, su otro brazo, su otra mano, la que aún sostenía su mandoble fuertemente, imitó los movimientos de su atacante quien aún estaba sorprendido por la pérdida de su arma, y por recibir en su cuerpo la de Francis, que se hundió en su vientre hasta la empuñadura.

La daga traicionera golpeó con un ruido seco en el suelo, siguiéndole el cuerpo sin vida de Korw...

Y el dolor que sintió Günes en sus entrañas casi lo hizo desvanecerse, aunque sólo era mínimamente peor al estallido que vibró en sus sienas.

Apoyó un costado contra el muro y echó la mirada hacia arriba, hacia esa sábana colgada de la ventana que ondeaba por el viento de la noche, y por la que ya no descendería Korw.

Había muerto.

Su mente ya no podía conectar con la suya, ya no podía seguir susurrándole en sus pensamientos que dejase de una maldita vez de arrojar por la ventana sacas de monedas de oro y se reuniera con él para ir en busca de su padre, quien también habría advertido dolorosamente la muerte de su hijo.

Y muerto Korw, moría el vínculo entre los tres reyes.

Günes necesitaba llegar donde estaba Quyosh. La última vez que leyó su mente iba camino de las caballerizas, así que decidió probar suerte y dirigir sus pasos hacia allí, rogando por encontrar pronto a su hijo y poder marcharse de allí cuanto antes.

Sacó una daga de su cincho y rajó una de aquellas sacas por las que había muerto su nieto, decidiendo que no cometería su mismo error. No quería que el peso ralentizase su huída, así que tomó tan sólo un puñado de aquellas monedas de oro, las suficientes como para poder proveerse de comida, agua y cobijo durante el largo camino a Häe, y que los llevaría de vuelta a la seguridad de sus murallas y sus supersticiones.

Habían fallado en esta ocasión, pero aún no estaban vencidos. Rogó con todas sus fuerzas al Astro Sol, que volvería a brillar con la alborada de un nuevo día, por que también les permitiera resurgir de la oscuridad en la que estaban sumidos, para que aquella noche tan

aciaga y oscura no fuera eterna y que así un nuevo amanecer condujese de nuevo a la gloria al Reino de Häe.

Aún quedaban varios días para el Solsticio de Verano, aún estaban a tiempo de que Quyosh tomase a una doncella pura que engendrarse al nuevo Rey del Amanecer, pero hasta entonces, hasta que ese niño pudiera tomar asiento en su trono, pasarían algunos años en los que Quyosh y él deberían ser extremadamente cuidadosos y severos para mantener el orden y que todos sus súbditos siguiesen bajo su yugo, sin que nadie cuestionase su poder.

El Astro Sol necesitaría más sangre de vida, ellos la necesitarían para asegurar su longevidad, para nutrirse de la energía de aquel néctar borgoña y del que tanto dependían, que tanto ansiaban. Maldita sea. Debería estar a punto de gozar del cálido fluido de esas mujeres que habían atrapado para ellos y que alargaría su vida, no tratando de huir para salvarla.

Estaban tan sedientos, y desde hacia tanto tiempo...

El trasiego de un reino a otro hasta poder asentarse en Adamón los había dejado exhaustos. Korw, gracias a su juventud, contó con mayor energía para enfrentar aquella odisea, pero Günes notaba el peso de su edad sobre sus huesos, y necesitaba sangre fresca y vigorizadora corriendo por sus venas.

Decidió encaminarse hacia la zona de servicio, daga en mano. Con seguridad se toparía con alguna criada que le haría un buen servicio. No importaba si no era pura, su sangre no sería tan sabrosa, pero no era momento de exigencias.

Y de pronto, se detuvo, controlando sus impulsos. No. Debía encontrar a Quyosh, no podían perder más tiempo. Su nieto había muerto por su avaricia, por su afán por el oro; él no iba a cometer el mismo error y que su avidez de sangre también lo llevara a la muerte.

Se giró sobre sus talones con la intención de retomar sus pasos en dirección contraria y dirigirse hacia las caballerizas, tratando de que las sombras de las que tanto rehuía su pueblo le dieran cobijo. Qué ironía. Las temía, sí, pero más temía morir. Llegó entonces hasta un pequeño sendero que lo alejaba de la zona de servidumbre, pero que lo conducía hacia la batalla. La tierra se hallaba sembrada de

cadáveres, y comprobó, desolado, que casi todos los cuerpos portaban las vestiduras Hãe.

Hasta el más necio sabría que estaban en inferioridad de condiciones; los Hãe no eran guerreros como esa gente del sur. Sólo la nobleza estaba instruida en el arte de la lucha y, además, las casi inexistentes batallas en las que participaron a lo largo de los siglos, los distaba mucho de ser expertos en el arte de la guerra.

El terror recorrió su sangre envejecida, sobrecogiéndolo ante aquella realidad, y miró aquella daga de oro que portaba en su mano y que tantas vidas había sesgado, pero que parecía tan ridícula e inútil ahora. Así que se acercó al cuerpo sin vida de uno de sus súbditos junto al que había abandonada una espada y, tras guardar la daga, la tomó, blandiéndola con ambas manos. Reconocía a aquel pobre desgraciado, era un miembro de la Corte Hãe, y rogó para que lo sirviera una vez más a través de su espada y le permitiera reunirse con su hijo Quyosh.

Alzó la vista y trató de orientarse en aquella oscuridad escalofriante que apenas le permitía reconocer dónde estaba. Vio que dos senderos se abrían frente a él y se aventuró a seguir el que tenía a su derecha, el que serpenteaba cercano al muro de la fortaleza y que, con un poco de fortuna, lo llevaría hacia las caballerizas. Aunque tarde se dio cuenta de que había errado al elegir esa cara de la moneda, pues aquel camino no le estaba llevando con su hijo, sino que lo condujo directamente al destino del que pretendía huir.

Günes se detuvo en seco. A pocos pasos, con gesto impávido y mirada aniquiladora, aguardaba por él, mandoble en mano, uno de aquellos soberanos venidos del sur. Recordaba su rostro de aquella visita al Reino de Los Lagos y sabía con seguridad que su esposa era la mujer de cabello castaño brillante y ojos color miel que hubiera ocupado el lugar de la Anciana Luna en el Altar de los Sacrificios... la que él más ansiaba saborear. La sangre de una mujer de semejante belleza debía ser de una exquisitez inigualable.

—Vos debéis ser el Rey Sanador —mencionó, ya no porque quisiera mantener algún tipo de conversación con aquel que deseaba matarlo, sino para conseguir algo de tiempo, en espera de que el Astro

Sol lo iluminase de algún modo y le hiciera salir con vida de aquel trance—. Lady Moira nos habló mucho acerca de vos.

—Moira no es más que una maldita bruja, y vos un bárbaro sanguinario que se escuda tras su corona para cometer las mayores atrocidades —respondió Trystan, quien apretó con fuerza la empuñadora de su arma—. Comprendo que hicierais buenas migas; ambos sois igual de charlatanes.

—Sólo intento entender cómo alguien que lucha por salvar la vida de su prójimo puede blandir tan decididamente su espada con la única intención de matar a sangre fría —replicó, rayando en lo ridículo su tono pueril.

—Vos no sois mi prójimo. —Trystan dio un paso adelante, apretando las mandíbulas—. Y la sangre me hierve sólo de pensar en lo que pretendíais hacerles a nuestras mujeres. Y, por lo que respecta a mis principios, no os inquietéis. La vida de un miserable ser rastrero como lo sois vos, no tiene valor alguno, así que me complacerá librar de semejante alimaña a la humanidad.

El primer ataque de Trystan fue recibido, no sin esfuerzo, por Günes quien, sin embargo, se sonrió aparentando una seguridad y una confianza que en realidad no sentía. Empujó con todas sus fuerzas contra el filo de Trystan, deshaciéndose así de la presión de su mandoble, aunque no pudo hacerlo del terror por su muy posible muerte.

—Erráis, Majestad —trató de continuar con su charada, aunque se desplazó intentando corregir la posición y concentrado en los posibles movimientos de su contrincante—. La humanidad nos necesita, el Sol se nutre a través de nosotros, y como Dador de vida es imprescindible para que el Mundo siga siendo Mundo.

Y dicho esto, comenzó a lanzar una serie de embates poderosos y precisos que sorprendieron a Trystan, pero que respondió, recobrando el control de la lucha rápidamente, siendo Günes quien tuvo que repelerlo de nuevo, alejándose unos cuantos pasos de él.

—Veo que el peso de vuestra corona os impide razonar como un hombre. —Trystan sonrió con sorna, sabiendo que la fuerza que Günes trataba de aparentar apenas existía—. O tal vez es vuestro

cuerpo contaminado de sangre humana lo que hace que penséis como una mísera bestia. —Sus facciones se tensaron ahora, mientras cerraba los puños alrededor de su mandoble, apuntando frente a él, directamente hacia Günes—. Hãe arderá hasta los cimientos sin que nadie repare en ello, porque no sois más que un puñado de fanáticos aferrados a antiguas creencias que nadie es capaz de recordar.

—La Profecía que anuncia el Fin de los Días es tan antigua como el propio Mundo —replicó con tanta rabia que su espada temblaba entre el agarre de sus manos.

—Y vos os aferráis a ella como a un clavo ardiendo para poder satisfacer así vuestros inhumanos deseos de sangre —exclamó Trystan, mirándolo asqueado.

—Callad, ignorante —le ordenó, acercándose lentamente a él.

—Ignorancia la de vuestro pueblo, la que aprovecháis para engañarlo con vuestros embustes —prosiguió Trystan, atento a los movimientos de Günes—. Lo conducís a un sacrificio que vestís de divinidad, pero que no es más que un vil asesinato. Porque eso es lo que sois, un despreciable asesino.

—¡Soy el Rey del Atardecer, maldito blasfemo! —bramó con el rictus crispado, y alzando la espada sobre su cabeza con la intención de dejarla caer como rayo mortífero sobre Trystan.

Pero Trystan se agachó clavando una rodilla en el suelo y estiró ambos brazos con ímpetu, sintiendo cómo atravesaba el abdomen de Günes al hundirse su acero profundamente en sus entrañas.

La espada de Günes cayó hacia atrás al haberla soltado para llevarse las manos al vientre traspasado de modo mortal. Bajó la vista un segundo como si necesitase ver para convencerse de que era real la herida que le había infligido ese hombre que ahora lo miraba sin remordimiento alguno.

—No sabéis lo que habéis hecho, insensato —murmuró Günes con la voz rasposa por la sangre que llegaba hasta su boca.

—Os aseguro que vale la pena el riesgo —sentenció mientras se ponía en pie.

Günes alzó a su vez la mirada, pero no para verlo marchar, sino para buscar en aquel cielo oscuro la luz de su Sol y que sus ojos ya no

alcanzarían a observar por última vez antes de apagarse definitivamente.

Quyosh se desplomó en el suelo. Se apoyó sobre sus rodillas y sus manos con la cabeza caída, sin apenas poder respirar, mientras un zumbido retumbaba en su cabeza, amenazándolo con hacerle perder el sentido. La muerte de su hijo también se había anunciado dolorosamente, con un pinchazo agudo en las sienes y con el silencio más absoluto en su mente, pero esta vez...

Se llevó la mano al pecho, como si el calor de su mano a través de las ropas pudiera alentar a sus pulmones a seguir tomando aire, a intentarlo al menos, pero la agonía de esta muerte le hacía sangrar por dentro.

Günes también había muerto... Únicamente él permanecía con vida, el último de una larga estirpe de reyes temidos e indestructibles de la que él era el único testimonio, o apenas un vestigio, pues ni siquiera era capaz de ponerse en pie. Pero debía hacerlo, debía volver a Häe.

La prospera y fértil Häe...

Cuán lejana e inalcanzable se le antojaba ahora, como si se hallase a un universo de distancia de ella, desamparado en la eterna oscuridad de esa noche baldía en la que ni la Maligna Luna se atrevía a mostrarse. Estaba solo, sumido en aquel dolor que poco a poco fue remitiendo, dando paso a un vacío yermo, a una soledad llena de muerte. Las cadenas que lo unían a su hijo y su padre se habían roto en un plazo muy corto de tiempo, y esa ruptura abrupta y repentina lo castigó duramente.

Dando tumbos consiguió llegar hasta un muro en el que apoyó la espalda, tragando aire agitadamente. Su espíritu se desvanecía y en su cuerpo escasamente latía vida. Hacía tiempo que estaba cansado... ahora estaba extenuado.

Permaneció allí unos instantes más, oculto en las sombras, alejado de la batalla y del peligro, esperando que el dolor se extinguiese y le devolviera sus fuerzas, aunque no lo hizo completamente como hubiera deseado. En unas horas amanecería, y no podía enfrentar al Astro Sol en semejante estado. Le había fallado, reconocía lleno de

vergüenza que no había sido capaz de romper la profecía, y con deshonor recibiría los primeros rayos luminosos que golpearan su rostro al alba. Pero se recompondría, volvería a Häe y consagraría el resto de su vida a buscar su perdón, restauraría el poder de los Antiguos Reyes Häe que a punto estaba de extinguirse. No en vano era el Rey del Mediodía, el más poderoso de los tres, el que representaba al Sol en su cénit, en su máximo esplendor.

Pero debía vivir. Por encima de todo, debía vivir.

Haciendo gala de sus pocas energías, retomó el rumbo hacia las caballerizas, agazapado en la penumbra. El frío de la noche le hizo estremecerse, sabiéndose a merced de los demonios nocturnos. Con seguridad percibían su debilidad, lo creerían presa fácil, pero él no se dejaría vencer por su influjo demencial, no le harían perder la razón, seduciéndolo para unirse a su Ejército del Mal, tal y como contaban los Antiguos Relatos Häe.

Se detuvo tratando de recuperar el aliento y se percató de que el zumbido en sus oídos había desaparecido, dando paso al sonido proveniente de la batalla. ¿Cómo iba a escapar de aquella horda de malditos? ¿Cómo iba a luchar, si apenas tenía fuerzas para aguantar el equilibrio y mucho menos para sostener una espada? Y lo peor era que sabía bien que aquella debilidad no se solventaba a base de vino caliente o carne de venado. Pero ¿cómo hacerlo?

La respuesta se conjuró frente a él conforme llegaba a las caballerizas. Una mujer de cabello oscuro y cuerpo voluptuoso a la que no reconocía como parte de su Corte o su servidumbre trataba de colocar la guarnición a uno de los caballos sin demasiado éxito. Estaba nerviosa, agitada, incluso parecía estar llorando, pero escuchó los pasos de Quyosh al acercarse y dio un respingo.

—Lo siento, Majestad, me habéis asustado —se excusó ella con una mano en el pecho a causa de la impresión—. ¿Estáis bien? —preguntó al ver que se detenía a unos cuantos pasos de ella con una mueca de dolor dibujada en su rostro.

Quyosh cayó, quedando de rodillas en el suelo y la sirvienta soltó las riendas del caballo.

—¿Qué os ocurre? —preguntó, aunque sólo dio un tímido paso

hacia él, dudando.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —se interesó Quyosh con el único propósito de que confiara, de que se acercara más...

—Sybill —respondió, aproximándose al fin—. ¿Puedo ayudarte?
—Se arrodilló frente a él, habiendo decidido socorrerlo.

—Ya lo creo que sí —respondió con un gruñido salvaje.

Golpeó a la muchacha en el rostro, haciendo que se desplomara de espaldas en el suelo y, aunque no perdió el sentido, estaba demasiado aturdida y adolorida como para impedir que Quyosh se pusiera a horcajadas sobre ella, inmovilizándola. Aun así levantó la cabeza hacia él, tratando de comprender, casi resignada ante la idea de que fuera a forzarla, hasta que vio el brillo de un filo acercándose a ella. Con la rapidez de un relámpago, Quyosh tomó una de sus manos y le giró la muñeca, dejando a la vista la delicada piel que cubría sus venas y, con movimiento maestro, las seccionó.

Fue entonces cuando Sybill lanzó un grito que se elevó hasta el cielo y comenzó a forcejear, a luchar por su vida, pero Quyosh la cogió del cuello y lo aprisionó entre sus dedos, aplastándolo contra el suelo, mientras se colmaba de aquel néctar de vida que escapaba del cuerpo de la joven a borbotones a causa de su pulso desbocado, de su miedo y de la adrenalina que aceleraba su corazón. Pero pronto dejó de gritar y Quyosh la soltó temiendo estrangularla. No podía morir tan rápidamente, necesitaba que su corazón siguiera latiendo para nutrirse de ella todo lo posible, necesitaba más sangre, toda.

Tomó su otra muñeca y la seccionó también, y siguió bebiendo...

Nicholas reprimió una arcada al ver la escena más repugnante de la que había sido testigo jamás. A la luz de las escasas antorchas que iluminaban la entrada de las caballerizas, un hombre enfundado en una inconfundible capa Hæe sometía bajo el peso de su cuerpo a una mujer a la que le había cortado las venas para beber directamente de ellas su sangre y que chorreaba a lo largo de su brazo... su sangre...

Sabía de la naturaleza sanguinaria de aquellos soberanos, pero una cosa era oírlo, y otra muy diferente comprobarlo con sus propios ojos y, aunque fue testigo de centenares de heridas, amputaciones y miembros cercenados en las innumerables batallas en las que luchó,

jamás presenció tal aberración: que un ser humano se alimentase de otro, como si fuera un animal.

A pesar de la conmoción inicial, apenas detuvo sus pasos, sólo lo justo y necesario para extraer una daga de su bota que lanzó de inmediato con certera precisión y que se clavó en el brazo de aquella abominación con cuerpo de hombre y que resultó no ser otro más que Quyosh. Pudo escuchar su aullido de dolor y, obligado a causa de aquella cuchillada, tuvo que separarse de la joven, liberando sus finas y ensangrentadas muñecas para tratar de arrancarse la daga que estaba profundamente insertada en su brazo.

Cuando Nicholas llegó hasta él, el soberano aún estaba de rodillas, con el rictus crispado por el dolor y la mirada contagiada de la demencia propia de un ser que había rebasado, del modo más denigrante posible, los límites de la esencia humana. De hecho, dudaba que fuera realmente un hombre. Quyosh alzó la vista hacia él un instante, pero Nicholas no vaciló ni un mísero segundo. Desenfundó su espada y, con todas sus fuerzas, le asestó un golpe tal en el cuello que su cabeza se separó de su cuerpo de un solo tajo, cayendo inerte a un lado de la muchacha.

Fue cuando, asqueado, lo apartó de una patada para asistirle que vino a conocer su identidad.

—¿Sybill? —exclamó sorprendido—. ¡Sybill! —repitió ahora, tratando de que la joven mantuviera la consciencia.

Maldición.

Rasgó el vestido de la joven en varias tiras y comenzó a vendar con premura sus muñecas laceradas, comprimiendo los cortes para evitar que se desangrara. Era una ponzoñosa, vil e insidiosa embustera, pero no merecía morir así.

—Sybill, ¿me oyes? —le gritó—. ¡Abre los ojos! —le exigió, sacudiendo su rostro.

Eso hizo que la joven reaccionara y los abriera lentamente. Su mirada estaba apagada y su tez pálida, al igual que sus labios, todos signos claros de que había perdido demasiada sangre. Aun así, la doncella consiguió fijar la vista en Nicholas unos segundos.

—Majestad —murmuró con un hilo de voz mientras una sonrisa

llena de aflicción y pesar se esbozaba levemente en sus labios mortecinos.

—Maldita seas si te atreves a morir en mis brazos —imprecó Nicholas, apretando con más fuerza los nudos de las vendas—. Resiste, ¿me oyes?

—Per... perdón.

Así exhaló su último suspiro, y Nicholas no pudo evitar lamentarse por la muerte tan cruel de aquella desgraciada. Buscó con la mirada la cabeza decapitada de Quyosh, cuyo rostro no era más que una mueca grotesca y maldijo, apretando sus puños con rabia. Volvió a girarse hacia Sybill, deslizó los dedos por encima de sus ojos sin luz y le cerró los párpados.

Capítulo 36



Griän maldijo su mala suerte al encontrarse la recámara de Antü vacía. Ingenuamente creyó que lo hallaría con facilidad, pero, finalmente, iba a ser como buscar una aguja en un pajar. No temía que escapase, sabía con certeza que los guardias de Nicholas no dejarían salir a nadie con vida de aquella fortaleza, pero Antü no debía morir, no podía morir a manos de alguien que no fuera él.

Maldijo para sus adentros, enfurecido, y volcó toda su rabia en una silla que pateó con fuerza, mandándola a la otra punta de la habitación.

—¿Cam? —Escuchó como respuesta de aquel estruendo producido por la madera chocando contra el suelo—. ¿Estás ahí? —Volvió a resonar fuera en el corredor aquella voz que no tardó en reconocer y que elevó el ritmo de su pulso hasta tal punto que lo notaba golpear contra sus sienes—. ¿Dónde demonios te...?

Las palabras de Antü murieron en su boca cuando comprobó que el responsable de aquellos ruidos provenientes de su recámara no era Cam, sino Griän, quien salía de ella a su encuentro. Antü se detuvo y desenvainó su espada, viendo que Griän sostenía la suya en alto, dispuesto a luchar y, por la expresión iracunda de su rostro, no iba a ser un combate por pura diversión como de costumbre.

—No podía ser otro más que tú. Tú eres quien nos ha traicionado.
—Fueron las palabras escogidas por Antü para aquel reencuentro.

—No estoy aquí para darte explicaciones —masculló Griän.

—Sé que vienes a matarme —aceptó Antü con pose impávida—,

pero no puedo imaginar qué poderoso embrujo ha poseído tu mente y tu voluntad para que te atrevas a matar con tanta facilidad a uno de los tuyos, a un amigo.

—Dejaste de ser mi amigo en el momento en el que urdiste aquel plan con Araw para que poseyera a Selene, y contra su voluntad a ser posible —escupió esas palabras con la misma repugnancia que sentía de sólo pensarlas. Sin embargo, fue la risotada que escuchó por parte de Antü lo que le hizo arder la sangre—. ¿Te parece divertido?

—Así que la desfloraste después de todo —se burló, y la respuesta de Griän fue alzar su mandoble sobre su cabeza y lanzarle tal embate a Antü que cayó de rodillas, tratando de soportar la fuerza de su golpe. Tuvo que impulsarse mientras se ponía en pie para quitárselo de encima—. Definitivamente has perdido la razón —exclamó Antü, recuperando la posición y poniéndose en guardia—. Deberías estarnos agradecido a los tres porque te consiguiéramos semejante pieza.

—¿Qué tres? —preguntó sorprendido, aunque manteniéndose alerta.

—Cam nos insinuó la idea —le respondió—. Quiso hallar una forma de ayudar a Araw a vengarse de aquella deslenguada y a mí...

—¡Ya sé que querías yacer con ella! —le gritó—. ¿Y me utilizasteis a mí para ese fin? ¿O esa parte fue idea de Araw, que también quería vengarse de mí por haberla despreciado? —inquirió con el único propósito de provocarlo—. ¿Te conformas con las mujeres que yo desecho?

—Araw no era ningún desecho —replicó no únicamente con palabras, sino también con su espada, con la que comenzó a asestar un golpe tras otro contra la de Griän, quien respondía con osadía, sin cederle ni un palmo de terreno.

—No me digas que te duele su recuerdo —se mofó intencionadamente—. Te duele el recuerdo de una mujer que se entregó a la mitad de la Corte Hæe cuando tú la querías toda para ti, en ninguna otra cama que no fuera la tuya.

—¿Qué sabrás tú? —espetó con rabia, volviendo a lanzar otra tanda de mandobles.

Griän conocía perfectamente la forma de luchar de Antü, quien era

consciente de contar con la ventaja de su corpulencia, y que le otorgaba una fuerza mayor que la de muchos hombres. Sin embargo, eso mismo también le hacía más lento, sin contar con que estaba cegado por el dolor de la pérdida de la mujer que amaba, un sentimiento del que no tenía consciencia, y que en cambio multiplicaba de modo inconmensurable aquella rabia que le hacía atacarlo de esa forma tan caótica e impredecible. En esa ocasión se volvía a lanzar contra él, pero Griän interpuso su espada entre ellos, chocando ruidosamente contra la de Antü, quien lo empujaba con fuerza, inclinándose sobre él, acercando su rostro al suyo, al igual que el filo de su espada.

Griän no quiso moverse. Si intentaba retroceder, la fuerza de Antü le haría perder el equilibrio y caer. En lugar de eso, giró la cara y cerró los ojos, apretando los dientes antes de sentir el frío acero traspasar dolorosamente la piel de su mejilla y cómo la sangre cálida fluía hasta su mentón. Le pareció que la satisfacción de herirlo, aunque fuera mínimamente, hizo que amainara la fuerza de Antü, así que Griän aprovechó la oportunidad y reunió todas sus energías para empujarlo y deshacerse de su amenazante ataque.

—Esa misma inquina que te invade al pensar en la muerte de Araw es la misma que corre por mis venas cuando pienso que tú, mi mejor amigo, me obligaste a cometer el peor de los crímenes —masculló Griän entre dientes mientras se limpiaba con el dorso de la mano la sangre que aún brotaba de aquel corte.

—¿Fornicar con una sirvienta? —Se carcajeó Antü con desfachatez, y Griän aprovechó para atacarlo sorpresivamente mientras se le revolvían las entrañas al escucharlo.

Antü, por su parte, se vio retrocediendo hasta dar con la espalda en la pared, pero se escabulló, alejándose de Griän, guardando las distancias mientras sujetaba su espada frente a él con ambas manos.

—Desgarré su virginidad y su espíritu, maldito seas —escupió Griän, quien se acercaba a él lentamente—. Y no merecía que la quebrara de ese modo porque es el ser más maravilloso que existe y existirá en este condenado mundo.

—¿Pero te estás oyendo? Esa mujer con nombre de demonio te ha

embruado. —Lo miró de arriba abajo, desconociéndolo, renegando de haber sido su amigo alguna vez—. Ella es la que te ha enloquecido hasta el punto de obligarte a traicionarnos.

—No. —Sonrió con pesar—. Me enloquece el haber tenido el amor de Selene al alcance de la mano y haberlo mancillado por causa tuya.

—¿Amor? —rió, aunque no podía ocultar su sorpresa—. Definitivamente, no eres el Griän que conocí, así que ningún remordimiento me torturará tras matarte.

—No me importa morir —le advirtió mientras esperaba su ataque—. Pero sé que tú también morirás. El Rey Nicholas no permitirá que ningún Häe permanezca con vida.

—¿Así que ahora le rindes pleitesía a ese rey blasfemo? —le recriminó antes de descargar su espada sobre Griän, quien la repelió no sin esfuerzo—. ¿Qué te ha prometido, riquezas, mujeres, tierras? ¿Cuál ha sido tu precio, bastardo traidor?

—Ha salvado a Anyan —dijo con la respiración agitada al tener que dedicar toda su energía a esquivar los embates de Antü—. Finalmente, podrá ser feliz con Francis.

—¡Entonces era cierto! —bramó con la quijada tensa y el rictus crispado al confirmar lo que siempre sospechó—. Deshonró al Rey del Amanecer entregándose a ese maldito tal y como reveló Araw. Y tú lo sabías, lo sabías y secundaste aquella infamia. Tú provocaste su muerte.

Griän supo, por el enérgico ataque que lanzó contra él, que el odio inconmensurable que Antü sentía en ese instante sólo era comparable al martirio en el que él estaba sumido desde el mismo instante en el que había hecho suya a Selene. Todo dejó de tener sentido, sus creencias, su futuro, todo a su alrededor se desmoronó, y por ello vagaba a la deriva desde entonces.

Resistió todos y cada uno de los lances de Antü. Era cierto que no le importaba morir; sin Selene todo lo demás dejaba de tener valor para él... excepto una cosa: las ansias de resarcirse. No podía abandonar ese mundo sin castigar a quien no tuvo ningún tipo de escrúpulo a la hora de jugar con su vida y con la de ella, vapuleándolas a su antojo por una estúpida e infantil revancha como

única meta.

La rabia se arremolinó en su interior mientras hacía lo mismo con su espada, volteándola por encima de su cabeza y descendiendo con potencia mortífera para chocar violentamente contra el acero de Antü, quien tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para evitar que volase de sus manos. Vaciló un instante, y Griän no iba a perder la ocasión. Si bien era cierto que no era tan robusto como Antü, siempre fue mucho más rápido, y esa rapidez se veía impulsada ahora por el odio y el desencanto que le producían aquel horizonte negro al que se dirigía su destino, sin esperanzas, sin Selene... sin vida. Concentró toda su fuerza en sus brazos que no paraban de lanzar su espada contra Antü mientras iniciaba una danza mortífera alrededor de él, sin apenas dejarle reaccionar.

Las gotas de sudor perlaban la frente del que una vez fue su amigo a causa el esfuerzo, y apretaba las mandíbulas por la impotencia al no poder recuperar la ventaja, mientras que Griän seguía buscando sin descanso aquel giro, aquel quiebro, aquella finta que dejaría a Antü expuesto al filo de su mandoble...

Hundió su espada hasta la empuñadura.

Una mueca crispó los labios de Antü, que se llevó las manos al vientre, sobre las de Griän, que aún sujetaba el arma sin sacarla de su interior. Aunque, de pronto, una sonrisa se dibujó en su boca ensangrentada.

—Nos vemos en el Inframundo —le dijo, aunque Griän no tuvo tiempo de asimilar sus palabras.

—¡Detrás de vos! —le advirtió una voz desde el fondo del pasillo, y su única reacción posible fue la de girarse con su manos frente a él, tratando de parar un ataque que, ciertamente, no sabía cómo ni de quién provenía.

Una espada se hundió en su costado, lacerando las palmas de sus manos con su filo.

—¡No! —Escuchó de nuevo aquella voz que ahora sí supo que era de Francis, aunque no porque lo viera, su vista estaba fija en su agresor, quien extraía la espada de su cuerpo para alzarla de nuevo contra él.

Cam.

Fue el acero de Francis quien detuvo el golpe mientras Griän caía cerca del cuerpo ya sin vida de Antü, y Cam se alejó unos pasos, conmocionado por la inesperada intervención del capitán, quien aprovechó esos segundos de vacilación para acercarse a Griän.

—Aguantad —le exigió con voz dura. Rasgó un trozo de la capa de Antü y le obligó a presionar en la herida que sangraba copiosamente. El joven hizo una mueca de dolor a la vez que negaba con la cabeza, pero el capitán lo ignoró—. Aguantad, ¿me oís? Dadme sólo un momento para acabar con este perro cuyo honor pasa por matar a un hombre por la espalda —masculló entre dientes, poniéndose en pie y sujetando su espada.

—Es la muerte que merece un traidor como él. —Cam se colocó frente a Francis, dispuesto a aceptar su desafío.

—En los días que he compartido con él no se ha mostrado más que como un hombre íntegro y leal —aseveró Francis enérgicamente—. Y si vos tenéis vuestros motivos para matarlo, yo tengo los míos para defender su vida.

Entonces, giró su rostro hacia Griän con la intención de que sus siguientes palabras únicamente las escuchara él.

—No puedo privarle a un hijo el derecho de conocer a su padre.

Griän gimió, llenándosele los ojos de lágrimas que tuvo que cerrar a causa del ardor. Era verdad. Lo que él imaginaba tras la insinuación lanzada por Francis noches atrás era verdad. Selene iba a darle un hijo... En aquel encuentro producto de su rabia y sus celos hubo una dosis de amor puro y verdadero tal que dio el más bello de los frutos: habían engendrado un hijo.

Trató con todas sus fuerzas de presionar con sus manos injuriadas, y de las que apenas sentía los dedos, aquella herida por la que notaba escapar su vida y a la que deseaba aferrarse como no lo hizo jamás. No sabía a qué dios debía dirigir sus plegarias, ni si merecía ser escuchado por deidad alguna, pero sólo deseaba alzar su voz a los cuatro vientos y gritar a quien quisiera escucharle que quería vivir, ¡que necesitaba vivir!

Dejó caer la cabeza hacia atrás apoyándola en el muro; apenas era

capaz de mantener los ojos abiertos y el sonido persistente del choque de las espadas retumbaba en su cráneo sordamente, convirtiéndose en un zumbido lejano. Sentía la boca seca. Y tenía tanto frío...

De pronto se sintió flotar, su cuerpo parecía etéreo, ingravido, aunque habría jurado que algo lo sostenía mientras lo conducía a algún lugar, porque un viento helado azotaba su cara, sumiéndolo en un escalofrío eterno. Por sus ojos entreabiertos creía apreciar luces que iban y venían, como bolas rojizas, candentes, pero cuya calidez no alcanzaba a entibiarlo, y necesitaba tanto aquel calor... Algunas voces resonaban a su alrededor, voces que no era capaz de reconocer y cuyas palabras tampoco podía comprender. ¿Quiénes eran y adónde lo llevaban? ¿Sería ése el camino al Inframundo y sus bestias estaban discutiendo qué podían hacer para divertirse antes de deshacerse de él?

La idea de que su herida podría ser el portal por el cual aquellos endriagos tratarían de poseerlo se conjuró en su mente como un delirio oscilante que lo torturaba una y otra vez. De hecho, parecía que tironeaban de sus dedos para dejar aquella hendidura mortal abierta, así que trató de seguir presionando sobre ella con todas sus fuerzas, las pocas que aún le quedaban, y que en verdad eran tan pocas...

Le ganaron la batalla y se sintió desfallecer. No más viento frío en su rostro, no más bolas de fuego a través de sus párpados, no más ingravidez en su cuerpo ahora de piedra.

Nada.

Capítulo 37



Iba a ser imposible.

Un gran grueso de la batalla se gestaba en el Patio de Armas, lugar por el que se accedía a las mazmorras y, de ahí, a la cripta. Siendo así, Jordan no terminaba de dar una zancada cuando le salía al paso algún noble Häe o le atacaba un esbirro de Hrodgar, y él necesitaba avanzar con rapidez antes de que aquellos dos se volatilizaran.

Volvió a hundir su filo en una oscura túnica Häe y alzó la vista por encima de la muchedumbre y las espadas, hasta que su mirada enfocó la puerta de las mazmorras y pudo ver cómo Hrodgar y Moira entraban por ella.

—¡Maldición! —gritó sin poder contenerse. Acababan de entrar en una ratonera e iba a perder la ocasión de terminar con ellos de una condenada vez.

—¿Qué sucede, Excelencia? —Escuchó tras él.

—¡Brandon! —exclamó al girarse y reconocer a un guardia de Asbath—. Ayúdame, necesito atravesar esta marabunta.

—Aguardad —dijo, tras lo que lanzó uno de los silbidos característicos de los guerreros de Asbath.

A los pocos segundos, un puñado de hombres llegó hasta ellos con las espadas dispuestas y una demanda en sus rostros.

—Démosle vía libre a Su Excelencia —les aleccionó Brandon, irradiando una chispa de diversión en su mirada y su sonrisa torcida.

Sin más dilación, se unió a sus compañeros y juntos formaron una especie de escudo devastador que aniquilaba a cualquiera que se

cruzara en su camino. Brandon encabezaba esa maquinaria de matar de forma osada, casi temeraria, cercenando cuellos y atravesando vísceras a diestro y siniestro con una precisión y una frialdad que pocos hombres que Jordan conociera poseían. Y si le suponía algún esfuerzo o fatiga tampoco era visible, pues sus facciones se mantenían impávidas, gélidas, pétreas.

En menos tiempo de lo que Jordan hubiera imaginado, lo habían conducido a la entrada de las mazmorras, y le fue imposible no mostrar su sorpresa.

—Yo cubriré vuestras espaldas —decidió Brandon sorprendiéndolo aún más—. Juro por mi vida que nadie traspasará esta puerta, ni saldrá por ella... a excepción de vos.

Jordan palmeó su hombro, asintiendo agradecido por su ayuda, mas con semblante serio. Hrodgar debía morir, ya fuera bajo el filo de su espada o de la de alguno de aquellos guerreros en el caso de que él fallase, lo que significaría...

—Buena suerte, Excelencia —le deseó el joven guardia y Jordan no quiso dilatar más ese momento y penetró en las mazmorras.

No pudo evitar un escalofrío al ver esas celdas ahora vacías, pero que, hasta hacía sólo unas pocas horas, albergaron a sus mujeres. Por suerte, tanto Agatha como las demás estaban ya de camino a Los Lagos, y él ansiaba salir cuanto antes de allí para acudir a su encuentro.

Tomó una de las pocas antorchas que pendían de esos muros fríos y dirigió sus pasos hacia el fondo de las mazmorras, hasta aquella trampilla que le llevaría directo a la cripta. Bajó cuidadosamente la escalera esculpida en la misma roca y alargó la antorcha hacia aquellos muros plagados de perforaciones que constituían la última morada de decenas de cuerpos descompuestos, en algunos casos hasta la extinción, y que enviciaban la atmósfera de la cripta.

Un mal presagio se cruzó por sus ojos y que trató de alejar sin mucho éxito; aquel lugar albergaría pronto el cuerpo sin vida de alguien más, y rogó a los Dioses no ser él.

Desenvainó su espada y se adelantó hasta el principio de la galería. No quería ir más allá. Sabía lo que iba a suceder y la estrechez de

aquel pasadizo podría ser una desventaja, sobre todo a causa de su corpulencia, más robusta que la de Hrodgar, y que apenas le permitiría moverse a la hora de luchar. Así que afinó el oído y aguardó.

Tardó menos de lo que esperaba en escuchar voces que resonaban con un eco distorsionado entre aquellos muros. Entonces Jordan colocó la antorcha en uno de los nichos y se colocó en el centro de la estancia, con sus manos hechas un puño alrededor de la empuñadura de su espada y los nervios tensos y alerta. El ruido de pasos se unió al de las voces cuyo tono se elevaba a cada segundo y, aunque Jordan no podía distinguir con claridad qué decían, sí podía distinguir una voz femenina y una masculina que parecían estar discutiendo.

—Te digo que ordené a mis hombres despejar esa entrada. —Percibió, finalmente, aquellas palabras provenientes de Hrodgar.

—Pues a la vista está que no tienen claro el significado de la palabra “orden” —replicó Moira, notablemente furiosa.

—Me encargaré de desollarlos vivos si gustas, pero ahora apresúrate y tratemos de buscar otra...

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Jordan al ver la expresión estupefacta tanto de Moira como de Hrodgar, quienes se detuvieron de súbito al verlo frente a ellos.

—Volvemos a vernos las caras, Jordan de Asbath. —Hrodgar también sonrió, si a aquella mueca forzada se le podía llamar sonrisa.

—Sí, pero ten por seguro que ésta sí será la última vez —sentenció él.

—Deberías haber muerto con el veneno que destilaba el filo de mi espada.

—Y tú deberías haber muerto al caer por aquel ventanal con mi puñal atravesando tu vientre —replicó Jordan—. Así que, esta vez me aseguraré de que te traspase el corazón —apuntó seguro de sí mismo, haciendo que Hrodgar soltara una carcajada.

—Tu título no ha puesto remedio a ese pequeño problema de soberbia e insolencia que te ha caracterizado siempre.

—El tiempo tampoco se ha esmerado contigo. Sigues siendo el mismo cretino estúpido de antaño. —También sonrió—. ¿Creías que

dejaríamos la entrada a la galería abierta para ti? —ironizó mirándolo con desprecio—. Al contrario que tú, yo puedo confiar plenamente en mis hombres, y sabía que era cuestión de minutos que volvieras sobre tus pasos con el rabo entre las piernas como un perro sarnoso.

—¡Maldito! —farfulló Hrodgar, apretando los dientes.

—¿Cómo...? —preguntó Moira de pronto, quien había dejado caer la antorcha que portaba al suelo, aunque Hrodgar extendió su brazo tratando de mantenerla detrás de él, ella lo ignoró y avanzó lentamente hacia Jordan—. ¿Por qué no he podido presentiros? —añadió, aunque sabía por la expresión en el rostro de Jordan que no era necesario hacerlo.

Entonces Jordan liberó momentáneamente una de sus manos del mango de su espada y rebuscó rápidamente entre sus ropas, hallando al instante lo que buscaba. Alargó su mano y alzó frente a los ojos de Moira la ramita de romero que le acompañó durante todo el viaje, y luego se la lanzó a la cara con hastío.

La respuesta de Moira fue sorpresiva e impactante tanto para Hrodgar como para Jordan, quien apenas pudo reaccionar hasta que no tuvo a aquella mujer sobre él, con las manos en forma de garras y un rugido que parecía propio de una fiera resonando entre aquellos muros.

Maldita sea, ¿por qué no era un hombre? Jamás le había puesto la mano encima a una mujer, pero tenía que deshacerse de ella antes de que aquella distracción le otorgase ventaja a Hrodgar y lo atacase a traición. Sintió sus afiladas uñas en su mejilla y su frente antes de poder apartarla de él con brazo poderoso, haciendo que golpease violentamente contra uno de los muros y cayese al suelo, aparentemente sin sentido.

—¡Moira! —gritó Hrodgar, yendo a su auxilio mientras Jordan se limpiaba con el dorso de la mano la sangre provocada por sus rasguños—. ¡No vuelvas a tocarla!

Jordan giró su rostro con sorpresa hacia Hrodgar, quien volvía a ponerse de pie, y dejó escapar una sonora carcajada al ver aquella estampa. Si no tuviera conocimiento del oscuro corazón de ese malnacido habría pensado que estaba enamorado de la bruja.

—Olvidaba que eres tú el único que puede poner sus apestosas manos sobre mujer ajena —replicó con sarcasmo.

—Debí haberte matado, debí haberte cortado el cuello con mi espada en tu propio lecho antes de llevarme a esa ramera que has tomado por esposa —farfulló Hrodgar, apretando los molares.

—Sí, cometiste un gran error, porque ahora sois vosotros los que vais a morir —sentenció, comenzando a moverse con su espada preparada—. ¿Quién prefieres que muera primero, tú o tu amada hechicera? —Dio un paso amenazante hacia ella.

Eso hizo que Hrodgar reaccionara y se pusiera en pie delante de ella al tiempo que desenvainaba su espada, y Jordan se sonrió al saber que aquella tentativa que había lanzado iba a serle de gran ayuda, pues le daba muestras de una clara ventaja. Hrodgar trataría por todos los medios de proteger a la mujer, lo que disminuiría su atención y su margen de movimiento, pues intentaría separarse de ella lo menos posible. Así que Jordan lanzó su primer ataque y, tal y como suponía, puso a Hrodgar en más de un aprieto, pues él trataba de avanzar hacia Moira y Hrodgar tenía que invertir todos sus esfuerzos en evitarlo y en alejar la lucha de ella.

Qué distinto era este enfrentamiento comparado con el que tuvieran hacía apenas un año. Hrodgar se había mostrado altivo, soberbio, seguro de dominar la situación, de su triunfo, incluso se vio con la suficiente confianza como para provocarlo, para ser osado. Ahora, sin embargo, era más que evidente que la situación lo sobrepasaba. Aquella soberbia suya se tornaba en inquietud, casi en temor, y no había seguridad en sus ojos mezquinos, que ya no contaban con ese brillo insolente de antaño, sino que una sombra de incertidumbre los nublabá. Apretaba los dientes y las manos alrededor del mango de su espada, con fuerza, mientras las gotas de sudor recorrían su frente y sus mejillas debido a la tensión y al esfuerzo. Incluso su respiración estaba agitada.

Mientras asestaba un golpe tras otro, Jordan no pudo evitar maravillarse y preguntarse si esa mujer era la causante del cambio en Hrodgar. Era innegable que abrigaba algún tipo de afecto hacia Moira, lo suficiente como para preocuparse por ella de tal forma que trataba

por todos los medios de protegerla de él. Y era sorprendente que un ser tan mezquino como Hrodgar tuviera espacio en su corazón putrefacto para albergar algún noble sentimiento, otorgándole incluso cierto halo de humanidad, pero por el que Jordan no se iba a dejar influenciar en modo alguno.

No le importaba si el amor más puro y profundo le unía a aquella bruja, ni si eso mismo pudiera transformarlo en un dechado de virtudes, aunque ciertamente era más que improbable. Hrodgar siempre sería un miserable bastardo, su historial de brutalidad y perversidad era parte de su propio ser, de su esencia, y sus actos siempre se verían guiados por la maldad y el odio. A pesar de todo, jamás podría desprenderse de sus ansias de revancha, de sus deseos de aniquilarlos, de acabar con todos ellos, y Jordan estaba allí para impedirlo, aun a riesgo de su propia vida.

Inspiró profundamente y reunió todas sus fuerzas en los brazos, lanzando un poderoso ataque que desestabilizó a Hrodgar unos instantes y que Jordan aprovechó para moverse hacia Moira que aún seguía inconsciente. Y Hrodgar tuvo que tomar impulso y dar un brinco para poder interceptar su trayectoria y detenerlo con la espada.

Tal vez lo que sintiese por esa mujer jamás lograría ennoblecer a Hrodgar, pero sí lo había debilitado. No buscaba abrirse paso para ganar terreno o intentar alguna de sus consabidas tretas para atacarlo a traición. Sólo se mantenía a la defensiva, repeliendo los embates de Jordan y tratando de alejarlo de ella.

—Es difícil mantener la cabeza fría cuando la vida de tu amada depende de ti —se regodeó Jordan en esa situación que le resultaba tan inverosímil—. Pero de un modo u otro va a morir, así que hónrala y lucha como es debido.

El gruñido gutural de Hrodgar resonó en aquella cripta como respuesta a esa provocación, a la vez que le lanzaba una tanda de mandobles a Jordan que no sólo supo contener, sino que lo puso sobre aviso. Hrodgar, además de furioso, se sentía amenazado. En esos instantes era como un animal acorralado, desesperado, y eso lo hacía aún más peligroso.

Las espadas seguían encontrándose una y otra vez, sin descanso, y

Jordan supo certeramente que el perdedor sería aquel a quien le fallasen las fuerzas. Aferró los pies al suelo y trató de liberar su mente del apreciable ardor de sus bíceps pensando en Agatha y en el hijo que iba a darle. Deseaba que fuera una niña, de tez rosada y cabellos de oro que apenas ocuparía esos brazos que nunca la dejarían caer, que no le fallarían ahora a pesar del dolor y la fatiga de sus músculos. Lanzó un grito resolutivo y arremetió contra Hrodgar con violencia, dispuesto a vencer, dispuesto a ver el rostro de su hija al nacer.

De pronto, un sonido tras Hrodgar los alertó. Moira comenzaba a recuperar el sentido y a Hrodgar le fue imposible no enfocar parte de su atención ella.

—¿Moira? —comenzó a llamarla, arrojándole fugaces miradas que le confirmasen que estaba bien—. ¡Moira!

Jordan, por su parte, sacó fuerzas de flaqueza y aumentó la intensidad de sus impactos, exasperando a Hrodgar al no poder acudir en su ayuda. Pero Moira se puso en pie lentamente y, aunque confusa por el golpe, pudo apreciar la situación y ver que Hrodgar estaba en serios apuros.

—¿Hrodgar? —exclamó inquieta, haciendo el intento de acercarse a él.

—¡No te muevas! —le exigió él—. Quédate detrás de mí.

Pero Moira seguía moviéndose, agitada, estrujándose las manos al no saber cómo actuar para poder ayudarlo. Tal vez atrayendo a Jordan, distraerlo... Dio un paso en falso que la puso al alcance de Jordan, quien no desaprovechó la ocasión para lanzar su espada contra ella.

—¡No!

Un grito desgarrador retumbó en aquellos lúgubres muros...

Y Hrodgar cayó al suelo, atravesado su pecho por el frío acero de la espada de Jordan.

—¡Hrodgar! —volvió a gritar Moira con la voz rota por la angustia y la congoja.

Jordan retrocedió unos cuantos pasos, atónito. Jamás hubiera creído que Hrodgar se interpondría entre Moira y su espada, recibiendo él ese golpe que le daría muerte.

Vio que Moira se arrodillaba al lado de Hrodgar con abundantes lágrimas corriendo por sus mejillas, tratando de contener inútilmente su llanto, tapando su boca con una de sus manos y deslizado la otra sobre el rostro de Hrodgar.

—Esa estocada era para mí —sollozó ella, al ver de cerca aquella herida mortal de la que ningún pacto con dios alguno podría salvarlo—. Era mi pecho el que debía recibir esta espada.

Hrodgar trató de hablar, pero era sangre en lugar de aire lo que salía por su boca, así que alzó levemente su mano hacia la mejilla de Moira, negando con la cabeza.

—Sí, Hrodgar —dijo ella ahora con una repentina e incomprensible sonrisa en sus labios—. Siempre nos perteneceremos, incluso en la muerte.

Jordan sacudió la cabeza sin comprender, aunque reaccionó cuando la vio tomar la empuñadura de la espada, que seguía clavada en el pecho de Hrodgar, y extraerla con decisión, provocando que emitiera un gemido ronco ante ese nuevo dolor. El otrora Capitán de Asbath tomó sin dilación aquella antorcha que dejara en un nicho para utilizarla como arma y así tratar de defenderse de Moira quien, sin embargo, no se puso de pie tal y como él esperaba, sino que se colocó a horcajadas sobre las piernas de Hrodgar, mirándolo de frente. Pudo ver una sonrisa en sus labios ensangrentados, incluso habría jurado que exhalaba el nombre de esa mujer que ahora agarraba con ambas manos la empuñadura de la espada y dirigía la punta hacia su propio cuerpo.

¿Iba a...?

Jordan apenas tuvo tiempo de pensarlo antes de que ella enterrase la afilada arma en su vientre de modo letal. Su torso se arqueó hacia la espada como si estuviera recibiendo gustosa aquella muerte, pero el quejido que escapó de su garganta dejaba de manifiesto cuán doloroso resultaba aquel sacrificio. Instantes después, su cuerpo sin vida cayó pesadamente sobre el de Hrodgar, y Jordan necesitó unos segundos para asimilar lo que había sucedido. Ambos habían muerto bajo el filo de su acero, sí, pero en ambos casos sacrificando su vida, el uno por el otro.

Se acercó a recuperar su espada y, al hacerlo, el cuerpo de Moira encajó sobre el de Hrodgar. Sin el obstáculo que suponía la empuñadura del arma, ambos yacían en lo que sería un abrazo eterno, en esa cripta que acababa de recibir a dos nuevos moradores. De pronto, Jordan emitió un entrecortado suspiro de alivio que escapó involuntariamente de sus pulmones, con la mirada fija en esa efigie aciaga en el que el amor y la muerte se mezclaban de modo siniestro.

Pero había acabado. Finalmente, la deuda que sentía que contrajo con Agatha al jurarle que acabaría con ese malnacido estaba saldada, y confiaba en otorgarle algo de tranquilidad y sosiego, sobre todo ahora que tanto la iba a necesitar estando encinta.

Recuperó de aquel nicho la antorcha que estaba a punto de consumirse y volvió a conducirse a través de las mazmorras, aunque esta vez, al contrario que cuando entró, le acompañaba un satisfactorio sentimiento de triunfo.

Cuando salió al exterior, al Patio de Armas, se encontró con Brandon y un grupo de hombres que hacían guardia por sí, desgraciadamente, era Hrodgar y no él quien salía por esa puerta.

—Me alegra volver a veros. —Le sonrió Brandon con un deje de diversión en su voz y en su sonrisa torcida al satisfacerle el resultado de aquella contienda.

—Gracias por cubrirme las espaldas —le respondió.

—Es todo un honor —asintió él, irguiendo la postura, firme.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó entonces Jordan, mirando a su alrededor.

Tenía la sensación de que habían transcurrido varias horas, y ya no sólo porque las luces del alba comenzaban a asomar por oriente, sino porque ya no halló batalla o pelea a la que unirse.

—Hemos vencido, Excelencia. —Se alegró de anunciarle—. Hemos arrasado con la plaga que infestaba esta fortaleza.

Jordan asintió, recorriendo aquel escenario de desolación con la mirada. Sí, habían vencido, pero ¿a qué precio?

Había hogueras, humo y decenas, centenares de cadáveres cubriendo la tierra de aquel patio. Un nudo de pesadumbre se instaló en su estómago al reconocer a más de un miembro de la Guardia de

Asbath y de Los Lagos, al igual que distinguió alguna larga y negra melena que anunciaba que algún compañero de Zayev y Cailen también había caído. Habían luchado con honor y muerto dignamente, aunque de forma no merecida, y su pérdida sería un duro golpe para sus reinos.

—Id en auxilio de nuestros heridos y que preparen una pira funeraria —les pidió—. Debemos marcharnos de aquí cuanto antes.

Brandon concordó inclinando la cabeza e hizo una seña al resto de hombres que lo siguieron a través de ese patio que había hecho las veces de sangriento campo de batalla, en busca del algún compañero maltrecho que aún estuviera vivo y rescatar, también, los cuerpos de los que, infortunadamente, habían perecido.

Jordan, por el contrario, decidió continuar sus pasos hacia la parte delantera, hacia el acceso principal a la fortaleza y comprobar qué había sido de Nicholas y los demás. Pero apenas superaba la zona de servicio cuando vio que se dirigían hacia él, Trystan, Erick y Francis, portando a Griän en volandas.

—Jordan, a la cocina. ¡Rápido! —le ordenó Trystan.

A pesar de la oscura túnica Hãe, Jordan pudo apreciar la sangre que cubría uno de los costados del joven al brotar a través de una herida que él parecía tratar de taponar, aunque apenas tenía fuerzas para mantener los ojos abiertos.

Cuando por fin llegaron a la cocina, Jordan despejó de un manotazo la gran mesa de madera situada en mitad de la estancia y colocaron allí al joven lord.

—Aviva ese fuego y tú pon agua a hervir —les pidió Trystan a Francis y a su hijo respectivamente. Luego comenzó a buscar con la mirada a su alrededor y Jordan comprendió lo que buscaba, así que le alcanzó un gran cuchillo que encontró en la bancada.

Apartó la mano del joven, quien parecía resistirse a permitirle revisar su herida, tras lo que rasgó la tela de la túnica, dejando entonces a la vista una profunda incisión por la que aún manaba abundante sangre.

—Maldita sea —imprecó Trystan entre dientes.

—Majestad. —Lo miró Francis, demandando una respuesta.

—Ha perdido demasiada sangre —lamentó—, sigue perdiéndola, y no dispongo de material para...

—Os lo ruego, Majestad —exhortó en una súplica, acercándose a él.

—Vamos, papá —quiso alentarle también Erick, y Trystan resopló mientras se tomaba unos segundos para contestar.

—Erick, el agua y unos paños, y tú —le indicó a Francis—, coloca este cuchillo al fuego. Jordan, tú trae algún cucharón de madera cuyo mango sea lo suficientemente fino para que pueda morderlo sin dañarse la lengua. Voy a tratar de cauterizar la herida.

Los hombres obedecieron prestos y Trystan comenzó a limpiar aquella herida, aunque inútilmente, pues cada vez que pasaba el paño sobre la hendidura, sangre fresca volvía a brotar de ella.

—Francis, ese cuchillo, ¡rápido! —le pidió al capitán que se lo proporcionó inmediatamente, mientras Jordan colocaba cuidadosamente entre los dientes de Griän el mango de un tenedor de madera.

Trystan acercó el filo ardiente a la herida y lo introdujo en ella, abrasando las paredes de aquel profundo corte con la intención de sellar los vasos sanguíneos y controlar la hemorragia, a pesar de las resultantes quemaduras. Ésas serían más fáciles de tratar y, por otro lado, de no proceder de ese modo, no habría nada que tratar en absoluto, ya que el lord moriría.

En cualquier caso, Trystan no era capaz de aventurar si sobreviviría, pues había perdido demasiada sangre.

—Debemos llevarlo al campamento cuanto antes —dijo palpándole el pulso y quitándole la madera de su boca que resultó ser totalmente innecesaria, ya que perdió el sentido antes de comenzar a cauterizarle la herida. Desde entonces no había recuperado la consciencia y, sinceramente, dudaba de que volviera a hacerlo.

—Francis, hay que traer una carreta, poner paja, alguna manta... —Comenzaba a indicarle Erick, pero el capitán salió de la cocina antes de que pudiera terminar de hablar.

Miró a Jordan y a su padre, que estaban tan sorprendidos como él, aunque pronto este último continuó cerrando la herida, o intentándolo

al menos.

—No me gusta tu semblante —le dijo su hijo.

—Es el de un hombre que ve con impotencia cómo se le apaga la vida a otro —murmuró.

—Entonces, ¿no puedes hacer nada? —quiso saber Jordan.

Trystan negó con la cabeza.

—Haré todo lo que esté en mi mano, pero depende de sus deseos de seguir viviendo.

—Estáis aquí. —Irrumpió Nicholas en la cocina con la respiración agitada y la frente perlada de sudor por haber llegado hasta allí a la carrera—. Me alegro de que estéis a salvo —dijo abrazándolos uno a uno—. Aunque me he encontrado a Francis y me ha dicho que estabais asistiendo a Lord Griän —añadió en un susurro sombrío.

—Por cierto, ¿habéis dado con los Reyes Hæe? —preguntó Jordan.

—Sí —afirmó Trystan escuetamente, quien claramente no quería hablar del tema.

—Él se ha encontrado con uno de ellos al igual que Francis.

—Erick les informó tanto a él como a Nicholas.

—Yo he matado a Quyosh —agregó el soberano con voz fría—. Le había cortado las muñecas a Sybill y estaba bebiendo de ellas.

—¿Qué? —exclamaron los tres casi al unísono, y Nicholas pasó a narrarles lo que había sucedido.

—Era una zaína embustera, pero no creo que mereciese morir así —volvió a hablar Trystan.

—Traeré su cuerpo para quemarlo en la pira funeraria que se está alzando en el patio de la entrada —murmuró Nicholas con la mirada huidiza—. Esta vez no hemos sido tan afortunados.

—No te martirices, primo —trató de animarlo Erick—. Todos esos hombres han luchando con honor, por defender su patria de nuestros enemigos, tal y como ellos eligieron hacer.

—No hay mejor muerte para un guerrero que morir luchando por la vida, por la libertad de los suyos —añadió Jordan por su parte.

—¿Y Zayev? —preguntó asintiendo, aunque su cabeza gacha dejaba de manifiesto su pesar.

—Ellos también han perdido algunos hombres —respondió

Erick—. Están reuniendo los cuerpos para sepultarlos. Su costumbre es devolver a los muertos al abrigo de la Madre Tierra —agregó al ver confusión en sus caras.

—Ya está aquí la carreta. —Entró de pronto Brandon en la cocina.

—Ayudadme —les pidió entonces Trystan para que entre todos llevaran a Griän a esa carreta con la que lo transportarían—. Con mucho cuidado —añadió cuando lo tendían sobre un lecho de paja y mantas.

—Ya he dispuesto una guarnición de hombres para que nos acompañen hasta el campamento —dijo Francis, que llegaba en ese momento hasta ellos.

—Yo te acompaño —le anunció Erick a Trystan, sentándose a su lado en la parte delantera de la carreta—. Tal vez te sirva de ayuda.

—Brandon, ¿ya se han recuperado todos los cuerpos? —preguntó Nicholas visiblemente afligido.

—Sí, Majestad —respondió él con gesto rotundo.

—Nos vemos en el campamento. —Jordan hizo una señal a los hombres para que partieran ya.

Trystan y Erick asintieron, compartiendo miradas de comprensión con Jordan, aunque Nicholas lo hacía con profunda gratitud.

—Despidamos a nuestros muertos como se merecen —le confirmó así Jordan que lo acompañaría en ese trance que tan amargo resultaba para un rey, para Nicholas: tener que despedir a los hombres que habían muerto por él, mientras él aún seguía con vida.

Capítulo 38



Cuando las carrozas cruzaron las murallas, los centenares de habitantes salieron de sus casas armando un gran revuelo, a pesar de ser noche cerrada. Algunos interceptaban a algún guardia para que le diera razón de lo sucedido y saber qué destino había corrido su rey, y el rumor de que se quedó atrás para luchar contra quienes atentaron contra la reina y las demás mujeres, se extendió a la velocidad del rayo.

El viaje fue extenuante, pues se detuvieron lo justo para volver a resguardarse cuanto antes tras la seguridad de las murallas de Los Lagos, mas, a eso, había que sumarle todos los días que estuvieron cautivas en aquellas mazmorras y el sufrimiento vivido al creer que los hombres habían perecido a manos de Moira.

Llegaron a la entrada principal y las carrozas se detuvieron al pie de la escalinata, y Gabrielle pudo comprobar asombrada que no únicamente los ciudadanos las acompañaban en su peregrinaje hasta el castillo. Toda la servidumbre aguardaba por ellas, acudiendo de inmediato a asistirles cuando los guardias las ayudaron a bajar de los carruajes. Erin, Ivette y Selene fueron los primeros rostros conocidos que vio Gabrielle, y las tres tenían una apremiante demanda en sus miradas, Selene por partida doble, aunque no lo reconociese. Por todo ello, y a pesar del cansancio, apretó a Ilsik contra su pecho y subió unos cuantos escalones, los necesarios para que su pueblo la viese y escuchase su voz.

—Os agradezco a todos, en mi nombre y en el de toda mi familia,

este cálido recibimiento. Después de tantas y tan largas jornadas lejos del hogar, vuestro afecto nos reconforta infinitamente.

Al empezar Gabrielle a hablar, todo el murmullo que circulaba entre el gentío se había tornado en sólido silencio, y todos la observaban, con una mezcla de curiosidad y orgullo, a la espera de lo que pudiera decirles su soberana, las noticias que pudiera transmitirles.

—Como bien sabéis, intrusos vinieron con malas artes a atentar contra vuestra paz y a arrancarnos de los brazos de nuestros esposos en plena noche. Pero los Dioses consintieron en permitir que Lord Griän acudiese a auxiliar a nuestros maridos y los guiase directamente hacia nuestros enemigos, llegando a tiempo de hallarnos, con vida, a todas. El rey y el resto de los hombres, como buenos guerreros que son, permanecieron en el Reino de Adamón a emprender la lucha, no sin antes asegurarse de nuestro bienestar y poder enfrentar a sus enemigos con el sosiego de sabernos lejos del peligro y con todos sus sentidos empleados en acabar con quienes quisieron romper la tranquilidad de este reino. Nuestros hombres estaban vivos cuando nos separamos de ellos, y quieran los Dioses que así siga siendo, permitiéndoles volver a reunirse con sus seres queridos. Os ruego que los incluyáis en vuestras plegarias, para que encuentren pronto el camino de vuelta a casa.

Con lágrimas en los ojos al tratar de mostrar una entereza que no sentía, se giró para recorrer el último tramo de escaleras que restaba antes de llegar a la entrada, mientras los vítores y alabanzas hacia su persona se alzaban tras ella.

—¿Estáis bien? —Le ofreció Selene su mano para que se apoyara en ella y, aunque Gabrielle asintió, la doncella la acompañó hasta que llegaron al Salón, donde sus familiares las esperaban.

Al entrar, vio que Richard abrazaba a su hija y su nieta, al igual que Phelan a Ylva y Josiah a una sorprendida Adrienne. Ambos habían caído de rodillas fundidos en un abrazo al haberse creído perdidos uno del otro y, sin embargo, habiéndose reunido de nuevo, aunque fuera en semejantes circunstancias. Lyal les daba una calurosa bienvenida a Gladys y Agatha, y tanto él como Phelan, quien tenía

pegada a su cuerpo a su hija, les pidieron noticias sobre sus hijos varones.

En ese instante, un guardia entró en la sala con Anyan en los brazos, y todas se separaron de los soberanos para acudir en su auxilio. Sin embargo, quien más aturdida se mostraba era Selene.

—La que fuera una vez mi recámara debe estar libre —propuso Claire.

—Ven, Selene —le dijo Ivette—. Ayúdame a poner sábanas limpias.

La joven doncella reaccionó finalmente y se apresuró a acompañarla, tratando de realizar la tarea con premura para que Anyan pudiera recostarse cuanto antes. La cama estaba casi lista cuando el guardia entró con ella en la habitación, y mientras estaban terminando de acomodarla en el lecho, apareció Gladys con un camisón limpio.

—Selene, ayúdame a ponerle una muda limpia —le pidió a la joven—. Y tú, Ivette, por favor, tráele a Lady Anyan algo caliente de la cocina, caldo o un poco de leche.

—Sí, Majestad —obedeció la doncella.

—Y asegúrate de que tanto las princesas como la reina y las criaturas sean atendidas —añadió antes que se fuera.

—¿Y vos, Majestad? —se interesó ella, sonriéndole Gladys a modo de respuesta.

—En cuanto me asegure de que Milady toma algo de alimento, me retiraré a descansar.

Ivette le devolvió la sonrisa y, haciendo una leve venia, se retiró.

—¿Qué le ha sucedido? —se atrevió Selene, finalmente, a preguntar mientras la despojaban de aquel vestido negro, que prácticamente eran andrajos, para ponerle el camisón.

—Apenas comió durante nuestro cautiverio y está muy débil, lo que no es nada bueno para su preñez —le explicó con tono amable aunque prudente—. Pero, además, temo que el viaje de vuelta haya empeorado su estado.

—¿Creéis que pueda perder al bebé? —preguntó Selene, claramente afectada por su afirmación.

—Haremos todo lo posible para que no sea así. —Trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora—. Francis así lo espera, y es lo que su hermano también querría —añadió.

A pesar de que Gladys lo dijera con total naturalidad, Selene sintió un vuelco en el corazón, pero no se atrevía a decir las palabras que luchaban por escapar de su boca, aquellas que podrían liberarla de aquella inquietud.

—Francis la perdonó. —Le escuchó decir a Gladys, sintiendo así Selene que la oportunidad de hablar parecía—. No sé cuán dolido estaría su orgullo o su corazón, pero en cuanto la vio tirada en aquella celda, no pudo mantenerse indiferente y volvió a declararle abiertamente su amor. ¿Lo desapruebas? —le cuestionó al lanzar la doncella un suspiro que tenía aprisionado en su pecho.

—No, Majestad —respondió con sinceridad—. Yo sí sé cuán resentido estaba mi hermano con su engaño, pero también sé de su agonía por no poder estar a su lado, el amor que siente por ella.

—El mismo que Lord Griän te profesaba a ti, según ella —añadió Gladys, y Selene notó toda su sangre agolpándose en sus mejillas.

—Ma... Majestad. —Bajó el rostro para ocultar su azoramiento.

—Escuché de labios de Zayev que fue muy valiente —dijo mirándola de reojo mientras mantenía su atención en Anyan—, y viniendo de ese muchacho impetuoso es mucho decir. A estas horas estaríamos muertas de no haber sido por él. —Agravó el tono de su voz—. Y de todas las razones posibles por las que podría haberlo hecho, Anyan, que lo conoce tanto, sólo pudo llegar a la conclusión de que fue por ti.

—Lord Griän vino buscando auxilio para que rescatasen a su hermana, nada más —alegó, mostrando su total incredulidad ante sus palabras.

—Un lord Häe no habría precisado de esa ayuda, pues para ellos, morir debería haber sido el destino de Anyan —le rebatió—. Él siempre aceptó su inminente sacrificio cuando diera a luz el hijo que debería haber engendrado de Korw, pero su visión del mundo y de la vida y la muerte cambió en cuanto te conoció.

Gladys se mantenía sentada en la orilla de la cama, pero Selene

estaba erguida y con los brazos rodeando fuertemente su cuerpo, así que la reina tomó cariñosamente una de sus manos para que liberase aquella tensión.

—No sé qué pecado cometió, cuál fue su falta, pero sigue el consejo de alguien que ha adquirido un poco más de experiencia con los años. —Le apretó levemente la mano—. Si la vida le da la oportunidad de seguir viviendo, dale tú la oportunidad de excusarse, escúchalo.

—Entonces, ¿está vivo? —preguntó finalmente lo que tanto ansiaba saber.

—No pude verlo para dar fe de ello, pero cuando nuestros esposos acudieron a nuestro rescate, él aguardaba el momento oportuno en uno de los portones para darles acceso a la fortaleza, aún a riesgo de su propia vida —añadió tras una pausa, esperando que causase el efecto esperado.

Si lo hizo o no, Gladys ya no pudo comprobarlo porque, en ese instante, entraban varias doncellas con una pequeña greda llena de caldo y un aguamanil con agua tibia y unos paños limpios. Se levantó de la cama para alcanzar el cuenco cuando Selene se le adelantó.

—Permitidme que yo la cuide, Majestad —le pidió humildemente—. Vos, id a descansar.

Gladys no pudo menos que agradecerle el gesto con una sonrisa, imaginando que había más de un motivo para querer dedicarle sus cuidados a la joven, además de preocuparse por su descanso.

Ya a solas, cuando la reina y las doncellas se hubieron marchado, Selene se dirigió con premura a la cómoda donde habían dejado el caldo y tomó el cuenco. Luego lo depositó en la mesita cercana a la cama y se sentó cerca de la joven, tras lo que trató de incorporarla.

—¿Dónde...? —murmuró una más que confusa Anyan, que apenas podía abrir los párpados.

—Estáis a salvo, en el Reino de Los Lagos, Milady —trató de infundirle sosiego—. Por favor, debéis intentar tomar un poco de caldo.

La joven abrió los labios y Selene vertió un poco en su boca, cuidadosamente para que no se atragantase.

—¿Por qué me ayudas? —La escuchó susurrar—. Seguro que me aborreces.

—No digáis barbaridades, Milady. —Sacudió la cabeza ignorándola, volviendo a acercarle el cuenco de sopa—. Por favor, alimentaos para reponer fuerzas y así poder recuperaros cuanto antes. Debéis pensar en mi hermano y en el hijo que esperáis.

—¿Lo censuras? —dijo con voz fatigada, mientras su cuerpo laxo luchaba por dejarse caer contra la cama, aunque Selene se lo impedía—. Desapruebas que me haya perdonado.

—Desapruebo que malgastéis vuestras fuerzas en seguir diciendo tonterías —la reprendió, aunque su voz era demasiado suave para que así lo pareciera—. Yo no decido sobre la vida de mi hermano.

—Pero sí en la del mío —respondió, intentando fijarla con la mirada, y Selene sintió un nuevo vuelco al corazón al ver en sus ojos una súplica.

—Por favor, Milady, comed —quiso dar el tema por zanjado, y esa súplica dejó paso a una sombra de pesadumbre.

En cambio, ese tema no quedaría concluso en la mente de Selene ni aunque quisiera, tan imposible de silenciar. Por supuesto que no reprobaba la decisión de su hermano, pero no estaba segura de que ella habría procedido de igual modo. La Reina Gladys le aconsejó que lo escuchara... sabía lo que iba a decirle, y Lady Anyan puso el destino de Griän en sus manos... él había quebrado el suyo al actuar del modo en que lo hizo. Era consciente de que ella fue muy culpable de lo sucedido, mas no creía que tuviese que sufrir eternamente por ello.

Sin embargo, sí había algo sobre lo que no tenía ningún tipo de certeza. No sabía si sufriría más alejándolo para siempre de ella o abandonándose a ese amor que su corazón se negaba a extinguir.



La luz del amanecer reflejada en aquellos lagos les dio la bienvenida. El pesar por los hombres perdidos en la batalla atenazaba

aún el corazón de Nicholas, pero esa aflicción se veía entibiada inevitablemente por el cercano fin de esa odisea. Pronto volvería a estar en brazos de Gabrielle y sostendría entre los suyos a su hijo, llenándolo de una dicha que, durante muchos días, temió no volver a alcanzar.

Nada más salir de Adamón e iniciar el viaje de vuelta, Teekon, Hrolf y sus hombres se separaron de ellos, y pusieron rumbo a sus respectivos reinos a través del Paso de Teschen. Los vínculos que se crearon con los guerreros en el campo de batalla serían indelebles y, a pesar de la distancia hasta sus reinos, Nicholas sabía que podrían contar siempre con el apoyo de amigos y aliados más allá de los Picos de la Media Luna.

Por su parte, algunos hombres pertenecientes a la Guardia de Asbath quisieron escoltar al rey hasta el castillo de Los Lagos, y servir luego de mensajeros a la gente de Asbath que querrían tener noticias sobre la reina y el príncipe heredero. Sin embargo, una gran parte de ellos, incluidos los que seguían malheridos, emprendieron el camino hacia su hogar, desviándose de la ruta una vez superados los Montes Bathara. Para nadie fue extraño que Francis no los acompañara, queriendo volver a Los Lagos, así que Brandon se apresuró a ofrecerse voluntario para conducir a sus compañeros hasta el castillo de Asbath, sanos y salvos.

Todos deseaban llegar cuando antes a casa, volver a encontrarse con los seres queridos. Sólo se detuvieron unas cuantas horas cada noche para permitirle cierto descanso a los caballos y a sus huesos maltratados, o cuando había que tratar a los heridos, como en ese mismo instante en el que la vanguardia de la marcha se detenía.

Por fortuna, a lo largo del trayecto, los hombres fueron recuperándose favorablemente, no era así el caso de Lord Griän. Nicholas se acercó a la carreta en la que ya estaba su tío Trystan retirando la venda que rodeaba todo su torso y aplicarle aquel bálsamo de aroma ligero en la herida de su costado que, ciertamente, no tenía muy buen aspecto.

—La infección de la herida no remite —lamentó Trystan—, y la fiebre ha vuelto a subir —añadió, palpando la frente del joven.

—Lo conseguirá —dijo Francis, quien siempre estuvo muy pendiente del estado de Griän.

—Ya se divisa el castillo en el horizonte —anunció Nicholas—. Tras tan largo viaje, unas pocas horas más no son nada.

—Yo preferiría que fueran menos que pocas —objetó Trystan—. Sé que los hombres están exhaustos, al igual que los caballos, pero necesitamos llegar cuanto antes al castillo para poder tratar su herida adecuadamente. Aquí apenas tengo ya medios y él... Os aseguro que no resistirá mucho más. De hecho, no creí que llegase a La Encrucijada con vida.

—Pues lo ha hecho, y lo hará hasta el castillo —aseguró Francis con la mandíbula tensa, tras lo que enarboló un silbido preciso al aire que los guardias de Asbath entendieron a la perfección y que sus compañeros de Los Lagos supieron interpretar en su reacción.

Aunque el paso de los caballos sólo se transformó en un trote para evitar que un traqueteo demasiado violento agravase el estado de los hombres malheridos, en mucho menos tiempo del que habían previsto, vislumbraron el puente levadizo que daba acceso a la muralla.



A pesar de la extenuación que sentían, a pesar de que sólo habían concedido descanso a su cuerpo escasas horas, tanto Gabrielle como el resto de las mujeres salieron al encuentro de sus esposos en cuanto el revuelo formado por su llegada se abrió paso a través de su intranquilo reposo. Ninguna reparó en el hecho de que salían en camión de sus recámaras, ni consideraron la falta de decoro consecuente, pues incluso descalzas corrieron hacia la entrada, yendo ya en su busca. Todas aparecieron en tropel en la antesala cuando los vieron entrar, con varios guardias que portaban a un inconsciente Griän en andas. Por detrás, se escuchó a Trystan que le ordenaba a una doncella que los guiase hasta una recámara libre, así que los

hombres siguieron a una de ellas que les indicó con premura el camino a seguir.

Nicholas era quien iba encabezando el grupo, así que se echó a un lado, observando con preocupación cómo se llevaban al joven lord hacia el torreón de los invitados. Entonces se dio la vuelta y la vio.

Su mirada se topó con Gabrielle, a tan sólo un par de pasos de él, y que corría a su encuentro con lágrimas en los ojos. Nicholas no pudo aguardar ese par de pasos y la alcanzó, lanzándose ella contra su pecho... Sentirla de nuevo entre sus brazos, poder estrecharla con fuerza contra él, fue bálsamo, poderoso y efectivo, y que erradicó toda esa angustia de la que temía no poder liberarse jamás. Notó cómo Gabrielle se colgaba de su cuello y tiraba de su nuca, alzando su rostro para alcanzar sus labios, y él necesitaba tanto los suyos que le correspondió con urgencia y pasión.

No importaba el recato, ni que estuvieran en mitad de ese torbellino en el que se convirtió la estancia. Nicholas devoró su boca con desesperación, ávido del sabor y el perfume de su piel. Y el cuerpo trémulo de Gabrielle se hundía contra el suyo y sus finos dedos, que se habían abierto paso hasta enredarse en su cabello, lo hundían hacia ella, le prohibían apartarse, como si no quisiera que sus bocas se separaran nunca más, y que únicamente lo hicieron cuando su respiración agitada les exigió aire de modo apremiante.

—Me has hecho tanta falta —musitó él, besando la parte superior de su cabeza, mientras Gabrielle se apretaba contra él.

A su alrededor seguían dándose los reencuentros. Erick y Claire se acariciaban el rostro mutuamente como si tocarse fuera lo único que les asegurase que por fin volvían a estar juntos; Jordan besaba a Agatha como un poseso, deshaciéndose ella en su abrazo; Zayev y Cailen ya tomaban de la cintura a sus esposas y desaparecían por la puerta del Gran Salón para reunirse con sus padres que también aguardaban por ellos; y una doncella acudía al encuentro de Gladys, enviada por Trystan, para tranquilizarla y decirle dónde se encontraba.

Poco a poco, la antesala se fue despejando, y Gabrielle cogió la mano de su esposo para tirar de él y conducirlo a sus aposentos donde

poder quitarse esas ropas sucias, tomar un baño y descansar, pero apenas daban un paso cuando Francis se acercó a ellos con gesto circunspecto.

—Disculpádmeme, Majestades, pero... —titubeó—, quisiera saber si Anyan...

—Tranquilo —le dijo Gabrielle sonriendo—, está en una de las recámaras, reposando. Selene está con ella.

Antes de que Francis pudiera preguntar dónde podía hallarla, Gabrielle ya estaba dándole indicaciones a una doncella para que lo guiara. Tras una profunda reverencia que mostraba todo su respeto y agradecimiento, Francis siguió a la doncella que se adentraba en el torreón donde se hallaban los aposentos de la familia real. No pudo evitar cierto orgullo ante tal deferencia hacia Anyan, máxime cuando ella formó parte de aquella conjura que había amenazado firmemente con destruir el reino.

Llegaban a uno de los corredores cuando por una de las puertas se asomaba Selene, mirando a un lado y a otro y estrujándose las manos del nerviosismo. La doncella se hizo cargo de la situación y se marchó y, antes de que Selene se percatase de la presencia de su hermano, él ya corría hacia ella.

Cuando Francis llegó a su altura, se enfundaron en un sentido abrazo del que Selene pronto se soltó para comenzar a inspeccionar a su hermano en busca de heridas o golpes.

—Estoy entero —bromeó él, levantando los brazos y mirando los movimientos indagatorios de su hermana que giraba a su alrededor.

Sin embargo, Francis pronto entendió que tras aquel reconocimiento exhaustivo, casi exagerado, se escondía un estado de profunda ansiedad y agitación. Así que la tomó por las muñecas y la puso frente a él, sabiendo lo que le ocurría en realidad, a lo que no se quería enfrentar. Ella se rindió, sabiendo que contra su hermano era imposible luchar, pero no quiso alzar la mirada hacia él. Así que Francis la sacudió ligeramente, obligándola a hacerlo.

—Está muy mal, Selene —le dijo con voz grave, tanto como lo era el estado de Griän—. Ha resistido el viaje a duras penas y el Rey Trystan no confía en que sobreviva.

Los ojos de Selene se llenaron de lágrimas y, en cuanto Francis le soltó las muñecas, se llevó las manos a la boca para reprimir un sollozo sin mucho éxito. Tanto pensar, tantas dudas, tanto dilatar el momento de tener que enfrentar la situación y tomar de una buena vez una decisión... todo se había esfumado en un solo segundo. No importaba lo que él hubiera hecho, cuánto había sufrido ella, y mucho menos lo que pudieran sentir el uno por el otro. La única convicción real y presente en el corazón de Selene era que no podía resistir la idea de que Griän muriese.

Vio que Francis se adentraba en la habitación y se acercaba a la cama donde Anyan dormía profundamente.

—¿Cómo está? —le preguntó, aunque sin apartar la mirada de la joven.

—Aún está débil, pero sólo necesita descansar y alimentarse —le respondió Selene, conteniendo con gran esfuerzo el llanto.

—Vete de una vez —murmuró su hermano, mientras acariciaba suavemente la mejilla de Anyan—. Cuando el ser que amas está en riesgo de morir, ni el orgullo ni el amor propio te darán consuelo alguno. Libera tu corazón, Selene, porque el amor que Lord Griän siente por ti es lo que lo ha mantenido con vida hasta ahora.

Finalmente, Francis se giró hacia su hermana y le sonrió, y ése fue el acicate necesario para que ella saliera a la carrera de la habitación. Viéndola marchar su sonrisa se amplió, y caminó hacia la puerta para cerrarla con llave. Luego fue hacia el butacón donde supuso que Selene había permanecido velando el sueño de Anyan, y comenzó a quitarse la ropa, colocándola encima. Una vez se hubo desnudado, lentamente para que Anyan no se despertase, apartó la colcha y se metió en la cama, al lado de ella. Sin embargo, Anyan se removió pegándose a él, y debió notar su calor porque abrió brevemente los ojos y, adormecida, alzó la mirada hacia él.

—Francis...

Él la silenció con un suave beso y la acomodó entre sus brazos, apoyando ella el rostro sobre el cálido pecho masculino.

—Ya he vuelto, estoy contigo —susurró contra su pelo, abrazándola—. Pero ahora, duerme.

Capítulo 39



Estaba tan aturdida que olvidó completamente preguntarle a su hermano dónde estaban atendiendo a Griän, aunque, por suerte, la primera doncella a la que detuvo pudo responderle. Con premura se dirigió al torreón de los invitados. Un pequeño destello le cruzó por el pensamiento y le hizo plantearse durante un segundo si ella sería de alguna utilidad dado que el Rey Trystan no podía hacer nada por él, mas ese destello se transformó en una punzada en el corazón que le obligaba a correr más rápido. Necesitaba verlo, estar con él, y tomar su mano por última...

Un sollozo anudó su garganta mientras negaba ese pensamiento. Griän no podía morir porque ella se sentía morir con él de sólo imaginarlo. ¿Por qué había tenido que estar al borde de la muerte para venir a darse cuenta de que no podía vivir sin él? ¿Por qué estaría dispuesta a olvidarse de todo a condición de que él se salvara?

Subió aquella escalera de caracol a la carrera, sintiendo que el corazón se le salía del pecho por el esfuerzo y la angustia, y ya en el corredor donde se hallaba la recámara en la que acomodaran a Griän, vio a un par de muchachas que iban hacia ella. Tal vez el Rey Trystan les había hecho algún encargo, pero sus expresiones eran poco halagüeñas.

—He hecho todo cuanto he podido por él. —Escuchó la voz del soberano a través de la puerta abierta mientras ella se acercaba.

—Pero querido...

—Es una lástima, un muchacho tan joven... —decía con la voz

apagada por el pesar—. La infección no remite —añadió—, y he agotado con las cataplasmas casi toda la reserva de equinácea que llevé conmigo.

—No, equinacea no —murmuró Selene, sin apenas ser consciente de ello.

Con una mano cubría su boca en la que se dibujaba una mueca de estupor y agonía, y su mirada estaba perdida en aquel cuerpo pálido, níveo, que reposaba en ese lecho y que apenas parecía conservar un hálito de vida.

—¿De qué hablas, Selene? —le preguntó Gladys ante la mirada de extrañeza de Trystan—. ¡Selene! —La volvió a llamar, yendo esta vez hacia ella, tomando su brazo para llamar su atención.

—¿Qué pasa con la equinacea? —insistió Trystan, a punto de perder la paciencia.

—Que no surte ningún tipo de efecto en él, al contrario —repuso, mirando a los soberanos por fin, aunque imposible verlos con la mirada empañada de lágrimas.

—¿Cómo sabes tú eso? —Trystan le dedicó una mirada de cautela—. La equinacea es la hierba más efectiva a la hora de tratar las infecciones.

—Lady Anyan cuidó de mí una vez, en Adamón —le respondió con voz temblorosa, por contrariar al rey y por el temor a agravar la condición de Griän—. Me contó sobre las plantas curativas, su poder, pero también su cara engañosa, pues no causan el mismo efecto en cada uno de nosotros. —Se le escapó un suspiro trémulo—. Y me puso el ejemplo de su hermano —añadió, sonriendo con tristeza—, a quien, al contrario que a todo el mundo, la equinacea únicamente le ensucia, le infecta sus heridas, mientras que la lavanda...

—¡Lavanda! —exclamó Trystan casi al mismo tiempo para, de pronto, asomarse al corredor y ordenarle a viva voz a una muchacha que se acercaba que trajese toda la que hubiese en la cocina.

—Trystan, ¿qué sucede? —le preguntó Gladys a su esposo, en cuya faz brillaba una expresión de alivio y que ella veía por primera vez desde que se habían reencontrado.

—Sucede que, si Griän sobrevive, será gracias a ti. —Apretó

amablemente el brazo de Selene, que lo miraba entre avergonzada y preocupada—. Ayúdame a quitarle estas vendas —les pidió a ambas—. Hay que retirar cuanto antes esta cataplasma. Es cierto que la equinacea es muy efectiva en estos casos y por eso no se suele recurrir a la lavanda, que también ayuda a desinfectar y limpiar profundamente las heridas. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? —masculló, mirando al joven lord lleno de culpabilidad—. Rápido, Selene, lávale la herida —le ordenó mientras iba hacia una cómoda donde abrió algunos recipientes y vertió parte de su contenido en un mortero—. ¿Y dónde está esa maldita lavanda? —Selene lo escuchó farfullar por lo bajo.

Ella, sin embargo, no podía apartar la mirada de aquella herida que tan mal aspecto tenía. No sólo supuraba, sino que toda la zona circundante estaba enrojecida e inflamada, sin duda, producto de esa infección que a punto estaba de acabar con él. Con su mano libre tomó la suya, inerte, sin respuesta, y ardiendo a causa de la fiebre, pero aun así enredó sus dedos entre los suyos, deseando transmitirle su propio calor a través de su piel, de su carne injuriada, de su sangre, hasta llegar a su corazón, para que de algún modo supiera que estaba allí, con él.

El sonido de pasos acelerados se escuchó en el corredor y Trystan no perdió el tiempo, por lo que fue al encuentro de la muchacha que le traía la lavanda. Se acercó de nuevo a la cómoda y, de espaldas a ellas, comenzó a trabajar en la nueva cataplasma. Selene volvió a bajar la mirada hacia Griän, hacia su rostro contraído por el dolor y la calentura; a esa herida en la mejilla, en la que no había reparado hasta entonces; y hacia su pecho, apenas agitado por su respiración leve y demasiado pausada.

—Se salvará. —Oyó de repente la voz de la reina a su lado—. Tú lo has salvado.

Pero Selene no respondió. Temía que si abría la boca, su llanto apenas contenido explotaría, desbordado.

De pronto, Trystan se acercó a ellas mortero en mano y, con mucho cuidado, comenzó a aplicar aquella fragante cataplasma en la herida. La recámara entera se colmó de aquel aroma a lavanda y esperanza.

—Fíjate en cómo lo hago —instruyó a Selene, dando por sentado que sería ella la que se encargaría de sus cuidados, cosa que Selene tampoco desmintió—. Continúa aplicándole paños húmedos en la frente, y si le refrescas también los brazos, mejor aún —añadió—. Dentro de un par de horas le quitas la venda que voy a colocarle y la herida debería tener mejor aspecto. Será únicamente una leve mejoría —puntualizó para no crearle falsas expectativas—, pero debe haberla, igual que comenzará a remitir la fiebre.

—Sí, Majestad —respondió ella, tratando de mostrarse firme, aunque se estaba resquebrajando por dentro—. Yo... os lo agradezco profundamente —murmuró, temblándole los labios. Sin embargo, Trystan negó sonriente mientras acariciaba cariñosamente su mejilla.

—Ese muchacho te debe la vida a ti. A ti —le reiteró—. Yo me voy a descansar, pero luego vendré a ver cómo está.

—Gracias, Majestad. —Selene hizo una leve reverencia.

Trystan tomó la mano de su esposa y tiró de ella para encaminarse hacia la puerta, pero Gladys le dedicó una sonrisa de complicidad a la joven antes de marcharse. Cuando ya se quedó a solas con Griän, Selene inspiró profundamente, pero no podía dejar de temblar mientras expulsaba el aire. Volvió a hacerlo, esta vez tratando de hacer acopio de esa firmeza que trató de aparentar frente al rey, tras lo que se enjugó las lágrimas de un manotazo.

Tomó el aguamanil y estrujó el paño para colocarlo en su frente, y luego le palpó suavemente la mejilla herida que ardía bajo la yema de sus dedos. Poco a poco se fueron deslizando por la línea de su rostro y se desplazaron furtivos hasta su boca. Podía sentir su aliento cálido en la punta de sus dedos y el tacto de su piel seguía siendo suave a pesar de la fiebre.

No pudo contenerse... y lo besó. Aún recordaba cómo sabía esa boca, su tersura y, tal vez, sentirla bajo la suya, saborearla, asegurarse de que seguía siendo como antaño, le daría la esperanza engañosa de que sanaría. Y, lo era... Seguía siendo aquel Griän tentador, atractivo y arrogante, de labios cálidos y carnosos, bruscos y dulces... el que la miraba con altivez, pero hasta el fondo del alma.

Escuchó un leve gemido y se apartó, convencida de que su propio

anhelo le había hecho imaginarlo. Pero el gemido volvió a repetirse, y ella volvió a besarlo, con labios trémulos y esperanzados.



La lánguida y tibia luz del anochecer resbalaba por la espalda de Nicholas, pero el contacto de los dedos de Gabrielle sobre su piel... ardía. Volvió a hundirse en el cuerpo de su esposa, a envolverse en su calidez satinada que lo acogía en su abrazo... su piel, su boca, la dulce sal de sus lágrimas. Lo tenía preso de su mirada violácea y del movimiento de sus caderas, de su aliento embriagador y de sus manos gentiles que ahora buscaban su rostro para obligarlo a entregarle sus labios.

Divino Bhut... Le entregaría la vida entera, del mismo modo que ella le entregaba el mismísimo Kravah cuando lo hacía suyo, cuando unían sus cuerpos, sus almas, sus deseos y la melodía de sus corazones, desbocados, sí, pero compenetrados, como sólo podían estarlo dos seres destinados a amarse, a pertenecerse.

Nicholas devoró su boca con ansia, bebiendo de su miel y su hálito, embriagándose de la esencia de su esposa, y hundiéndose más y más en ella. Habría deseado estar siempre así, dentro de Gabrielle, porque esa unión iba mucho más allá de lo carnal. Sentía que lo cubría por entero, que se deslizaba a través de su piel, de su carne, de su sangre, hasta lo más profundo de su ser, hasta aquel lugar tan recóndito y perdido donde residía su alma y que ella hallaba con tanta facilidad. Y él la notaba estremecerse entre sus brazos, veía la turbadora emoción que brillaba en sus lágrimas, y el resplandor de su alma a través de sus ojos.

De pronto, todo ese cúmulo de sensaciones se unió al placer que comenzaba a hacer ardientes estragos en el interior de sus vientres, en su mismo centro, allí donde sus cuerpos se perdían uno en el otro. Los dedos de Gabrielle volvieron a aferrarse a la espalda de Nicholas, necesítandolo para recorrer aquella vertiginosa caída a la que se

dirigían. Y Nicholas la sujetó contra él y cubrió su boca mientras se mecía con mayor intensidad sobre ella.

Y cayeron...

Nicholas...

Su nombre en forma de plegaria, escapando de sus finos labios penetró en Nicholas hasta el mismo centro de su pecho, que apenas podía albergar todo el amor que Gabrielle despertaba en él. Y nunca había sido consciente del significado de la palabra infinito como en ese mismo instante: inconmensurable, interminable, eterno.

Abandonó su cuerpo lentamente, sabiendo que esa separación era tan sólo física; la esencia de uno siempre perduraría en el interior del otro. Giró sobre su espalda y arrastró con él a Gabrielle, quien se acomodó sobre su pecho y comenzó a acariciar descuidadamente su torso.

—Te amo, Gabrielle...

Y sintió cómo ella sonreía contra su piel.

Jamás se cansaría de decirle que la amaba, que era su vida entera, que no podía vivir sin ella, aunque realmente no era necesario que lo hiciera. Siempre sería así, pasase lo que pasase, y ambos lo sabían. Pero lo que él sí necesitaba era aquel sosiego que le producía el sentir la respiración cálida y cada vez más pausada de Gabrielle sobre su piel, notar cómo su cuerpo laxo se iba relajando poco a poco, abandonándose a un plácido sueño, y observar sus armoniosas facciones resplandecer por aquella paz que la envolvía, propia de una mujer que se sentía amada, segura y a salvo entre sus brazos. Ella así lo sentía y ésa era la paz que él ansiaba, y que ella le entregaba, generosa y desinteresadamente.

Aún recordaba sus propios temores al haberle relatado los horrores de la batalla, el dolor sentido por la pérdida de sus hombres, la inquina que lo corroyó cuando mató a Quyosh, y la piedad que prevaleció mientras Sybill se desangraba, irremediabilmente, hasta la muerte. Pero ella lo escuchó, benevolente, indulgente, sintiendo su mismo dolor, su misma inquina, la misma piedad. Y no hubo flaquezas, defectos o reproches que señalar, no podía haberlos, porque Nicholas supo en ese instante que Gabrielle no podría amarlo tan

profundamente como lo hacía si él hubiera actuado de modo diferente. Porque ése era él: Nicholas de Los Lagos y Asbath, el rey que ella respetaba y el hombre que ella idolatraba.

Algún día tendría que hacerle entender que su amor por ella fue lo que lo mantuvo íntegro, su amor por ella lo ennoblecía, humilde y honestamente. Sí, debía hacérselo entender...

Alzó ligeramente su rostro hacía la cuna de su hijo que dormía plácidamente. Sonrió. Luego apoyó su mejilla en la parte superior de la cabeza de Gabrielle y cerró los ojos, dándole la bienvenida a todos esos sueños llenos de ella.



Entrar a hurtadillas en la cocina a buscar algo de comida estaba siendo más difícil que librar una batalla. ¿Tan extraño era que quisiera llevarle él mismo un poco de fruta a su esposa sin que la mitad de las doncellas del castillo se ofrecieran a hacerlo por él? Debía reconocer que, en otras circunstancias, la situación le habría parecido divertida, y en cambio se sentía culpable, y también como un cobarde, por haber escapado de su recámara... de Agatha. Confiaba en que ella no se hubiera dado cuenta de su inquietud, pero necesitaba salir de allí unos minutos y tratar de razonar.

Se topó con otras dos doncellas a las que también logró esquivar... ¿es que nadie dormía en ese castillo?, y cuando por fin llegó a la cocina, entró tan apresuradamente que hizo que Erin se levantara del regazo de Nigel dando un respingo. A ambos les tranquilizó el hecho de que fuera Jordan y, conociendo el talante de quien se declaró como su amigo en varias ocasiones, le hicieron una exagerada e histriónica reverencia que recibió un gruñido por su parte como respuesta.

—No estoy de humor para tonterías. —El vozarrón de Jordan resonó en la cocina—. Sólo quiero robarte un par de cosas y podéis seguir a lo vuestro —añadió sin apenas mirarlos, y tomando una fuente de la alacena para llenarla de queso, fruta y pan.

Sin embargo, Erin se acercó a él, ofreciéndole una jarra de leche.

—Gracias —murmuró un tanto culpable por haber pagado con ellos su mal genio.

—A ti por habérmelo devuelto con vida —le respondió, colocando la mano sobre su hombro.

—Tu prometido sabe cuidarse solito —replicó Nigel en broma, señalándose a sí mismo con un dedo—. Puede que hasta haya sido yo quien le ha salvado la vida a él.

Jordan dio una risotada, aunque empezó a asentir con la cabeza mientras se dirigía ya a la puerta.

—Es muy posible, pero prefiero no hacer memoria. —Se encogió de hombros.

—No podría estar más de acuerdo contigo. —Le sonrió Nigel justo antes de que saliera.

La sonrisa en los labios de Jordan se mantuvo durante todo el recorrido de vuelta a su recámara. La corta conversación mantenida con Erin y Nigel le vino a hacer entender que lo importante era haber vuelto con vida, con Agatha, y recorrer juntos ese nuevo camino que se abría ante ellos. No pudo evitar volver a angustiarse, pero exageró su sonrisa antes de entrar a la recámara. Se fue de allí, en primer lugar, para que ella no se diera cuenta y tampoco podía delatarse ahora.

—Seguro que alguna de esas doncellas descaradas te ha dedicado alguna de sus lisonjas —le reprochó Agatha en cuanto le vio llegar tan sonriente, aunque tratar de esconder su propia sonrisa que escapaba de sus labios le restaba mucha credibilidad a su regañina.

—La preñez te está volviendo una desconfiada, amor mío —contestó Jordan.

Luego le lanzó un beso al aire y cerró la puerta de un puntapié, sacudiendo Agatha las manos agitadamente.

—Vas a despertar al niño —le reprendió en voz baja, echando luego un vistazo hacia la cuna donde descansaba Frederick.

—Y, además, quisquillosa. —Rodó los ojos mientras dejaba la fuente y la jarra en la mesita de al lado de la cama.

—¿Es una queja eso que oigo? —Lo miró ella, frunciendo el ceño y los labios—. Porque aún te quedan varios meses por delante.

—Por mí, diosa mía, puedes decir y hacer lo que se te antoje, incluso pedirme fresas en pleno invierno.

—¿Puedo? —Se sentó ella en la cama, entusiasmada—. ¿Harías eso por mí... ahora? —Se mordió la punta del dedo con gesto travieso.

—¿Ahora? —preguntó Jordan, abriendo los ojos de par en par, pero cuando Agatha se limitó a asentir con ojos pícaros, carraspeó y se rascó la nuca.

—Si eso es lo que quieres...

Y Agatha rompió a reír.

—Lo que quiero es que vuelvas a la cama conmigo, anda. —Apartó la colcha y le dio un par de golpecitos al colchón, al lado suyo.

Jordan, con una sonrisa de alivio y divertimento, se quitó la ropa a la carrera y se metió en la cama. Luego tomó la jarra de leche y se la alargó a Agatha.

—Ya te dije que no tengo hambre —refunfuñó ella, aunque comenzó a tomarse la leche a regañadientes.

—Tienes que alimentarte y reponer fuerzas —le exigió él, volviendo a dejar la jarra en la mesita—. El infierno que has vivido estos días podría haberle afectado al bebé. —Suspiró pesadamente—. Al igual que...

—No empieces otra vez, Jordan —le pidió ella, haciendo un puchero.

Él la miró sorprendido... ¿A qué se refería? ¿Acaso se había dado cuenta de que...?

—¿Crees que no conozco a mi esposo? —respondió Agatha a sus pensamientos mientras con un deje de tristeza en los ojos, presionaba en el centro de su ceño fruncido para que lo aliviara—. Querías escapar de aquí con tanta rapidez que me ha maravillado que te hayas detenido a vestirme. ¿He...? —Bajó su mirada hacia su manos—. ¿He hecho algo que te haya molestado?

—Por supuesto que no. —Le alzó él la barbilla, sorprendido por su pregunta—. Te amo, y sólo deseaba regresar para estar de nuevo contigo.

—Entonces, ¿es por el hijo que esperamos? —quiso saber, aunque con temor.

—Por todos los Dioses, ¿qué barbaridades dices? —exclamó mostrándose molesto—. Quiero a este hijo con todas las fuerzas de mí ser. Y es por eso que temo...

—¿Qué pasa, Jordan? —demandó con urgencia.

—Lo siento, pero no puedo dejar de pensar que tal vez he sido... —titubeó, tratando de buscar las palabras adecuadas—, demasiado impetuoso.

En cuanto oyó su afirmación, la inquietud de Agatha se diluyó, y una sonrisa de alivio se abrió paso.

—No, Jordan. —Sujetó su rostro entre sus manos—. Ha sido maravilloso, tú eres maravilloso, y yo también te necesitaba. Jordan...

—Júrame que te sientes bien. —La tomó por los brazos, ansioso, inseguro.

—Te lo juro, Jordan —respondió seriamente, tratando de infundirle la confianza que necesitaba—. Si no fuera así, te lo diría. Sabes cuánto deseaba engendrar un hijo tuyo y no haría nada que pudiera malograrlo.

Él asintió, finalmente, con la cabeza y la abrazó, besando su frente.

—Bésame en los labios, por favor —le susurró Agatha en cambio, y él satisfizo aquel deseo que ciertamente era el suyo propio.

Dioses del Kratvah... Iban a ser unos meses muy largos. Agatha era la más exquisita y atrayente de las tentaciones, pero él iba a tener que aprender a controlarse mientras...

—Lo estás haciendo de nuevo —le reclamó ella, apartándose en cuanto notó que él se tensaba—. Va a resultar que eres peor que mi primo Erick en ese aspecto.

—Y yo ahora puedo comprender perfectamente su actitud —se defendió él, pasándose la mano nerviosamente por las hebras de su oscuro pelo—. No soporto la idea, la posibilidad de dañarte. Si algo llegara a pasarnos a ti o al niño...

—No va a pasar nada. —Le sonrió ella, pasándole los brazos por el cuello y enlazando sus dedos en su nuca—. Pero si te quedas más tranquilo, hablaré con mi tío mañana.

—¿Lo harías? —preguntó serio, casi expectante.

—No es que sea una conversación a mantener en la sobremesa,

pero, sí, lo haré. —Besó suavemente sus labios—. Aunque creo que tú también podrías compartir tus inquietudes con Trystan.

—Sí —respondió convencido—. Pero eso será mañana. Hace mucho que anocheció y ahora tienes que descansar.

—Está bien —accedió sonriente mientras tiraba de Jordan para que se tumbase y poder acomodarse ella entre sus brazos—. Pero con una condición.

—¿Cuál? —le preguntó entre curioso y temeroso.

—Relátame de nuevo cómo te deshiciste de Hrodgar y Moira —murmuró.

—Tendrás pesadillas, mujer —bromeó él.

—No —dijo ella seria sin embargo—. Por fin se acabaron las pesadillas.

Jordan suspiró y besó dulcemente los labios de su esposa.

—Tienes razón.

Capítulo 40



La tibia caricia de los rayos del sol sobre su rostro tiró de Griän hacia la superficie de aquel oscuro abismo en el que estuvo sumido durante, tal vez, una eternidad. Todo era confusión, caos, únicamente era consciente de su propia corporeidad, de aquel roce cálido que resbalaba por sus mejillas y de una repentina punzada de un inmenso dolor en alguna parte no definida de lo que debía ser su cuerpo.

No quería abrir los ojos al no saber a lo que se enfrentaría, pero la voz de su conciencia le exhortó a hacerlo, alegando que no podría huir de la realidad eternamente. Lo intentó, pero aquel roce cálido y vigorizante se tornó de pronto en cegadora luz que quemó sus pupilas. Cerró los ojos con fuerza mientras lágrimas acudían en forma de bálsamo a aliviar aquel escozor, y esperó a que se mitigase del todo para volver a intentarlo. Tuvo que parpadear varias veces, recurrir de nuevo a la oscuridad para aliviar aquellas punzadas en sus retinas hasta que, finalmente, pudo abrir los ojos completamente.

Lo primero en lo que se centró su mirada fue en aquel ventanal abierto. Entraba una brisa muy agradable, con muchos, aunque algunos desconocidos, toques florales que la tiznaban... y olía a tierra, a agua, a sol... El suave cantar de un pájaro terminó de evidenciar que ya no se encontraba en Adamón; los cuervos de Moira eran los únicos que entonaban sus graznidos en aquella fortaleza.

Y entonces giró la cabeza hacia el otro lado. Su hasta ahora perdido corazón comenzó a golpear con fuerza contra su caja torácica, de forma dolorosa pero incontrolable. Selene estaba acurrucada en un

butacón justo al lado de la cama. Tenía las piernas encogidas en el asiento y una mano encima de uno de los brazos de la butaca, donde apoyaba la cabeza. Estaba dormida, con el rostro hacia él, y era más hermosa de lo que recordaba.

Vino a darse cuenta entonces de que lo habían llevado hasta Los Lagos y que ella... y que ella estuvo velando su convalecencia, lo había... lo había cuidado. Cerró los ojos de golpe y volvió a girar la cara hacia la ventana. No se atrevía siquiera ni a pensarlo y menos aún buscar motivos por los cuales ella podría haberlo hecho. Selene era pura de corazón y tal vez la compasión, o peor, la lástima, la impulsaron a permanecer en aquella recámara con él.

Sin embargo, volvió a girarse hacia ella y se permitió la osadía de seguir observándola. No recordaba haber visto en su rostro una imagen tan serena, con sus delicadas líneas suavizadas, dulcificadas, llenándola de una hermosura difícilmente comparable a nada de lo que él jamás hubiera visto. Entonces reparó en que tenía su otro brazo envolviendo su abdomen y, de pronto, una emoción y ternura infinitas lo sorprendieron, sobrecogiéndolo. Selene llevaba en su vientre a su hijo, un hijo de los dos, y no creyó que la vida pudiera entregarle mayor obsequio que un hijo de la única mujer que había amado, amaba y podría amar jamás.

Tenía que recuperarla. Ese sentimiento que tan bello fruto había dado no podía malograrse para siempre. Recogería las cenizas de aquel amor que él mismo pisoteó como el más estúpido de los necios, y lo haría revivir. Le demostraría que sí existía el hombre que ella siempre supo que vivía en su interior, y que la pequeña esperanza que depositó en él, aunque de forma efímera, una vez, también había dado frutos.

A pesar de las espigas de dolor que atravesaban su cuerpo, alargó el brazo, lentamente, y acarició su mejilla suavemente con los nudillos. Su piel era tan cálida y tersa... De pronto, ella se removió y Griän apartó el brazo con rapidez, mientras una mueca se dibujaba en su cara a causa del dolor.

—Lord Griän, ¿os sentís bien? —Se sobresaltó ella, poniéndose en pie—. Por fin os habéis despertado. Voy en busca del Rey Trystan.

Selene hizo el ademán de marcharse y, sin embargo, Griän la tomó por la muñeca y la detuvo. Sus manos apenas habían cicatrizado y le dolieron hasta las entrañas al hacer ese esfuerzo, pero no podía dejarla ir.

—No necesito a nadie más que a ti —le dijo con voz débil, aunque mirándola fijamente.

Ella, sin embargo, apartó la vista, bajándola hasta la mano de Griän que aún seguía aferrada a su muñeca. Y él comprendió que debía retirarla, pero se tomó su tiempo para hacerlo, acariciando suavemente su piel, hasta la punta de sus dedos. Selene se llevó la mano al cuello, claramente azorada, mientras miraba de un lado para otro sin saber qué hacer.

—¿Podrías darme un poco de agua? —le pidió él entonces, facilitándole un poco las cosas, aunque sin pasarle desapercibido el hecho de que ella pudo haber retirado la mano mucho antes y no lo hizo.

—Claro que sí, Milord.

Aquel trato de cortesía volvió a rechinar en los oídos de Griän, mas no dijo nada. Dejó que ella le sirviera el agua y lo ayudara a incorporarse para beber.

—Gracias.

—Sigo creyendo que debería avisar a Su Majestad...

—No —negó con rotundidad—. Dime, por favor, ¿cómo está Anyan?

—Está bien, Milord, sólo un poco débil —lo tranquilizó—. Yo estuve cuidando de ella hasta que llegó mi hermano.

—Tu hermano... —murmuró Griän, cerrando los ojos ante el recuerdo que le sobrevino—. Él salvó mi vida. Si él no me hubiese alertado sobre esa mortífera espada que Cam lanzó contra mí a traición, sin duda estaría muerto. Tal vez tú lo hubieras preferido...

Selene palideció profundamente, sorprendida, casi se atrevía a decir que dolida por esa acusación que él lanzó con toda la intención de probarla, y la respuesta que recibió fue el gesto de negación de Selene.

—Creí que deseabas mi muerte —añadió, con voz suave, casi

indolente—. Temo que una pequeña esperanza aflore en mi corazón y me haga pensar que esperabas que regresara con vida.

Los ojos de Selene se abrieron de par en par, pero no contestó. Bajó la mirada y ocultó sus manos entre los pliegues de su vestido.

—No soy capaz de recordar nada más —decidió él cambiar de tema... por el momento.

—Las cataplasmas de equinacea que os aplicaba el Rey Trystan no conseguían detener la infección y padecisteis una fiebre muy alta. —Señaló ella su herida en el costado.

Griän se giró a mirar y, de pronto, llegó hasta él un aroma muy familiar y del que no se percató hasta ese momento. Lavanda... Sólo alguien que lo conocía muy bien podía saberlo, sólo una persona que él supiera, a no ser...

Si ella trataba de disimularlo falló estrepitosamente porque su mirada huidiza la delataba abiertamente. Fue ella, por algún motivo que escapaba a su entendimiento, ella lo sabía, y advirtió al soberano acerca del vano efecto que la equinacea producía en él. Pero ¿por qué?

Griän trató de incorporarse haciendo una mueca de dolor y, aunque Selene daba claras muestras de sentirse incómoda, acudió en su ayuda para que pudiera apoyar la espalda en el cabecero de la cama.

—Debéis tener cuidado, Milord.

—¿Por qué? —preguntó él con ansiedad—. ¿Para qué colmarme de atenciones y cuidados? ¿Para qué salvar mi vida si luego vas a ser tú misma quien me condene a muerte?

—¡No! —exclamó ella, confundida, herida—. ¿De qué estáis hablando? Yo no voy a...

—¿Entonces, cuando te pregunté si me amas... no vas a condenarme a la peor de las torturas diciéndome que no? —exclamó mortificado, expectante.

Selene dio un paso hacia atrás, pero Griän volvió a tomarla de la muñeca y la detuvo.

—Te lo ruego, Selene. —Clavó sus ojos en ella, deseando que viera en ellos todo el amor que le profesaba—. ¿Ha sido la compasión la que te ha llevado a hablarle al rey sobre esa planta? ¿Es la lástima la que te

ha guiado a permanecer a mi lado en mi inconsciencia?

—Milord, por favor...

—No, Selene. —Cerró los ojos fuertemente un instante—. Griän. Soy Griän.

Selene negó levemente con la cabeza, con la mirada aguada por las lágrimas, mientras que él le suplicaba con la suya una respuesta que en ese momento no se atrevía a darle. Verlo al borde de la muerte había hecho que su corazón se sincerase con ella, pero ahora, no hacía más que buscar en ese hombre que trataba de traspasarla con la mirada a aquel lord altanero, arrogante y frío con el que se topó al conocerlo. Y no sabía si era su propio deseo el que la mantenía engañada o su anhelante corazón, pero no veía ni una sombra de aquel hombre que sólo merecía su desprecio, sino un hombre al que amar.

—¿Por qué siento la sangre en tus venas golpear con tanta fuerza contra la palma de mi mano? —le susurró él entonces, con voz temblorosa, atormentada—. ¿Por qué tu corazón late con la misma fuerza que lo hace el mío?

De pronto, tiró de ella y la obligó a colocar la mano sobre su pecho, directamente sobre el corazón, que latía poderoso contra su piel. Y cuando Selene alzó la mirada, se encontró de lleno con unos ojos verdes que la miraban con veneración, como nunca lo hicieron.

—Dime que no late de amor, como lo hace el mío por ti. —Escuchó de esa boca que estaba tan cerca de la suya—. Dímelo.

—Lo diré si deseas una mentira de mis labios —respondió ella con voz queda.

Griän suspiró, reprimiendo un gesto de temor entremezclado con alivio. Le soltó la mano, pero rodeó con las suyas su rostro, acercándolo a él lentamente.

—Tus labios no han podido mentirme nunca —susurró cuando casi los rozaba—. Puede que tu voz dijera otra cosa, pero tus labios siempre me han dicho la verdad.

—¿Y qué verdad es ésa? —preguntó con la mirada lánguida, incapaz de resistir esos ojos que leían en su interior, ni esa cercanía que quemaba sobre su piel.

No le respondió. En lugar de eso, consumió la poca distancia que los separaba y alcanzó su boca, con suavidad, con pasión contenida, reprimiendo los deseos de devorarla. No quería aprisionarla entre sus brazos porque quería darle la oportunidad de retirarse, de salir huyendo de él, aunque eso lo quebrase por dentro. Pero no habría más dudas, ni equívocos ni malentendidos. Sería ahora o nunca.

—Por favor, Selene, te lo suplico. —La alejó de él el poco espacio que ocupa un suspiro—. Ejecuta ya mi condena. La aceptaré sea cual sea, pero libérame de esta tortura.

—Yo soy tu condena, Griän —respiró sobre su boca, y él volvió a tomar la suya con desesperación.

Con las pocas fuerzas que aún anidaban en su cuerpo tiró de ella y la hizo recostarse a su lado, sin romper jamás ese beso que le devolvía la vida y abría de par en par las puertas de un futuro lleno de sueños. La rodeó entre sus brazos, necesitando sentirla para convencerse de que aquello no era un delirio producto de la fiebre, y ella pareció entenderlo porque se acercó más a él, acariciando su cabello, su rostro y la humedad que comenzaba a cubrir sus mejillas.

Selene se separó de él, espantada, al pensar en su herida que apenas comenzaba a sanar y en el dolor que estaría sintiendo después de tantos días de fiebre. Mas cuando miró en sus ojos, no había sufrimiento, aunque sí lágrimas, pero eran de emoción, de amor por ella.

—Yo también te amo, Griän —susurró, y él cerró los ojos con fuerza, luchando por impedir que estallase ese gemido que estrechaba su garganta y esas lágrimas que amenazaban con hacerlo parecer un niño desvalido—. Mírame, Griän —le pidió, acariciando las líneas temblorosas de su rostro.

—Te amo —explotó él, volviendo a buscar con ansia sus labios, a refugiarse en ellos. Sus sollozos se entremezclaron con su aliento, y la sal de sus lágrimas con la dulzura que emanaba de los labios de Selene, quien le permitía aferrarse a ella, salvarse—. No me alejes de ti, mi sol. Por favor. Te necesito para seguir viviendo.

—¿Tu sol? —preguntó ella entre tímida y halagada.

—Sí —respondió él, mirándola enternecido y acariciando sus

labios—. El que brilla ahí fuera ya no significa nada para mí, sólo sirve para marcar el inicio y fin de los días. Eres tú la que me das tu luz para guiarme, y tu calor para entibiar este corazón que estaba muerto hasta el día en que te conocí.

—Y que casi me pisoteas con tu caballo —añadió ella con deje divertido.

Griän comenzó a reír, pero se le dibujó una mueca de dolor en la cara mientras se llevaba la mano al costado.

—Divina Vetsa, tu herida —se alarmó ella, apartándose, pero él la tomó del hombro y se lo impidió.

—Estoy bien —le aseguró—. Si estás a mi lado, estoy bien.

—Si no quieres que llame al Rey Trystan, al menos deberías dejarme que te revisara la herida —insistió ella y Griän asintió, sabiendo que sería muy difícil vencer la obstinación de su mujer.

Su mujer... sonaba tan bien...

Un escalofrío lo recorrió de arriba abajo, mientras esa palabra resonaba en su mente y las manos suaves y amables de Selene recorrían su piel al quitarle la venda para curarle la herida.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó, observando con mucho interés sus movimientos lentos y cuidadosos mientras le cubría la herida con la fragante cataplasma.

—Anyan me lo dijo cuando... enfermé —titubeó al no haber tenido intención de sacar a relucir aquellos recuerdos.

Él no dijo nada, así que ella siguió concentrada en volver a colocar el vendaje, confiando en que aquel momento pasase.

—Perdóname —le susurró y, aunque no respondió, a Griän no le pasó desapercibida esa sombra que entristeció un segundo su mirada.

—Tu herida tiene mejor aspecto —apuntó ella, queriendo esquivar el tema.

—Vuelve a recostarte aquí conmigo, por favor —le pidió él, queriendo tenerla cerca y, cuando lo hubo hecho, besó brevemente sus labios—. ¿Por qué no me lo preguntas? ¿Por qué no me preguntas qué lamento de aquella noche?

Selene negó con la cabeza. No quería preguntárselo, no quería darle pie a que le dijera que lamentaba todo lo que ocurrió, de

principio a fin.

—Me cautivaste en cuanto te tuve frente a mí, y lo sabes —añadió cuando la vio dispuesta a replicarle—. No te amedrentaste ante mis groserías, mi arrogancia o mi desdén hacia ti. Te defendiste de mí con uñas... —Hizo una pausa con toda la intención—, y dientes.

—¡Diosas del Kratvah! —Escondió ella su cara entre sus manos, aunque Griän rompió a reír—. No puedes recordar eso...

Entonces, él la obligó a mirarlo y alzó su mano para mostrarle una pequeña cicatriz.

—Ese instante marcó un antes y un después en mi vida, y siempre lo tendré presente, conmigo.

—No puedes hablar en serio —dijo, mortificada.

—Pero si te perseguía por toda la maldita fortaleza. —Le sonrió sin importarle reconocerlo—. Me convertí en el ladrón de tus besos. —Acarició sus labios con el pulgar—. Y jamás sentí un odio, una rabia tal como cuando creí que...

Griän dio un suspiro pesaroso y ahora fue él quien apartó la mirada de ella.

—Eso es lo que lamento —admitió—. Lamento haberme dejado arrastrar por mis instintos más bajos, y cubrir así mi cobardía al no querer enfrentar desde el principio lo que ocurría en mi interior, lo que tú provocabas.

—Griän...

—No te voy a mentir —la cortó, queriendo decírselo todo, confesarle lo que nunca creyó que haría—. He estado con muchas mujeres, puras, no puras... daba igual. Pero en cuanto te hice mía, en cuanto mancillé tu pureza supe que, de haberlo sabido, habría sido diferente, porque eras tú, porque te amaba como un demente y era tan estúpido que no lo sabía. Debería haber venerado tu cuerpo, adorado tu corazón, pero yo te poseí como sólo lo haría un animal, una maldita bestia.

—No digas eso —lo detuvo, cubriendo su boca con sus dedos—. No fuiste ni violento, ni brusco. Fuiste gentil conmigo. Por un instante creí que... me amabas.

—Sí te amaba —le repitió mortificado.

—Lo sé. —Le sonrió ella en cambio.

—Y también sabías que te creí culpable, que te habías entregado a Antü.

—Ese vestido era mío, y no podía verse la cara de aquella mujer que...

—Era Araw —le aclaró—. Quería vengarse de ti por haberla ridiculizado, y de mí por haberla rechazado.

Selene suspiró, cerrando los ojos un instante mientras todas las piezas del rompecabezas se iban colocando en su sitio.

—Murió sin saber que me había obsequiado con el mayor regalo que podría darme la vida —murmuró él, bajando su vista hasta el abdomen de Selene de modo significativo y ella enrojeció profundamente.

—Le hice jurar a mi hermano que no te lo diría —exclamó, sintiendo por una parte que Francis la había traicionado y por otra que, tal vez, Griän...

—No le culpes —le pidió, como si hubiera leído su mente—. Su única intención era darme ansias de vivir. Escúchame —le rogó, ahuecando su mejilla con la palma de su mano—. Me había rendido, desde que te marchaste de mis aposentos aquella noche, renuncié a ti. No te había dado ni un solo motivo para que me correspondieras, para que me perdonaras, y simplemente me rendí. Pero este hijo... —Posó delicadamente su mano en su vientre—, este hijo lo cambia todo porque bendice nuestro amor, lo convierte en un amor puro, verdadero, y por el que vale la pena luchar.

—Sí me has dado motivos para perdonarte —le corrigió ella, siendo quien esta vez le acariciara la mejilla—. Lo que has hecho por la gente de este reino es el mayor acto de generosidad y amor que se pudiera esperar en un hombre.

—¿A un hombre así, considerarías la posibilidad de desposarlo? —le preguntó, evocando aquellas palabras que una vez ella le dijera cuando lo rechazó frente a todos, pero Selene lo miró sorprendida, sin creer que fuera posible lo que aquella pregunta pudiera significar—. No tengo mucho conocimiento sobre cuál es el proceder para pedir matrimonio a una mujer correctamente —admitió avergonzado—. Y,

por lo que veo, no creo haber estado muy acertado.

—¿Quieres hacerme tu esposa? —quiso asegurarse aun a riesgo de haber confundido sus intenciones y romper así sus sueños.

—Para mí, ya lo eres.

—¿Qué? —Lo miró ella con los ojos muy abiertos.

—Bueno... —Se rascó la cabeza haciendo un mohín travieso—. No existen los matrimonios en Häe, pero cuando un hombre y una mujer viven bajo el mismo techo y engendran hijos, se les podría considerar esposos. Ya hemos engendrado a nuestro primer hijo y no pienso permitir que te separes de mí bajo ningún concepto, así que...

Selene sintió un cosquilleo en el estómago. ¿Griän la consideraba su esposa?

—Aunque, ahora que lo pienso —continuó él, fingiendo preocupación—, esa unión no implica necesariamente fidelidad...

—¿Cómo? —Abrió los ojos como platos—. Yo no...

—Ni yo —aseveró con firmeza ahora—. Jamás consentiría que te tocase otro hombre que no fuera yo. Creo que el amor me ha convertido en un hombre muy posesivo.

—Siendo así, no me importa que lo seas. —Le sonrió ella un tanto pícaro mientras Griän alzaba su rostro y alcanzaba su boca.

—Me alegro, porque no es algo que pueda controlar —respondió sin parar de depositar suaves besos en sus labios—. ¿Qué debo hacer para que tú también me consideres tu esposo?

—Nuestra costumbre es celebrar una ceremonia —trató de explicarle, aunque no era fácil cuando esa boca se esforzaba en reclamar toda su atención.

Selene decidió que ya habría tiempo para eso. Además, si Griän no necesitaba de ninguna ceremonia para sentirla como su esposa, ella tampoco. En ese instante, lo único que necesitaba era abandonarse a esos labios que reclamaban los suyos, ofreciéndole promesas que valían por mil ceremonias juntas.

Capítulo 41



Gladys se desperezó en la cama, con abandono, estirando los brazos por encima de la cabeza mientras tomaba aire, llenando hasta el límite sus pulmones. Era una mañana magnífica y que no se podía desperdiciar permaneciendo más tiempo en la cama. Trystan se había marchado hacía unos pocos minutos para ir a revisar la herida de Lord Griän, pero era consciente de que confiaba en su recuperación tras la determinante intervención de Selene. Se levantó de la cama mientras sonreía. Se notaba a una legua que la joven estaba enamorada de él y esperaba que escuchase a su corazón y se permitiera ser feliz.

Todos volvían a ser felices... Dentro de poco, en ese castillo no se oirían más que risas y balbuceos de niño, y se llenaría de una dicha bien merecida después de todo lo sucedido.

Sacudió la cabeza mientras sacaba uno de sus vestidos del baúl. No quería volver a recordar aquello, ni el momento en el que se dieron cuenta de que fueron apartadas de sus esposos, ni cuando les aseguraron que estaban muertos y que ese iba a ser su mismo destino. Sin embargo, los Dioses habían previsto algo diferente para ellas y tenían que dar gracias por ello.

Estaba desnuda cuando alguien abrió la puerta, así que se apresuró en cubrirse con el vestido que había cogido del baúl, aunque se sorprendió aún más al ver que era Trystan.

—Has tardado muy poco en revisar al muchacho —dijo extrañada.

—No lo he hecho —respondió, tomando su cintura mientras le daba un corto beso, para dirigirse al butacón y tomar asiento.

—¿Y eso por qué? —preguntó aún más asombrada, tanto que

seguía cubriéndose con el vestido, pero sin atinar a ponérselo.

—Estaba... ocupado. —Hizo una mueca traviesa.

—¿Cómo?

—No quería hacer mucho ruido y molestarlo, así que he entrado muy despacio —empezó a explicarle—. Yo iba con la idea de encontrármelo aún inconsciente, pero estaba recostado en la cama y con Selene entre sus brazos. Besándola.

—Oh, pero eso es maravilloso —comenzó Gladys a reírse, comprendiendo Trystan al instante que, el divertimento de su esposa, no era únicamente a causa del idilio de la pareja.

—No me han visto —le advirtió apuntándola con el dedo.

—Ay, querido... —continuó riéndose—. Me habría encantado ver la cara de bochorno que habrás puesto.

—No es la primera pareja de jovencitos que veo besándose. —Se levantó y, despacio, se acercó a ella—. Y creo que tengo la suficiente experiencia en esos menesteres como para escandalizarme —añadió mientras rodeaba su cintura con sus brazos—. ¿No lo crees tú? —le preguntó con aire pícaro.

—Creo que anoche borraste cualquier atisbo de duda que pudiera tener —murmuró ella, lanzando los brazos por encima de los hombros de Trystan.

El vestido con el que aún se cubría se escurrió entre los dos y él apesó su espalda desnuda con las palmas de sus manos y la apretó más a él, reclamando su boca en el proceso.

—Aquel que asegura que el deseo decae con el paso de los años... debe de estar loco —murmuró entre beso y beso.

—Pero ya no soy una jovencita —replicó ella, aunque con aire coqueto.

—Pues ya quisieran muchas jovencitas causar en sus esposos el efecto que tú sigues causando en mí. —Abandonó su boca y deslizó la suya hacia su cuello—. Incluso haces que olvide mis deberes como padre.

—Oh, eso sí que no. —Se apartó un paso de él, a pesar del forzado tono de su reproche. De hecho, se agachó a recoger el vestido, aunque alzó la vista hacia Trystan, mirándolo sugerente, seductora,

provocando que él cayera de rodillas ante ella y volviera a atrapar su cuerpo y sus labios mientras Gladys reía, satisfecha.

—Gozas sabiendo que me tienes a tu merced —se rió él también.

—Es bueno saber que no soy yo la única que cae rendida a tus pies.

—Sonrió mientras comenzaba a colocarse el vestido.

—¿A pesar de todo?

No fue sólo la pregunta, sino el tono mortificado de su voz. Gladys se apresuró en terminar de ponerse el vestido y tomó las manos de su cabizbajo esposo, instándolo a levantarse y sentarse con ella en la cama.

—Sé que no forma parte de tu naturaleza alzar tu espada contra alguien, Trystan.

Él seguía con la cabeza gacha, así que ella tomó su mejilla y buscó su mirada.

—¿Pero cuánto más puede soportar un hombre sin que se quiebre su espíritu? —añadió, tratando de mostrarse comprensiva.

—Ellos me quebraron, me vencieron.

—No, mi vida —negó enérgicamente—. No te dieron otra opción. Era su vida, o la vuestra y, ¿qué otra cosa podías hacer aparte de defenderte? ¿Crees que estaría orgullosa de ti si hubieras permanecido de brazos cruzados mientras masacraban a nuestro hijo, a Nicholas, a hombres que no merecían la muerte a manos de ese puñado de bárbaros?

—Entonces, ¿tu amor por mí no ha cambiado? —preguntó, temeroso de su respuesta.

—Claro que ha cambiado. —Le sonrió al ver que él se entristecía—. Creer que habías muerto ha sido el dolor más intenso que he tenido que soportar jamás, Trystan. Pero saberte vivo me ha hecho ser consciente de lo afortunada que soy por tenerte, por gozar de tu amor. Tu sola presencia me llena de una dicha inconmensurable y sólo mereces que te ame con toda mi alma.

Trystan la besó mientras sus palabras estremecían su corazón, todo su ser, y su esposa lo correspondió con su misma pasión, la que siempre habían compartido, a pesar de los años y los embates de la vida. Él también se sentía afortunado al tenerla como compañera de

vida, fiel, entregada y enamorada de él, y por nada del mundo hubiera querido decepcionarla, provocar que cambiase su forma de mirarlo: con admiración, respeto y veneración.

—Te amo, Gladys —le dijo, acariciando su rostro cariñosamente—. Cuando siendo un simple muchacho vine a saber que debía desposarte, me alegré por ello, porque siempre te quise para mí, aun siendo un niño, aun sin saber lo que era. Tuve suerte de que me otorgaras tus favores, a pesar de que no era el único que los deseaba.

—Sabes bien que nunca hubo nadie más, ni lo habrá —le respondió, tratando de que no ahondara en tiempos pasados y que no valía la pena recordar—. Soy tuya para siempre.

—Y yo, tuyo —respondió dándole un sonoro beso—. A no ser que tu hijo me asesine por no haber ido a examinar a su mujer y su hija.

Gladys comenzó a reír y dejó que Trystan tomara su mano y tirara de ella para levantarla de la cama. Rodeó su cuerpo con sus brazos para darle un último beso y salieron de sus aposentos para encaminarse hacia los de su hijo.

De camino se encontraron a varias doncellas portando cestos de ropa y sábanas limpias, y que les hicieron una leve reverencia antes de continuar con sus tareas. La vida que parecía haberse detenido entre las pétreas paredes de aquel castillo cuando les sobrevino la desgracia, volvía a avanzar, buscando su ritmo. Pronto llegaron a la recámara de Erick y Claire, y Trystan le dirigió una fingida y cautelosa mirada, haciendo que su esposa riera mientras él llamaba a la puerta.

—Dos veces en un mismo día sería demasiado —le susurró, aguardando a que los invitaran a pasar.

—¿Qué sucede? —preguntó Erick al ver que su madre entraba riendo en la recámara.

—Mejor dejémoslo para otro momento —carraspeó Trystan, mirando de reojo a su esposa y tratando de parecer ofendido, aunque fracasó estrepitosamente al no poder ocultar su sonrisa—. ¿Cómo os encontráis? —preguntó animado y cambiando definitivamente de tema.

—Muy bien —respondió Claire quien, aún en camisón, al contrario que Erick que ya se había vestido, estaba sentada en la cama,

amamantando a su hija—. Aunque Deanna ha dormido más horas de lo habitual —añadió sin saber si debía preocuparse.

—Eso es normal —la tranquilizó Trystan—. Con el paso de las semanas alargará las horas de descanso nocturno.

—Por lo que apenas dormiré durante el día —añadió Gladys con un deje de diversión y emoción, deseando ejercer de abuela y consentir a su nieta.

—¿Tú has experimentado algún tipo de dolor en el vientre? —quiso asegurarse Trystan—. No hace tanto que diste a luz.

—Estaba agotada —reconoció—. Pero saber que todo ha acabado y veros de regreso ha sido la mejor cura. —Se giró hacia Erick, sonriéndole.

—¿Y tú, hijo? —insistió Trystan—. ¿Te sientes bien?

—¿Yo? Feliz y descansado. —Se sentó al lado de Claire y besó su frente—. Por cierto, ¿has ido a ver a Griän?

Y esa fue la gota que colmó el vaso y que provocó la incontrolable risa de Gladys.

—¿He dicho algo gracioso? —El joven alzó la ceja, sin saber si debía molestarse o unirse al divertimento de su madre.

—Lo que le parece divertido a tu madre es que yo haya ido a la habitación de Griän a revisar su herida y lo haya sorprendido en actitud cariñosa con Selene. Se estaban besando —añadió de mala gana y haciendo un mohín.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Claire, aunque sonreía ante la actitud de su suegra.

—Nada, porque ellos no me han visto —recalcó, girando la cara hacia su mujer.

—Pues yo me alegro mucho por él. —Sonrió Erick, aunque miraba con gesto de complicidad a su madre—. Lo que ese hombre ha vivido en las últimas semanas no es fácil de asimilar. Pero ha elegido abandonar todo lo que era su vida, su mundo hasta ahora para hacer lo que creía correcto —añadió pensativo—. Nadie me quita de la cabeza que hubiera podido salvar a su hermana él solo si se lo hubiera propuesto. Sin embargo, decidió venir en nuestra busca.

—El amor hacia Selene le hizo venir hasta nosotros —apuntó

Trystan.

—Pues bendito sea ese amor —respondió su hijo—. Sea como sea, nos permitió llegar a tiempo de salvar a nuestras mujeres —agregó mientras le pasaba un brazo a Claire por encima de los hombros, y ella le sonrió mientras recibía el beso que él le daba en la frente.

—¿Y Anyan? —preguntó entonces la joven.

—Anoche, antes de retirarnos, averigüé por una doncella que Francis estaba con ella —le respondió Gladys—. Imagino que habrían venido en tu busca si te hubiera necesitado, ¿no, querido? ¿O prefieres ir a asegurarte?

—¿Sabéis qué? —Apuntó con el dedo a su esposa y a su hijo, advirtiéndoles al ver sus sonrisas pícaras que dejaran a un lado los ánimos de divertirse a su costa—. Yo me voy a desayunar. Si alguien precisa de mis servicios, estoy en el comedor.

Y dicho esto, se encaminó hacia la puerta, aunque miraba de reojo a Gladys, con una silenciosa petición para que lo siguiera.

—Mejor me voy con él —murmuró Gladys sonriendo, y con pasos apresurados alcanzó a su esposo quien alargaba su mano a la espera de que la tomase.

—Son como niños. —Sonrió Erick, chasqueando la lengua—. No sé cómo han conseguido hacer de mí un hombre responsable.

—Pues yo creo que han hecho un trabajo excelente —respondió ella, halagándolo, y Erick respondió dándole suave pero largo beso.

—¿De verdad estás bien? —preguntó, apartándole un mechón de pelo del rostro.

—Palabra de esposa —contestó, sonriendo al pensar que su marido no cambiaría nunca—. Y lo que le he dicho a tu padre es verdad. Tenerte cerca es mejor que cualquiera de los tónicos que él pudiera darme.

—Entonces vas a disfrutar de una larga y sana vida, porque no pienso volver a separarme de ti.

Claire asintió, pero se levantó de la cama para dejar a Deanna en la cuna, aunque, en realidad, parecía querer huir del instante que se había creado entre ellos, como si las palabras de Erick, en vez de ser afectuosas, le hubieran robado el ánimo.

—¿Qué pasa, mi amor? —La abrazó él por detrás.

—Es sólo que me pregunto si, en realidad, ha acabado todo. —Se dio ella por fin la vuelta, quedando rodeada por los brazos de Erick.

—No quedó piedra sobre piedra de aquel maldito reino —le aseguró él mientras sus facciones se endurecían—. La Fortaleza Roja no es más que una fortaleza fantasma, un recuerdo infame de lo que fue y nunca volverá a ser.

—Ojalá así sea —suspiró ella, apoyándose contra él.

—¿Sabes? Tengo ganas de volver a Meissen.

—Creí que te gustaba estar aquí. —Alzó ella su rostro para mirarlo.

—Y me sigue gustando —admitió—, pero siento que necesito volver a casa y disfrutar de ti y de la niña, estar más tiempo juntos, sin tanta gente alrededor.

—Esa gente... —Trató de reprocharle con la mirada, aunque de modo poco creíble—, es nuestra familia.

—A los que no les vendría mal gozar de su propio nidito de amor —bromeó él, echándose a reír los dos, aunque, de pronto, Erick agachó la cabeza y hundió su rostro en el cuello de Claire.

—Erick...

—Casi te he perdido dos veces en un lapso muy corto de tiempo —susurró, fallándole la voz al cerrársele la garganta, y abrazándola con fuerza, como si quisiera encajarla dentro de él, engarzarla cual piedra preciosa en su interior y poder así resguardarla de todo mal—. Estábamos en aquel bosque sombrío que parecía querer devorarnos, al igual que la angustia de saberte a un paso de la muerte y no poder hacer nada para evitarlo. Muchas veces sentí el impulso de coger mi caballo e ir en tu busca, pero sabía que era un suicidio, y que yo mismo provocarí tu muerte. Así que no tuvimos más remedio que esperar, y esperar. —Alzó el rostro hacia ella y Claire comenzó a enjugar sus incipientes lágrimas—. Podía sentir tu dolor, Claire. —Se llevó la mano al corazón—. Tu presencia era como una gota de lluvia que cae contra la superficie de un estanque y se expande formando pequeñas hondas. Llegaba hasta mí y me daba la certeza de que seguías con vida, pero también la del sufrimiento por el que estabas

pasando al creerme muerto.

—Nunca quise creerlo —le repitió como tantas otras veces.

—Es verdad, te mantuviste firme. —Sonrió él tristemente—. Eres mucho más fuerte que yo.

—No, Erick. —Claire le acarició el rostro, tratando de consolarlo—. No se trata de fortaleza. Se trata de esperanza, la que me hizo creer que Griän había venido en vuestro auxilio; y de confianza, la que tengo depositada en ti. Sabía que harías cualquier cosa por salvarme.

—Daría mi vida por ti —aseguró apasionadamente.

—Lo sé, Erick. Lo sé. —Consiguió decir justo antes de que Erick buscara sus labios con apremio, y Claire le respondió apretándose contra él, permitiéndole liberar en ese beso tan lleno de necesidad todos sus miedos y la agonía de su angustiada separación.

—Claire... —susurró sobre sus labios—. Lo lamento tanto...

—Nada de lo ocurrido es culpa tuya —lo contradijo, y tomó sus mejillas entre sus manos para que mirara sus ojos y la total seriedad con la que le decía aquellas palabras—. Yo también temo lo que pueda depararnos la vida, pero no depende de nosotros. Lo que sí es cosa nuestra es la forma en la que lo enfrentemos.

—Juntos —sentenció él.

—Claro que sí —concordó ella—. Juntos.

Erick la abrazó y, aunque Claire sabía que su esposo seguía sintiendo aquel temor en sus huesos, también sabía que, poco a poco, todo volvería a la normalidad. Sólo necesitaban tiempo y su amor para superar lo sucedido, y llegaría un día en el que aquello no sería más que un triste recuerdo.

—¿Tienes hambre? —preguntó Erick de pronto.

—Pues no mucha, la verdad —respondió sin entender a qué venía su pregunta.

—Aguarda un segundo —dijo él entonces, y escapó de brazos de Claire, quien lo vio sorprendida salir de la habitación, aunque apenas pasaron unos minutos hasta que regresó, cerrando la puerta con sonrisa triunfal y una bandeja entre las manos que dejó sobre la cómoda.

—He traído la suficiente comida para no tener que abandonar esta

recámara en todo el día —anunció sonriente mientras tomaba la mano de Claire que se hallaba sentada en una butaca, esperándolo, y la llevaba con él de vuelta al lecho. Luego, se quitó rápidamente la ropa y se metió en la cama, indicándole con un gesto que hiciera lo mismo.

—¿Piensas quedarte todo el día en la cama sin hacer nada? —preguntó ella un tanto sorprendida, aunque le obedeció.

—Amarte no es “sin hacer nada” —respondió él mientras una sonrisa sugerente se expandía por sus labios y que a Claire la hizo temblar de pies a cabeza.

—Erick... la cuarentena —le recordó ella no sin cierto pesar.

—Tranquila —le susurró, deslizando uno de los dedos desde su cuello hasta escurrirse entre el valle de sus pechos—. Seguro que se me ocurre algo.

Capítulo 42



Afuera, el sol comenzaba su andadura hacia el ocaso y, mirando hacia arriba desde la ventana, Francis pudo apreciar los primeros luceros que comenzaban a brillar en el oscurecido firmamento. Se giró apoyándose en el alfeizar y dirigió su vista a la cama. Anyan era como una aparición, enfundada en aquel camión blanco. Tenía mucho mejor aspecto que cuando la vio nada más regresar el día anterior, sus mejillas se habían tornado sonrosadas, al igual que sus labios, y su sueño era mucho más sosegado. Incluso dio un pequeño paseo por la habitación, aunque no quiso salir de ella.

No la culpaba. Temía enfrentar la censura del reino al completo después de lo sucedido, él mismo lo temía, pero también tenía la esperanza de que las cosas no llegasen a ser tan difíciles para ellos. Ni ella ni su hermano podían pagar por todos los crímenes cometidos por sus antiguos soberanos, ni eran responsables de no haber podido conocer otra manera de vivir distinta a la de Häe. Tal vez Anyan fue débil, tuvo miedo, y no supo cómo enfrentar la situación. Sin embargo, Griän lo arriesgó todo por intentar remediar lo sucedido, y casi perdió la vida en el intento.

Caminó lentamente hacia la cama y se sentó cerca de Anyan. Así, dormida, parecía tan tranquila, en paz, mas la angustia pronto se reflejaba en su rostro en cuanto abría los ojos. A Francis le dolía no saber cómo borrar aquella inquietud de su mente, pero pronto habría decisiones que tomar, y juntos sería la mejor forma de hacerlo.

—Hola, mi hermoso Capitán. —Escuchó de pronto que le decía.

Bajó el rostro y vio que estaba despierta, y que le sonreía, cosa que

no dejó de sorprenderlo. Se inclinó sobre ella y depositó un delicado beso en sus labios.

—Hola, Milady —respondió con voz grave y sugerente—. ¿Cómo os sentís?

—Cada vez mejor —contestó sonriente mientras se incorporaba.

—¿De verdad? —quiso asegurarse él, preguntando mucho más de lo que esas dos palabras decían, y ella asintió, aunque no pudo evitar abrazarse a él.

—Estoy aterrada —reconoció, dejando escapar un suspiro al sentir los dedos de Francis hilando cariñosamente su cabello—. Llevo toda la vida preparándome para morir, Francis, deseando hacerlo, y salí de Hãe sabiendo que ése era mi destino. Y ahora...

—No, Anyan —la interrumpió él suavemente—. Tu destino era que yo te salvara la vida aquella vez que casi te ahogas en el lago, y que nuestros corazones quedaran ligados para siempre desde entonces.

—Sí, aquel día salvaste mi vida —recordó ella, sonriendo—, y no sólo porque me sacaras del agua.

—Pero te asusta vivir tu vida a mi lado —lamentó él.

—No es eso lo que me asusta. —Anyan se apartó un poco para mirarlo—. Lo que me asusta es cómo puede cambiar tu vida por el hecho de vivirla conmigo. No quiero que tengas que renunciar a nada por mí.

—¿Renunciar a qué? —preguntó sorprendido por lo que le parecía una estupidez—. ¿Crees que ser Capitán de la Guardia de Asbath se pueda comparar a tener cerca a la mujer que amo?

—Te podrías arrepentir de...

—Escúchame bien. —Francis apesó su rostro entre sus manos—. De la única cosa que podría arrepentirme es de volver a permitir que me alejes de tu lado. Ya lo hiciste una vez —le recordó—, y jamás lamentaré lo suficiente el haberme marchado de Adamón sin llevarte conmigo.

—Ya sé que debería haberte dicho lo que sucedía. —Trató de bajar el rostro, aunque Francis se lo impidió.

—Eso ya no importa, ¿no lo entiendes? —replicó, aunque sin reproche alguno en su voz—. Aquello ya pasó, hay que mirar hacia el

futuro, y mi máximo deseo es hacerlo contigo, a mi lado.

—Francis...

—Quiero que seas mi esposa, Anyan.

—¿Tu esposa? —preguntó mientras se le escapaba una sonrisa de los labios y enrojecía profundamente.

—¿Acaso no lo esperabas? —Su repentino rubor lo hizo reír—. ¿Es que en Hãe no...? —Y se calló, temiendo ahora haber sido inoportuno con su comentario.

—No creo que te agradase la percepción que tienen los Hãe sobre el matrimonio, pero... —Lo miró entre coqueta y avergonzada—, leí algo en los Libros Prohibidos acerca de la celebración de esponsales.

—Es una forma de formalizar la unión de una pareja frente a los Dioses y que tenga validez frente a los hombres —le explicó—. Pero entiendo que tú no...

—¿Y en qué consiste? —preguntó sin embargo con mucho interés, enredando sus dedos con los de Francis.

—Pues, los futuros esposos recitan unos votos —respondió sin querer que aquella ilusión que comenzaba a asomarse se tornara luego en decepción.

—Frente a todos —quiso asegurarse ella.

—Sí, ¿por? —Frunció el ceño ante tanta curiosidad.

—¿Podría escucharlos yo antes? —le pidió, dejando una insinuación en el aire que aceleró el corazón de Francis.

—¿Antes? Anyan...

—Me gustaría saber cómo será —insistió ella.

“Cómo será”, había dicho. ¿Quería eso decir que accedería a unirse a él en sagrado matrimonio bajo los ojos de unos dioses en los que ella no creía? Anyan acercaba su rostro al de Francis, clavando sus ojos en él, y parecía contener la respiración como si creyese que su futuro dependía de sus palabras. Y, en cierto modo, así era.

—Por favor...

—Anyan... —Francis tomó sus manos entre las suyas y cerró los ojos un instante, dejando que todo el amor que sentía por ella lo inspirara—. En tus ojos encuentro mi hogar; en tu corazón encuentro mi amor; en tu alma encuentro mi compañera. Anyan, tú eres mi

aliento y el latido que me da vida.

Francis se mordió el labio inferior, reprimiendo los deseos de besarla al contemplar sus ojos brillantes por la emoción y su respiración agitada.

—Ahora, te entregaría mi anillo. —Acarició suavemente su dedo anular, allí donde lo colocaría—. Y tú me entregarías el tuyo cuando hubieras recitado tus votos.

Anyan bajó el rostro, sonriendo tímidamente, fijando la mirada en sus manos unidas, y acariciando el dedo anular de Francis.

—Yo...

Francis contuvo la respiración, mientras su corazón se desbocaba contra su pecho de anticipación, a la espera de que ella...

—Tu alma marcó mi destino, y la mía la seguirá allá donde vaya —susurró entonces—. Te confío mi vida, mis sueños y mi corazón, y mi amor será tuyo... siempre.

Una pequeña lágrima recorrió la mejilla de Anyan y Francis la enjugó con sus labios, suavemente. Tenía el corazón atenazado, turbado por todos los sentimientos que afloraban en tropel y que apenas lo dejaban respirar. Juntaron sus frentes y respiraron de su aliento, cálido y sobrecogido. Y Francis no se contuvo por más tiempo y la besó. Su boca trémula reclamó la de Anyan, que temblaba entre sus brazos. Pero le correspondió, con sus labios y su corazón. Su cuerpo menudo y delicado se amoldaba al suyo, sus dedos jugueteaban con los mechones de su cabello y sus labios dulces acariciaban los suyos, impregnándolos de su exquisito sabor, el de un amor profundo, correspondido y que le brindaba infinidad de sueños y esperanzas, ilusiones que compartir con ella, que lograr y cumplir a su lado.

—¿Me besarás igual ese día? —musitó ella en un hilo de voz mientras las esmeraldas de sus ojos lo encandilaban.

—Ése, y todos los días de nuestra vida. —Acarició delicadamente sus labios con el pulgar—. Te amo, Anyan.

—Te amo —le respondió abrazándose a él, refugiándose en sus brazos, allí, donde siempre estaría segura, donde no había temor que no pudiera enfrentar—. ¿Me ayudarías a vestirme? —le preguntó de

pronto, y Francis la miró, preguntándole con la mirada lo que no hacía falta decir a viva voz—. Primero quiero ir a ver a Griän, necesito verlo. —Francis asintió, comprendiendo—. Y luego...

—Los reyes siempre se han mostrado muy benevolentes —tanteó.

—Ojalá así sea —repuso ella con cautela.

—Pase lo que pase, estaré a tu lado, Anyan —quiso darle confianza, la que él mismo deseaba poseer—. Y no hay nada en este mundo que me importe más que tú, es a lo único que no renunciaría jamás.

Anyan asintió, aunque no pudo ocultarle a Francis las lágrimas de sus ojos. Él se inclinó y depositó un suave beso en cada uno de ellos, como si quisiera sellarlos, porque no había motivos para derramar ni una lágrima más. Luego, se puso en pie y le ofreció su mano. Con lentitud, Anyan se levantó, y comprobó con alivio que sus piernas seguían recobrando fuerzas, cada vez más, y Francis la soltó un momento para coger un precioso vestido rosado que una doncella había llevado horas antes a la recámara.

—Es de la Reina Gabrielle —respondió Francis a la demanda silenciosa que le hizo Anyan con la mirada.

Le sorprendió la amabilidad de la soberana, pero más le maravilló el excesivo cuidado con el que Francis la despojó del camisón y le colocó después una delicada prenda de lino y, sobre ella, aquel vestido. Sus manos eran suaves, gentiles y parecía adorarla con la mirada, como si estuviera contemplando el tesoro más preciado que pudiera un hombre tener a su alcance. Entonces, para finalizar, Francis le acercó un cepillo para que peinase su cabello, y comenzaba ella a hacerlo cuando vio que él abría parcialmente la parte superior de su brigantina y hurgaba en su interior, buscando algo. No tardó en encerrarlo en un puño y alargarlo hasta ella, abriéndolo después, ofreciéndole su broche, aquel que ella le dejara antes de separarse.

—Lo guardabas contigo —murmuró sorprendida, emocionada.

—Cerca de mi corazón —asintió él—, aunque, ahora me gustaría devolvértelo y vértelo puesto.

Anyan se elevó sobre las puntas de sus pies y lo besó, enternecida por su gesto. Luego, recuperó el broche y se acercó al espejo para colocárselo en el pelo, aunque de forma que su cabello quedase suelto,

como sabía que a él le gustaba. De hecho, cuando hubo finalizado, giró su rostro hacia él, mirándolo por encima del hombro, buscando su aprobación, pero Francis ya caminaba hacia ella para rodearla entre sus brazos y besarla con pasión.

—Estás preciosa —susurró sobre sus labios.

—Gracias —respondió halagada—. ¿Vamos?

Francis asintió y tomó su mano, queriendo infundirle aplomo y seguridad. Al poco de salir de la habitación, se toparon con un par de doncellas que caminaban hacia ellos por uno de los corredores. Ambas se detuvieron al verlos y se apartaron, cabizbajas, y Anyan sintió una pequeña punzada al notar su rechazo, y que se borró rápida y sorprendentemente al darse cuenta de que la intención de las muchachas era dedicarle una delicada venia.

—Buenas noches —dijeron ambas casi al unísono.

—Nos alegra que ya estéis recuperada, Milady —añadió una de ellas.

—Muchas gracias —respondió Anyan, ciertamente agradecida—. ¿Podría pedirnos un favor?

—Por supuesto, Milady —volvieron a responder casi a la vez.

—¿Podríaís comunicarle a Sus Majestades que deseo me concedan una audiencia? —recitó solemnemente—. Ahora quisiera ver a mi hermano, pero, después, estaré a su completa disp...

—Disculpadme, Milady —la interrumpió una de las doncellas, excusándose con la mirada por su descortesía—. Precisamente veníamos a avisaros de que os esperan a vos y al Capitán Francis a cenar, si gustáis.

—¿A mí también? —Francis no pudo evitar preguntar.

—Sí, Capitán —le respondió la muchacha—. La cena se servirá dentro de una hora.

—En ese caso, decidles a Sus Majestades que iremos encantados —les indicó Anyan.

Ambas doncellas hicieron una venia y se marcharon por donde habían venido, aunque ni Anyan ni Francis se movieron de donde estaban.

—¿Era a esto a lo que te referías? —preguntó Anyan aún

sorprendida.

—Ciertamente, no —reconoció Francis.

—Vamos a ver a Griän. No quiero llegar tarde a esa cena.

Francis asintió y volvió a tomar su mano, caminando ambos con premura hacia el torreón de los invitados. Anyan sentía que le temblaban las piernas, y no era solamente por aquella debilidad que por suerte ya comenzaba a abandonarla. Iba a enfrentarse a los soberanos de aquellas tierras mucho antes de lo esperado y además...

—¿Seguro que Griän está bien?

—Te lo juro, Anyan —le repitió él, como ya hizo a lo largo de ese día—. Ayer, cuando atravesó las murallas de este castillo era un hombre moribundo, el Rey Trystan se sentía impotente por no poder salvarlo, no sabía qué más hacer —le relató—. Pero luego llegó Selene, le dijo algo acerca de una planta, que yo no termino de comprender —reconoció—, y cuando vine a verlo hace algunas horas... De verdad, Anyan, parece otro hombre.

—Y yo creyendo que tu hermana no me estaba prestando atención —dijo con sonrisa pícara.

—¿Qué?

—Ya te lo explicaré en otro momento —repuso deteniéndose ya frente a la puerta de la recámara donde reposaba Griän. Anyan le dio un beso en la mejilla a Francis que recibió de buena gana, aunque no supo cuál era el motivo para dárselo, y llamó a la puerta.

Cuando entraron, vieron que Griän estaba sentado en la cama y a Selene, de pie frente a él, con los brazos cruzados y en actitud reprobatoria. Griän estaba cabizbajo, claramente molesto, pero cuando se giró a ver a los recién llegados, su mirada se iluminó.

—Anyan... hermana —susurró.

Griän hizo el ademán de levantarse, pero Anyan ya corría a su encuentro, y se hincó de rodillas frente a él, abrazándolo.

—No sé cómo hemos podido vivir tantos años sin esto —susurró Griän, apoyando su rostro contra el hombro de Anyan y rodeándola con fuerza entre sus brazos.

—Ahora tenemos toda la vida por delante para recuperar el tiempo perdido —respondió ella, apartándose de él y enjugándose un par de

lágrimas de los ojos—. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor. —Le sonrió él, besando su frente.

—Gracias. —Se giró Anyan entonces hacia Selene, y alargó la mano para tomar una de las suyas y apretarla cariñosamente.

—No las merece, Milady.

—¿Milady? —Hizo ella una fingida mueca de espanto, para mirar luego a Francis.

—Vamos a casarnos. —Francis les dio la noticia—. Si me dais vuestro consentimiento, por supuesto.

—Deberías olvidar también el protocolo conmigo si vas a desposar a mi hermana —dijo Griän como respuesta, sonriéndole—. Como ya te dije una vez, sólo espero que la hagas feliz.

—Con la condición de que tú hagas feliz a la mía —respondió, mirando a una sonrojada Selene de reojo y extendiendo su mano hacia Griän.

—Puedes contar con ello —aseveró Griän, estrechándosela.

Anyan le dio un sonoro beso en la mejilla a su hermano y luego se levantó para reunirse con Francis, quien la reclamaba con la mirada, y Griän le hizo un gesto a Selene para que fuera con él.

—Ven, mi sol, ayúdame a levantarme.

—Pero Griän, ya te he dicho antes que... —comenzó a rebatirle ahora.

—¿Estás seguro de querer llevarle la contraria? —se chanceó Francis.

Su hermana le lanzó una mirada de advertencia, pero Griän se echó a reír mientras conseguía levantarse.

—Es una imprudencia —siguió reprochándole Selene—. Se puede abrir tu herida y...

—Sus Majestades han tenido la deferencia de invitarnos a su mesa...

—¿A vosotros también? —demandó Anyan claramente emocionada.

—Sí, hermana —respondió Griän muy serio—. Me han excusado ofreciéndose a visitarme después si mi estado no me permitía acudir al comedor, pero creo que bien merecen el esfuerzo —alegó con la solemnidad propia de un lord.

Francis reparó en ello, y en que fue la misma actitud que mostró

Anyan al hablar momentos antes con las doncellas. No en vano eran parte de la nobleza de Häe. Pero, además, le alegraba sobremanera que Sus Majestades también hubieran tenido esa atención para con él y Selene.

—¿Te apoyarías en mí, al menos? —le preguntaba Selene, aunque quedaba patente que también había quedado impresionada por sus ademanes. Pero Griän le pasó el brazo por encima de los hombros y le sonrió, besándola dulcemente.

—Claro que sí. ¿Me ayudas a vestirme? —Le señaló sus ropajes que estaban encima de una silla, pero entonces intervino Francis quien fue hacia un baúl, para sacar algunas prendas de ropa.

—Me las hizo llegar la Reina Gabrielle con una doncella. —Le ofreció una túnica azul oscuro y unas calzas marrones, muy distintas a sus acostumbrados ropajes negros—. Creo que son del Príncipe Erick, quien tiene más o menos tu complexión.

—Este vestido me lo ha prestado Su Majestad —añadió Anyan.

Griän asintió, sonriente, a su hermana le favorecía ese color, pero no podía evitar mostrarse sorprendido por todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Esperaremos fuera mientras te vistes —le dijo Anyan, aunque Griän sólo afirmó con la cabeza.

—¿Estás bien? —Se giró entonces hacia Selene al escuchar su voz—. ¿Te molesta que la reina...?

—Claro que no. —Sacudió él la cabeza, tratando de dejar atrás sus temores, aunque echó un último vistazo a sus antiguos ropajes Häe. Dejarlos en aquella silla era un símbolo de la vida que también dejaba atrás—. Anda, ayúdame.

—Prométeme que, si te sientes fatigado, volverás a recostarte —le pidió ella mientras le ayudaba a acomodarse la ropa.

—¿Vas a acompañarme si lo hago? —preguntó con tono sugerente.

—No es que sea muy apropiado —respondió, bromeando.

—¿Porque puedes correr el riesgo de quedar encinta? —le siguió él el juego.

Selene comenzó a reír, pero él la abrazó y buscó su boca.

—En cuanto esté recuperado, podré por fin demostrarte cómo se

debe amar a una mujer —murmuró, jugueteando con sus labios, y Selene creyó que iba a ser ella la que tendría que sostenerse en él al temer que le fallasen las piernas—. Pero puedo asegurarte que, esta noche, soy inofensivo. —Le dio un golpecito en la nariz con la punta del dedo—. ¿Vamos?



Zayev tomó la jarra de vino y volvió a llenar las copas de los que lo rodeaban, aunque más de uno trató de impedirselo, cubriéndola con la mano. Fallaron sin embargo, pues Zayev lo solucionó tomando la copa y llenándola a toda prisa.

—¿Es que quieres emborracharnos a todos? —se quejó Cailen que estaba sentado frente a él.

A su lado se sentaba Adrianne y al otro, Phelan, quien había insistido en que Josiah lo hiciese junto a él.

A pesar de haberse convertido en parientes de forma forzosa, los dos soberanos congeniaron muy bien, y Phelan no hacía más que darle vueltas al tema de sus problemas financieros. Para nadie era ya un secreto la inusitada huída de su hogar por parte de Adrianne, y aunque la actitud de Josiah hacia su hija fue poco menos que reprochable, ambos se reconciliaron y Josiah aceptó, finalmente, que hubiese contraído nupcias con Cailen.

Desde un principio, tanto él como Phelan fueron sinceros, advirtiéndole que no saldría ni una sola pieza de oro de las arcas de Tarsus, pero que le ayudarían a tratar de resolver la situación, y Josiah decidió que le hacía feliz que su hija hubiera encontrado un buen hombre como lo era Cailen. Tal vez el Reino de Gunnar se hundiría hasta los cimientos, pero él había estado a un paso de perder a su hija, y esa cruda realidad provocó que sus prioridades cambiaran radicalmente de orden.

—Creo que no voy a volver inmediatamente a Tarsus —anunció Cailen, sorprendiendo a su padre y a su hermana que se sentaba junto

a Zayev—. ¿Decís que vuestro yerno es quien controla las finanzas del reino?

—¿No querrás que desconfíe del esposo de mi hija mayor? —Josiah frunció el ceño.

—Claro que no. —Alzó las manos con gesto conciliador—. Es únicamente que cuatro ojos ven más que dos.

—Tal vez, antes de marcharte podrías estudiar el sistema de recaudaciones que mi primo está comenzando a aplicar en Los Lagos —intervino Erick, quien se vio obligado a acudir a cenar por expresa petición de Nicholas.

—Pues yo no sé qué decirte —replicó su primo, quien, desde el otro lado de la mesa, seguía la conversación.

—¿Ha habido problemas? —preguntó ahora Jordan—. Creí entender cuando Patrick y Steve regresaron que no habían tenido dificultades...

—Tuve la feliz ocurrencia de preguntarlo frente a todos. —Extendió las manos señalando a su alrededor, y recordándole a Jordan que acababan de llegar en plena celebración porque Nicholas había recuperado la memoria—. No creyeron oportuno inquietarnos en ese instante, pero ha habido ciertos disturbios —añadió haciendo una mueca.

—¿Qué sucede? —se interesó Trystan.

—Algunos feudos no aceptan de buen grado que sus arcas no estén tan llenas como solían estarlo —le respondió.

—Pues yo creo que es una fórmula mucho más justa —intervino Gabrielle claramente disgustada, por lo que Nicholas tomó su mano entre la suya, pidiéndole calma.

—Yo también lo creo —la respaldó Trystan—. De hecho, pienso aplicar el mismo sistema en Meissen.

—¿Tan difícil es de entender que es un trato mucho más equitativo? —dijo ahora Claire—. No son las arcas reales las que salen beneficiadas, sino los campesinos y granjeros que se ven en la obligación de entregar a los Señores la mitad de sus bienes.

—Tranquila, amor. —Erick imitó a su primo y tomó también la mano de su esposa, besándosela—. Bastará con demostrarles quién

gobierna estas tierras.

—Hijo...

—No es necesario ser un tirano, o provocar una guerra civil para ello, madre.

—Tiene razón —lo secundó Trystan—. Es cuestión de...

De pronto, Erin entró al comedor, aunque sin portar la cena como todos esperaban, y con pose un tanto ceremonial.

—¿Sucede algo? —preguntó Gabrielle.

—Lord Griän y Lady Anyan, acompañados del Capitán Francis y su hermana Selene, ruegan ser recibidos —recitó con aire formal.

—Que pasen —respondió Nicholas al instante—. Para eso los hemos invitado a venir.

—Muchacho imprudente —exclamó Trystan en cuanto vio llegar a Griän del brazo de Selene.

—Buenas noches a todos. —Hizo él una profunda reverencia, a pesar de la regañina y del dolor que le producía aquel movimiento.

—Dejaos de venias y tomad asiento —replicó de nuevo Trystan, aunque con tono más amable.

—No lo regañes, Trystan —lo excusó Gabrielle—. Somos nosotros quienes les hemos hecho llamar.

—Me siento mucho mejor, y deseaba presentaros mis respetos como es debido —alegó Griän, quien ya tomaba asiento con ayuda de Selene—, mas en cuanto me sienta fatigado, volveré a mi recámara.

—Pero dejamos dicho con la doncella que nosotros iríamos a visitaros si no estabais en condiciones de levantaros —señaló Nicholas.

—Eso es cierto, aunque me alegro mucho de que hayáis aceptado nuestra invitación —les sonrió la reina.

—Al contrario, Majestad. Mi hermana y yo somos quienes debemos agradeceros tanta cortesía. —Se giró hacia Anyan quien sonrió, concordando con él—. De hecho, ése es uno de los motivos por el que me urgía venir, para agradeceros a todos vuestra amabilidad y comprensión, dadas las circunstancias.

—Para nadie es un secreto que yo no confiaba en vos —dijo Zayev mientras Cailen asentía, secundándolo al ser de su misma opinión—.

Sin embargo, después de lo que habéis hecho por todos nosotros, merecéis todo mi respeto y gratitud.

—Gracias, Alteza —respondió él humildemente—. Pero no las merece. Últimamente, mi concepto acerca del bien y el mal es un completo caos, así que me dejé guiar por lo que me dictaba el corazón —añadió, mirando a Selene de reojo.

—Nadie sabe dónde está el límite entre el bien y el mal —le dijo Trystan—, pero creo que vais por buen camino.

—Y hablando de caminos —terció Nicholas mientras le hacía una seña a Erin quien aguardaba para servir la cena—. ¿Habéis pensado en lo que vais a hacer tras vuestra recuperación? No me malinterpretéis —se apuró en decir—, de hecho me complacería que decidierais quedaros aquí. Este reino siempre necesitará buenos hombres como vos.

El joven vaciló, buscando la mirada de Selene y su mano.

—Aunque cabe la posibilidad de que queráis volver a Häe —continuó Nicholas—, y, siendo así, sería bueno saber si necesito buscar otro capitán para la Guardia de Asbath.

Francis casi se atraganta con el vino que estaba bebiendo en ese momento, y la risa de Jordan fue la que más se escuchó de entre todas las demás.

—Yo mismo me encargaré de buscar otro capitán si no me nombras tu padrino de bodas —lo amenazó Jordan.

—¿Tú? Los Dioses me guarden —Le hizo Francis un mohín burlón.

—Huye hacia Häe, Francis —bromeó Griän—. Allí ya seríais considerados como esposos, y sin necesidad de ceremonia o de padrino.

—¿Vos de qué lado estáis? —exclamó Jordan con mal fingido enojo—. Y yo que empezaba a apreciaros...

—¿Y cómo es eso de que ya serían esposos? —se interesó Agatha.

—No existe el amor como vínculo para la unión de un hombre y una mujer —comenzó a explicarle Anyan—. Basta que decidan engendrar un hijo y vivir bajo un mismo techo, sin ceremonias que la consagren —añadió con cautela, comprendiendo que no era una práctica acorde con su moralidad.

—En tal caso, ¿Francis y vos ya seríais esposos? —preguntó Claire con curiosidad, en cambio.

—Así es —respondió ella sonriente, aunque miró a su hermano durante unos segundos, como si ambos estuvieran manteniendo una conversación silenciosa.

Y, en cierto modo lo era, sabía lo que pasaba por su mente en esos instantes, porque él sentía lo mismo.

Era sobrecogedor sentirse rodeado de tanta gente que los trataban a él y a su hermana como si fueran uno más, con respeto y consideración. Sinceramente, Griän imaginaba un futuro incierto, vendiendo los servicios de su espada a algún señor feudal, y sin embargo, el Rey Nicholas deseaba que él permaneciera en el reino. Su nueva vida comenzaba aquel día, en aquel momento, y tenía que abrazarla, con todas sus consecuencias.

Miró a Selene quien sonreía mientras seguía la conversación que se daba ahora en la mesa, y en la que Agatha le confesaba a Anyan que, de vuelta a Asbath, disfrutaría mucho de su compañía, estando, además, ambas en estado de buena esperanza. Griän sintió una pequeña punzada ante esa posible separación, pero ella seguiría a Francis, quien volvería a Asbath como capitán que era. Ése sería su modo de adueñarse de esa nueva vida que se abría ante ella. Y sin embargo, él...

—Disculpadme todos, pero quisiera hacer una petición —dijo de pronto, apenas siendo consciente de que lo estaba haciendo.

—Vos diréis —le animó Nicholas a hablar mientras el resto guardaba silencio.

—Entiendo que pueda ser una petición un tanto fuera de lo común...

—¿Qué sucede, Griän? —le preguntó Selene por lo bajo, preocupada.

—Sucede que si quiero tener una vida plena, también debe serlo la tuya —dijo él con la intención de que todos lo oyeran—. Quiero desposarte, Selene, frente a todos, frente a tus dioses.

—Pero, Griän... —Ella trató de sonreír, aunque le ardían las mejillas de la impresión—. Ya lo habíamos hablado...

—No, Selene —negó él—. Mi intención es entregártelo todo, y me sentiría un miserable si te arrebatara algo que ha formado parte de toda tu vida: tus creencias. Y sé que necesitas que nuestra unión sea bendecida, para que nuestro hijo, el que ya llevas en tu vientre, también lo sea.

Una exclamación se alzó en torno a la mesa por esa buena nueva que algunos de los presentes desconocían, pero Griän no se inmutó. Mantenía sus ojos fijos en Selene, a la espera de su reacción, de aquella mirada vidriosa que le hablaba, que le decía que tenía razón.

—No sé si algún día tus dioses serán mis dioses —añadió él—, pero necesito que me aceptes como tu esposo, en cuerpo y alma, y la tuya debe estar serena, en paz. Dime, ¿aceptas?

—¿Harías eso por mí? —le preguntó ella en cambio, con voz temblorosa.

—Pero si yo mismo acabo de proponértelo. —Sonrió al comprender que significaba para ella mucho más de lo que él imaginaba—. Sólo confío en que Sus Majestades no me consideren un blasfemo y me den su beneplácito.

—Yo no veo más que a un hombre enamorado dispuesto a complacer a la mujer que ama —alegó Nicholas, con tono cordial—. Será como vos queráis.

—Gracias, Majestad —le dijo él, tras lo que volvió a girarse hacia Selene—. ¿Entonces...?

Ella no contestó, pero apoyó las palmas de las manos sobre su torso y lo besó, sin que los vítores y aplausos por parte de todos se hicieran esperar.

—Aprende —provocó Jordan a Francis.

—Príncipe Zayev... —empezó a decir entonces el capitán—, ¿me concederíais el honor de ser mi padrino?

Pero entonces, Jordan cogió un cuchillo de la mesa y lo señaló con él de modo amenazante.

—Creo que va a ser más divertido de lo que os había prometido —le dijo Agatha a Anyan por lo bajo.

—Podríamos organizar un gran festejo para aprovechar el bautizo de nuestros hijos y vuestros esponsales —sugirió entonces Gabrielle.

—Ciertamente, hay mucho que celebrar. —Richard alzó su copa, con el ánimo ya ligeramente exaltado.

—¡Que traigan más vino! —Se escuchó de repente la fuerte voz de Zayev por encima del resto.

—Siendo así, espero que os planteéis firmemente la posibilidad de quedaros aquí, Griän. O si lo preferís, podríais serle de gran ayuda a Jordan en Asbath —insistió Nicholas.

—Sería un honor, Majestad —respondió Griän sinceramente—. Ya no es sólo mi futuro el que está en juego, sino el de mi familia —añadió, sintiendo lo gratificante que resultaba el sonido de aquella palabra, su significado.

—Poco futuro va a haber si seguís tentando a la suerte —le regañó Trystan de pronto—. Tú, jovencita, acompaña a tu prometido a su recámara y que no vuelva a levantarse de la cama hasta que yo lo ordene.

—Pero, querido, permítele al menos que se coma el postre —lo regañó Gladys.

—No os preocupéis, Majestad. Estoy más que satisfecho y vuestro esposo tiene razón. Además —añadió mirando a Selene con complicidad—, he prometido retirarme si me sentía fatigado y creo que ya va siendo hora.

—Que descanséis —les deseó Gabrielle, mientras ambos se ponían en pie—. Y, Selene, mañana comenzamos con los preparativos.

—Gracias, Majestad —respondió ella visiblemente emocionada.

Tras hacer ambos una ligera reverencia con la que se despidieron de todos los presentes, pusieron rumbo hacia el torreón de invitados, apoyándose Griän cuidadosamente en Selene.

Comenzaban a atravesar una gran sala dividida por una columnata cuando ella tiró de él y le hizo apoyar la espalda tras una de las columnas. Lo besó. Víctima de la impresión inicial, Griän apenas pudo reaccionar, pero a los pocos segundos, la tomó por los hombros y la hizo girar, quedando ahora ella con su espalda contra la columna y aprisionada por el cuerpo masculino que aún conservaba su musculatura y tonicidad. Griän apesó sus mejillas entre las palmas de sus manos y bebió de su boca, ávido de sus labios y su sabor, con

exigencia y ardor. La apretó más contra él mientras un sentimiento de posesión se arremolinaba en su pecho, y cuando acarició suavemente los labios de Selene con su lengua y ella le dio acceso, gimió al poseer su boca, con afán, gozando de su cálida y dulce miel. No la liberó hasta que no quedaron sin aliento y sus bocas entreabiertas reclamaban aire mientras seguían devorándose con los ojos.

—Griän...

—¿Seguro que quieres acompañarme a mi recámara? —preguntó con su mirada verde oscurecida por la pasión.

Selene se escurrió de entre sus brazos y se alejó un paso, para detenerse y extender su brazo, ofreciéndole su mano. Griän la tomó pero tiró de ella, volviendo a atrapar su boca en un beso voraz. Y comenzó a caminar con ella aún entre sus brazos, dispuesto a no soltarla jamás.

Epílogo



Mientras las dos parejas de pie en el altar se fundían en tiernos besos, una calurosa ovación se alzaba a su alrededor. Ése era el final que cerraba las celebraciones de aquel día, tras los bautizos de Ilsik y Deanna.

Previendo que iba a ser una cita multitudinaria, los preparativos del banquete se realizaron en la plaza principal, donde se hallaban colocadas un buen número de mesas, iluminadas con numerosos postes con antorchas y siempre dejando en el centro de tan vasto espacio un lugar reservado para aquellos que quisieran disfrutar de una buena danza. Desfilaron decenas y decenas de bandejas con venado, faisanes, pescado, y una cantidad semejante de jarras de cerveza, vino e hidromiel.

Todo el banquete estuvo amenizado por la música y las sonatas que algunos vecinos interpretaban con diversos instrumentos de música y, pronto, muchas parejas iniciaron la danza. De los sentados en la mesa principal, Francis fue el primero que tomó a su ya esposa y se unieron al baile, y Griän, en cambio, fue quien se vio arrastrado por Selene. Se le notaba un tanto abochornado al no conocer bien el ritmo de la melodía, pero Selene lo recompensaba con sus sonrisas y algún que otro beso furtivo cuando se acercaban en algún giro, así que Griän le ponía empeño, a la espera de los dulces besos de su esposa.

Desde la mesa principal, las mujeres observaban la danza y bromeaban, divertidas, aunque más de una acicateó a su esposo para que la sacara a bailar, como fue el caso de Ylva y Adrienne. Agatha

también quiso unirse al bullicio, pero Jordan le aseguró que sólo le concedería un baile al no querer que se agotara, como si realmente pudiera controlar la impetuosidad de su esposa, y Claire y Gabrielle decidieron dejar la danza para más tarde al ver a sus esposos hablando con entusiasmo.

—Finalmente, ¿permanecerá en Los Lagos? —le preguntó Erick a Nicholas, señalando con un movimiento de cabeza a Griän.

—No. —Dio un sorbo de vino, relajado en su sitial—. Acompañará a Jordan a Asbath. Así, ni él ni Selene se separarán de sus hermanos, y él le será de gran ayuda a Jordan. Es un hombre muy capaz, de amplias miras.

—Entonces, ¿vuestra conversación de esta mañana ha ido bien? —se interesó—. ¿Qué te ha contado sobre Hæe?

—Algunos miembros de más edad pertenecientes a la Corte decidieron permanecer en Hæe en representación de los reyes —le explicó sin mucho interés.

—Podrían querer volver a atentar contra nosotros —expresó Erick en voz alta sus temores.

—Hæe ahora mismo no tiene medios para hacerlo —apuntó Nicholas—. Según Griän, los Reyes de Hæe trajeron casi todo el oro con ellos y, aunque pueda resurgir, aunque sea un reino próspero, no creo que sepan hacerlo por sí mismos.

—Pero y esos nobles que...

—Los tres reyes sometían al pueblo con su poder, su dominio, su preponderancia y el temor que inspiraban. Eran jueces, jurado y verdugos, nadie habría osado jamás poner en duda su autoridad. Los nobles que permanecieron en Hæe puede que consigan que el reino no entre en un absoluto estado de anarquía, pero nada más —apostilló.

—Te veo muy tranquilo —le reprochó Erick de repente a Nicholas.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —Se encogió de hombros, confiado—. Hæe no existe más allá de sus murallas, no tiene aliados, y el único que consiguió, pretendía traicionarlo —le recordó—. Mira a tu alrededor, Erick. Todos los territorios tras los Picos de la Media Luna, Breslau, Asbath, ahora también Gunnar —añadió, señalando a Josiah—. Nuestra alianza nos hace poderosos —concluyó Nicholas—.

Y tal vez, a Häe le convendría más ser nuestro aliado, no nuestro enemigo.

Erick se dejó caer por fin sobre la butaca, convencido por las palabras de Nicholas. Entonces, recorrió con la mirada toda aquella plaza abarrotada de gente y tomó su copa, acercándola hacia Nicholas y alzándola en un brindis.

—Por la Alianza.

Nicholas lanzó una carcajada de divertimento y alzó también su copa.

—Deja tus alianzas para mañana, primo —le recomendó sin embargo, mirando de reojo a Gabrielle, quien le sonreía. De pronto, dejó la copa sobre la mesa y se puso en pie, inclinándose sobre Erick justo cuando pasaba por detrás de él—. Disfruta de los manjares, del vino y del amor de tu esposa. Hazla bailar —le sugirió, haciendo que Erick riera y mirase a Claire con aire travieso.

Nicholas, por su parte, se dirigió a su esposa y, tomando su mano, se inclinó hacia ella.

—¿Bailaríais conmigo, mi señora?

—Sería un honor, mi señor —respondió ella, esforzándose en no reír.

Nicholas la condujo hacia el centro de la plaza, mezclándose con el resto de parejas, mientras sostenía su mano en alto con fingida y exagerada actitud altilocuente. Gabrielle trataba de mantenerse seria, imitarle, al tiempo que giraban y entrelazaban sus manos, y reprimiendo la risa que le provocaba su porte encopetado. Hasta que volvieron a dar otro giro en el que sus manos se unían y que Nicholas aprovechó para tirar de ella, impulsándola y capturándola en el aire. Gabrielle lanzó un grito sujetándose de sus hombros y él le rodeó la cintura completamente con sus brazos, alzándola, sin que Gabrielle tocara el suelo con los pies.

—Comportaos, mi señor —bromeó ella—. ¿Qué pensarán los ciudadanos sobre su rey?

—Pensarán que, además de rey, soy hombre, un hombre muy enamorado de su mujer. Y al que no le importa demostrarlo —añadió con sonrisa sugerente, aunque ella le lanzó una mirada de

advertencia.

—Nicholas...

—Bésame, mi reina. Bésame... Gabrielle.

Nicholas alzó su rostro y ella fue al alcance de sus labios, uniéndose en un beso intenso y apasionado. Gabrielle hundió sus finos dedos en las ondas de su cabello y él cerró los brazos alrededor de su cuerpo menudo. Felicidad, emoción, esperanza, deseo...

Y allí, deleitándose del dulce sabor de los besos de Gabrielle, de su cálido aliento y de la suavidad de sus manos, vino a darse cuenta de que había errado en su afirmación.

Sí, sus aliados le hacían poderoso, pero el amor de Gabrielle lo volvía invencible.

FIN

El Universo de la saga



Durante siglos resistió este reino los incesantes intentos de invasión por parte del Reino de Adamón, situado justo al norte. Pero el Rey Alexandre sentía que sus fuerzas estaban a punto de extinguirse y, al ver que ni siquiera su cuñado, el Rey Richard de Breslau, estaba en posición de quebrar la fijación del Rey Balkar por aquel territorio, tomó una decisión. Le planteó una alianza a su vecino del sur, el Rey Nicholas de Los Lagos, por la cual, desposaría a su única hija, Gabrielle, a cambio de protegerla a ella y a su pueblo de los ataques del villano Rey Balkar. Ya, una vez, la tuvo en el punto de mira de sus pérfidas intenciones al tratar de secuestrarla, con el único propósito de presionarlo a entregarle su trono, y no podía dejarla desamparada. Así que, el Rey Alexandre optó por dejar su reino y su hija en manos de este joven rey cuya fama de compasivo y magnánimo lo acompañaba allá donde se escuchaba hablar de él.

Gabrielle, Reina de Los Lagos y Asbath: Sus sueños de doncella inocente se vieron truncados cuando su padre, el Rey Alexandre, le comunicó en su lecho de muerte que debía desposar al Rey Nicholas, un completo extraño para ella. Su corazón cándido y puro estaba desprotegido contra esta unión de conveniencia y que distaba tanto del amor. Pero el de Nicholas quedó prendado perdidamente del suyo, encontrando en ella a la mejor Reina que Los Hados podrían haber destinado para él, además del amor de su vida.

Jordan, antiguo Capitán de la Guardia de Asbath, Marqués de Asbath y Virrey de Los Lagos: Tras un intento fallido por parte de Balkar de secuestrar a Gabrielle y en el que él casi pierde la vida,

decidió convertirse en el guardia personal de la Princesa, siguiéndola así en su viaje a Los Lagos, donde debía contraer matrimonio con el Rey Nicholas. Al conocer a su hermana, la bella Princesa Agatha, tuvo que olvidar todas las reglas y normas establecidas y que él seguía y respetaba como buen guerrero que era, para rendirse al amor de la que poco tiempo después se convirtió en su esposa.

Francis: Capitán de la Guardia de Asbath. Durante la época que Jordan se ocupó de la protección de la aún entonces Princesa Gabrielle, él se encargó de capitanear la Guardia, siendo su nombramiento oficial y definitivo cuando Jordan desposó a la Princesa Agatha y pasó a ser Marqués de Asbath.

Selene: Hermana menor de Francis y doncella en el castillo de Asbath.



Cuenta la leyenda que cierta Oona hizo volcar traviesamente su cántaro y dejó caer el agua desde su elevada morada, en el corazón del Bratvah. Aquellas divinas gotas se tornaron en mágicos lagos que salpican la vasta extensión del reino. En honor a esta deidad, que algunos viajeros nocturnos aseguran haber visto disfrutando de sus cálidas aguas, y agradeciendo aquel don otorgado al convertir aquella llanura en prósperas y fructíferas tierras, el reino adoptó el nombre de Los Lagos.

Alcanzó la época de mayor esplendor con el reinado de Flavus, mas no quiso la Divina Vetsa concederle un varón heredero. Johanne fue su primogénita y Gladys, su hija menor. Temió que su reino cayese en viles manos, así que dirigió su mirada al reino vecino, Meissen. El Rey Teagan había sido afortunado al engendrar dos hijos: Trystan y Theodore, y Flavus quiso asegurarse de que sus dos hijas fueran reinas. Trystan desposó a Gladys, convirtiéndose en Reina de Meissen, y Theodore desposó a Johanne, siendo así los nuevos reyes de Los Lagos tras su muerte. De su unión nacieron sus dos hijos, mellizos, una niña y un niño.

Agatha, Princesa de Los Lagos, Marquesa de Asbath: Ella fue la que nació primero, quien debería haber reinado Los Lagos al fallecer su padre. Pero el reino quedó maltrecho tras el mandato de su progenitor, por lo que cedió la corona a su hermano Nicholas, convencida de su capacidad para volver a alzarlo y devolverlo a sus tiempos de prosperidad. Aun así, se vanagloriaba de su posición, de su alcurnia, empero quedando reducido a cenizas su orgullo y el

pundonor de su cuna al enamorarse irremediabilmente de Jordan, el antiguo Capitán de la Guardia de Asbath.

Nicholas, Rey de Los Lagos y Asbath: Con sólo veinte años fue coronado Rey de Los Lagos, tras la triste muerte de su padre. Considerado un rey benevolente y justo con su pueblo, también demostró sus dotes de guerrero y estratega cuando sus vecinos más al Sur, los Reinos de Almhim y Sephos, se aliaron para tratar de invadir Los Lagos. Su triunfo prevalece en la memoria de todos, reconociéndolo como un rey poderoso. Y así lo creyó el difunto Rey Alexandre de Asbath quien, antes de morir, dejó en sus manos su reino y la seguridad de sus ciudadanos al pactar su matrimonio con su única hija, Gabrielle. Un matrimonio de conveniencia que derivó en el más profundo amor.

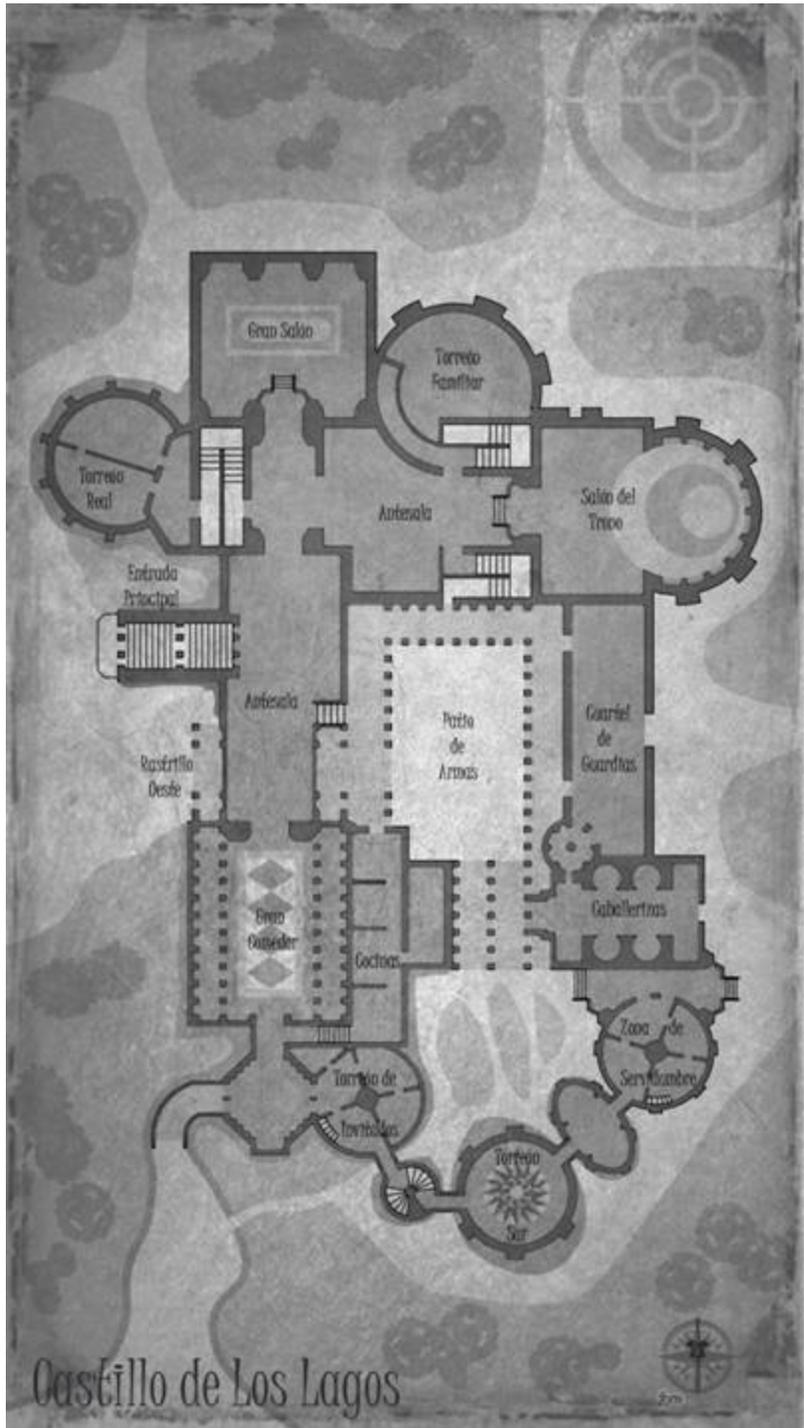
Ilsik, Príncipe Heredero de Los Lagos y Asbath: Su nacimiento en un momento tan singular como la Sizigia vino anunciado por una ancestral y casi olvidada profecía que augura el fin del mundo conocido. No tanto así para los Reyes de Häe, quienes creen fervientemente que la destrucción de Los Lagos y su estirpe significa su propia supervivencia.

Nigel: Capitán de la Guardia de Los Lagos.

Erin: Doncella en el castillo de Los Lagos, suele encargarse de la cocina. Está comprometida con Nigel.

Bruc: Miembro de la Guardia de Los Lagos.

Ivette: Doncella en el castillo de Los Lagos. Ayudó a la Princesa Claire a instaurar una escuela en el castillo. Bruc y Ivette están enamorados.



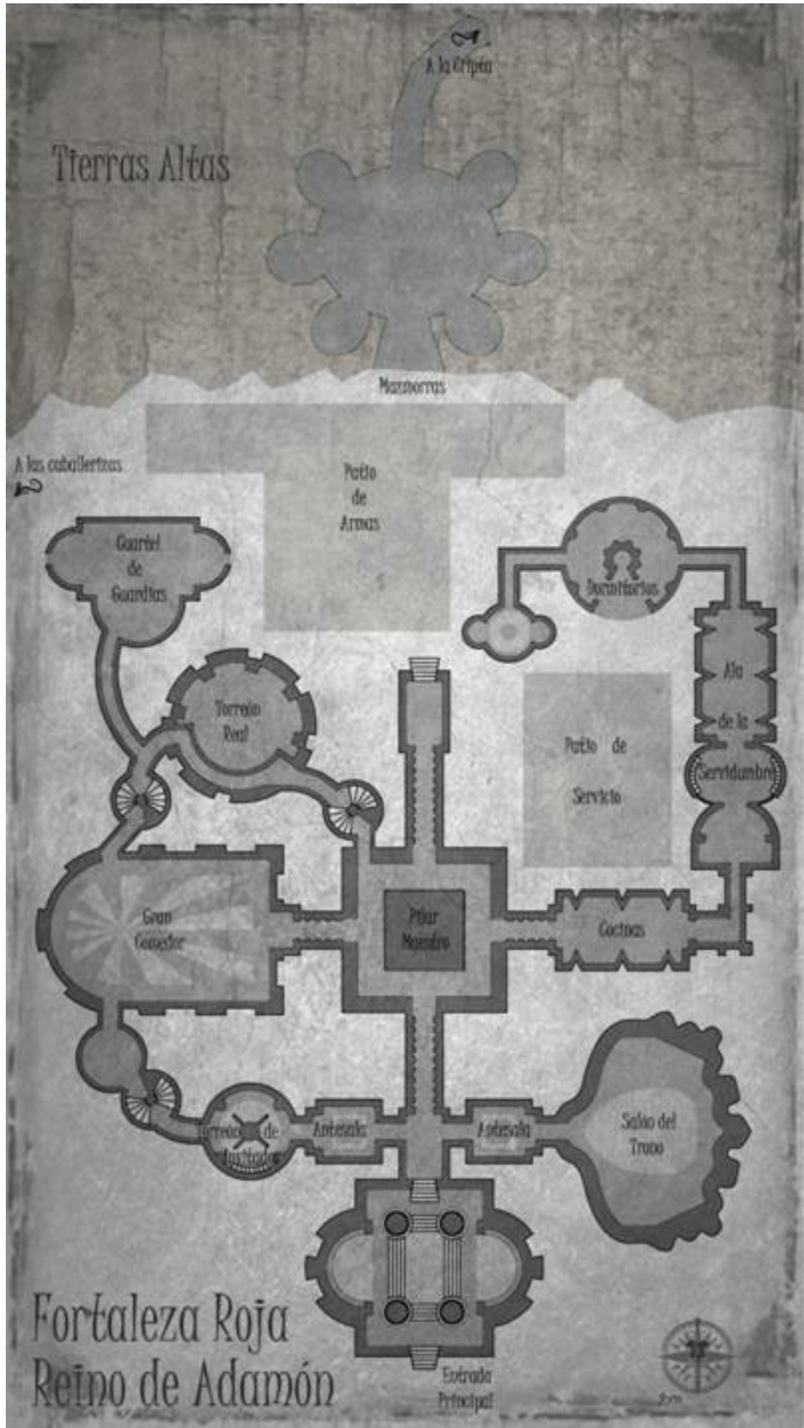


Reino erigido al sur de las Tierras Altas, no tiene grandes territorios que cultivar. Su riqueza se basó durante mucho tiempo en los asaltos a los viajeros que cruzaban el Paso de Teschen, y expolios a otros reinos situados al norte de la escarpada cordillera. Porque la Fortaleza Roja, una vez invadida por un clan de reyes crueles y despiadados siglos atrás, sólo ha albergado soberanos sedientos de sangre y poder.

Rey Balkar de Adamón: Al contrario de toda lógica, este soberano jamás tuvo sus expectativas puestas en dejar un heredero que continuase con su legado. Muerto él, ¿qué le importaba lo que dejara atrás? Jamás consintió que las mujeres de las que gozaba engendrasen un hijo suyo. Sus miras estaban fijas en disfrutar de riquezas y placeres mientras viviera.

Hrodgar, mano derecha del rey: Su espíritu sanguinario y déspota estuvo siempre muy en consonancia con los deseos de su rey, y que él siempre cumplía gustosamente. Sin embargo, la fijación de Balkar por invadir el Reino de Asbath llevará al soberano a la muerte y casi lo arrastra con él.

Moira, la Hechicera: El sexo ocasional era su único nexo de unión con Hrodgar, y a ambos les complacía el trato. Aunque su relación cambió cuando Moira utilizó todo su conocimiento y sus poderes para alejarlo del Inframundo. Hrodgar podría jurar y perjurar que sólo la necesitaba para llevar a cabo su venganza, pero sus cuerpos siempre dirían lo contrario.





Este reino está vinculado al de Los Lagos por un doble lazo de sangre. Por ello, no es extraño que los Reyes Trystan y Gladys pasen la temporada estival allí.

Rey Trystan de Meissen: Llamado también el Rey Sanador por su amor y conocimientos acerca de las Artes Curativas. Sus habilidades lo llevaron años atrás al Reino de Breslau, ayudando a erradicar un brote de escarlatina que a punto estuvo de diezmar la población. Sin embargo, el Rey Richard siempre le quedó agradecido, la imponente barrera que suponen los Montes Gaynor les impidió profundizar en su trato. Aunque adora a Nicholas y Agatha por el simple hecho de ser sus sobrinos, siempre quiso mantenerse cerca de ellos por un profundo sentimiento de culpa que jamás le abandonó al no poder salvar de las garras de Deati a los padres de los jóvenes: el Rey Theodore, su hermano menor y a su esposa, Johanne, hermana de Gladys. Sin embargo, Gladys siempre fue su apoyo, incluso antes de ser esposos, y el amor que compartían prevaleció sobre todo lo demás.

Reina Gladys de Meissen: Su matrimonio con Trystan estuvo pactado desde su cuna, pero, tal vez predispuesta al saber que se convertiría en su esposo, era todavía una jovencita cuando se enamoró de aquel príncipe tan inteligente y atento, como apuesto. Fue una dura prueba para su amor cuando Trystan decidió retirarse a los Montes Gaynor en busca de la sabiduría sobre las Artes Curativas, pero sus sentimientos eran lo suficientemente fuertes como para superar todos los embates que les había lanzado la vida.

Príncipe Erick de Meissen: Único hijo de Trystan y Gladys, siempre sintió a Nicholas y Agatha como los hermanos que nunca tuvo. No

duda en acompañar a sus padres en sus visitas al Reino de Los Lagos y disfrutar así de su compañía y de los deliciosos lagos y bosques de este reino. Curiosamente, este reino también le trajo la dicha de conocer a la que sería su esposa, la Princesa Claire de Breslau, aunque tuvieron que luchar para conseguir que se diera su unión.



Situado al este de Los Picos de la Media Luna, es su cercanía a esta cadena montañosa lo que lo convierte en un territorio frío. Sus vientos invernales pueden congelar vivo a los intrépidos que osen pasar la noche a la intemperie. Mas un importante aliado le otorgarán estas montañas: los reinos que componen los Territorios Gealach, ahuyentando así a posibles enemigos como el Rey Balkar.

Rey Richard de Breslau: Cuenta con grandes amigos en los Territorios Gealach, sobre todo, Phelan de Tarsus y Lyal de Dagmar. Aunque la amistad con este último casi se ve truncada cuando Zayev, el hijo de Lyal, pretende contraer matrimonio con su hija, Claire.

Princesa Claire de Breslau y Meissen: Su decisión acerca de acompañar a su prima Gabrielle al Reino de Los Lagos para reunirse con su futuro esposo, cambió su destino para siempre al conocer al primo del Rey Nicholas, el Príncipe Erick.



Varios son los reinos que conforman estos territorios de ancestrales y arraigadas tradiciones, situados al oeste de Los Picos de la Media Luna. La envergadura de este sistema montañoso crea una barrera física que pocas veces atraviesan. El culto a la Luna y a las deidades asociadas con esta, rige las creencias de sus gentes y une todos estos reinos bajo un mismo emblema, aunque cada territorio tiene su propio soberano.

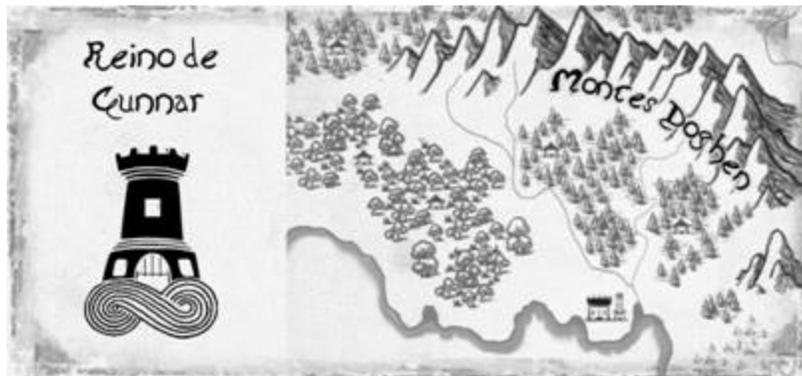
Rey Lyal de Dagmar: Su linaje se remonta a los Primeros Guerreros Gealach. Gran amigo de Phelan de Tarsus y su vecino al otro lado de las montañas, el Rey Richard de Breslau.

Príncipe Zayev, heredero de Dagmar: Sus malas artes al tratar de desposar a Claire de Breslau contra su voluntad, casi crea un conflicto con los reinos más allá de Los Picos de la Media Luna.

Rey Phelan de Tarsus: Gran amigo de los Reyes Lyal y Richard. Su reino, junto con el de Mhoën, controla el borde sur del Paso de Teschen.

Princesa Ylva de Tarsus: Toda la vida ha estado enamorada del Príncipe Zayev, en secreto. El desacierto del joven al intentar casarse con Claire, hizo que hallase en Ylva lo que siempre había deseado encontrar en su compañera.

Príncipe Cailen, heredero de Tarsus: Amigo íntimo de Zayev. Tras los esponsales de Zayev y su hermana, decide viajar con ellos a Los Lagos. Allí conoce a la Princesa Adrianne de Gunnar.



A pesar de la lejanía de ambos reinos, Gunnar y Meissen, justo al norte, siempre han sido reinos hermanados. Este reino a orillas del Mar de Istook, posee una de las más importantes ciudadelas-puerto, sirviendo de vínculo con los reinos al otro lado de dicho mar.

Rey Josiah de Gunnar: este rey vive abatido por la muerte de su esposa y una de sus hijas, lo que implica que no sea del todo consciente de lo que ocurre en realidad a su alrededor y que puede llevar al borde del abismo a su pueblo.

Princesa Adrienne de Gunnar: caracterizada por la vanidad propia que da la certeza de la propia belleza, esta princesa vivía encaprichada de Erick de Meissen al confundir su caballerosidad con interés hacia ella. Aunque este enamoramiento no resultó ser tal al saber del matrimonio del Príncipe Erick con la Princesa Claire y del que apenas le supuso esfuerzo sobreponerse. Sin embargo, su corazón no respondió de igual modo al conocer al Príncipe Cailen de Tarsus.



Nunca han cruzado los tres Reyes de Häe las murallas de este lejano reino. Además, los Antiguos Hombres se encargaron de levantar perniciosas supersticiones y mitos que alejasen así de sus muros a posibles vecinos curiosos, ya que sus costumbres y ritos podrían resultar censurables a los ojos del resto. El Sol es su dios, y su forma de adoración es a través de sacrificios humanos, de doncellas vírgenes. En dicho ritual, los tres soberanos beben la sangre de La Ofrecida para que el Divino Sol se alimente a través de ellos. Temerosos de la Profecía del Fin de los Días, ven como una amenaza a Ilsik, el primogénito de Nicholas y Gabrielle, el Hijo de la Sizigia, según ellos.

Rey Günes de Häe: Es llamado Rey del Atardecer al ser el más longevo de los tres. Representa al Sol en su etapa del ocaso.

Rey Quyosh de Häe: También llamado Rey del Mediodía por representar al Sol en su cénit. Es el más carismático y poderoso de los tres.

Rey Korw de Häe: Nieto de Günes, hijo de Quyosh: Es el Rey del Amanecer por representar al Sol en su primera etapa. Será él quien engendre al próximo Rey de Häe, y que ocupará su trono correspondiente tras la muerte de Günes.

Lady Anyan de Häe: Es La Elegida. Se escudará en su misteriosa misión para no sucumbir al amor del Capitán Francis.

Lord Griän de Häe: Hermano de Lady Anyan y su Preceptor. Arrogante y de fuerte personalidad, siempre ha sido un ejemplo, un fiel seguidor de las costumbres Häe. Sin embargo, conocer a Selene desestabilizará su sosegada y predefinida vida.

Lady Araw de Häe: Dama de la Corte Häe. Cuenta con la deferencia de los soberanos al formar parte de los ritos Häe.

Lord Antü y Lord Cam de Häe: Amigos de Griän, a quien admiran por la importancia del joven en el Reino dado su papel de Preceptor de Anyan. Ambos forman parte de los ritos Häe.

Agradecimientos

A Romina, Elena, Eva M. y Ana María. Porque este sueño que era escribir me ha obsequiado con vuestra amistad. Gracias por hacerme saber que estáis ahí.

A Vanessa, por tu entusiasmo y tus palabras de apoyo. Porque las puertas de tu librería siempre están abiertas para mis novelas y por recibirnos cada tarde a Selina y a mí con una sonrisa.

A Yolanda, porque siempre puedo contar contigo, para lo bueno, y para lo malo. Gracias, amiga mía.

A M^a Luisa. Gracias por tu apoyo y tu dedicación en estos meses, por intentar que “Sizigia” no sea una novela más... Espero que lo hayamos conseguido... y que nuestra amistad perdure en el tiempo.

A Estefanía, Raquel y M^a Luisa por haber creado ese rincón que tantas alegrías me ha dado. A todas las Princesas del grupo de facebook de la saga de Los Lagos, por vuestro apoyo, las palabras de aliento y cariño, por haber estado ahí cuando necesitaba que fueseis algo más que simples lectoras. Gracias de corazón.

A mis Princesas alicantinas. Por estar siempre al pie del cañón. Sin vuestro apoyo no habría sido lo mismo.

A Emi Adán, por haberme obsequiado con esas preciosas ilustraciones que significan mucho más que simples “dibujitos” para mí.

A mi marido y mi hija, por vuestro amor, y por permitirme sentir que puedo ser “algo más”.

A mis Chicas Atenea, por seguirme hasta el final. Por vuestra paciencia y comprensión. Y porque esas sonrisas siguen arrancando la mía.

Y, sobre todo, a ti, por adentrarte en esta aventura y seguir conmigo hasta el final. Mil gracias. Nuevas puertas se abren. Espero que me acompañes.

Otros títulos

MI CORAZÓN EN TUS MANOS – La Saga de Los Lagos I

Cuando la Princesa Gabrielle descubre que debe casarse con el desconocido Rey Nicholas en busca de una alianza que proteja su Reino de los ataques invasivos del Rey Balkar, piensa que su vida se acaba de convertir en un infierno. Su querida prima, la Princesa Claire, decide acompañarla a conocer a su futuro esposo al Reino de Los Lagos, donde se encontrará con el Príncipe Erick, el primo del Rey, quien no puede evitar interesarse en ella sin saber que alguien más ha puesto sus ojos en Claire.

Pero ambas jóvenes no han realizado ese viaje solas. Dada la amenaza que pesa sobre el Reino de Asbath, Jordan, el guardia personal de la Princesa Gabrielle también las acompañará con la intención de protegerla. Aunque será él mismo quien deba protegerse de la atracción que despierta en él la Princesa Agatha, la hermana del Rey Nicholas, surgiendo entre ellos sentimientos encontrados a la vez que prohibidos.

Historias de amor tan distintas... aunque hiladas bajo un mismo designio:

Los inexorables dictados del corazón.



ENTRE EL SOL Y LA LUNA – La Saga de Los Lagos II

La vida sigue tras los últimos acontecimientos sucedidos en el Reino de Los Lagos, aunque nadie dijo que fuera a ser sencillo.

Erick vive preocupado por el embarazo de Claire; Agatha angustiada por no poder darle un hijo a Jordan; y Gabrielle debe enfrentarse a un parto inesperado y prematuro, un nacimiento que marcará un antes y un después en su vida... y en la de todos.

Porque una ancestral profecía marcó el Fin de los Días desde el inicio de los tiempos, y para algunos, el heredero de Los Lagos y Asbath es realmente el Hijo de la Sizigia, aquel que vendrá a destruir el Mundo.

Así lo creen en el lejano y desconocido Reino de Häe, cuyos soberanos harán hasta lo imposible para detener el apocalipsis que los amenaza. No dudarán en destruir el Reino de Los Lagos, todo su mundo, con tal de que prevalezca el suyo. Y para ello, contarán con unos aliados cuyas ansias de venganza pueden ser tan mortíferas como la peor de las profecías.



Muy pronto

Lágrimas de ángel – Serie Extrarradio I

Ángel Escudero “Jano” es el líder de Extrarradio, la banda de rock que despunta en el panorama musical. Tiene fama, éxito, dinero, mujeres... y, a pesar de eso, sabe que jamás podrá ser feliz.

Aunque sí lo era siendo un chaval de barrio marginal, pues, sin tener casi de nada, la tenía a ella... Hasta que la fatalidad le hizo renunciar a esa felicidad.

Sofía lo había querido toda su vida, pero nunca supo por qué se fue trece años atrás, sin despedirse, sin dejarle ninguna pista de dónde encontrarlo. Y entonces se convirtió en Jano, en alguien inalcanzable para ella, a quien ya no podría acercarse, ni tampoco olvidar...

Ahora, el destino, y la casa discográfica, obligan a Ángel a volver a sus raíces, teniendo que enfrentarse a todos esos fantasmas, de los que había estado huyendo, y a ella.

¿Puede un amor de juventud ser lo suficientemente fuerte como para vencer los obstáculos de la vida? Ángel no lo creía así y, sin embargo, ¿durante cuánto tiempo podrá resistirse a ese amor tan profundo que siente por Sofía?



Sobre la autora



Juani Hernández nació en 1976 en Aldaia (Valencia), aunque pasó la mayor parte de su infancia en Picassent (Valencia).

Casada con un chileno, parte de su corazón reside en Chile, su otra patria, donde vivió durante casi dos años, y a la que no descarta volver para quedarse definitivamente.

Finalizó la carrera de Arquitectura Superior en la Universidad Politécnica de Valencia, aunque circunstancias personales le han mantenido alejada de su profesión.

Su primera incursión en la novela romántica fue “Mi corazón en tus manos”, la primera parte de la saga de Los Lagos y que fue publicada en diciembre de 2013. Tras finalizar esta saga, está trabajando en una serie de tres novelas de género contemporáneo, cuya primera entrega se publicará próximamente.

Actualmente vive en Aldaia, donde su principal ocupación es ser madre y esposa, aunque siempre se las ingenia para hacerse con un buen puñado de ratos libres y seguir escribiendo.

Más información en:

www.sagadeloslagos.blogspot.com

www.facebook.com/Juanihernandezautora

Búscanos también en el grupo de facebook de “La saga de Los Lagos”

@JuaniHdezAutora